

LUIS DELGADO

El bergantín *Potrillo*

DE NUEVA ESPAÑA AL PERÚ

UNA SAGA MARINERA ESPAÑOLA



Lectulandia

En este volumen decimoctavo de la colección de novela histórica naval, Una Saga Marinera Española, nuestro protagonista, el brigadier de la Armada Santiago Leñanza, regresa con cierta urgencia a Indias a bordo de la fragata Venganza por motivos sentimentales y políticos. Aunque se enturbian sus primeros objetivos, en La Habana recibe con inesperada y gozosa sorpresa el mando de una división naval. Con su insignia izada sucesivamente a bordo de la fragata María Cecilia y del bergantín Potrillo, deberá acometer una comisión en la que ha de recorrer las aguas de los mares del Norte y del Sur. Su objetivo principal es el de transportar tropas y colaborar con las misiones del Ejército, tanto en aguas de Tierra Firme, como alargar su navegación hasta la capital del virreinato del Perú. Miles de millas con accidentes de elevado riesgo, como el afamado cabo de Hornos y sus turbulentas condiciones de mar. Pero no ha de quedar ahí su trabajo, que se extenderá todavía más allá, hasta alcanzar las aguas del departamento marítimo de San Blas, en las costas de Nueva España. Leñanza será puesto a prueba con duras situaciones de mar y guerra, sin olvidar sus propios problemas personales.

Lectulandia

Luis M. Delgado Bañón

El bergantín «Potrillo»

De Nueva España al Perú

Una saga marinera española - 18

ePub r1.0

Titivillus 28.08.2019

Luis M. Delgado Bañón, 2010

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Dedico esta obra a mi querida amiga Amparo García Lluch, en agradecimiento por su inestimable información sobre la historia y geografía de su querida tierra mexicana.

Me ha supuesto una inestimable ayuda al recabar la necesaria documentación de los estados del seno mexicano y, en concreto, sobre las antiguas ciudades de Veracruz, Campeche, una información imprescindible para los dos últimos volúmenes de esta colección.

Los marinos aseguran que provienen de una mujer criada en las aguas de la mar;
de arrebatadora hermosura, y de un hidalgo español la hubo en su poder hasta que,
quitadas las escamas de la piel, obtuvo de ella nueva generación.

Licenciado Molina

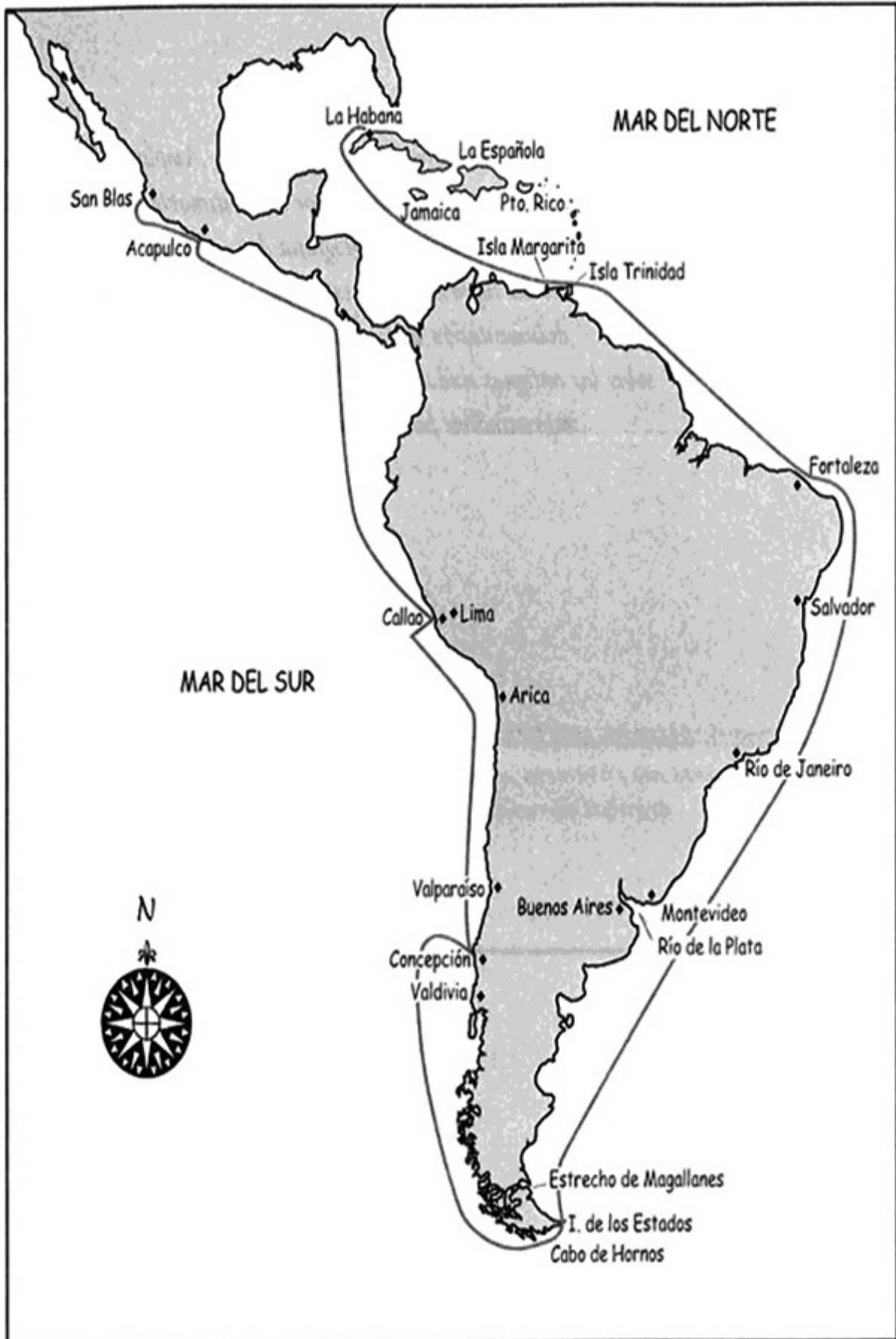
Hay tres clases de individuos: los que viven, los que mueren y los que navegan por la mar.

Anacarsis

La circunferencia imperial de España la trabaron los marinos de altura,
descubridores y navegantes de conquista

Tomás Borrás

Diversas sugerencias recibidas de amigos y fieles lectores me obligan a recalcar que todos los hechos históricos narrados en las obras de esta colección, así como los escenarios geográficos, cargos, empleos, destinos, vicisitudes personales, especificaciones de unidades a flote o en tierra, así como las situaciones sufridas por ellos se ajustan en un cien por cien a la realidad histórica, de acuerdo con los fondos consultados con la necesaria profundidad y el compromiso adquirido ante documentaciones contrarias. Es mi intención escribir novela histórica y no ese tipo de historia-ficción utilizada con profusión por autores británicos de temas navales. Tan sólo aquellos personajes a los que aparejo las narraciones y los episodios claramente novelescos son fruto absoluto de mi imaginación.



Prólogo

En una gran parte del mundo conocido, se considera el cruce de los dieciocho años como entrada definitiva en la mayoría de edad, esa fantasmagórica e imaginaria frontera que separa la inconsciente juventud de la juiciosa madurez. Comienza la etapa en la que se pueden abordar decisiones de importancia, incluso trascendentes, con base suficiente de conocimientos y experiencia. Como toda teoría que establece normas en las posibles acciones del ser humano, ésta en particular hace aguas por demasiadas grietas de su casco. Porque suele acaecer, con demasiada frecuencia, que muchos alcanzan responsabilidad y raciocinio antes de alcanzar dicha edad, mientras otros llegan a cruzar por largo la cincuentena sin haber conseguido entrever una mínima diferencia entre el blanco y el negro.

Se trata de costumbre muy generalizada aplicar ciertas normas de conducta humana a los objetos inanimados, un intento, quizás, de ofrecerles vida propia, condición menos descabellada de lo que algunos piensan. En tal caso y entrado en el tema particular que me ocupa, podríamos asegurar que una colección de novela histórica, y esta mía en particular, alcanza su madurez en el volumen dieciocho, ese sensual y bello cardinal que adorna el lomo de esta obra que llega a sus manos. Pero debo entrar por derecho y asegurar que me opongo en redondo a tal consideración. Porque, en dicho caso, dejaría los diecisiete ejemplares anteriores en inmerecida pubertad intelectual, una reflexión injusta y muy posiblemente equivocada de parte a parte.

Como habrán escuchado por boca de muchos autores, toda obra se convierte para su creador en un verdadero hijo desde el mismo instante de su nacimiento. Y aunque cualquier padre quiera a sus descendientes con extremo y parejo cariño, es norma habitual que algunos despunten en su interior con mayor o menor compenetración y deferencia. Es el caso, sin duda, de los diferentes trabajos de cualquier escritor. En cuanto a esta colección de novela

histórica naval, «Una Saga Marinera Española», soy consciente de que unos ejemplares me agradan o convencen más que otros, incluso alguno alcanza el grado de favorito por encima del resto. He pensado en bastantes ocasiones sobre dicho aspecto, de forma especial cuando los lectores establecen comparaciones entre unos y otros, hasta decantarse a veces por un volumen determinado. Y es tan cierto, como la misma existencia de la vida y la muerte, que en pocos casos se amadrinan al ciento las apreciaciones y criterios del autor con los de sus lectores.

Como de costumbre, en estos prólogos a los que me obligo de forma divertida en cada nueva obra, intento aparejar fortuna al nuevo hijo recién creado. Y mucho me complace rizar estrofas sobre el nuevo número adosado al volumen que, en mi interior, le ofrece una característica imborrable. Este bergantín *Potrillo*, decimoctavo ejemplar de la colección, comienza a caminar con paso propio, un poco indeciso todavía. Ni siquiera se ha asentado en firme por las cuadernas de mi pensamiento. Al igual que las olas largas de marea, llamadas hoy en día como mar de fondo, necesita su tiempo para aquietar prendas y convertirse en aguas de plata, ese momento en el que por fin podemos llevar a cabo un análisis más o menos correcto de sus entrañas.

Para marinar con agua salada estos comentarios, deben recordar que el paralelo de los 18 grados de latitud norte acaricia con cariño en el mar Caribe la costa meridional de esas maravillosas y tan españolas islas de Puerto Rico, Española y Jamaica. Y continuando el recorrido hacia poniente, también bordea el seno mexicano para sacar cabeza al mar del Sur cerca del puerto de Acapulco, punto de conexión comercial del virreinato de Nueva España con las islas Filipinas y el continente asiático. No es posible olvidar el famoso galeón llamado de Acapulco o de Manila de forma alternativa, que embarcaba tinajas porcelanas y preciosas sedas de la costa china hacia la Península, en una travesía alargada a veces hasta el infinito.

Dejando los divertimentos de espuma a la banda y entrando en realidades, querido lector, en este nuevo volumen continúo con los años en que nuestras provincias americanas intentaban cortar el cordón umbilical que las unía a la madre patria común. Corre en su principio el año de 1814, turbulento en España con la tenebrosa y desagradecida actitud de don Fernando el Séptimo, que parte de cuajo en dos pensamientos enfrentados a la población española. Pero también se agita en Indias con los movimientos independentistas, no siempre basados en honrado patriotismo sino en ambiciones personales sin límite. Desangrados tras la guerra contra el francés, la pobre y sufrida España

se enfrentaba con propios y extraños, mientras en la esfera internacional se la desdeña como potencia a no ser considerada en el orden mundial.

En cuanto a la Real Armada, desangrada por años de extrema penuria y falta de una mínima visión estratégica en los dirigentes de la nación, debía enfrentarse con escasísimas unidades a la necesidad de transportar tropas y pertrechos hacia las Indias. Pero, al mismo tiempo, combatir contra buques de las nacientes marinas rebeldes y las alistadas al corso que sus dirigentes comenzaban a desplegar, una vez comprendido el beneficio que tal actividad podía comportar.

En el año 1808, comienzo de la guerra al francés, todavía disponía la Real Armada de 36 navíos, parecido número de fragatas y jugosa proporción de unidades menores. Y tal cantidad se vio aumentada tras rendir la escuadra del almirante Rosily en Cádiz, primera acción de guerra por parte de la España libre contra Bonaparte. Pero entrados en el año de 1814, contábamos con poco más de veinte vasos, y así catalogo esos navíos porque en situación de armamento y listos para salir a la mar se encontraban solamente cuatro, unas siete fragatas, nueve corbetas y escasas unidades menores. Todos ellos con aparejos equilibrados al quite, así como dotaciones de baja calidad y a la mitad del cupo ordenado en el reglamento de tripulaciones y guarniciones. Sin olvidar que, de capitán a paje de escoba, nadie había recibido una mísera paga en los últimos veinte meses.

Respecto al resto de las unidades o vasos citados, un elevado tanto por ciento quedaban prontos a caer a los fondos en los arsenales por falta de un mínimo y necesario mantenimiento o para obtener de ellos maderas y otros pertrechos. Ese era el cuadro real en el que se movía la Real Armada, sin que se percibieran medidas para emprender el camino adecuado. Nuestra Marina se desangraba por momentos, al punto de dejar de existir como fuerza de mar a tener en cuenta en el concierto internacional. Y en directa consecuencia con tal situación, se tambaleaba a muerte nuestro imperio ultramarino.

En esta obra continúa la carrera del brigadier Santiago Leñanza, tercera generación de esa familia marinera que utilizo como apoyo literario de ficción para exponer los hechos más importantes y rigurosos en la historia de nuestra Armada. Y no comienza mi personaje esta obra con vida regalada, ni mucho menos. Ha debido abandonar la Península a bordo de la fragata *Venganza* con destino a La Habana por aparecer su nombre en listados de personal con ideas liberales, perseguidos por la policía política del Deseado sin misericordia. Y tal situación le había supuesto entregar el mando del navío *Asia*, que hasta entonces detentaba.

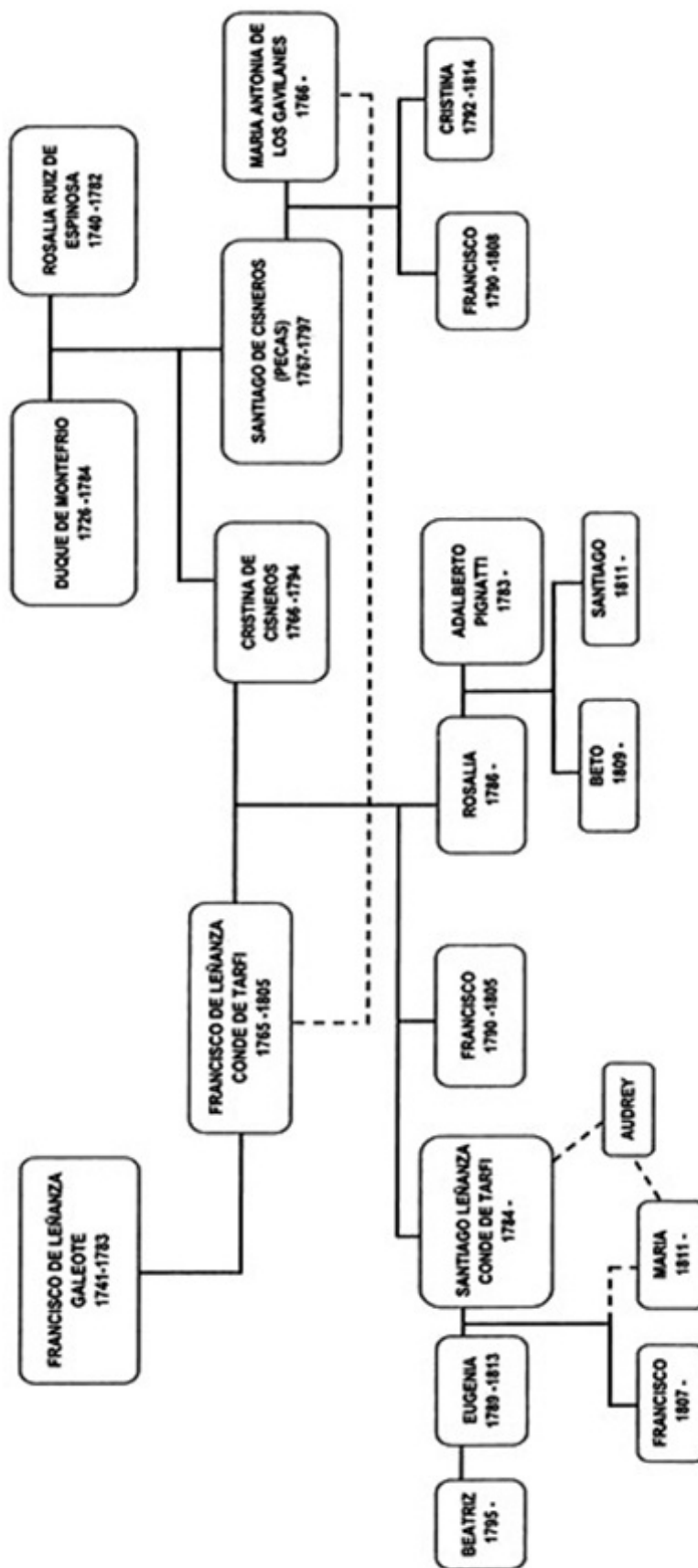
Como he expuesto en diversas ocasiones, soy consciente de que algunos lectores preferirían disfrutar solamente con narraciones memorables, vibrantes y gloriosas de nuestra historia naval. Un despliegue de batallas de mar sangrientas en las que saliéramos victoriosos, con británicos y franceses escarnecidos por la metralla de nuestros disparos. Y no se trataría de empresa difícil, ni mucho menos, que son numerosas y variadas las gestas protagonizadas por nuestros hombres de mar en todos los mares conocidos a lo largo de los siglos. Por desgracia, no es el caso de esos años por los que me muevo en el desarrollo de esta colección, 1814 - 1816. Además y siguiendo mi norma habitual, prefiero mostrar los momentos buenos y malos, que también los hubo, como en todas las marinas del mundo, por mucho que los escondan con demasiada y vergonzante frecuencia. Nuestra verdadera historia está ahí sin posible variación, con sus glorias y miserias, y como tal debemos conocerla y aceptarla.

En caso contrario, entraría, como llevan a cabo casi todos los escritores de grandes series de novela histórica naval, normalmente británicos, en el hábito de mostrar de forma exclusiva las victorias nacionales, muchas veces exageradas y falseadas a favor de forma torticera. Pretendo novelar la historia de la Real Armada desde la segunda mitad del siglo XVIII, momento de su máximo esplendor, hasta la Guerra Civil de 1936 - 1939, y a los más notables hechos de mar me ceñiré con el necesario rigor. Como siempre repito, es muy seria la historia de los pueblos para fantasear con ella o trastocar los hechos en beneficio propio. Además, detesto esa acción de entrar en lo que denomino como historia-ficción, un ejercicio que considero ofensivo para la Historia.

En el volumen decimoctavo que llega a sus manos, y como en ocasiones anteriores, espero que los lectores disfruten con el examen de estas páginas, a la vez que descubren hechos poco conocidos pero de trascendental importancia en nuestra historia naval y, por lo tanto, en la de España. Siguiendo la línea marcada desde un principio para la colección, a esos retazos importantes de nuestro acontecer naval a lo largo de aquellos años incorporo los necesarios hechos novelescos de mis personajes. La saga familiar de los Leñanza, en la que baso estas narraciones históricas, que ya navega por su tercera generación, ofrece el condimento imprescindible en toda obra para hacerla amena y atractiva al lector.

Luis Delgado Bañón

Árbol genealógico de la familia Leñanza



1. A bordo de la fragata *Venganza*

Pocos espectáculos pueden compararse al que se me ofrecía en aquella mañana del mes de agosto de 1814, un cuadro de una extraordinaria belleza, difícil de igualar. La fragata *Venganza* navegaba a un largo con viento fresco del sudeste, ese soplo de todas las velas, también llamado de juanetes, que propicia la mejor de las condiciones para surcar las aguas. La mar se acoplaba a la función con una marejada suave y de ola larga, que apenas salpicaba en gotas de espuma al cuajar su ataque contra las maderas del buque. El aparejo, largado al completo, como siempre desean los dioses de la mar. Todas las velas del cargo chupaban viento con visible placer, como el ser humano que se considera plenamente identificado en su medio. Y aunque algunos lo entiendan como habitual exageración marinera, es en esos momentos cuando el comandante de un buque echa de menos disponer todavía de más trapo para envergar. Incluso piensa entre sueños vivos con la posibilidad de largar en el botolón de botes las pañoletas de los oficiales, entrelazadas con nudo de gorupo, de forma que consiga alguna yarda más en su generoso andar^[1].

Si todo buque con el aparejo largado al copo y viento bonancible presenta una visión digna de ser reproducida por cualquier artista de renombre, cuando nos referimos a una fragata, esas gacelas que cabalgan sobre las aguas como majestuosas reinas en tierra propia, todo adjetivo que se le intente acoplar queda corto y sin la necesaria fuerza expresiva. Aunque se asegure que el navío es el rey de los mares, argumento indiscutible en cuanto a estampa y poderío, la fragata ofrece la más hermosa de las estampas, un conjunto de maderas que parecen haber sido ensambladas por manos más propias de los cielos. Y les hablo a partir de mis propias experiencias. Años atrás había mandado con extremo placer la fragata *Proserpina*, gemela de aquella *Venganza* en la que navegaba de transporte, y una más de las famosas *mahonesas*^[2]. Y como escuchara en mis lejanos años de guardiamarina, la fragata es un mando que jamás se olvida a lo largo de la carrera de todo

oficial de guerra en la Real Armada. Doy fe de ley sobre la veracidad de dichas palabras, sin posible error.

A pesar de correr por jornadas de elevado calor y extrema humedad, en aquellos momentos del alba, cuando comienzan a definirse perfiles y el rojo radia con fuerza por levante, eché de menos alguna prenda sobre la casaca al sentir un ligero escalofrío. No se hacía necesario el uso del casacón de mar, por supuesto, pero recién abierto a un nuevo día, siempre la mar nos ofrece alguna sorpresa en cuanto a la temperatura ambiente y sus efectos. No se avistaba costa alguna en todo el horizonte, aunque esperaba que recaláramos^[3] en la costa meridional cubana en escaso tiempo.

Habíamos abandonado la bahía de Cádiz el primer día del mes de agosto del año del Señor de 1814. Ya se alargaban por encima de la veintena las singladuras^[4] navegadas, muchas millas largadas a popa. El comandante, capitán de navío Uriarte, había seguido la derrota clásica para cruzar el mar del Norte en dirección al de las Antillas. Dejándose caer hacia el sur y sin requerimientos de oficial escala en las islas Canarias, cruzaba entre la isla de Fuerteventura y la costa africana. Por fin, enmendaba la proa hacia el sudoeste hasta tomar los alisios norteños, esos vientos que acarician a los buques en su tradicional derrota hacia las Indias, desde aquella primera e inolvidable del gran almirante. Entendí la derrota como un poco antigua y exagerada, con elevada pérdida de millas. Pero bien sabe Dios que el comandante de todo buque tiene razón en sus decisiones y no queda a los demás a bordo más que aceptarlas.

Dejando la zona de las calmas a suficiente distancia, gozamos de vientos bonancibles con severa y benigna continuidad en su dirección del primer cuadrante. Tras algunas jornadas de sesteo y velas caídas al plomo, que siempre se cuece la putorróna calmería^[5] en algún momento, se quiera o no, de nuevo se levantó el soplo recostado de levante. Cuadraba a favor en un benéfico sudeste que nos abanicaba con suavidad en dirección a nuestro destino. Y este no era otro que la perla caribeña española, tal y como amigos y enemigos denominaban al incomparable puerto cubano de La Habana.

Entramos en el mar de las Antillas, un conjunto de islas y aguas descubiertas de norte a sur por nuestros hombres de mar, por el generoso paso de la Martinica. Y cruzamos la boca sin problema alguno, aunque el viento tontoneara en exceso hasta brindarnos proas de cuña y la necesidad de un par de bordos inesperados. No debíamos olvidar nuestra situación de guerra abierta con Bonaparte. Aunque la isla británica de Dominica desfilaba a escasa distancia por la banda de estribor, avistamos por la de babor costas

francesas demasiado cercanas. Sin embargo, la confianza en la escasa presencia naval de los gabachos y su escaso ardor en buscar querrela sobre las aguas, permitían aquellas licencias.

Aun así, debo reconocer que, por mi parte, no habría tomado aquella derrota para alcanzar nuestro definitivo destino. En primer lugar, por lo que entendía como innecesario alargamiento en millas, que puede traducirse en problemas de víveres y aguada. Pero, además, no debíamos olvidar la presencia de corsarios de todo tipo. Porque a los clásicos bucaneros caribeños debíamos añadir los buques de los nuevos estados americanos del norte, condición sufrida en mis propias carnes meses atrás. Sin olvidar a los osados de las provincias rebeldes americanas, que agrandaban su número y llegaban a alargar sus correrías hasta la misma boca del estrecho de Gibraltar.

Acodado en el coronamiento de la toldilla, observé la figura del comandante. Acababa de trepar por la escala del alcázar y se dirigía hacia mí. Parecía un buen hombre el capitán de navío Uriarte, aunque, posiblemente, demasiado cachazudo y premioso en sus pensamientos y decisiones. Pero ninguna queja podía elevar de su conducta sino agradecer que me hubiera concedido todo tipo de deferencias a bordo desde el primer momento, aunque el monto de oficiales en situación de transporte se mantuviera elevado.

—Buenos días, señor brigadier —se destocó con ligereza en el habitual saludo de cortesía—. Ya veo que continúa con sus madrugadoras costumbres.

—No aparece momento más dulce en la mar, comandante, que una amanecida de tan excelente cariz como la que disfrutamos hoy. Y, por si acaso necesito demasiados meses para regresar a bordo de algún buque, he de aprovechar la ocasión.

—Puede estar seguro, señor, de que regresará pronto a pisar tablas de mar. La agitada y anómala situación que vivimos en España deberá tenderse a la pura y absoluta normalidad más pronto que tarde. Y como me explicasteis con especial deferencia, de nada se os puede acusar.

—Desde luego. Pero una cosa es lo que se debe hacer en esta vida, y otra bien distinta lo que es posible llevar a cabo cuando se cruzan situaciones extraordinarias como las que vivimos en España por estos días. Lo cierto es que fui relevado en el mando del navío *Asia*, y parece ser que mi nombre aparece en algún listado poco recomendable, por difícil que sea de creer.

—Bien sabe, señor, el escaso tiempo que se concede a los mandos, especialmente a los de navío. Cumplió el tiempo medio habitual o lo sobrepasó en algunos meses.

—Es cierto. Y lo habría tomado como normal condición si no me hubiera avisado el mayor general de la escuadra de la verdadera situación, lo que me fue corroborado poco después por el comandante general. Y poco agrada saberse embridado en listas de diferentes colores, acusado de un liberalismo —intenté medir mis palabras con tiento— que jamás he propagado.

Se mantuvo en silencio Uriarte, mientras dirigía la mirada hacia la mar. Como tantos otros oficiales, solía evitar la propalación de comentarios concretos sobre la situación política que se vivía en España, salvo caso de encontrarse en grupo de fuerte amistad o cercano parentesco. Porque nunca se sabe por dónde puede aparecer la bombarda desleal. Decidí mudar la conversación hacia otros derroteros.

—No nos podemos quejar de esta agradable travesía, comandante. Vientos bonancibles desde el primer momento y por corrido. No hemos sufrido un solo temporal de borlas blancas, ni encalmadas de larga estera.

—En efecto, señor. Unas singladuras de sedas, más propias de damas en navegación de galeras por el río Aranjuez. Y bien que lo agradecen los cuerpos, especialmente los no habituados a la mar, de los que bastantes llevamos en situación de transporte. Incluso en tan deseables condiciones, un coronel del Ejército ha largado hasta la primera papilla tomada en su niñez y perdido un buen número de arrobas de peso. Bien es cierto que no le viene mal al comprobar su generosa panza, que ha disminuido de forma notable. Pero no cantemos victoria, que todavía nos restan suficientes millas para calentar la puchera.

—Razón tiene. Precisamente por estas aguas, aunque algunas millas hacia el sur, nos tomó un huracán de la noche a la mañana cuando mandaba el bergantín *Penèlope*. Y nos dejó desplumados con el aparejo en reliquias de muerte, de tal forma que debí entrar en La Habana para reparar y continuar derrota hacia Cartagena^[6].

—Una condición habitual en determinados meses del año. Y por desgracia, nos encontramos en una época bastante propicia para sufrir tan perniciosos efectos. Bueno, espero que no nos desampare la Patrona en estas últimas vueltas y podamos recalar hoy mismo en la costa cubana. Debe aparecer el cabo Corrientes por la amura de babor o la isla de Pinos por la de estribor esta misma mañana.

En aquellos momentos, el segundo comandante de la fragata aparecía en la toldilla. Tras los saludos de cortesía, comunicaba algún asunto a su comandante que requería de su presencia. De esta forma, se retiraba Uriarte de la toldilla con excusa aparejada. Y de nuevo quedaba en esa deseada y

bendita soledad, envuelto en la brisa de la mar, que abrigaba en el pecho desde muchos días atrás. Pero no estimen mi situación personal como de tristeza o abatimiento, nada más lejos de la realidad. Es cierto que sufría la poco deseada condición de que hubiera aparecido mi nombre en alguno de esos listados de la policía política de nuestro Señor don Fernando, como así denominaban por lo común a aquel conjunto de esbirros malparidos sin un mínimo rastro de honor. Según parece, se me atribuían tendencias políticas liberales, denostadas por el absolutismo de Su Majestad y la camarilla trepadora que lo rodeaba. Pero no dejaba de ser muy triste que tal consideración se debiera solamente al hecho de haber visitado al teniente general don Cayetano Valdés en su prisión del castillo de Alicante, un acto de simple y obligada lealtad hacia un superior que tanto me había favorecido. Ni siquiera se había abierto proceso contra mí. No obstante y, según parece, por simple precaución, se me había desposeído del mando del navío *Asia*, tras mi arribada al puerto de Cádiz.

Como nunca se conoce la altura exacta de las olas hasta que revientan a bordo, debía agradecer a los cielos que todo se combinara a mi favor. Porque si entraba en el momento ideal para pasar a Indias, hasta que la situación en España se aclarara lo suficiente, también es cierto que deseaba arribar cuanto antes al seno mexicano^[7]. Por tal razón, había solicitado licencia para matrimoniar en Indias, lo que me concedió de forma rápida y generosa el comandante general de la escuadra. Al día siguiente me despedía de la familia y embarcaba en la fragata *Venganza*, donde me encontraba gozoso en aquellos momentos con el destino final del viaje muy cerca.

Antes de continuar y para quienes no hayan leído anteriores cuadernillos personales de esa colección trazada por los diferentes miembros de la familia Leñanza, amparados bajo el manto de la Real Armada, debo explicar mi situación personal para que comprendan esos movimientos que acabo de exponerles. En verdad que duros y diversos acaecimientos habían salpicado mi vida familiar a lo largo de los treinta años de existencia recién cumplidos, tantos y tan diversos que pueden parecer difíciles de creer en su conjunto.

El primer disparo del destino lo recibí al quedar huérfano de madre cuando apenas me alzaba una cuarta a la vida, aunque no dispusiera de suficientes entendederas para comprender entonces tan trágico suceso. Tres años después y tras el combate sufrido a escasas millas del cabo de San Vicente, había muerto en el empleo de brigadier mi adorado tío Santiago, cuñado e inseparable compañero de mi padre desde que sentaran plaza en la Real Compañía de Guardiamarinas y sus primeros días en la Armada. Una

bala mosquetera británica le arrebatava la vida cuando defendían la ciudad de Cádiz de los ataques de don Horacio Nelson, que salió trasquilado en carnes de dicha empresa. Pocas semanas después, mi padre se había unido en matrimonio a su viuda, mi tía María Antonia, que pasó a ser verdadera madre de leche para sus hijos y sobrinos, aunque no nos hubiese parido.

Pero siguiendo con la línea negativa, tanto mi padre como mi hermano Francisco caían en el combate librado junto al cabo Trafalgar, una experiencia difícil de recordar y comprender. Y como si una bala negra persiguiera a las familias de Leñanza y Cisneros sin tregua, mi primo Francisco moría enfermo del pecho en la Corte meses después. De esa forma, solamente la prima Cristina quedaba como representante de la casa ducal de Montefrío, una de las principales y más nobles de España. Al mismo tiempo, mi hermana Rosalía y yo levantábamos cabeza como únicos testigos de la saga de los Leñanza con el añadido condado de Tarfí, título conseguido por mi padre al apresar un bergantín inglés en puerto africano. Dos familias esquiladas por el infortunio de guerras y enfermedades, pero unidas como una sola.

El mismo día en que mi única y querida hermana Rosalía matrimoniaba en plena felicidad con mi entrañable amigo y compañero de armas Adalberto Pignatti, lo hacía yo con la adorada e inolvidable Eugenia. La había conocido a bordo de la fragata *Varna*, en aquella navegación desde las costas del Perú que rematamos en sangre frente al cabo Santa María. De nuestra unión nacía un hijo, Francisco, el alocado Pecas, como era llamado por todos en recuerdo de su tío Santiago, aquel guardiamarina íntimo amigo, compañero y cuñado de mi padre. Por desgracia, que así lo estimo sin posible duda, pocos años después me sentía arrastrado por una pasión irrefrenable y pecaminosa con una joven de sangre escocesa, Audrey, que conociera en el puerto de Mahón. Se trataba de una criminal ceguera que me condujo por el peor de los caminos y con elevado riesgo para mi carrera, mi familia y mi alma. De esa deshonesto pasión nacía la pequeña María, una preciosa niña que mi bondadosa mujer había tomado como propia y le rendía amor de verdadera madre, al creer, como yo, que la mujer del cabello bermejo había muerto. Porque así era Eugenia, ejemplo de infinita bondad.

Sin embargo, la hispano-escocesa no había perdido la vida, como se nos anunciara en interesada información. Por el contrario, Audrey planeaba un futuro desastroso para nosotros. Su sirvienta, acogida en nuestra casa con benevolencia, envenenaba a la querida Eugenia, lo que me hizo sufrir como si hubiese sido mi propia mano la que depositara el arsénico en su tazón de leche. El rosario de actuaciones de Audrey se había rematado pocas semanas

atrás, cuando, creyéndola muerta, aparecía a bordo de la fragata *Proserpina* en el puerto de Tenerife con la intención de desposarse conmigo. Se trataba del punto final de su trágica y devastadora empresa, más propia de una mente perdida.

Fue entonces cuando comprendí su alocado y criminal plan, que había acabado con la vida de mi querida Eugenia como un paso más, sin tener en cuenta el dolor producido. En un leve forcejeo, la alocada mujer que hiciera vibrar mis sentidos a toque de rebato en irrefrenable pasión se golpeaba la cabeza contra la mesa de mi cámara y moría. Por gracia de los cielos, mi fiel criado y amigo africano, el inolvidable Okumé, arreglaba el entuerto con pasmosa rapidez y hacía desaparecer su inolvidable cuerpo en las aguas, sin que nadie pudiera acusarme de aquella muerte fortuita.

Por aquellos días, tanto mis hijos Francisco y María como los de mi hermana, Beto y Santiago, crecían en salud sin problemas. Y todos, como una sola familia, vivíamos en el palacete de la calle gaditana de la Amargura, propiedad de la casa de Montefrío, con la prima Cristina y la madre común. Tan sólo enturbiaba el ambiente la ausencia de mi cuñado Beto, al mando del queche *Hiena* en las turbulentas aguas del Río de la Plata.

Como les decía, en el gaditano y familiar palacete, que tantas alegrías y tristezas amparaba entre sus paredes, la vida se mantenía en orden. La prima Cristina, alzada de niña en mujer de incomparable belleza, a la que quería como hermana propia, continuaba su feliz noviazgo con mi buen amigo, el capitán de la Real Infantería portuguesa José Luiz Lopes de Moura. Y ya pensaban en un próximo enlace si, como todos esperaban, se remataba en gloria la guerra al francés. Me sentía feliz porque el hispano-portugués era un caballero de ley hasta la copa y podría hacer feliz a la díscola prima, cuyos primeros efluvios amorosos sufrí en mis carnes, al punto de acudir al alba contra un oficial francés, al que maté en trance de caballeros con mucha suerte por mi parte. Por fortuna, la joven había calmado su vida, o así lo estimaba, y nada oscuro se oteaba por el horizonte en ese sarmiento familiar, que consideraba como propio. En verdad que las dos ramas, Leñanza y Cisneros, nos habíamos sentido como una sola, dirigida la nave por María Antonia, una mujer extraordinaria en todos los sentidos, aunque ya los años comenzaran a pesar en su espalda.

No obstante, una vez más se cebaba el más duro infortunio en nuestra casa, con sangre derramada en torrentera. Por desgracia, mi amigo portugués perdía su vida en el combate de Vitoria, al ser destrozado por una granada, cuando ya se lanzaban proclamas de victoria definitiva contra los gabachos. Y

con aquel triste acontecimiento se reventaban las relingas de mi vida a borbotón de espuma. Porque, en primer lugar, pocos días después Cristina me declaraba su amor en inesperada y asombrosa escena. Expresaba su deseo de matrimoniar y, de esa forma, unir en firme y con lazos imborrables las casas de Montefrío y Tarfí. Sin dudarle un solo segundo, le aseguraba la imposibilidad de corresponder por mi parte, al considerarla hermana de sangre.

Cuando Cristina entraba en adecuadas excusas y estimaba regresado el orden a la familia, nos alcanzaba el trueno inesperado. Tras la fiesta de despedida en mi honor, por haberseme asignado el mando del navío *Asia* y deber salir con urgencia hacia Indias, la alocada Cristina me hacía tomar un bebedizo al que llamaban popularmente *rindeamores*. Y bien que hizo efecto la maldita pócima en mis entrañas. Porque la joven consiguió que, de manera casi inconsciente, la tomara como mujer por primera vez. No obstante, aquella ignominiosa acción de persona tan querida quedaba entre nubes y a puerta cerrada, o así lo entendía. Porque no pensaba que pudieran coartar mi vida de ninguna forma. La mar disuelve todo pensamiento brumoso y la brisa de sus aguas me hizo olvidar el entuerto programado y ejecutado por la alocada prima.

Al mando del *Asia* debí llevar a cabo diversas operaciones en el seno mexicano, con base en la ciudad de Veracruz. Y allí había conocido a una joven de extraordinaria belleza, Beatriz de Lastra y Moneada. Como en la vida las casualidades pueden atacar por las dos bandas en cualquier momento, resultó que aquella joven era hija de otra Beatriz, por la que perdiera la cabeza mi padre en las altas Californias, cuando mandaba el departamento marítimo de San Blas. Muerta su madre y huérfana a temprana edad, había sido tomada como hija en legal tutoría por su tío, el mariscal de campo Francisco Venegas, una excelente persona. Y con extrema rapidez, pero consciente y convencido de mis sentimientos, me había prometido en ley de honor con ella, poco antes de partir desde Veracruz hacia La Habana.

Todo había saltado por los aires, sin embargo, cuando al arribar a la capital cubana recibía una nota de María Antonia, que me sumía en la peor situación vivida. Quien consideraba como madre me anuncia el embarazo de Cristina, una espantosa situación que no podía imaginar siquiera. Y aunque aseguraba encontrarse al tanto de lo realmente sucedido, de la infamia de su propia hija, solicitaba en súplica el necesario matrimonio para que la criatura no naciera en bastardía. Acepté la petición con dolor de muerte en el alma. De esa forma, casé por poderes y legal mandatario en la ciudad de La Habana, tal

y como había preparado a costoso precio nuestra madre. Poco después y con sobrehumano esfuerzo, escribía una dolorosa nota al mariscal de campo Venegas, exponiéndole la real situación y la decisión tomada. Mi honor quedaba por los suelos, sin duda, pero no se abría otra posibilidad a la mano. A Beatriz le transmitía solamente mi verdadero amor con unas pocas palabras, escasas pero escritas con el mayor dolor jamás sufrido.

Una vez arribado a Cádiz y trasladado con urgencia a la hacienda murciana de Santa Rosalía, donde se debía alumbrar en tapado el fruto del pecado, recibí una nueva y terrible noticia. Cristina había muerto en el parto y la inocente niña pocas horas después, para desesperación y dolor de María Antonia. Tal situación me liberaba de tan funesto compromiso, aunque sufriera la muerte de las dos mujeres. Antes de regresar a Cádiz, aproveché la cercanía para visitar al teniente general don Cayetano Valdés, decidido liberal, en su prisión de Alicante. Y como les he relatado, dicha acción me costó el mando del *Asia* y verme involucrado en una refriega política que nunca había deseado ni buscado. Por fortuna, el comandante general de la escuadra me había facilitado el camino de solución, al concederme licencia para matrimoniar en Indias. Y la petición obraba en tintes de incertidumbre. Porque, en verdad, desconocía lo que Beatriz podría responder llegado el momento, tras la nefasta concatenación de hechos, muy poco honrosos para mi persona.

En esta situación de luces y sombras, deseaba arribar cuanto antes a La Habana para tomar el primer buque que zarpara con destino a Veracruz. Intentaría recomponer el trapo rasgado y que Beatriz, la mujer que tanto amaba, me perdonara de tan terrible falta.

En el aspecto puramente profesional de mi carrera en la Real Armada, y tras más de dieciséis años de servicio, no me podía quejar una mínima onza. Bien que me había amparado bajo sus alas nuestra querida Patrona. Mientras disfrutaba del mando de la fragata *Proserpina*, había sido ascendido al empleo de brigadier por los actos demostrados en combate. Bien es cierto que mucho debió batallar en elevación de pliegos don Cayetano Valdés, comandante general de la escuadra del mar Océano, quien me profesaba especial estima, para conseguirlo. Y aunque había sido propuesto pocos meses atrás para el ascenso a jefe de escuadra por el capitán general de La Habana, el teniente general Ruiz de Apodaca, por los méritos contraídos en el seno mexicano y combate librado contra las tres unidades corsarias americanas, no esperaba recibir la faja^[8] con las circunstancias personales que sufría en aquellos días.

Repito que, a pesar de las condiciones expuestas, no me encontraba alicaído o desazonado en aquellos días. Por el contrario, estimaba que se abría una nueva y esperanzadora vida para mí. Desde luego, suponiendo que Beatriz fuera capaz de comprender y perdonar mis actuaciones, a las que me había visto obligado por deberes superiores. Porque no estimaba haber cometido falta alguna ni me consideraba culpable de los frutos emanados de la inconfesable conducta de mi prima Cristina. No obstante, también atravesaba momentos de ligero pesimismo en los que imaginaba a Beatriz y su tutor expulsándome de Veracruz con cajas destempladas y oprobiosa vergüenza. Por tal razón, me acuciaba el deseo de arribar cuanto antes a las costas de Nueva España y aclarar la situación. Y esperaba que, en justicia divina, me fuera dado el obsequio que estimaba merecido.

Ensimismado en mis pensamientos y el incierto futuro que se podía abrir por la proa de mi vida, comprobé que el sol, situado a una cuarta de altura en su diaria carrera, comenzaba a elevar la temperatura. En aquel momento divisé la inconfundible figura de Barbate, seguido como de costumbre, cual sombra adosada, por el joven Guanche, mis dos criados particulares. A pesar de la confianza concedida, el joven dudaba en aproximarse hacia mí, como si se mantuviera al tanto de mis particulares pensamientos y no deseara cortarlos. Resonaba con fuerza sobre la cubierta su pata de palo, con la que se manejaba con extraordinaria soltura. Se trataba de un valiente gaviero que perdiera una pierna en sangriento combate a bordo de la fragata *Proserpina*. Y tanto me había conmovido su particular historia, cuando lo visitaba en la enfermería, que acabé por ofrecerle el puesto de ayudante del inolvidable Okumé.

Bien es cierto que jamás podría olvidar la figura de Okumé, el negro y leal africano que, desde temprana edad, había desempeñado a mi lado, sin separarse jamás, las veces de buen amigo, secretario y hasta criado, esta última por necesidad de su asentamiento oficial en los diferentes libros de embarque. Y en verdad que había sido considerado por todos en casa como un miembro más de la familia. Por desgracia, a bordo del navío *Asia*, en nuestra navegación de Cádiz a La Habana, habíamos padecido una terrible epidemia de fiebres pútridas biliosas malignas. Como triste consecuencia, debimos llevar a cabo el lanzamiento hacia las aguas de un elevado número de miembros de la dotación. En ese maléfico cupo debí incluir a mi inolvidable compañero, una ceremonia mortuoria marítima que se mantenía grabada a fuego en mi cerebro. Y aunque nadie podría ocupar su puesto en mi corazón, había concedido a Barbate la responsabilidad absoluta como persona de la

máxima confianza, al tiempo que seleccionaba al grumete Guanche como su ayudante.

Tras hacerle una señal para que se acercara sin más titubeos, se decidió Barbate, un rapaz noble y leal donde los haya. Como de costumbre, se preocupaba por mi correcta alimentación y todo lo relativo a mi persona.

—Buenos días, señor. Una vez más despierta como las lechuzas y sin haber probado bocado.

—Es cierto que duermo mal desde que salimos de Cádiz, condición bastante anormal en mi persona.

—En efecto, señor. Recuerdo que siempre ha sido capaz de dormir en el filo de una daga.

—Bueno, también debo declarar que disfruto de estos crepúsculos que se producen en tan maravillosas condiciones. Pero tienes razón en lo relativo a la manduca. Porque sería capaz de comer ahora mismo un cochino de morro a rabo.

—Pues todo se encuentra dispuesto en la cámara de oficiales. Además de una respetable cantidad de café, que acabará por teñir sus entrañas de azabache, le he preparado un generoso tazón de migas enlechadas y panceta de sal pasada a las brasas con galleta de molde. Y debe aprovechar porque restan pocas vituallas de orden a bordo. A causa de las prisas en el embarque, es la primera vez que nos movemos en un buque sin despensa propia. Y por mucho que menee la cola en la bodega a las dos bandas y con el debido permiso del comandante Uriarte, no dan más de sí las ubres de la vaca.

—Una desagradable excepción que remediaremos como es debido en el puerto de La Habana.

—Especialmente de café y vino. Por cierto, señor, ¿cómo pasaremos a la plaza de Veracruz?

—Nada puedo adelantar porque lo desconozco. En primer lugar, deberé presentarme al capitán general y exponerle mi situación personal y profesional con sinceridad. Espero que la goleta *Mexicana* u otra unidad de correo pueda auxiliarme en ese aspecto.

—Comprendo, señor.

La tranquilidad que habíamos vivido hasta el momento se rompió, por fin. Porque es cierto, como la vida y la muerte, que la bola rodada de continuo en llano acaba por descalabrar pensamientos. Se escuchó el grito del vigiador desde la cofa del palo mayor.

—¡Una vela, dos cuartas a babor!

Aunque esa voz suele alterar el ritmo de los corazones de los hombres de mar a bordo de cualquier buque, no me preocupaba demasiado en aquella ocasión. Es cierto que en la mar no existe periodo de paz eterna, porque los corsarios abundan allá donde aparezcan las aguas y existan almas codiciosas. Sin embargo, la proximidad a la costa cubana y escasa oposición francesa permitían tomar un respiro. De todas formas, me dirigí hacia el alcázar para mantenerme al tanto de los acontecimientos. Y allí se movía el comandante con sus hombres, tomando anteojos a la mano aunque todavía no se avistara detalle alguno desde la cubierta. Pero ya trepaba un guardiamarina hacia la cofa, que pocos segundos después ampliaba la información.

—¡Dos palos! ¡Aparejo de bergantín! ¡Seis u ocho cañones! ¡Posiblemente, buque del comercio! ¡Proa al oeste con alguna cuarta al norte, amurado a babor!

—Nos encontramos muy cerca de la isla para que aparezcan bucaneros — comentó Uriarte a los vientos.

—No se olvide de los buques de los estados americanos armados al corso, comandante —intervine con rapidez.

—Ese detalle me comentaron en la mayoría general de la escuadra, señor, aunque parezca difícil de creer. Después de todo, mucho los ayudamos en conseguir su independencia de los britanos.

—Una soberana estupidez por nuestra parte que, sin embargo, han olvidado con extrema rapidez. En mi navegación con el navío *Asia* desde Veracruz a La Habana, pocos meses atrás, fui atacado por tres de sus corsarios a un mismo tiempo.

—¿Tres buques corsarios? ¿Se atrevieron a atacar a un navío español? Una verdadera osadía, señor. ¿Mostraban su pabellón?

—Nada de banderas al viento. Pero no nos cupo duda cuando, tras ser atacados, reconocimos la unidad menor, que acabó perdiéndose entre fuegos. Resultó ser la goleta *Seagull*^[9].

—Malditos villanos. Parece que la sangre británica la llevan bien prendida en sus forros.

—En cuanto a posibles enemigos, también debemos tener presentes a los buques de nuestras provincias americanas armados al corso. Han debido de comprender su alta rentabilidad porque los emplean en toda mar, incluso cerca de las islas Canarias.

—También en ese aspecto me pusieron al día en la mayoría general, señor.

Incluso se asegura que alguno llegó a barajar las islas Baleares.

—Serán financiados por los americanos del norte y posiblemente desde Boston, donde ese maldito banquero White les ofrece generoso crédito. Es muy probable que se lleve un elevado porcentaje de las capturas.

—Bueno, en este caso parece que podemos mantenernos tranquilos —Uriarte enfocaba su anteojo hacia la unidad, que ya se apreciaba a la vista—. Sin duda, se trata de un mercante.

En efecto, poco tardaba el guardiamarina en corroborar su primera información.

—¡Bergantín español de compañía gaditana!

—No fiemos en pabellones, señores —comentaba Uriarte a sus hombres—. Mantengan ese buque bajo cien miradas.

—Si mantiene el rumbo actual, pasará a escasa distancia de nosotros, señor.

—Mejor que mejor.

Como no parecía presentar la situación especial interés, hice una señal a Barbate para que me acompañara a la cámara, que ya los higadillos protestaban en demasía. Y pocos minutos después entraba sobre la panceta a batientes, al tiempo que bebía del café a sorbo largo, esa bebida que se había convertido en imprescindible para mi persona, especialmente durante las mañanas. Sin embargo, no ofrecía en aquella mañana un sabor adecuado.

—Este café es malo y de rebellón. Debe de andar mezclado con esa cebada tostada de tugurio pobretón.

—Es el único material disponible, señor. Ya le decía que hemos de comprar de todo. Pero no se crea discriminado, que procede del cupo personal del comandante.

—Bueno, es mejor que nada.

Cuando regresaba al alcázar, los rostros de los hombres mostraban especial regocijo. Y tal actitud solamente podía significar el avistamiento de tierra, lo que me confirmó Uriarte al verme.

—Hemos recalado al sur del cabo Corrientes y veintidós millas de distancia, señor —movía la cabeza hacia ambos lados con desagrado—. Bastante más a poniente del punto de estima^[10] marcado por el piloto.

—Bueno, este viento del sudeste le entra a ritmo de ángeles, de momento. Supongo que, una vez emboque la costa septentrional de la isla, rolará el soplo al sudoeste. Y por el bien de sus hombres, roguemos para que no se muestre la habitual calmería en la entrada de La Habana.

—Un poco de boga^[11] no viene mal, que mucho han disfrutado tirios y troyanos hasta el momento —comentaba Uriarte de buen humor.

—Una vez desembarcadas las tropas del Ejército que mantiene en transporte, ¿quedará a disposición del capitán general?

—En efecto, esas son mis instrucciones, señor. Según me comentaron en Cádiz, es muy posible que lleve a cabo un transporte de tropas hacia las costas del Perú.

—En ese caso, podrá considerarse muy afortunado. Preciosas costas las del mar del Sur, especialmente las chilenas meridionales.

—Eso tengo entendido. Porque debo declararle, señor, que nunca he navegado por el mar del Sur, aunque me avergüence reconocerlo.

—Siempre aparece una nueva ocasión en nuestra carrera, aunque se haya navegado cien años por los cinco mares. Y para entrar en él, también deberá tomar el cabo de Hornos por primera vez, si no quiere descabezar pensamientos por el estrecho de Magallanes. El famoso cabo supone una importante muesca en la cinta del hombre de mar.

—Si me permite interrumpir la conversación, señor brigadier —entraba el segundo comandante en danza—, ¿cuáles son exactamente esas muescas que tanto se nombran? Porque a veces las escucho variadas.

—No hay posible discusión en ese importante punto de la carrera del hombre de mar. Verá, segundo, desde hace mucho tiempo se asegura que ningún hombre de mar puede sentirse plenamente realizado si no ha grabado las cinco muescas en el cinturón. Esas cinco acciones son las siguientes: cruzar la línea ecuatorial en el mar del Norte hacia el sur, atravesar el cabo de Hornos hacia poniente, cruzar de nuevo el ecuador en el mar del Sur hacia el norte, navegar por las aguas heladas de las altas Californias y, por último, montar el cabo de las Agujas hacia levante.

—¿Ha dicho el cabo de las Agujas, señor? —El segundo mostraba rostro de ignorancia—. Perdone mi falta de conocimientos sobre ese continente, pero no lo he oído nombrar. ¿Por dónde se encuentra?

—Aunque muchos estiman que la punta más meridional del continente africano es el cabo de Buena Esperanza, se trata de un habitual error. No sé por qué cobró tanta fama ese accidente geográfico. Porque un poco más hacia levante se abre el cabo de las Agujas, con su pico de águila enclavado en latitud más hacia el sur. Se reconoce en los derroteros como muy peligroso para la navegación, aunque puedo declarar que en mi derrota hacia el mar de las Indias y posterior tornaviaje, se encontraba planchado como un lago sereno.

—Poco navegan las unidades de la Armada por ese mar de las Indias, señor, tan alejado de nuestros normales intereses —comentaba Uriarte.

—Fue una suerte que me asignaran una comisión de mar en aquellas aguas, desde luego.

—En ese caso, señor —el segundo se dirigía ahora a su comandante—, solamente llevo marcada una muesca.

—Si pasamos al mar del Sur y subimos en latitud hasta El Callao de Lima, grabaremos dos más —corroboró el comandante—. Eso espero, al menos.

En contra de la norma vaticinada por todos, cayó el viento conforme nos aproximábamos a la costa cubana, que ya se divisaba en el horizonte con plenitud. Tanto así que, con un viento tontón y sin entablar, chascamos bordos durante toda la noche, con periodos de escaso avance y mucha faena de brazos en cubierta. Y para mayor desgarró, al día siguiente se entablaba el soplo por fin, pero del nordeste, lo que obligaba a continuar con bordos de fortuna. Pero como todo llega en esta vida, acabamos por avistar en la distancia la bellísima ciudad de La Habana y su extensa bahía, donde podían fondear todas las Marinas del mundo, según exponían los antiguos derroteros.

No corrió la suerte a bordo, como si la situación hubiese cambiado al copo. Porque la calma muerta se presentó en la entrada de la bahía sin posibilidades de mérito. Por tal razón, debió darse la lancha al agua y tomar el remolque para arrastrar la pesada carga del buque hacia el arsenal habanero. En aquellos momentos, me dije que había cumplido la primera de las etapas previstas. Por una parte, se elevaba mi espíritu al pensar en Beatriz, en soñar siquiera con observar su rostro a escasa distancia y acariciarlo. Sin embargo, también aparecía tras la cortina rasgada una posible y negativa reacción, tanto de la joven como de su tío, el mariscal de campo Venegas. Por gracia de los cielos, pude apartar el segundo pensamiento y centrarme en el rostro de Beatriz y la posibilidad de hacerla mi mujer en escaso tiempo. Un maravilloso sueño que me hacía olvidar otros recientes detalles de mi vida que no abanicaban el alma propia al gusto.

2. Don Juan Ruíz de Apodaca

Con visible esfuerzo de los marineros y grumetes emplazados en la lancha para el necesario remolque, como forzados a la boga con cadena, acabamos por fondear en las aguas del arsenal habanero que se denominaban popularmente como la «quinta de Vargas», a escasas varas del muelle de desarmos. Aunque entre en demasía con las carencias y miserias de nuestra Institución, se trataba de un triste espectáculo comprobar que, frente a nosotros, el navío de tres puentes y 112 cañones *Príncipe de Asturias*, buque insignia de nuestra escuadra en el combate sufrido frente al cabo Trafalgar y donde mi padre entregara su vida, se había rendido por fin a los fondos con sus maderas podridas, sin un mínimo mantenimiento en los últimos años. Sus palos sobresalían de las aguas apuntando a los cielos en triste lamento, como pez que se mueve en superficie en busca del aire necesario para respirar. Pero para alargar la letanía, a escasa distancia, el navío *Santa Ana*, horticado de proa en alarma, parecía largar sus últimos estertores antes de seguir los pasos de su compañero. Se trataba de una visible demostración del futuro de la Real Armada, que dejaba perder las mejores unidades, como si no dispusiera de fuerzas suficientes para mantener el orgullo acaparado con denodado esfuerzo a lo largo de todo un siglo.

No pude por menos de rememorar que, pocos meses atrás, en aquella misma situación, largaba las anclas del navío *Asia*, antes de emprender el definitivo tornaviaje a la Península. De nuevo mi vida parecía acelerarse cual estrepada del viento sin control, ese especial y conocido sentimiento que me impulsaba a la faena inmediata, decidido a empeñar mis acciones con la máxima rapidez y solucionar los mil y un flecos que se abrían en mi particular horizonte.

Aunque llegué a considerar la posibilidad de acompañar al capitán de navío Uriarte en su presentación de rigor y ordenanza a las diferentes autoridades, la deseché con rapidez por estimarla poco conveniente a mis

intereses. Porque, cual caballero urgido por prisa enfermiza, calzaba el mejor uniforme grande para dirigirme al palacio de capitanía. Primaban sobre otras las cuestiones personales, en las que deseaba entrar sin oídos extraños en las cercanías. Y aunque no disponía de autorización de recibo, esperaba que la deferencia prestada a lo largo de los años por don Juan Ruiz de Apodaca hacia mi persona concediera el necesario alivio. Era necesario recordar que, además del elevado puesto en la gobernación de la isla, el teniente general de la Armada desempeñaba al mismo tiempo los cargos de capitán general de la isla de Cuba y de las dos Floridas, presidente de la Audiencia y comandante general de las fuerzas navales en aquellas aguas, así como en las de Costa Firme y Nueva España.

Una vez en tierra, mientras Barbate y Guanche tomaban su propio camino para solucionar los asuntos de apoyo a mi persona, recordé la figura del general Apodaca, que había influido de forma decisiva en mi carrera. Tan sólo la moscarda del posicionamiento político parecía ahora avisarme de alguna posible variación, condición que, no obstante, deseché de plano y con rapidez. Aunque la más alta magistratura cubana no deseara mostrar a los vientos y por las claras sus propias ideas, nadie dudaba de los sentimientos absolutistas y pleno sometimiento a don Fernando en el antiguo papel de la monarquía, que se cebaban en su pecho.

Como sabrán quienes hayan seguido mis pasos en la Real Armada, conocía bien y de largo al teniente general donjuán Ruiz de Apodaca, que, de nuevo, cruzaba derrota en mi vida profesional y personal. Aquel hombre de mar moreno, con los sesenta años recién cumplidos, de fuerte complexión, ojos vivos y mirada serena, con el arrojo y la decisión marcados en su rostro, podía cerrar o abrir las espuestas que permitieran remansar las aguas de mi vida. Lo había saludado por primera vez cuando le entregaba una nota reservada, y muy peligrosa para mi persona, de parte de don Antonio de Escaño en mayo de 1808. Para ello había debido atravesar las líneas francesas por los caminos que de la Corte bajaban hacia las Andalucías, con los nervios amarrados a la cintura y el mensaje oculto bajo el pesebrón del carruaje. Por aquellos días, mi anfitrión mandaba la escuadra del mar Océano con insignia izada en el navío de tres puentes *Príncipe de Asturias*, esa extraordinaria unidad que ahora descansaba sobre el fango del arsenal. En el recado del general Escaño, se le indicaba la necesidad de atacar y rendir cuanto antes la escuadra francesa bajo el mando del almirante Rosily, fondeada en la bahía de Cádiz.

Una vez tomados los barcos gabachos, cinco navíos y una fragata, tras varios días de combate, con el general Ruiz de Apodaca recorriendo en una falúa las fuerzas sutiles sable en mano y arengando a sus hombres, fue posible pocas semanas después la inolvidable acción llevada a cabo en Bailén. Porque la victoria de las unidades de la Real Armada hizo posible sacar de Cádiz las fuerzas que en ella tomaron parte, así como el poderoso armamento capturado al enemigo. Al mismo tiempo, se frenaba un posible apoyo francés desde el sur, esperado por las tropas de Bonaparte. Y cuando creía que me nombrarían segundo comandante de alguno de los navíos apresados, Ruiz de Apodaca en persona me encomendaba en ruego personal otra misión igualmente peligrosa. Debía regresar a la Corte con urgencia y falso salvoconducto para advertir a quienes se oponían al rey intruso y poner en manos del general Escaño un informe general de la verdadera situación que se vivía en la zona gaditana y provincias limítrofes. Me prometió futuros favores en justa recompensa. Y como nadie podía negar que se tratara de hombre con principios de ley y fiel a su palabra, sus promesas se vieron plasmadas de forma sorprendente cuando me concedieron el mando de la corbeta *Mosca*.

Es indudable que la labor llevada a cabo en su conjunto por el general Apodaca había sido magnífica para la causa patriota, en nuestro intento de expulsar a los franceses de la tierra ibérica. Tras el mando de la escuadra, había sido comisionado a Londres por la Junta Central como ministro plenipotenciario de la España libre, que clamaba por los derechos de su legítimo rey don Fernando. Una difícil encomienda que se concretó en la firma de un beneficioso tratado de paz y alianza con la Gran Bretaña, imprescindible en aquellos momentos iniciales de oposición a los franceses, así como gestionar durante tres años el aprovisionamiento de armas y socorros a las fuerzas españolas. También había convencido a los ingleses para que apoyaran el regreso a España del ejército del marqués de la Romana, apartado y engañado por Bonaparte en las costas danesas. Por fin, una vez ascendido al empleo de teniente general de la Armada, había sido nombrado capitán general de Cuba, con todos los cargos anejos que tan importante destino amparaba.

Con estos sentimientos en recorrida por el pecho, alcanzaba a tranco largo la plaza de Armas, emplazamiento habanero de especial nobleza y galanura, convertido por derecho propio en el centro neurálgico de la ciudad. Un frontal de la plaza se encontraba ocupado por el Palacio de los Capitanes Generales, también llamado de la Gobernación o sede de Gobiernos. Se trataba de una obra proyectada en diversas ocasiones y a la que por fin se decidió en 1776,

una vez demolida la Parroquial Mayor que ocupaba gran parte de su solar, el capitán general marqués de la Torre. Y bajo su dirección se llevaron a cabo las obras, aunque lo inaugurara el capitán general don Luis de las Casas y Aragorri en 1791. En el ala este del edificio se emplazaba la Cárcel Pública, condición que poco gustaba a los habaneros.

En la entrada del palacio que llamaban de nobles, tras ser abordado por un joven oficial del Cuerpo de Batallones e identificarme por vueltas, era acompañado a través de escaleras y pasillos. Se trataba de un camino conocido con detalle por el que debí circular de forma repetida pocos meses atrás. Por fin, arribaba al salón de recibo, donde uno de los ayudantes del general, capitán de fragata Enríquez, me reconocía de anteriores ocasiones.

—Quedo con el respeto debido a las órdenes del señor brigadier. Bienvenido sea de nuevo a estas tierras. No se nos ha comunicado que el navío *Asia* hubiera fondeado...

—En esta ocasión no arribo a La Habana a bordo del *Asia*, Enríquez. Para mi desgracia, debí entregar el mando pocas semanas después de fondear en Cádiz.

—Mucho lo siento, señor. Es escaso el tiempo que se asigna para esos mandos, lo que redunda en escaso beneficio para el servicio de las armas. Deberíamos copiar a la Marina británica en ese aspecto.

—Estoy de acuerdo. Ahora tan sólo llego a La Habana en situación de transporte a bordo de la fragata *Venganza* y por motivos personales. De todas formas, necesito ser recibido por el capitán general, si me concediera tal deferencia sin haber elevado petición oficial de recibo.

—No creo que sea necesario en su caso, señor —me ofreció una sonrisa de complicidad—. Ya sabemos que el general le dispensa especial aprecio. Se lo comunicaré en cuanto abandone su despacho el vicario de Cienfuegos. Tome asiento donde más le plazca.

Sin razón conocida, comencé a sentir un rumor de duendes en cabalgada por todo el cuerpo, como si debiera sufrir un duro interrogatorio del Santo Oficio en pocos minutos. No obstante, conseguí cerrar lazos de orden con rapidez al repetirme que todo debería correr por llano y sin entuertos añadidos. Pensaba sincerarme a fondo con el general desde el primer momento, una postura de la que no dudaba. Una voz interior me aseguraba que Ruiz de Apodaca comprendería mi situación e, incluso, podría aliviarla. También sería necesario solicitar su permiso para matrimoniar en zona de su responsabilidad, circunstancia que no debía suponer problema alguno, una vez mostrada la autorización del comandante general de la escuadra. Pero

pocos pensamientos pude atacar porque, tras observar la salida de un prelado con rostro avinagrado, panza cardenalicia y paso nervioso, me hacían pasar al suntuoso despacho de quien mandaba en tantas almas por aquellas tierras.

Aunque ya la conocía de anteriores ocasiones, no dejó de maravillarme una vez más la suntuosidad de la sala. Sedas estampadas en las paredes, muebles de caoba veracruzana con marquetería de blancos, arañas de la real fábrica en cuenco naval, tarima filipina en círculos y un conjunto de elementos, hasta el más mínimo detalle, que elevaba la estancia a salón más propio del Palacio Real. El general, cuyo aspecto en nada había variado desde mi última visita, acababa de garabatear unas letras sobre pliego antes de elevar la mirada y reconocirme. El cambio de su gesto a sonrisa afectuosa tranquilizó las aguas de mi alma al ras. Y con rapidez se adelantaba a mis palabras de cortesía.

—¡Vaya por Dios! De nuevo mi buen amigo el brigadier Santiago de Leñanza por estas benditas tierras —pareció pensar algunos segundos antes de continuar, al tiempo que mostraba una amplia sonrisa en su rostro—. Pero conociendo tus prioridades personales, en esta ocasión te supongo en situación de transporte a bordo de la *Venganza* y decidido a matrimoniar con esa preciosa joven de Nueva España.

—Quedo como siempre a las órdenes y deseos de su excelencia, señor general. Y compruebo su buena memoria al recordar esos detalles.

—Vamos, Leñanza, recuerda que hace pocos meses me explicabas tus tormentos personales con aquella joven veracruzana y los delicados sucesos familiares que, puedes estar seguro, he guardado convenientemente en sello y a puerta cerrada. Supongo que se resolvió el problema en tu casa con la deseada rapidez.

Al tiempo que me reconfortaba la familiaridad de trato concedida, de forma rápida le exponía los sucesos acaecidos tras mi arribada a Cádiz. De forma especial entraba en el alumbramiento de Cristina y los tristes acaecimientos posteriores que, no obstante, me concedían libre situación para desposar de nuevo. Pero como no deseaba andar sobre obenques por largo y entendía como mejor camino sincerarme desde el primer momento, sin pausa le expuse mi visita al general Valdés y lo que entendía como consecuencias sufridas en mi persona. Torció ligeramente el gesto el general, al tiempo que me señalaba un sillón enfrentado a su mesa, en el que tomé asiento. Rascó su barba cerrada antes de largar las primeras palabras.

—Por todos los cristos del más lejano camposanto, que los miasmas miserables se extienden a tranco largo sin remedio. Más leña seca para la

jodida chimenea nacional —empleaba un tono de voz rasgado y lastimero—. Una condición prevista, ésa de la división en bandos políticos, cada vez más irreconciliables. España entera partida de cuajo en dos mitades. Parecía inevitable y así ha sucedido. Nunca aprenderemos de nuestros mayores, aunque les concedamos clarividencia y suficiente razón. Porque ya nos alarmaba don Antonio de Escaño, esa privilegiada cabeza, en tal sentido. Por cierto —movió las manos como si hubiera recordado un dato importante de repente—, que mucho sentí su reciente muerte, de la que tuve conocimiento la pasada semana. Un gran hombre que se nos ha ido de puntillas, sin haber recibido el merecido reconocimiento de toda la nación. Bueno, más lo habrás sufrido tú por el paternal aprecio que le mostrabas.

—Así es, señor. Ha sido un golpe muy duro, aunque no inesperado. Al menos, se le ofreció un digno enterramiento, como se debía a quien tanto hizo por la Real Armada y por España, sin recibir a cambio una mínima prebenda. Espero que haya podido regocijarse desde los cielos con este postrero homenaje.

—Soy un ferviente y temeroso hijo de Dios, Leñanza, pero no creo que a tanta distancia le haya reconfortado lo suficiente. En fin, don Antonio conocía bien que los españoles somos verdaderos demonios con aquellos a quienes más debemos. Pero se trata de harina molida por las dos caras y, según parece, sin remedio.

Se hizo un inesperado silencio, poco deseado por mi parte. Apodaca parecía perdido en sus propios pensamientos, y el comentario sobre el general Escaño había apartado el tema fundamental que tanto me interesaba. Porque deseaba conocer su reacción sobre mi actual situación. Por fortuna, retomó el hilo donde lo había dejado.

—Te dispenso suficiente aprecio y confianza personal para declarar que jamás quise entrar en ese juego político en el que muchos se empeñaron con uñas y dientes desde el primer momento. Gracias a los cielos, que así lo entiendo, me encuentro por fuera y suficientemente alejado de la puchera nacional que, a mi entender, puede rematarse en drama de sangre fraterna, si no se reacciona a tiempo. No me estimes egoísta y poco afanado en la causa nacional, nada más lejos de la realidad —movió la cabeza con pesar hacia ambos lados—. Pero me parece un tremendo error jugar a esa badana de los bandos políticos, que nada bueno ha de aparejarnos, como se está demostrando. La tendencia a aposentarse en los extremos de la balanza es muy peligrosa. Espero continuar en esta hermosa isla, que florece como la más beneficiosa de nuestras colonias americanas.

—Nadie lo pone en duda, señor.

Tras un ligero respiro, el general retomó el tema abordado, como si deseara aclarar al punto su postura.

—Aplicé la Constitución de 1812, estuviera o no de acuerdo con algunos de sus... de sus discutibles apartados, cuando se me indicó puntualmente por el Consejo Supremo de la Regencia. Y siguiendo las personales órdenes de Su Majestad don Fernando, tras su feliz entrada en España, promulgué su anulación y regreso al tradicional sistema de nuestra monarquía. Y en esta bendita isla se produjeron los cambios sin los disturbios acaecidos en otros reinos, por lo que fui felicitado en nota personal por Su Majestad. Creo que ese es nuestro deber, sin entrar en soberanías populares ni otras razones que pueden separarse de la obligación impuesta por juramento. Por desgracia, tal y como esperaba, mucho sufren altos mandos de la Real Armada, cuya colaboración no deberíamos perder en ningún caso.

—Puedo asegurarle, señor, que si visité a don Cayetano Valdés fue con el único motivo de interesarme por su personal estado. Tengo mis particulares ideas políticas, como todo hijo del Señor, pero jamás me dediqué a propalarlas, ni a comentarlas siquiera, salvo en casos de fuerte amistad. Entiendo que le debía a don Cayetano esa mínima deferencia, por considerarlo un magnífico general de la Real Armada y persona a la que mucho debía.

—Esa lealtad es encomiable por tu parte y lo declaro con la mayor franqueza. Pero en estos días tan especiales y peligrosos que vivimos, debemos lanzar los naipes sobre el tapete con medida extrema. Devolveré tu encomiable sinceridad con el mismo pago. Te aseguro que no apruebo ese posicionamiento tan nítido y extremo en oficiales de la Armada o, en muy elevado número, del Ejército, cuya misión fundamental es bien distinta. En cuanto a nuestra Institución, Valdés, Ciscar, Agar y tantos otros se han decantado hacia el bando liberal con excesiva claridad y, a veces, desenfrenada pasión. Estimaban, de forma errónea en mi opinión, que el pensamiento gaditano, una ciudad muy especial y sometida a un terrible asedio francés, era el pensamiento general de España y de todos los españoles. Y como se viene demostrando, nada más lejos de la realidad. Un hombre dedicado a defender a su Patria con las armas, como es nuestro caso, no debe entrar jamás en esos juegos de pasión política, tantas veces aparejados a beneficios personales.

No supe qué responder ante aquellas palabras. Y no me molestaron porque el general me hablaba como a un querido hijo a quien se debe

aleccionar. Por fortuna, entraba en elucubraciones beneficiosas para mi alma con sus siguientes palabras.

—Tampoco debes preocuparte en exceso por esos listados políticos de los que hablas —movió las manos en abanico para restar importancia a mi declaración—. Soy consciente de su existencia y de que se fabrican en notable número, aunque la mayor parte de ellos se ciñan a pijadas de monja y cuernos al aire. Si se tratara de algo importante, me habría llegado con la correspondencia oficial que acabo de diligenciar. El hecho de visitar a Valdés en su prisión habrá sido suficiente para que, sencillamente, no te consideren hombre de entera confianza y te desposeyeran del mando del *Asia*. Pero no descabalarán las bestias más allá de ese linde, puedes estar seguro. El comandante general de la escuadra, a quien bien conozco —una mueca de su rostro parecía denotar escasa confianza en el mando nombrado—, jamás te habría concedido licencia para matrimoniar en Indias si te encontraras en situación delicada, puedes estar seguro. De todas formas, te alcanza en beneficio este descanso, un tiempo en el que se olvidará esa visita llevada a cabo al castillo de Alicante. Pero si no recuerdo mal, cortaste con esa joven veracruzana y su familia. ¿Crees que te será posible...?

—Sólo Dios lo sabe, señor. Confío en el mariscal de campo Venegas y en su sano corazón. Porque ningún mal he hecho como para merecer...

—Por supuesto que no has hecho nada reprochable. Además y conociéndote tan bien, te considero incapaz de una villanía. Por el contrario, eres la víctima del entuerto propiciado por tu prima, y que Dios la tenga en su gloria. Pero entrado en verdades y teniendo siempre en cuenta la visión más o menos oscura que puede alegar la parte contraria, debes recordar que preferiste salvar el honor de tu familia al de esta joven en particular, que también ha sido víctima sin culpa alguna. No creas que me posiciono en una determinada opinión. Tan sólo intento que comprendas lo que puedes encontrar en el próximo futuro. Todo problema presenta siempre ángulos diferentes.

Poco me gustaron estas últimas palabras, por lo que de verdad encerraban y sin posible error. No obstante, las pasé por alto para no descuadrar pensamientos. Necesitaba soluciones inmediatas, por lo que regresé a mis propias necesidades.

—En ese caso, señor, supongo que quedo a cuartel bajo su responsabilidad y con permiso para matrimoniar bajo su jurisdicción.

—Puedes aplicarle el nombre que desees y maniobrar con entera libertad. Si te acarician vientos bonancibles y todo se soluciona favorablemente,

acabarás casando con esa joven. Pero ¿qué piensas hacer después? ¿Levantarás residencia propia en la plaza de Veracruz? No es lugar de tranquilidad para un joven matrimonio, porque ahí se vivirán momentos duros en esta lucha que mantenemos. Como conozco tu desahogada posición económica y familiar, te recomiendo esta ciudad de La Habana.

—La verdad, señor general, que no he decidido nada todavía. En primer lugar y como asegura, deberé ganar la virada y la confianza perdida con la familia veracruzana. Después y de acuerdo con quien puede convertirse en mi esposa, decidiremos los siguientes pasos. Pero ya sabe que los intereses de mi familia se encuentran en España, donde debo afrontar el mayorazgo de las casas de Montefrío y Tarfí. Y si, como asegura, no me aprietan esos listados políticos en los que me creo inmerso, es muy posible que regrese a Cádiz. Posteriormente y mientras me mantenga pasado a cuartel, pienso en un más que probable traslado a la Corte. Debo recomponer los intereses de mi casa, una vez abandonadas nuestras tierras por los franceses. Y costará establecer la normalidad tras haber sido asoladas por esa pandilla infame.

—Eso es cierto. Jamás pensé que tropas oficiales de una nación civilizada llevaran a cabo el elevado número de violaciones, saqueos, destrozos y rapiñas que efectuaron los gabachos, de soldado a mariscal, por todos los rincones de España. No dejaron edificio noble ni recinto sagrado sin profanar, con el botín como principal objetivo. ¡Tropas bárbaras! Pero volviendo a tu caso personal, también yo regresaría a España. Como dices, ejerces el mayorazgo de una de las casas más nobles de Castilla y sería tu obligación. Si no te involucras en movimientos poco deseados y mantienes la calma espiritual —me dirigió una amistosa sonrisa, al tiempo que movía su dedo índice en ligera reconvención hacia mí—, nada debes temer. Supongo que comprendes bien lo que quiero decir. Además, como cabeza de la casa de Montefrío, deberás recibir la faja^[12] más pronto que tarde —alzó sus manos en excusa antes de continuar—. No quiero decir que te la entreguen en obsequio por la grandeza de España que ostentas. Has sido propuesto para el ascenso por tu valor personal en cantidad de ocasiones, sin recibir las recompensas adecuadas. Pocos la merecen más que tú. Pero con don Fernando de nuevo en casa, estoy seguro de que se llevarán a cabo los ascensos postergados.

Tampoco me halagaban por llano aquellas palabras. Porque, en el fondo, me hacían sentirme un tanto cobarde, incapaz de defender mis propias ideas, como tantos otros habían hecho a riesgo de sus carreras y patrimonios personales. Sin embargo y a un mismo tiempo, tampoco había sido mi

intención, a lo largo de los últimos años, pregonar mi liberalismo, porque no lo entendía como una empresa en la que debiera intervenir. Y así me lo había aconsejado en más de una ocasión el general Escaño, cuyas recomendaciones había seguido siempre al detalle. Pareció comprenderlo Apodaca porque, sin perder la sonrisa, entraba por derecho en los detalles que mi mente barajaba.

—Mira, Santiago, no te recrimines el hecho de pensar en el bien de tu casa por encima de otras empresas nacionales. Te equivocarías de parte a parte. Porque no te deben suponer un deber, que solamente has de suscribir, como has hecho siempre, a la Real Armada. Ya sé que pensarás que soy un realista o absolutista de lomos duros, como muchos me califican de tapado — de nuevo movía la cabeza hacia ambos lados en gesto de desacuerdo—. Recuerdo cuando el bailío Valdés^[13] entonaba con su habitual fervor que esperaba el retorno feliz de nuestro Señor don Fernando, pero con una constitución en la mano que limitara sus poderes. También declaraba que, salvo la monarquía y la religión católica, todo podía entrar a discusión. Hermosas palabras, que aplaudo, pero que a ningún puerto de buen fondeadero nos han de dirigir. Porque en ese grupo de doctrina se incluyen bastantes pensadores más cercanos a la república, que a la defensa de nuestra tradicional monarquía. No creas que soy de los convencidos de que los reyes son nombrados por el dedo divino y a tal condición ha de plegarse el hombre del común, ni mucho menos. Pero si crees en tu rey, debes dejar que sea él quien decida lo mejor para nuestra Patria.

Me mantuve en respetuoso silencio porque, en verdad, no sabía qué responder, aunque poco comulgaba con sus últimas palabras. Me agradó que tomara la palabra de nuevo con rapidez.

—Más peligrosos serían otros caminos que se pueden entrever sin chascar demasiado los pensamientos. Porque si piensas, como también yo lo hice en su momento, que habría sido bueno que don Carlos el Cuarto y la penosa privanza de don Manuel Godoy hubiesen dispuesto de un freno a su aberrante y vergonzosa política, el problema se presenta al decidir quién y cómo se establece el freno. Mi teoría, que nunca declaro en público, es que debemos rezar para que Dios ilumine a nuestro Señor. Pero sin entrar en Cortes con soberanía popular desmadrada, que pueden acabar convertidas en jaulas de grillos con escasos o nulos beneficios para la Patria.

Quedaba manifiestamente claro que nuestras posiciones políticas se distanciaban en miles de millas. Sin embargo decidí, con cierto rubor amadrinado, que no era momento de atacar la sesión en discusiones. El general Apodaca, de una generación anterior a la mía, me trataba con especial

cariño y no me parecía correcto ni sensato entrar en descabalgadas mentales que acabarían por herirle. Y con escaso o nulo rendimiento para mi persona. Pasé a otro tema que le agradaría.

—Parece que, de nuevo, se refuerza la postura del virrey, señor.

—Gracias a la bendita decisión enviada a un largo y con viento fresco desde los cielos. Bueno, sin olvidar la oportuna mano de nuestro Señor don Fernando. Ese sistema, impuesto en la Constitución de 1812 sobre jurisdicciones provinciales en nuestras tierras americanas, se demostró como desastroso. Tú mismo lo sufriste en Veracruz con el gobernador y la maléfica Junta de Arbitrios. Sé que mucho se critica a don Fernando, aunque no se pronuncien dichos comentarios ante mi persona porque no los toleraría. Pero estimo más importante trabajar y proponer. Por ejemplo, cuando Su Majestad ordenó el cierre de los puertos americanos al comercio extranjero y, estimando con honradez por mi parte que tal medida podría suponer un mazazo terrible y definitivo para esta capital y toda la isla, suspendí el cumplimiento de dicha orden. Me atenía en firme a la prerrogativa de la que disponemos los capitanes generales en Ultramar. Y después, tras una razonada exposición a Su Majestad de tales condicionantes, conseguí la anulación real de la orden. Eso es lo que entiendo por leal colaboración, sin necesidad de entrar en rifirrafes mentales y críticas denostadas, sin mover una mano para remediar los males. En fin, gracias a nuestra querida Patrona regresamos a la normalidad, y es muy posible que en escasos...

Quedaba el general en suspenso unos pocos segundos, como si se hubiera percatado de que largaba información inadecuada. Cambió el escenario con rapidez. Pero, por el contenido esbozado y su sonrisa de abierta felicidad, deduje que alguna decisión de suficiente importancia para su persona se cocinaba en la Corte. Pasó a otro tema con rapidez.

—Bueno, espero que ahora, regresados a la normalidad, podamos hincarle el diente a esa pandilla de revoltosos independentistas y restaurar el orden en nuestras provincias americanas. En cuanto a tus objetivos personales, supongo que desearás pasar a Veracruz con la mayor rapidez.

—Así es, señor. Espero que la goleta *Mexicana* continúe en funciones de correo. También me serviría algún otro buque que emprenda navegación hacia el seno^[14].

—Puedes olvidarte de la goleta *Mexicana* en dos o tres meses. Tras sufrir una jornada de niebla cerrada en el estrecho de Yucatán, mantuvo un desigual combate con un corsario bonaerense. Acabó descalabrada de plumas, aunque con suerte suficiente para no ser apresada. Se encuentra en el arsenal,

pendiente de algunos respetos importantes como un nuevo palo mayor, jarcia de fuerza y aparejo completos, así como composición de muchas maderas en astillas. Pero puede soplarte la suerte. Si la mar no dispone nada en contra, se encuentra a punto de llegar desde Cádiz la goleta *Ventura*, que ha sido asignada a estas aguas bajo mi jurisdicción. No es del porte de la *Mexicana*, porque presenta solamente seis bocas de fuego, pero más velera todavía y hábil para la misión de correo que tanto necesitamos. Por cierto que, con su correspondencia oficial, podré asegurarte tu situación de tranquilidad. Porque siempre me avisan del personal con marcado peligro político que pueda encontrarse en estas tierras. Ya verás como nada malo se cuece respecto a tu persona.

—Pues Dios quiera que esa *Ventura* arribe pronto, señor. No me estime apresurado por más, pero comprenderá mi inquietud por pasar cuanto antes a...

—Lo comprendo perfectamente —volvió a sonreír—. Además, a bordo de la *Ventura* y con su aparejo largado al copo, no sufrirás el ataque de corsarios. Porque a los clásicos piratas bucaneros y los de los nuevos estados americanos del norte, que ya sufriste con el navío *Asia*, ahora se suman los de las nacientes repúblicas revolucionarias en nuestras provincias americanas, que así se definen algunas con extrema insolencia.

—He oído hablar de la existencia de buques armados al corso por los independentistas, especialmente los del Río de la Plata, que disponen de importantes bases sin oposición. Pero no sabía de acciones concretas. ¿A tal punto alcanza su osadía, señor?

—Parece que han aprendido con rapidez y se han apercebido de lo mucho que se puede debilitar la economía española mediante la actividad corsaria. Y aunque los denominemos como piratas, y así lo son en puridad legal al no reconocer sus pabellones, actúan como verdaderos corsarios. Nos supone un enorme perjuicio por la necesidad de artillar los buques del comercio y que los armadores paguen unas primas de seguro al Lloyd de Londres muy superiores. De forma especial, las firmas gaditanas que se mantenían en pie gracias al comercio americano entran en ruina con rapidez.

—¿Qué unidades utilizan, señor?

—Como todo corsario, intentan emplear buques ligeros, de escaso porte pero con mucho trapo a disposición. La mayor parte son bergantines o goletas construidas en la bahía de Chesapeake o en las riberas del río Delaware. Y como es fácil suponer, gran parte de ellas financiadas por esos nuevos estados del norte que tan pronto olvidaron los favores prestados en su independencia.

Han sido contruidos con las nuevas tendencias de mucha eslora en proporción a la manga y capaces de bolinear a la cuarta. En los nuevos estados americanos comienzan a denominarlos como clíper, una palabra de nuevo cuño que en nada se ajusta a unidades determinadas y conocidas. En cuanto a su armamento, es variado y con lo que aparezca a la mano, aunque intentan utilizar carroñadas, tan efectivas a corta distancia.

—¿Y qué pabellón enarbolan esos piratas de nuevo cuño, señor? ¿Acaso la clásica calavera con las tibias en cruceta?

—Muestran cualquier bandera que les llegue a la mano, desde la de las Provincias Unidas del Plata, hasta la británica o incluso la de la Real Armada. Comentan nuestras autoridades que el foco principal se centra, precisamente, en la banda oriental del Río de la Plata, donde ejerce dominio su caudillo Artigas. Y ha establecido con todo rigor una Ordenanza General de Corso. Amparado bajo lo que denomina como nuevo Estado, establece las normas habituales aunque especifica como necesario el empleo del pabellón tricolor de la nueva Federación.

—Si no exigen porcentajes elevados, mucho caribeño se sumará a la fiesta.

—No sólo caribeños. Estos estados americanos del norte toman fuerza con demasiada velocidad, gracias a su emergente comercio. El rebelde Artigas exige solamente el cuatro por ciento del remate de las presas. Incluso ha establecido tribunales de presas para que juzguen la oportunidad de las capturas. Como es fácil suponer, el corso se dirige casi exclusivamente contra buques españoles y portugueses, aunque no desprecien otras unidades. En realidad, han adaptado nuestra legislación en cuanto al corso punto por punto. Todo capitán de buque que intente dedicarse a tal encomienda bajo el citado pabellón, sea de donde sea, recibe la patente de navegación, la de corso y la de presa. Y hay varios de esos buques que ya han llevado a cabo capturas de cierta importancia, como las de un tal Buchar, al que apodan como «El corsario del Plata». Este pájaro inmundo ha llegado a conseguir en pocos meses más de doscientos mil dólares. ¡Pandilla de golfos y maleantes! Espero que consigamos apresar pronto alguno de esos buques para colgar a la dotación entera, de capitán a paje, aquí mismo en la plaza de Armas.

—Supongo que pocos de ellos serán criollos o españoles revolucionarios.

—Al igual que aquellos en quienes han depositado los mandos de sus unidades oficiales, la nombrada como Armada de las Provincias Unidas del Plata, esos numerosos capitanes corsarios son lo peor de cada casa caribeña o angloamericana. Aparte del tal Bouchard, se nombra a Campbell, Clark,

Levely, Barney, Nutter, Chase, Cathill, Weight, Bogart y algunos más. Ni un solo apellido verdaderamente español.

—¿Dónde operan?

—Pues ahí se centra el peligro. En un principio, ceñían sus actividades a las costas portuguesas y españolas del continente sur. Pero, en vista del éxito conseguido, parece que han ampliado las actuaciones al mar de las Antillas y más allá. En la correspondencia que acabo de leer, se comenta el apresamiento de dos unidades cerca de las islas Canarias y la presencia de corsarios en la boca del estrecho gibraltareño. Y como, por desgracia, no podemos siquiera proteger el tráfico costanero, serán capaces de alcanzar las costas mediterráneas y de las islas Baleares.

—Como dice, señor, pocas unidades podemos oponer en defensa.

—Puedes asegurar que pocas o ninguna. Las mejores unidades para contrarrestar el peligro corsario son las fragatas, desde luego, o bergantines de látigo bien armados. Y ya sabes que ni siquiera disponemos de suficientes unidades para convoyar a nuestros mercantes cuando se decide algún envío importante de tropas y armamento desde la Península hacia las Indias. Pero habrá que acometerlos porque, desde hace meses, mucho se habla de enviar un poderoso ejército a las costas de Tierra Firme y otro al Plata para reponer en orden aquellas aguas perdidas.

—¿Ha dicho perdidas, señor? ¿Quedamos sin presencia de fuerzas españolas en el Río de la Plata? —sentí una honda preocupación, al pensar en mi cuñado Beto, al mando del queche *Hiena* en aquel escenario.

—Se produjo lo que nadie deseaba. La escuadra mandada por el pirata Brown, ascendido a comodoro por los rebeldes, presentó combate de orden a las escasas fuerzas de la Armada presentes en el Plata. Y para mayor desgracia, la división del capitán de navío Romarate había quedado desplazada estuario adentro y sin armamento. Si le sumas que se puso al mando de nuestra escuadra, por llamarla de alguna forma, al inepto del capitán de navío de la Sierra, puedes inferir el final de la empresa. En fin, que se perdió el combate y se rindió Montevideo. Tan sólo el queche *Hiena*, gracias a su buen andar, pudo escapar de aquellas aguas.

—Bendito sea Dios. En ese caso y si no sufrió daños de orden superior en el combate, el queche aparecerá en la bahía de Cádiz. Mi preocupación, señor, se debe a que lo manda el esposo de mi única hermana, el capitán de fragata Adalberto Pignatti.

—Supongo que, tras recalar en Río de Janeiro, habrá emprendido derrota hacia la bahía gaditana. Desde luego, no ha aparecido en aguas bajo mi

jurisdicción.

El general se removió inquieto en su asiento. Creí entrever que deseaba finalizar la audiencia, por lo que comencé a preparar la retirada.

—Le agradezco mucho toda la información suministrada, señor. Espero que el queche *Hiena* arribe a España sin mayor novedad. En cuando a mi propia situación y de acuerdo con los datos expuestos, esperaré la llegada de la goleta *Ventura*, si no abandona La Habana con anterioridad alguna otra unidad.

—Pregunta en la mayoría general^[15], pero no me suena que algún buque del comercio vaya a levar anclas hacia el seno. En cuanto arribe la goleta *Ventura* a este puerto, si no se le ofrece ninguna novedad en su aparejo, deberá salir para Veracruz con extrema rapidez. Cuando te notifiquen su presencia, ven a verme y te entregaremos la preceptiva orden de embarco. Espero que todo corra por derecho y arregles el asunto con esa joven. Después y si te interesa, siempre podrás embarcar con ella en una navío o fragata que lleve a cabo su tornaviaje hacia la Península.

—Le agradezco mucho las atenciones recibidas de su mano, señor, así como la tranquilidad que me han supuesto sus palabras. Siempre me ha beneficiado y le estaré en deuda mientras viva.

—Recuerda que te lo debía —de nuevo la sonrisa paternal aparecía en su boca—. Jugaste un papel de la máxima importancia en aquellos meses revueltos, tras los episodios del dos de mayo. Y te jugaste el pellejo en doble vuelta. Puedes estar asegurado, Leñanza, de que te considero un magnífico oficial. Espero que nada enturbie tu carrera en la Real Armada. Ya te comenté mi propuesta para que te concedieran la faja, tras el combate sufrido con los corsarios americanos y tus notables acciones de guerra en el seno mexicano. Y no dudo de que don Fernando lo tendrá a bien, llegado el momento.

—Le agradezco esas palabras, señor.

Me despedí del capitán general con sentimientos contrapuestos. No obstante, en su conjunto me sentía tranquilo y bastante cercano a la felicidad. Tan sólo el ligero rumor de haberme comportado con escasa valentía moral runruneaba en el estómago. Pero también recordaba las sabias palabras de don Antonio de Escaño, en las que me recomendaba no entrar en lides políticas y ceñirme sencillamente a las obligaciones de mi carrera en la Armada. Sin embargo, todo quedaba eclipsado por la dulce imagen de Beatriz. En aquellos momentos solamente deseaba que la goleta *Ventura* arribara a La Habana y me transportara en vuelo de cometa hacia Veracruz y hacia los brazos de la mujer amada.

Antes de abandonar el edificio pasé por la mayoría general, donde me entrevisté con el brigadier Maldoso. Aunque no lo conocía, se mostró muy amable y colaborador. Le pregunté sobre la posibilidad de que alguna unidad del comercio pasara a Veracruz en los próximos días. Para mi desgracia y confirmando la información del general, ninguna de las fondeadas en puerto presentaba en aquellos momentos las necesarias intenciones de navegación. Por tal razón, indagué sobre las posibilidades de tomar posada en la ciudad, condición que estimaba de todo punto necesario. No deseaba continuar entelado por más tiempo en la fragata *Venganza*. Además, los días o semanas a permanecer en la capital cubana, pendiente del arribo de la goleta, quedaban prendidos en el aire.

—Puede arrancar aquí mismo en el palacio de Capitanía durante algunos días —me indicaba el mayor general—, aunque las estancias preparadas para los oficiales en tránsito no sean muy confortables. En su caso y si no le aprieta la faltriquera en exceso, me dirigiría a la posada de la señora de Arcans, viuda de un mariscal de campo del Ejército.

—¿Francesa?

—Nada más lejos de la realidad. Doña Alicia Mirabetes es una aragonesa valiente y de pura cepa, capaz de matar a varios gabachos con sus manos. Su marido, el mariscal de campo Arcans, también de origen aragonés, aunque de familia afincada en La Habana desde hace más de un siglo, murió en la batalla de Ocaña por efecto de una granada francesa, un detalle que la dama no olvida. Por pura necesidad y para no tener que vender tan hermosa propiedad, arrienda el piso alto de su vivienda al completo para oficiales de alto rango o comerciantes adinerados. Se trata de una persona excelente en todos los sentidos, que se tiene en muy alta estima por las autoridades y principales familias de la capital. Mantiene la posada en perfectas condiciones y con servicio de categoría. Y para su suerte, quedó libre el piso noble en arriendo la pasada semana. Llegará a un acuerdo si no se restringe demasiado en el gasto.

—Puede ser una solución perfecta para mí.

Tras ofrecerme la dirección de la que sería mi nueva residencia y sin necesidad de recabar mayor información, me dispuse a abandonar el palacio. Tan sólo le indiqué, por último, la necesidad de que me enviara aviso del arribo de la goleta *Ventura* u otra unidad con intenciones de pasar a la plaza de Veracruz con la debida urgencia. De esta forma, salí a la plaza de Armas, donde un sol espléndido y la ligera brisa del sudoeste acariciaron mi rostro, al tiempo que sus rayos se hacían sentir con fuerza.

Como se trataba de jornada especial dedicada al comercio, por los cuatro puntos se abrían tenduchos, tenderetes, barracas y puestos en los que se exponían todo tipo de alimentos, vestuarios, libros y cualquier otra necesidad. Destacaban los trabajos de artesanos que ofrecían los famosos productos de la ciudad. Sobresalían los abanicos con pie de nácar, los bordados de manopla fina y las incomparables mantillas labradas en seda. Una verdadera multitud atestaba hasta el último rincón de la explanada en ronda de empuje y comisión. Pude comprobar que se traficaba con todo. Y aparecían en demasiada cantidad algunos mercaderes capaces de ofrecer hasta el alma del regidor en bolsa de esparto. Pero tras efectuar un ligero paseo tomé un pequeño carruaje de los que apodaban guadaños, al igual que los pequeños botes abrigados que circulan en los puertos españoles, para pasar a la posada de la señora viuda de Arcans, bastante cercana a la plaza de Armas.

Antes de partir del palacio de Capitanía, envié un recado al comandante de la fragata *Venganza*, en el que le exponía mis intenciones de mudanza, así como la necesidad de que avisara a mis criados sobre mi nueva situación. También le ofrecía los mejores deseos en sus nuevas singladuras que, como me habían informado en la mayoría general, trazaría en dirección al mar del Sur, tras necesaria escala en Cartagena.

Las calenturas cerebrales, originadas por los pensamientos políticos y lo que de ellos podía deducirse, pasaron a popa sobre el sombrero sin mayor duelo ni herida. Tan sólo me inquietaba el factor tiempo y la intranquilidad que la espera me producía en las venas. Porque bien sabía lo que la mar puede hacer con una goleta, si le entra a malas o por rondos de tirabuzón. De esta forma, elevé intensos rezos a la Patrona para que la esperada *Ventura* mostrara su bauprés cuando antes en la bahía habanera. Y que, sin demasiada demora, me transportara con todo el aparejo largado hasta la plaza de Veracruz. De momento, prefería pensar solamente en el rostro de Beatriz, sin contar con el cuadro que allí podría encontrar. Las olas de bulto deben tomarse en su momento, sin pensar en ellas cuando la mar se ofrece en cuentas de plata.

3. La goleta *Ventura*

Me instalé aquel mismo día en lo que, más que posada, podríamos definir sin entrar en error, como precioso y recogido palacete colonial, antigua propiedad de la familia Arcans. La fachada principal se abría a la empedrada calle de las Animas, mientras el mirador de levante, esquinado a cuartos, ofrecía luces al pequeño pasaje de la Perseverancia. Tan sólo necesitaba cruzar un par de travesías para alcanzar y disfrutar del inigualable Malecón, esa majestuosa avenida abierta con luminosas ventanas al seno mexicano y dueña de unas vistas con las que podría soñar todo ser humano. Bien saben los dioses de la mar que mucho mundo he corrido a lo largo de mi vida de norte a sur. Sin embargo, estimo sin dudarlo que este paseo habanero, besado por las aguas hasta las calzas, puede ser considerado, en su conjunto, por grandeza y hermosura, como ejemplar único del universo.

Al ser conducido ante su presencia, pude comprobar que doña Alicia de Mirabetes, viuda de Arcans, aparecía como señora de tronío y rasmia sin madejas sueltas, de esas que más cabe aparejar en bando propio. Destacaba muy por alto tanto por su clase como por su belleza. Enlutada desde la puntera al moño de picaporte, con amplia trenza de cabello azabache aplastada en herradura, me ofreció asiento como si arribara a su residencia en sesión de dulces y visita cortesana. Y aunque entrada en la cuarentena, mostraba la dueña cuerpo y rostro con suficiente atractivo como para lanzar el anzuelo y cobrar presa de categoría con rapidez, si así lo deseara. En ningún momento llegó a rozar nuestra conversación términos comerciales de ningún tipo, como si en vez de obligarme a abonar una elevada cantidad mensual, que me pasaba por medio de un recado escrito de antemano y con necesidad de adelantar una mensualidad, pasara a ser un viejo amigo de la familia que quedaba invitado sin límite de tiempo.

Me asignó el ala de levante de la planta superior, donde disponía de tres habitaciones y dos saloncitos, con el necesario servicio para mi uso particular.

También, al ser requerida sobre la necesaria instalación de mis criados particulares, los inseparables Barbate y Guanche, aseguró la doña que convivirían con los de la casa en las habitaciones asignadas al servicio propio en gran parte de la buhonera. Poco después y siguiendo los pasos de una veterana sirvienta, recorrí mis dependencias con ligereza. Y quedé impresionado del lujo y detalle de las estancias, amuebladas con piezas de gran belleza hasta el más mínimo detalle. Fue entonces cuando comprendí que debiera arrendar alguna parte del noble edificio si, como parecía, entraba escaso capital en su bolsa y deseaba mantenerse a toda costa en el palacete Arcans.

Durante los primeros días, dediqué el tiempo necesario para aclarar y consolidar en firme la situación crediticia con vistas al cercano futuro que se abría en mi nueva vida. Siguiendo las recomendaciones dictadas por María Antonia en mi última visita a la plaza, contacté con la firma comercial Marset e Hijos, con prestigio ganado en más de un siglo de existencia, que mantenía contactos directos con don Benito de la Piedra. Las cartas y letras comerciales de mi mantenedor permanente, con categoría y solvencia suficiente para ser conocido en contactos de saldo por todo el mundillo comercial, me abrieron las puertas y la confianza de don Eduardo Marset, el anciano director de la firma. Y no sólo pensé en el día a día que debería encarar en La Habana, sino en un posible asentamiento posterior emplazado, posiblemente, en Veracruz o cualquier otra localidad de Nueva España.

Aunque me pronosticara para mis adentros unos días agradables de espera, tras la conversación mantenida con el capitán general y mi sugestiva instalación en el palacete de la viuda, necesité escasas jornadas para comprobar cómo los grillos comenzaban a danzar por rumbo propio en mis higadillos. Los pensamientos se tendían sin remedio hacia la joven veracruzana, cuya simple estampa azuzaba la sangre en recorrida. Porque la sencilla visión del rostro de Beatriz y las diversas posibilidades abiertas a las bandas combatían mi espíritu en torratera con más asiduidad de la deseada.

Me habitué con facilidad a lo que se podía entender como vida regalada sin posible merma. Por las mañanas, tras una colación tempranera servida en mis propias habitaciones al gusto de mis deseos, salía a pasear y recorrer las calles y plazas de nuestra incomparable perla antillana. Debía de aparentar la estampa del clásico hacendado insular desocupado que dedica algunas jornadas al descanso en la capital habanera. No obstante, era en el paseo del Malecón donde gastaba la mayor parte de las horas, con la vista lanzada hacia las aguas del seno mexicano sin descanso. En mi pecho anidaba la

permanente esperanza de avistar el casco fino y raso de una goleta con los dos palos apuntando al cielo y sus cangrejas tomando viento en bolsa dura, al tiempo que mantenía su proa dirigida hacia la bahía.

Había momentos en los que, avistado un buque en la lejanía, todavía sin poder distinguir sus formas ni aparejo, echaba de menos el largomira^[16] que me permitiera reconocerlo cuanto antes con cierto detalle. Como norma habitual, poco después recibía una nueva decepción al comprender que la espera de la goleta *Ventura* me haría sufrir más de lo esperado. Sin embargo, una mañana disfruté al observar la estampa de la fragata *Venganza* tanto avante^[17] con el castillo de la Punta. La gacela navegaba con el aparejo largado al copo hacia los vientos y proa al noroeste, por lo que todos los paseantes del Malecón dirigían la mirada ante un cuadro de tan incomparable belleza.

Cumplía la tercera semana de estancia en el palacete habanero, cuando mi anfitriona, en uno de los cotidianos almuerzos a los que me aprestaba con todo rigor de formas, exponía a la voz mis propios sentimientos.

—Me parece entender, señor de Leñanza, que os movéis con el ánimo preso de cierta inquietud. Como sabéis, en estas tierras corremos nuestras vidas a ritmo lento, lo que llaman paso guaro, condición saludable para el cuerpo y el alma. Solemos asegurar que no nos alcanzará la bendición en mayor medida, aunque recemos a una distancia menor o con letanías aceleradas. Lo que ha de llegar nos alcanzará a la mano sin remedio, salvo aplicación directa del Maligno. Pero ni un minuto antes por causa del estrago interior. Debéis disfrutar de esta obligada espera y sacar lo bueno que de ella se desprende.

—Tenéis sobrada razón en todas vuestras palabras, señora. Suele cumplirse la norma habitual de que los nervios se aplaquen por alto en Indias. Pero para alcanzar dicha estadía se necesita amoldarse a esta vida. Por desgracia, es mucha la urgencia que me acomete por pasar a la plaza de Veracruz.

—Si me permitís entrar en temas particulares, ya me comentó el brigadier Maldoso que habéis recibido permiso para matrimoniar en Indias. Os felicito como merece la ocasión. Se trata de una chica afortunada, sin duda. Pero su prometida allí se encontrará aunque esa goleta de correo se retrase algunas semanas —me ofreció una amistosa sonrisa, que hacía más atractiva la belleza de su rostro moreno—. Las mujeres somos muy pacientes, de forma especial cuando esperamos al ser querido.

No deseaba de ninguna forma entrar en la necesidad de explicar la verdadera situación que atravesaba, por lo que debía recorrer el linde con mano blanda. Por tal razón, tomé caminos de evasión.

—Quizás las jóvenes presenten una mayor inquietud e impaciencia, señora mía. Beatriz, mi prometida, solamente apunta los dieciocho años.

—No debe inquietaros tal condición. A esa dulce edad, la mujer ha entrado de sobra en la edad de hembra de quebranto. Sufrirá más la espera porque la juventud no goza siempre de la debida paciencia y comprensión. Pero no se le ocurrirá romper un compromiso.

No deseaba explicar a la atractiva viuda que era yo quien había roto la promesa dada con la joven. La frase del general Apodaca, en la que exponía con crudeza la verdadera situación desde la óptica contraria, entraba en raciones de dolorosa espuma con demasiada frecuencia. Y esa misma realidad, el hecho de que Beatriz pudiera considerar que había optado por preservar el honor de mi familia por encima del amor hacia ella y la palabra dada, me consumía en ardores difíciles de aplacar.

—Que nuestra querida Patrona escuche esas palabras, señora. De todas formas, desearía observar la silueta de la goleta *1 /entura* fondeando en la bahía.

No sospeche siquiera que desee abandonar su grata compañía. Le aseguro que nada mejor puedo pedir que mantenerme en su magnífica residencia y con tan agradable anfitriona.

—También para mí es un grato honor la compañía de un noble español como vos.

Se repetían con frecuencia estas conversaciones con Alicia, única diversión que me permitía a diario en aquellos días. Y acabamos por entrar en todo tipo de temas y contenidos. No obstante, jamás dejaba que se deslizara una pulgada hacia el terreno político, por mucho que pareciera gustarle. Pero, por encima de cualquier otra consideración, desprendía un odio feroz hacia todo lo francés en cualquiera de sus posibles acepciones, hasta rayar a veces en un posible desequilibrio de su mente. Por otra parte y para mi sorpresa, tomaba el tema de los movimientos independentistas americanos con escasa o nula preocupación, como si, una vez expulsados los franceses de nuestras tierras, se tratara de un asunto menor que debía revertir a la normalidad sin mayores problemas.

En cuanto a la vida social, intensa en la capital cubana, intenté evitarla en lo posible. Y no me crean reacio a los necesarios y agradables contactos con las autoridades o proceres habaneros, propiciados por mi persona en

numerosas ocasiones. En verdad, no deseaba recibir preguntas de doble filo que pudieran considerarse poco adecuadas. No quería que nada pudiera interferir en mis ansias de llegar a Veracruz sin marcar una rodera en exceso. Sin embargo, asistí en un par de ocasiones al Palacio de Capitanía, acompañado por la señora viuda de Arcans, por expreso deseo del general Apodaca. También fui invitado en una ocasión por el comandante general del arsenal, a quien me había presentado pocos días antes en medida cortesía. Había tomado el destino el jefe de escuadra Melchor de Rozas, ese puesto deseado por su antecesor en el cargo, brigadier Benítez, que tanto me beneficiara en memoria de mi padre. También se requirió mi presencia para algunos saraos particulares de mayor o menor fuste, normalmente propiciados por mi anfitriona.

Como bien sabemos, todo llega en esta vida, para bien o para mal del alma, aunque a veces dudemos de ello. Por gracia de los cielos, cuando ya comenzaba a preocuparme seriamente la tardanza de la goleta *Ventura*, me alcanzó el remanso definitivo. Puedo declarar que, tras seis semanas de permanencia en el palacete Arcans, sufría serias pesadillas en las que, con visiones apocalípticas, la goleta *Ventura* caía a los fondos tras un terrible temporal, lo que me hacía permanecer en la capital cubana durante meses, mientras la imagen de Beatriz se alejaba más y más en el lejano horizonte. Sin embargo, una mañana en la que decidí, por tercera vez, acercar mis pasos hacia la mayoría general y preguntar de nuevo al brigadier Maldoso, se produjo lo que consideré como un verdadero milagro. Antes de ser conducido a su gabinete, un capitán de las milicias cubanas, que me había recibido en ocasiones anteriores, ofreció el primer rayo de luz.

—Me alegra encontrarle de nuevo en esta particular ocasión, señor brigadier. Precisamente, el mayor general me encomendó, hace escasos minutos, que le enviara recado sobre el arribo a la bahía de la goleta *Ventura*.

—¿Fondeó por fin la *Ventura*? —En mi rostro podían leerse trazas de la mayor felicidad.

—En la tarde de ayer, señor.

—Maldita sea mi estampa marinera —renegué con felicidad—. Precisamente, ayer me salté la norma del diario paseo por el Malecón. ¿Arribó sin novedad? Quiero decir que no habrá sufrido algún...

—Si lo desea, señor, el mayor general se lo explicará con detalle. Ya sabe que los temas navales no son mi especialidad.

Poco me agradaron aquellas palabras, por si encerraban algún mensaje de tonos oscuros. Por tal razón, intenté atacar a Sebastián Maldoso con rapidez.

Pero, nada más observar su alargada sonrisa de bienvenida, conseguí reducir los tintes.

—¡Por fin arribó el buque de sus sueños, Leñanza! Ya puede descansar su espíritu de una vez. Bueno, descansaremos todos porque, según me explicó Alicia, buena amiga de mi mujer, sus nervios andaban un tanto revueltos de ondas.

—En efecto. Pero debe comprenderme. Lo que entendía como una ligera espera se estaba convirtiendo en un suplicio más propio de forzados. Seis semanas sin que ningún buque cruce hasta Veracruz. Ya creía a todos los dioses emplazados en mi contra.

—Lo comprendo perfectamente —Maldoso reía de buen humor—. Es cierto que no le acompañó la suerte. Incluso el capitán general preguntaba a menudo por la goleta. Y no solamente a causa del correo que debemos enviar hacia Veracruz y Campeche con cierta urgencia, sino pensando en su necesidad de pasar a Nueva España. Como en esta isla actuamos con la debida diligencia, a pesar de la fama de guarones injustamente cobrada, se encuentra preparada la orden y cédula de embarco con dos criados particulares a su cargo, tal y como expresó en sus deseos. De esa forma no perderemos un solo minuto.

—Se lo agradezco como merece, Maldoso. ¿Permanecerá muchas jornadas en puerto la goleta? ¿No necesita auxilio del arsenal?

—Ya se presentó esta mañana el comandante al capitán general. El buque se encuentra sin novedad, al ciento de maderas y aparejos. Se retrasó demasiado a causa de unas encalmadas de lomos, que lo destetaron durante semanas. Además, en San Juan de Puerto Rico perdió otra semana por culpa de las habituales pejugueras de su gobernador. Mañana rellenará aguada y víveres, para pasar a Veracruz sin pérdida de tiempo.

—Benditos sean los dioses de la mar y sus nobles crías. En ese caso, me gustaría despedirme del capitán general.

—No le será posible en esta ocasión. Acaba de partir hacia el castillo del Morro para comprobar la instalación de una nueva batería. Y seguirá en camino de inspección hacia Santiago, la antigua capital cubana. Por tal razón, no regresará a la Capitanía hasta dentro de tres o cuatro días. Pero, como se encuentra al corriente de sus intereses, me comunicó que le expresara sus mejores deseos para el futuro y se considerara despedido en forma y modo. También me indicó que le diera un particular recado. Dicto sus palabras una a una porque no comprendo el significado: *Una vez repasada la correspondencia que trasladaba la goleta, puede quedar en absoluta*

tranquilidad. Supongo que comprenderá el sentido de tales palabras, que a mí se escapan.

—Lo comprendo perfectamente. En ese caso, si todo se encuentra embastado de...

—Puede embarcar en la *Ventura* cuando lo estime oportuno. También yo espero que matrimonie en la plaza de Veracruz con toda felicidad.

—Se lo agradezco, Maldoso.

De nuevo urgido por prisa enfermiza, me trasladé al arsenal. Aproveché la ocasión para saludar una vez más al jefe de escuadra Melchor de Rozas, personaje escaso en palabras y atenciones. Tras una rápida charla y corroborada la buena situación de la goleta, me despedí de él sin mayores afectos, dada su escasa locuacidad. Sin embargo, tras preguntar a uno de los ayudantes por el comandante de la *Ventura*, me señalaba a un joven teniente de fragata que se dirigía por la explanada para tomar la lancha y pasar a su buque. Lo alcancé al galope para saludarlo y comunicarle mi próximo embarque.

El teniente de fragata Joaquín del Paso presentaba los rasgos de la más pura felicidad profesional. Recién tomado el mando de la goleta, había sido comisionado a La Habana para quedar de forma permanente bajo las órdenes de su capitán general. Y, como es lógico pensar, tal situación lo había colmado de satisfacción. Hombre joven, apenas cruzada la veintena, mostraba un rostro pecoso y aniñado. Utilizaba una melena corta pelirroja tendida en cuña hacia el cuello, como era costumbre habitual en los jóvenes oficiales de guerra por aquellos días. Se encontraba al tanto de mi próximo embarco, lo que le había sido comunicado en la mayoría general de Capitanía.

—Será un honor tenerle a bordo, señor brigadier. Precisamente, antes de partir de Cádiz embarcaron en la *Ventura* algunos miembros de la dotación del navío *Asia* que se encontraban bajo su mando hasta hace pocos días. De forma especial, el guardiamarina Mendoza habla mucho y bien de vos. Ya me expuso el temporal sufrido al norte del seno mexicano, así como su temeraria decisión de correrlo de empopada y a palo seco, al tiempo que largaba lastre. Y con una vía de agua a la altura de la cuaderna maestra. Debió de ser una experiencia memorable.

—Memorable solamente para contarla meses después al calor del fuego, comandante.

—Desde luego, señor.

—Siento que todavía no le hayan concedido la charretera^[18] al caballero^[19] Mendoza. Ese chiquillo es un verdadero jabato, valiente y

atrevido como pocos. Lo propuse para su ascenso con detallado informe de sus meritorias actuaciones de guerra, en las que fue herido en dos ocasiones.

—Conseguiré la charretera en pocas semanas, señor, se lo aseguro. Embarqué graduado para ocupar a bordo plaza de alférez de fragata con efectividad. Pero ya sabe que ahora no quieren que abandonen el empleo de guardiamarina sin haber cursado estudios de navegación superior y cursos de artillería. De esta forma, se me ha asignado para que reciba tal instrucción a mi bordo y, cuando así lo estime, le entregue la charretera. Pero tiene razón en sus apreciaciones sobre este oficial, señor. Espero que, en escasas semanas y cubierto el necesario expediente, pueda otorgarle los flecos^[20].

—¿Instrucción de navegación superior y artillería a bordo de una goleta? Creo que algunos mandos de nuestra Armada han entrado en profunda locura. Por las barbas del bajá. Ni instrucciones ni nada. Cuando se merece un ascenso, hay que otorgarlo por encima de otras consideraciones que deben quedar a menor altura.

—Concuerdo plenamente con vos, señor. Pero no tenemos más remedio que cubrir el expediente. Y, como dice, no es mi buque el ideal para recibir esa instrucción superior. A bordo desempeña el destino de alférez de fragata a todos los efectos, sin tiempo para otras disquisiciones. Por cierto, señor brigadier, que le ofrezco mi cámara para su uso personal.

—Mucho se lo agradezco, comandante, pero debo rechazar su ofrecimiento sin dudarlo. Cada comandante debe permanecer en su propia choza, salvo cuando le embarque jefe con jurisdicción propia, que no es mi caso. Amoldaré mis pasos a los oficiales o allí donde estime oportuno. Por cierto, ¿cuándo le parece adecuado que embarque sin causar molestias? Incorporo dos criados particulares. Seguiré lo que me indique.

—Por favor, señor brigadier. La goleta *Ventura* se encuentra a vuestra entera disposición y servicio en todo momento. Espero poder embarcar mañana los víveres prometidos y rellenar la aguada. Una vez entregado el estado de fuerza y de acuerdo con las prisas impuestas por la mayoría general, abandonaré esta hermosa bahía con las primeras horas de pasado mañana. Así que será bienvenido cuando lo desee.

—En ese caso, comandante, y si le parece bien, mañana por la mañana enviaré a los dos criados con mis pertenencias. No se trata de moscarda floja, que amparo bultos en elevado número. Y si nada salta a la contra, embarcaré tras el almuerzo.

—Muy bien, señor. Se hará como desee.

Regresé al palacete Arcans de excelente humor, una vez eliminados los miasmas mentales que tanto me habían atacado. Incluso me permití un alargado paseo para observar la figura de la goleta, fondeada junto al muelle de la colosal machina, alzada como cabria gigantesca en la distancia. Una fantástica visión que cerraba mis más íntimos deseos. Y sin perder un solo minuto, expuse a Alicia mis intenciones. Pero como esta mujer parecía encontrarse al tanto de todo lo divino y humano que se movía en la isla, ya había preparado una despedida con los escasos amigos y conocidos para aquella misma tarde. Un sarao particular en mi honor. Se lo agradecí con sinceridad porque en aquellos momentos todo se trufaba en sentimientos de gloria.

Aquella noche volví a dormir como un niño sin destetar, con los más dulces pensamientos navegando en demanda de la plaza de Veracruz, mientras el rostro de Beatriz se aparecía con sonrisa aparejada. Felicidad plena, sin dejar entrar en el saco los otros pensamientos que pudieran descuadrar el molde.

* * *

Abandonamos la bahía habanera una jornada después de lo previsto en un principio por la mayoría general de Capitanía. Como suele producirse con demasiada periodicidad en escalas de tránsito, aparecen en el límite urgencias inesperadas con extrema facilidad. A última hora, se decidió embarcar una nueva remesa de fusiles y abundante munición para las tropas del Ejército estacionadas en Campeche. La sorprendente decisión entraba a fuego y con regusto amargo en el brigadier Maldoso, que, con toda lógica, no gustaba de los sobresaltos inesperados, condiciones que se podían haber establecido con suficiente anterioridad. Incluso el comandante de la *Ventura* desbocaba por largo ante la necesidad de estibar una nueva carga a la rápida y con un ligero exceso en las posibilidades de su buque. Pero es bien sabido por los hombres de mar que los de tierra quedan con el trasero caliente mientras ellos deben encarar situaciones con riesgo aumentado de forma innecesaria por la incompetencia de otros.

Si ya la amanecida se abría en luces con guantes blancos, poco después disfrutábamos de las mejores condiciones que cualquier ser humano puede pedir sobre las aguas. Porque, en benéfica conjunción, los dioses Eolo, Neptuno y el resto de la corte marítima coincidían para ofrecer un camino de plata. Cuando el sol se elevaba una cuarta sobre la Casa Blanca, ordenaba el

comandante llevar las anclas para abandonar el arsenal de La Habana y la propia ciudad. La goleta, con esa facilidad de chupar viento aunque sea a manotazos, conseguía sacar cabeza de la bahía con ligeras bordadas. Y una vez a la altura del castillo de la Fuerza, largaba todo el aparejo para desfilar por la angostura y pasar entre la Punta y el Morro a un largo, como potranca en demostración de fuerza.

Sin cambios de orden, el viento fresco del sudeste se entablaba en perfecto acuerdo con las condiciones de los últimos días, lo que nos permitió trepar hacia el norte para quedar desembarazados de piedras rencorosas. De esta forma, la primera singladura se abría a fuerza de sol, sin una sola nube en los cielos azules y ese viento de todas las velas que proporciona a las goletas las alas del cormorán. Porque en verdad que se trata de divina imagen comprobar cómo la *Ventura* parecía deslizarse sobre la superficie de la mar sin tocar apenas sus aguas. No se podía presentar de mejor cariz la derrota hacia el seno y el puerto de Veracruz, ese magnífico solar por donde el gran Hernán Cortés comenzara su fabulosa conquista del imperio azteca.

A bordo de la goleta, además de su comandante cubrían el cupo de oficiales de guerra dos alféreces de navío y el guardiamarina Mendoza en el puesto del alférez de fragata. Como oficiales mayores entraban en saco un cirujano segundo, un contador recién entrado en pliegos y un pilotín barbilampiño. Por tal razón, supuse que el comandante establecería por su cuenta la derrota a seguir. Y tuvo la cortesía de comentarla conmigo.

—¿Qué derrota me recomienda seguir, señor?

—La que escoja como comandante de esta goleta será la buena, sin duda posible. Pero si me solicita una opinión, de momento me movería con proas libres de piedras y rumbos de poniente. En cuanto quede libre de cayos y jardines^[21], ajustaría la proa para dejar el cabo Catoche, espigón en lanza de la península de Yucatán, dos cuartas por babor. Una vez metidos de lleno en el seno, proa por derecho y en alabanzas hacia Veracruz.

—Eso pensaba, señor. Sus palabras me ofrecen tranquilidad. Debo reconocerle que voy a tomar el seno mexicano por primera vez. Y mi pilotín se encuentra todavía en estadía de leche.

—A rumbo directo desde La Habana, deberemos navegar poco más de ochocientas millas. Dependiendo del viento, es posible que nos obliguen a superar las mil. Si se mantuviera este sudeste que nos envía la Patrona, siempre que no degenere, pocas bordadas deberemos realizar en aumento. También los sudoestes aparecen con frecuencia, cargados normalmente de peores humores. Pero esas reglas que aparecen en tratados y derroteros saltan

por los aires muy a menudo. El terrible temporal que sufrimos en el navío *Asia* hace pocos meses, comenzó con un sudeste de todas las velas como el que ahora gozamos. Por desgracia, acabó por desmadrarse.

—Según se especifica en el derrotero, señor, son temibles por su fuerza y repentina aparición las nortadas, que denominan como *chocolateros*.

—Así es. Pero esos *chocolateros*, aunque de larga duración, no suelen elevarse a la estada de temporal de borlas. Sin embargo, los que soplan dos o tres días solamente y llaman de *hueso colorado*, que acaecen de noviembre a marzo, aunque de escasa duración, se alzan huracanados y mucho más peligrosos. Pero no sólo las nortadas, que algunos sudoestes se cuecen infames como tortolero^[22] sureño o manta negra mediterránea. Pero no son muy habituales, y una vez entrados en la boca del seno que cierra la península de la Florida por el norte y el cabo Catoche por el sur, se remiten de forma notable. En fin, que de todo aparece en la viña del Señor y a sus faldas quedamos.

—Entrando en la práctica, señor, de momento barajaremos la costa cubana hacia poniente con suficiente amparo.

—Me parece una medida acertada. Tampoco necesita navegar al palmo, si desea entrar entre los Alacranes y el bajo Ifigenia.

—Así se especifica en el derrotero.

—Es habitual entrar por esa boca para no perder demasiadas millas. El paso es franco y los Alacranes bien situados en las cartas con portulano propio. Se trata de islotes y peñascos donde destaca el puerto del Alacrán y la isla Desertora al norte, mientras por levante aparecen las islas Chica y Pájaros. Aun así, muchos barcos se han perdido en sus piedras, normalmente bajo temporal. Una vez tanto avante con los bajos Sisales, escasa caída a babor para aproar por derecho hacia Veracruz.

—Perfecto. Una derrota sencilla que podemos cubrir en poco menos de una semana, si los vientos no nos dan la espalda.

—Es posible que con esta goleta, capaz de correr las tablas como galgo de remate, se reduzca ese tiempo. Pronto observaremos el inconfundible castillo de San Juan de Ulúa por la proa.

—Mucho he oído hablar de él, señor. Se dice que se trata de la fortaleza más impresionante construida por los españoles en Indias.

—Y que más caudales costó a la Corona.

—Será inexpugnable ante cualquier amenaza.

—Así debe ser, si se defiende con valor.

—¿Me permite entrar en conversación, señor? —el guardiamarina Mendoza se dirigía a su comandante con su habitual desparpajo.

—Por supuesto, caballero.

—El gasto para levantar dicha fortaleza fue tan impresionante, que le puedo narrar una interesante anécdota que escuché de boca del señor brigadier a bordo del navío *Asia*. Se encontraba nuestro emperador don Carlos de visita en La Coruña. Mientras paseaba por la orilla del mar, dirigía la mirada con insistencia hacia poniente. Al ser preguntado por dicho detalle, contestó que intentaba descubrir el castillo de San Juan de Ulúa. Porque le costaba suficientes caudales como para poder distinguirlo a través del mar.

Rieron todos los presentes el comentario del joven caballero, que mostraba rostro de orgullo.

—Ya veo que recuerda mis lecciones de historia, caballero —me dirigí a él al tiempo que golpeaba su hombro con afecto—. La última vez que se modernizó la artillería del fuerte se llevó a cabo en 1771, instalándose cien cañones de bronce y cincuenta piezas de hierro. Se trata de unas baterías colosales. Y le recomiendo su visita, comandante, en compañía de sus oficiales.

—Así la haré sin falta, señor.

—Esperemos que este sudeste, señor brigadier —ahora Mendoza se dirigía a mí—, no degenera en aquel maretón de barbas que debimos sufrir durante cuatro o cinco días. A esta goleta la levantaría en vuelo.

—Lo recuerdo como mi peor situación vivida en la mar. Mucha ayuda recibimos de los cielos. Pero esta goleta es indestructible y volaremos hacia Veracruz. Mucho he esperado su llegada.

La navegación hasta Veracruz en nada se pareció a la vivida a bordo del navío *Asia*, para satisfacción propia. Porque todavía me sentía urgido por arribar cuanto antes a la plaza donde debía encontrar a la mujer amada. No obstante, conforme ganábamos millas y se acercaba el momento definitivo, perdía poco a poco la seguridad en mis posibilidades. Porque, entre otras bolas negras, se me aparecía el mariscal de campo Venegas, que se negaba siquiera a recibirme. En otros pasajes mentales, era Beatriz en persona la que me expulsaba de su casa con cajas destempladas.

Para rizar el tirabuzón en remate de muerte, llegué incluso a pensar que, tras los meses transcurridos, podía haberse prometido con otro hombre. Y el simple hecho de imaginarla en brazos extraños me dolía como estocada de muerte.

Como les decía, la navegación se acortó hasta el mínimo suspiro. Con escasos cambios en la dirección del viento, tenaz permanencia en la estadía de fresco y la *Ventura* navegando a un largo como media, marcábamos la quinta singladura cuando recalamos en nuestro destino. Y si la goleta se movía sobre las aguas como cortesana de clase, también debía reconocer que su comandante parecía haber sido destetado en las profundidades. Porque es razón bien conocida que en escasas horas se comprueban a bordo de cualquier buque las cualidades marineras de quien lo manda. Y el teniente de fragata Del Paso parecía haber mamado agua salada desde sus primeros días.

Si, como les aseguro, el temor aumentaba de grado conforme dejábamos atrás las aguas con rumbos de poniente y derrota directa a Veracruz, el nudo se apretó al cierre de gollete cuando, por fin, avistamos el castillo de San Juan de Ulúa sobre su isla madre, caído un par de cuartas a babor. Mientras el comandante y oficiales dirigían sus anteojos para comprobar las condiciones escuchadas de mi boca, el duende negro comenzaba a elevar sus pláticas más terribles. En verdad, tras muchas semanas de espera y confianza en el futuro, me alcanzaba el momento del verdadero sufrimiento, cuando todo en mi interior se teñía de colores más propios de enterramiento. Elevé una rápida oración a la Patona en demanda de la suerte que, en mi opinión, merecía.

4. Una larga conversación

La goleta *Ventura* largaba las anclas frente al puerto de Veracruz, maniobrando con extrema facilidad. El tiempo, empecinado a favor, se mantenía con cielos despejados, sol entrado en fuerza y una temperatura muy agradable. Pronto comprobó el comandante las razones que le expuse sobre las condiciones de la zona cercana al puerto. Porque no se trataba de entrada sencilla, con la generosa cantidad de arrecifes que se abrían como surcos de protección a la plaza, desde el de la Caleta, situado al norte, hasta el de Hornos al sur. Y a escasa distancia, como emperador de altura, el castillo de San Juan de Ulúa, con su isla anclada en el arrecife de La Gallega, a levante del puerto. El viento fresco del sur le hizo bornear^[23], para quedar de firme en las cuatro brazas de profundidad con extrema comodidad.

Como de costumbre y con suficiente antelación, cuando se divisaba la plaza de Veracruz en la distancia, expuse a los oficiales los conocimientos que poseía sobre la historia de la ciudad, su fundación y avatares a lo largo de los años, adquiridos o ampliados en la última estancia con el navío *Asia*. Y en verdad que la plaza podía ser considerada como el punto donde se condensaba la historia general del virreinato de Nueva España y gran parte de nuestras extraordinarias conquistas en el nuevo mundo. Mucho disfrutaba al observar el interés de aquellos jóvenes oficiales por mis palabras, aunque no fueran capaces de acometer dichos conocimientos por su cuenta, con esa desgana tan habitual en los españoles por la historia propia. Mientras en otros países el pueblo se suele enorgullecer al propagar las hazañas nacionales una a una, nuestros compatriotas pasan por alto de tantos detalles, como acostumbrados en norma a tamaña grandeza, sin concederle la importancia debida. Tan sólo el guardiamarina Mendoza sonreía al escuchar la información en repetición. Una vez en la tranquilidad que aporta el fondeo, rematé la faena.

—Como le decía, comandante, le aconsejo que visite el castillo de San Juan de Ulúa con detenimiento, acompañado por sus oficiales. La visión que

se ofrece desde su cima es verdaderamente extraordinaria. Incluso se comprende el tremendo gasto acometido, aunque llamara la atención de nuestro emperador don Carlos. También podrá corroborar a la vista el deterioro que sufre nuestra Armada. Por desgracia, comprobará el desmantelamiento de lo que fue un arsenal naval con bastantes posibilidades.

—Puedo imaginarlo perfectamente, señor. Esa prueba la tenemos bien presente en nuestros establecimientos peninsulares cada día.

—¿Por qué recibe tan extraño nombre esa isla y su castillo, señor? ¿Acaso Ulúa representa un antiguo dios azteca? —preguntaba el joven alférez de navío Juan María de Estebáñez, un recio castellano que ostentaba la segunda comandancia de la goleta *Ventura*.

—Como les he explicado hace pocos minutos, el primer español en pisar esta maravillosa tierra fue Juan de Grijalva, nueve o diez años antes de que arribara la definitiva expedición de don Hernán Cortés. Al preguntar nuestro compatriota a un indio local la razón por la que se llevaban a cabo tantos sacrificios humanos, precisamente en esa isla que aparece hacia el sur —les señalaba con la mano— y que, por tal razón, recibe el nombre de isla de Sacrificios, el indígena respondió que así lo quería la población de Ulúa. Según esa palabra y sin pensarlo dos veces, Grijalva añadió el santo de su propio nombre para bautizar la isla.

Asintieron todos en silencio. Y como prefería continuar algunos segundos con aquella plática, quizás por un oscuro temor a encarar la verdadera situación, les concedí unos últimos consejos.

—Cuando se muevan por la ciudad, no olviden visitar la parroquia. Posiblemente se trate del principal monumento de Veracruz. Quedó consagrado en 1734 a Nuestra Señora de la Asunción. Se construyó sobre otro templo español, edificado durante los primeros años de la conquista. Son muy hermosas sus capillas. Y como puede verse desde aquí —volvía a señalarles con la mano—, la cúpula y las torres se encuentran revestidas de azulejos blancos y azules, una condición poco habitual en nuestros templos. Por cierto, que allí se refugian durante las tardes los hambrientos zopilotes en gran cantidad tras haber devorado los desperdicios que las aguas dejan en seco durante la bajamar.

—¿Ha dicho zopilotes, señor? —preguntó el comandante—. Nunca escuché tal palabra.

—Se trata de unas aves de espléndida belleza, carroñeras grandes de un plumaje negro y brillante como el espejo. Es divertido contemplar en las orillas cómo aguantan la ola hasta el último momento. Cuando lo consideran

imprescindible, levantan el vuelo de forma abrupta para escapar del agua, con sus plumas inclinadas al viento y la cabeza resguardada al lado, mientras lanzan agudos graznidos.

—¿Hay buena pesca en estas aguas, señor brigadier? —preguntaba el pilotín.

—Buena y en abundancia. Si llegan a encontrarse escasos de pitanza, condición muy posible porque en esta plaza las autoridades son reacias a entregar los víveres requeridos, les recomiendo lanzar anzuelos al agua, aunque sea sin cebo patrón, y pescar huachinangos en cantidad. Se trata de unos peces de excelente sabor y muy apreciados por la población veracruzana. Aunque nuestros hombres suelen ser reacios a la pesca como alimento, estos peces engordan la puchera o la sopa de mazamorra con elementos de salud y fuerza. Mar afuera también abundan los tiburones azules, que son pescados para la alimentación por el excelente sabor de su carne.

En la última singladura había conferenciado a fondo con el comandante. Le había expuesto con toda claridad la situación que se encontraría en Veracruz, especialmente en cuanto a sus posibles relaciones con el gobernador y otros miembros de la Junta de Arbitrios, comenzando por el maléfico y odiado presidente del Cabildo, señor de Almanza, con quien había debido lidiar meses atrás peonadas de fuerza en repetidas ocasiones. No estimaba que a una pequeña goleta le entraran a saco por tientos, como ocurriera con el navío *Asia* y la fragata *Prueba*, pero consideraba mi deber advertirle de la situación, normalmente muy negativa para los buques de la Real Armada que pasaban a depender, aunque fuera de forma colateral, de dichas autoridades. También era posible que la repuesta autoridad del virrey hubiese concedido la necesaria normalidad.

Como la suerte estaba echada y no podía alargar por más tiempo la marea, me decidí a desembarcar y encarar la situación por derecho. No obstante, pude comprobar cómo se desvanecía por momentos la seguridad en mis propias posibilidades, condición habitual cuando se ha de tomar la cabrilla sin remedio a escasa distancia. De esta forma, pasé a exponer al comandante mis deseos para los próximos días.

—Tengo que llevar a cabo una gestión de la máxima importancia, comandante, antes de decidir dónde tomaré posada. Le ruego que me permita dejar a su bordo mis pertenencias hasta...

—Por favor, señor brigadier, que nada ha de solicitar en ese aspecto. De momento, he de presentarme a las autoridades de la plaza, entregar la

correspondencia y solicitar permiso para salir hacia Campeche. Allí debo desembarcar el armamento y la sección de artillería embarcada en La Habana.

—Es posible que le embarquen alguna tropa con destino a Campeche u otro material por parte de la Junta de Arbitrios. Suelen emplear unidades de la Armada como chata de arsenal, incluso para traslados comerciales.

—Eso tenía entendido. También es posible que deba proceder de la misma forma en el regreso de Campeche a Veracruz. Pero ese es el límite que me impuso el capitán general, porque debo emprender el regreso a La Habana sin pérdida de tiempo con correspondencia de esta plaza y del virreinato de Nueva España. A causa de los destrozos en la goleta *Mexicana*, son demasiadas las semanas sin noticias en la isla sobre estas tierras. Calculo que permaneceré en Veracruz dos o tres días más al menos. Y durante ese tiempo, la goleta se mantiene a su disposición. Es más, si desea dejar sus pertenencias hasta mi regreso de Campeche, puede hacerlo.

—No será necesario. Espero tomar posada en Veracruz hoy mismo o mañana a más tardar. Pero todo depende de esa gestión que debo... que debo realizar sin pérdida de tiempo. Es posible que se lo comunique esta misma tarde.

—Como lo desee.

Vestido con mi mejor uniforme pequeño y preparado para entrarle a la moscarda en vuelo con decisión, me sentí alarmado al sufrir un extraño vértigo. Porque no había sopesado los diferentes caminos que, en realidad, podían abrirse a mi vida en Veracruz. De pronto, como expuesto a una revelación inesperada, llegué a pensar en la posibilidad de que mis excusas no fueran admitidas por la familia Venegas o por la misma Beatriz de ninguna forma. ¿Qué podría hacer en ese caso? ¿Decidiría permanecer en Veracruz para insistir e intentar de nuevo un perdón que, en mis adentros, no merecía solicitar? ¿Y si el mariscal de campo Venegas había cambiado de destino? Tampoco parecía Veracruz el lugar más idóneo para vivir, si se mantenían las mismas autoridades que tan escaso favor me habían ofrecido meses atrás. Incluso mi enfrentamiento personal con persona tan influyente y poderosa como el señor de Almanza podía obrar a la contra. En su conjunto, mil y una preguntas que me taladraban el cerebro en daño sin descanso. Y me reprochaba no haber analizado, siquiera con anterioridad, lo que ahora se aparecía como tangible posibilidad, con lo que no había previsto salidas alternativas.

Por fin, decidí que se trataba de misión absurda mantenerme en aquella nerviosa incertidumbre, mientras el sudor comenzaba a recorrer mi cuerpo sin

descanso. Nada podía pensar ni decidir hasta que me presentara a la familia Venegas, comprobara cómo era recibido y su posible aceptación. Y si dudé en un principio sobre la posibilidad de encarar directamente la residencia de la familia o al mariscal de campo por separado y en primera instancia, me decanté por esta última solución con rapidez. Francisco Venegas era un buen hombre, que me había otorgado su amistad y confianza desde el primer momento. Y había sido a él a quien había dirigido aquel terrible recado desde La Habana en el que le exponía la realidad de lo sucedido en mi familia. Esperaba que, como caballero y compañero de armas, comprendiera la difícil decisión que me había visto obligado a seguir.

Dispuesto a tomar el toro por sus alargados cuernos cuanto antes, embarqué en la lancha de la goleta en compañía del comandante. El teniente de fragata Del Paso se dirigía al palacio de la Gobernación y, de esa forma, comenzaría con sus presentaciones de rigor y cortesía protocolaria. Desembarcamos en la escala del virrey, como era denominada la más noble de las dos que se ofrecían en la dársena interior. Se encontraba cercana a la puerta de la ciudad más importante y enriquecida de ornamentos, precisamente reservada a los virreyes. Porque a través de ella debían entrar en sus tierras por primera vez en su viaje desde España quienes habían sido nombrados para tan alta magistratura. Como la Gobernación se encontraba a escasa distancia y en la misma dirección que la Jefatura de la Guarnición de Quintas, recorrí en compañía de Del Paso algunas calles de la ciudad. También cayó en la cuenta de que la plaza fuerte, planeada en cuadro y con avenidas trazadas en líneas paralelas, le recordaba en mucho a la ciudad departamental ferrolana. Además, mostraba sus suelos sembrados de guijarros finos, como en las mejores plazas de la Península.

En la plazuela de las Cuatro Torres separamos camino, tras desearnos suerte mutuamente. Y bien que la necesitaba por mi parte en la ocasión, aunque no se lo dejara entrever por vergüenza propia a mi joven acompañante. Mientras el comandante de la *Ventura* se dirigía por derecho hacia el noble edificio, encaminaba mis pasos por terreno conocido hacia la Jefatura donde mandaba cuerpos y almas el mariscal de campo Francisco Venegas. Y aunque disminuyera la velocidad de forma inconsciente, en pocos minutos alcanzaba el conocido portón en forma de herradura y con garitas parejas de protección. Ahora sí que la suerte estaba lanzada en marcos de plata y tan sólo cabía elevar un rezo a los cielos.

* * *

Tras el aviso del rondín de guardia, apareció un teniente de infantería. Se dirigió hacia mí con decisión y una sonrisa aparejada en su boca. Debí reconocerme de anteriores ocasiones, porque no lo dudó un segundo.

—Me alegro de verle de nuevo en esta plaza, señor brigadier. Quedo una vez más a vuestras órdenes con el debido respeto. ¿Acaso ha fondeado el navío *Asia* de nuevo en estas aguas?

—Muchas gracias, teniente. Pero en esta ocasión he arribado de transporte a bordo de la goleta *Ventura*. Debí entregar el mando del *Asia* meses atrás en Cádiz. Al igual que otras veces, desearía visitar al mariscal de campo Venegas.

—Por supuesto, señor. Sígame, que lo acompañaré hasta nuestro general. Y tiene suerte porque parece que va a cambiar de destino.

—¿Abandona Veracruz?

—Eso se comenta entre bajos, señor.

Seguí los pasos del teniente, sin elevar la pregunta que bullía en mi pecho. No obstante, la información recibida entraba en la caldera de mis pensamientos para atizar la puchera un poco más, si cabe, en el aquelarre mental que sufría por ambas bandas.

Cuando arribé a la sala de recibo de quien mandaba en la guarnición del Ejército, la que llamaban como de Fijos de Veracruz, los nervios en recorrida por mis venas saltaban al desboque y sin freno posible. Incluso pensé en la posibilidad de no ser recibido, esa carta negra de ofensa personal que, no obstante, en aquellos momentos llegaba a comprender perfectamente. Por fortuna, fue rápida la diligencia de aviso, porque el teniente regresaba hasta mí con su sempiterna sonrisa en la boca.

—El mariscal de campo don Francisco Venegas le espera en su gabinete, señor brigadier.

—Muchas gracias, teniente.

Sufría la misma sensación de cuando, a bordo y presto a entrar en combate, los buques se encuentran a tocapenoles^[24] y no es posible virada ni medida alguna más que entrar a muerte. Porque ahora podía declarar sin fisuras que los vientos se encontraban entablados sin posible enmienda. Y declaro sin rubor que temía aquella entrevista más que a un combate con sangre corrida en cubierta. Por fin y tras un ligero respingo por mi parte, al tomar el picaporte de la puerta con cristales emplomados, penetré en una sala que conocía con detalle. El general Venegas se encontraba sentado tras una imponente mesa de trabajo y me dirigía la mirada con el mayor asombro reflejado en su rostro, como si se encontrara ante la visión de un espectro

fantasmagórico o un aquelarre de las santas ánimas. Y si dudaba de cómo enhebrar mis primeras palabras, la frase que escuché de su boca me ofreció la pista necesaria para saber el terreno que pisaba.

—Hasta en los días más grises puede saltar una inesperada sorpresa. Nada menos que el brigadier don Santiago de Leñanza, conde de Tarfí, en Veracruz. Y además, en mi despacho en visita que supongo de cortesía. Se trata de un hombre de palabra, sin duda —esta última frase brotaba de sus labios con tan indigno soniquete, que debería agraviar al más infame de los hombres—. Decidme, señor de Leñanza, ¿cómo os atrevéis a aparecer por aquí? No esperaba que fuerais capaz de hurgar en herida abierta por vuestra propia mano. Creo que ya habéis producido suficiente daño a mi persona, a mi propia honra y a mi familia.

Algunas de sus palabras, aunque dictadas con extrema mesura y tono cortés, se clavaban en mi pecho como dardos de fuego. Y en cada uno de ellos se avivaba el rostro de Beatriz en furiosos pantallazos, como si ella misma disparara la ballesta a conciencia. En pocos segundos, comprendí que había sido un estúpido y arrogante prepotente por no pensar a fondo en la verdadera situación que podía y debía encontrar en el entorno veracruzano. Pero era necesario continuar adelante y arrastrarme por el piso como infame babosa si era necesario, consciente de mis errores. Jugaba en el envite la felicidad de mi vida y a ello estaba dispuesto.

Aunque pocos meses atrás el mariscal de campo Venegas me hubiera concedido extrema confianza en nuestro trato, decidí ceñirme a la obligada cortesía.

—Comprendo perfectamente sus palabras, señor general. Incluso entendería que pudiera pronunciar otras con mayor dureza y rigor. No obstante, mantengo la esperanza de que, al menos y en un ejercicio de cierta tolerancia, me permita explicarle con el debido detalle todo lo sucedido, esa terrible tela de araña en la que se ha visto envuelta mi vida durante los últimos meses.

—No hay explicación posible cuando un caballero falta a la palabra de ley dada en prenda de honor, Leñanza. Al menos, debe conocer las reglas.

—Nadie que se precie de caballero puede negar esa aseveración, señor, por terrible que sea escucharla. Pero sabe perfectamente que, en ocasiones, es imposible cumplir con los dos frentes que nos atacan a un mismo tiempo. Jamás falté a la palabra dada, ni sospechaba que pudiera llegar a producir tamaña infamia en mi vida. Bien sabe Dios bendito y su santa Madre Nuestra Señora del Rosario que no soy culpable sino víctima propiciatoria de un

entuerto en el que no medié a favor o en contra una sola onza. No obstante, comprendo y acepto su reproche de que, para salvar el honor de mi familia, mancillara el de la suya. Sabe de mi sinceridad, señor general. Le juro en presencia de duelos y mártires que hubiera sido mucho más fácil y menos doloroso para mí haberme olvidado de los problemas abiertos en España y regresar con rapidez junto a Beatriz, la mujer que en verdad amo y a la que deseo unirme de por vida. No me vi obligado en ningún momento por los infantiles deseos de una prima alocada, cuyos caprichos y egoísmo alcanzaron cotas insospechadas. Creo que le comenté por escrito lo que María Antonia, duquesa viuda de Montefrío, supone para mi hermana y para mí, como madre más querida, aunque no lo sea de sangre. No podía negarme a sus ruegos ni permitir la bastardía de mi propia sangre y de dos casas nobles levantadas con esfuerzo de siglos. Ya sé que se trata de un innoble balanceo, en el que los dos platillos entran con derechos de honor. Tan sólo le ruego, señor, que me permita exponerle los hechos que han tenido lugar desde que le escribí aquel penoso recado en la ciudad de La Habana.

Francisco Venegas me dirigió una mirada que entendí preñada de lástima y piadosa conmiseración. Creí entrever en los rasgos de su rostro que sufría por él y por Beatriz, pero también por mí. Sus palabras sonaron muy lejanas, teñidas de una profunda tristeza, al tiempo que me indicaba un sillón enfrente a su mesa. Tomé asiento con lentitud, esperando su respuesta.

—Puede explicarme lo que desee, Leñanza, aunque ya no sea posible tejer remiendo alguno para las calzas.

Aunque sus palabras me sonaron a duelo y desbarate absoluto, las dejé pasar por alto. Con lentitud y máximo detalle, le expuse todo lo sucedido en el palacete de Cádiz antes de salir al mando del navío *Asia* para La Habana y Veracruz, el ataque inmoral de mi prima y, posteriormente, el recado recibido de María Antonia en el que me exponía los hechos con crudeza y el ruego aparejado. Lo puse al corriente de mis dudas y profundo dolor, así como de la difícil decisión tomada. Pero también, sin dudarle un solo segundo, le narré lo acaecido a mi llegada a España, las dolorosas muertes acaecidas en la hacienda murciana y la libertad recobrada. También mi deseo de partir sin pérdida de tiempo hacia Veracruz para solicitar el perdón de Beatriz y unirme para siempre con ella, una vez concedido el permiso por el comandante general de la escuadra, refrendado posteriormente por el capitán general de La Habana. Rematé las últimas palabras exhausto de fuerzas, como si me presentara en término de última instancia y rendida súplica al tribunal del Santo Oficio.

El general Venegas tomó su tiempo para responder, mientras mesaba sus cabellos con lentitud. Era consciente de que me faltaba algún dato de la mayor importancia y de que tal información no podía aparejar ningún bien para el proyecto embastado en mi alma. Pero me mantuve en silencio unos alargados segundos hasta que escuché de nuevo su voz, tendida de nuevo en tono lastimero.

—En primer lugar, lamento que le hayan alcanzado los largos tentáculos de la indecorosa política seguida por nuestro Señor don Fernando, desde que regresara de su dorada prisión francesa. Le diré por las claras que, en mi opinión, se trata de unos hechos que deberían avergonzarle como rey y como señor. Y siento que le puedan parecer excesivamente duras mis palabras, pero así las siento muy dentro. Por otra parte, aplaudo como se merece su lealtad con el teniente general de la Armada don Cayetano Valdés, un personaje de conducta intachable que tanto luchó para que don Fernando pudiera regresar a su inmerecido trono de España. También yo me encuentro en listados políticos poco apetecibles como impenitente liberal. Y, como esperaba, me acaban de anunciar que deberé entregar el mando de la Guarnición del Fijo de Veracruz en pocos días. Supongo que quedaré en situación de cuartel como vos, si no deciden tomar medidas más dolorosas para mi persona, aunque parece que en Indias se suavizan tales condiciones. Deben de pensar que bastante tenemos con los rebeldes. Gracias a los cielos, dispongo de fortuna propia suficiente para no deber preocuparme y, muy importante, poder ofrecer una dote razonable y generosa a Beatriz que, llegado el momento, podía ser decisiva. Pero entremos al grano que le interesa y que, por desgracia, no se abre en colores de rosa para sus deseos y proyectos.

El nuevo descanso, que el general parecía necesitar, me hizo apretar los puños con fuerza hasta rendir en dolor profundo. Llegué al punto de pensar que Beatriz podía haber cometido alguna locura, enfermado de gravedad o incluso entrado en religión, despechada con el mundo. Pero ya entraba de nuevo el general con voz doliente.

—Supongo que mi mujer, Adelaida, me tacharía de cobardón sin principios por haberle recibido y mantener solamente esta sencilla conversación con vos, en vez de expulsarlo de mi gabinete con cajas destempladas. Pero ya conoce de mi tolerancia y creo que obro con ecuanimidad. Sin embargo, confirmo que faltó a la palabra dada, Leñanza. No me cabe duda de haber sufrido esa ofensa de su mano. Y se trata de una muesca grabada en deshonor, que no le será fácil borrar. Pero también debe recordar mi habitual sinceridad. Cuando leí el recado enviado desde La

Habana, comprendí que se encontraba en una penosa situación, y que no se le presentaba salida honorable a la vista. Cualquiera de las dos decisiones que podía escoger presentaba deshonra por alto. Por desgracia, la más perjudicada en este doloroso entuerto ha sido la pobre Beatriz, una pobre niña que no lo merecía en absoluto. Esta joven, preciosa y de buen corazón, a la que quiero como hija propia desde que ejerzo su tutoría legal, ha sufrido bastante en la vida. Perdió a corta edad a su padre y poco después a su madre.

Repito que no merecía recibir un golpe como el que le llegó de su mano. Porque, aunque mucho la quiera, la bala se disparó desde su cañón. La pobre niña, que así la considero todavía, se mantuvo una semana en lloro permanente y recluida en su alcoba, sin comer, hablar ni dormir. Y a tal punto llegó nuestra preocupación, que la hicimos visitar por el doctor Estrada.

Conforme el nudo se apretaba en el pecho con extremo dolor, podía imaginar a mi querida Beatriz en el estado de postración que exponía su tutor. Y había sido yo, sin duda, la mano ejecutora de aquella lanzada de muerte. Me dispuse a continuar escuchando lo que entendía como rosario de dolores y quebrantos.

—Por fortuna y según se comenta en todo tratado medicinal, la juventud puede con todo. Sin embargo y en mi opinión, no se olvidan ni desaparecen jamás del alma determinados lances de extremo dolor. Mucho hablamos Adelaida y yo sobre la solución que podíamos tomar con nuestra hija, muchas noches de dolorosas charlas sin encontrar el camino de una mínima y viable componenda. Para desgracia de la joven, habíamos corrido la noticia de su compromiso con vos, del que nos sentíamos muy orgullosos —movía la cabeza hacia ambos lados con pesadumbre—, lo que, sin embargo, la dejaba en situación muy desairada tras su... tras su poco caballerosa espantada. Como somos su única familia directa, decidí tomar el asunto por mi mano. Y tras pensarlo con detenimiento, escribí a un primo que vive en México, nuestra capital virreinal. Aunque familiar lejano, me une con Alfonso Lacosta una entrañable y vieja amistad. Fuimos amigos inseparables y compañeros de armas hasta que abandonó el Ejército por escasa vocación y necesidad de dedicarse al patrimonio familiar. Sabía cié la existencia de su hijo Alfonsito, a quien estimaba preparado para continuar los negocios de la familia.

Un nuevo silencio, como si se prestara a rematar una obra que le hubiera costado un enorme esfuerzo.

—Le explicaba a Alfonso por escrito lo sucedido con Beatriz, al detalle y en sinceros. Al mismo tiempo le rogaba de forma encarecida una solución. Le describí las bondades de la joven, que conocéis con certeza. No esperaba que

mi buen amigo se involucrara de forma extrema en la causa, pero sí que me permitiera enviarle a Beatriz a la capital bajo su tutela, para que allí le encontrara una honorable salida matrimonial que cerrara el proceso. Se lo expuse a Beatriz, que nada contestó. No se negaba, pero callaba. Y como la conozco como a la palma de mi mano, soy consciente de que rechaza en silencio el matrimonio sin amor. Pero se trataba de mi obligación.

Poco a poco se iban cerrando las nubes de mi cerebro. Porque comenzaba a comprender el estado real de la situación y las primeras frases de aquel buen hombre. De esta forma, pasé a escuchar las palabras de Francisco Venegas perdidas en la distancia, como si decreciera por mi parte el interés inicial hacia ellas. Pero por todos los dioses, que nada más lejos de la realidad.

—La respuesta de Alfonso fue rápida y con un inesperado contenido. Muy apegado a las antiguas costumbres, al honor y a la amistad, me ofrecía llevar a cabo el enlace entre su único hijo varón, Alfonsito, y Beatriz. Lo consideraba muy aceptable desde cualquier punto de vista y, por encima de todo, solucionaba mi problema. Por una parte, me alegré mucho al leer aquellas palabras, debo reconocerlo. Pero como puede comprender, me temía la reacción de Beatriz. Le di a leer el recado de mi primo. Y por todas las ánimas penantes en el purgatorio, que habría preferido una negativa de su parte a continuar con aquella silenciosa aceptación de todo, como si se tratara de una imposición de la vida misma. Bueno, mucho ha cambiado mi niña. Ha perdido la alegría, esas ganas de vivir que mostraba en todas sus acciones. Ha sido castigada muy severamente por la vida y, para colmo, sin merecerlo una maldita mota.

Quedamos en silencio. La cabeza me daba vueltas a coro, como si no fuera capaz de asimilar todo lo que me acababan de anunciar. No me atrevía a formular la pregunta definitiva, como si con ella rompiera todas las amarras posibles al buque metido en temporal, que se había anclado en mi alma. Pero salieron por la voluntad del duende unas palabras lanzadas al viento.

—En ese caso, entiendo que Beatriz ha matrimoniado con su sobrino.

—Todavía no. Pero lo hará, desde luego. Tras recibir la nota de Alfonso, partimos con ella hacia la capital. Pasamos una semana en la hacienda que posee Alfonso a escasas leguas de la ciudad. Beatriz y Alfonso se conocieron. El joven es buena persona, agraciado de formas y muy valiente. Creo que será un buen esposo. Beatriz no le ama, desde luego. Sólo tengo que ver su cara para asegurarme de este punto. En fin, espero que tengan razón nuestros mayores, cuando anunciaban que el amor acaba por llegar con el paso del tiempo y la vida en común, aunque nunca creyera personalmente en tal

declaración. El único problema es que Alfonsito en estos días ejerce como capitán de las milicias y se toma su trabajo con seriedad absoluta y patriotismo ejemplar. Se encuentra en operaciones por el noroeste, especialmente en la zona de San Blas hacia el norte. Tan sólo pudo conocer a Beatriz unas pocas horas, antes de regresar a su unidad. Esperan que la guerra con los rebeldes les ofrezca un descanso para contraer matrimonio. Pero llevamos a cabo la petición de mano en legalidad y firmamos ante veedor las capitulaciones matrimoniales. Se decidió que ella quedara a vivir con sus futuros suegros hasta el momento del matrimonio. La verdad es que intentábamos apartarla de este ambiente que le recordaba otras... unos pasajes de su vida que debía olvidar.

Había sido tan fuerte el tormento cerebral al que me vi sometido durante la larga y cansina perorata de Francisco, que ya apenas sentía realmente dolor o estrago por las venas. El telón se había dejado caer con estrépito y nada quedaba más que abandonar el teatro y regresar a la generosa y triste soledad, que tanto se añora en determinados momentos de nuestra vida. Por unos instantes repasé mentalmente y con especial rapidez lo que habían sido mis amores y las mujeres que dejaron huella en mi vida. Y no podía alegar que la suerte me hubiera corrido de la mano ni mucho menos. Y ahora, cuando consideraba que había encontrado la definitiva solución a mi vida amorosa y familiar, cuando de nuevo amaba a una mujer con extrema locura, tronaba una vez más la bombardera negra para deshacer sueños y emociones.

—Siento mucho todo lo que ha sucedido por única culpa de mis acciones. Aunque no me considere culpable, me duele muy dentro y en grado incomparable el sufrimiento que he causado a Beatriz. He dañado, precisamente, a la mujer que adoro y por la que sería capaz de ofrecer la vida sin dudarle. En fin, parece que desde el cielo nos ordenan a veces que seamos infelices por el resto de los días. Todo se puede olvidar en la vida, desde luego, pero no creo que sea mi caso en esta situación particular. Es posible que Beatriz, teniendo en cuenta su juventud y los hijos que traiga al mundo, acabe por entrar en vida de gozos y risas. Sin embargo, también es mucho y muy negativo lo que me ha caído encima de los hombros sin merecerlo. Una vez más, señor general, le pido perdón. Y se lo solicito con toda la sinceridad y fuerza de la que soy capaz. Desde La Habana envié a Beatriz un pequeño recado con una sola frase. Le decía que siempre la amaría. Y así será, no lo dude. Llevo muchos meses viendo su rostro al intentar dormir y así continuaré, aunque se vaya difuminando en el cerebro con el paso de los años, o cambiando perfiles sin querer. Aunque al saber que todavía no ha

matrimoniado, siento deseos de cabalgar hasta Veracruz y decirle que la sigo amando con locura, soy consciente de que se trata de misión imposible y poco adecuada en un hombre de honor, si es que mantengo en alguna medida tal prebenda. Le ruego que no le hable de mi llegada a Veracruz para que se mantenga en paz y pueda emprender una nueva vida con muchas posibilidades de ser feliz.

Venegas volvió a dirigirme una mirada lastimera, como si me considerara el más perjudicado en el entuerto atravesado. Comprobé una vez más que se trataba de un hombre de extrema bondad y caballero de ley.

—La suerte nos ha ofrecido la peor de sus caras, Santiago. Creo que debemos regresar a nuestra confianza anterior. Todos hemos sido perjudicados en gran medida. Confío en la juventud de Beatriz y que, como dice, olvide y se amolde pronto a su nueva vida. La llegada de los hijos puede ser la solución. En su caso es distinto, aunque también los hombres son capaces de olvidar los amores errados con mayor facilidad. Así se asegura, al menos. ¿Qué piensa hacer ahora?

—Pues la verdad es que no lo sé. En principio era mi intención desembarcar mis pertenencias y tomar posada en Veracruz hoy mismo, lo que ahora ya no presenta lógica alguna —dejaba volar mis pensamientos en libertad, como si no me afectara navegar hacia el norte o hacia el sur—. He de reaccionar primero a este mazazo, para poder pensar en el futuro.

—Le recomendaría que regresara a España, aunque puede disfrutar de una vida más tranquila en Indias, especialmente por Nueva Granada. Bueno, la verdad es que bajo la bota de don Fernando nadie podrá vivir con felicidad. Ha roto todo lo que de honor nos restaba y puede ser el fin de nuestras provincias americanas.

—¿Qué quiere decir? Aseguran que con la postura absolutista de don Fernando se acelerará el restablecimiento de la normalidad en Indias.

—En mi opinión, Santiago, nada más lejos de la realidad. Algunos cabecillas independentistas que regresaban al redil nacional, una vez comprobado que todo retornaba al sistema de la monarquía antigua, vuelven con rapidez al bando revolucionario. No asistimos a una guerra solamente por la independencia, aunque algunos de mente obtusa no quieran comprenderlo. También las ideas políticas entran en conjunción. Y don Fernando debería comprender, si le importara una mota esa España que lo adoraba, que sin las Indias España desaparecerá como potencia a tener en cuenta en el concierto mundial. Pero no deseo hablar a fondo de este tema o acabaré mis días en un castillo —movió la cabeza con evidente desánimo—. Tantos años de servicio,

para nada. Y no puedo olvidar que vosotros, los de la Armada, habéis sido mucho más sensatos, salvo las conocidas excepciones. Son mis compañeros, los generales del Ejército, quienes volcaron el vaso a favor, en conjunción con los realistas que creen perder privilegios ancestrales y trasnochados que no debían detentar. Y el mismo caso le sucede a la Iglesia, con sus enormes riquezas que claman contra toda natura.

—Será mejor que se calme, Francisco. Abandone la carrera de las armas y retírese a esa hacienda de California a la que tanto cariño profesa.

—Mejor sería. Bueno, y le hablo teniendo en cuenta que el virrey actual, Félix María Calleja del Rey, no es demasiado apostólico. Pero si, como aseguran, acaban por nombrar al teniente general Ruiz de Apodaca como nuevo virrey de Nueva España, andamos aviados con pulpa de vinagre.

—¿Ruiz de Apodaca virrey de Nueva España? Nada sabía. Pero no es mala persona, se lo aseguro.

—¿De verdad lo crees? Me parece que no lo conoces en el ámbito puramente político. Cuando decretó la suspensión de la Constitución de 1812, en la que tantas esperanzas habíamos depositado, acalló las protestas en La Habana y el resto de Cuba a sangre y cuchillo de una forma brutal más propia de otros tiempos. Y para colmo se jacta de que en su isla no se produjeron revueltas. Se olvida de declarar que pasó por las armas a todos los que intentaban alzar la voz. En fin, comprendo que le tengas aprecio si te mantuviste bajo sus órdenes y fue noble contigo.

—Es un gran oficial de la Armada, Francisco. No sólo estuve bajo sus órdenes, sino que benefició mi carrera de forma muy importante. Y debes reconocer que su labor en el Reino Unido a favor de la causa común contra Bonaparte fue decisiva. Además, hoy en día se nombra a Cuba como la colonia más tranquila y productiva de los reinos.

—A base de cuchillo trapero y torturas, Santiago. Pero, bueno, no discutamos sobre este tema. Ya me comunicarás tu decisión. Siento mucho que nuestra relación haya tocado fin de esta forma tan poco halagüeña. Creo que acabaríamos siendo muy buenos amigos. Pero así es el destino.

—En efecto. Es muy posible que regrese a España. Mantendré mis pertenencias en la goleta *Ventura* y, tras unos pocos días, pasaré a La Habana de nuevo. Y con la primera unidad que salga en tornaviaje hacia España, regresaré a Cádiz. De momento, me mantendré por fuera de los movimientos políticos. Intentaré levantar mi patrimonio, especialmente lo que los franceses destruyeron. Y a ver si Dios nos concede un poco de suerte. Es posible que don Fernando entre en razón...

—Ni lo sueñes, Santiago. Para que entre en razón, debería alzarse el Ejército. Los generales no lo harán, desde luego. Pero es posible que algunos oficiales jóvenes, apoyados por la Armada...

—¿Crees que puede producirse un levantamiento contra Su Majestad?

—¿Por qué no? A causa de ese absolutismo que predica y ejerce don Fernando, perdieron la cabeza algunos monarcas. Mira lo que le costó conseguir al Reino Unido ese sistema político envidiado por tantos. Y no se produce la debacle que muchos pronostican porque hoy en día los ingleses mandan en el mundo. Pero, bueno, una vez más debemos dejar estos temas. Regresa a España y disfruta de tus hijos. Al menos, tienes a qué agarrarte.

De pronto me asaltó una duda al recordar el paquete que, de forma inocente, había embarcado en la bolsa de la casaca.

—No sé si será prudente... Pensaba ofrecerle a Beatriz el collar de las perlas grises procedentes de las islas Nitinat que completan el que ya posee. ¿Crees que sería prudente que se lo entregaras en mi nombre? Puedes alegar que lo has recibido desde España como regalo de bodas. Bueno, no estoy seguro de que...

—No le compliquemos más la vida, Santiago. Dejemos tu presencia en blanco y que intente olvidarte. Creo que es lo mejor para ella. Guarda esas perlas para el futuro, que todos desconocemos.

—Tienes toda la razón. Dios quiera que Beatriz sea muy feliz y consiga perdonarme. Si alguien lo merece más que nadie, es ella.

Aunque parecía difícil de pronosticar, tras el tormentoso principio de nuestra conversación, Francisco Venegas y yo rendimos aquella tormentosa velada fundidos en un apretado abrazo. Como él mismo había dicho, estaba convencido de que habríamos acabado siendo grandes amigos, además de familia. Pero tras escuchar sus palabras, no le pronosticaba en mis adentros un futuro muy prometedor. Entreví que su implicación política era mucho mayor de la declarada. Y podía correr el riesgo de acabar por mirabetes de entorno.

Con el dolor encastrado en venas, abandoné la Guarnición del Fijo de Veracruz. El mariscal de campo Francisco Venegas, un caballero bondadoso a quien siempre recordaría como un buen amigo, salió a despedirme hasta el portón de herradura. Pero una vez caminando en soledad, el rostro de Beatriz se hacía más nítido todavía, entrado en sollozos sin término, una angustia que le había producido el hombre que más podía quererla. Me cebaba en tales pensamientos, aunque aumentara el grado de dolor a batientes. Y de esta forma, con puñadas propias lanzadas contra los ojos, alcancé la escala frente a la goleta *Ventura*. Había llegado desde muy lejos, miles de millas navegadas,

para nada. Una saca rellena de bellos proyectos, pasión compartida y deseos aderezados en colores azules. Pinturas de amor trazadas en seda rasgada, sin posible composición.

Como futuro inmediato y cierto se presentaba ante mí un lóbrego tornaviaje hacia España que, estaba seguro, se alargaría en el tiempo como filástica de maroma vieja. Porque cuando se aproa hacia cualquier rumbo en la mar, es necesario mantener una referencia clara en el pensamiento. Sin embargo, no se aparecía como posible atisbar la necesaria dirección en toda la rosa de mi vida. Por el contrario, podría presumir de retornar a la Península con dolores y quebrantos suficientes cargados en la mochila, tantos como para aderezar durante bastantes años el marco más negro de mi vida.

5. Triste retorno y sorpresa

Recuerdo haber sufrido trances de inconmensurable tristeza y profunda desolación a lo largo de mi ya dilatada vida, como todo mortal que haya transitado por el tortuoso camino trazado desde los cielos. Sin embargo, no creo que ningún momento sea comparable a las horas siguientes a la conversación mantenida con el mariscal de campo Francisco Venegas, que jamás podré desterrar de mis pensamientos. Aflicción ahogada en paño de borra y angustia infinita sin posible consuelo. Porque no se trataba solamente del propio dolor, ese agujijón que puede ser más o menos controlado con perseverancia y pernos de fuerza. En el fondo del pozo, las aguas más calientes se abrían al comprobar el padecimiento producido por mi mano a esa preciosa joven, aparejada al color negro, que tanto amaba.

Observaba la figura de la goleta en silencio desde el embarcadero, como estatua de sal incapaz de mover un solo músculo del cuerpo. Porque detrás de la Ventura, en su caprichoso borneo, aparecía un tenebroso cuadro que clavaba picas en el corazón sin descanso. Dice el refrán que no hay peor presente que aquel cuajado de sol a sol sin futuro. Y ese era mi problema, porque mi futuro, sencillamente, no existía. No sé el tiempo que me mantuve en aquel estado, segundos, minutos u horas, mediano entre la presencia viva y el más allá. Y el alma propia se quebraba sin descanso a cuarterones, cuando apareció a mi lado el teniente de fragata Del Paso. El comandante de la goleta tuvo que repetir su saludo en varias ocasiones para hacerme regresar al mundo de los vivos.

¿Se encuentra bien, señor?

¿Cómo? —Por fin, me volví hacia él, momento en el que intenté forzar una sonrisa que, estoy seguro, quebró en cuartos a medio camino—. Perdone, comandante, pero mis pensamientos andaban a bastantes millas de aquí.

—Bastantes leguas^[25], diría yo, señor, si me lo permite. ¿Todo corre en orden? ¿Ha decidido el momento de su desembarco?

—El panorama ha cambiado en dieciséis cuartas, comandante. Han tenido lugar ciertos sucesos que no se amoldan a los planes embastados, lo que me ha hecho cambiar la opinión trazada en un principio. Por tal razón y si no entorpezco demasiado la vida a bordo de la goleta *Ventura*, debo solicitar su permiso para continuar a bordo hasta que regrese a La Habana.

—Por favor, señor brigadier, ni siquiera tiene que ponerlo en duda. La goleta bajo mi mando se encuentra a su entero servicio. Puede permanecer a bordo el tiempo que estime oportuno. De todas formas, espero que no haya recibido malas noticias.

—Pequeños inconvenientes tan sólo que, no obstante, trastocan los planes embastados al ciento. Idas y revueltas que nos ofrece la vida. Pero, cuénteme. ¿Qué tal sus contactos con las autoridades?

—Tal y como me las expuso en avance sin una mínima variación, señor —Del Paso sonreía de excelente humor—. Una pandilla de prepotentes engolados, que solamente son capaces de observar su oronda tripa. Y de forma especialmente negativa la postura y maneras de ese presidente del Cabildo, el señor de Almanza. Un periquito digno del mayor desprecio. Si me permite el comentario con entera sinceridad, no me extraña que nos rueden los negocios de tan mal cariz en Indias con este personal que nombramos en especial representación.

—No sólo se lo permito sino que lo aplaudo. Así ha sido como norma habitual durante siglos, para nuestra desgracia. Lo peor de cada casa, hacia las Indias. ¿Han alterado sus planes? Supongo que, al menos, lo habrán intentado.

—Por el contrario, me los han acelerado. Pretendían que saliera de estampida hoy mismo hacia La Habana, por disponer de correspondencia del virrey para el capitán general de Cuba, catalogada como de máxima urgencia. Pero dicha correspondencia se mantiene en espera desde hace tres semanas. Les contesté que no podía emprender el tornaviaje antes de entregar en Campeche el armamento embarcado, una acción ordenada por mi mando directo. Acabaron por aceptarlo, aunque con tonos displicentes y gestos torcidos a varas. De esta forma, partiré esta misma tarde hacia la plaza de Campeche, si le parece bien. Y de allí, directamente hacia la capital cubana. ¿Necesita llevar a cabo alguna gestión más en la plaza de Veracruz? Porque estoy dispuesto a alegar cualquier problema imaginario a bordo, si precisa de unas cuantas horas en tierra. No me amedrentan esos golillas.

—No será necesario. Por mi parte estoy dispuesto y hasta deseoso de abandonar esta plaza cuanto antes. Nada me retiene en este continente y regresaré a España en el primer buque que salga desde La Habana.

Joaquín del Paso se mantuvo en silencio, mientras observaba la boga del personal de la lancha que se movía en nuestra dirección. El joven debía de barruntar graves problemas en mi persona, sin duda, pero se mantuvo con la necesaria corrección y exquisita prudencia. Ni siquiera al llegar a bordo, debí de explicar a fondo el cambio de planes a Barbate, que pareció comprenderlo todo al observar mi rostro y escuchar una sola frase de mi boca.

—Cambio de planes, Barbate. Regresamos a La Habana y desde allí a Cádiz.

—Muy bien, señor.

Tal y como pretendía el comandante, cuando el sol comenzaba a caer a fuerza de barreno, abandonamos el fondeadero de Veracruz para cruzar el seno mexicano hacia levante, en dirección a Campeche. Nos separaban poco más de trescientas millas, una distancia que la goleta podía cubrir con extrema facilidad y rapidez. Y aunque en los primeros momentos el soplo apuntaba al primer cuadrante con ánimos de nortada y malos genios, lo que podía complicar en mucho la navegación de la *Ventura*, pronto se recostó del noroeste y fresco de fuerza. De nuevo comenzamos a tragar millas sin medida con el aparejo largado por completo a los cielos en bendición.

Navegamos a petición, con la *Ventura* recostada a estribor como golfa de cuartel. Durante la noche, comenzaron a entrar en desorden algunas rachas de viento frescachón^[26], que hacían cabalgar a la goletilla con fuerza de morros y placer de maderas. No obstante, el comandante, en lógica precaución, ordenó cargar el trapo alto del palo trinquete. Pero al cruzar el nuevo día, de nuevo el soplo se ajustaba de todas las velas y cruzaba avante para aumentar el placer de la cabalgada. Es cierto que me mantuve pocas jornadas en compañía del joven comandante Del Paso, pero no se podía negar que dominaba a fondo la maniobra de su buque y arriesgaba al punto.

Apenas tuve real conocimiento de la arribada y salida de la plaza de Campeche, con mis pensamientos anclados en el más allá. Aunque me había preguntado el comandante sobre las particularidades de dicho puerto, complicadas a veces en su aproximación y fondeo para buques de cierto porte, lo tranquilicé en el sentido de que la goleta podía entrar desde cualquier rumbo y solamente debía evitar un fondeo a muy escasa distancia de tierra, con el elevado gradiente de su firme. De esta forma, desembarcamos el armamento y la sección del Ejército, con una rápida presentación del comandante a las autoridades.

Sin pérdida de tiempo, salíamos de nuevo mar adentro para costanear la península de Yucatán hacia el norte. Del Paso, con buen criterio, concedió

suficiente resguardo a la zona de los bajos Sisales, para caer a estribor de empopada y cruzar entre los Alacranes y el bajo Ifigenia, con proa cierta hacia la costa septentrional cubana y el puerto de La Habana como destino. Y en verdad que costaba creer que me hubiera cambiado la vida de tal forma en tan escaso tiempo. Porque dos semanas antes de arribar de nuevo a nuestra perla antillana, la había abandonado con dirección a Veracruz y mil proyectos de futuro amparados en el pecho, unos objetivos que habían saltado por los aires como santabárbara en bando de fuegos.

Entrados en la segunda quincena del mes de octubre, fondeaba la goleta *Ventura* de nuevo frente al muelle de desarmo del arsenal. A ritmo de arrancadas y sin pensarlo dos veces, ordenaba a Barbate que se trasladaran mis pertrechos al palacete Arcans. No obstante, tras despedirme del comandante y agradecerle las atenciones recibidas como se merecían, me dirigí por derecho para comprobar que Alicia Mirabetes mantenía en su residencia espacio libre para mi persona.

Cuando la viuda de Arcans comprobó mi presencia en la sala de recibo, se mantuvo sorprendida y sin elevar palabra durante alargados segundos, como si fuera visitada por el espíritu de su esposo. Manejando de forma nerviosa su tocado, entró en preguntas.

—¿De nuevo aquí, señor de Leñanza? Pero ¿cómo es eso? ¿Ha sufrido algún accidente la goleta *Ventura*? Ya le comenté que me parecía un buque de escasa consistencia y debía esperar a tomar...

—La goleta ha llevado la navegación a Veracruz con su oportuno tornaviaje sin problema alguno, señora. En verdad, la navegación ha sido el único placer gozado en estos últimos días. Desearía saber si mantiene libres todavía los aposentos que me asignó en la etapa anterior.

—Por supuesto. Puede tomarlos a su gusto en el momento que lo desee.

—Pues si le parece bien, en escasas horas llegaran mis criados con las pertenencias transbordadas. Pienso abusar de su compañía alguna semana más, hasta que zarpe algún buque hacia la Península.

Alicia me observó con seriedad durante unos apretados segundos. Pareció dudar, pero se decidió a continuar con decisión.

—Deduzco sin posible error y para su desgracia, que las gestiones previstas en Veracruz han debido de rifarse en negro.

—Más o menos —intentaba rematar el tema sin entrar en mayores detalles, aunque comprendí que sería tarea imposible.

—Puede estar seguro de que mucho lo siento. Supongo que la joven en cuestión no ha hecho ejercicio de la necesaria paciencia. Bueno, así corren

nuestras vidas, con sus idas y revueltas al capricho de las nubes blancas. No debe preocuparse en exceso, señor mío. Superará el inconveniente con más rapidez de lo que estima en estos momentos. Siempre defendí la opinión de que los hombres son especialistas en admitir las mudanzas en el corazón.

—Es posible.

Alicia cambió de asiento sin dudarle, hasta situarse en el sofá a mi lado. Por primera vez, se dirigió a mí con suficiente confianza, como si se tratara de una vieja y querida amiga.

—Ya veo que le ha afectado mucho y el dolor anidó con garras de hierro. Y bien sé yo que el padecimiento del corazón es el más negativo de todos. Decía mi hermano, despechado con una mala mujer, que prefería el producido por la bayoneta.

—Un hombre inteligente.

—Vamos, señor de Leñanza. Anime esa cara. Creo que necesita una copita de ese aguardiente caribeño del que tanto gustaba.

—Siempre es buena pócima para el alma, no debo negarlo. Un remedio infalible.

Creo que durante los siguientes días recorrí la ciudad de La Habana de nuevo en varias ocasiones. Sin embargo, en esta oportunidad atravesaba calles y plazas sin posar la mirada en sus bellezas con la necesaria atención. Ni siquiera junto a la garita de levante del Malecón, donde tantas veces observara la mar, embelesado con su belleza, recobraba una mínima vibración emocional. Parecía haberme convertido en un animal irracional a paso fúnebre. Pero no me estimen demasiado atravesado por la triste situación. Era consciente de que el tiempo jugaría sus etapas a mi favor y que, de forma especial, cuando embarcara y el perfume de la mar en su contorno infinito resbalara por mi rostro, podría comenzar a recomponer los rastros perdidos. Pero los pensamientos navegaban entre puertos, y debía correr la madeja a su aire.

De nuevo don Juan Ruiz de Apodaca se encontraba fuera de la capital cubana en servicio de inspección. Comprendí que el capitán general intentaba llevar de la mano y a paso firme todo lo que sucedía bajo su jurisdicción en la isla, de canto a canto. Porque allí donde saltaba noticia de calado, aparecía en persona para ordenar ideas y capacidades. Recordé las palabras del general Venegas sobre sus actitudes, un conjunto de opiniones que, en verdad, no cuadraban con la imagen que de su persona me había formado. Llegué al convencimiento de que el general veracruzano exageraba en sus

apreciaciones, posiblemente amparado en sus exaltadas ideas, así como en falsas e interesadas noticias.

Finalizaba un mes de octubre con calores extremos y ventoso por más, cuando recibí aviso del brigadier Maldoso en el que comunicaba la audiencia concedida con el capitán general para la mañana del siguiente día. Y aunque todavía las noticias resbalaban por cueros sin dejar una mínima huella, deseaba conversar con mi benefactor y recibir noticias de persona tan bien informada.

Cuando penetré en el gabinete de trabajo del capitán general, recibí la sensación de que habían transcurrido muchos meses desde mi última audiencia, aunque solamente se tratara de unas pocas semanas. Y como don Juan Ruiz de Apodaca era hombre inteligente y las veía venir de lejos, no necesitó mucho tiempo para largar sus primeras sentencias, como siempre a la llana y con extrema confianza hacia mi persona.

—Amigo Leñanza, tienes la grata cualidad de aparecer siempre en el momento más oportuno —el general sonreía de extraordinario humor. Deduje que la visita de inspección corrida por la isla debía de haber sido muy positiva—. He de ofrecerte una excelente noticia, que pensaba notificarte por escrito a Veracruz. Bueno, creo que será más adecuado dejarla para el final. Así remataremos en colores de gloria esta conversación, que no parece comenzar en saraos de corte. Porque antes de entrar en otros temas, y aunque no me lo hayan comentado, estoy seguro de que has sufrido un fiasco colosal y doloroso en tu visita a Veracruz y los planes embastados —ahora entonaba con cierta tristeza—. No tengo más que observar tu cara y ese corpachón transparente de venas e ideas. Seguro que tu joven enamorada ha encontrado otros brazos en los que anidar, para desgracia de tu apenado corazón. Eres demasiado noble, Leñanza. Y los que son como tú, reciben una elevada cantidad de bofetadas en la vida, muchas veces de forma inmerecida.

—Ale conoce bien y acierta siempre, señor. Le agradezco lo de la nobleza, cualidad que nunca debe ser excesiva en un hombre.

—Bueno, te aseguro que mucho lo siento por ti. Pero como perro viejo, no me extraña una mota lo sucedido. Han sido demasiados los meses durante los que esa joven nada supo de ti, solamente el triste recado de tu infeliz escapada. Era lógico pensar que sus padres buscaran la solución de un rápido compromiso, aumentando la dote si es preciso.

—Pues así se han desarrollado los acontecimientos, señor general, con muy escasas variaciones. Hablé largo y profundo con el mariscal de campo Francisco Venegas, su tutor. Conseguí que perdonara mi falta a la palabra

dada y comprendiera la decisión que me había visto obligado a tomar. Sin embargo y para mi desgracia, Beatriz ya se encuentra en la capital de Nueva España, dispuesta a matrimoniar con un lejano pariente.

—¿Has dicho Venegas? ¿El mariscal de campo con mando en Veracruz? —Aunque se tratara de unos pocos segundos, comprobé que el general torcía el gesto con evidente desagrado—. En confianza, puedo decirte que no es persona en la que debas confiar una migaja. Se trata de un general con demasiadas y poco recomendables afecciones políticas. Y para colmo de males, con la boca muy larga. Deberá entregar el mando en pocos días por sus continuas indiscreciones. Y si no rectifica la postura adoptada, le preveo un futuro más complicado todavía. No sabía que se tratara del tutor legal de la joven en cuestión. Después de todo, es posible que hayas tenido bastante suerte. No es bueno entrar en determinadas familias.

Me hizo sonreír en tripas aquellos razonamientos del general. Porque bien sabía Dios que, en aquellos momentos, me habría unido para siempre con Beatriz aunque se tratara de la única descendiente y heredera universal del mismísimo Satanás. Pero pasé por alto el comentario e intenté desviar la conversación.

—Escuché ciertas informaciones en Veracruz muy interesantes, señor —ahora era yo quien intentaba forzar una sonrisa—. Parece que es probable su pronto arribo a aquellas tierras como virrey de Nueva España. Y si son ciertas, lo felicito de forma efusiva. Pocos reciben el honor de ser nombrados por Su Majestad para tan alta magistratura.

—No hagas caso de todo lo que oigas por esos mentideros de corridos en falsete —sonrió con satisfacción, lo que me indicó que el rumor debía de basarse en certezas de alto grado—. Por cierto que, como ya te adelanté, puedes vivir en paz y tranquilidad.

—¿En paz, señor? ¿A qué se refiere? —No comprendía lo que intentaba comunicarme.

—¿Acaso has perdido la sesera con los desvaríos amorosos sufridos en Veracruz? Me refiero a esos listados políticos en los que se encuentran tantos miembros de la Armada y algunos del Ejército, acusados de pensamiento liberal. Tal y como suponía, no apareces en ninguno. Recibí correspondencia oficial con la fragata *Diana*, que pasó la semana pasada por esta plaza, en rápida escala hacia Tierra Firme. Y aunque han aumentado los miembros que se enlistaron en esos malditos pliegos, en ninguno aparece un Leñanza. Y por los dioses de la mar, que mucho te beneficia en estos precisos momentos.

Aunque no comprendía bien sus últimas palabras, le agradecí la información. Y en verdad que me tranquilizaba saberme libre de tales intrigas, lo que me ofrecía una necesaria libertad de movimientos.

—Pues si esas noticias fueran ciertas, y me refiero a su nombramiento como virrey, le supondría una gran responsabilidad en estos momentos. Parece que se recrudecen las acciones rebeldes en Nueva España.

—Estoy al corriente y con detalle de tales movimientos. Lo que hace falta en Nueva España es emplearse con puño duro y cerrado —alzó ligeramente la voz, al tiempo que golpeaba la mesa con el canto de su mano—. En mi opinión, y lo debes mantener a puerta cerrada, Calleja, el virrey actual, deja correr demasiado los vientos a su aire. No soy partidario de entrar a la bayoneta por las chimeneas de cada mansión, desde luego. Creo que se debe ofrecer un perdón general y auténtico a todos los sublevados. Pero, a continuación, quien decida mantenerse fuera del redil recibirá manteca a saco de cera. Sólo así se puede poner orden en ese gallinero. Pero regresemos a ti y tu futuro, que siempre me importó. ¿Qué piensas hacer? Supongo que regresarás a España.

—Así es, señor. En el primer buque que parta hacia la Península. Mientras permanezca a cuartel, intentaré ordenar el patrimonio de la casa.

—Me parece correcto. Ya he leído en la *Gaceta*, que tu madre o madrastra ha declinado en ti el título de duque de Montefrío. Ya eres un Grande de España, Leñanza, por lo que te felicito.

—Nada me había alcanzado en concreto. Sé que María Antonia, mi madre, mantenía esa idea en la cabeza, aunque intenté convencerla para que esperase. La pobre se siente abandonada de fuerzas y espíritu desde que murió su hija. Y los únicos Cisneros que restamos somos mi hermana Rosalía y yo. Nunca supuse que acabara el ducado de Montefrío en mis manos. Se trata de una gran responsabilidad.

—Así es. Me parece correcto que regreses a España y ordenes tu casa. Lo considero de ley y una importante obligación. Precisamente, se me ha anunciado que tu querido navío *Asia* ha de regresar a La Habana en pocas semanas. Pero solamente por necesidad de auxilio, supongo que de víveres y aguada, antes de iniciar el tornaviaje a la Península. Lo acompañarán un par de fragatas de las que se mueven por Tierra Firme. Bueno, a no ser que se decida llevar a cabo alguna operación de envergadura y sean necesarios los navíos, pocos, que tenemos a disposición. La verdad, amigo mío, estoy convencido de que se te abrirán los horizontes en muchas cuartas antes de lo que piensas —volvía a exhibir media sonrisa, como si amparara un secreto

sobre mi persona que deseaba deslizar a cuentas de monje—. Ya te dije que nuestro Señor don Fernando era de alma generosa.

—La verdad, señor, que no le comprendo una sola palabra. Es posible que el fracaso amoroso en Veracruz me haya cerrado el cerebro.

—Eres un magnífico oficial de la Armada, Leñanza. Y con un valor extraordinario, no me cabe duda. No obstante, a veces te falta cierta sagacidad para encarar la vida del día a día. Ese mordiente de lazarillo, tan necesario en muchas ocasiones —Apodaca mantenía la infantil sonrisa, como si se tratara de un juego divertido al que me sometía—. Te voy a ofrecer un presente que espero te guste como merece.

El general abandonó su asiento para acercarse a un escritorio adosado a la ventana. Con esfuerzo abrió un cajón inferior hasta sacar de él un estuche de regular tamaño. Regresó a la mesa con rapidez, momento en el que pude comprobar sus formas. Se trataba de una especie de arquilla de gran belleza, construida en maderas nobles. En la parte frontal destacaba la corona real sobre el ancla de la Armada, grabada en taracea fina de marfil. Y ahora la intriga aumentaba en mi pecho a tirón de espuelas, porque no comprendía en absoluto lo que el general intentaba ofrecerme.

—¿Continúas sin comprender?

—Como una tortuga boca arriba, señor. La verdad, me tiene en ascuas.

—Por todas las rabizonas del puerto inglés, Leñanza —ahora reía con placer—. Parece que tu cerebro quedó escaldado en las faldas de esa joven. Bueno, te decía que don Fernando se porta de forma adecuada con los que le sirven con lealtad. Y así lo ha demostrado. Con motivo del cumpleaños y santo de Su Majestad, nuestro Señor ha tenido a bien firmar unos decretos que solemnizen dichas fechas. En ellos y en cuanto a la Real Armada, se promueven a sus inmediatos empleos a catorce capitanes de navío, así como el mismo número de brigadieres y jefes de escuadra. Y para mi especial satisfacción, parece que don Fernando estima los informes elevados de mi mano como de severa y necesaria justicia. No puedes quejarte.

Comenzaba a atisbar ciertas posibilidades, aunque me costaba creerlas como ciertas. Pero ya el general entraba a descubrir la piñata de una vez.

—Para no dilatar más esta espera en salsa dulce, y que se aplaquen de una vez tus nervios torcidos, tengo el honor de comunicarte que Su Majestad don Fernando el Séptimo, que Dios guarde, ha tenido a bien concederte la faja^[27]. Y te aseguro que me satisface mucho hacerte entrega de ella como obsequio personal, señor jefe de escuadra de la Real Armada don Santiago de Leñanza y Cisneros, duque de Montefrío y conde de Tarfí.

El general me hizo entrega del estuche. Lo tomé en mis manos, sin saber lo que debía hacer o responder. Mi sorpresa era cierta y de extraordinario tamaño. Tras haberseme arrebatado el mando del navío *Asia* y creer que me encontraba muy lejos del amor de nuestro Soberano, era ascendido al empleo de jefe de escuadra, primer escalón entre los correspondientes a general. Abrí los cierres para comprobar en su interior la clásica faja de general conveniente doblada a cuartos, con las borlas amparadas en cuadrante de resguardo. Realmente emocionado, comencé a balbucear una tímida respuesta.

—La verdad, señor, que no sé... ¿Me han concedido la faja? Pero si...

—¡Vamos, carajo! ¡Anima esa cara! ¡Parece que hayas ascendido a jefe de escuadra varias veces en tu vida! —Apodaca reía, mientras palmeaba sus muslos con fuerza—. No te pido que me lo agradezcas con alharacas, aunque haya sido yo quien te propusiera para la promoción por tus acciones de combate en el seno mexicano, como comandante del navío *Asia*. Pero despierta de una putañera vez. Regresarás a la Península con tu merecida faja. Y supongo que te asignarán algún destino acorde a tus merecimientos. No seguirás a cuartel.

—Claro que se lo agradezco, señor. Y no se puede figurar en qué grado. Lo que sucede es que no esperaba una sorpresa de tal calibre, y menos todavía tras la experiencia sufrida con el navío *Asia*.

—Ya te dije que eso está más que olvidado. Además y aunque lo merecieras de forma sobrada, el nombramiento del ducado de Montefrío habrá llamado la atención de Su Majestad, no he de negarlo.

—Pero, señor, soy demasiado joven para...

—Nunca se es demasiado joven para nada, especialmente en la carrera de las armas. En cambio, siempre hemos sufrido generales demasiado avejentados para los mandos a los que eran nombrados, especialmente en la mar. Has demostrado en sobradas ocasiones que lo merecías. Has sido propuesto para muchos ascensos que no se tuvieron en cuenta. Tu padre alcanzó dicho empleo a una edad parecida a la tuya, así como el general Gravina. Además, creo que te llega en el momento adecuado para que olvides situaciones desgraciadas. Ahora debes buscar una joven, hermosa y buena mujer, para que ejerza como esposa y madre de tus hijos, además de aumentar la prole. Una hembra adecuada a la categoría de tu casa. Porque si es de buena y noble familia, y con generosa dote, mejor que mejor —guiñó un ojo en señal de complicidad—. Nunca llega mal un auxilio, aunque no lo necesites. Con motivo de tu promoción, pasado mañana, sábado, ofreceré una recepción

en este palacio. Por supuesto, en tu honor. Hay que mojar esa faja de forma adecuada, como dicen en Cádiz en parla castiza.

—Se lo agradezco mucho, señor. Ya son mil y uno los favores recibidos de su mano, desde que me asignaran el mando de la corbeta *Mosca*.

—Unas tablas medio podridas por la broma^[28], que convertiste en un magnífico buque de guerra. Y con esos mimbres apresaste un bergantín francés, además de hundir una fragata en las islas Azores. Solamente cumplí con mi deber. No podía olvidar el tremendo favor que me concediste al llevar a cabo aquella peligrosa cabalgada hacia la Corte entre fuerzas francesas. Por dicha acción te perdiste embarcar en alguno de los navíos apresados y prometí recompensarte. Me siento en paz y contento.

Continuaba observando la arquilla y su contenido. Y tenía razón el general cuando aseguraba que aquel ascenso llegaba en momentos necesitados de gloria.

—Espero que mi padre esté orgulloso de esta faja, allá desde los cielos.

—Lo estará, no lo dudes. Lo recuerdo muy bien. Uno de los grandes hombres que se nos fueron frente al cabo Trafalgar. Pero como las buenas noticias llegan en grupos, también me notificaron de España que Su Majestad piensa establecer de nuevo el Almirantazgo, esa institución tan perseguida por la Armada como posible solución a nuestros problemas.

—¿Se va a reinstaurar el Almirantazgo? Bendito sea Dios. La primera buena nueva en varios años. Esperemos que funcione como deseamos y no en el camino que tomó bajo la mano de don Manuel Godoy.

—Por favor, Leñanza, no mientes la maldita bicha negra en este despacho.

—Viví el día a día de esa alta institución porque me encontraba de ayudante del general Escaño, nombrado como uno de los tres miembros de su Consejo, señor. Hasta podría exponerle cómo transcurrió la sesión inaugural minuto a minuto. Pero no cumplió ninguno de los fines que de él se esperaban. Todo continuó funcionando igual de mal o peor, bajo la torcida batuta de... de la bicha maldita. Habría que establecer las primeras piedras con riguroso orden, o la empresa puede descabalar de nuevo.

—Con tu experiencia, deberías ser destinado al equipo que estudia dicha reinstauración en la Secretaría de Marina. Parece ser que lo único cierto y conocido hasta ahora es que se pretende su funcionamiento con dos salas, a imagen del británico. Como es lógico, Su Majestad se reserva la presidencia. También ha decidido nuestro Señor que... —dudó unos segundos el general, antes de proseguir—, que la vicepresidencia, con los títulos anejos de almirante general de España e Indias, coronel de guardiamarinas, así como

protector del comercio, de la navegación y de la industria, recaiga en el infante don Antonio Pascual.

Abrí los ojos a espuestas porque me parecía imposible haber escuchado aquellas palabras.

—¿Ha dicho en don Antonio Pascual? Con toda sinceridad, no puedo creerlo, señor.

—Bueno, ya sabes que esos nombramientos son solamente a título honorífico y a nada conducen, dadas las condiciones de la persona.

—Precisamente, señor, por las especiales y conocidas condiciones de la persona, no debería aparecer su nombre aparejado a nuestra institución de ninguna forma. Y menos aún en un puesto de tal categoría. Dañaría nuestra imagen desde el primer día. Recuerde el billete que escribió a la Junta de Gobierno que él mismo presidía en mayo de 1808, cuando marchó a Bayona, una nota que refleja la categoría del personaje. Recuerdo fielmente aquellas inolvidables palabras: *A la Junta, para su gobierno la pongo en su noticia cómo me he marchado a Bayona, de orden del rey, y digo a dicha Junta que ella siga en los mismos términos como si yo estuviera en ella. Dios nos la dé buena. Adiós señores, hasta el valle de Josafat.*

—No me la recuerdes siquiera, que tampoco yo puedo olvidarla. No se debía haber marchado a Bayona, desde luego. Una cobarde torpeza. Fue fácilmente convencido en una entrevista mantenida con el conde de Laforest, de la necesidad de su inmediato traslado a Bayona.

—Y como dijo el propio Laforest, así lo aceptó aquel impenitente bobalicón, incapacitado para cualquier empresa medianamente digna. No fueron pocos los que le aconsejaron con juicio que permaneciera en España a la cabeza de la Junta de Gobierno. Y perdone mi franqueza sobre el real personaje, señor.

—No te preocupes, Leñanza. Conozco perfectamente todo lo que dices, porque también yo lo viví —el general juntaba las manos en un movimiento semejante al de la oración—. Pero resulta que don Fernando siente especial aprecio por su tío-abuelo. Cuando Bonaparte no admitió la abdicación de Carlos IV, el infante continuó considerando a su sobrino como rey. Y parece ser que durante el cautiverio de ambos en Valencay, el infante se portó muy bien con su sobrino. Don Fernando deseaba otorgarle algún honor especial y ha pensado en este.

—Por favor, señor. Podía haberlo nombrado rey de Israel u otro título honorífico de la Corona. No sé, parece como si, de esa forma, se concediera escasa importancia y categoría al Almirantazgo. Recuerde que se le ha

nombrado por escrito y desde plumas muy ceñidas al amor de la Corona, como personaje que jamás despuntó por su inteligencia, mientras otros lo definen como varón pacífico, cuya vida se desliza entre las devociones y la zampoña, su instrumento musical favorito. Incluso una de las más importantes cabezas de la nobleza lo califica como el más simple de los Borbones. Don Antonio de Escaño, que lo trató personalmente a diario en aquellos días funestos de mayo de 1808, lo recordaba como personaje de figura grotesca, hazmerreír de la Corte, romo de entendimiento, extravagante en los hechos, grosero en las palabras y tan fanfarrón como cobarde.

—Como te dispenso especial confianza de familia, Leñanza, te diré que concuerdo plenamente con tus palabras, aunque no debamos pronunciarlas en público por el debido respeto. Estimo que ha sido un error de Su Majestad, sin duda. Una de esas decisiones tomadas a la ligera, sin el debido asesoramiento. Además, se trata de una decisión que navega en su contra. Porque, en esta designación, queda mal tanto el agraciante como el agraciado. No sé si sus consejeros le habrán apercibido de tales detalles. En fin, esperemos que el personaje no aparezca por la institución y dejen trabajar a los generales de la Armada. El Consejo Supremo del Almirantazgo debe cumplir los requisitos para los que será instaurado.

—Don Antonio de Escaño lo tenía muy claro y estudiado a fondo en su privilegiada cabeza, señor. Repetía las palabras del informe elevado por el bailío^[29] a Su Majestad don Carlos el Cuarto, pocas pero certeras como dianas: no hay cuerpo vigoroso con cabeza flaca. Pero el general Escaño también aseguraba, y estimo que con absoluta razón, que hemos sufrido secretarios de Marina indolentes y débiles. Y como no podía ser de otra forma, el resultado natural ha sido dejar el cuerpo cadavérico y a la Armada tan inútil, que sólo sirve para gastar y ser considerada como una institución inútil. Necesitamos una junta gubernativa de generales expertos, honrados y sinceros, un Almirantazgo que, encargándose de lo gubernativo, militar y económico, dirija el cuerpo con reglas constantes y sólidas, que no se altere el sistema y se evite la variedad de ideas que cada ministro expone al capricho del día. Y desde luego, punto de la mayor importancia, sin admitir injerencias superiores de quien no dispone de los suficientes conocimientos, como fue el caso permanente y desastroso sufrido con la nefasta presencia en los asuntos de Marina de don Manuel Godoy —y perdone que le nombre la bicha de nuevo, señor—. Su Majestad debería escoger a los tres mejores generales de la Armada como ministros del Consejo para que instauren los cimientos que

necesitamos con vistas a un futuro esperanzador y una Real Armada que pueda cumplir con las misiones que a España le deben estar encomendadas.

—Me parece que estoy escuchando a don Antonio de Escaño. Muchos años pasaste a su lado y aprendiste de cabeza tan bien programada. Necesitaríamos varios Escaños en estos días. Tienes razón en todo lo que has expuesto, aunque no debes ser tan vehemente, especialmente en público. Se consigue mucho más por las veredas de la afabilidad, que si entras al toro a la carrera con dagas de fuego. Es necesario levantar la Armada o refundarla, aunque sea duro escucharlo. Y para ello necesitamos un Almirantazgo como el que has expuesto de forma admirable y que, después de todo, es muy parecido al utilizado en la Gran Bretaña. Pero no pienses en evitar las injerencias de la política en dicha institución, por deseable que fuera. Se trata de empresa imposible. Ni los británicos lo han conseguido. Deberías formar parte del grupo de estudio que se dedica en estos días a...

—No me ofrezca ese cáliz, señor —elevé las manos en rendida súplica—. Además, creo que hay excelentes cabezas en la Armada para esos puestos y con mucha más experiencia, aunque por desgracia algunas de ellas se encuentren... se encuentren encausados o desterrados.

—Ya sé que piensas en el general Valdés. Estoy de acuerdo en que debería ser uno de los ministros del Almirantazgo, sin duda. Pero él mismo se ha excluido de la puchera nacional y nada es posible por esa vía. Y lo mismo sucede con Ciscar y otros. Pero hay muchas más cabezas en la Armada.

—Por ejemplo, la suya, señor. Habéis lidiado con el Almirantazgo británico durante vuestra larga permanencia en el Reino Unido. Sabéis muy bien cómo debe funcionar un cuerpo así.

—Ni por todo el oro del mundo, Leñanza —agitó las manos con vehemencia, como si deseara alejar una pesada moscarda—. No me quieras tan mal, por favor. Te propongo para el ascenso al empleo de jefe de escuadra, y me lo pagas de esta forma —Apodaca reía de buen humor.

—Tiene razón, señor, y le pido disculpas.

—Para alegrarte un poco más, te concederé una noticia que había olvidado y mucho te agradecerá. Su Majestad ha ordenado que se reanude la publicación de los *Yilogios* en la *Gaceta*. Y se ha arrancado esa antigua norma con el elogio dedicado al teniente general de la Real Armada don Antonio de Escaño y García de Cáceres, escrito por el miembro de la Real Academia, el capitán de navío don José de Vargas Ponce.

—Tiene razón en que mucho me alegra tal disposición. Ya era hora de que recibiera algún reconocimiento quien tanto lo merecía. Pero seguro que

tiene alguna otra noticia jugosa que contarme, señor —intentaba sonsacarle como otras veces, cuestión sencilla cuando se encontraba en confianza y de buen humor.

—Mucho te gusta tirarme de la lengua, bribón. Bueno, como he entrado en noticias secretas y sé de tu discreción, te comentaré que tenías razón y en poco tiempo pasaré a Nueva España como virrey. Por tal razón, estimo que me libro de pasar a la Corte en estos momentos, aparte del honor que Su Majestad me concede.

Aunque pensaba que el nombramiento poco agradaría al mariscal de campo Venegas, incluso podría ser peligroso para su persona, pronuncié las palabras de rigor.

—Le ofrezco mi más sincera enhorabuena, señor. Nadie mejor que vos para tan importante cometido. Seguro que pondrá en orden los asuntos de Nueva España.

—No será fácil, desde luego. En cuanto a tu posible destino, comprendo que no quieras vivir la experiencia que ya sufriste en carnes. Pero si trabajaras en la Corte, recibirías pronto la llave^[30] de manos de Su Majestad, estoy seguro.

—Un gran honor que, con sinceridad, señor, no me compensa.

—Me gusta tu sinceridad, Leñanza. En fin, ya se te abrirá el horizonte con cielos azules más pronto que tarde. Al menos, parece que don Fernando se preocupa por la Armada y su penosa situación, en contra de lo que proclaman las voces avinagradas. Se va a carenar un navío de tres puentes para que pueda izarse la insignia de la escuadra del mar Océano de forma digna.

—¿Un tres puentes? ¿Alguno de los que se pudren en este arsenal?

—Coincidimos porque eso mismo había pensado yo. Pero la decisión ha recaído en el navío *Fernando VII*, el antiguo *Reina Luisa*, donde serví en el empleo de teniente de navío. Se ha ordenado que le efectúen las obras mínimas y necesarias en el arsenal de Mahón para que pase al arsenal de Cartagena, donde se le debe efectuar una carena completa. Como es fácil imaginar, su estado es lamentable, como el de todos los buques que se apartaron de los franceses en los primeros años de la guerra contra Bonaparte.

—No lo comprendo, señor. Creo que este arsenal habanero se encuentra mejor surtido que los de la Península, sin posible comparación. Además, aquí los materiales se adquieren a un mejor precio y de mejor calidad, especialmente las maderas. Todavía sería recuperable el navío *Santa Ana* antes de que caiga lamentablemente a los fondos.

—Tienes razón. Pero hay que dar trabajo a los arsenales peninsulares o se alzarán la Maestranza una vez más en rebelión.

—Lo comprendo.

—Como última noticia de buena esperanza, te diré que se está formando un ejército en Cádiz, un poderoso ejército con cerca de 20.000 hombres. Me comunicaron que se preparan más de setenta buques mercantes que han de pasar, en primer lugar, a las costas de Tierra Firme y pacificar aquellas tierras. Parece que el mando lo recibirá el general del Ejército don Pablo Morillo.

—¿Pablo Morillo? Un antiguo miembro de la Armada al que traté en diversas ocasiones. Luchó como soldado de Marina en el combate de Trafalgar.

—Ya lo sabía. También peleó con extraordinario valor como alférez en la batalla de Bailén. Ha sido ascendido de forma continua en la guerra contra los franceses. Porque en el Ejército no se escatimaban esos ascensos que tanto nos costaba conseguir en la Armada. Parece que nuestros hombres no lucharon.

—Mucho tuvo que lidiar el general Valdés, como comandante general de la escuadra, en ese particular sentido, señor.

—En efecto. Bueno, para que no todo sean rosas de primavera, te expondré una mala nueva, aunque no sea adecuada en este día.

—Puede hacerlo, señor.

—No es importante, de momento. Mucho preocupa a nuestro Señor, el aumento de las logias masónicas fundadas por los franceses. Por difícil que sea de creer, su espíritu se ha extendido en la Armada y el Ejército, pero especialmente entre los oficiales de nuestra institución. Y no solamente en los de baja graduación. Dichas logias proliferan en Cádiz como ramas de olivo, una ciudad donde se reúne tanto personal. Y algunos mandos avisan de que se intenta minar la disciplina. Incluso corren voces de que se pretende desplegar la bandera de la Constitución de 1812 a la brava y en pronunciamiento. Por Dios y la Santa Patrona, que están ciegos. Debemos aprovechar estos momentos para tranquilizar la vida en nuestros virreinos de Indias. Porque si perdemos las provincias americanas, no podremos salir de la ruina absoluta en que hemos quedado tras la alargada guerra. Pero si no vivimos dicha tranquilidad en nuestra casa y reñimos unos contra otros a diario, mal podremos pacificar estos territorios.

Por primera vez en aquella alargada audiencia, se hizo el silencio. Y había mudado el rostro del general a rumbo opuesto. Pero se repuso con rapidez.

—Bueno, el día que vas a ceñir la faja por primera vez no es para entrar en tales comentarios. Acude al sastre Morientes, en la planta baja, y que te prepare unas vueltas adecuadas al nuevo empleo. Debes asistir bien enfajado el próximo sábado, con los oros^[31] al viento.

—No sé cómo agradecerle, señor, todo lo que...

—Vamos, Leñanza. Sabes que te aprecio como a un hijo y también yo me alegro de tus éxitos, que has ganado a la brava y con sangre corrida en cubierta. Y lo llevas a la vista con ese parche en el ojo que perdiste en la expedición cántabra, si recuerdo bien.

—Así fue, señor. Sufrí el rebote de una bala mosquetera francesa en una piedra, cuando regresábamos a pie desde Vizcaya a Ferrol.

—Una acción increíble y valerosa por más. Y no fuiste recompensado por ella como merecías. Bueno, disfruta de tu ascenso. Pero ya sabes que debes mantener la boca bien trincada a los malos vientos.

El general había abandonado su asiento, acción que imité por mi parte, momento en el que se acercaba y me tomaba por el hombro.

—Espero verte pronto con las vueltas de teniente general. Vive tranquilo estos días y disfruta de la vida, a pesar de los reveses sufridos. No es misión difícil en La Habana. Un joven casadero, un noble jefe de escuadra debe tener cola de mujeres a la puerta de su posada. Me das envidia.

Aunque no comulgaba con sus últimos comentarios, me dejé llevar por el general hasta la puerta, donde nos despedimos. Y sin pausa, salí hacia la plaza de Armas con sentimientos contrapuestos en el cerebro. Porque el dolor y la figura doliente de Beatriz se mantenían a fuego en mi pecho, sin posible mudanza. Pero al mismo tiempo sentía un inmenso orgullo al comprender que había escalado hasta uno de los más altos grados en la Real Armada. Después de todo, no era más que un ejemplo del clásico andar al daga y toma que nos ofrece la vida en cada esquina o con cada nueva ola de proa. Al menos, pude sonreír por primera vez en muchos días, o lo intenté al menos.

6. Oro en las vueltas

Aquella primera noche atravesada en el empleo de jefe de escuadra, los duendes de Morfeo me concedieron un tranquilo y prolongado sueño, un letargo denso y con especial beatitud. Se trataba de una gozosa situación que no recordaba haber gozado en las dos últimas semanas. Y no podía deberse tan feliz coyuntura al peso del oro en las vueltas, porque todavía no me había sido entregado el uniforme con las nuevas divisas. Antes de abandonar la sobremesa y retirarme a mis aposentos, como la estulticia y presunción del género humano son ilimitadas, especialmente en el caso de los hombres agraciados con alguna relevante concesión, había comunicado a la viuda de Arcans la buena nueva. La dueña pareció recibir la mejor de las noticias, como si mi persona formara parte de su más íntimo círculo de amistad o familia.

—¡Por todos los cielos, señor de Leñanza! Y me comunica una noticia de tal grado como si se tratara de una acción cotidiana. Estimo, sin dudarlo, que sois más frío que la nieve, aunque jamás haya observado esos copos blancos que aparecen en los grabados. Recuerdo cuando mi difunto esposo ascendió al empleo de mariscal de campo, que, según tengo entendido, equivale en el Ejército al de jefe de escuadra en la Armada. Y lo celebramos muy por alto con amigos y familiares.

—No crea que no me ha sorprendido y agradado en mucho la nueva. De todas formas, me ha comunicado el capitán general que pasado mañana ofrecerá una recepción en mi honor para celebrar la promoción, a la que, por supuesto, estáis invitada.

—Me parece muy adecuado por parte del general Ruiz de Apodaca, ese gran señor. Pero ahora mismo festejaremos su ascenso en privado y como es debido en este digno palacete. Por supuesto, con ese ron jamaicano o cruceño que me consigue un buen amigo, aunque pocas veces lo pruebe. No comprendo cómo le encuentra tan delicado sabor.

—No es que me parezca delicado, señora mía. Pero se trata de un caldo que, en bastantes ocasiones, me hizo el efecto del mejor bálsamo medicinal. Impongo, no obstante, una severa condición para aceptar su propuesta. Porque en esta oportunidad, deberá acompañarme. Normalmente bebo más de media frasca, mientras usted, Alicia, apenas moja los labios en sorbo de niño.

—Los peligros de la vida acechan a las señoras por los cuatro puntos cardinales y sin descanso, señor duque de Montefrío. El efecto del aguardiente en la mujer se asemeja mucho al del fuego en la santabárbara de los buques.

—Por favor, Alicia, no exagere.

Bebí con especial agrado ese ron de color oscuro, en abundancia, por placer y necesidad. Y posiblemente sería la principal razón que me hizo entrar en sueños como un niño rendido en juegos. Pero también lo hizo Alicia, una copa entera en la ocasión. Y por las zorronas del sultán, que le produjo un notable y visible efecto. Parecieron romperse las barreras a tiro de bombardas y conocí a la verdadera Alicia de Mirabetes, viuda de Arcans, una mujer llena de alegría y con enormes ganas de vivir la vida. Y a tal punto alcanzó el cambio experimentado en la mujer que, cuando entendí que las brasas podían alcanzar los regueros de pólvora, opté por retirarme con discreción a mis aposentos. Y no me estimen mojigato, gazmoño o santurrón de capilla, que ninguno de esos atributos anidaban en mi sangre. Bien sabe el dios Neptuno que le habría entrado a la dueña por banderas y con pedernal de chispa, pero gracias a los cielos comprendí que podía complicarme la vida en exceso. Y para refrescar la sangre, una necesidad que aumentaba por momentos en las tripas, se abrían otras muchas veredas en una ciudad como La Habana.

Al día siguiente paseé por primera vez con las divisas de jefe de escuadra en las vueltas de mi uniforme. Y por todos los cristos, que refulgían bajo los rayos del sol como candelabros de oro en la noche. Sentía un inmenso orgullo, ese que concede la juventud a cada paso en situación de ascenso. Crucé hasta el arsenal y allí topé por casualidad con el teniente de fragata Del Paso, que intentaba conseguir un fofoque de respeto para su buque en los talleres de velas. Y pronto comprendió mi nueva situación profesional. Llegó hasta mí con sonrisa de cuadro.

—Debo expresarle mi más sentida enhorabuena, señor general. Ahora comprendo su interés por regresar a La Habana con la mayor rapidez. Debe de ser cierto que mucho tira la faja en el oficial de guerra. Pero entrado en sinceros, no me cuadra tan grata nueva con el rostro apesadumbrado que mostraba a bordo de la goleta bajo mi mando.

Como no pretendía que conociera y comprendiera la verdadera situación por la que se movían mis propios sentimientos, dejé que mantuviera sus propias convicciones en el aire.

—Todo nos alcanza en esta vida, Del Paso, ya sean vientos bonancibles o furiosas rachas de ventarrón a muerte. Ya comprobaré cómo le crecen las divisas en las vueltas con extrema rapidez, sin tiempo para dirigir una sola mirada hacia popa. Os considero un buen oficial de guerra y así se lo expuse al general Ruiz de Apodaca. Espero que su carrera en la Armada corra por senderos de gloria.

—Le agradezco sus palabras, señor. Ya sabe que la goleta *Ventura* continúa a vuestra disposición.

Tras despedirme del simpático y agradable oficial, continué mi paseo. En la ronda prevista alcancé, como obligación impuesta, el malecón habanero con sus ventanas abiertas a la mar. Y allí de nuevo se apareció el rostro de Beatriz con nitidez y orlas de desesperanza aparejadas. Pensaba lo feliz que se habría sentido la preciosa joven al conocer mi promoción, justo en los días en que debíamos haber contraído matrimonio, una deseable nube que no podría regresar jamás a mi entorno. También echaba de menos en aquellos momentos a los seres queridos que se habían marchado para siempre; padres, hermanos, tíos, primos y tantos compañeros. Pero sin olvidar a los que me querían en vida como mi hermana Rosalía, nuestra madre María Antonia y mi cuñado Beto.

La recepción que ofreció el general Apodaca en mi honor se elevó por ribetes de gloria. En verdad que no parecíamos sufrir penuria alguna, más bien al contrario. Ningún personaje considerado de cierta importancia en la isla faltaba a la cita. Sin embargo y aunque se mantuviera como noticia no oficial, estimé que allí se celebraba en verdad y bajo tapete el nombramiento del capitán general como virrey de Nueva España. Porque se trataba de comentario que corría de boca en boca sin descanso.

A pesar de mi convencimiento sobre la razón auténtica, los brindis pronunciados por el general Apodaca se centraron en mi rápida carrera, mi juventud y los merecimientos que, en combate, había contraído conmigo la Real Armada. Y no olvidó casi ninguno al enumerarlos, con alguna exageración por su parte. Incluso nombró con especial y repetido énfasis la pérdida de mi ojo izquierdo, declarando al parche que cubría los párpados cosidos como la más importante de las condecoraciones que un oficial de guerra puede mostrar.

Debo reconocer que, a pesar de esa extraña situación de frío y calor que sufría en el corazón, disfruté de aquella velada en la que me mantenía como centro de todas las miradas y atenciones. Además, los caldos ofrecidos podían elevar el alma de cualquier cadáver amortajado en lona y con bala de cañón adosada. Incluso algunos padres me presentaban con elogio a sus hijas casaderas. Y no eran pocas las de extrema belleza, con cuerpos atractivos en redondo y tiernas miradas. Departí con ellas comentarios de mar, así como explicaciones de todo tipo sobre mis acciones navales.

La única nota de color un tanto oscuro, si así puede considerarse, saltó pocos minutos después. Me encontraba en el corrillo formado alrededor del general Ruiz de Apodaca, en el que destacaban el jefe de escuadra Melchor de Rozas, comandante general del Arsenal, el mariscal de campo Baltázar, mando de las tropas del Ejército, y don Martín Uriarte, obispo de La Habana. Comentaban sobre un tema recién llegado a la isla. Y era el obispo quien más despotricaba por varas y en tono agrio.

—Parece mentira que se deje a un lado a España de esos repartos y concesiones, cuando fuimos los que más luchamos contra Bonaparte, sin comparación posible. Queda claro que toda la Europa desea apartarnos de su lado como perro sarnoso. Aunque algunos se nieguen a creerlo, todavía piensan en la Leyenda Negra y no son capaces de olvidar nuestra grandeza.

—¿A qué se refiere, monseñor? —pregunté con sincero interés porque, en verdad, no comprendía palabras de tan grueso calibre.

—Se han dado por finalizadas las sesiones del Congreso habido en la ciudad de Viena —entraba el capitán general con autoridad—, donde debían ventilarse las cuestiones pendientes sobre las guerras de Bonaparte y sus efectos. Vamos, hablando en plata, se trataba de distribuir los despojos de Napoleón. Parece ser que los beneficios han alcanzado de generosa forma a Inglaterra, Austria, Prusia y Rusia en primer lugar. Pero también cayeron algunas migajas para Suiza, Nápoles, Cerdeña y Portugal.

—¿Y a España? —pregunté con cierta inocencia—. Según comentaban, se esperaba recibir todo o parte del Rosellón, tierra española donde las haya, por la que hemos luchado en diversas ocasiones. Para eso hemos sido la nación que más ha contribuido al triunfo final, del que todos hemos gozado en Europa.

—Razón te ampara, Leñanza —insistía Ruiz de Apodaca—. Pero oficialmente se ha declarado a España sin opción ni derecho a figurar entre las potencias de primer orden. Asimismo, ha quedado excluida de toda intervención en el nuevo derecho público de Europa. Parece difícil de creer,

pero se nos ha igualado con los vencidos, e incluso se ha intentado mermar nuestro territorio.

—El Tratado de Valençay, firmado por nuestro Señor don Fernando con Bonaparte, en aparte y sin consulta alguna con las potencias aliadas, sentó muy mal en toda Europa, señores. Especialmente en Inglaterra —opinaba el jefe de escuadra Melchor de Rozas con decisión—. Es posible que Su Majestad se apresurara demasiado en conceder a Bonaparte tantos derechos y prebendas, cuando el corso se encontraba perdido y sin opciones a la mano. Además, aceptó todas sus exigencias.

—Una exigencias que don Fernando no sólo no ha cumplido, sino que ha entrado a la contra con toda su fuerza —apostilló el obispo.

—Si nuestro Señor firmó ese tratado que tan poco nos ha beneficiado —entraba Apodaca con paños blandos—, se debió a que deseaba regresar cuanto antes a España. Se trataba del único rey que se encontraba apartado de su tierra. Es más sencillo mantenerte a la gresca mientras te encuentras rodeado del amor de tu pueblo. Además, tanto Prusia como Rusia, Dinamarca y otras muchas naciones habían firmado tratados particulares con Bonaparte cuando eran barridos del mapa por las tropas francesas. Sin embargo, en España continuamos luchando desde el primero hasta el último día. Perdimos muchas batallas, sin duda, pero jamás arriamos la bandera de la España libre instalada en Cádiz, una ciudad asediada durante años. Y nos levantábamos de cada derrota al día siguiente para continuar la brega en sangre contra el francés. Si no hubiera tenido que fijar Bonaparte tantos hombres en España, que llegaron a superar los trescientos mil, el prepotente corso podría haber barrido Europa.

—Completamente de acuerdo con sus palabras, señor general —hociaba el obispo con fuertes asentimientos de cabeza.

—Pero, al menos —continuaba Apodaca—, algo muy importante se ha conseguido. Un hito de la mayor importancia, corroborado por España. Se ha declarado contrario a los principios de la humanidad y de la moral universal el Tráfico de negros de África. Y como aspecto de la mayor importancia, se ha establecido fecha definitiva para que se aplique dicha declaración con efectos: el 30 de mayo de 1820.

—Pues quienes más lo sufrirán serán los británicos y los franceses —aseguré con rapidez—. Sus compañías comerciales más importantes nacieron y crecieron gracias a esa trata que han manejado durante siglos.

—Sin embargo, la peor parte de ese tratado deberemos tragarla en un próximo futuro —de nuevo entonaba el jefe de escuadra de Rozas en

negativo, al tiempo que recibía una mirada opaca del capitán general—. Porque, aunque se indemnizará a las naciones que más sufran los efectos, y en concreto a España con 400.000 libras esterlinas por parte de Inglaterra, hemos concedido a los buques britanos el derecho de visita e inspección a nuestros buques mercantes. De esta forma, las unidades de la *Royal Navy* podrán detener a cualquier embarcación bajo pabellón español y llevarlos a juicio por derecho. Y ahí se encuentra el más negativo aspecto. ¿Ustedes confían en la objetividad británica, señores? Esa concesión significa, lisa y llanamente, el fin de nuestro lícito comercio con los puertos de la costa africana. Y no son pocos los armadores españoles, dedicados de forma casi exclusiva a la extracción del aceite de palma y otros artículos africanos, que ya elevan protesta con toda razón.

—Bueno, señores, no lo vean todo con mirada negativa y derrotista —el general Apodaca intentaba suavizar las cuerdas—. En verdad que ha sido difícil de comprender e innoble la postura de las potencias europeas con España. Pero parece que, poco a poco, se irán dulcificando los efectos del Congreso de Viena. Debemos reconocer que nuestra diplomacia ha sido desastrosa, una norma habitual en casi todos los Congresos dilucidados tras las respectivas guerras.

—Como norma, siempre ofrecieron un mordisco más o menos generoso a nuestras tierras, señor —adujo con convicción—. Así, perdimos casi todas las islas del mar de las Antillas. La mayor parte de los tratados del siglo XVIII fueron nefastos para España, desde aquel maléfico de Utrecht. Bueno, solamente salimos airosos del de Versalles, con nuestro Señor don Carlos el Tercero, en el que recuperamos muchas tierras y algunas islas americanas. Podemos decir que, en su conjunto, fue bastante beneficioso.

—Pero no consiguió lo que más deseaba y había supuesto la principal razón por la que decidió a entrar en esa guerra, a favor de la independencia de las colonias inglesas del norte americano —intervenía el comandante general del arsenal—. Se había acordado previamente con Francia que nunca se firmaría la paz definitiva sin que recuperáramos la plaza de Gibraltar, una de las obsesiones de don Carlos.

—Eso es cierto —apuntó el mariscal de campo—. Pero como siempre, los franceses navegaban a su aire y con sus propios intereses, dejándonos en la estacada sin miramiento alguno.

—Bien, señores, dejemos los tratados y la política de una putañera vez, que esta noche se abre en otras direcciones —Ruiz de Apodaca cortó los rumores de cuajo con autoridad. A continuación, volvía a elevar su copa en

mi dirección—. Debemos sentirnos satisfechos y celebrar el ascenso de mi buen amigo y protegido don Santiago de Leñanza y Cisneros, duque de Montefrío y conde de Tarfí. No es sencillo alcanzar dicho empleo a tan corta edad. Ya sabes, Santiago, que quienes escalan tan rápido el escalafón en nuestra institución, o se estrellan en el primer recodo de la vereda, o acaban por detentar las más altas magistraturas de la Real Armada. Espero y confío en que veamos la segunda opción.

Bebimos de nuevo con buen humor. Y como ya la sangre bullía por las venas, regresé a las charlas con las jovencitas, un ejercicio más agradable que la discusión política. Porque el sistema engendrado durante la guerra al francés no admitía vuelta. En cada uno de los rincones de España e Indias, cuando se discutía sobre cualquier tema, ya fuese divino o humano, acababan saliendo a la luz las dos posturas enfrentadas, dos conceptos de encarar la vida que sobrepasaba el aspecto puramente político. Y ese había sido el caso vivido pocos minutos antes. Porque el comandante general del arsenal no destilaba por sus poros el absolutismo del capitán general y lanzaba sus opiniones a las claras. Por tal razón, le supuse una corta vida profesional en la isla.

Cuando regresamos al palacete Arcans, Alicia se mostraba eufórica y exaltada. También ella había triunfado en la recepción porque, si ya en la vida diaria resaltaba su belleza, acicalada por largos y especiales afeites para actos de relumbre, su clase y atractivo rifaba miradas al vuelo. De forma especial, aquella noche lucía uno de esos vestidos franceses, entablado de moda en París por las mujeres del Imperio, como así lo denominaban, que dejaba a la vista una buena parte de sus generosos pechos. En los salones de capitanía, no había hombre de cierta edad que no entablara conversación con ella y le dedicara los mayores elogios. Incluso algunos entrados en viudedad le mostraban caminos alternativos con mayor o menor claridad, que ella parecía ignorar. Se trataba, sin duda, de la mujer más codiciada, aunque la dueña, por razones que comenzaba a apuntar en mi interior, picoteaba de flor en flor sin libar el jugo más de unas pocas gotas. En mi opinión disfrutaba así de una vida más plena, aunque se deslizara por un sendero peligroso en el que la maledicencia ingrata podía entrar a degüello y derribar su castillo particular de un plumazo.

En lugar de despedirse como otras veces, para pasar directamente al dormitorio, Alicia realizó un ofrecimiento inesperado.

—Ha sido una velada magnífica, Santiago, si me permite que le hable con cierta confianza. Y toda ella en su honor, lo que debe enorgullecerle.

—Por supuesto, Alicia. Y tiene toda la razón. He disfrutado mucho, lo que no me sucedía desde hace bastantes semanas o meses.

—¿Desea tomar una copita de ese ron que guardo para vos con especial dedicación?

—He bebido bastante esta noche, pero no he de negarme a un ofrecimiento si viene de la bella señora que ha acaparado las miradas de casi todos los hombres en la recepción.

—No me sea adulón y candongo a estas alturas, amigo mío. Sé bien hacia dónde apuntaban sus tiros durante la velada. Le vi rodeado de bastantes jovencitas con carnes prietas, que suspiraban en falsa candidez por pasar a ser señoras duquesas —reía con entera confianza—. Como no es hora de despertar a las sirvientas, yo misma le serviré esa copita prometida.

Pocos segundos después, Alicia aparecía con dos copas y una frasca de ron moreno en su mano.

—¿Por qué denomina como ron cruceño a este de especial sabor y fuerza?

—Dicen los caribeños amantes de esta bebida, casi todos en la práctica, que el mejor ron se produce en la isla de la Jamaica. No obstante, los expertos aseguran que es mejor todavía el que se destila en la pequeña isla de Santa Cruz, una de las encuadradas entre el grupo de las Vírgenes. Y como a los nativos de esa isla los denominan como cruceños, de ahí le viene el nombre. Por desgracia, la cantidad que se produce es pequeña y necesitamos recurrir a contrabandistas —Alicia bajó la voz al pronunciar la última palabra— para agenciarnos algunas frascas.

—Pues se trata de un caldo magnífico. Antes de partir deberé comprar una buena remesa, si me consigue un contacto adecuado.

—Depende de cómo se porte, amigo mío —volvió a ofrecerme un gracioso mohín con su boca.

—¿Piensa beber conmigo? Me sorprende. Pero se lo agradezco porque lo entiendo como un gran honor de su parte.

—No debería. Sabe que intento alejarme de esa práctica por peligrosa. Además, ya caté ese vino rojo de cuerpo y fuerza que suele ofrecer el general Ruiz de Apodaca en su residencia. Y mucho me alegraron los pajarillos, sí señor. Pero la ocasión merece la pena.

Tomamos asiento en un diván de los que solían denominar como confidentes, esos que permiten a los ocupantes conversar enfrentados a escasa distancia. Brindamos una vez más, un ejercicio repetido a lo largo de la noche. Chocamos ligeramente nuestras copas, antes de concedernos el primer sorbo. Debo aclarar que me sentía excitado por alto en todos los sentidos,

especialmente en ese tan habitual de los varones que navegan sin compañía femenina durante alargados meses. Y el panorama que me presentaba Alicia, con gran parte de sus inigualables encantos a la vista, que así me lo parecían en aquellos momentos, me hacía entrar en grave efervescencia de miembros y ánimos, una situación más propia de zafarrancho mental.

—Un ron magnífico, Alicia. Un incomparable colofón a una velada maravillosa. Y para colmo de bienes, en compañía de una dama con belleza difícil de igualar.

—Creo que esas vueltas doradas le han ofrecido fuerzas supletorias esta noche. Nunca se condujo de forma tan zalamera e incluso embaucadora, diría yo, señor general —empleaba un tono de voz tan risueño y cercano como jamás la había escuchado.

—Es muy posible que las vueltas doradas y el ron caribeño destapen los sentidos de muchos hombres, sin duda. Y a veces es muy necesario. Pero en esta particular ocasión, no se trata de zalamerías gratuitas, señora mía, sino de la más pura verdad. Esta noche os encuentro arrebatadora.

En aquel momento, como si Alicia hubiese decidido desenfundar la máscara eterna y mostrar el verdadero rostro, la forma de ser auténtica, cambió el panorama de su dominio en dieciséis cuartas. Aunque ya el confidente nos mantenía a escasa distancia, cerró todavía más la dueña hasta quedar muy pegada a mí. Me miró a los ojos de forma intensa, una mirada que atravesaba mi cerebro con extrema facilidad. Sabía que bordeaba el más peligroso de los huracanes, pero estaba dispuesto a correrlo sin trapo de protección y a la brava. El silencio podía cortarse con el filo de una navaja. Aunque deseaba acariciarla con un fervor inesperado, me mantenía clavado sin mover un solo músculo. Por el contrario, Alicia tomó la iniciativa sin parecer afectada una mota. Su mano derecha se elevó hasta rozar con lentitud y suavidad mi mejilla, una caricia de las que se suelen ofrecer a un niño querido. La voz de la prudencia regresaba en aviso, pero no deseaba su presencia. Apreté su mano, deslizándola hasta mi boca para depositar un suave beso entre sus dedos. Escuché sus palabras en dulce y arrullador susurro, llegadas del más allá.

—Somos dos almas perdidas, Santiago.

—Es muy posible, Alicia. Dos almas gemelas y extraviadas en los desconocidos caminos del más allá.

—¿Hace mucho tiempo que no...? ¿Desde cuando no acaricias a una mujer?

De nuevo sonó la campana, aunque me pareció un comentario muy adecuado.

—Mucho, demasiado tiempo. Tanto así, que casi no recuerdo ese divino ejercicio. Lían debido de transcurrir varios siglos.

—Igual que yo. Hace más de cuatro años que murió mi marido. La verdad, creo que nos necesitamos mutuamente, Santiago.

Para entrar en una sorpresa más de aquella inesperada velada, Alicia acercaba su boca hasta depositar en mis labios un beso ligero. Tan sólo un suave roce, pero cargado de frenesí y calor. Incluso su respiración emitía un sonido más propio de ánimo perturbado. Creo que todavía me propuse reaccionar. Intenté con escasa convicción largar el ancla de la esperanza.

—Alicia, no deseo complicar más mi vida en estos momentos de...

—No digas una palabra más, querido mío —volvía a besar mi boca en círculos, ahora con una presión mayor—. Nada de complicaciones, Santiago. Pero esta noche debemos olvidar todas las normas y convenciones escritas, o nuestros pechos saltarán por los aires. Mañana será un día normal, en el que regresaremos a las normas convencionales. Esas que nos restringen el alma cada día. Pero espero recordar esta noche durante muchos años.

Seguí sus instrucciones al punto con extrema obediencia y no volví a elevar una sola palabra. A los besos, ahora con fogosidad desenfrenada, siguieron las caricias, que aumentaron de contenido a gran velocidad. Me sentí embriagado por el perfume de su cuerpo, transportado entre nubes blancas a otra dimensión, posiblemente celestial. Y como si se tratara de un aquelarre sin brujos ni demonios, nos entregamos a la pasión carnal en su más pura expresión. Para nada contaban en aquellos momentos sentimientos divinos como el amor, el cariño o la propia estima. Únicamente aparecía el deseo de poseernos mutuamente, como si se tratara de nuestra última noche en este mundo de los vivos.

Por fin, Alicia abandonaba el asiento, al tiempo que me tomaba suavemente por la mano. Su mirada exponía todo sin necesidad de una sola palabra. Y como niño obediente, me dejé guiar por los alargados caminos del mundo. Se me hizo eterno el trayecto hasta alcanzar su alcoba, incapaz de esperar un segundo más. En el dintel de la puerta volví a besarla y abrazarla como un poseído, al tiempo que las telas caían en desorden por el suelo. Ni siquiera llegué a observar las vueltas doradas de mi uniforme sobre el piso, porque mis ojos y mis sentidos se encontraban preñados al ciento con la maravillosa visión de su cuerpo desnudo, aquella carne que deseaba besar y poseer hasta morir.

Como sabia mujer, Alicia no marraba una mota al asegurar que nos necesitábamos sin remedio aquella noche. Porque nuestros juegos de pasión se sucedieron durante horas, ofreciendo escasa tregua entre abordajes, apurados por una angustia imposible de sofocar. Y si estimaba haber alcanzado el placer en brazos de aquella alocada mujer de sangre escocesa años atrás, comprendí que por primera vez entraba en la verdadera dimensión de la concupiscencia, ese apetito desordenado y voraz del gozo prohibido, que puede taponar cada poro abrasado de nuestra piel. De esta forma, acabamos rendidos, como una pareja de soldados tras repetidos ataques de muerte, desmadejados e informes sobre la cama, con los miembros revueltos pero ensamblados en un solo cuerpo.

Tal y como había vaticinado Alicia, al día siguiente continuamos con la normal y respetable actuación en todo momento, como si nada extraordinario hubiese sucedido en nuestras vidas. Nadie podría aventurar por nuestras formas o conversaciones lo que había tenido lugar durante la noche mágica, que así la describo desde entonces sin posible error. Sin embargo, también concordaba con la dueña en que sería difícil olvidar tan fantástica experiencia. Creo que, desde aquel momento, he rendido tributo a la mujer madura enviudada que tras los velos negros guarda las pasiones encorsetadas por corto y para siempre. Y es bien cierto el refrán que ofrece indudable preferencia a la gacela madura, ante la perdiz con escasos celos en su cuerpo.

Como les decía, regresé a la más absoluta normalidad. De nuevo transcurrían a paso lento las jornadas de una vida placentera, tranquila y regalada. Aunque el rostro de Beatriz se aparecía a menudo con dolor amadrinado, especialmente durante las noches, los acontecimientos de los últimos días me ofrecían un reguero de paz que agradecí como una bendición. Retomé la agradable costumbre de mis paseos por la perla antillana, dedicado ahora de forma especial a recorrer sus fuertes y castillos. Me facilitó la tarea el detalle ofrecido por el general Apodaca, que había puesto un carruaje a mi servicio. En cada uno de ellos intentaba buscar algún oficial con suficientes conocimientos como para explicarme la historia y los momentos determinantes en la vida de aquellos edificios que habían forjado a machetazos nuestra historia en la isla y en Indias.

Una de aquellas mañanas quedé emocionado al observar desde el Malecón una figura inconfundible. A cierta distancia aparecía la silueta de un buque con mayores y gavias largados al viento bajo el efecto de un nordeste escaso y rondón. Para fortuna de sus marineros, llegaba a meter cabeza hasta la angostura por medio de su aparejo, momento en el que la lancha lo tomaba a

remolque para rematar la maniobra de fondeo en el arsenal. Se trataba del navío *Asia*, no me cupo duda alguna. Imposible olvidar ese magnífico buque. En sus tablas había vivido acaecimientos que recordaría durante toda la vida y donde habían tenido lugar las acciones de guerra que habían propiciado mi ascenso a jefe de escuadra.

Aunque me había avisado el general Apodaca de su posible arribo, mil sensaciones recorrieron los higadillos al contemplarlo en la distancia. Y como imágenes desfiladas a extrema rapidez, pude entrever las principales escenas vividas entre sus telas. Cómo olvidar el lanzamiento de tantos cuerpos al agua tras la epidemia de calenturas pútridas, unos bultos entre los que se contaba mi inolvidable Okumé. Pero también me asaltaban imágenes del temporal corrido en el seno mexicano a palo seco y de empopada, largando bloques del lastre y rezos a la Patrona. Y como colofón, el combate con las tres unidades americanas que pretendían chamuscarnos los bigotes. Historias de nuestra vida que la van marcando poco a poco con muescas de satisfacción, dolor y sangre.

Aquel día almorcé en el palacete Arcans con especial alegría. Además de Alicia, había sido invitada la mujer del comandante general del arsenal, Mariana de Fortasans. Disfruté mucho entre los recuerdos del *Asia* y aquellas mujeres de viva conversación.

—Seguro que la vista de ese navío le ha recordado su pasión por la mar, dormida aquí en tierra —decía Mariana, una bella mujer de aguda inteligencia.

—Pues ha acertado de lleno, señora. Suele suceder muy a menudo, cuando nos mantenemos en seco durante demasiados meses. Pero, además, siempre ofrece un poco de nostalgia observar buques en los que has embarcado. Porque son una parte imborrable de nuestras vidas, especialmente si has ejercido el mando en ellos.

—Admiro a las mujeres de los hombres de mar —Alicia siempre hablaba con decisión—. Meses y meses esperando al ser querido. A veces, sin noticia alguna durante años, sin saber si todavía eres esposa o viuda. Una situación que se repite en sus vidas una y otra vez.

—Tienes toda la razón. No es una situación fácil de soportar, aunque acabas acostumbrada a la soledad. Especialmente, como en mi caso, cuando no dispones de hijos en los que centrar la atención.

El almuerzo transcurría con normalidad y activa conversación entre todos. No obstante y como era costumbre habitual, las damas exigían del hombre de mar narraciones extraordinarias por mares lejanos, aguas heladas o

situaciones de extremo interés. Pero, de pronto, Alicia pareció recordar un dato valioso.

—¡Válganme los cielos! —Elevó los brazos en alto, como si hubiera realizado un grave pecado—. Deberá perdonarme, señor de Leñanza, pero he olvidado trasladarle un recado importante. Poco antes de que regresara de su matinal paseo, acudió a visitarle un oficial de la mayoría del capitán general. Creo que se trataba de un joven teniente de navío.

—¿Un recado importante para mí de la mayoría general? ¿De qué se trata?

—No se alargó en explicaciones. Solamente me dijo que mañana, a las once horas, deberá visitar al general Ruiz de Apodaca en su gabinete. Que se trata de un asunto de la mayor importancia.

—¿De la mayor importancia y debemos esperar a mañana? —pregunté, extrañado, aunque aquellas palabras iban dirigidas al aire—. No parecen cuadrar las reglas en tales condiciones.

—Pues tiene razón —aseguró Mariana—. Demasiada espera para un tema de tanto interés.

—No estoy en absoluto de acuerdo, amiga mía. Un asunto puede revestir la mayor importancia y, sin embargo, no requerir de especial urgencia —entraba Alicia con su habitual claridad de análisis—. Es posible que se encuentre relacionado con la arribada de ese navío *Asia*. ¿No le parece, señor de Leñanza?

—Pues no sé qué contestarle. Es posible, desde luego. El capitán general ha podido leer la correspondencia llegada de España y algún asunto tenga que ver con mi persona. De todas formas, no me gusta.

—¿Por qué? —intervino de nuevo Alicia—. Puede ser una buena noticia.

—Nunca me gustaron las sorpresas o las noticias inesperadas, cargadas de ponzoña en muchos casos. Y de España, en estos días, nada bueno nos puede alcanzar salvo detalles de mal agüero.

—Por Dios, señor mío, que no debe ser tan pesimista. Alguna vez deberá cambiar el asado de banda o dejaremos de existir como nación.

—Tiene razón Alicia, señor de Leñanza.

—Dios lo quiera.

Aquel anuncio de visita urgente al general Apodaca me sumió en un estado de nerviosismo difícil de explicar. Es posible que cuando nos amoldamos a una vida sedentaria y regalada, cualquier cambio, por pequeño que sea, nos afecte como perdigonada de lance. Para intranquilidad de mi alma, el cerebro no dejaba de sopesar mil posibilidades que, para bien o para

mal, entraban a concierto. ¿Acaso me habrían enlistado como liberal impenitente y formado causa particular? ¿Sería desterrado a cualquier rincón perdido de España? Sin embargo, no era lógico entrever ese camino tras haber firmado Su Majestad mi promoción al empleo de jefe de escuadra. Pero otras alternativas, más negras todavía, entraban a juego. ¿Habría sucedido algún mal a mis hijos o familiares?

¿Quizás la pobre María Antonia, a quien dejé muy baja de voluntad, hubiese abandonado este mundo? Mil preguntas sin respuesta. Lo cierto es que aquella tarde anduve en paseo agitado y sin posible descanso, manejando mil y una posibilidades de todos los colores. Y como esperaba, esa noche no conseguí entrar en sueños hasta altas horas de la madrugada, tras escuchar las campanadas de vigilia en la torre cercana.

7. La buena estrella

Desperté extenuado al límite y con los músculos agarrotados tras haber dormido dos o tres horas solamente. Aunque parezca difícil de creer, mucho más estragado de vigores que aquella mañana feliz tras los ejercicios amorosos llevados a cabo con la dueña de golosas carnes. Por fortuna y como tantas otras veces, el agua a golpes de rocío contra la cara y un generoso refuerzo mañanero, huevos majoneros incluidos, me hicieron sentir restituido de fuerzas con extrema rapidez. No obstante y para mantener la puchera en brote, los nervios continuaban entablados de guiñada y en aumento, incapaces de ser controlados una mínima pulgada. Pero esos son los momentos que restituyen la sangre en movimiento y ofrecen a la vida el necesario coletazo ritual.

Con la ayuda de Barbate, vestí mi mejor uniforme grande, empavesado como propio de príncipe florentino. Y como cada nuevo día, observaba el oro en las vueltas como si se tratara de un sueño difícil de creer y alcanzar. También el joven rapaz los repasaba con la mano y extremo placer en su rostro, cual tesoro escondido durante años. Y su voz sonaba con sincero asombro.

—Siempre decía Okumé, señor, que debía haber recibido estas vueltas doradas hace bastante tiempo. Mucho le habría gustado observarlos. Seguro que desde el cielo nos bendice entre risas.

—Estoy seguro. Mucho me apreciaba nuestro inolvidable africano, un cariño correspondido por mi parte sin fisuras, como hermano más querido. Ya sabes que jamás podré olvidarlo. Y tienes razón, porque habría presumido de estas divisas como si se tratara de sangre propia. Pero, vamos, continúa la faena, que debo apresurarme. Escoge la pañoleta que le compré hace pocos días al sastre Morientes.

—Ya la tengo preparada. Esta mañana parecerá un príncipe, señor.

—Me conformo con ser simplemente un jefe de escuadra, rapaz, puedes jurarlo.

Tras unos cortos paseos por los salones de la vivienda en misión de inevitable espera, me decidí a tomar el carruaje. Y aunque intentara establecer caminos de orden y no achuchara al cochero en ningún momento, quince minutos antes de la hora señalada, llegaba al palacio de los capitanes generales y, poco después, al despacho del mayor general. Estimé que la próxima designación del general Apodaca había afectado a todos como bálsamo de alivio, porque sólo encontraba sonrisas y rastros de buen humor en cada uno de los hombres. Supuse que Maldoso marcharía a la capital mexicana con su señor en puesto elevado, aunque no se le hubiera concedido todavía la faja. A pesar de correr cercano a la cincuentena, me recibió con el respeto debido a un superior en jerarquía.

—Buenos días, señor general. Creo que se ha adelantado bastantes minutos a su audiencia.

—Deje los tratamientos a la banda, Maldoso, por favor. Pero, con sinceridad, si me he adelantado algún tiempo es por la intriga y ansiosa necesidad de saber. ¿A qué se debe esta llamada de urgencia? No me agradan las noticias inesperadas.

—Lo comprendo perfectamente, y en su caso sufriría de los mismos truenos por el cogote. Pero en poco puedo ayudarle, y le hablo con entera sinceridad. Tan sólo sé que ayer, tras leer la abundante correspondencia personal que amparaba el navío *Asia* para el general, me hizo enviarle recado por persona de confianza y con la urgencia establecida. También yo quedé intrigado. Desde luego, nada de lo que pude leer ofrece razón para la medida tomada. Pero ya conoce a nuestro general y sus salidas de urgencia. Hasta es posible que haya recordado algún dato de interés y deseara despacharlo a la carrera, como casi todo lo que ejecuta día a día.

—Algo debe de cocerse en su cabeza. ¿No ha llegado ninguna noticia oficial sobre su nombramiento como virrey de Nueva España?

—No, que yo sepa. De todas formas, por las noticias que me comunicó el general, estimo que todavía deben permitir al virrey Calleja mantenerse en el puesto unos pocos meses más. Necesita algún tiempo de más para contrastar las diligencias de comparación y linaje. Pero no debe tardar mucho en llegar de España el oficial nombramiento.

—¿Pasará con él a México?

—Eso parece —elevaba una sonrisa de cuadro y felicidad—, si he conseguido leer con acierto entre sus palabras. Sin embargo, no me lo ha

confirmado de forma directa.

—Bueno, no queda más remedio que esperar. ¿Quién se encuentra en su gabinete en estos momentos? ¿Visita de rango o paso de carretas?

—Nada de rangos elevados, ni mucho menos. Un contraamaestre primero al que dispensa especial aprecio. Se trata de don Ricardo Estarella. El pobre anda ya por los sesenta años y con fuertes ataques de reuma, pero se mantiene fuerte como un toro de lidia y encargado de la casa del general. Podemos decir que se trata de un miembro más de su familia. Según parece, este nostramo le salvó la vida cuando mandaba el navío *San Agustín*. Se encontraba en la ría de Vigo, cuando fue intimidado por una escuadra al mando del almirante Hood. Una explosión lo lanzó al agua y allí que se lanzó Estarella, entonces cabo de mar, para sacarlo de las aguas sin sentido. Esas cosas nunca se olvidan.

—Desde luego. A mí me salvó tres veces en ocasiones parecidas un secretario africano que embarcaba a bordo como criado. Pero lo quería como a un hermano. Por desgracia, fue de los que cayó en la epidemia de fiebres que sufrimos a bordo del *Asia*.

—Lo recuerdo. Bueno, creo que es la hora. Comprobaré que el general se encuentra a solas.

Poco después metía cabeza en el gabinete del capitán general. Don Juan Ruiz de Apodaca luchaba con pliegos hasta los ojos en esa febril actividad a la que se entregaba desde las primeras horas de la mañana. Y no era de las autoridades que utilizaban el amanuense a gota de rosario, ni mucho menos. Senfi una gran alegría al comprobar que, como me había anunciado su mayor general, el gran señor se movía de excelente humor en aquel día.

—¡Leñanza! ¡Por todos los cristos crucificados! ¡Pasa a mi lado sin pérdida de tiempo! Bueno, a ver si me acuerdo alguna vez de que ya eres todo un general —ofreció una sonrisa de cuajo—. ¡Adelante, general!

—Por favor, señor, para vos siempre seré Leñanza o Santiago a secas.

—Tienes razón. Es mucho más cómodo, pero debo cuidarme cuando nos encontremos ante recelosos oídos de terceros. Recuerdo cuando criticaban de tapado al general don Federico Gravina porque tuteaba a todo bicho viviente. Y a dichos comentarios contestaba que si Su Majestad lo tuteaba a él, también podía obrar en consecuencia con sus subordinados y compañeros. Pero, bueno, cuéntame algo interesante de ti. ¿Qué tal corre tu vida en esta placentera y regalada ciudad?

—Pues, como asegura, de forma muy placentera y sin contratiempos ni preocupaciones.

—Atraviesas unos momentos felices, amigo mío, una vez superado el mal de amores. Vives en un precioso palacete con todas las comodidades, atendido por una anfitriona amable, señora de gran clase y de agradable conversación. Sin olvidar que se trata de una dueña de tronío largo y algaras prietas. Por los dioses de los fondos, vaya mujer. Más de uno y de diez le han lanzado el anzuelo, pero no pica ni en redondo.

—Se trata de una gran señora, desde luego, y muy atractiva para su edad. Pero me parece que prefiere mantenerse sin hombres que dirijan su vida.

—Así es. Una mujer muy inteligente, sin duda. Bueno, pasemos a tu vida profesional, que es un tema más importante.

Primera llamada de borlas, que saltó cual platillo en mi cerebro. Con rapidez, pensé que aquella audiencia podía encontrarse enlazada con mi carrera en la Armada. Los nervios se tensaron un poco más en escasos segundos, sin que se percibiera desde fuera. El general pasó a lucir la mayor seriedad en su rostro antes de lanzar la primera pregunta.

—¿Sigues deseando regresar a la Península?

—Esa es mi idea, señor. La verdad es que nada se me ha perdido en esta ciudad aunque, como asegura, se disfrute de todas las comodidades posibles y ninguna penuria.

—No es esa mi pregunta. ¿Necesitas regresar a España? Quiero saber si, por diversas necesidades de tu casa, se requiere tu presencia en la Corte o en alguna de tus posesiones.

—No se trata de necesidad perentoria, señor, ni mucho menos. María Antonia, mi madre, maneja bien la casa y los administradores de nuestros bienes son de confianza. Bueno, casi todos —pensé en don Salustiano, el sinvergüenza que casi había dejado en almoneda la hacienda de Castellar de la Frontera—. Si continúo a cuartel y mano sobre mano, no vendrá mal aparecer en persona para comprobar algunas cuentas. Pero nada que requiera de mi presencia con urgencia.

No veía venir la ola de espuma con claridad, aunque la intuía. ¿Pensaba el general ofrecerme algún destino en Indias? ¿Quizás en la Corte o en el Almirantazgo? ¿A su lado en México? Deseché esta última posibilidad con rapidez. Porque no me imaginaba como jefe de escuadra en aquellos momentos, correteando por los pasillos del virreinato. Pero algo se tramaba el viejo y, de acuerdo con sus normas habituales, necesitaría de su tiempo para soltar la liebre a carrera llana.

—Verás, Leñanza, es posible que debas mantenerte en estas aguas durante algún tiempo. Bueno, quiero decir en estas u otras más lejanas —por primera

vez, creí entrever en su rostro un atisbo de sonrisa, como si se mantuviera en juego de adivinanzas.

—Si por mi fuera, señor, me mantendría sobre las aguas en inquebrantable permanencia, aunque se tratara de las propias a cualquier río caudaloso.

—¿Te refieres a las reales falúas de Aranjuez? No te lo recomiendo. Se trata de un destino bastante ingrato y demasiado cortesano, sin lanzamiento hacia proa. Pero entrando al grano gordo, lo que voy a exponerte a continuación es una cuestión de la máxima reserva. Y te hablo muy en serio —de nuevo me marcaba con el dedo en perentoria exigencia—. Porque no sólo interviene la razón de interés nacional, y de cierta importancia, sino también una razón que podría definir sin faltar a la verdad como... como de tipo personal.

—Sabe muy bien, señor, que soy discreto hasta forrar la galleta. Todo lo que escuche de sus labios y que deba mantenerse a puerta cerrada, en mi cerebro quedará lacrado bajo tenazas.

—Ya sé de tu discreción, Santiago. Bien, entraré de verdad en interesantes detalles. Aunque parece mantenerte de forma tranquila, supongo que los grillos deben moverse en tu barriga a golpe de corneta bastarda. Me conoces bien y seguro que te preguntas las ideas que pueden moverse por mi cabeza.

—Como lo conozco muy bien, señor, estoy convencido de que tardará su tiempo en lanzar las cartas sobre la mesa —correspondí a su sonrisa con otra pareja.

—En efecto —el general soltaba una carcajada que parecía de alivio—. Bueno, ahora hablando en plata, ¿te interesaría izar tu insignia en la mar?

Reventó la bombardita contra mis ojos y de un calibre como no podía esperar. ¿Izar mi insignia en la mar? Esas palabras podían significar el mando de alguna división o agrupación naval, aunque se trataba de un sueño demasiado hermoso para tenerlo en cuenta. Pero el general pareció leer mis pensamientos.

—Se trata exactamente de lo que piensas, aunque se trate de una torta demasiado golosa para un general primerizo. Si no te urge pasar a la Península por temas familiares o particulares, te ofrezco mandar una agrupación naval con largo recorrido y notable importancia. Deberás pensarlo con detenimiento. La responsabilidad será de tamaño respetable.

—Por la gloria de mis antepasados, señor, que no necesito un solo segundo para pensarlo. Si me ofrece un mando en la mar, lo acepto de inmediato y sin una mínima duda en la sesera. Sería como si Su Majestad en persona me hiciera el mejor de los regalos.

—Bien, esperaba una respuesta más o menos parecida. No se reciben golosinas como esta todos los días, puedes jurarlo ante los libros sagrados. ¿Sabes una cosa, Santiago? Además de ser un magnífico hombre de mar, naciste con la mejor de las estrellas pegada a tu trasero. Se ha producido un entresijo de diversas circunstancias que me obligan a buscar un brigadier o un jefe de escuadra para mandar una agrupación naval. Se trataría de un transporte de tropas en buques mercantes, convoyados por dos o tres unidades de guerra solamente. Y tú al mando de todo, con esa floreciente insignia desplegada en el mesana. Es cierto que debería utilizar un brigadier como empleo más que suficiente, e incluso adecuado, al monto de la fuerza naval que se trata. Porque no será de mucho empaque.

—Pocas fuerzas navales de cierto empaque podemos desplegar en nuestra Armada hoy en día, señor.

—Por desgracia, te sobra razón. Como te decía, es muy posible que un brigadier fuera el empleo idóneo para mandar esta fuerza de la que te hablo. Pero la sencilla verdad es que no dispongo bajo mi jurisdicción de ninguno. Bueno, no creas que olvido a Jacinto Maldoso, mi mayor general. Pero ya decidí que pase conmigo a México... Bueno, si llegan a nombrarme como virrey algún día. Además y entre nosotros, Maldoso es un buen oficial para moverse entre pliegos, legajos, recursos y documentos, pero no para lo que deseo en esta empresa. Quiero un oficial con suficiente osadía y valor, capaz de tomar decisiones difíciles en la mar. Vamos, un hombre de tu valía. Te soy sincero al decirte que también ha sido un regalo para mí que te encuentres precisamente aquí en estos días. Y posiblemente serás el único jefe de escuadra con insignia en la mar por estos maléficos tiempos. Ya se sabe. La fortuna de la buena estrella: encontrarse en el momento oportuno, en el lugar adecuado.

—Por todos los dioses de la mar y sus benditas crías, señor, que se me rifan los poros de la piel con el simple ejercicio de pensar en sus palabras.

—Pues que se rifen a borbotón de espuma, amigo mío —golpeó la mesa con la palma de su mano y visible alegría—. Te explicaré la faena con todo detalle. Como te comenté hace algunos días, se organiza en Cádiz en estos momentos una expedición de fuerza para mejorar de una vez y de forma rotunda nuestras posiciones en Indias. Y en este caso, el ejército formado se dirigirá directamente a las costas de Tierra Firme, especialmente a la zona oriental. Vamos, que el punto de encuentro inicial será la costa de Cumaná, si no hay contraorden.

—Se comenta que por aquellas aguas se mueven bastantes unidades navales rebeldes.

—Pero de muy escaso porte. Serán barridas con facilidad. Si te digo mi sincera opinión, debían haber sido lanzadas a los fondos hace bastante tiempo por el comandante de Marina de Cumaná, don Javier de Salazar. ¡Hay que mover el culo y entrar a batientes de una putañera vez! En caso contrario, esos rebeldes nos comerán el galillo con extremo placer. Desde los gabinetes no se puede atizar ni a una puta mosca.

—Es posible, señor, que Salazar no disponga de suficientes fuerzas.

—Dispone de suficientes unidades para entrarles a sangre y cortar cientos de gaznates. Pero también hace falta poner los..., bueno, dejémoslo aquí.

—¿Será de suficiente entidad el ejército expedicionario? Porque siempre se rebajan las cifras iniciales hasta quedar en mantillas.

—No será el caso, puedes estar seguro. Aunque se esperaba que el ejército embarcado se elevara a una escala todavía superior, la fuerza ha quedado cifrada en unos quince o dieciséis mil hombres de todas las armas, al mando del teniente general Pablo Morillo. Fíjate qué graciosa casualidad. Fue ascendido a dicho empleo casi a tu misma edad. Un personaje que me gusta, este Morillo.

—¿Por su procedencia de la Armada?

—Por todo. Lo he tratado bastante y lo conozco bien. No debes olvidar que, de pequeño, ejercía de pastor y pertenecía a una familia más humilde que la de Jesucristo. Por fortuna para las armas de España, porque mucho admiro al personaje, cerca de su lugar de nacimiento corría una comisión para recabar el reclutamiento en nuestra infantería de Marina. Aquellos años en los que la Matrícula Naval funcionaba en orden y con grandes beneficios para la Armada. Y en ella sentó plaza a los trece años. En el cuerpo de Batallones sirvió como soldado, cabo y sargento. Se distinguió en Tolón, donde se encontró a mis órdenes, cuando la guerra contra la Convención francesa. Siempre sacó cabeza por encima de los demás, tanto por su valor como por su inteligencia, audacia y facilidad para mandar hombres.

—Muestro mi acuerdo, señor. También demostró sus extraordinarias cualidades en los combates navales de San Vicente y Trafalgar.

—Sin duda. Cuando comenzamos la guerra contra los franceses, el batallón de infantería de Marina en el que se encontraba luchó en Bailén bajo el mando del general Castaños. Y su valor llamó la atención de muchos, de tal forma que fue ascendido a oficial. Pasó a formar parte de los cuadros regulares del Ejército, como hicieron tantos oficiales de la Real Armada. Y en

la guerra patria demostró sus merecimientos hasta la galleta. Anduvo sin tregua de batalla en batalla y con ascensos continuados. El de coronel lo consiguió tras rendir a los franceses en Vigo. A brigadier en 1811. Poco después, se une a las fuerzas de Wellington, que le dispensó especial aprecio por su extraordinario valor e inteligencia en el combate. Acabó por alcanzar la faja de general solamente en tres años. ¡De sargento a general en tres años! Por último, llegó el momento decisivo en la batalla de Vitoria, el fantástico colofón de la guerra contra los gabachos. Porque en dicha batalla fueron los españoles de la primera división bajo su mando los que se lanzaron colina arriba abriendo brecha. Por tales hechos fue promovido al empleo de teniente general a la edad de treinta y cuatro años. Poco más que tú.

—Por todos los cristos, señor. Una fulgurante carrera sin posible comparación.

—Desde luego. Como te decía, creo que ha sido una sabia elección de Su Majestad al ponerle al mando de tan importante expedición. Además, es de los nuestros, un hombre con sal en las venas. El ideal para llevar adelante una empresa complicada y difícil. Tan sólo presenta el lunar, según algunos estúpidos envidiosos, de su extrema crueldad en combate. Bueno, pues perfecto para mí. En la guerra sobran las monjitas de clausura y rejas. Y para colmar la copa hasta el cierre, aunque se asegurara lo contrario en algunos momentos, parece ser que no comparte esas merengadas pasteleras de la Constitución y el libertinaje. Bien es cierto que nunca se llega a conocer el verdadero pensamiento de cada alma.

Intenté evitar que el general entrara una vez más por boquera política, una conversación que me desazonaba profundamente.

—Estoy de acuerdo con vos sobre el personaje, señor. Traté ligeramente al general Morillo cuando era cabo, pero ya mostraba un valor encomiable.

—Y deberá demostrarlo en esta expedición, que se aventura feroz y cruenta. Desde la declaración de Guerra a Muerte, se ha vivido una situación de verdadero terror en las costas de Tierra Firme. Y correrá la sangre a raudales si queremos pacificarlas definitivamente.

—¿Guerra a Muerte? No le comprendo, señor.

—En 1813, bajo el amparo del congreso de Nueva Granada, se pronunciaron a un mismo tiempo la Declaración de Cartagena y la Declaración de Guerra a Muerte, que dieron lugar a toda una serie de delitos que, de forma deliberada, se cebaron en sangre española. Fue un periodo de verdadero terror jacobino. Todos los cabecillas que a ella se adhirieron merecen la pena de muerte de la forma más dolosa y con público escarmiento.

Es una de las misiones de Morillo, que espero cumpla a rajatabla y sin ablandar una mota la mano. Creo que se trata del personaje ideal, porque ya ha demostrado no vacilar en los momentos duros. Fusil y horca para quien lesione los intereses de Su Majestad.

—¿Y a quién se ha nombrado para mandar la fuerza naval de dicha expedición?

—Por segundo jefe del ejército y comandante general de las fuerzas navales se ha designado al brigadier don Pascual Enrile. Será el encargado de organizar y dirigir el embarco de la tropa en 65 buques mercantes, así como la poderosa escolta que, si no se producen cambios de última hora, estará compuesta por el navío *San Pedro de Alcántara*, fragatas *Diana* e *Ifigenia*, corbeta *Diamante* y goleta *Patriota*. Me han comunicado que se hará a la mar en cuatro o cinco semanas.

—¿El brigadier Enrile como comandante de las fuerzas navales? Conozco bastante a Pascual, un magnífico y decidido oficial. Pero estimo que debería...

—Comprendo lo que piensas. No admite comparación posible con el mando que vas a recibir. Pero aparecen otros condicionantes que se deben resolver. Parece escaso el empleo de brigadier para un mando naval de tal categoría. Y lo es, sin duda. Debes tener en cuenta que, en esta ocasión, el mando ha de detentarlo un general del Ejército. Porque la expedición deberá aunar esfuerzos desde el primer momento en dura campaña tierra adentro. No se trata de una misión de transporte solamente, como otras veces, para dejar las fuerzas a las órdenes de un general allí establecido, sino de acción inmediata en islas y tierra. Por tal razón y como sabes de las discrepancias, severas a veces, entre los mandos de la Armada y el Ejército, se ha decidido que haya marcada diferencia de empleo entre las dos cabezas. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Perfectamente, señor.

—No sería la primera vez que, por causa de discusiones entre los mandos del Ejército y la Armada, acaba por descalabrarse una importante operación. Podría citarte bastantes ejemplos. Y no estamos en situación de perder ninguna oportunidad. Por tal razón, te decía que encuentro muy acertada la elección del mando.

—Estoy de acuerdo, señor.

—Aunque la idea inicial era ofrecer una ofensiva general y absoluta en Tierra Firme^[32], Río de la Plata y costas chilenas meridionales de forma simultánea, no parece posible. ¡Y se extrañan en la Corte! ¡Por los huevos del

sultán! ¡Deben comprender que nuestra Armada casi no existe! ¡Y parece que se dan cuenta ahora, cuando clamamos contra las hogueras desde hace muchos años! No obstante, se siguen preparando otras expediciones de ejércitos a las provincias americanas. Porque Su Majestad ha comprendido que, sin caudales procedentes de Indias, jamás saldremos de la miseria y bancarrota en la que se encuentra España. Se preparan dos campañas más para llevarlas a cabo en cuanto sea posible. Una de tres o cuatro mil hombres al Río de la Plata, y otra de similar categoría hacia El Callao, para su posterior desplazamiento hacia el sur. Posiblemente tendrán lugar en escasos meses. Y por último, como colofón definitivo y para aplastar hasta la última hormiga campera, una gran expedición de más de treinta mil hombres, el remate glorioso que cierre de cuajo y al copo las guerras coloniales, barriendo en sangre el mapa si es necesario. Como es fácil comprender, el principal problema es la falta de buques de la Armada para la necesaria escolta. Porque en el Plata la oposición naval rebelde puede ser importante, así como en las costas chilenas. Sin olvidar el putañero corso, que picotea en toda unidad más o menos descolgada de un convoy.

—Necesitamos navíos y fragatas, señor. Y con extrema urgencia, si queremos cerrar estos levantamientos independentistas de forma permanente. Sin una Armada de orden y calado, nuestras posesiones americanas acabarán emancipadas, aunque mucho nos duela. Y bastante antes de lo que se pueden imaginar en la Corte.

—Sabes muy bien que, desde hace bastantes años, declaramos en ese sentido los mandos de la Real Armada. Y por primera vez con una sola voz. Gracias a los cielos parece que, por fin, también piensan así en el Gobierno y en Palacio. Llega tarde este reconocimiento, es cierto, pero vale más que nada. Creo entender que se ha solicitado al Gobierno de la Gran Bretaña un elevado anticipo, gran parte de las cuatrocientas mil libras esterlinas que han de librarnos por los efectos negativos amadrinados a la anulación de la trata de esclavos. Con esos caudales se intenta comprar directamente una escuadra poderosa. Se habla de seis navíos de dos puentes y un número superior de fragatas. Y el de tres puentes *Fernando VII* a la cabeza como buque de mando, una vez carenado en conveniencia. Parece ser que algunos de nuestros compañeros se mueven ya de visita por los mejores astilleros de Francia e Inglaterra para que nos construyan o vendan directamente los buques necesarios.

—¿Astilleros extranjeros, señor? Sería una magnífica oportunidad para actualizar nuestros arsenales, arruinados de manera infame.

—Tú lo has dicho. Arruinados de forma absoluta. Porque no sé cómo serán mantenidos esos buques con los elementos a disposición en nuestros arsenales hoy en día. Hemos perdido casi por completo a la Real Maestranza, unos magníficos profesionales, talleres, herramientas y, de forma especial, la actualización específica de ingenieros y operarios en cuanto a la construcción naval. Vamos, todo lo que se consiguió a lo largo de tantos años, más de medio siglo.

Costará mucho tiempo que recobren su pujanza, si es que lo hacen alguna vez.

Pero no olvides que en Ferrol, por ejemplo, se adeudan 56 pagas al personal de todas las clases.

—Ya tenía conocimiento de tan negativo factor, señor. Hay oficiales que mueren de inanición, imposibilitados de solicitar mayor crédito. Y otros no acuden al trabajo por no disponer de un uniforme en regla.

—Así es, por triste que sea la sola mención. Es la bancarrota de la que te hablaba. Las arcas nacionales solamente presentan telarañas. Y el escaso caudal no se dirige en la adecuada dirección por culpa de mucho mangante atrincherado en oscuros.

—Pero si compramos los buques en arsenales extranjeros, señor, nos encontraremos en manos de nuestros posibles enemigos de forma permanente.

—Baja al reino de la triste realidad, Santiago —el general me dirigió una mirada triste y compasiva—. Nunca regresaremos al nivel de poder guerrear en la mar con la Gran Bretaña. Y, posiblemente, tampoco con Francia, una nación que se recuperará del desastre napoleónico con facilidad. Esa es al menos mi opinión y ya sabes que nunca he destacado por pensamiento derrotista. Por desgracia y en cuanto a Indias, no disponemos de tiempo suficiente. Debemos dar el golpe de gracia lo antes posible. Que no comprendan estos desgraciados independentistas sus verdaderas posibilidades, especialmente si llegaran a unir sus fuerzas. Y esa posibilidad se mueve en algunas cabezas rebeldes.

—Lo comprendo, señor.

Se hizo un ligero silencio, mientras el general Apodaca parecía poner en orden sus pensamientos. De pronto, masajeó los cabellos con fuerza en una actitud suya muy habitual, como si intentara recordar algún punto de la mayor importancia. Por mi parte y aunque mantenía la conversación con normalidad, las tripas clamaban a concierto de luces, un batiburrillo de sentimientos cuyo ensamblaje se acercaba mucho a la felicidad plena. Pero pronto se lanzaba el general a la carga.

—El caso es que, de momento, en cuanto a operaciones de grandes objetivos, solamente hemos de contar con la expedición de Pablo Morillo, que ha de arribar a la costa de Cumaná en Tierra Firme en unos tres o cuatro meses. Sin embargo y como fracasó el último intento de pasar tropas a las costas de Chile, y se necesitan con urgencia en aquellas tierras, se me ha autorizado a organizar una expedición que transporte los poco más de dos mil hombres que aquí se encuentran acuartelados para su inmediato traslado al Callao. Pero ya sabes cómo funcionan estas diligencias en la Corte. En la misma saca de correspondencia que me entregaban desde el navío *Asia*, me ofrecían una ligera contraorden. La mitad de esa cantidad de hombres debe ser entregada al general Morillo, en Cumaná o en la isla Margarita, para aumentar sus fuerzas. El resto, poco más de mil hombres, continuará viaje hacia El Callao bajo tu mando.

—¿Al puerto del Callao de Lima? —debían de ser evidentes en mi rostro los rasgos de alegría.

—En efecto. De esa forma, podrás navegar de nuevo por las maravillosas aguas del mar del Sur que tanto añoras. Para cumplir esta misión, me autorizaron a emplear seis buques mercantes. Y como puedes imaginar, ya los he elegido y nombrado. Se encontrarán todos fondeados en el arsenal en escasas semanas. Por desgracia para algunos, he debido aplicar mano dura a sus armadores. Mucho protestan, al igual que los dueños de los buques embargados en la Península. La verdad es que el Gobierno ha decidido pagar unos fletes ridículos tras haberles tomado sus buques por derecho. Pero no debo yo cambiar la línea una sola pulgada.

Me interesaba el tema de los buques mercantes, por supuesto, pero mucho más otro que motivaba la siguiente pregunta.

—¿Y en cuanto a las unidades de escolta, señor? ¿De dónde las obtendrá?

—Ya piensas en el buque donde puedas izar tu insignia, bribón. Por desgracia para los deseos que barruntas en la cabeza, no podemos pensar en ningún navío. Solamente puedo ofrecerte la fragata *María Cecilia*, la corbeta *Sebastiana* y el bergantín *Potrillo*.

—¿La fragata *María Cecilia*? Nunca la he oído mencionar. ¿Se trata de alguna de nueva adquisición?

—Bueno, no es de las construidas en nuestros arsenales para la Armada. Se trata de una fragata mercante, armada convenientemente y con suficiente dedicación: veintiocho cañones. No pongas esa cara empapada en vinagre, que puedo leer tus pensamientos letra a letra. No es muy velera, desde luego, pero al menos la artillería ha sido muy bien adaptada.

¿Y la corbeta *Sebastiana*, señor?

—Bueno, también aquí te seré sincero porque lo averiguarás más pronto que tarde. Aunque de porte generoso con veintiséis cañones, la *Sebastiana* es poco marinera, una razón^[33] demasiado escasa y, la verdad, no me gusta en términos generales. La única ventaja es que se encuentra asignada entre las fuerzas bajo mi mando en permanencia. Bien armada, aunque sea de las corbetas de poza. Pero, con sinceridad, le falta rosca de mar. Por otro lado, el bergantín *Potrillo* presenta una historia más complicada y novedosa.

Comenzaba a sufrir la impresión de que iba a mandar una división de buques fantasmas, amparados en corte de negros.

—Tampoco sé nada de él, señor.

—Es lógico. Fue apresado en Valdivia a los rebeldes chilenos. Bueno, a los ingleses y americanos que en su nombre luchan. Un bergantín a la antigua, de los de aparejo redondo. Se le ordenó pasar desde El Callao a La Habana con un especial transporte. Y para general sorpresa, aquí quedó bajo mis órdenes, por orden de la Dirección General de la Armada. Bueno, debo ser sincero contigo. Quedó a mis órdenes tras una maniobra poco escrupulosa de mi mano y severa protesta del virrey del Perú. Pero así se mueven los peones hoy en día. Presenta un porte de dieciséis cañones, la mitad de ellos carroñadas. Una artillería portuguesa de origen británico, pero muy buena. Fue construido en los astilleros del río Delaware, de lo mejorcito que se cuece en América. Su comandante estaba encantado porque se trata de un buque muy marinero, velero en trance y con gran capacidad de transporte. Y como aspecto principal, es difícil que alguna unidad le dé alcance. En fin, ya sé que no te ofrezco una escuadra de orden, pero, en estos días de zozobra mental, tampoco aparecen perdices de muslos rollizos. Serás el único jefe de escuadra habilitado en la mar en la actualidad. Como han delegado en mi autoridad nombrar al jefe de la agrupación naval, la pongo en tus manos sin dudarlo un segundo. Bueno, si te parece un mando adecuado.

—¿Si me parece un mando adecuado? Por favor, señor general, que ahora mismo encuentre el conjunto de esas unidades como si se tratara de la antigua escuadra del mar Océano. Como dice, no es fácil hoy en día izar la insignia propia de jefe de escuadra en la mar. Estoy encantado y, una vez más, agradecido a vos hasta trepar por la jarcia y borrar la galleta.

—No digas majaderías. La verdad sencilla y llana es, Santiago, que te necesito. Y no exagero una maldita mota. Necesito un hombre de mar en quien pueda confiar plenamente hasta la baranda redonda. Porque debo

explicarte también una parte bastante especial de la operación que deberás llevar a cabo. Y esa no me ha sido ordenada desde España.

—¿Otra operación? Lo que mande, señor. Estoy dispuesto a atravesar el mar de la China y el de las Indias, para regresar a La Habana en tornaviaje por el cabo de Buena Esperanza.

—No será necesario que navegues tantas millas —Apodaca reía de buena gana mi comentario—. Escúchame con atención. De acuerdo con las órdenes escritas que te ofreceré en pliego cerrado, una vez hayas desembarcado el personal del Ejército en El Callao, finaliza tu comisión y deberás regresar a La Habana. Pero en esas mismas órdenes te autorizo a navegar desde El Callao en cualquier dirección, *incluso hacia el norte* —recalcó de forma especial las últimas palabras—, si te encuentras en persecución de alguna unidad rebelde. Esa decisión queda ceñida a tu propio criterio.

—¿Hacia el norte? No le comprendo, señor.

—Si una vez que abandones El Callao avistaras y te encontraras en persecución caliente de alguna unidad rebelde hacia el norte —mantenía el gesto de su cara con una sonrisa que no dejaba lugar a dudas—, en cuanto cruzaras el paralelo de los diez grados de latitud norte entrarías en aguas del virreinato de Nueva España. Y, por pura casualidad, en esos días yo seré el virrey porque, a ti puedo decirlo, el nombramiento se hará efectivo para dentro de cuatro meses como máximo. Lo que pretendo es que, a un tiempo, solucionemos o me ayudes a solucionar un doloroso problema que sufriré en Nueva España y que el actual virrey, Calleja, ha dejado de la mano durante demasiados meses.

—Me encuentro presto a cumplir las órdenes de lo que mande el señor virrey.

—Resulta que en dicho virreinato la presencia de unidades rebeldes por el mar del norte^[34] es inexistente, ante la presión que ejercemos con las unidades basadas en La Habana. Lo pudiste comprobar cuando navegabas por el seno mexicano. Sin embargo, por las costas del mar del Sur, las del antiguo departamento marítimo de San Blas, se mueven demasiadas unidades menores de los sublevados, sin contestación posible por nuestra parte. Y no olvides que Acapulco, al sur de San Blas, es el puerto de referencia y destino del navío de Filipinas^[35], que acapara casi todo el tráfico con el mar de la China. Pienso restablecer ese tráfico, cortado desde que comenzó la revolución. No nos encontramos en situación de desperdiciar una sola oportunidad de nuestro imperio ultramarino.

—Creo que comienzo a comprender, señor. ¿Y hasta qué paralelo hacia el norte he de navegar, tras la estela de esos corsarios que, con toda seguridad, voy a encontrar? —también yo entonaba con ironía.

—Tu verdadera misión en esta pequeña diversión que realizarás hacia el norte en mi favor y del virreinato de Nueva España, obligado por la persecución de unidades rebeldes, será, como dicen los britanos, *to show the flag*^[36], aunque en realidad, mejor se puede explicar como *to show the guns*^[37]. Deberás subir en latitud hasta que los rebeldes comprueben los buques de tu división por las aguas de Acapulco, San Blas y algún punto más de la Baja California. Por supuesto, sin alcanzar la altura del cabo Mendocino. Te ofreceré cédula escrita para que hagas los víveres necesarios en cualquier puerto a cargo del virrey. Y te pasaré toda la información de la que dispongo sobre los fondeaderos y parajes en los que se abrigan esas unidades de los rebeldes por las costas del departamento marítimo de San Blas. No obstante, puedes estar seguro de que su puerto principal de referencia es Acapulco.

—Quedo enterado, señor.

—Precisamente, ese departamento marítimo con cabecera en San Blas, el de mayor extensión del imperio español, lo mandó tu padre.

—En efecto, señor. Y desde San Blas partió hacia las aguas heladas del norte al mando de una división con insignia en la fragata *Princesa*.

—Donde perdió la mano izquierda. Lo recuerdo muy bien porque él mismo me lo narró con detalles, algunos verdaderamente escalofriantes. Y todo su esfuerzo no sirvió para nada porque nos bajamos las calzas ante las presiones británicas nada más ceñir la Corona don Carlos el Cuarto. Un mal comienzo para ese reinado teñido de vergüenza. Bueno, regresando a nuestro tema, podrás fondear en San Blas si te apetece, en Acapulco o en cualquier otro lugar que estimes oportuno. Te repito que la presencia de unidades de la Armada en este último puerto la considero de la mayor importancia por los motivos que te he expuesto. Cuando los rebeldes comprueben que enviamos buques de la Real Armada por aquellas aguas, no intentarán más esfuerzos en acopiar fuerzas navales, demasiado costosas para sus haberes. Y si puedes barrer las que poseen a sangre y fuego, mejor que mejor. Sin contemplaciones. No debes olvidar que en todo buque corsario rendido, piratas a colgar desde la verga del palo mayor. Porque piratas son, al no reconocer sus pabellones. Además de la información que te facilite, por aquellos puertos te podrán informar de los movimientos rebeldes con suficiente puntualidad.

Se hizo un nuevo silencio. El general me miraba con cierta prevención, como si no estuviera seguro de mi reacción ante una operación un tanto especial y en navegación por el linde extremo de la legalidad. Pero no quería que anidara en su pensamiento sospecha alguna.

—Comprendo perfectamente sus intenciones, señor. Por aquellas aguas, que ya se encontrarán bajo su jurisdicción, mostraré el pabellón de la Real Armada con extremo orgullo y poder. Arrasaré a toda unidad rebelde que aviste, o la apresaré si es conveniente para el servicio. Y por allí me mantendré hasta que me ordene lo contrario.

—Así me gusta, Santiago. Sabía que podía confiar en ti al ciento. Pero no esperes mi respuesta para regresar a La Habana, si es que no te ordena el virrey del Perú alguna misión alternativa. Confío en tu prudencia. Cuando estimes rematada la faena, sigue tu camino.

—Así lo haré. Por supuesto, señor, en el parte de campaña posterior, que deberé elevar a quien le sustituya de capitán general en La Habana, deberé explicar algunos pormenores más o menos...

—Mira, Santiago. Hablando en plata, casi todos los comandantes de buque y jefes de división, incluso los comandantes de escuadra, han mentido y mienten como bellacos en esos partes. Se trata de una norma habitual en nuestra institución. En tu caso, deberás acomodar las decisiones de navegar al norte como..., como consideres oportuno.

—Así se hará con exactitud, señor. No me representa ningún problema.

Como parecía que entrábamos en nuevo silencio o toda la madeja se encontraba desliada, le lancé una última pregunta.

—¿Cómo corren las noticias últimas por España?

—Si te refieres a la situación del general Valdés, se mantiene en el castillo de Alicante. El jefe de escuadra Ciscar ha pasado desterrado a su ciudad natal, Oliva, en el reino de Valencia. Pero con sinceridad y en general, la situación no es muy halagüeña. Los llamados liberales no están dispuestos a ceder mucho terreno, ni acoplarse al bien general de España. No comprenden que necesitamos paz interior y esfuerzo común para superar la extrema situación que sufrimos. Se han producido algunos pequeños movimientos de protesta con la Constitución de 1812 en la mano. Por cierto, una de ellas en Ferrol. Para nuestra desgracia, la situación de miseria que se vive en toda España es buena leña para la hoguera del descontento. Tampoco recibe beneplácitos la expedición del general Morillo entre el pueblo.

—¿Cómo es eso, señor? ¿No comprenden que debemos restablecer el orden en Indias?

—Las familias de los miles de soldados que han de embarcar protestan por largo y a boquera ancha sin que se las silencie como es debido. Piensan que sus hombres han de luchar en tierras de climas insalubres y que, es cierto, muchos morirán en combates o epidemias. Pero también han surgido otras protestas. Porque las fuerzas que en la Península quedan no reciben una paga, mientras los embarcados en la expedición verán dobladas sus mesadas. Si le sumas que los armadores parecen unirse en sus protestas al Gobierno por los miserables fletes, puedes hacerte una idea de la situación general. En fin, que necesitamos caudales de Indias y, de esa forma, mejorar las arcas de la Real Hacienda. Sin plata, preveo un futuro desastroso. Pero olvídate de esas cuestiones. Ahora debes disfrutar a fondo y sin cruces de tu insignia en la mar. Y del mar del Sur. Aunque deberás cruzar el cabo de Hornos y sus poco agradables aguas.

—Todo se andará, señor. Dobleemos cada restinga en su momento, como decía con excelente visión don Antonio de Escaño. Pero, una vez más, quiero agradecerle todo lo que de su mano...

—Calla la boca. No olvides que también tú me ofrecerás un servicio muy importante. Te avisaré cuando entren en puerto las tres unidades que vas a mandar, lo que debe suceder en un par de semanas como máximo. También te mantendré informado del alistamiento de los mercantes y el nombramiento de los oficiales. Quiero que des tu personal aprobación, por lo que trabajarás con Maldoso en ese particular apartado.

—Quedo a su disposición, señor.

—Pues creo que no me resta nada en la bolsa y he largado toda la información necesaria. Me alegro de la decisión tomada por ti y, con sinceridad, por mí. Puedes hacer un gran servicio a España.

—Ya sabe, señor, que daré el alma y un poco más, si es necesario.

—Lo sé, Santiago. Lo sé perfectamente.

De nuevo abandoné el palacio del capitán general con la sangre a borbotón y en vuelo de duendes. Debía de ser cierto que la buena estrella se había pegado a mi trasero con brea de calafate desde el mismo día del nacimiento, al menos en su parte puramente naval. Porque, en el aspecto familiar y personal, no se movían las aguas de colores tan brillantes. No obstante, todo se borraba al imaginarme a bordo de la fragata *María Cecilia*, doblando el cabo de Hornos y ascendiendo en latitud miles de millas hacia el norte. Sin olvidar esa última y delicada comisión por las aguas de Nueva España, que me harían recordar a mi padre. Precisamente en la ciudad de

Monterey había conocido mi progenitor a la madre de Beatriz, que también descabalo sus sentimientos.

Deseché el uso del carruaje porque deseaba pasear bajo el sol caribeño. Además, eran muchos los pensamientos de placer a los que deseaba amarrarme sin fisuras y disfrutar de ellos, mientras observaba el seno mexicano desde el malecón. En cuanto a la estampa de Beatriz y el dolor aparejado, regresaría con fuerza a mi pecho, estaba seguro. Pero también confiaba en que el bálsamo de la mar acabara por desprender los duelos de la casaca. Porque si existía una pócima efectiva contra los males de amor, ninguna como navegar sobre las olas con viento fresco y proa al gusto del mando propio.

8. Buques

Lo tenía todo para considerarme un hombre inmensamente feliz. Nadie podría dudar de tal aseveración, aunque se tratara del ser más cenizo, abollado y pesimista que por el mundo corriera. Cumplidos los treinta años, recién promovido al empleo de jefe de escuadra y a punto de ser nombrado comandante de una agrupación naval. ¿Se puede pedir en esta vida algún obsequio más? Porque juro en ley de caballero que se trataba de un conjunto estelar, de esos que se suelen soñar, dormido o despierto, como meta dorada, máxima e inalcanzable. Bien es cierto que a todo oficial de guerra de la Real Armada se amadrina la vida del hombre común con sus propias circunstancias, y estas, para bien o para mal, condicionan los pensamientos y el ánimo. Y a veces lo hacen rodar por pendientes plagadas de guijarros en punta y al corte de venas.

Para elevar la moral en alguna cuarta, en aquellos días debíamos embocar las jornadas de celebración de la gloriosa Natividad del Señor. Por fin, expiraba ese maléfico y dañino año de 1814, un conjunto de meses oscuros y desesperanzados en nuestra historia. Pero, como asegura sabiamente el refrán mariner, aguas largadas a popa nunca regresan al coronamiento. Al menos, ahora entrábamos en una época dulce del año que nos abanica en placer con recuerdos de todo tipo; remembranzas en las que los seres queridos adquieren una presencia vital y, como era mi caso particular, nostálgica y plena de añoranza. De forma especial eran mis hijos Pecas y María los que se presentaban con nitidez en el cerebro, aumentando el deseo de tenerlos junto a mí y poder abrazarlos con el gran amor que les profesaba. Pero también el rostro de Beatriz se unía de firme al coro de santos para pulsar jareta abajo sin la debida protección. Blancos y negros, como todo movimiento que nos aborda en la vida. Ese balance tan propio como el movimiento del buque en la mar. No obstante, el fulgor de la estrella se mantenía capaz de eclipsar pensamientos oscuros que podía despejar con bastante facilidad.

Pude comprobar que, en el palacete Arcans, Alicia concedía a aquellas jornadas una especial atención. Alegaba la doña que mantenía las ancestrales costumbres aragonesas de su familia, aunque, en verdad, poco se alejaban de las habituales en España. Y no sólo festejamos las conmemoraciones desde un punto de vista religioso, asistiendo a los preceptos de rigor. Porque también se sumaba la doña a la fiesta popular, hasta ofrecer un sarao navideño de zambombas caribeñas y caretas de piel. No se trataban aquellas de los clásicos instrumentos que había utilizado en la Península, sino de unas boteras de gran tamaño, construidas en barro cocido y con un carrizo alargado y fuerte, que producían al manejarse con suficiente energía un sonido parecido al de las sirenas de arsenal en aviso de fuegos. Al mismo tiempo, los paladares más gallardos disfrutaban sin tregua. Porque en la cocina bullían los hornos en preparación de dulces y regalías, entre los que destacaban las mantecadas de entuerto, los rosquillos de canela y las tortas encapilladas.

Además de la vida diaria en el palacete habanero, debí asistir a un buen número de fiestas, saraos y recepciones por toda la capital. Y de forma muy especial a la anual celebración de la Pascua Militar, a rigor y bocina dorada en el palacio de Capitanía General. Si el general Apodaca era generoso como norma habitual en los recibos de orden, su estado de ánimo y esperanzas de futuro nos hicieron vibrar aquellos días con ágapes más propios de casa imperial. Y aunque en alguna ocasión, tras saraos de alargada estela, regresara al palacete con la viuda de Arcans a mi vera y la sangre revuelta, no pude repetir el goloso episodio carnal que todavía manejaba en fuste de cuerdas por mi cerebro. Incluso en una ocasión llegué a lanzar una pequeña llamarada en aquel sentido sin que la doña pareciera advertirlo. Quedaba claro que, para desgracia de mis sentidos, no se trataba de materia que pusiera cruzar de nuevo en ningún sentido.

Aunque disfrutaba mucho con aquellas celebraciones, de tan arraigado significado hispano, comenzaron a transcurrir los días en el nuevo año sin novedades de peso. Me refiero a que ya andaba el alma con inquietudes de quiebro, en espera de que los planes embastados con el capitán general se convirtieran en dulce realidad. Cuando ya me preguntaba si acabaría por izar mi flamante insignia algún día en la mar, aunque fuera en la balandra del puerto, me llegó recado de la mayoría general. De orden de Su Excelencia el capitán general, debía acudir a presencia del brigadier Maldoso para recibir órdenes e instrucciones de quien mandaba en la isla.

Aunque me extrañara el sistema empleado, presenté mis reales en la mayoría general al día siguiente de haber recibido la notificación. Y allí me

esperaba Maldoso, del que recibí rápida explicación.

—Se habrá extrañado de ser citado en la mayoría, señor, pero así lo dejó claramente ordenado el general Ruiz de Apodaca.

—¿Acaso no se encuentra el capitán general en La Habana? ¿Ha sufrido, quizás, algún percance o...?

—Su salud se mantiene de hierro, como siempre. Pero ya sabe que suele moverse mucho y con escaso descanso por cada rincón de la isla. Lleva más de una semana recorriendo fuertes, baterías y destacamentos, con el látigo en la mano. Sin embargo, me comunicó que le diera aviso en cuanto entraran en la bahía los buques escogidos para formar la división naval que se ha establecido con los fines que, según estimo, ya conoce. Atracados en el arsenal, al norte del muelle de la machina, podrá visitar la fragata *María Cecilia*, la corbeta *Sebastiana* y el bergantín *Potrillo*. Y en este mismo momento debo hacerle entrega de la orden por la que se os nombra comandante de dicha división naval, que dejó firmada en orden y sin fecha el general. De esa forma, quería que comenzara a ocuparse de los asuntos de su cargo sin perder una sola jornada. Reciba mi más sincera enhorabuena, señor general, por el mando concedido —estimé sinceras las palabras de Maldoso, un hombre al que fui descubriendo poco a poco como de elevada bondad y correcto compañerismo—. Cuando aparecen las balas rasas bien aparejadas en rastro, no debemos detener el paso.

—Razón tiene, Maldoso. Le agradezco sus palabras. Pero ¿qué hay de los buques mercantes?

—El general Apodaca estableció, como fecha límite impuesta a los armadores para la entrega de sus buques en el arsenal, el primer día del mes de febrero. Y como la multa de apremio sería tan elevada, también puede comprobar su presencia fondeados en el paraje de las bombas a cuatro de ellos. El quinto se espera que arribe esta semana con mercancías de Boston.

—¿No eran seis los mercantes designados por el general? —pregunté, temiendo sufrir la primera de las rebajas.

—En efecto, esa era la idea original. Pero comprobando las posibilidades de carga de cada uno, llegamos a la conclusión de que con estos cinco sería suficiente. No crea que entro en menguas de pajarillos.

—De acuerdo. La verdad es que me parece una noticia fantástica, aunque se reduzca la fuerza. Porque ya comenzaban a comerme los grillos por los desagües ante la falta de noticias.

—Lo comprendo muy bien, señor. Pero ya ve que todo llega. Puede izar su nueva insignia en el momento que estime oportuno, a partir de este

momento. Pero, por favor, hágame llegar la fecha y hora para anotar lo convenientemente en el expediente de la división. Y ya puede preparar su camarote en consonancia. Bueno, en su caso me mantendría en el palacete Arcans, donde disfrutará de mayores comodidades.

—No me puedo quejar, desde luego. Debo agradecerle que me lo recomendara en su momento.

—La verdad es que lo hice porque sabía que dispone de suficiente capital, lo que no es el caso de muchos en estos días.

—De todas formas, supongo que me trasladaré a la fragata *María Cecilia* sin demasiada tardanza. De esa forma, será más cómodo el trabajo y dispondré del personal más a la mano.

—Si me permite un consejo de compañero, señor, visite a fondo las tres unidades antes de decidir en la que izará su insignia.

Creí entrever oscuros significados en las palabras de Maldoso que, en verdad, poco me halagaron. Y a tal punto llegaron a morder carne, que comencé a pensar en características de ronza espesa. Incluso consideré la posibilidad de que la división bajo mi mando se estimara como flota de barraca festera, e impropia de un jefe de escuadra.

—¿Por qué lo dice?

—Con toda sinceridad, poco me gustan la fragata y la corbeta. Por el contrario, el *Potrillo* muestra trazas de barco de raza. No tiene más que observar su silueta en la distancia. Ya sabe que los almirantes ingleses al mando de escuadra muy a menudo prefieren izar su insignia en una fragata velera que en algún poderoso navío de tres puentes. Pues este podría ser el caso. No sé, perdone si meto cabeza en orza ajena.

—Por favor, Maldoso, trátame con entera confianza. Le agradezco a cientos todos los consejos que pueda ofrecerme. Puede estar seguro de que seguiré su consejo. Inspeccionaré a fondo esas tres unidades y tomaré una decisión a continuación.

Un asunto rascaba por mi cerebro y dudaba de exponerlo a Maldoso, en lugar de hacerlo directamente con el general Apodaca.

—Aunque la agrupación naval sea de escaso porte, necesitaré una pequeña mayoría general. ¿Qué oficiales se encuentran disponibles en...?

—Debe perdonar mi fallo —el mayor general movía la cabeza hacia ambos lados de forma pesarosa, como si hubiera cometido el peor de los pecados—. Lo he olvidado por completo y entraba en el paquete informativo de hoy. Debemos atacar sin falta el penoso asunto del personal, especialmente al pensar en oficiales de guerra. Y lo califico de penoso por la escasez que ya

conoce. En cuanto a sus directos asesores, el propio general Apodaca le ha nombrado un mayor general. Según sus propias palabras, no se arrepentirá de aceptarlo. Se trata del teniente de navío Ignacio Burdich.

—¿No mandaba la goleta *Mexicana*?

—En efecto. Pero como a este buque le quedan bastantes meses para que pueda abandonar el arsenal, si lo hace alguna vez, se lo ofrece el general. Y se mostró encantado de poder hacerlo. Creo que le ampara la suerte, señor, porque se trata de un magnífico oficial. De los de braza y coraza^[38] a un tiempo.

—Lo tuve a mis órdenes en los meses en que debí permanecer en el seno mexicano. Me alegro.

—En cuanto al resto de su mayoría, aparecerá un tanto rebajada. Quedará como primer y único ayudante de la mayoría el alférez de navío Alberto Horcajada, también de la dotación de la *Mexicana*. El contador es de bautizo reciente, Federico Bragado, bastante joven pero hábil de entendederas, y de los que se mueve bien por los despachos y almacenes. Un cirujano segundo, don Cayetano Alcalde, con poca o nula experiencia de sangre, aunque muestre deseos de aprender. Como resto de personal, solamente un contramaestre veterano, un amanuense y dos marineros de plumón, todos de la máxima confianza. Pero el problema nos entra al pensar en nombrar algunos oficiales de confianza para los cinco mercantes.

—¿De qué tipo son esos mercantes?

—Dos fragatas de pequeño porte, la *Soledad* y la *Remedios*, así como tres paquebotes de proa llena y panza cardenalicia, los *San Andrés*, *Barcadio* y *Estrellado*. Muy escasamente armados. Sin embargo y aunque parezca un milagro santero, se encuentran bien de maderas y aparejos. Los mandan capitanes competentes porque no hemos permitido a los armadores que cambien un solo hombre de sus dotaciones, de grumete a capitán, como suelen hacer al ser embargados. Aguantarán el paso por los rugientes del cabo de Hornos con garantías, a no ser que la madre se eleve a las crestas.

—También a mí me gustaría que embarcara en cada uno de ellos algún oficial de guerra con suficiente experiencia para llevar el control de la dotación de la mano. Y que posean algún desempeño anterior en señales. Espero que no los nombre de carnes blandas, por favor. La vida en algunos mercantes se complica en demasía y con bastante peligro amadrinado.

—Muestro mi completo acuerdo. Ya le decía que ese es el principal problema a resolver. Porque se nos aparece poca espiga que cortar en la isla.

De momento, he seleccionado a tres y espero sacar de la arena dos más. Por supuesto, se tratará de pilotos graduados de alférez de fragata o de navío.

—Bien, más vale moneda de cobre que faltriquera con telarañas. Nos mantendremos en contacto acerca de ese particular aspecto. Y ya le adelanto que pienso entrarles con badana dura, Maldoso, aunque no dispongan de mucho tiempo libre en esta mayoría.

—No se preocupe, estamos acostumbrados.

—¿La tropa a embarcar se encuentra lista?

—En absoluto. El general Apodaca le pasó la orden al mariscal de campo don Andrés Baltázar, que debe responder en acuerdo y con la necesaria prontitud, si no quiere escuchar los gritos de nuestro jefe bien cerca de sus oídos. Aquí no ha llegado todavía ninguna nota en ese sentido. Le enviaré un nuevo recado de urgente requerimiento. Por otra parte, le adelanto que serán unos dos mil doscientos hombres.

—De los que deberé entregar al general Morillo en las costas de Cumaná la mitad, aproximadamente.

—Así es. Con mayor exactitud, unos mil doscientos. Lo tendrá aclarado al punto en la nota de embarque. También se le ordena entregar dos de los buques mercantes, que quedarán en Tierra Firme. Deberán integrarse en la expedición del teniente general Morillo, al mando de ese poderoso ejército. Ahí puede maniobrar a favor propio y escoger cuáles serán los tres que continuarán derrota bajo su mando.

—Prefiero comprobar cómo navegan, antes de decidir, si no se me exige...

—Ninguna exigencia, señor. La orden solamente especifica que deberá entregar dos de las unidades de transporte, sin nombres ni apellidos.

—Perfecto. Bueno, de momento me gustaría hablar con quien hará las veces de mi mayor general. ¿Dónde puedo localizar a Burdich? Ni siquiera recuerdo su nombre de pila bautismal.

—El teniente de navío don Ignacio Burdich se le presentará en el momento que desee. Solamente tiene que indicarme dónde y cuándo.

—Pues, como me gusta tomar el toro por los cuernos y no dejar segundo al aire, envíele recado para que se presente mañana por la mañana, a primera hora, a bordo de la fragata *María Cecilia*.

—Allí estará, puede estar seguro.

—Muchas gracias, Maldoso. A ver si sacamos avante esta empresa sin excesivas dificultades.

—Aunque se trate de escasa fuerza, señor, estoy seguro de que cualquier jefe de escuadra daría una de sus manos por izar su insignia en la mar.

—¿Una mano solamente? Por favor, Maldoso, las dos y con una pierna en regalo añadido.

Me despedí del mayor general entre risas y chanzas de rebote. Como se suele asegurar, sin jefe presente, se relaja el ambiente. Y aunque las noticias recibidas no las pudiera cifrar en baldas de oros excelsos, disfrutaba como un niño al comenzar a manejar por primera vez en mi carrera una expedición naval que debía quedar bajo mi única responsabilidad. Además, en una misión alargada por meses, derrota de fuste y con un gran compromiso personal. Me entraba por negro la escasez y posible baja calidad en los oficiales, aunque siempre se puede avivar la sangre más helada de cualquier hombre con el rebenque en los dientes. Y por todas las putorronas del desierto, que no me temblaría la mano una miga de bastos.

* * *

Aunque me encontraba listo para largar la vela de mi alma a primeras horas de la mañana, aferré los nervios en cruces hasta que el reloj del salón en el palacete Arcans marcaba las nueve campanadas con el sonido de un dulce carillón. Previne a los criados Barbate y Guanche para que preparan mis pertenencias y quedaran alistados al punto. Porque en cualquier momento deberían ser trasladadas al buque insignia. Además, mi criado cojitranco debía rematar en tierra los negocios entablados con los merchantes para acopiar una buena cantidad de víveres y bebida para relleno de mi despensa personal. También le expuse mis intenciones a la dueña, que me respondió con rastros de evidente tristeza en el rostro.

—Será un momento muy triste, sin duda, tener que decirle adiós. Me había acostumbrado a su noble y grata presencia entre estas paredes —pronunciaba sus palabras con un deje de inevitable tristeza—. Como habéis sido un caballero de los de lanza y corazón, de esos que ya no se encuentran a menudo por estos rendidos pagos, señor de Leñanza, su despedida merece una especial celebración en este palacete.

—Pero, por favor, Alicia, nada de saraos ni fiestas de bronces. Estos primeros días a bordo serán de estrago y con trabajo de sol a sol. Debo mantenerme...

—No pensaba en saraos festeros, señor mío. Pero sí que ordenaré una colación para mañana tarde bien cumplida y con las mejores viandas.

Conozco sus preferencias con suficiente detalle para cuadrarla a su gusto. Por cierto, que le encargué como especial presente por mi parte media docena de frascas de ese ron moreno cruceño que tanto le agrada.

—Se lo agradezco como merece, Alicia. Pensaré en vos con dulce añoranza cuando lo beba a tientos por esas mares lejanas.

Caí en la cuenta de que también yo debería ofrecer algún presente de calidad para quien se había comportado conmigo con tan extraordinarias deferencias. Aunque hubiese largado muchas monedas de la bolsa, mi vida en el palacete Arcans conformaría siempre un dulce recuerdo. Había disfrutado bastantes semanas como en casa propia y con detalles continuos. Sin olvidar la velada carnal de las estrellas, una experiencia que, todavía en las noches, me entraba con olas blancas por los cinco sentidos.

Tomé por hn el carruaje para dirigirme hacia el arsenal. Mantenía el ánimo en plena expectación porque a un solo disparo toparía con las tres unidades de la división naval que quedarían bajo mi mando. Intenté explicar al cochero la zona del arsenal a la que deseaba dirigirme, pero parecía estar al corriente.

—No se preocupe, señor general, que bien sé donde se han atracado esas dos brevas de poceta larga y el bergantín *Potrillo*. Amarraron al muelle del nordeste, junto a la machina.

—¿Ha dicho dos brevas? —Me molestó el comentario denigrante del vocero cubano—. ¿A qué carajo se refiere?

—Perdone mi lenguaje, señor general. Me refería a la corbeta y a la fragata. Aquí llamamos brevas... Bueno, quiero decir...

—Más le vale no continuar en falso por ese camino. Vamos, calle la sucia boca y dedíquese a su trabajo de una puñetera vez. Al tiempo, apresure el paso de los animales.

—Lo que ordene, señor general.

Cuando, una vez en el arsenal, doblamos por el puente de cuña que denominaban de la machina, pude observar las tres unidades en conjunto al primer golpe de vista. Con claridad se distinguían los detalles de la fragata y del bergantín, mientras la corbeta quedaba abarloada a la segunda y solamente mostraba la estructura superior. Y como en esta vida gusta más lo que se ha criticado en exceso, no me parecieron tan brevas y rascas como podía haber deducido de la conversación con Maldoso y el comentario del jodido cochero.

La fragata era la clásica dedicada al comercio, con una manga poderosa y proa cerrada a betún. Una estampa antigua, sin duda, porque era extraño, en los últimos años, observar unidades de porte en cuya roda remataran regala y

batayolas en lugar de quedar cortadas en el bao de las serviolas. Como norma habitual de los mercantes, su arboladura se rebajaba en unos doce o trece pies, con el botolón del bauprés corto, lo que hacía pensar en algún foque de menos. También destacaban los batiportes bajos a mayor distancia de la lumbre, de la que solían utilizar las fragatas construidas para la Armada. Los detalles del casco no desmerecían, aunque se adivinaban los trabajos para alistar la nueva artillería en las portas abiertas para las piezas de caza y castillo.

Como pude comprobar poco después, la *Sebastiana* mostraba las clásicas líneas de las de su clase. Todavía se consideraba a este tipo de unidades como relativamente modernas. Se designaban en las marinas europeas con el nombre de corbeta por la ligereza de sus movimientos sobre las olas, equiparable a los saltos del caballo sobre las patas traseras, esas piruetas a las que tan aficionado era nuestro Señor Fernando cuando lucía la chapa de Príncipe de Asturias. Pero en puridad marinera, se podía decir que equivalían a las fragatas pequeñas de 10 a 20 cañones, sistema antiguo caído totalmente en desuso. Pero era muy importante la diferencia existente entre las corbetas llamadas de puente y las corbetas de pozo, según dispusieran o no de entrepuente^[39].

Por desgracia, la *Sebastiana* era de las llamadas como corbetas de pozo, lo que le restaba belleza de líneas, capacidad de ceñida y, en general y como dato fundamental, facilidad de maniobra. Nunca llegué a comprender cómo se había construido esta unidad en 1810 en el arsenal de Cartagena, cuando ya casi todos los buques de una batería se lanzaban a las aguas con grandes esloras en comparación a sus mangas. Porque, aunque dispusiera de 26 cañones, ofrecía la impresión de una corbeta o pequeña fragata mercante, armada para el corso o tráfico marítimo. Menos mal que, al observar la tercera unidad, conseguí elevar el ánimo bastantes cuartas. Porque el bergantín *Potrillo* mostraba líneas de buque de raza y con casta marinera. Bien es cierto que mi debilidad por ese tipo de buques clamaba por generaciones.

Quienes hayan leído las diferentes aventuras de los miembros de la familia Leñanza en la Armada, sabrán que mi padre, en el empleo de guardiamarina y en compañía de su inseparable cuñado Pecas, había apresado un bergantín inglés en puerto africano tras escapar a un terrible cautiverio. Por tan meritorios hechos, le había sido concedido la charretera y el condado de Tarfí por nuestro Señor don Carlos el Tercero. A causa de tales acaecimientos, mi padre había bautizado a la hacienda extremeña, tan unida a la historia familiar, con el nombre de El Bergantín. Pero también mi primer

mando en la mar había sido un bergantín, el *Penèlope*, con el que debí llevar a cabo una importante misión y de alto riesgo por aguas caribeñas, con final de derrota en la Cartagena americana.

La verdad es que el *Potrillo* mostraba las líneas del verdadero o antiguo bergantín, cuando también se le conociera popularmente con el nombre de bregantín. A los de este tipo, algunas voces lo denominaban como bergantín redondo. La razón se presentaba porque, con el paso del tiempo, el bergantín-goleta acaparaba la mayor parte de unidades de este tipo, utilizando el aparejo de goleta en el palo mayor. Sin embargo y de forma particular, mucho me agradaba que tanto el palo trinquete como el mayor utilizara velas redondas, al tiempo que el segundo desplegaba una generosa cangreja. Pero sus galletas se alzaban a las nubes con extremo placer. Porque pude contar hasta la verga del sobre juanete y un elevado número de estays aferrados. El general Apodaca tenía razón al opinar que debía de tratarse de un buque marinerero por más y muy velero, como alcatraz en caza. Y ninguna condición embelesa tanto a un hombre de mar.

Tras el ligero examen visual, me decidí a tomar la faena de la mano sin un solo titubeo. Cuando atravesaba la plancha de oficiales, pude comprobar que, en cubierta, me esperaba un capitán de fragata entrado en carnes y años por exceso, al que supuse comandante de la *María Cecilia*. En la misma línea de honores aparecían otros dos tenientes de navío, posiblemente los comandantes de la *Sebastiana* y el *Potrillo*. Fui recibido por el de mayor antigüedad con los debidos honores de ordenanza.

—Queda a las órdenes del señor general con el debido respeto y sumisión el capitán de fragata Emilio Mondragón, comandante de la fragata *María Cecilia* —con rapidez se hacía a un lado para señalar con la mano a los dos oficiales enlistados en su turno—. Tengo el honor de presentarle al comandante de la corbeta *Sebastiana*, teniente de navío don Antonio Albarrán, y al del bergantín *Potrillo*, el de su mismo empleo don José Aldana.

Tras estrecharles la mano uno a uno e inspeccionarlos visualmente en revista con cierto detenimiento, agradecí a Mondragón la deferencia.

—Muchas gracias, comandante.

¿Desea que le presente al resto de los oficiales de la *María Cecilia*, señor?

—Más tarde me dirigiré a todos con detenimiento. Ahora desearía saludar a mi mayor general.

Desde una segunda fila se adelantaba hasta mí con rapidez un joven oficial de elevada estatura en el que destacaba su cabello de color zanahoria y las mil pecas de su rostro.

—Quedo a las órdenes del señor general. Teniente de navío Ignacio Burdich, nombrado mayor general de la división bajo su mando.

—Me alegro de volverle a ver, Burdich. Siento que su goleta sufriera tan severo percance.

—Y con mucha suerte, señor. Podía haber quedado chamuscado de bigotes y entrado a los fondos.

—Le agradezco que se presentara voluntario para cubrir el destino de mayor general.

—Es un honor, señor general.

—Mondragón, me gustaría pasar a su cámara con el mayor general. Debo hablar con él por largo antes de atacar otros detalles.

—Como supongo que izará su insignia a bordo de esta fragata, señor, la he desalojado para que pueda embarcar sus pertenencias en el momento en que lo desee.

—Se lo agradezco, pero todavía no he decidido dónde izaré mi insignia. He de inspeccionar los tres buques antes de tomar una decisión. Pero ahora deseo hablar con Burdich mientras los tres comandantes me esperan.

—Muy bien, señor.

Mondragón nos guió hacia popa hasta alcanzar la cámara del comandante, que pasaría a ocupar si nombraba a la fragata como buque insignia. Y por todos los cristos, que la había desalojado al ciento. Porque solamente había dejado la mesa de trabajo y la silla empernada a su popa, junto a la balconada. Tomé asiento en ella mientras Burdich se agenciaba con rapidez el adecuado soporte y se enfrentaba a mí.

—Si no le importa, Burdich, lo trataré desde el primer momento con entera confianza. Va a ser mi mano derecha en todo momento, y eso facilitará el trabajo.

—Como desee, y encantado por la deferencia que supone, señor general.

—Es suficiente con el señor, Ignacio. Bueno, se nos presenta una buena moscarda a proa. ¿Se encuentra al día de las operaciones que debemos llevar a cabo?

—Sí, señor —me gustó la decisión de sus respuestas, sin un solo titubeo—. En la mayoría general de Capitanía me pusieron al día y con todo detalle. Lo he anotado de firme y acopiado las órdenes firmadas por el capitán general. De momento, solamente tenemos que indicar el buque en el que desplegará su insignia.

—¿Se encuentra al día y con todo detalle? ¿Hasta qué punto? Quiero decir que sus conocimientos abarcan las operaciones hasta la arribada a El Callao y

desembarco de las tropas. ¿No es así?

—En efecto, señor. En El Callao remataremos la faena, si todo se corre por la línea marcada.

—Bueno, Ignacio, puedo comunicarte que eso no es todo. Pero, antes de entrar en materia, me gustaría aclarar algunos importantes conceptos —lo miré a los ojos con severa decisión—. Espero que pueda confiar en tu sensatez. Ya sabes que un mayor general es la voz y el alma de su general. Debo confiar en ti plenamente. Pero me has de corresponder con la mayor lealtad y, de forma muy especial, con la máxima discreción.

—Puede estar seguro, señor, de que no echará en falta en mi comportamiento una mínima mengua de subordinación, lealtad, prudencia y discreción.

—Me alegro de su decisión. Y en ese caso, puedes estar seguro de que te corresponderé con las mismas prendas. Para empezar, debo explicarte el monto total de las operaciones que hemos de sacar adelante. Después, visitaremos los tres buques, una revista ligera para que podamos rendirla antes del almuerzo, si es posible. Todavía dudo del buque en el que izar mi insignia. Indudablemente, la fragata ofrece mayores comodidades y, no menos importante, la mayoría general podrá establecerse con mejores condiciones para su trabajo.

—Así es, señor. Pero comprendo sus dudas. Seguro que ha comprobado los aparejos de las tres unidades y le agrada el *Potrillo* por encima del resto.

—Has leído mis pensamientos con extremo detalle. Creo que es el único buque de verdad con el que contamos. No obstante, esta cámara es amplia y cómoda. Además, un poco más a proa podrías establecer la mayoría.

—Como suele ser habitual, es más amplia que las de guerra, desde luego. Bueno, señor, tampoco ha de amordazarse en decisión cumplida sin posible suelta. Puede probar a manejarse con esta fragata y, si no le agrada al ciento, cambiar posteriormente. Vamos a disponer de tiempo para todo.

Burdich hablaba con alegría y cierto desparpajo, una actitud que siempre había agradecido en mis subordinados. Además, al primer tirón parecía inteligente y decidido, dos cualidades imprescindibles en una mayoría general.

—¿Qué tal se maneja el alférez de navío, asignado como ayudante de la mayoría? No recuerdo ahora mismo cómo se llamaba...

—Alberto Horcajada, señor. Se encontraba a mis órdenes como oficial de la batería en la goleta *Mexicana*. Con sinceridad, me parece un poco flojo de manos para la mar. Pero estimo que puede ser perfecto para su desempeño en

una mayoría general. Se trata de hombre muy trabajador y concienzudo en sus cometidos.

—Perfecto. Bueno, ahora saldré a saludar a los oficiales de la fragata y comenzaremos la revista de la *María Cecilia*. A ver si somos capaces de cubrir las tres unidades al tirón de espuelas. En caso contrario, dejaremos al *Potrillo* para la tarde. No te separes de mi lado y toma nota de todo lo que diga, que estimes como suficientemente relevante.

—Por supuesto, señor. Y si me permite una pregunta, ¿dónde piensa almorzar hoy?

—Pues no lo había pensado. Bueno, lo haré en esta cámara. Como mis criados se encuentran a la espera de instrucciones, que me sirva alguno del comandante. Sin especiales exigencias.

—Como ordene, señor.

—Pues vamos a la faena.

Abandoné la cámara dispuesto a emprender una de esas jornadas que nos deja con los riñones abiertos a cuartos. Pero pueden estar seguros de que me sentía volar sobre la cubierta. Porque el orgullo y la felicidad apenas dejaban resquicio para una nube negra. Santiago de Leñanza, general de la división que había de llevar fuerzas del Ejército al otro lado del mundo. Respiré profundo. Temía despertar de un sueño.

9. Insignia al viento

Aunque mantuviera muchas dudas en la sesera hasta el último momento, acabé por ordenar que se izara mi insignia a bordo de la fragata *María Cecilia* con los honores de ordenanza, sin rebajarlos en una sola pulgada. Y no solamente habían entrado a debate las características de los diferentes buques en cuanto al arranchamiento de mi persona y de la mayoría general, sino también sus capacidades de maniobra y la figura de sus mandos. Porque si el capitán de fragata Mondragón me atacaba los nervios con su parsimonia, un hombre cachazudo de movimientos físicos y mentales sin posible límite, el teniente de navío Albarrán, comandante de la *Sebastiana*, le andaba a escasas varas, con el negativo añadido de su extraordinaria querencia por los caldos caribeños de fuerza a toda hora del día.

En contraposición a la opinión expuesta sobre los dos comandantes citados, el teniente de navío José Aldana, comandante del bergantín *Potrillo*, mostraba las trazas que todo jefe desea observar en sus oficiales subordinados. Y aparte de otras características que mucho lo agraciaban, era de tener en cuenta su probada experiencia en las costas del mar del Sur, al haber rendido derrota desde Valdivia, en las costas meridionales del reino de Chile, hasta el puerto de La Habana. No obstante, acabó por pesar más en mi decisión las posibilidades físicas de la fragata. Pero, como decía mi mayor general, nada quedaba cuajado con argamasa de fuerza. Porque siempre se podía cambiar la torta y enmendar la decisión tomada en cualquier momento para mudar la insignia a otro buque, si así lo consideraba adecuado.

Aquel primer día a bordo giramos visita rápida de inspección a los tres buques encuadrados en la división bajo mi mando. No encontré ningún detalle negativo que no esperara alumbrar en mis pensamientos. Pero tampoco nada que elevara las cuerdas en positivo por encima del monto habitual, una esperanza que siempre se mantiene guardada en las tripas. De forma especial, estimaba difícil identificar a la fragata *María Cecilia* como una unidad propia

de la Real Armada, lo que me hería muy a fondo. Y ahí fue donde más hiqué los dientes. Porque no eran admisibles uno y mil aspectos muy habituales en los buques del comercio, que se debían desterrar de inmediato. Parecía imposible creer que tanta mandanga bullanguera como la formación de las chilleras en perno libre, el trincado de los cañones a la volta, el adujado de la cordelería de labor y cien detalles más se pasaran por alto por un mando cualificado, como debe ser un capitán de fragata. Así se lo expuse a Emilio Mondragón con fuego de chispa en los ojos, e inmediata orden de que se alistara todo de quilla a galleta a la velocidad del disparo, de acuerdo con nuestras inquebrantables normas de actuación.

En cuanto a la corbeta *Sebastiana*, puedo declarar que mucho añoré las características de la corbeta *Mosca*, que mandara años atrás. Y en este caso no podía cargar los tintes negros en defectos propios de su construcción o negativo mantenimiento, sino en el ingeniero que la proyectara, posiblemente en un momento de grave enajenación temporal. Porque si una corbeta puede presumir de algún detalle sobre otros buques de parecido porte es en su alistamiento de bandas, limpieza de pasamanos y sencillez de manejo en su jarcia de labor, unas condiciones que no aparecían ni por asombro. No me cabía duda de que tales peculiaridades la habían llevado a pasar de forma definitiva bajo el mando del capitán general de La Habana. Sin embargo y para mostrar alguna prenda atractiva, su artillería presentaba un inmejorable aspecto.

Por último, el bergantín *Potrillo* me entró de cara desde el primer momento, al punto de poder asegurar que se trataba de la única unidad bajo mi mando de la que me podía sentir orgulloso. Y el punto que más sobresalía de todos era la solidez en su construcción, el excelente estado de casco, arboladura, jarcia de fuerza y aparejos. Sin olvidar la artillería claramente inglesa, con ocho cañones de a 12 con pistolete marcado en pernos y ocho benditas carroñadas de a 8. Una unidad ideal para llevar a cabo un ataque a corta distancia y chamuscar ideas. No debemos olvidar que las piezas artilleras inglesas, como ya era conocimiento general, se construían con un material de la mejor calidad. Parece que en esa tecnología metalúrgica tan secreta nos adelantaban por lustros. Tanto así, que se aseguraba sin dudarlos que doblaban en velocidad de salida de la bala por la boca del cañón al resto de las piezas de las demás marinas del mundo. Con ello, su poder destructivo era, al mismo tiempo, más elevado.

En cuanto a elementos generales que afectaran a las tres unidades, estimaba escaso el cargo de víveres y pólvora, este último un dato

preocupante si debíamos afrontar amenazas. Pero ya Burdich tomaba nota de las diferentes mermas que debía presentar al comandante general del arsenal y al mayor general de capitanía para eliminarlas en lo posible. Pero lo que clamaba en cuadros de luto por los cuatro puntos del horizonte era la escasez de personal, especialmente en el apartado de marineros y grumetes. Bien es cierto que se trataba de una vereda trillada en doble paso a la que era difícil acostumbrarse. Porque en verdad que ni la quinta parte de los embarcados podían declararse hombres de mar con una mínima competencia. Incluso en el apartado de los oficiales de mar corríamos al límite la madeja. Para rematar el listado, el capellán asignado a la división exigía prebendas como si hubiera embarcado en un navío de tres puentes, por lo que debí rebajar sus expectativas personalmente y con bigotes alzados. No obstante, se presentaba un aspecto de la mayor importancia, un lunar que no podía admitir. Necesitaba un piloto de altura con suficiente experiencia que conociera a fondo las costas de Tierra Firme, así como las del cono Sur americano en sus dos vertientes. Decidí entrar en súplica al capitán general por si podía aliviarme en aquel aspecto que consideraba trascendental.

Sin ofrecer descanso a los hombres de mi mayoría, al día siguiente embarqué en la lancha de la *María Cecilia* para pasar a los buques mercantes en los que deberían embarcar las tropas del Ejército. Las dos fragatas, de escaso porte, mostraban las habituales características de las de su clase y, en general, buena disposición para la mar. Los paquebotes también entraban en línea, aunque se tratara de unidades con escasa posibilidad de arranchamiento para personal. Burdich estableció el plan para distribuir a la tropa embarcada de forma equitativa. Y como no cuadraba la peonza por mucho que se la cobrara de una y otra parte, decidimos rellenar la carga de hombres y armamento en la *Sebastiana* y la *María Cecilia*.

La primera semana se presentó, como había previsto, de ronda desbravada. Porque los problemas comenzaron a aparecer día a día y en vuelo de cometas. No era fácil discutir con el comandante general del arsenal, un aspecto en el que echaba de menos a su antecesor. Menos mal que, gracias a mi condición de jefe de escuadra con insignia izada, no podía entrar el muy culebrón en trazas de retortero, condición que no le habría admitido. Por fin, el tercer paquebote asignado a la expedición arribaba a La Habana desde Boston sin problemas aparejados ni necesidad de composición. Y con notable felicidad comprobé que eran ciertas las noticias avanzadas por sus compañeros. Pero cada mañana aparecía en la mayoría alguna nueva petición,

un conjunto de mermas que, en su mayor parte, eran de muy difícil o imposible solución.

Mantuve la primera audiencia con el general Apodaca a lo largo de la segunda semana, cuando ya el cuerpo comenzaba a acoplarse a la jaula de grillos. Le expuse en líneas generales y con cierta ligereza algunos de los problemas de los buques aprestados para la expedición naval, pero sin entrarle a fuerza del detalle en ningún momento. Porque no era de ese aljibe del que debíamos rellenar los cántaros. Sin embargo, entré a saco en dos aspectos que consideraba de la mayor importancia. Por una parte, la necesidad de que el mariscal de campo Baltázar nos hiciera llegar de una putañera vez la relación puntual y definitiva del personal y su armamento que deberíamos embarcar, así como todos los detalles para llevar a cabo la distribución definitiva entre las diferentes unidades. Pero advirtiéndole seriamente, una vez más, de la extrema conveniencia de embarcar su racionamiento propio. Por último y como petición personal, elevé rendida súplica al general sobre la urgente necesidad de contar con un piloto experimentado que se agregara a la mayoría general. No era juicioso que me manejara por tantas costas, muchas de ellas desconocidas, con pilotines^[40] barbilampiños.

—Vamos, Santiago, no olvides a los capitanes de los cinco mercantes, que habrán navegado por esas aguas en repetición.

—Ya lo había pensado, señor, y se trata del último anclote a fondear por mi parte. Pero, en mi opinión, no debe encontrarse el general en manos de capitanes mercantes que, en cualquier momento, pueden faltar. Y, con absoluta sinceridad, las costas de San Blas me son completamente desconocidas.

Me miró con cierta severidad, para acabar esbozando una alargada sonrisa.

—Me has entrado por la retambufa como un lagarto mantero, bribón. Pero tienes toda la razón en este particular caso. Como es tanta la penuria en la que nos movemos, acabamos por olvidar detalles de extrema importancia. No te preocupes. Déjalo de mi mano. Intentaré resolverte el problema.

Por fin y tras varios intentos, conseguí entrevistarme con el mariscal de campo Baltázar, que mandaba en las tropas del Ejército destinadas en la isla de forma permanente. Pero también como responsable de los que, en situación de adiestramiento y espera, quedaban bajo su responsabilidad, precisamente los que deberían embarcar con dirección a Cumaná y El Callao. Pronto comprendí que el problema principal que sufría era el de la selección de los mandos, insuficientes en dichas fuerzas, por lo que debían ser nombrados

entre el personal fijo de La Habana. No se trataba de un tema específico en el que debiera entrar, que mi única responsabilidad era su transporte en las debidas condiciones. No obstante, Baltázar me hacía partícipe de sus dudas, como si solicitara mi parecer. Pero, tras diversas conversaciones, que estimé de mamparos cerrados, conseguí que en los primeros días del mes de febrero quedara todo el plan convenientemente embastado y el personal listo para embarcar, previo envío de la correspondiente orden con dos días de antelación.

En la segunda semana del mes de febrero, ofrecí personalmente al general Ruiz de Apodaca la novedad de encontrarse la división bajo mi mando lista para salir a la mar. Y aunque todavía no se había recibido su nombramiento como virrey de Nueva España, ya calzaba espuelas en dicho sentido.

—¿Estás contento con tus buques y los de transporte asignados, Santiago? Y no me andes con badana floja de ida y vuelta.

—Bueno, señor, como no se le puede pedir a un pastor de monte que eche las redes de pesca en la bahía, puedo contestarle que todo se amolda a las previsiones generales. En cuanto me autorice a salir a la mar, en dos días se embarcará el personal del Ejército y abandonaré La Habana para cumplir con la misión impuesta. Y puede estar seguro de que, si los cielos no se cierran a la contra, la cumpliremos en bastos.

—Así me gusta. Estoy convencido de que otro jefe de división me habría elevado una y mil peticiones rastreras que, en su mayor parte, no podría satisfacer. Soy plenamente consciente de cómo se encuentran tus buques y los mercantes de transporte, con más detalles de los que puedes imaginar. Pero no deberás encontrar oposición naval importante, salvo algún contratiempo a la altura del Río de la Plata, y quizás también en la zona sur de las costas de Chile. Pero tú a lo tuyo, que es arribar a El Callao con el personal embarcado. Nunca se debe olvidar la misión principal, aunque debas aparentar la blanda en su beneficio. Ofrece el necesario resguardo a esas costas y no busques jarana de gloria, que no es el caso, y sería nefasto para los intereses nacionales. Ya hemos perdido algunas unidades por el sur chileno, algunas de forma un tanto vergonzosa, y no debe repetirse. Todo ello sin contar con... sin contar con la posible y probable persecución de buques rebeldes que deberás efectuar hacia el norte —volvió a exhibir una sonrisa.

—Todo se encuentra previsto, señor. Le limpiaré de malditos la costa occidental de su virreinato antes de regresar a La Habana. Es muy posible que, tal y como salgo a la mar en bodega, deba hacer víveres en algún puerto de Nueva España.

—Ya te he entregado poderes para ello. Hazlo sin restricción alguna, dentro del molde.

—Y se me olvidaba, señor. No sabe cómo le agradezco el embarque de don Faustino Bermúdez.

—Eso me ha costado lingotes de oro y sudores fríos, amigo mío. Puedes estar seguro de que se trata de un extraordinario piloto, así como de un hombre leal y de la máxima confianza. Menos mal que andaba bajo mínimos en su economía familiar, con bastantes pagas atrasadas, y ha aceptado mis condiciones. Se trata, sin duda, de un piloto con bastantes años a la espalda. Pocos como él conocen las costas americanas. Incluso estuvo destinado en San Blas y navegó por las aguas heladas.

—Ya me lo ha contado. No llegó a coincidir con mi padre por escasos meses. Por cierto, señor, como sé que le gusta andar por sus dominios, espero que coincidamos en alguna ocasión por San Blas o Acapulco.

—No sería de extrañar. Porque, en efecto, limpiaré personalmente Nueva España de esos malditos revolucionarios, y pisaré cada rincón de aquella hermosa tierra si es necesario. Por último, puedes salir a la mar cuando lo estimes oportuno.

—En ese caso, señor, avisaré al mariscal de campo Baltázar para que lleve a cabo el embarque de sus hombres con la mayor rapidez. Me dijo que la expedición del general Morillo llegaría a las costas de Cumaná en cuatro o cinco semanas, y deseo ser yo quien lo espere allí.

—Me parece muy bien. Bueno, Santiago, que nuestra Señora del Rosario, la insigne Patrona, te beneficie con vientos bonancibles, mares de orden y mucha suerte en el empeño, una condición que siempre se necesita sobre las aguas. Espero que volvamos a cruzar derrota algún día, en Indias o en la Península.

—También yo, señor. Una vez más, le agradezco todas las bondades recibidas de su mano. Y puede estar seguro de que intentaré cumplir con las obligaciones impuestas hasta rizar las llamas.

—Estoy seguro de que así será.

Abandoné Capitanía tras despedirme del brigadier Maldoso y desearnos suerte mutuamente en nuestros futuros compromisos profesionales. Y sin más encomiendas, desde la mayoría general de mi división se le ordenó al mariscal de campo Baltázar que sus hombres embarcaran en la mañana del diecisiete de febrero, para abandonar La Habana dos días después.

Como tenía previsto, los cinco buques mercantes enmendaron el fondeadero al arsenal para que mi mayor general pudiera dirigir con mayor

facilidad la distribución y embarque del personal. Y aunque con la experiencia que me concedían casos similares dudara seriamente de que se pudieran cubrir en una sola jornada los objetivos previstos sin problemas añadidos, caía el sol de lleno en el día señalado cuando comandantes y capitanes me ofrecían la novedad de que sus respectivas unidades se encontraban listas para salir a la mar. Una vez confeccionados los estados de fuerza por Burdich y enviados a Capitanía, quedamos en paz tras varias semanas de las que pueden descabezar a cualquier genio. Me dirigí a Ignacio Burdich, que había llevado a cabo, con el ayudante Horcajada, un trabajo extraordinario.

—Enhorabuena, Ignacio. La exigua mayoría de la que disponemos ha llevado a cabo un trabajo formidable y en un tiempo muy escaso. Haz la felicitación extensible a tus hombres. No creía posible que quedáramos hoy listos de verdad para salir a la mar. Y todavía nos sobra una jornada completa, un descanso merecido.

—Crucemos los dedos, señor, que siempre aparece alguna bicha negra en el último momento. Pero estoy satisfecho y le agradezco sus palabras. Todo presenta su camino, más o menos torcido. No podemos decir que abandonemos La Habana con ramos de flores a bordo en cuanto a las dotaciones, pero estimo que podremos cumplir nuestro cometido. Especialmente, si es cierto que podamos rellenar de víveres en alguno de los puertos del norte... —Burdich bajaba el tono de su voz, como si entrara en un tema altamente pecaminoso.

—Tengo la palabra del capitán general y sus delegaciones por escrito. Lo conozco bien y no es hombre que enmiende promesas, salvo grave contingencia. Bueno, dejemos que las tropas se acomoden a sus nuevas posadas y prepara todo para salir a la mar en las primeras horas de pasado mañana.

—En cuanto a la formación de los buques durante el primer trayecto hasta Cumaná, señor, ¿adoptaremos alguna determinada?

—Debes saber, Ignacio, que, en todo lo que sea táctica naval, me baso al ciento en la magnífica obra de don José de Mazarredo. Me refiero a ese tratado que, con inesperada modestia, porque no gozaba el gran marino vasco de ese especial don, titulaba: *Rudimentos de Táctica Naval para instrucción de los Oficiales Subalternos*. Ya sé que algunos oficiales opinan que se trata de teorías superadas por el paso del tiempo. Pero quienes de esa forma alegan, se ciñen solamente a que tan magnífica obra fuera escrita por nuestro gran táctico en 1776, en el empleo de teniente de navío. Pero lo cierto es que tales

disquisiciones no han sido superadas por nadie hasta hoy y, en mi opinión, se encuentran vigentes. Es más, con posterioridad y en los cuadernos de señales de algunos jefes de escuadra se añadían formaciones y recomendaciones que, sin decirlo, habían sido extraídas por completo y al pie de la letra de la citada obra. Te repito que nadie las ha superado. Mira, Ignacio, el general Mazarredo sería afrancesado, desde luego. Es cierto que sirvió al rey impuesto, pero nadie le puede negar su patriotismo y que fuera el mejor táctico de la Armada a lo largo de su historia.

—Estoy de acuerdo, señor. Según solía narrar mi padre, que en paz descansa, mucho sufrió el general Mazarredo de mano de don Carlos el Cuarto y de don Manuel Godoy. Y de forma muy injusta. Aunque sea triste solamente pensarlo, a causa única de su permanente sinceridad. Además, el trabajo que menciona sigue siendo, precisamente, la herramienta básica en los cursos de formación táctica para los oficiales de guerra.

—Por supuesto. Pero entrando en nuestro tema, no debemos olvidar que en esta especial ocasión formamos una división heterogénea y con cinco buques mercantes de dudosa maniobrabilidad. Pero, para no forzar voluntades, mi intención es abrir derrota a bordo de la *María Cecilia*. A continuación, los cinco mercantes formarán en dos columnas, con dos cables de distancia entre columnas y uno solo entre matalotes.

—Lo que viene a ser el quinto orden de marcha, expuesto en la citada obra de don José de Mazarredo.

—En efecto. Pero no quiero apretarles en exceso, una condición que tanto incomoda la navegación. Concedámosles cierta libertad, sin que se produzca un mínimo desmadre en ningún momento. No debemos olvidar la posible presencia de corsarios, bien sean caribeños, franceses o de esos malditos estados americanos del norte, que mucho entran a la brega, como sufrí a bordo del navío *Asia* pocos meses atrás. No podemos permitir que ninguna unidad quede descolgada. Por esa razón, la *Sebastiana* cerrará la formación a popa mientras el *Potrillo* maniobra con absoluta independencia, preparado para dar aviso de que algún mercante quede atrasado o le surjan problemas de cualquier tipo.

—Muy bien, señor. Tan sólo le recuerdo que los cambios de viento complicarán las maniobras en buques no habituados a mantenerse en posiciones relativas.

—Sin duda. Es bien sabido, Ignacio, que la Táctica Naval no presenta otra dificultad que la de restablecerse en formación cuando la destruye la variedad del viento. Ahí se encuentra el meollo básico y central. Quien sea capaz de

hacerlo, podrá gloriarse de cabal evolucionista. Pero también don José de Mazarredo analizaba en su obra todas las posibilidades, desde el hecho de mantener una línea de bolina por alargarse el viento, cuando se ha perdido el barlovento, y todos los diferentes casos. Pero no será el problema en la ocasión. Tan sólo intento que formemos un grupo compacto y que nos sea posible, llegado el momento, prestarnos apoyo mutuo, esa asignatura en la que no sobresalimos a menudo a lo largo del siglo pasado. De esa forma, no seremos atacados por buques alistados al corso, que siempre esperan alguna vaca rezagada para ofrecerle el mordisco de muerte.

—Comprendido, señor.

—Por cierto, me dijiste que preferías que, de los buques mercantes, la fragata *Remedios* quedara encajonada entre sus compañeros. ¿Dudas de su capitán o del oficial embarcado?

—En principio, señor, no creo que aparezcan problemas a bordo de los mercantes. Los cinco oficiales de guerra que han embarcado en ellos para su control, con una sección de soldados de Marina, deben ser más que suficientes para mantener el orden y la disciplina. También sus capitanes, pilotos y maestros son de confianza. Pero en esa fragata aparece demasiado marinero y grumete con rostro de presidiario y miradas torcidas. Y así me lo corroboró el capitán, que poco fía en sus hombres. Más vale mantenerla en vigilancia que lamentarse después.

—Muy bien. Como parece que el más lento será el paquebote *Barcadio*, a él deberemos ajustar el andar de la formación. En cuanto a posibilidades reales de bolina, ya veremos cómo se cuece el pastel.

—También los paquebotes serán los menos propicios a ceñir, señor. No creo que El *Barcadio* y el *Estrellado*, con sus bodegas en rondo, puedan bolinear con menos de seis cuartas de viento. Y ya de entrada, si se mantiene el soplo del sudeste como en los últimos días, deberemos comenzar con el primer bordo largo en cuanto doblemos el extremo occidental de la isla.

—Por esa razón quería salir a la mar cuando antes. No me gustaría que arribara el general Morillo a las costas de Cumaná y pase a tierra, antes de entregarle nuestro obsequio. Desearía saludarlo personalmente antes de continuar la necesaria navegación hacia el sur —recordé un dato importante que debía comunicar a mi mayor general—. Por cierto, Ignacio, no cuentes conmigo esta tarde. Debo asistir sin falta a una despedida.

—¿De alguna autoridad, señor?

—Particular en la residencia donde moraba hasta ahora. La viuda de Arcans desea ofrecerme una última cena que, entrado en sinceros, poco me

apetece. Pero no puedo negarme tras haberse comportado conmigo como una querida parienta de sangre. Por cierto, ¿me conseguiste el encargo...?

—Por supuesto, señor. Una mantilla filipina fabricada con la mejor seda china. Eso comentó una señora a la que mucho respeto y es amiga de mi familia. Y debí pagarle una verdadera fortuna. Nunca vi tanta moneda en un mismo paquete. La tiene preparada en su cámara.

—Muy bien.

Por gracia de los cielos y aunque hubiésemos atravesado momentos de duda y grano negro, todo se encontraba preparado para salir a la mar y cumplir con nuestra misión. Y si de algún aspecto concreto me felicitaba y enorgullecía era del personal de la mayoría general y de la oficialidad del bergantín *Potrillo*. Por desgracia y a la contra, me había tocado en el sorteo el guijarro más negro. Porque si ya mi capitán de bandera^[41] era capaz de sacarme de quicio con extrema facilidad, los oficiales bajo su mando tampoco cuadraban a un mínimo rasero de constancia y espíritu de mar. Por su parte, la corbeta *Sebastiana* se movía entre dos aguas, aunque tampoco mostrara demasiados tarros de luz en la noche. De todas formas y sin entrar en batida de cornetas, me sentía satisfecho porque, con mayor o menor acierto, dábamos con la operación avante. Bien es cierto que, en las siguientes semanas, la gran señora de los mares dictaría su sentencia propia. Pero nadie nos podría arrebatarnos la dulce sensación del deber cumplido, ese sentimiento de felicidad por haber aportado hasta la última gota en el empeño.

* * *

Mucho se sorprendió Alicia cuando le hice entrega de mi obsequio de despedida. Había esperado a dar término al extraordinario ágape ofrecido en mi honor. La dueña parecía haber apuntado con todo detalle, a lo largo de mis muchas semanas de estancia en su morada, las viandas que más ensalzaba y todas ellas aparecieron sobre la mesa. Y aunque solamente éramos dos los asistentes, se sirvieron alimentos para cubrir la necesidad de toda una compañía. Ni que decir tiene que los vinos rebosaban salud, especialmente uno rojo y espeso de la Mancha española, que debía reponer la sangre del hombre con salud más arruinada. Y, como especial colofón, un aguardiente de caña y el ron cruceño que avivaba los sentidos a concierto de espuelas. Alicia desplegó la mantilla sobre sus hombros con evidentes signos de felicidad.

—Le seré sincera, señor de Leñanza. Jamás soñé con disponer de una mantilla de tal categoría para mi uso particular. Se trata de una prenda

maravillosa, más propia de reina o emperatriz. No debía haber gastado tanto en mi humilde persona.

—Lo merecéis más que ninguna otra mujer, señora mía. He vivido unas semanas como en morada propia y con extrema felicidad. Y solamente a vos os lo debo. Además, mucho le agradezco los bocoyes de ron cruceño que me envió a la fragata *María Cecilia*, donde han sido estibados con cerraduras de real tesoro.

—Nada en comparación con esta prenda única —reapasaba con sus manos la pureza de la seda.

—No sé cuándo volveremos a cruzar camino, Alicia. Es posible que, a mi regreso a La Habana, le haga una visita de cortesía.

—Se lo exijo. Pero también yo tengo un especial presente para vos.

Ya la noche había caído y, como de costumbre, habíamos quedado en el saloncito privado en solitario, mientras tomaba una última copa y Alicia me acompañaba en una nueva excepción. Creo que comprendí en escasos segundos el significado de sus palabras. Solamente en una ocasión había observado aquel mohín de tierna frescura en su boca y era imposible olvidar por mi parte los acontecimientos que se habían sucedido a partir de aquel momento. Pero me mantuve en facha y dulce espera de lo que, estaba seguro, llegaría a continuación.

—Supongo que os aguardan muchos meses de mar.

—Así es. Siempre dependemos de la mar y sus especiales condiciones, pero deberemos navegar una ingente cantidad de millas y por parajes que no siempre aparecen con la deseada beatitud.

—Muchos meses sin ver a una mujer.

—Bueno, señora mía, a veces no es suficiente con verlas. Especialmente cuando nos encontramos ante alguna de extrema belleza, como la suya.

—Ya probasteis de la miel en una ocasión, Santiago —de nuevo aparecía la sonrisa tentadora en su boca, al tiempo que movía los hombros en vaivén con juvenil descaro—. Bueno, sería más correcto decir que esa golosina la probamos los dos.

El que me llamara por mi nombre en inesperado tuteo eliminaba cualquier duda. No obstante, me mantuve en orden y a la espera.

—Una inolvidable vez, al menos para mí. Puedo decirte, Alicia, si me lo permites, que jamás en la vida disfruté con una mujer como...

Alicia se había movido hasta sentarse a mi lado y casi en contacto. No pude acabar la frase porque me lo impidió la presión de sus dedos sobre mi boca.

—Te dije que deseaba fervientemente una noche que pudiera recordar durante mucho tiempo. Y lo conseguí hasta cruzar los montes en vuelo de cometa. Parece que la conexión fue perfecta. Porque jamás un hombre me había hecho sentir como lo conseguiste tú en esa noche, que ya se me pierde en los tiempos pasados. Con motivo de una despedida como esta, que puede ser definitiva, creo que sería oportuno que...

No permití que rematara una frase con final conocido. Por el contrario, la tomé entre mis brazos y comencé a besar con pasión su boca que ya esperaba, entreabierta, el concierto de luces. Sentí cómo se estremecía cual enfermo que necesita el alivio del láudano y acaba por recibirlo. No obstante, consiguió enhebrar alguna frase.

—No sabes lo que he debido luchar para no caer cada noche en este maravilloso ejercicio, Santiago. Pero ya es llegado el momento de disfrutar a fondo y por última vez. Quiero volver a ver las estrellas.

—Disfrutaremos de nuevo entre las estrellas, desde luego, pero no sabemos si será la última o la penúltima vez, querida. La vida corre como la mar, a su gusto y capricho.

En pocos segundos nos movíamos hacia su alcoba con la misma urgencia y pasión desatada que nos forzara en barras durante la primera ocasión. Y si había supuesto que jamás cruzaría la raya del placer alcanzado, la atravesé libre de cadenas, lanza en ristre y sin coraza, para fundir nuestros cuerpos en un solo bloque sin admitir una mínima pulgada de separación.

Cuando acabamos nos dejamos caer al desgaire, desmadejados como reliquias al sol. Y entre mis pensamientos comprendí que siempre consideraría a la ciudad de La Habana como la perla antillana del placer, una definición ganada por derecho propio.

* * *

Pasé la última jornada en la ciudad de La Habana recuperándome de los dulces embates sufridos en el palacete Arcans. Sin embargo, aunque flojo de carnes, me sentía relajado y profundamente feliz. Tan sólo la visión del tonelete de carne, como denominaba en mis adentros al capitán de fragata Mondragón, podía nublar tales sensaciones de placer. De esta forma, me mantuve en la cámara hasta la hora del almuerzo, que me sirvió Barbate con su sombra pegada a los talones. Y como el cojitranco mostraba rostro de máximo contento, le entré con las preguntas que, estaba seguro, esperaba escuchar.

—Por la expresión de tu cara, Barbate, me parece deducir que has conseguido buenos elementos para mi despensa particular.

—Y que lo diga, señor. Todo de la mejor calidad y a unos precios muy asequibles, dentro de las tarifas que esos marchantes carroñeros imponen por esta isla.

—¿Nada ha faltado de la lista?

—Bueno, señor, tan sólo me ha fallado un habanero truhán con las paletillas de cordero, al proporcionarme algunas menos de las prometidas. Parece que se trata de un animal que no consiguen adaptar en orden a esta bendita tierra. Pero puede estar contento, que de nada le faltará en muchas semanas. Y como aspecto fundamental, disponemos de su imprescindible café, el mejor que se pueda encontrar en las Indias, con saquetes suficientes como para alcanzar la circunnavegación de la tierra.

—Muy bien, Barbate. Mucho café necesitaré en esta misión.

—Lo tendrá, señor.

—Por cierto, ya sabes que, en ningún momento, ese cocinero de equipaje con cara de malaje y manos abombadas debe tocar una sola de mis comidas.

—Lo debería hacer por encima de mi cadáver y de mi espíritu, señor. Y ya sabe que guardo la afilada gumía de Okumé a buen resguardo —me ofreció una sonrisa de complicidad al señalar su fajín abombado—. Como de costumbre, solamente yo me ocuparé de sus viandas. Y supongo que mantendrá las demás costumbres en cuanto a mis obligaciones.

—El que haya sido promovido a jefe de escuadra y mande una agrupación naval no me ha cambiado un solo pelo del cabello, rapaz. Todo seguirá exactamente igual a cuando mandaba el navío *Asia*. Y si te refieres en concreto al gobierno de la falúa, cuando yo embarque solamente tú te situarás a la caña.

—Se lo agradezco, señor. Por cierto, desearía decirle que Guanche es un buen chico y aprende su oficio con rapidez. Aunque le coma la vergüenza y sufra al hablar, puede confiar en él a cientos.

—Ya lo sé. Tiene un buen maestro.

—Como yo lo tuve con Okumé, señor.

—En efecto.

A últimas horas de aquella tarde, cuando el sol comenzaba a ocultarse tras la cordillera y los perfiles se difuminaban poco a poco, divisé la bellísima ciudad de La Habana en la distancia. Intenté repasarla con especial lentitud y placer.

Muchas variantes habían entrado en mi vida por aquella ciudad. Comenzando por la nota recibida desde España en la que me anunciaban los tristes sucesos que me obligaron a romper la promesa dada a Beatriz, hasta el regreso posterior desde Veracruz con el alma partida y esta nueva resurrección de mi vida en la mar, una condición que necesitaba como el náufrago el agua. Comenzaba una nueva etapa con entera felicidad, aunque todavía a veces las imágenes que podían producir dolor aparecieran en la noche. Pero estaba seguro de que la brisa de la mar, ese bálsamo inigualable, podría acabar de rematar la cadena en chicote de seguridad.

10. El mar de las Antillas

Cuando el sol levantaba cresta y comenzaba a forzar los reverberos del infierno, podía divisar nuestra perla antillana por la aleta de estribor en la distancia, bendita y recogida concha de luz con reflejos de mil colores. Abandonaba La Habana, una ciudad que siempre mantendría con dulces fogonazos de placer en mi corazón, y no me refiero solamente a los relativos a la carne sensual y trémula. Aunque blancos y negros hubiesen entrado en la misma bolsa al concierto, no podía elevar muchas quejas de los días atravesados en buena compañía y con noticias de relumbrón. Y a los hechos finales podía remitirme. Porque abandonaba su costa al mando de una expedición naval con derrota hacia las aguas de la llamada como *Terra Incógnita*^[42] pocos años atrás. Y soñaba con esa zona de las Altas Californias, descubiertas por hombres de la Armada antes de que llegaran las expediciones británicas y francesas de lo que suelo denominar como sencillas operaciones de redescubrimiento y rebautizo. Se presentaba ante mí una hermosa y casi completa circunnavegación del continente americano, una empresa que abordaba con todo el entusiasmo de mi alma.

En los primeros momentos fuimos bendecidos por la suerte. Aunque necesitáramos la faena en auxilio de lanchones del arsenal y alguna lancha propia, y nos alejáramos hacia el norte con evidente desorden, pudimos establecer la formación de marcha con mayor o menor exactitud un par de horas después. Y sin perder un minuto, ordené aproar a poniente con objeto de costanear con prudencia el resto de la costa septentrional cubana, para doblar posteriormente en conveniencia. Y para esta primera etapa se nos acolchó el viento a favor de damas, un sudeste fresco que nos permitió colocar a cada buque en su sitio y que comenzara a funcionar el sistema establecido, aunque debiéramos llamar la atención a más de uno y de forma repetida en los primeros momentos.

Como derrota base había establecido, mano a mano con el piloto Faustino Bermúdez y mi mayor general, costanear sin suspiros la costa norte cubana para, una vez doblado el cabo San Antonio, aproar con rumbos de componente sudeste y leste-sudeste hacia el extremo oriental de Costa Firme. En primer lugar, proa firme entre la isla del Gran Caimán y el bajo Misterioso, con suficiente resguardo a ambos accidentes. Posteriormente, una vez tanto avante con la isla de la Jamaica, forzaríamos proa a babor con rumbo hacia Cumaná. Y era mi intención entrar de norte a sur por las islas de Sotavento.

Cuando doblamos el espigón cubano occidental, debimos comenzar el primer bordo de mérito, forzados por el viento del sur con tientos largados a poniente. Corrimos la proa hasta alcanzar el límite de la bolina de los mercantes, una primera y necesaria aclaración de posibilidades con vistas al futuro. Y, para mi propia sorpresa, pude comprobar que una fragata mercante, la Soledad, ceñía una cuarta más que el buque insignia, mientras los paquebotes, especialmente el Barcadio, nos entraba en pérdidas de cuadra de forma casi continua. Poco a poco, este buque se convirtió en un lastre incómodo y pesado, sin que se le pudieran avistar mayores posibilidades. Y como tenía que entregar al general Morillo dos de las unidades mercantes, no dudaba que el putañero Barcadio sería el primer elegido en bolsa de especial obsequio. No obstante, dudaba todavía respecto a quién sería María como su acompañante.

Conforme progresamos hacia el sudeste, el viento se entabló en sudoeste, aunque su fuerza tontoneara demasiado entre fresco y fresquito. Y cuando disminuía hasta la lumbre, sufríamos un poco más, como era de prever. A pesar de tales condiciones, fueron escasos los momentos en que debimos avisar con estricta seriedad a alguno de los buques, manteniendo el grupo compacto dentro de ciertos límites. Sin embargo, mi mayor general, de acuerdo con los calentones propios de su edad, deseaba atacar con órdenes de bizarro y hasta sugería la posibilidad de entrar a saco y organizar algún escarmiento. Pero no llegaba la tabla a esa altura, por lo que calmé sus ardores.

—No exageremos la badana, Ignacio. Recuerda que los buques mercantes son muy independientes. Están acostumbrados a navegar a su aire y sin que nadie les ordene rumbos ni proas de conveniencia. No es fácil cambiar el paso de toda una vida en unas pocas jornadas.

—Lo comprendo, señor. Pero al capitán del Barcadio le hemos ordenado, por tres veces en el mismo día, que atienda más a la exactitud de su rumbo y

elimine las bolsas de viento que le afloran a su bordo como pensamientos. Si, además de no ser capaz de ceñir una miserable cuarta, mantiene guiñadas de mula y bracea a ojos muertos, no llegaremos jamás a Costa Firme.

—Llegaremos, puedes estar seguro. Estimo que llevamos una agradable ventaja a las posibilidades de las fuerzas de don Pablo Morillo y no nos acucia de momento la urgencia. Ya he dicho que desearía arribar a Costa Firme antes de que lo haga su expedición, porque me gustaría cruzar algunas palabras con el general antes de que pase al continente. Pero tampoco nos constriñe fecha ni lugar por enteros. En cuanto a ese puto paquebote que nos cayó en la bolsa, podemos otorgarle unos días más de confianza. Pero si persiste, le entraremos a turbonada, no lo dudes.

—Muy bien, señor —contestó el mayor general con escasa convicción.

—Por cierto, don Faustino —ahora me dirigía al piloto mayor, retranqueado en la timonera—, ¿por qué se denomina al bajo Misterioso de esa forma? ¿Acaso se espera encontrar en sus aguas algún día un tesoro perdido?

—Son varias las teorías corridas con el paso de los años, señor. Y ya sabe que la gente de mar es muy dada a dejar volar la imaginación y crear misterios donde no los hay. Personalmente me decanto por la más natural y repetida. Creo que, a pesar de conceder una sonda más que suficiente para cualquier buque en la bajamar, se han perdido en él una fragata mercante, la Gaditana, y un paquebote inglés. Pérdidas que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XVIII, por lo que no les concedería excesivo rigor en cuanto a su situación. Pero por más que se sondan sus aguas por buques dedicados a la hidrografía, españoles e ingleses, nunca se encontró la prueba y aparece agua abundante a disposición.

Puede ser como esos vigías^[43] marcados en las cartas tras algún penoso accidente, que nunca vuelven a aparecer.

—Los he vivido en mis propias carnes. Recuerdo que, cuando mandaba la fragata Proserpina y navegábamos desde la bahía de Río de Janeiro al Plata, nos mantuvimos bastantes horas buscando el famoso vigía Medeiros. Había sido avistado por primera y única vez por un comandante cualificado en 1805, con latitud sur de 25 40 y longitud oeste de 38 40^[44]. Y pasamos muy cerca de dicha situación durante el tiempo suficiente, con mar llana y excelente visibilidad, sin poder certificar su existencia, condición que se ha repetido con el paso del tiempo en más de una ocasión.

—Son demasiadas las notas que llegan a nuestro depósito hidrográfico y algunas observaciones no siempre son acertadas. Estimo que el error más

habitual se produce al establecer la correcta situación.

—Estoy de acuerdo. Pero en esta ocasión y por si acaso, pasaremos a bastante distancia de ese banco Misterioso.

—Desde luego, señor.

—En total deberemos navegar unas dos mil millas en esta primera etapa, ¿no es así?

—Más o menos, señor. Podía haber escogido el general Morillo algún punto de la costa más a poniente. Porque Cumaná se nos aleja mucho hacia el leste.

¿Conocéis esa costa?

—En efecto, señor. Fondeé en Cumaná unas tres o cuatro ocasiones. Normalmente, entraba por la fosa del Cariaco, aunque la última vez, a bordo de la goleta Pastora, costaneé a la vista entre la isla Coche y la de Margarita. No se presentan problemas graves para la navegación si se mantiene un mínimo de prudencia.

¿Se retranquea la ciudad de Cumaná mucha distancia hacia tierra adentro?

—Media milla más o menos, señor. Se encuentra emplazada a orillas del río Manzanares. Los llanos de todo el golfo de Cariaco se extienden unas diez millas tierra adentro, donde comienzan cerros de importancia.

¿Plaza bien defendida?

—Poco, señor. Tan sólo recuerdo el castillo de San Antonio, que defiende directamente la ciudad desde su falda occidental. También aparece en la ladera sudoccidental el fuerte de Santa María, de menor protección.

Saben quienes bien me conocen que ha constituido una de mis obsesiones conocer con detalle la historia y características de los puntos por los que navego, o a los que me dirijo en mis navegaciones. También intento que los oficiales bajo mi mando los reconozcan y aprendan. Y no sólo se trata de una misión informativa de partes muy importantes de nuestra historia, sino que tales conocimientos pueden ser decisivos en algún momento determinado de sus vidas.

Es norma archiconocida que el hombre de mar jamás se contenta al ciento con el estado de las aguas y el viento reinante. Odia las encalmadas, una situación capaz de enloquecer al más cuerdo de los dioses marineros. Pero también teme a los temporales de espuma blanca, que empapa el casacón en permanencia y lo puede enviar a los reinos del dios Neptuno en un abrir y cerrar de ojos. Tampoco se acomoda en los estados intermedios, porque siempre se sueña con un role de más o menos cuartas, un aumento o disminución en la fuerza del viento y que hasta el vino no se agrie en

demasiada. Bien es cierto que con el paso de los años, los miles de millas navegadas y las muchas experiencias de todo tipo sufridas a bordo encallecen las tripas del alma.

De esta forma, corrimos las más de dos mil millas que se nos abrían a proa desde La Habana hasta el extremo oriental del virreinato de Nueva Granada, en la zona declarada como Capitanía General de Venezuela. En su conjunto no nos podíamos quejar una onza porque los vientos ni siquiera llegaron a alcanzar la estada del cascarrón, más bien al contrario. Pero tampoco sufrimos encalmadas de lomos duros, de esas que dejan las velas y los sentimientos de los hombres caídos a plomo. Sin embargo y poco a poco, cuando cada día me comunicaban el número de millas corridas por la expedición, con una media tan pobre que nunca llegó a alcanzar el centenar, muchos de mis hombres se veían atacados por ese clásico rumor de la impaciencia. Les hacía sentir como si la fecha de nuestro arribo al golfo de Cariaco culminara una operación de extraordinario valor, cuyo retraso debía evitarse a toda costa.

Por mi parte y en vista de que no aparecían problemas de orden por toda la rosa, especialmente en los buques mercantes, me dejé llevar con sentimientos de cierto placer. Aunque no gustara una miserable mota de paje a capitán, ordené tomar con fuerza los ejercicios doctrinales de mar y guerra cada día, una actividad que jamás se debe reducir en la mar, salvo casos excepcionales. Y le entramos a muerte por gorguera, con redoble de esfuerzo en la primera semana, al comprobar el penoso estado del adiestramiento. Tan sólo hube de evitar los ejercicios de fuego real por no disponer de pólvora en suficiente cantidad y deber mantenerla en la debida proporción. En cuanto a los buques de la Armada, era precisamente en la fragata insignia donde se entonaban los peores cantos, con una serie de artilleros incapaces de cubrir la batería con suficiente orden. Y así se lo expuse en las primeras mañanas al capitán de fragata Mondragón.

—Comandante, más que un buque de la Real Armada, sus hombres conforman un grupo de golfas cortesanías con las manos de seda. Batiremos el cobre con ellos las horas que sean necesarias hasta que cada uno sepa de memoria la función a realizar.

—No olvide, señor general, que la dotación es bastante escasa. No podemos cubrir la artillería de las dos bandas con tan escaso...

¡Por los huevos del sultán, comandante! Me conformo con cubrir una sola banda, pero en orden y con cierta diligencia. También desearía que la gente de

mar pudiera virar por avante en alguna ocasión. Doblaremos el tiempo marcado para los ejercicios hasta que se observe la necesaria mejora.

—Como ordene, señor general.

En la segunda semana, cuando el punto de estima^[45] del piloto nos declaraba haber cortado el paralelo de los 18 grados de latitud, enmendamos el rumbo a babor tres cuartas, para caer una más en la tarde del mismo día. Intentaba aproar hacia la fosa de Los Roques, que alumbra hacia el sur a las islas de Sotavento. Porque, precisamente, pensaba situarme entre las islas de la Orchila y la Barranquilla, para caer posteriormente al sur con rumbo directo a Cumaná. Y como el viento se mantenía entablado en permanencia del sudoeste y escasa monta, pudimos aproar por derecho al leste-sudeste, con alguna cuarta a la contra. Don Faustino jugaba entre las situaciones astronómicas y las de fantasía, cuando los cielos se cerraban. Y ya nos encontrábamos cerca de culminar la tercera semana de mar cuando me informó de lo que entendía como inminente avistamiento.

—Nos encontramos en el meridiano de los 66 grados, señor. Si caemos francos al sur, entraremos por la derrota prevista hasta avistar la Tortuga.

—Estimaba que pasaríamos suficientemente cerca de las islas holandesas para avistarlas.

—Tanto Aruba como Curacao y Bonaire quedan a demasiada distancia de nuestra derrota. Si en el punto mencionado aproamos al sur, acabaremos por avistar la isla de la Tortuga. Y si por viento o corrientes rendimos un par de cuartas al sudeste, descubriremos la isla Margarita. Ambas aguas francas y sin palillos. Por cierto, que ahí, en la isla Margarita, se encuentran atrincherados los rebeldes escapados del continente.

—Así me lo comentó el general Apodaca. El general Rivera les hizo tragar canela fina a los secesionistas, que salieron de estampida y con evidente desorden hacia el interior. Las reliquias de sus fuerzas, con los jefes de alguna notoriedad, se han atrincherado en la isla Margarita, aunque se estima que con escasas fuerzas y armamento como para resistir un ataque de orden. Además, cuando vean aparecer las sesenta o setenta velas del general Morillo, con el navío San Pedro de Alcántara a la cabeza, comenzarán a rezar y a remitir voluntades. Bueno, pues tracemos proa al sur con un par de cuartas hacia el sudeste. ¡Ignacio!

¿Señor?

—Avisé al comandante del nuevo rumbo y comuníquelo al resto de la fuerza.

—Muy bien, señor.

La primera singladura forzamos el bordo inicial a estribor, para ganar suficiente barlovento. Pero como la suerte parecía preñada a favor, roló el viento, posiblemente de forma local, para dejar el soplo del cuarto cuadrante y con posibilidades de caer hacia el sur por derecho. Comprendía que mis hombres se sintieran inquietos y nerviosos. Porque suele aparecer, en estas navegaciones entre islas, sufrir el sentimiento de cercanía permanente a tierra y, sin embargo, mantenerse rodeado por las aguas un tiempo demasiado alargado. No ocurre tal circunstancia cuando se cruza desde la Península a Indias, aunque no se diferencie tanto la distancia a cubrir.

En la amanecida del doce de marzo, el vigiador del palo trinquete de la fragata María Cecilia, situada a proa de la formación, dio la voz que tanto desean escuchar los hombres de mar en cualquier tiempo y condición.

—¡Tierra! ¡Tres cuartas a babor!

—Debe de ser la cumbre del pico Macanao, señor, en la parte oriental de la isla Margarita —dijo el piloto con seguridad—. Hemos debido de derivar hacia el leste un poco más de lo previsto. Pero también nos entra al gusto.

—Esa isla posee dos cumbres, ¿no es así?

—En efecto, señor, dos macizos montañosos separados por un istmo de muy bajo relieve; la albufera de la restinga y una alargada línea de playa, muy buena para todo tipo de desembarco por su alto gradiente. El macizo occidental se denomina como Macanao y a esa parte de la isla como la Península. Por el contrario, a la zona oriental se la conoce como Maraguachoa, nombre inicial dado a toda la isla por los aborígenes. Creo que significaba en su lenguaje algo así como abundancia de peces. Se extiende de norte a sur otro macizo, con los picos de San Juan y del Copey.

—Supongo que en sus aguas se gozará de abundante pesca.

—Eso se deduce del nombre indígena, señor, aunque no lo comprobé con mis ojos. Pero, como norma habitual, toda esta costa es muy generosa con las redes.

—Según he leído en el derrotero, se encuentra bien artillada.

—Como es fácil suponer, la isla Margarita fue pieza codiciada por los piratas durante siglos, especialmente el xvi y el xvii. De ahí que se fortificara en lo posible. Pero ya sabe el señor la habitual dejadez española para mantener nuestras fortalezas adecuadamente mantenidas. Las principales defensas se encuentran dirigidas hacia levante, con el fortín de Santa Rosa en el castillo de la Asunción, el más importante por defender la capital de la isla. Pero también es de notable poderío el de San Carlos Borromeo, en el castillo de Pampatar. En cuanto a la defensa de la isla hacia el norte, solamente

aparece la batería de la Galera en Juan Griego, a menor altura que los anteriores. No obstante, dudo de que las baterías se encuentren convenientemente artilladas.

—La de castillos, fuertes, baluartes y murallas que hemos construido los españoles por todo el mundo conocido —exclamó Burdich con cierta decepción.

—Así es, sin duda. Pero no debe entristecernos tal condición, Ignacio, más bien al contrario. Hemos sido una potencia colosal y todavía conformamos un fabuloso imperio donde... donde se pone el sol, es cierto, pero muy poco —contestaba entre sonrisas y con tono orgulloso—. Debe enorgullecernos que fuéramos los más grandes y que todas las potencias quisieron picar con el aguijón en nuestras posesiones, unas lejanas tierras a las que los hombres de mar llevamos nuestra fe y nuestra cultura española. Y, como dices, nos vimos obligados a edificar miles de castillos para defendernos.

Se hizo el silencio. Como había elevado la voz, todos los oficiales en el alcázar dirigían sus miradas hacia mí con cierta prevención. Era el momento oportuno para dar una de mis habituales lecciones.

—Vamos a ver, señores oficiales. ¿Sabe alguno de ustedes quién descubrió esta isla Margarita?

Nadie respondió a mi pregunta, posiblemente por prudencia. Hasta el momento sólo conocían de mí el hecho de largar fuego por la boca y mantenerlos en continuo ajetreo. Eché de menos al guardiamarina Mendoza, que a bordo del navío Asia solía adelantarse a mis elucubraciones históricas. Decidí continuar.

—El gran almirante don Cristóbal Colón, en 1498 y durante su tercer viaje, descubrió lo que bautizó como el golfo de las Perlas, hoy llamado de Paria. Pronto observó tres islas muy pegadas a lo que parecía tierra firme. Dos pequeñas, bajas y áridas, las de Coché y Cubagua, y esta más grande y con profusa vegetación, separada de las anteriores por un canal. Más al sur y a escasa distancia, la Costa Firme, que también divisó por primera vez. El grande almirante bautizó a la isla con el nombre de la Asunción, por haberla divisado el día 15 de agosto. Pero de dicha acepción inicial solamente nos queda el de la ciudad capital. Porque, al año siguiente, Pedro Alonso Niño y Cristóbal Guerra la rebautizaron con el nombre de Margarita, debido a la abundancia de perlas que se encontraban en sus aguas. Bueno, hay quien defiende la opinión de que se bautizara con ese nombre en honor de la reina Margarita de Austria, aunque me decanto por la primera solución. Y presentó

su importancia desde el primer momento por lo que decía nuestro piloto mayor, los continuos ataques de la piratería.

—Como todas las islas de estas aguas, señor general —afirmó con discreción un joven alférez de navío.

—En efecto. En 1525 fue nombrada como la provincia Margarita, la primera de las que formaron en 1777 la Capitanía General de la Venezuela, dependiente del Virreinato de Nueva Granada.

Habíamos progresado hacia el sur y ya divisábamos con cierta claridad la línea de la costa y el macizo occidental con sus copas grises. Tras varios minutos de ronroneo cerebral y aunque hubiese establecido unos planes concretos de acción, decidí cambiar en dieciocho cuartas y costanear la isla hacia levante.

—No entraremos hacia Cumaná desde el norte, Ignacio. Cuando nos encontremos a una prudente distancia, rumbo a levante. Barajaremos la costa de la Margarita para entrar por el golfo de Paria.

—Se lo pensaba proponer, señor —comenzó don Faustino—. Pensando en la expedición del general Morillo, deberá arribar a estas aguas desde levante y tomar el golfo de Paria. Y muy posiblemente fondee toda su fuerza a levante de Cumaná, sin forzar el canal.

¿A levante? ¿Por Campano?

—En efecto, señor. Sería el sitio ideal para que sus buques larguen las anclas con seguridad antes de establecer las líneas a seguir. Seguro que deberá entrevistarse con el mando de Tierra Firme. Le será mucho más cómodo que entrar en Cumaná por el norte o por el canal de las Perlas.

—Bien, pronto sabremos si ha arribado a estas aguas, aunque lo estimo difícil. Es posible que debamos esperar alguna semana.

—Y que no sean demasiadas, señor.

—Se avista bien ese fortín de la Galera, señor —Burdich cerraba el antejo, tras haberlo utilizado—. Si continuamos cerrando distancias, entraremos en su alcance artillero. Porque le recuerdo que la isla se encuentra en manos rebeldes.

—Lo tengo bien marcado en la mente, Ignacio. Por cierto, que no mostramos pabellón. Larguemos al viento la bandera de la Real Armada. Ordénaselo al resto de los buques. Y en el insignia quiero una de gran tamaño. Que se entere esa chusma de que llegamos con la necesaria arrogancia.

Continuamos nuestra derrota, cerrando distancias a tierra. Ahora se podían observar los dos macizos y la profusa vegetación de la isla, al tiempo que una

lengua dorada de arena parecía intentar separarlos al tachón. Y, como inesperada sorpresa, avistamos una lengua de fuego que emergía del fortín de La Galera. En pocos segundos avisaba el oficial de guardia.

¡Han disparado desde la Galera con un solo cañón, señor general!

—Querrán comprobar la distancia —dije, mientras enfocaba con mi anteojo la batería de unas dieciocho o veinte piezas—. Debe quedar corto ese tiro.

En efecto, el pique de la bala salpicaba con fuerza hacia nuestra aleta y corto en unas trescientas varas de distancia.

—¿Les calentamos los bigotes, señor? Con una pasada de los tres buques podemos acallar sus bocas —argumentaba mi mayor general, con el rostro encendido, ese nervioso deseo de acción que tantas veces había observado en los rostros de los oficiales.

—No es nuestra misión, Ignacio. Sería absurdo poner en peligro el objetivo final de la expedición. Una rasa^[46] desafortunada puede rendirnos un palo y trastocar todos los planes. Recuerda que nos quedan muchas millas por la proa, y que en estas aguas solamente debemos entregar buques y hombres al general Morillo para largar espuma a popa sin pérdida de tiempo. Y no creas que no debo retener las escotas en caliente, que mucho me gustaría entrarles a fuego a esos rebeldes atrincherados. Porque esa batería de la Galera es bastante accesible desde la mar.

Continuamos barajando la costa a prudente distancia. La batería solamente hizo fuego una vez más, incluso cuando cerré un poco la distancia. Estimé que no debían de andar muy jocosos de pólvora y balerío. De esta forma, poco después enmendaba a babor para tomar la costa de la Margarita oriental, con su cordillera elevada a más altura. Pronto descubrimos el castillo de Santa Rosa, cercano a la ciudad de Asunción, alzado como un ángel de piedra oscura en el monte. A pesar de la distancia, se podían comprobar los hornabeques^[47] arruinados y sustituidos en muchos casos por embrasuras^[48] de corte con sencillo remate. Y algunas millas después, cuando comenzaba a caer la tarde, también comprobamos la presencia del castillo de San Carlos Borromeo, que, sin embargo, parecía despoblado. Ignacio, con su habitual interés y muy en su línea de mayor general, deseaba conocer con el mayor detalle los nuevos planes embastados en mi cerebro.

—En ese caso, señor, si no han arribado los buques de la expedición, ¿por dónde esperaremos?

—Vamos a repasar el golfo de Paria a la vista. Si no aparece una vela, largaremos las anclas cerca de Campano. Desde ahí será más fácil divisar la

llegada de los buques del general Morillo.

—Muy bien, señor. ¿Fondeo a la orden? Si prefiere que con independencia...

—Espera un momento. ¡Don Faustino! —Me dirigía al piloto mayor—. ¿Existe algún tenedero de garantía cerca de Campano?

—Sin dudar, señor, frente al Morro de Puerto Santo —el piloto se acercaba hasta mí—. Precisamente el que le he señalado en la carta esta mañana, a unas tres millas de Campano. Un tenedero^[49] de absoluta garantía para una escuadra completa.

—Muy bien. En ese caso, Ignacio, fondeo libre frente al Morro de Puerto Santo. Orden taxativa a los buques mercantes: fondeo con dos anclas y generosa tirada de cable. Ya sabes que son muy dados a quedar con los ferros casi a pique.

—Muy bien, señor.

—Y que el bergantín Potrillo entre por la canal que se forma entre las islas Coche y Cubagua por si descubre presencia de velas propias o ajenas. Lo dudo, pero no viene mal una comprobación.

Un par de horas después, quedábamos todos los buques fondeados frente al Morro de Puerto Santo, una especie de restinga dirigida hacia el norte que ofrecía excelente abrigo en las dos direcciones. Y como ya comenzaban a caer las luces a plomo, retrasé la comisión del Potrillo para el día siguiente.

Aquella misma tarde invité a cenar en la cámara a los comandantes de los tres buques y a mi mayor general. Deseaba que comentaran las diferentes particularidades de sus unidades y alguna novedad sufrida en la navegación desde La Habana que mereciera ser tenida en cuenta. Pero en verdad que, salvo el teniente de navío José Aldana, comandante del Potrillo, los otros dos comandantes mostraban lenguas de madera y, me temía, cerebro del mismo material. Porque, salvo unos escasos monosílabos y alguna sonrisa forzada, no conseguí extraer una mínima información de interés. Por el contrario, el comandante del bergantín se crecía conforme me conocía mejor y le ofrecía algún rastro de confianza.

Acabamos por centrar la conversación en la misión impuesta al Potrillo para la siguiente jornada.

—En ese caso, señor, una vez haya alcanzado el golfo de Cariaco, y si no aparece novedad, ¿regreso por la misma canal? ¿Desea alguna otra comprobación?

Necesité de algunos segundos para contestar. Y no por dudas aparejadas a la misión encomendada, sino a mi propia persona. Porque, en uno de mis

habituales arranques, decidí tomar una inesperada decisión.

—Vamos a ver, Aldana, cambio de planes. Con las primeras horas de mañana, pasaré a su bordo con mi mayor general. Ya sé que debería haberlo avisado con un tiempo prudencial...

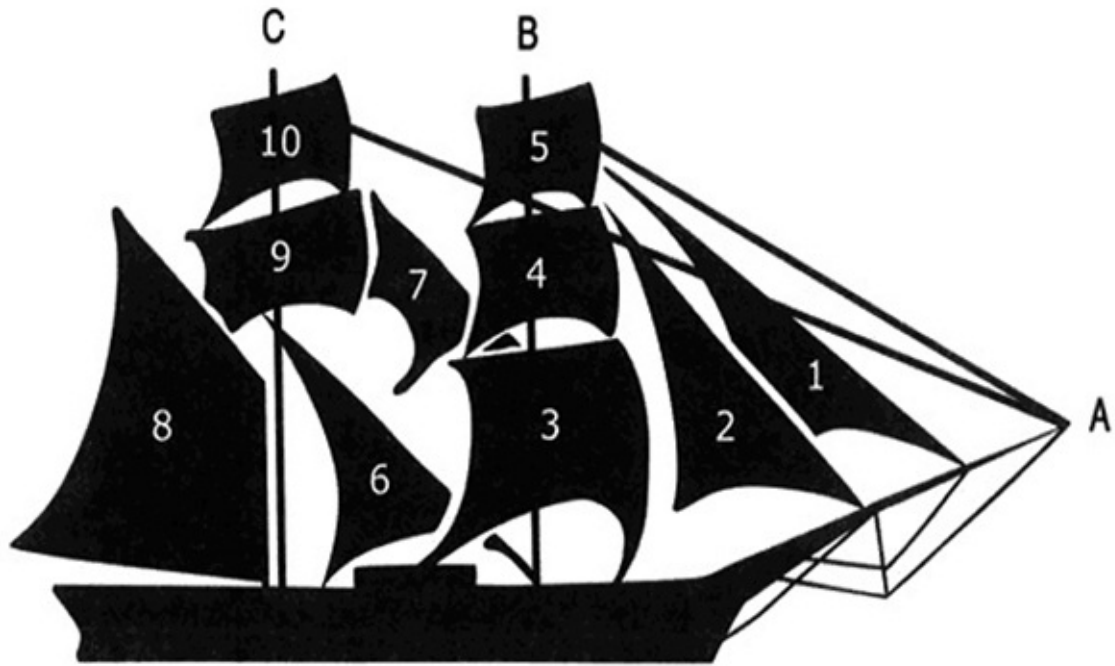
—Por favor, señor. Será todo un placer.

—La verdad es que me gustaría comprobar esa canal y sus islas adosadas, así como la costa meridional de la Margarita.

—Pues a las órdenes del señor general quedo.

De esta forma y tras alargar en pocos minutos una velada que se rendía sin mayor fuste, despedí a mis comensales. Pero, una vez a solas, me sentí más feliz al pensar en navegar con el Potrillo por aguas desconocidas y observar parajes por los que jamás había transitado. Porque también la mar puede acabar por mostrar su rostro tedioso, una desastrosa condición que debemos evitar con cualquier método a la mano. Por último, tras avisar a Barbate para que tomara las medidas oportunas, especialmente sobre las viandas necesarias para ofrecer algún ágape a la dotación del bergantín, entré en dulces sueños con las aguas del mar del Sur bien clavadas en el cerebro.

Aparejo de bergantín



A. Bauprés; B. Palo trinquete; C. Palo Mayor

1 Foque. 2 Contrafoque. 3 Trinquete. 4 Velacho. 5 Juanete de proa. 6 Estay de mayor. 7 Estay de juanete. 8 Mayor cangreja. 9 Gavia. 10 Juanete mayor.

11. El bergantín *Potrillo*

El disco de oro se elevaba escasas cuartas sobre un horizonte ligeramente tomado, en la mañana del día siguiente, cuando me sentí urgido por una imprevista necesidad de entrar en acción. Más parecía un lozano infante medieval que ha de correr aventuras de riesgo cada día, que todo un señor jefe de escuadra al mando de expedición naval. Animado de tal forma y sin pensarlo dos veces, ordenaba a mi mayor general que pasara señal de banderas al *Potrillo*, en el sentido de que embarcaría a su bordo en escasos minutos. Poco después y por medio de mi falúa, atracaba al portalón del bergantín y pisaba sus tablas con placer. En la meseta era esperado por el comandante y oficiales, en línea de ordenanza y honor. La voz de Aldana se elevaba a los vientos con fuerza.

—Comandante, oficiales y dotación del bergantín *Potrillo* bajo las órdenes del señor general. Insignia desplegada.

—Muchas gracias, comandante.

Aunque ya los conocía, saludé con rapidez a todos los oficiales; cuatro de guerra, cuatro mayores y seis de mar. Recorrí con el teniente de navío Aldana la cubierta del castillo y alcázar, comprobando con ligereza el aparejo convenientemente aferrado. Y, con extremo placer, verifiqué que ni una sola señal llamaba a malas ni desbarate de ideas. El comandante dominaba la situación con evidente claridad, situación habitual cuando se manda la misma unidad durante un elevado número de meses, ese positivo factor que tan escasas veces se podía conseguir en nuestra Armada.

Puedo declarar, con satisfacción, que disfruté de un cambio radical, como si en pocos minutos se aliviaran las correas y me permitieran respirar a pleno pulmón. Y por todas las malditas toninas del Mediterráneo, que creí zambullirme de lleno en una vida olvidada tiempo atrás. Digo tales palabras entrado en sinceros y sin exagerar una mota. Porque a bordo del *Potrillo* todo regresaba a la normalidad, o a lo que por tal situación entendía. El izado de

las anclas y el largado del aparejo a tientos se llevaron a cabo en silencio y con profesionalidad. Cada hombre de mar conocía su oficio, un detalle que puede parecer normal y que, sin embargo, tantas veces se añora. Y en las primeras maniobras comprobé que se mantenían al cuadro las seculares normas de la Armada, con el comandante, segundo y contramaestre primero en acción conjunta y de varas tendidas. Además y para gozo de la simple mirada, el buque se movía como el animal que le ofrecía nombre, pero un potro de casta alzada. Aunque no debiera llamarme la atención, el teniente de navío José Aldana demostraba a las claras lo que un comandante de raza es capaz de producir a bordo.

Me sorprendió comprobar el mismo apellido en el segundo comandante, piloto graduado de teniente de fragata, José Butrón, y en el guardiamarina embarcado, único caballero^[50] alistado en mi fuerza, Rafael Butrón. Pero, por fortuna, no entraban en parentesco alguno. Recordarán que, tras el hundimiento de la fragata Magdalena en la ría de Vivero, durante la nefasta y lamentable expedición cántabra contra los franceses que me costara la pérdida del ojo izquierdo, se había producido un doloroso descubrimiento. En la siguiente mañana, entre los restos del sangriento naufragio aparecían los cuerpos del comandante del buque, capitán de navío Salcedo, y de su hijo guardiamarina, flotando sobre las aguas. Ambos sin vida, pero enlazados en un eterno y doloroso abrazo. Por tal razón, se prohibió que dicha situación volviera a repetirse en cualquier buque de la Armada.

Con el Potrillo a rumbos de componente oeste, avanteamos la situación del puerto de Campano antes de entrar en el canal que dejaba las islas Coche y Cubagua por el norte, mientras la costa de Tierra Firme corría por nuestro costado de babor. Y como se aseguraba con evidente acierto en el derrotero, poco atractivo ofrecían a la vista esas dos islas, planas y áridas, abandonadas con desdén por el ser humano. De esta forma, alcanzamos la posición desde la que pudimos divisar a escasa distancia el puerto de Cumaná, que mostraba trazas de localidad importante. Y allí mismo marcamos, como excelente fondeadero para el futuro, la aguada situada entre la punta del Carenero y la boca meridional del río. Pero debo destacar que tal derrota debimos seguirla con un viento casi contrario y preñado de rebufos negros, un tontoneo de luces que obligaba al bergantín a una maniobra casi continua. Bien es cierto que, desde el primer momento, dejaron de preocuparme tales detalles, porque Aldana efectuaba su trabajo con entera seguridad.

No avistamos una sola vela en nuestro recorrido, ni siquiera un miserable falucho pesquero. Tampoco pudimos observar en tierra movimiento de tropas

o nerviosismo de civiles ante la cercana presencia de nuestro buque con el pabellón de la Real Armada bien visible en el pico de la cangreja. Una vez tanto avante con la desembocadura del río Manzanares, tras los llanos que se extendían desde la ciudad hacia el sur, aparecía un grupo de cerritos aislados. Y un poco más al nordeste, como dragón dormido, la figura inconfundible del castillo de San Antonio, principal defensa de la ciudad. También en su falda sudoccidental se marcaban los perfiles del más recoleto fuerte de Santa María, aunque se le avistaban muescas de grado y penosa dejadez.

Sin mayores noticias que relatar, salimos al golfo de Cariaco cuando ya se cerraba el día. Decidí como mejor medida el fondeo del buque, maniobra que llevamos a cabo frente al Puerto La Cruz, pueblecito pesquero situado al norte y a escasa distancia de la ciudad de Barcelona. Esa tarde departí con los oficiales en su cámara. Un ambiente agradable por más con hombres encastrados en el espíritu que debe soplar en todo buque de la Real Armada. Y creo que fue el momento en el que comencé a pensar en la posibilidad de mudar ropas y bienes de forma definitiva a ese precioso bergantín donde había recuperado algunas gozosas sensaciones perdidas en la memoria. Además, pude conocer la particular historia de esa unidad, que conocía solamente a grandes trazos.

—Si lo he entendido bien, comandante, os encontráis al mando desde que el Potrillo fuera tomado a los rebeldes en Valparaíso.

—En efecto, señor general.

—Según me comentó el capitán general, este buque es de origen norteamericano. Por favor, explíqueme lo que sepa de su especial y poco habitual historia.

—Con mucho gusto, señor. La verdad es que la particular historia del bergantín Potrillo se encuentra muy unida a los acontecimientos que han tenido lugar en las costas chilenas desde que se alzara la revolución independentista. Ya en los primeros meses de 1813, el Cabildo de Santiago, que copaba el mando del movimiento rebelde, había decidido adquirir dos unidades de guerra para bloquear el puerto de Talcahuano e intentar, de esta forma, que no llegaran los refuerzos desde Chiloé y Lima. Se decidió comprar uno ligero de medio porte y arrendar una fragata. Para ello, se pusieron directamente en contacto con el gobierno norteamericano, unas autoridades tan dispuestas a auxiliar a los movimientos independentistas americanos sin distinción de nombre o zona geográfica. Desde luego, todo ello bien encordado en el mayor secreto para no incomodar a España en demasía.

—Un secreto muy mal mantenido por esos jodidos maleantes, desde luego —aseguré con decisión—. Pero me malicio que tampoco les importa mucho que tales noticias lleguen a nuestros oídos.

—Y que lo diga, señor. Esos desagradecidos salen con rostro de piedra por las bandas cuando se les solicitan explicaciones por la vía diplomática. Debemos recordar que, por aquellos días, los norteamericanos todavía se encontraban en guerra abierta con Inglaterra. Por esa razón, el Potrillo arribó a las costas chilenas como buque mercante de cabotaje, aunque su armamento hiciera recelar a cualquier mente despierta del absurdo engaño.

¿Cuándo había sido construido?

—En 1812 en Baltimore, señor. Según aseguran muchos hombres de mar, expertos en construcción naval, allí se fabrican los mejores buques de medio porte en estos días. Y no he de negarlo, a la vista de estas maderas —ofreció una sonrisa de orgullo mientras pisaba con fuerza la cubierta—. Su nombre inicial era el de Colt, Sin embargo, lo rebautizaron como Potrillo al emprender la navegación desde el norte de América hacia Chile. Para no empeñar sospechas, el bergantín arribó en septiembre de 1812 a Coquimbo, procedente del puerto chino de Cantón, con manufacturas orientales y bajo el mando del norteamericano Robert Munson. Había sido perseguido por una fragata española armada al corso en Lima que no pudo darle alcance, como es fácil comprender. Porque ya habrá comprobado que este buque es marinero como pocos y vuela sobre las aguas.

—Confirмо esas benéficas cualidades, sin posible discusión. Pero me corre una duda tras escuchar sus últimas palabras. ¿Se arman unidades al corso en Lima? Desconocía ese detalle.

—Sí, señor. La presencia de la Armada por las costas meridionales americanas es, como de costumbre, testimonial, salvo unidades en transporte de tropas que abandonan aquellas aguas con rapidez. La fragata Susana, armada al corso en El Callao por don Mariano Peláez, persiguió al Potrillo porque nuestras autoridades comprendieron, por fin, que los buques con bandera americana debían ser controlados con mano dura. Y si se mantenían algunas dudas, se disiparon con rapidez al tener conocimiento de que los rebeldes habían pagado por el Potrillo al gobierno norteamericano dieciséis mil dólares solamente. Una cantidad ridícula teniendo en cuenta que se trataba de un bergantín nuevo y muy bien armado, un precio simbólico en esa ayuda permanente que reciben. Y no sólo se trataba de apoyo en cuanto al material de elementos navales. Porque el segundo comandante, Edward Barnewal, quedó contratado para instruir a los jóvenes de la escuela de

pilotines recién creada por los chilenos rebeldes, en concreto para el manejo del Potrillo, Debemos reconocer que esos malditos independentistas parecen haber trazado con buena tinta su futuro.

¿Y esa fragata en arrendamiento?

—Alcanzó el puerto de Valparaíso pocas semanas después. Se trataba de la fragata Perla, de unos 140 pies^[51] de eslora. No levantó sospechas porque, aunque mostrara pabellón norteamericano, arribaba de cabotaje con carga de orden y prácticamente desarmada. La armaron posteriormente en Valparaíso con piezas americanas acopiadas anteriormente. La verdad es que los rebeldes chilenos, con ese inteligente Carrera a la cabeza, comprendieron muy pronto la vital importancia de disponer de una fuerza naval. Una necesidad que todos los países ribereños del mundo perciben a las claras, con la excepción, quizás, de nuestra querida España. Bueno, señor general, perdone si he entrado en...

—No se arrepienta de ninguna de sus palabras, comandante. Lo que acaba de decir no es más que la triste constatación de la pura realidad. Pero continúe con la historia particular de este precioso bergantín.

—Como le decía, ante la ausencia casi total de unidades de la Armada, el virrey Abascal de Lima intentaba mantener un precario control marítimo de las aguas chilenas. El objetivo final era el de bloquear los puertos rebeldes con buques armados al corso. Tuvo buena visión el virrey al establecer unas condiciones para los corsarios que resultaran muy jugosas en sus rentas. El bloqueo de Valparaíso lo mantenía la fragata Warren, llamada por nosotros como Javiera, Aunque de origen norteamericano, se encontraba armada con bandera corsaria española. Los oficiales, en su mayor parte, pertenecían a cuadros de la Armada establecidos en El Callao. Pocos oficiales de guerra y una mayoría de pilotos graduados. Ahí me encontraba yo como segundo comandante al haber quedado sin destino por deshacerse para maderas la goleta que mandaba. Normalmente nos manteníamos en facha por fuera del alcance de las baterías de la costa, dispuestos a caer sobre cualquier buque sospechoso. Una situación de penosa monotonía que se alargaba por semanas.

¿Y dónde rellenaban de los necesarios víveres y aguada? Porque la distancia a los puertos leales del norte sería demasiado grande.

—Lo hacíamos gracias a comerciantes realistas muy decididos y dispuestos a mantener su patriotismo por alto. Transbordábamos sus productos en la lancha y bote de la Javiera desde la estación de Punta Ángeles. Pero la situación fue mudando a una de escasa tranquilidad. Porque observábamos a los dos buques, Verla y Potrillo, que, en su conjunto, suponían una grave amenaza para nuestra fragata. Por fortuna, todavía no

disponían de suficiente dotación y la fragata se mantenía en situación de armamento.

¿Los atacaron?

—Habría sido un suicidio, señor. La fragata Perla fue armada con más de treinta cañones, aunque algunas troneras quedaran en trance. Y el Potrillo ofrecía a la vista una excelente artillería, especialmente un buen número de carroñadas. Nos habrían barrido con la primera andanada, aunque emplearan artilleros ciegos. Sin olvidar que la marinería y artilleros de la Javiera eran voluntarios o sacados de buques mercantes, con escasa o nula práctica de guerra. Sin embargo, la suerte se nos apareció por otros derroteros. Con el auxilio de esos verdaderos patriotas españoles que nos proveían, se coordinó la estrategia para comprar a la tripulación de la fragata Perla, casi todos extranjeros a sueldo, y a los portugueses embarcados en este Potrillo.

¿Comprar a las dotaciones? Por todos los cristos, que jamás había escuchado maniobra semejante.

—Debe tener en cuenta, señor, que los chilenos, como todas las unidades rebeldes de nuestras Indias, se surten de hombres de mar de cualquier nacionalidad o parentesco. Tan sólo necesitan ofrecer una generosa soldada. La misma situación que se vivió en el Río de la Plata, con esa escuadra de Buenos Aires plagada de piratas y corsarios caribeños, ingleses, americanos o de naciones del resto de Europa. Por tal razón, a un comerciante de Valparaíso, verdadero patriota español llamado José Cunea, se le ocurrió esa brillante maniobra. En su opinión, si alguien no lucha por un ideal patrio sino por una generosa mesada, si se le ofrece una cantidad mayor, puede cambiar fácilmente su lealtad. Lo difícil era conseguir que esos mercenarios creyeran en el futuro pago. Porque la indemnización sería entregada en oro por el virrey una vez arribaran los buques apresados al puerto del Callao. Y en verdad que no sé si nuestra Autoridad consiguió obtener el oro necesario —Aldana ofreció una sonrisa de complicidad—. Porque las arcas del virreinato solamente acaparaban telarañas.

—Como en puridad legal se les puede considerar reos de piratería, la mejor solución es hacerlos colgar por el cuello de una buena maroma.

—Estoy de acuerdo, señor. Con la solución que se apuntaba, podíamos pensar en alguna posibilidad de éxito. En los dos buques rebeldes, aunque embarcaban algunos criollos, instruidos casi todos en la escuela de pilotines, tanto norteamericanos como portugueses eran los encargados de emplear la artillería. Fue entonces cuando un error de los rebeldes facilitó la faena por nuestra parte.

¿Un error? ¿De quién?

—De quien hacía las veces de gobernador del puerto de Valparaíso, o así se intitulaba. Un tal Francisco de la Lastra, hijo de un castellano recio, que se habría avergonzado de la conducta de su hijo si hubiese vivido para verla. Este payasete creyó que, con unos diez o quince días de adiestramiento, las dotaciones criollas de la Perla y el Potrillo se encontrarían listas para entrar en servicio y atacar a nuestra fragata. El pobre, un ignorante en el aspecto naval, solamente contaba los cañones de ambas partes y comparaba las fuerzas. Con evidente impaciencia, fijó el lunes 3 de mayo como el día de la acción, tras embarcar soldados veteranos de Santiago, que llevarían a cabo el peso del abordaje. Pero esas medidas las conocíamos a bordo de la Javiera con puntualidad, bien por información de nuestros colaboradores o la simple inspección visual en la distancia. Y no nos agradaba el embarque de soldados, que podía poner en peligro la traición de americanos y portugueses. Por tal razón, el día anterior, un domingo de fiestas, levamos anclas y arrumbamos hacia los dos buques chilenos fondeados. Al entrar en distancia de tiro, disparamos una andanada completa, para retirarnos a continuación a nuestra situación de espera. Ni siquiera dispusieron de tiempo para cubrir los puestos de combate. Pretendíamos amedrentarles solamente.

¿Funcionó la sedición?

—Como las rosas de primavera, señor. Por fin, en la mañana del día 3, ambos buques levaron y arrumbaron hacia nuestra fragata, dispuestos a forzar un combate a tocapenoles. La Perla navegaba en cabeza, armada con sus 32 cañones, seguida del Potrillo, con su excelente artillería y esas carroñadas relucientes que poco nos gustaban. Por nuestra parte, a bordo de la Javiera solamente contábamos con 28 piezas y ninguna de a 18. No las teníamos todas en el alma con seguridad, porque dudábamos seriamente de lo que sucedería a continuación. De esta forma, levamos las anclas y ocupamos los puestos de combate. Intentábamos entrarles por separado y no dejarnos cortar por las dos bandas.

Pero saltó el milagro y no fue necesario utilizar un solo botafuego^[52].

¿Cómo lo consiguieron?

—Cuando la Perla se encontraba fuera del alcance artillero de las baterías de tierra y a unas mil yardas de distancia de la Javiera, saltamos de gozo al comprobar que arriaba la bandera que llamaban chilena e izaba la de la Real Armada. En ese momento, intentando evitar que el Potrillo enmendara hacia tierra, aproamos hacia él con todo el trapo disponible para tomarlo a la brava. Pero tampoco en este caso fue necesario entrar en sangre corrida. Cuando

avistaron que su fragata cambiaba de bando y se mantenía en facha, mientras la Javiera hacía por ellos con las baterías alistadas, arriaron el pabellón con rapidez. No se produjo ni un solo disparo de mosquete.

—Capturaron dos buenas presas.

—Desde luego, señor. La fragata Perla, tras unas ligeras obras y emplazamiento adecuado de su artillería, fue alistada en El Callao para hacer las veces de unidad regular. También el bergantín Potrillo era dado de alta entre los buques de la Real Armada. Una vez en nuestras manos, no necesitó de retoque alguno porque se trataba de una unidad estupenda y en flor de cuño, como ahora puede observarla. La artillería, de excelente factura, aunque trasladada desde un buque portugués, había sido fabricada en esas factorías escocesas de Carrón, que ofrecen la máxima garantía. De todas formas, llevamos a cabo una nueva distribución para hacerla más homogénea. En estos momentos montamos ocho cañones de a 12 y ocho carroñadas de a 8, unas piezas estas últimas que serían magníficas en caso de combate cercano.

—Dispone de una artillería envidiable para un bergantín. ¿Tocaron el aparejo en El Callao?

—Para nada, señor. Como me concedieron el mando de inmediato, entendí que no se podría mejorar una sola vela en aquel establecimiento. Porque disponemos de un aparejo completo en perfecto estado y con repuestos suficientes. Habrá comprobado que largamos en altura hasta sobrejuanetes de mayor y trinquete. Los dos palos con aparejo redondo presentan una superficie vélica envidiable. Además, la cangreja del mayor también emplea una percha muy amplia. Y no le falta ninguna vela adicional porque contamos con foque, fofoque y contrafoque, tres estays, alas y rastreras. No hemos tomado todavía viento recio desde que partimos de La Habana, señor, pero ya podrá comprobar cómo chupa millas a un largo este Potrillo.

—Lo imagino perfectamente. ¿Y su dotación? La supongo muy mermada, como casi todas.

—No nos sometieron a la terrible dieta de la media dotación, aunque no cumplimos el reglamento, por supuesto. Ahora mismo rondamos los ochenta hombres, con lo que respecto a la norma vamos caídos en unos treinta. Pero creo, con toda sinceridad, señor, que soy uno de los pocos comandantes que pueden presumir de suficiente gente de mar y buenos artilleros bajo su mando, una condición que, hoy en día, parece milagro de santos negros.

—Y lo es, sin duda. Cuesta creerlo como cierto. ¿Mantiene la obra viva forrada de cobre?

—Sí, señor. Y en perfecto estado. Bueno, no llegamos a entrar en dique, pero uno de los buzos del arsenal de La Habana lo inspeccionó y no señaló merma alguna. Y aquí me mantengo al mando. La verdad, señor, estimo que se han olvidado de este buque. Porque, en caso contrario, me habrían relevado hace algunos meses. Tuve mucha suerte. Desde El Callao se debía enviar urgente correo al capitán general de La Habana. Me escogieron para la misión, dado lo velero que arranca este bergantín. Y de esa forma debí doblar el cabo de Hornos y alcanzar las Antillas. Una sorpresa más fue comprobar que el general Ruiz de Apodaca me incluyera entre las fuerzas bajo su mando cuando pensaba regresar a mi puerto de salida. No creo que gustara mucho al señor virrey del Perú.

—Una bonita historia con un final feliz. Y, además, con un caballero guardiamarina a bordo, una excepción en unidades establecidas por estas aguas.

—Me lo embarcaron en La Habana, señor. Debería recibir la charretera cuanto antes. Porque ya ha servido el tiempo suficiente en su empleo y los informes que de él he mostrado no pueden ser mejores.

Acabamos la colación y continuamos con el aguardiente transbordado de mi despensa particular. Y puedo asegurar que disfruté con aquella velada, que en tanto se distanciaba de las habidas hasta el momento en la fuerza bajo mi mando.

—Siento que esta noche, comandante, deba abandonar su cámara.

—Es todo un honor, señor general. Dormiré bien, que el jergón es de plumas del Callao. Y dicen que ningún engrudo de miraguano se forma tan espeso como el de aquellas costas.

—Vamos, Aldana, que he mandado buques suficientes. Sé muy bien cómo se corre la rasa a bordo. Lo que menos agrada a todo comandante en la mar es una insignia a bordo que lo haga saltar de su balconada propia. Pero debo comunicarle que, aunque poco le agrada, es posible que en algunos días mude mi insignia a este Potrillo de raza de forma definitiva. Emplearé el llamado como sistema inglés.

Forzó una sonrisa el teniente de navío Aldana, al tiempo que ofrecía las palabras de obligada cortesía.

—Ya lo pensamos mi mayor general y yo en La Habana. No sería muy molesto porque la mayoría general anda muy escasa de personal, aunque deberán ajustar lonas^[53]. Pero no lo dé por decidido todavía. Ya veremos cómo se cuecen los acontecimientos en los próximos días. Recemos para que

el general Morillo no se retrase en demasía y podamos continuar con nuestra misión hacia el sur.

—Dios lo quiera, señor.

Aunque en cama ajena, dormí aquella noche como un niño inflado de leche materna hasta los ojos. Había sido una jornada de disfrute infantil la gozada a bordo del bergantín, un buque marinero como pocos de los que he pisado a lo largo de mi carrera en la Armada. Y comenzaba a creer como cierto que esos carpinteros de Baltimore habían nacido con la palanqueta de mar en la mano y echaban a las aguas auténticos peces de madera. Sin embargo, en cuanto cerré los ojos, se presentaron con claridad en el cerebro las peñas grises del cabo de Hornos y mi próxima entrada en el mar del Sur. Se trataba, sin duda, de una lejana estampa que todavía me emocionaba.

* * *

Regresé a la normalidad de la fragata María Cecilia con cierta tristeza. Y en estas líneas, con la debida reserva, puedo declarar que, por primera vez a lo largo de mi carrera en la Real Armada, me sentía demasiado joven para el empleo de jefe de escuadra que ostentaba. Pero no me entiendan mal, por favor. No quiero decir que no me considerara preparado para afrontar la misión cargada sobre mis hombros o alguna otra de mayor enjundia, ni mucho menos. Pero, en el fondo del alma, me veía más cerca de la cámara de oficiales del Potrillo que de una junta de generales. Porque, en algunas amanecidas, mi corazón solamente deseaba trepar por la jarcia hasta la cofa de la María Cecilia y observar la mar en toda su extensión, ese placer gozado de guardiamarina día a día.

Más desazonador todavía se nos corrió por el alma el trasiego de jornadas sin noticia alguna por mucho que dirigiera la vista en la mañana de cada día hacia el levante en busca de unas velas que no aparecían. Al menos y en su parte positiva, conseguimos un buen acopio de víveres para todos los buques, uno de los aspectos que todo jefe en la mar ha de tener presente. Porque la pesca en aquellas aguas, especialmente en las del golfo de Paria, se nos ofrecía de una riqueza excepcional. En tal cometido utilizamos lanchas y botes, con patrones habilitados en pesquerías y unos resultados difíciles de creer. En unos pocos días sacamos de las aguas con las redes de orza más de cuatro mil arrobas de un pescado que mostraba excelente aspecto y, más importante todavía, un excelente sabor. Era consciente de que a nuestros hombres de mar poco agrada la carne del pez en repetición cuando se le

ofrece al tiempo cecina o carne en salazón. No obstante, dedicamos una parte importante para el secado en tiras desde las vergas, mientras con el resto cubríamos la puchera y las sopas de pobre. Y no eran de desdeñar tales ingredientes. Porque aquellos alimentos entraban de lleno en el grupo denominado como de salud, tan importante para evitar epidemias malignas.

Siempre he defendido que todo en esta vida, hasta la visión del oro en lingotes parcos, acaba por hacerse monótono y aburrido. Y así acaece en la vida real, aunque nos cueste creerlo en temporadas de miseria. El paraje en el que nos encontrábamos fondeados debía elevar el espíritu de cualquier nacido muy por alto. Porque si la visión hacia tierra mostraba manglares, selva, bosque, profusa vegetación y playas de las soñadas por cualquier hombre de mar, la abundancia de pelícanos, garzas, herones, flamencos y otras aves de excepcional galanura y variedad de colores formaban a nuestro alrededor un cuadro de inigualable belleza.

Cuando llevaba más de dos largas semanas de espera que, día a día, se hacían más estragadoras para el cerebro, los cielos me concedieron una agradable sorpresa. Tras ser avisado de que una falúa se acercaba a nuestra fragata, recibía la visita del brigadier don Fernando Morales, al mando de las fuerzas en Costa Firme desplegadas con centro en la zona de Cumaná. Se trataba de un hombre espigado, joven, fuerte y de excelente humor, de esos que elevan la moral de cualquier grupo con su sola presencia. Y tras presentarse en razón de ordenanza, comenzamos a charlar con una confianza que ofrecía la edad pareja.

—Esperemos que no se alargue en demasía el arribo del general Morillo y sus fuerzas —entonaba con esperanza—. Son muchas las millas que se nos abren por la proa hasta alcanzar el puerto del Callao. Además, cuanto más tiempo transcurra, peor podemos encontrar las aguas en las peligrosas latitudes del sur.

—Bueno, señor, si a los buques del general Morillo no les ha atacado alguno de esos temporales de los que tanto gozan los hombres de mar —sonreía en chanza el brigadier—, sus velas no han de tardar mucho en aparecer. Y mucha falta nos hacen para intentar pacificar estas tierras, que se levantan con demasiada fuerza en contra de la propia patria.

—Me parece entender en sus palabras, brigadier, que no entiende esa pacificación como tarea fácil.

—Llevamos en ella demasiado tiempo, señor, sin los resultados apetecidos. No me crea pesimista, que no padezco de ese mal tan habitual en

nuestros compañeros. Pero como no se emplee una fuerza de calibre elevado en gorros, los rebeldes siempre llevarán las de ganar.

—Creo que el general Morillo aparecerá con más de quince mil hombres, a los que deberán sumarse sus propias fuerzas.

—Las nuestras, tanto las que nos movemos por esta zona como las emplazadas en el corazón de Nueva Granada, son escasas, desmoralizadas y minadas en muchos casos por las enfermedades que se padecen en estas tierras. Y, como norma general, cuando el cansancio se hace insuperable, ofrecemos amnistías y tratados de paz que son rápidamente aceptados por los rebeldes cuando comprenden su inferioridad, y necesitan tiempo para restablecerse en número de hombres y armamento. Ahora mismo, el mariscal de campo Sortenaza intenta tomar Cartagena, una meta imposible dada su extraordinaria fortificación, una misión que deberemos dejar en manos del general Morillo, si se ve con fuerzas suficientes. Pero antes, y como primera medida, hemos de acabar con los rebeldes que se atrincheraron en la isla Margarita, con ese gobernador al que se debería ajusticiar tras consejo sumarísimo. Porque ese hombre solamente sueña noche y día con liquidar gaznates españoles, según sus propias palabras.

—Me dispararon desde la batería de la Galera, pero de forma testimonial. Supongo que el ataque y toma de la isla Margarita será la primera acción del general Morillo, si aparece algún día en estas aguas.

—Y después tomar la plaza fuerte de Cartagena. El gran problema no es ganar una batalla o tomar una ciudad, sino mantenerse en ella. Algo parecido a la situación que sufrieron los franceses en España durante la pasada guerra. Aunque se rindan a veces y entren en conversaciones, no será fácil tratar con Bolívar, Piar, Páez y esos jefes revolucionarios que muestran un rostro cada día y ofrecen palabra de ley que no vale un solo peso. Bueno, espero que el general Morillo les ofrezca badana de cordaje. Se asegura que es muy duro con el enemigo, incluso cruel. Pues muy bien que me parece, señor. Es lo que hace falta por estas latitudes, sin dudar. Y como me comunicaron que nombraron como su lugarteniente al mariscal de campo Miguel de la Torre, se verá bien auxiliado en ese particular aspecto —volvía a sonreír de buen humor—. Por desgracia, es muy amplio el escenario que hemos de abarcar y no tan importantes las fuerzas empeñadas en la empresa. Porque también la Guyana se alza en armas. Siempre he dicho que, con treinta mil hombres, pacificaríamos estas tierras en un par de meses, ajusticiando a los cabecillas sin ofrecerles un mínimo perdón.

—Conocí a Morillo cuando era sargento del cuerpo de Infantería de Marina. Mucho ha corrido su carrera desde entonces. Pero no puedo calibrarlo como general. Sin embargo, es cierto que se le presume cierta crueldad con los vencidos.

—Muchas veces es necesario, especialmente cuando se trata con oficiales sin palabra de ley, ni un mínimo rasgo de honor. Por cierto, señor. Las fuerzas que transporta hacia El Callao deberían quedar aquí —el brigadier sonreía en media chanza.

—No crea que por aquellas tierras del sur se mueven nuestras autoridades entre rosas. El norte del virreinato del Perú se encuentra pacificado, pero el sur se mueve con abierta rebeldía. Por desgracia y en mi opinión, hemos comenzado la casa por el tejado.

¿La casa por el tejado? ¿A qué se refiere, señor? No le comprendo.

—La Armada propuso comenzar la pacificación con un gran ejército desde el Río de la Plata. De entrada, eliminaríamos un foco naval de la mayor importancia y restauraríamos nuestra presencia en tan importante enclave. Porque, desde aquellas aguas, los revolucionarios pueden apoyar los diferentes movimientos. Una vez pacificado el sur, continuaríamos la marcha hacia el norte. Pero al final se decidió dividir la fuerza por la mitad y comenzar por Nueva Granada y Venezuela con esta expedición del general Morillo. Espero que ese otro gran ejército del que tanto se habla salga de una vez hacia el sur, si se consigue adquirir las unidades navales necesarias.

—Le doy la razón, señor. Es una vergüenza el penoso estado en que se encuentra la Armada. Y sin buques que lleven a cabo el necesario transporte, poca faena podremos encarar en Indias.

—Bueno, confiemos en el general don Pablo Morillo, su extraordinaria valentía y el buen ojo que se le supone para la guerra. El capitán general de La Habana lo tiene en alta estima.

—¿El general Ruiz de Apodaca estima por alto a don Pascual Morillo? — Morales mostraba rostro de franca extrañeza.

—En efecto. ¿Por qué le extraña?

—Bueno, señor, ya sabe que hoy por hoy todo se mueve en mentideros políticos. Nada sé en concreto porque no me defino en ningún apartado, ni deseo problemas que tanto se sufren en estos días. Pero se asegura que el próximo virrey de Nueva España es muy partidario de la política de don Fernando. Y me refiero al absolutismo propio de la antigua monarquía. Morillo, por el contrario, parece más dado a... a defender la Constitución de

1812. Bueno, dispense que entre en ese apartado. Tan sólo le hablo de oídas y sin convincente razón.

—Nada sé de ese aspecto. Por las palabras que escuché al general Apodaca, más bien entendía que Morillos se acercaba a los absolutistas.

—Nada de eso, señor —su reacción fue espontánea y muy convincente—. Bueno, no quiero ser yo quien atribuya determinados...

—Tiene razón. Dejemos la política para los expertos y limitémonos a la guerra.

Invité el brigadier Morales a un almuerzo en mi cámara, que aceptó gustoso y con gesto de extremo placer. Lo comprendí poco después al observar que comía como moribundo famélico. Deduje que no debía de moverse por tierra bien ajustado de carnes y con viandas de orden. No obstante, disfruté mucho con su alegre conversación, así como la posibilidad de ponerme al día de muchos detalles de aquellas tierras completamente desconocidos para mí. A la banda contraria, me dejaba cierto rescoldo de amargo pesimismo sobre el futuro. Porque no veía la situación tan clara como otros sobre el porvenir de aquellas tierras, aunque apareciera el general Morillo con el poderoso ejército.

Tras la visita de Morales, regresé a la anodina y aburrida vida. Esa espera que se alargaba más y más, sin una esperanza viva de fecha conocida. De esta forma, entramos en el mes de abril con elevadas temperaturas y una humedad capaz de teñir las velas de rocío. Sin embargo y por fortuna, todo acaba por llegar en esta vida del Señor. Porque cuando se abría el crepúsculo del tercer día de ese mismo mes, me despertaba Barbate con la excelente noticia.

¡Señor! ¡Señor! ¡Despierte! ¡Velas por levante y en abundante número!

Salté del jergón como si hubiera sido lanzado a los aires por reventón de la santabárbara. Poco después, comprobaba con plena felicidad la esperada visión a través de mi antejo. Porque por el leste, con alguna cuarta rendida al norte, podía observar unas diez o doce velas, un número que aumentaba poco a poco sin pausa. Los buques de la fuerza debían de haber entrado bastante pegados a la isla de Tobago por su costa norte. Y deduje que en pocas horas largarían los ferros por aquellas aguas, aunque desconociera las intenciones del general Morillo al detalle. Incluso pensé en la posibilidad de enviarle a mi piloto, experto en tenederos. Sin embargo, rechacé la idea con rapidez. Era fácil presumir que el piloto mayor de aquella escuadra le habría expuesto al general los mejores fondeaderos para sus unidades.

A mediodía comenzaban a fondear los buques en una amplia área, centrada en Puerto Santo, el excelente fondeadero que ya había anunciado

días antes mi piloto, muy cercano al puerto de Campano. No obstante, se hizo esperar la visión del insignia, el navío San Pedro de Alcántara, que no mostró su bauprés hasta bien entrada la tarde. Y como desconocía la forma en que el general Morillo atacaba sus propios asuntos, le envié al teniente de navío Burdich para que le presentara mis respetos y solicitara audiencia en el momento que estimara oportuno.

Mi mayor general regresaba una hora después con una frasca de excelente vino en la mano, obsequio del general. Asimismo, le había comunicado que acudiera a verle cuando lo estimara adecuado a mi gusto. No obstante, me ofrecía como ocasión muy oportuna las primeras horas de la mañana siguiente, momento en el que también conferenciaría con el brigadier Morales. Por tal razón y sin dudarle, decidí seguir sus instrucciones, que ninguna razón me apuraba en cualquier extremo. Y ya cuando el sol caía a tumba abierta, el horizonte quedaba plagado por un conjunto de buques que debía de superar el medio centenar. Un elevado número de palos y velas en divina visión, mientras el navío San Pedro de Alcántara, con su insignia largada al viento, se pegaba bien a tierra y largaba sus anclas a escasa distancia de la fragata María Cecilia.

Regresaron las ganas de vivir a concierto. Porque si todo se movía con normalidad, en unos pocos días podría continuar con la derrota prevista hacia el sur. Pero también me agradaba la posibilidad de conversar con el famoso general Morillo y conocer las últimas noticias de España en todos los sentidos, sin forzar el linde de la discreción una sola vara. Porque en mis tripas había decidido no mostrar el cuadro real de mis pensamientos, ni siquiera a los duendes propios.

12. Don Pablo Morillo y Morillo

Cuando mi falúa se acercaba al costado del navío San Pedro de Alcántara, comprobé la presencia del brigadier Pascual Enrile y de un capitán de navío, que debía de ser el comandante del buque, en la meseta alta del portalón. Supuse que habrían avistado la insignia de jefe de escuadra en la distancia y se aprestaban a cumplir en ordenanza. Como esperaba, poco después era recibido con extrema cortesía y rostro de extrañeza en el mando naval de la expedición al comprobar mi reciente promoción.

—Quedo a las órdenes del señor general. Y le ofrezco mi más sincera enhorabuena por su merecido ascenso.

—Muchas gracias, Enrile. Encantado de verle de nuevo.

Tras saludar al comandante, capitán de navío Francisco Javier de Salazar, un hombre de escasa estatura, rostro mofletudo y parco en palabras, departí un par de minutos con Pascual, con quien había coincidido años atrás en la escuadra. Mantenía su inquebrantable optimismo y buen humor, una condición que le granjeaba amistades y querencias entre aquellos que lo rodeaban.

Cuando por fin penetré en la cámara del general, quedé impresionado por la aparente juventud de quien mandaba en tantos miles de hombres y acometía una empresa de la máxima importancia para el devenir de España. Porque si, en aquellos días, la vida del general don Pablo Morillo debía de correr por los últimos años de la treintena, el color moreno de la piel en su rostro, la expresión de su cara, el cabello negro revuelto con rizos de orla en caída y tantos otros detalles componían la estampa de un mozo veinteañero, deseoso de salir avante en lances de muerte y comerse el mundo de unas pocas dentelladas. Estampa de fuerza y tesón, sin duda. Y si su sonrisa casi permanente podía ofrecer algún gesto de floja dulzura, nada más escuchar el tono de su voz y observar los enérgicos movimientos de sus poderosas manos se percibía la decisión y fortaleza de aquel lejano pastor, elevado hasta las

más altas magistraturas del Ejército. Me sorprendieron sus primeras palabras, que no me permitieron rematar la formal presentación.

—Quedo a las órdenes del señor general. Jefe de escuadra Santiago...

—Santiago de Leñanza, conde de Tarfí. Jamás olvido una cara y un nombre —se acercaba hasta mí para ofrecerme un inesperado y caluroso abrazo, como dos viejos compañeros de armas que se reencuentran tras una separación de muchos meses—. Combate naval frente al maldito cabo de Trafalgar. Si no recuerdo mal, por aquellos días servíais de teniente de navío a bordo del inolvidable Santísima Trinidad, el coloso de los mares.

—Un coloso que acabó en los reinos de Neptuno con muchas vidas en su seno. Gozáis de una excelente memoria, señor. Pero en aquel triste día solamente disfrutaba del empleo de teniente de fragata. Ascendí con motivo de las promociones generales tras el combate, otorgadas por la generosa mano de don Manuel Godoy —lancé mis últimas palabras cargadas de ironía.

¡Que Satanás guarde pronto en sus calderas a ese cerdo respingón! Por desgracia, parece que ese mamalón de cuernos elevados todavía goza de excelente salud en el destierro —reía con fuerza—. Bueno, he errado por poco. También recuerdo a vuestro padre a bordo del navío insignia, que perdió la vida por las heridas sufridas en el combate. Y creo recordar que también teníais otro hermano...

—Francisco. El pobre murió en la enfermería del navío Santa Ana tras serle amputada una pierna. Un joven guardiamarina recién entrado a la vida.

—Así ha sido siempre y lo será por los siglos de los siglos. Todas las familias marineras perdieron algún miembro en aquel funesto día —evocaba con evidente tristeza—. Pero me alegra comprobar que ya calzáis la faja. Una carrera acelerada.

—Tampoco la vuestra puede declararse como de pasos lentos, señor.

—Tenéis razón —volvía a palmotear entre risas—. Pero, por favor, dejemos los formalismos de tratamiento a un lado, si le parece bien.

—Como desee.

—Deduzco que debéis de ser mi hada madrina. Me comentaron en Cádiz que recibiría jugosos refuerzos desde La Habana, tanto en buques como en hombres. Pero, por desgracia, no he observado demasiados mercantes en el fondeadero, ajenos a mi fuerza.

—Lo de jugosos es un tanto discutible. Las órdenes recibidas del general Apodaca son las de hacerle entrega de dos paquebotes y unos mil doscientos hombres. Con el resto, poco más de mil hombres y los tres buques restantes,

así como la división de escolta, deberé continuar derrota hasta El Callao, destino final de la expedición.

—Por todos los dioses negros, que siempre funcionamos igual, ya sea en paz o en guerra —parecía divertirse lo que debían de ser noticias adversas—. Bueno, las promesas se diluyen poco a poco con el paso del tiempo, como azucarillo en el agua. En un principio, esta magna empresa denominada por nuestro Señor don Fernando como definitivamente pacificadora, debía comprender una fuerza cercana a los treinta mil hombres. Como puede comprobar, continuamos con las rebajas.

No despotricaba Morillo de las falsas promesas con amargura. Por el contrario, parecía que aceptaba la situación con entera normalidad.

—Espero que, al menos, esos hombres que me entrega dispongan de armamento propio y alguna sección de artillería.

—Armamento propio de calidad y con abundante munición. Por el contrario, las dos secciones de artillería embarcadas debo entregarlas en El Callao.

—Así se escribe la historia en líneas generales, y la nuestra en particular con demasiados borriones —nuevas sonrisas y movimientos de cabeza a las bandas—. En fin, deberé requisar la artillería rebelde conforme los vaya triturando paso a paso. Hay que tomar del campo lo que falte, según asegurábamos en la guerra contra el francés. Pero la verdad es que desconozco la situación real a la que he de enfrentarme. Porque poco o nada confío en las informaciones recibidas en la Península, tan desenfocadas a veces de la realidad. Debe llegar el brigadier Morales de un momento a otro para exponerme a varas ciertas lo que he de afrontar.

—Según me comentó el capitán general de Cuba, sus fuerzas superan los quince mil hombres.

—Pura palabrería. En esas cifras cuentan hasta los pajes de escoba y criados particulares de los buques. En realidad y tras las bajas sufridas en la travesía, escasas para nuestra fortuna, dispongo de 10.600 hombres. Se encuentran organizados en seis batallones de infantería, dos regimientos de caballería, dos compañías de artilleros, un escuadrón a caballo y un piquete de ingenieros. Por gracia de los cielos, en este navío se almacena una buena cantidad de pertrechos, armamento, vestuario, monturas, víveres y suficientes caudales. Porque, sin plata, nadie quiere hacer la guerra. El resto, hasta esa cifra que nombra, lo forman parte de las dotaciones y tripulaciones de los buques. Las utilizaré en caso de necesidad, desde luego, con los límites que la mar nos impone. También es posible que, conforme se rindan las fuerzas

rebeldes, pueda incorporar más hombres a nuestro ejército. De esos que han de entrar en combate con una bayoneta amiga en sus costillares para que no cambien de lealtad.

En aquel momento, hacía entrada en la cámara un mariscal de campo que me fue presentado como Miguel de la Torre, lugarteniente del general Morillo, acompañado por el brigadier Morales y el de la Armada Pascual Enrile. Saludé a los dos primeros.

—Miguel —Morillo se dirigía a su lugarteniente—, ya comenzamos con las rebajas de verbena, tal y como te vaticiné. El jefe de escuadra Leñanza, procedente de La Habana, nos hace entrega de poco más de mil hombres solamente y sin una sola pieza artillera.

¿Nada más? —Por el contrario, el brigadier de la Torre parecía defraudado—. Pero he contado cinco mercantes y tres buques de...

Expuse a todos y con detalle la información que había suministrado al general pocos segundos antes. Y pronto la conversación derivó hacia la situación general, que en su mayor parte conocía por boca del brigadier Morales. Morillo comenzó a tomar decisiones sin que una sola duda apareciera en sus palabras.

—Bien, pasaremos a tierra con las fuerzas en cuanto nos sea posible. Que el mayor general del jefe de escuadra Leñanza se ponga en contacto con el brigadier Requesén para la entrega de los refuerzos y los dos paquebotes. Y para comenzar con el festival de fuegos, envíen proposición de inmediata rendición a quien manda en esa isla Margarita. O entregan las armas en veinticuatro horas o serán pasados a degüello con todo mi sentimiento.

—Rechazarán la rendición en un principio, señor, para quedar en solfa de honor —aseguraba Morales—. Pero la aceptarán en un par de días.

—Ni días de solfa ni capullos en flor. Enrile, prepare las lanchas cañoneras, tal y como habíamos previsto, para batir baterías bajas y ciudades. Deben comprender todos, desde el primer momento, que no llegamos a estas aguas para entrar en saraos de corte.

—Muy bien, señor. ¿El grueso de los buques debe quedar fondeado en esta zona?

—Así será de momento, salvo necesidades puntuales. Una vez tomada esta hermosa isla, deberemos atacar y rendir la plaza fuerte de Cartagena, la primera manzana de orden que se nos aparece en el horizonte. Pero todavía no estoy seguro de si nos moveremos por tierra, y así ir eliminando posibles focos de resistencia, o utilizaremos los buques para el transporte. ¿Deberán navegar más de mil millas hasta alcanzar aquel puerto fortificado?

—Algo menos, señor —contestó Enrile con seguridad.

—Bueno, ya lo decidiré cuando me haga con los detalles de cómo se mueve la resistencia en estas tierras. De momento y por si no se rinden esos rebeldes de la isla Margarita —se dirigía a Pascual Enrile—, entiendo que con unas quince o veinte cañoneras será suficiente. Bueno, podemos alistar algunas más por si necesitáramos de su concurso más adelante contra objetivos en tierra. No quiero perder muchos hombres en una sola isla.

—Había pensado en un par de docenas de lanchas, señor —declaró el brigadier Enrile—. Pero preferiría enmendar el fondeadero. Si baja a tierra, ordenaré al comandante del insignia pasar a poniente de la isla de Coche. Me acompañarán la fragata Diana y la corbeta Diamante, así como algunos transportes. Desde allí me será más sencillo municionar a las cañoneras. El resto permanecerá en este fondeadero.

—Haga lo que estime oportuno. En efecto, pienso bajar a tierra y estirar las piernas. Pero embarcaré en pocos días para pasar a la... ¡Cojones! ¿Cómo se llama esa parte de la isla Margarita?

—Pampatar, señor —medió Enrile—. La parte más desguarnecida.

—Pues ahí pasaré para dirigir la toma de esa isla. Pero no se preocupe, Enrile. Puedo hacerlo en la fragata Ifigenia, mientras municiona a las lanchas cañoneras a poniente de Coche.

—Muy bien, señor.

—Ahora seamos corteses con nuestro invitado. ¿Desea tomar un refrigerio, Leñanza?

—Se lo agradezco, señor. Podemos hacer las once, como suele ser la norma en esta parte de las Indias.

—Me gusta esa expresión que ya escuché en ocasiones anteriores a algunos criollos indios. Pues hagamos las once con aguardiente. Pero que sea del español, si le parece bien.

—Por mi parte, encantado.

Abandoné el navío insignia de buen humor, aunque un poco azotado por sentimientos de impaciencia. Una de mis principales intenciones era acelerar la entrega de los hombres y buques para quedar cuanto antes en libertad de movimientos. Pero nada quedaba aclarado de momento, como si pudiera correr el tiempo sin avivar inteligencias. No obstante, nada más pisar las tablas de la fragata María Cecilia, ordené a Burdich que pasara al navío insignia y entrara en contacto con ese tal brigadier Requesén para concretar con fecha y hora los detalles del desembarco de los hombres en transporte, si

así se decidía, o transbordarlos a alguno de los buques de la expedición del general por medio de las lanchas.

Aunque intentara evitarlo, las acciones no tomaron la rapidez que deseaba.

No lo entiendan como crítica al general Morillo, quien debía asentarse en el terreno y recabar toda la información necesaria antes de acometer su inmensa tarea. El general se mantuvo en tierra por la zona de Campano y alrededores durante cinco días. A su regreso embarcaba de nuevo en el San Pedro de Alcántara para perfilar los futuros movimientos. Celebró junta de generales y brigadieres en su cámara, a la que fui invitado con extrema cortesía. Y en contrapunto con la inacción de aquellos días, no pareció dudar el lejano pastor de los pasos a seguir.

—Bien, señores, en primer lugar he de comunicarles que mañana mismo pasaremos a fondear en Pampatar. Es mi intención entrar en fuegos de una putañera vez contra la isla Margarita. Porque, según parece, no han contestado a mi ultimátum.

—Así es, señor —declaraba el brigadier Requesén—, tal y como preveía Morales.

—Bueno, llevaremos a cabo la toma de esa isla con rapidez. Atacaremos con las lanchas cañoneras y las dos fragatas contra la capital y ese fuerte medio arruinado. Me trasladaré a la fragata Ifigenia porque este navío enmendará el fondeadero a poniente de la isla Coche, donde cebará a las cañoneras.

—Puede estar seguro, señor, de que a los pocos minutos del comienzo de la acción artillera ese maldito gobernador ofrecerá rendición. E intentará que las conversaciones se alarguen con peticiones de todo tipo —declaró Morales con rapidez.

—Se le concederá rendición pero a la rápida y sin una sola conversación.

Sin ofrecerles un solo honor. Debemos tener presente, en esta y futuras acciones, que no reconocemos las banderas y pendones del enemigo. Una vez resuelta la papeleta de la Margarita, pasaré con las tropas a bordo de los buques hasta Santa Marta, donde desembarcará el grueso del ejército. Creo que se trata de la zona más apropiada para comenzar el sitio de Cartagena. ¿No es así, Enrile?

—En efecto, señor. Santa Marta se encuentra a escasas leguas de la plaza fuerte.

—Perfecto. Dejo en libertad a los buques de combate para que persigan y esquilmén a esos jodidos corsarios cuya presencia nos han comunicado.

—En efecto, señor —Pascual Enrile tomaba la palabra con decisión—. Nos han informado de la presencia de unas dieciocho goletas armadas al corso con base en Cartagena. Por lo visto, amplían sus acciones corsarias hasta las bocas del canal de Bahama. Y aumenta su osadía día a día al punto de entrar tres de ellas en reñido combate con nuestro bergantín-correo Descubridor, Por fortuna, salieron malparadas.

—Si se encuentran basadas en Cartagena, ante el ataque a la plaza saldrán de estrepada.

—Eso espero, señor. Y, de esa forma, podremos darles remate si preparamos adecuadamente el plan de cerco.

—Muy bien. En ese caso, mañana comenzaremos la fiesta. Por cierto, Leñanza, ¿cuáles son sus intenciones?

—Pues esperaba continuar la misión impuesta a mi expedición en cuanto desembarcara a los hombres en transporte, lo que todavía no he conseguido. Y preferiría no llegar al cabo de Hornos con la estación muy avanzada. Pero si desea apoyo para el ataque contra la isla Margarita, cuente con nosotros.

—Se lo agradezco, aunque no será necesario —se volvió hacia su lugarteniente antes de preguntarle—. ¿Cuándo piensas embarcar esos hombres de refuerzo que transporta el jefe de escuadra Leñanza? No le hagamos perder un tiempo que le puede ser precioso.

—Todavía hacemos números para prepararlo todo y repartirlos en conveniencia —se excusaba su lugarteniente con escasa convicción—. Porque en los dos paquebotes que nos entregan no cuadran las cantidades al ciento y deberemos distribuirlos entre otros buques. Si le parece bien, señor, en cuanto se rinda la isla Margarita y comencemos a preparar el traslado hacia Santa Marta, los embarcaremos.

—De acuerdo. ¿Le parece bien, Leñanza? ¿No le supone un retraso excesivo?

—Por mi parte no hay problema.

De nuevo pasaron algunos días sin entrada en acción de espuestas. Para mis adentros y con sinceridad, no comprendía aquella lentitud en la mayoría general de la fuerza expedicionaria, pero tuve que amoldar cueros. El ataque a la isla Margarita se demoró una semana, ante la necesidad de que el general acudiese a una reunión en Campano. Al mismo tiempo, el navío San Pedro de Alcántara enmendaba el fondeadero hacia poniente con algunos buques, precisamente a los que debería entregar los hombres en transporte, por lo que decidí unirme a tales movimientos. De esa forma, pasé a largar las anclas con mis fuerzas a escasas varas del extremo oriental de la isla Coche.

Ya saben, quienes hayan leído alguno de mis anteriores cuadernillos, pergeñados con mayor o menor acierto, esa especial facultad que nos achacamos en la familia Leñanza de sentir por adelantado el olor a pólvora o la sangre derramada en cubierta. La verdad es que me sentía inquieto por aquellos días cercanos a entrar en el último tercio del mes de abril. Y no se debía en absoluto a predisposición de combate por no existir enemigo de fuerza a batir, pero sí de malestar general, como si previera algún lance desafortunado. Pensé en la posibilidad de algún temporal, aunque no nos encontráramos en época de huracanes. Pero, de hecho, recuerdo con precisión que tomé el jergón en la noche del día 23 con el ánimo revuelto y el cerebro cuadrado en roderas. Y mucho me costó entrar en sueños, mal llamados de bondad, porque se dispararon las pesadillas del infierno.

* * *

A pesar de haber sufrido una agitada noche, la mañana del día 24 se abrió esplendorosa de luces, cielos, viento y mar. En ese día debíamos rematar el transbordo de los hombres de Ejército a los buques del general Morillo, precisamente los que habíamos arranchado hasta el momento a bordo de la fragata María Cecilia, Tuve conocimiento de que la isla Margarita se había rendido tras un escaso cañoneo de lanchas y buques, solicitando unas condiciones que se le negaron de cuajo, aunque Morillo les perdonara la vida en un acto bastante inusual en él. Pero parecía que no deseaba comenzar la campaña con derramamiento gratuito de sangre española desviada, como solía denominar a los soldados revolucionarios. En la tarde del día anterior me había despedido de él de forma definitiva, porque pasaba de nuevo a tierra y por tiempo indeterminado. Le deseé toda la suerte en sus futuras campañas, deseo que me fue correspondido en vuelta.

Durante la mañana desembarcaron los últimos soldados. De esa forma, por fin me sentí liberado y quedaban como parte de la expedición bajo mi mando solamente las fragatas mercantes Soledad y Remedios, así como el paquebote San Andrés. Como es fácil imaginar, había entregado al brigadier Enrile los paquebotes Marcadlo y Estrellado, las dos unidades con menos posibilidades marineras, lo que así me fue comentado por mi compañero entre sonrisas. Tras el almuerzo, tomé la falúa para inspeccionar a la vista los buques bajo mi mando y que, a la vez, sus comandantes o capitanes me comentaran si sufrían algún inconveniente que les impidiera continuar nuestra navegación en la mañana del día siguiente.

Una vez recibida la novedad por parte de los mandos en sentido positivo, ordené a Barbate, a la caña de la falúa, que regresara a bordo de la María Cecilia, De nuevo debíamos cruzar aguas a escasa distancia del navío San Pedro de Alcántara, que mostraba su arboladura de forma orgullosa ante la gran cantidad de buques menores. En aquellos momentos, proveía de víveres y aguada a la división de las lanchas cañoneras, que tomarían rumbo a Santa Marta con independencia y en conserva de la fragata Diana, Debíamos encontrarnos a unas cien varas de distancia, cuando Barbate me lanzó un comentario inquietante.

—Algún problema serio deben de sufrir a bordo del San Pedro de Alcántara señor. Los marineros corren por la cubierta como azotados por el rebenque del mismísimo Satanás.

En efecto, por la cubierta del alcázar y castillo podíamos observar miembros de la dotación que se movían a la carrera, como enloquecidos, para entrar en combate. Algunos, más decididos, intentaban lanzar los botes al agua para apartarse de lo que consideraban como el infierno. Y, pocos segundos después, algunos soldados de la tropa embarcada comenzaban a lanzarse al agua desde la proa sin otro objetivo que intentar salvar sus vidas. No comprendía nada hasta que pudimos escuchar los gritos de alarma que producían aquel aquelarre devastador.

¡Fuego en la Santabárbara! ¡Fuego vivo en la Santabárbara!

También yo, en los primeros momentos, quedé clavado como estatua de sal en mi puesto a bordo de la falúa. Porque si la simple mención de aquella terrible palabra, ¡fuego!, mueve a bordo los corazones de todo hombre de mar a tañido de pasión negra, el hecho de que se le adjudicara el posicionamiento de las llamas cercanas a donde se almacenaba la pólvora en grandes cantidades, producía un efecto multiplicador de la peor especie. Al mismo tiempo, la campana de a bordo comenzaba a sonar a rebato de emergencia, se disparaban dos cañonazos y se izaba en las drizas las dos cornetas que indicaban la petición de auxilio para los buques y embarcaciones cercanas.

Sin pérdida de tiempo, ordené a Barbate aproar por derecho hacia el navío, todavía sin una mínima reflexión sobre la ayuda que podríamos prestar. Observé la situación a nuestro alrededor para comprobar que casi todos los buques, algunos con mayor voluntad que otros, comenzaban a dar sus lanchas y botes al agua. Y no era la fragata de mi insignia de las que cumplía su obligación con mayor presteza, lo que me hizo maldecir a Mondragón en silencio. No obstante, me dediqué a observar con detalle los movimientos a bordo del buque insignia, del que, en efecto, comenzaban a elevarse

mascarones de humo negro, que eran disueltos en suaves oleadas por la brisa que soplaba en rebufo.

A bordo del navío, los oficiales y soldados de Marina se dedicaban a actuar con evidente profesionalidad. Y sin miramiento alguno, comenzaban a amenazar, mosquete en mano, a todo aquel que intentaba la huida. Aseguraban a voz en grito que el fuego tenía lugar en la despensa y que se podría extinguir con facilidad. No obstante, desmentía tales afirmaciones el hecho de que el humo brotara con rapidez y mayor intensidad a través de las escotillas de popa, pero hicieron el efecto deseado en los primeros momentos. Consiguieron restablecer el orden, disponiendo a los marineros y grumetes en los parajes y faenas de mayor peligro, mientras la tropa establecía la línea de conducción de agua.

Como pude saber poco después, en efecto, el fuego se había iniciado en la despensa. La causa se aplicaba con escasas dudas a la inflamación de tres bocoyes^[54] de aguardiente, funesto obsequio hecho por el general Morillo a la dotación del buque insignia tras haber arribado a las aguas de Tierra Firme. Por desgracia, el líquido inflamado se había corrido hasta alcanzar el mamparo de la santabárbara. Y tan terrible visión espantaba al más curtido de los corazones, al comprender la enorme cantidad de pólvora almacenada en aquella ocasión. Por fortuna, se observaba a bastantes embarcaciones dirigirse hacia el buque en peligro, situándose por su proa, preparadas para recibir personal en caso de necesidad.

La línea de baldeo a bordo del navío progresaba en orden y de acuerdo con las normas. Comenzó a arrojarse agua en suficiente cantidad sobre el pozo de la despensa. Pero todos sabemos cómo prende el fuego a bordo de cualquier buque, una vasija de madera inmersa entre elementos altamente inflamables. Aunque necesario, el efecto del agua sobre las llamas aumentaba la densidad del humo. Y tal resultado ofrecía una falsa visión, como si el incendio tomara proporciones gigantescas. Expectante a escasas varas del buque, pude comprobar como el comandante, segundo y otros oficiales animaban a sus hombres con el debido ejemplo. Y como disminuyese el humo, con objeto de impedir el incremento del fuego, el comandante ordenó cerrar a buen viaje las escotillas, obturando sus intersticios con mantas y colchonetas previamente empapadas en agua.

La línea de los valientes, como se solía denominar a la compuesta por aquellos hombres dispuestos a exponer su vida a cualquier precio, comenzó a lanzar al agua granadas y jarras de pólvora, inundando la de las tongas inferiores. Pero, por desgracia, era en aquel punto en el que más densidad

alcanzaba el humo, lo que hacía casi imposible el movimiento y trabajo del personal. Y a tal punto llegaba la dificultad, que muchos de ellos comenzaron a caer sobre las tablas, asfixiados sin posible remedio. Desde mi privilegiada situación, llegué a pensar que se podría contener el fuego y que todo se remataría con una penosa y terrible experiencia. Pero, para desgracia de nuestras armas, me equivocaba de plano.

El peor momento, la peor decisión llegó de quien jamás debería errar en tales situaciones. El comandante, con su segundo y unos pocos oficiales tomaban la lancha para dirigir, según palabras del capitán de navío Francisco Javier de Salazar, los trabajos desde fuera, así como detener a una goleta que pasaba a escasa distancia. Absurda argumentación, sin duda. Todos sabemos que quien manda sobre cuerpos y almas a bordo jamás debe abandonar el buque propio en peligro, salvo última tabla de salvación. Como es lógico imaginar, aquella impropia acción produjo entre la dotación un desmadre casi absoluto. Porque marineros y soldados retomaron la decisión de salvar sus vidas a cualquier precio, lanzándose al agua en cuanto les era posible. Por fortuna, siempre aparecen los héroes en situaciones de máximo riesgo. A bordo había quedado la mayor parte de los oficiales, el condestable, el calafate y 30 marineros, que continuaban su esfuerzo con el arrojo y la abnegación que el caso imponía.

También con posterioridad, tuve conocimiento de que, entre aquel grupo de valientes, habían destacado con extremo valor y decisión el teniente de navío Fernando Lizarza y el alférez de navío Angel Santa María. Ambos oficiales dirigieron los esfuerzos mientras les fue posible. Porque, al comprender que no podían continuar con su labor en las cubiertas inferiores, decidieron salir a la del castillo. Y enterado Lizarza de que era el oficial más antiguo a bordo, sin dudarlo un momento intentó sumergir el buque para evitar la voladura general de la santabárbara. Al tiempo que ordenaba el embarco de los supervivientes en los botes de otras unidades, regresaba a la bodega de proa, acompañado solamente del calafate, don Andrés Campañón, para intentar abrir un rumbo^[55], de forma que penetrara el agua con fuerza suficiente. A pesar del esfuerzo, comprendieron rápidamente que quedarían asfixiados antes de conseguir su propósito, por lo que regresaron con rapidez a la cubierta.

Sin embargo y como recio vizcaíno, no cejaba Lizarza en su empeño. Al observar desde el alcázar la presencia de una flechera^[56], de las unidas de la armadilla formada por el brigadier Enrile, ordenó a su patrón que disparara su cañón a la lumbre del agua del navío en la posición más ventajosa para sus

propósitos. Por desgracia, el patrón de la lancha, tras dudarlo, decidió no obedecer a un sujeto de aspecto alocado y vestiduras ennegrecidas. Porque en verdad que Lizarza asemejaba de aspecto más a un forzado desengrilletado que a un teniente de navío en funciones de comandante. Ante tal negativa, Lizarza, desesperado, bajó a la primera batería con el condestable y cuatro marineros. Intentaba acercar un cañón a la escotilla y dispararlo contra la bodega. Y se encontraba cerca de conseguir su propósito cuando las llamas se abrieron paso en columna de muerte hacia la cubierta, envolviendo la arboladura e impidiendo la presencia de cualquier ser humano en aquella posición. Por fin, Lizarza dio orden de saltar al agua a los pocos valientes que con él permanecían a bordo. Y lo consiguieron todos a excepción del alférez de navío Santa María, último de la línea que voló con el buque. La clásica muerte de un héroe desconocido y olvidado.

Porque, mientras asistíamos desde la falúa a aquella monstruosa representación, el corazón se nos encogía poco a poco, al comprender que el buque se encontraba cerca de su final. Ordené bogar con fuerza a mis hombres para separarnos, que ya nadie quedaba por recoger de las aguas en nuestra posición, y también debíamos pensar en la seguridad propia. Fue entonces cuando pareció entrar el mundo a nuestro alrededor en terrorífica erupción, como si despertara al pronto un volcán de gigantescas proporciones bajo las aguas. La explosión que se escuchó fue aterradora, al tiempo que por la popa del navío se abría una columna de fuego y humo de tamaño extraordinario. Al mismo tiempo, éramos azotados en la cara por una ola de extremo calor, como si el rescoldo de las llamas quisiera engullirnos entre sus fauces. En aquellos momentos creí revivir pasadas experiencias del mismo tipo. Cómo olvidar la voladura de la fragata Mercedes frente al cabo de Santa María, o la de la fragata Clementine en las islas Azores, cuando me aferraba a ella con arpeos de abordaje para entrarle a muerte y, por el contrario, debía separarme con rapidez.

Apagado el primer relumbrón, resonó un segundo trueno de un fragor parecido y nueva fogata infernal amadrinada, mientras tablas, vergas, trozos de arboladura y bultos irreconocibles eran lanzados al aire. Todo aquel mare mágnim de fuego y muerte caía sobre las aguas, aunque también recibíamos a bordo de la lancha alguna estrella en ascuas que debimos apagar con celeridad. Asistíamos, asombrados por la escasa distancia, a una obra teatral de sangre mostrada a gran velocidad. Porque, con extraordinaria rapidez, las llamas se elevaban al copo y lamían a dentelladas los palos del majestuoso navío que, sin fuerzas, parecía rendirse al dios Neptuno sin un forcejeo más.

Todavía sentía oleadas de calor en la cara cuando escuché las palabras de Barbate, boquiabierto y asombrado ante tal espectáculo.

—Por todos los santos del coro celestial y las vírgenes amparadas en sus nubes blancas, señor. Jamás supuse que la pólvora almacenada en la santabárbara de un buque pudiera ofrecer un espectáculo tan espantoso y magnífico a un mismo tiempo. Siento una inmensa pena por los hombres que no fueron capaces de escapar a ese terrible infierno.

—El fuego es terrible a bordo. Se trata, sin duda, del peligro que más suele preocupar a los mandos de cualquier buque, en todo momento y ocasión. Por tal razón —ahora me dirigía en voz alta al resto de los hombres alistados al remo—, se debe repetir, tanto a novatos como a veteranos, las exactas palabras del teniente general don Antonio de Escaño, cuando se refería a tal eventualidad en sus *Reflexiones*:

Entre los peligros que cercan constantemente al marino, con muchos de los cuales llega a familiarizarse en el ejercicio de su penosa profesión, ninguno es tan temible como el juego. El combate no le infunde temor; excitado con sus preparativos y confiando en las propiedades de su buque, a quien afeciona; en la serenidad de su comandante y en el valor que reconoce de sus compañeros, rompe el juego alegremente, convirtiendo en materia de chanca los más serios incidentes. Los temporales no le afectan tampoco; oye la voz que manda tomar rizos, y aunque el viento brama en las jarcias, azota el rostro la lluvia y la oscuridad no permite distinguir los palos, voluntariamente trepa a la verga, sin cuidarse de que otro en la guardia está destinado al puesto de más peligro que va a ocupar en el peñol. Tal es el marinero español; pero si la voz de ¡fuego! interrumpe su corto sueño, no se extrañe verle subir aturdido y en confusión sobre cubierta. Harto conoce el horrible significado de esa palabra en la mar, donde no puede esperarse humano auxilio.

Bien sabía yo el sufrimiento a bordo cuando las llamas o el humo hacen su aparición. Por tal razón, eran varias las prohibiciones que se establecían en todo buque en tal sentido, sin concesión alguna y bajo graves amenazas. Una de las principales se refería al hábito, extendido cada día más entre nuestros hombres, de tomar la planta americana del tabaco. Ya sabrán que tal producto se podía obtener en onza para masticar, costumbre extendida en los campos, pero también en cigarros liados que se consumían al chupete o con humo, un peligro este último a tener en cuenta noche y día. Y no me refiero a los motivos que su ingerencia pudiera ejercer sobre la salud de cada uno. Porque mientras algunos galenos lo calificaban en sus tratados como excelente

tonificador de nervios y útil en perlesías severas, otros destacaban sus perniciosos efectos para los enfermos del pecho.

Pero lo que al mando preocupaba por encima de tales disquisiciones era la posibilidad de provocar fuegos con las brasas de esos cigarros liados. Por tal razón, se prohibía, bajo severa pena de dar cañón, tomarlo antes de la salida del sol y después de la puesta. A bordo de los buques de la Armada solamente se permitía en alguna zona de la cubierta del castillo, determinada por el comandante. Normalmente se aceptaba por los mandos en las proximidades del palo de proa, junto a un tonelete lleno de agua y embridado al árbol. No obstante, era conocida la habilidad de algunos marineros para encenderlos a escondidas cubiertas abajo, circunstancia que podía desencadenar un terrible siniestro.

También era importante el control de las luces durante las navegaciones o fondeos nocturnos, otro de los focos capaces de provocar incendios fortuitos. Salvo restricciones de guerra, a bordo solamente quedaban iluminadas de forma permanente la cámara del comandante, la entrada a la santabárbara y la proa con su tarro de luz que indicara la situación de fondeo. También se consideraba como un factor de la máxima importancia apagar los fogones de las cocinas con agua y su comprobación una vez repartido el rancho de la tarde. Igualmente, se prohibía transportar aparatos de fuego por el buque sin autorización expresa. Pero, de forma especial, se ejercía vigilancia nocturna sobre los tarros de luz.

Como remate de los diferentes efectos que pueden colaborar a un incendio a bordo, se encontraba el del aguardiente, de especial importancia. Aunque se trataba de uno de los productos de prohibido embarque a bordo, era permitido por los mandos con habitual generosidad. No obstante, se ordenaba su permanente control, así como la prohibición de manejar tarros de luz sin concha de seguridad en proximidad de los bocoyes en los que se solían estibar. No eran pocos los buques perdidos por su culpa, como el incendio del navío brillante en el puerto de Cartagena en 1790, un hermoso ejemplar de 74 cañones, que ardió como tea seca hasta consumirse en las arenas de Santa Lucía. Lo que no habían podido conseguir los buques ingleses en varios combates, ni los muchos temporales corridos, fue logrado por el aguardiente gaditano, causa inicial del incendio. La misma situación vivida a bordo del navío San Pedro de Alcántara, Ya lo decía una vieja copla marinera: *bebamos a bordo caldos fermentados y dejemos los aguardientes para disfrutar con las mujeres en las tabernas de tierra, que en los barcos son más peligrosos que las balas rojas del inglés.*

Aunque hubiera desfilado ante nuestros ojos a paso lento, todo había sucedido con demasiada rapidez. Y es de reconocer la suerte corrida por los hombres de la dotación y transporte arranchados a bordo del navío al encontrarse fondeados cerca de otras muchas unidades. No obstante, se estimó una pérdida cercana a los cincuenta hombres, entre marinería y tropa embarcada.

Como es fácil imaginar, el incendio y hundimiento del navío San Pedro de Alcántara en las costas de Tierra Firme supuso un desastroso comienzo para la expedición pacificadora encomendada al general Pablo Morillo. Tanto por lo que significaba quedar sin el buque insignia como por la pérdida de tan valioso material embarcado. Y no deben estimar como el aspecto principal el armamento, vestuario, pólvora, víveres y pertrechos. Porque sacaba cabeza por alto el de los caudales embarcados, que se debían distribuir entre las fuerzas de la Armada y el Ejército.

Aunque sea difícil de creer, no tomó a la tremenda el general Morillo la pérdida de su navío insignia al ser informado del penoso acaecimiento. Llegó a comentar que la pérdida más importante para él había consistido en los dos caballos de su uso personal cuyos cueros ardieron con el resto del material. Se trataba de una salida airosa, desde luego, aunque la rueda moliera carne adentro. Porque muchos creyeron entrever que la suerte negra se cebaba en la expedición desde el primer momento.

Aunque llegué a visitar al general Morillo en tierra, por si deseaba algo de mis fuerzas, me despidió con extrema elegancia y deseos de ventura. Tan sólo me hizo una pregunta, pero no de forma solemne, sino como si se tratara de una necesaria información.

—Dígame una cosa, Leñanza. Y, por favor, le pido la máxima sinceridad. ¿Qué le parece la actuación personal del capitán de navío Javier de Salazar, comandante del navío insignia?

—Nefasta e imperdonable.

—Me alegro de que coincidamos. En fin, nada ganamos manejando pensamientos doblados. Le deseo toda la suerte posible en su comisión por esos mares lejanos, Leñanza. Y que la Patrona le conceda vientos propicios.

—Se lo agradezco, señor. Lo mismo le deseo en esta misión pacificadora que emprende. Espero que derrote a los rebeldes de norte a sur.

—Puedes estar seguro de que lo intentaré, aunque deba dejar el alma trillada en esos campos.

No se le podía negar al general Morillo que se trataba de un hombre que aceptaba el destino y los hechos como le llegaban a la cara. Porque siempre

mostraba una frase reparadora. Y no es mala dicha actuación en caso de guerra, cuando las nubes te pueden llegar desde las treinta y dos cuartas del horizonte y con diferentes colores. Es necesario afrontar la carga con el material a disposición, y a ello se aprestaba el antiguo pastor.

Como es lógico imaginar, en los días siguientes al triste acaecimiento, todos los buzos de los buques de la expedición se emplearon a fondo en la situación donde los restos del navío San Pedro de Alcántara se había hundido. Se buscaba cualquier material de posible utilización, pero con especial dedicación hacia los caudales. Por desgracia, tan solo pudo recuperarse del fondo un saco de cuero con 19 pesos mexicanos de plata.

De esta triste forma, me despedí de las aguas azules que bañan las costas de Tierra Firme. Mientras en el pensamiento confiaba en la resolución y voluntad del general Morillo, cuyos hechos posteriores de guerra me concedieron elevada razón, otros problemas se embastaban a golpe de maza en mi cerebro. Eran muchas las millas a recorrer hasta alcanzar el departamento marítimo de San Blas, y los días atravesados en compañía de la expedición pacificadora pasaban a popa en mis reflexiones con extrema rapidez. El incendio del navío San Pedro de Alcántara fue sustituido por la imagen del cabo de Hornos, sus costas de rocas grises y aguas violentas.

13. Niebla

Dos días después del penoso y negativo accidente sufrido por el navío insignia de la expedición pacificadora, conseguí, por fin, llevar anclas para continuar con nuestra derrota. Y se trataba de una grata noticia para mi alma, bien lo sabe Dios, tras haber debido esperar demasiado tiempo y demorar sin razón de peso la misión que me había sido asignada. Porque no debemos olvidar que, conforme abordara las bajas latitudes y el cabo de Hornos con semanas de retraso, más probabilidades tendría de tomar sus aguas en pleno invierno austral, con sus fríos intensos y vientos de muerte amadrinados.

Como, tras la entrega de los dos paquebotes al brigadier Enrile, había disminuido la fuerza naval a disposición, en esta ocasión abría rumbo la María Cecilia con mi insignia desplegada desde la galleta de su palo mayor. Por su popa navegaban los tres mercantes aparejados en círculo de libre cabida, con la corbeta Sebastiana a barlovento y el bergantín Potrillo cerrando líneas.

Había concretado con mi mayor general y el piloto, don Faustino Bermúdez, la derrota a seguir en líneas generales, que ya llegaría el momento de entrar a grano fino. Acariciados por un viento fresquito del sudoeste, abrimos distancias a la costa con intención de abandonar el mar de las Antillas por el paso franco entre la isla de la Trinidad y la de Tobago. Y una vez en franquía de tormentos, abríamos derrota con rumbos de componente leste, para dejar la Guyana a suficiente distancia.

Era mi intención tomar el Risco de levante sin apretar cuartas, esa zona de la costa brasileña que se forma como cantil oriental del continente americano de norte a sur, entre el cabo Blanco y la rada de Pernambuco. Y, a continuación, costanear por largo la interminable costa brasileña, abriendo distancias conforme progresara hacia el sur. La razón principal no era otra que la de entrar hacia las aguas del cono sur a suficientes millas del Río de la Plata, donde, según noticias recibidas, desplegaba pabellón la flota de las

Provincias Unidas con suficiente fuerza como para barrer a nuestra escasa escuadra. De esa forma, tomaríamos el cabo de Hornos entrando francos desde el levante y con rumbos de conveniencia.

La primera enmienda de grado la llevamos a cabo dos días después, una vez avanteada con claridad la isla de Tobago, Dejaba a la vista por estribor la hermosa isla de la Trinidad, que nos fuera arrebatada en 1802, a causa del nefasto cambalache a que nos sometió el maldito corso Bonaparte en la Paz de Amiens, Una vez más y como norma general de todo tratado suscrito, alguna de las potencias europeas se llevaban de gratis y entre los dientes un trozo de nuestras posesiones. Pero como el viento se mantenía entablado en terquedad del sudoeste, aumentado a fresco de fuerza, aproamos al límite de la bolina del paquebote San Andrés, el menos cuarteado^[57] de todos los buques bajo mi mando. No era mala proa, porque ese rumbo nos alejaba ligeramente de las costas guyanas.

Los primeros días, la mar y el viento nos ofrecieron la mejor de las caras, de esas sonrosadas y beatíficas que, sin embargo, siempre esconden el mal entre sus fauces. Progresábamos a buena marcha, con la corredera marcando en ocasiones las cinco millas, un mundo de oro para los buques mercantes. Y de esta forma costeamos por largo las Guyanas sin avistar un solo buque en el horizonte. Pero como todo sobre las aguas acaba por parir crías de diferente especie, una vez entrados en aguas brasileñas, a la altura de la isla de Maracá, cayeron los rizos hasta atravesar cubiertas. Porque tras rolar el viento al tercer cuadrante, lo que suponía un alivio de virtudes en principio, se nos vino el soplo casi a cero, con las velas en triste plomada y algún gualdrapeo de gracia en los oídos. Y no sólo quedábamos a flote de corcho con escaso avanteo hacia el sur, sino que poco a poco nos entraba una niebla de cortinón impenetrable, unas madejas espesas de un gris claro que más asemejaba a procesión de duendes en camposanto.

Aunque sea difícil de creer y poco habitual en tales latitudes, con el ecuador a escasas millas, la niebla se nos adhirió al cuerpo como lapas de fortuna durante una semana, siete largos e interminables días. Puedo declarar con decisión que jamás había sufrido una situación tan alargada de nula visibilidad en la mar al punto de no ser capaz de avistar ni la galleta del palo trinquete del buque propio. Y como a bordo las supersticiones y maleficios entran por cuerdas largas cubiertas abajo, algunas voces comenzaban a pronosticar males espantosos con hundimiento incluido, unos comentarios que dejaba resbalar por mi casaca sin mancharla. No obstante, me preocupaba la posible dispersión de la fuerza. Porque las corrientes podían ser

importantes y no atacan a todo buque por igual. Continuábamos con el repique de la campana, aunque poco a poco se escucharan a mayor distancia las respuestas. Cada cuatro horas ordenaba disparar una de las piezas de proa por si les era posible tomar el escasísimo viento en mi dirección y mantener el grupo en orden.

Como es lógico aventurar, la situación me hizo olvidar de momento la preparación para celebrar el paso del ecuador, que había previsto para pocos días después. Porque la isla de Maracá quedaba cortada por el paralelo de los dos grados de latitud norte. Pero metido entre algodones de un gris que oscilaba a razón negro en algunos momentos, sólo pensaba en volver a observar el disco de oro y la superficie de las aguas. El segundo día de nuestra estancia entre tinieblas, se escuchó el disparo lejano de un mosquete, que atribuí a un posible aviso que no se especificaba en las órdenes, sin concederle mayor importancia. Y como entrado en niebla todos los sonidos parecen proceder del mismísimo infierno, no podía aclarar a que unidad pertenecía, aunque la supuse de alguna de las unidades mercantes.

Marcada la semana en negro, poco a poco comenzó a clarear, al tiempo que el nordeste parecía entablarse, fresquito de fuerza. Y aunque el viento suele despedir las madejas neblinosas como norma general, se producían reincidencias de oscuridad al gusto de los dioses, esos factores que suelen entrar a desbarate de ideas. Por fin, tras una noche en la que la niebla comenzó a abandonarnos a galope largo, gozamos de un crepúsculo que nos llenó el pecho de esperanza. Abrimos luces con el viento entablado del noroeste y fresco de fuerza, la mar en cabrillas de cierto tamaño, ni una sola nube en el horizonte y la visibilidad en orden, aunque todavía por el horizonte mostrara una boria ligera que borraba la línea.

Entramos en el momento de llevar a cabo el recuento de unidades e intentar agrupar a la fuerza de nuevo. En cuanto a los buques propios de la Real Armada, el Potrillo se encontraba a unas cuatro millas por nuestra aleta de babor, mientras la corbeta Sebastiana aparecía un poco más larga por el través de la misma banda. En cuanto a los mercantes, la fragata Soledad nos había avanteado un par de millas para sorpresa de todos, mientras el paquebote San Andrés quedaba a un cable del Potrillo, por su popa. Sin embargo, no fuimos capaces de descubrir la presencia de la fragata Remedios, por mucho que barriéramos el horizonte una y otra vez con los anteojos. Se trataba, sin duda, de una situación difícil de comprender. Porque era posible predecir una separación máxima de cinco o seis millas, diez en el límite de la locura, pero nunca por encima de las quince que estimaba de visibilidad en

alcance hasta el horizonte. Así lo comenté con Burdich, Mondragón y don Faustino en el alcázar.

¿Dónde puede encontrarse esta jodida fragata? ¿Habrá quedado retrasada con algún problema en su aparejo?

—No es posible, señor —contestaba Ignacio Burdich sin dudar— No hemos padecido condiciones de mar y viento como para sufrir cualquier problema de calado. Y, en dicho caso, la Remedios habría avisado por medio del cañón, de acuerdo con las instrucciones.

—No puedo comprenderlo. ¿Cuánto hemos podido derivar con el escaso viento y las corrientes, don Faustino? —preguntaba al piloto.

—Es difícil de conjeturar con exactitud, señor. El derrotero previene de unas corrientes de dos a cuatro nudos en dirección sudeste, pero siempre que los buques se mantengan suficientemente aconchados a la costa. En esta situación, aunque se trate de una suposición por mi parte, no debe elevarse su fuerza por encima de las dos millas. Eso sí, siempre en dirección sur o sudoeste. Como máximo, habremos derivado en dicha dirección durante toda la semana unas cien millas. Pero todos los buques por igual o con escasas diferencias.

¡Joder! ¿Dónde puede encontrarse esa puta fragata del demonio? No es posible que se haya ido a los fondos o volado hacia los cielos.

—Ya le dije, señor, que poco fiaba en esa fragata —Burdich largaba sus palabras en tono bajo y con el rostro cuajado en grises.

¿Qué quieres decir, Ignacio?

—Pues que en ese buque se concentra mucha carne de presidio, que intentaría desertar en cualquier momento favorable. Y, tras muchos días a bordo, habrán maliciado a soldados, que tampoco ven con buenos ojos su traslado a El Callao. La situación de niebla espesa que hemos atravesado durante tantos días puede haberles ofrecido una oportunidad fantástica y difícil de gozar en más de una ocasión.

Quedé con pensamientos cruzados, aunque no conseguía entrever una sola solución al problema.

¿A qué distancia de la costa brasileña nos encontramos, don Faustino?

—Unas veinte millas, señor.

—Vamos a ver, Ignacio. ¿Estimas posible que haya cerrado distancia a la costa y abandonado el buque en alguna de las playas?

—Los desertores son escoria humana, señor, pero inteligentes en muchos casos. No creo que hayan aproado hacia la costa cercana en situación de niebla cerrada, con el peligro de acabar perdidos contra alguna piedra.

Además, es conocido por todos que las autoridades brasileñas toman a los desertores españoles como reos de traición. O los devuelven a nuestra frontera o los pasan por las armas sin mayores discusiones. Debemos pensar como ellos para aventurar una posible solución. Si me encontrara en su caso, habría intentado separarme de la fuerza hacia el sur el mayor número posible de millas. Con un objetivo muy definido: ganar distancia para tomar algún puerto por debajo del marco de dominio español y, si es posible, hacia el Río de la Plata. Allí serían recibidos como verdaderos héroes que incorporan un buque y muchos hombres para su causa patriota.

¿Al Río de la Plata? Estamos hablando de miles de millas.

—Bueno, señor, esa fragata es mercante, pero bastante velera para las de su clase. Y si mantiene una derrota cercana a la costa, nunca la volveríamos a ver, si por nuestra parte continuamos con el rumbo previsto.

¡Maldita sea la cobriza! ¿Y cómo han podido separarse tantas millas hacia el sur? Bueno... —una luz brilló en mi cabeza, al tiempo que miraba al mayor general—. ¿Acaso piensas en...?

—Creo que pensamos lo mismo, señor. Muchos días sin avance componen la situación ideal, si se utiliza la lancha y el bote para remolcar el buque. En tales condiciones, pueden haberse separado del resto de la fuerza en una cantidad superior a las cien millas. Bastantes más si han bogado a fuerza.

—Siete días al remo es un ejercicio más propio de galeotes.

—Con relevos suficientes, vino y alimentos sin límite, así como armas en la mano, todo es posible. Y el ansia de libertad, que así la entienden esos faltriqueros malparidos, ofrece fuerzas supletorias. Recuerde, señor, que escuchamos el disparo de un mosquete o un sonido parecido al comienzo de la niebla. Esa pandilla de facinerosos puede haberse hecho dueña del buque con facilidad.

¡Por los cojones del sultán! Sería terrible que esos malditos entregaran un buque y tantos soldados a los enemigos. La peor noticia que podía escuchar. Pero también hemos de conjeturar que, si han utilizado el sistema del remolque, pueden haberse abierto con rumbos de componente leste.

¿Mar adentro? No lo creo, señor. Ningún futuro se les abre en esa dirección. Esos carroñeros se encuentran a unas cien millas o hasta un máximo de doscientas hacia el sur, bien aconchados a la costa y aproando hacia el Río de la Plata.

Ahora mi cerebro bullía al goterón como perola sobre el fuego. Y la indignación crispaba mis manos al más duro extremo. No podía consentir de

ninguna forma que una unidad bajo mi mando desertara al completo con tropas embarcadas. En pocos segundos, comprendí el único camino que podía tomar.

¿Cuántas millas^[58] le debe sacar el bergantín *Potrillo a esa puta fragata en las condiciones de viento y mar actuales?*

—Si se mantiene el viento fresco y a un largo, unas dos millas, señor. En caso de que necesitaran navegar de bolina, quizás una más. Unas cincuenta o sesenta millas al día.

—En ese caso y si es cierto que han arrumbado hacia el sur en escape, podríamos dar con ella en dos o tres jornadas como máximo —ahora hablaba con mis tripas, mientras dirigía la mirada hacia la mar—. Bueno, si se mantiene el viento y no cae demasiado en la zona de calmas. Maldita sea la cabra que parió a esos condenados. Juro por todos los dioses negros que le sacaré los higadillos y el corazón a quienes hayan organizado esta deserción. ¡Ignacio!

—Mande, señor.

—Señal urgente al bergantín *Potrillo*, Que se acerque a nuestro costado sin perder un segundo. Mudaré mi insignia a su bordo. ¡Mondragón! —ahora me dirigía al capitán de fragata, en quien tan poco confiaba.

—Mande, señor general.

—Embarcaré de inmediato con mi mayoría general en el bergantín *Potrillo* para dar caza a esa zorróna, o intentarlo, al menos. Lo dejo al mando del resto de unidades —al tiempo que mis ojos debían de despedir fuego, lo señalaba con el dedo en clara amenaza—. Deberá progresar hacia el sur a unas diez millas de distancia de la costa. Y con cien ojos en las dos unidades mercantes, de cuya seguridad me responderá personalmente.

—No se preocupe, señor. Continuaré la derrota con la corbeta *Sebastiana* y los dos mercantes a esa distancia señalada.

—Bien. No perdamos tiempo. Debemos echarle el guante a la putorróna antes de que alcance el primer marco de dominio español.

—Lo haremos, señor —afirmaba *Burdich* con seguridad—. Son demasiadas las millas que ha de navegar hacia el sur para alcanzar aguas de seguridad. Le daremos alcance. Y no debe de sospechar que cambiaríamos la derrota para seguirla en solitario con el *Potrillo*, Se confiarán conforme transcurran los días. Nos deben de creer imbéciles. Tan sólo me temo que, cuando se sientan amenazados, apreen hacia tierra aunque pierdan el buque.

—Por esa razón debemos tomarlos en aguas brasileñas. Pero ya coceremos la puchera llegado el momento.

Sentía hervir mi sangre por las venas. Mientras la *María Cecilia* facheaba^[59] a mi orden y el Potrillo se acercaba a nuestra posición, Barbate disponía los elementos mínimos necesarios para transbordar. De esta forma, embarqué en el bergantín al salto dispuesto a entrar a muerte contra aquellos desertores que habían elevado su osadía hasta las nubes. Me dije una y mil veces que acabaría con ellos, que los responsables rematarían su vida colgados de la verga de la mayor para ejemplo de sus compañeros.

* * *

Una vez embarcados en el Potrillo y mudada mi insignia a su bordo con extrema sencillez, expliqué al teniente de navío Aldana la causa de los cambios y la necesidad de actuar con rapidez. No pareció extrañarse una mota sino que, por el contrario, asentía a mis palabras conforme las pronunciaba.

—Es uno de los peligros que debemos afrontar en estos días, señor. Creo haber escuchado que algo parecido sucedió meses atrás con otra expedición, precisamente, hacia aguas del mar del Sur. Un buque de escaso porte y buena vela dio muerte a los oficiales y a su capitán para escapar en la noche y dirigirse hacia el Río de la Plata. Seguro que, en este caso, los mal nacidos de la dotación habrán corrido bulas de gloria entre la tropa embarcada con una y mil promesas hasta convencerlos. Porque no olvide que los soldados del Ejército aportan su propio armamento y la amenaza puede ser importante.

¿Amenaza contra nosotros?

—Bueno, señor, quiero decir que deberemos actuar con mucha determinación. Aunque esa maldita fragata apenas cuenta con artillería, trescientos fusiles a la cara pueden complicar nuestro trabajo.

—Desde luego. Sin embargo, mucho dudo de que un elevado tanto por ciento de esos hombres se encuentren dispuestos a tomar las armas contra su propia patria. Además, si es necesario, acabaría por hundirla. Cualquier decisión antes de que alcance aguas enemigas y se pasen a los rebeldes con almas y bagajes.

—En ese caso, señor, y si desea avistarlos cuanto antes, podríamos aproar directamente hacia el cabo San Roque. Ahorraríamos bastantes millas.

—Puede ser peligroso, Aldana. Aunque esos desertores hayan conseguido la colaboración del capitán para el correcto pilotaje de su nave, apostaría el cuello a que navegarán permanentemente a vista de costa, a unas diez millas de distancia como máximo. En ese caso, si aproamos en triángulo, como dice, podríamos navegar a más de cuarenta millas de algún punto y perderla.

Continuaremos proa hacia el sur y, una vez llegados a la punta norte del río Marañón^[60], costanearemos a quince millas de la costa en dirección al cabo de San Roque.

—Como mande, señor.

—Pues no discutamos más. Vamos, Aldana, todo el aparejo a los vientos. Y, si es necesario, con las pañoletas de los oficiales envergadas en los penóles.

Quiera la Patrona, en nuestro beneficio, que el viento se aconche a cuadros de poniente, como debería suceder de acuerdo con los tratados. Cuanto más necesaria sea la ceñida, más ventaja cobraremos.

—Sin duda, señor. Esa fragata *Remedios* es marinera, pero solamente en comparación a las de su clase. Le sacaremos dos millas de andar y, en caso de ceñida, más de dos cuartas. Dependiendo del viento, en dos o tres jornadas, cuatro a lo máximo, podremos observar su aparejo por nuestra proa.

—Dios le oiga.

Mientras el resto de la fuerza quedaba rezagado poco a poco por nuestra popa, el bergantín cabalgaba con el viento fresco del noroeste como potranca en libertad. Y volvía a admirar sus líneas y movimientos ahora que se mantenía libre de bocado y con las alas desplegadas.

En la mañana del día siguiente avanteamos la entrada principal del Marañón en ese delta más propio de mar caudaloso. Y bien que sentía no poder observar con mis propios ojos ese río que tantos navegantes estimaron como mar de cruce, dadas sus extraordinarias dimensiones. Pero no era momento para entrar en ensoñaciones marineras, por lo que enmendamos la proa a babor hasta quedar a rumbo leste cuarta al sudeste, a más de novecientas millas del cabo San Roque.

Durante la primera singladura navegada en soledad, cada hora marcaba surcos propios en mi alma. Sufría como si hubiera llegado el momento en el que debiera reconocer mi absoluto fracaso, al no observar a la fragata sediciosa por nuestra proa. Y bien que tomaba el anteojo con excesiva periodicidad, al punto de que Ignacio Burdich me entrara con mensajes de calma.

—Deberemos ceñir la sangre al tocho, señor. Al menos en tres o cuatro jornadas no avistaremos a la *Remedios*. Se trata de una buena fragata y con dotación experimentada. Y este viento le favorece.

—Tienes razón. Pero no es sencillo pensar siquiera en las terribles consecuencias que se pueden seguir si fracasamos.

—No fracasaremos, señor. Nos restan más de tres mil millas a proa hasta que esos sacamantecas encuentren arena de seguridad. Y tal condición no aparecerá hasta que avanteen el primer marco de dominio español, allá por los 34 grados de latitud.

—Eso mismo me he repetido cien veces en la última hora, Ignacio.

—Para cambiar la escena, señor, le recuerdo que hemos atravesado el paralelo correspondiente al ecuador sin pena ni gloria. Y sé que gusta de mantener las antiguas tradiciones de la mar.

—No creas que lo olvidé. Y se trata de la primera ocasión en la que cruzo la línea equinoccial de norte a sur sin ofrecer los necesarios tributos al dios Neptuno. Pero no es el momento oportuno para desperdiciar uno solo de nuestros pensamientos. Ya recompensaremos al dios del tridente cuando hayamos atrapado a la maldita zorróna de las sedas.

—Creo que el dios de las aguas puede esperar en la ocasión, señor.

Apenas pude dormir en aquella primera noche, entrados en caza. Pesaba mucho la responsabilidad y lo que significaba aquella insignia desplegada al viento. Sin embargo, cuando regresé al alcázar con las primeras luces del día siguiente, me agradó observar el rostro sonriente de Burdich y Aldana.

—Buenos días, señor general —cantaba el comandante del *Potrillo* de buen humor—. Parece ser que la Patrona nos larga un cable. Se va recostando el viento a su norma y con beneficio propio. En pocas horas acabará por rendir en sudoeste faldón y de escasa fuerza. Nos encontramos en la zona de encalmadas. Y aunque sé que con las velas al plomo sufriremos más de impaciencia, los vientos suaves nos benefician por largo. Este bergantín es capaz de largar hilillos de espuma a popa aunque sople solamente un leve vagajillo.

—Sin duda. Pero, por todos los dioses, que no entremos en encalmada de lomos duros, capaz de enloquecer al santo Job. Pegados a costa nos puede soplar el sudeste con algún suspiro añadido.

—Eso pensaba, señor. Si le parece bien, enmendaré la proa para quedar a un cable de tierra solamente.

—Muy bien. Esperemos que esa maldita fragata no emplee de nuevo el remolque de la lancha.

—No les sería posible, señor —apuntaba Burdich con seguridad—. Tan penosa actividad, más propia de forzados, se puede aceptar como excepción, pero no como una norma. Además, el hecho de haberse alejado en tanta distancia y perder de vista a la fuerza les habrá ofrecido la seguridad de que

han triunfado en toda regla. Con el paso de los días, entrarán en esa rutina que tanto debilita al que la padece, especialmente con soldados de fortuna sin mandos oportunos.

Para bendita tranquilidad de mi alma, no llegamos a sufrir la clásica calmería de lomos duros, muy posible en la zona por donde navegábamos, que habría acabado por elevar los grillos hasta la galleta. El soplo acabó por entablarse del sudoeste, aunque disminuyó hasta el mínimo en sus prendas. No obstante, todavía el *Potrillo* llegaba a marcar los dos y tres nudos de velocidad, una noticia que me alegraba el rostro. Porque, en mis más felices sueños, suponía a la fragata *Remedios* anclada de morros con aquel escaso viento.

Comenzaron a correr las jornadas a paso de infame tortugón. Menos mal que, tras los dos primeros días de desfile en marcha de funerala, el viento aumentó ligeramente su fuerza, aunque entrara con insistencia en tontoneo de cuernos largos, esos clásicos de ida y retorno. Y sin haber avistado buque alguno del que solicitar información, en la sexta jornada, tras haber avanteado la ciudad de Fortaleza, antigua capital brasileña, conseguimos doblar el cabo de San Roque y observar la ciudad de Natal en la distancia. Demasiados días para la salud de mi espíritu. Mi estado de humor, muy tendido a la baja, descuadraba a algunos oficiales, que intentaban evitarme sin falsas apariencias. No obstante, entraba en varas muy a menudo.

—Menos mal que aventurábamos dos jornadas solamente para alcanzar a la maldita cuyas maderas penen en los infiernos más pronto que tarde —despotricaba ante mi mayor general y los oficiales del *Potrillo*—. Mañana alcanzaremos la semana de caza, tomaremos el Risco brasileño, y esa jodida *Remedios* sin dar señales de vida.

—No habíamos tenido en cuenta las encalmadas, señor —entraba Ignacio a la blanda—. Bueno, quiero decir el escaso viento, aunque nos beneficie a la larga. Sin embargo, apostarí a mi hacienda, si la poseyera, a que mañana, a más tardar, daremos con ella.

—Estos jodidos son capaces de llevarnos a la trepa hasta el cabo Frío y la bahía de Río de Janeiro.

—Para alcanzar el cabo Frío, señor, nos restan más de mil millas —dijo Aldana con extrema delicadeza.

—Poco fío en sus predicciones.

Aunque el duende martilleara de plano, como habíamos reducido la distancia a la costa, me dediqué a observar con cierto detalle aquellas aguas nunca navegadas. Porque, en mi anterior derrota al continente sur, había

entrado directamente por la latitud del cabo Frío tras el combate mantenido con las dos fragatas francesas. Pero no se grababan los perfiles con cierto detalle en mi mente, un tanto atormentada por esa nueva misión que encharcaba todos los pensamientos.

Barajamos el Risco brasileño por completo, navegando al límite de la bolina. Y cuando avanteábamos la rada de Pernambuco, entrados en los ocho grados de latitud, los higadillos saltaban al cuajo por mi vientre. Comencé a temer seriamente que podíamos haber equivocado la estrategia y que la maldita *Remedios* nos había largado badana negra a la cara sin remisión. Así se lo expuse a mis hombres, en cuyos rostros no cuadraban las trazas de optimismo mostrado en jornadas anteriores.

—¿Habremos marrado en nuestras apreciaciones, señores? ¿Habrá tomado otra derrota la fragata *Remedios*?

Tardaron en responder. Porque tanto el teniente de navío Aldana como su segundo y mi mayor general parecían cederse la oportunidad de la contestación. Fue Ignacio quien se decidió.

—Son muchas las jornadas atravesadas, señor. Concuero con que, a pesar de las calmas sufridas, deberíamos haberla avistado. Pero no es posible que hayan tomado otra dirección. No imagino a un grupo desertor arrumbando hacia levante. ¿Con que intención? ¿Hacia la costa africana, cuajada de salvajes? Y, menos todavía, regresar hacia las costas de Tierra Firme o aproar a las Guyanas. Todos los desertores sueñan con alcanzar el Río de la Plata, único punto firme y seguro de rematar con éxito absoluto su bellaquería.

—Estoy de acuerdo. Pero tampoco creo que, en su derrota hacia el sur, se hayan separado muchas millas de la costa. Nuestras suposiciones son correctas, pero no aparece el fruto.

—Como ciñen un par de cuartas menos que nosotros, señor —Aldana intentaba mostrar convicción—, es posible que hayan abierto proa al sudeste para ganar suficiente barlovento. No sé, es la única explicación que...

—¡Una vela por la amura de babor!

Si cualquier aviso del vigiador suele tomar a todo hombre a bordo con la necesaria precaución y mover sus pensamientos con el debido recelo, no era el casi presente, desde luego. Porque su voz sonó en nuestros oídos como plática de damas en trance amoroso. Y como ya había previsto todas las posibilidades de avistamiento en mi cabeza una y mil veces, ordené sin esperar un segundo.

—¡Rebaje trapo sin perder tiempo, Aldana! ¡Y caiga a estribor hasta alcanzar el viento a fil de roda!

—No le comprendo, señor...

—¡Rebaje trapo, cojones! Ya le explicaré más adelante. No quiero acercarme una sola milla de momento. Que el guardiamarina Butrón intente comprobar si se trata de la fragata *Remedios*.

Cumpliendo mi orden, el *Potrillo* cargaba velas para quedar solamente con mayores y foque, al tiempo que su proa viraba a estribor. Al mismo tiempo, el caballero Butrón trepaba por la jarcia como mono por árbol con el catalejo encastrado de firme en el cintón. Todavía exponían los oficiales rostros de incompreensión, por lo que debí pasar a explicarles mis intenciones.

—Por fortuna, señores, la *demedios* se encuentra a mayor distancia de tierra que nosotros. A cualquier precio debemos evitar que, si nos descubre, enmiende su proa a fuerza de timón hacia la costa. Pueden llegar a pensar que se trata de su única salvación, aunque deban varar contra las piedras. Hacia popa los avistamientos suelen ser más tardíos, especialmente si no hay mano dura en cubierta y vigiadotes alertados en las treinta y dos cuartas, como debe de ser el caso. Es muy probable que no se hayan percatado de nuestra presencia. Y, si lo hacen, que divisen a un buque con escasa vela y proa hacia tierra, con lo que será difícil que nos identifiquen a tanta distancia. Nos encontramos en el momento ideal porque restan dos horas solamente para la puesta de sol. ¿Qué distancia estiman a esa vela?

—Pues si acaba de ser avistada desde la cofa del trinquete y con esta visibilidad, debe de encontrarse a unas diez o doce millas de nosotros, señor —apuntaba Burdich en tono bajo.

—¡Tres palos! —gritaba Butrón a pulmón abierto—. ¡No puedo distinguir más detalles por la boria calzada en el horizonte!

—Tres palos puede significar aparejo de fragata en un elevado porcentaje. Perfecto —frotaba mis manos como si hubiese clavado las cartas a las siete—. Diez o doce millas. Y, por gracia de los cielos, debemos de entrar en luna nueva, ¿no es así, don Faustino?

—Debe producirse mañana, señor. Pero durante esta noche, la visibilidad será casi nula.

—Condiciones ideales. Ya era hora de que se nos ofreciera alguna rosa. Aldana, en cuanto disminuyan suficientemente las luces, quiero todo el aparejo arriba y proa al medio, entre esa fragata y tierra. En la amanecida debemos encontrarnos a su altura para entrarle con los garfios al rojo por el cuello.

—Comprendo, señor —declaraba el comandante con sonrisa añadida—. Perdone que haya dudado en...

—Nunca dude de las palabras del mando. Pero pasemos a nuestro negocio. No quiero un solo tarro de luz a bordo durante la noche. Pena de cañón a cientos para quien encienda una putañera mecha.

—No se preocupe, señor. Reforzaremos la guardia con instrucciones en ese sentido.

—Si me lo permite, señor —entraba Burdich, todavía con excesiva suavidad—, entiendo que apuesta la bolsa completa a que se trata de la fragata *Remedios* sin haberla identificado.

—Apuesto la bolsa y mis santos cojones si es necesario, Ignacio. Estoy seguro de que debe de ser ella. Por todas las putas del harén que puedo oler su malquerencia en la distancia. Y si marramos el tiro, pues ya apuntaremos a otra liebre.

—Comprendo, señor.

Se hizo de noche sin que avistáramos algún detalle significativo del buque avistado que nos pudiera albergar mayores esperanzas. Tan solo sabíamos que su aparejo se componía de tres palos, una cualidad que, en realidad, podía corresponder a una gran cantidad de buques. Porque, al rebajar trapo y virar, perdimos un poco de distancia, condición que poco me importaba. La satisfacción fue plena al comprobar que, poco a poco, la visibilidad descendía casi a cero, aunque en la zona cercana a la línea equinoccial las estrellas ofrecieran una mayor luminosidad. Sin duda, nos encontrábamos por fin entrados en favores de la Patrona, porque parecían haberse apagado las arañas de los cielos hasta dejarnos en una maravillosa y deseada oscuridad.

De acuerdo con mis órdenes, en cuanto los perfiles dejaban de dibujarse sobre las aguas, largamos todo el aparejo con la proa en la dirección señalada. Esperaba en mis adentros que pudiéramos descubrir alguna luz en el buque, que estimaba, sin dudarlo, como la fragata rebelde. Y no me refiero a los de situación, desde luego, por mal que se manejaran aquellos desgraciados. Pero algún tarro se prendería a bordo con cualquier pretexto si no se ejercía el adecuado control. Sin embargo, no fue hasta la segunda hora del nuevo día cuando el alférez de navío Horcajada alertó en el alcázar.

—Se avista una luz por nuestra amura de babor. Y debe de encontrarse a escasa distancia.

—Con la anochecida ha mejorado la visibilidad —afirmó Aldana, manejando su antejo en la dirección marcada por el joven oficial de mi mayoría general—. Pero, en efecto, puedo observar un par de luces, señor.

—Caiga a babor dos cuartas, Aldana —ordené tras comprobar la información—. Pero mantenga todo el aparejo largado. Tan solo cuando nos encontremos a su altura cargaremos juanetes.

—Quedo enterado, señor.

Una hora después de que hubiera relevado la guardia de alba, entendí que nos encontrábamos a la altura del buque en el que tantos sueños depositaba. Por tal razón, cargamos juanetes, componiendo trapo arriba y abajo para mantenernos en la posición deseada. Se acercaba el momento en el que la ilusión o la decepción más profunda se abrirían camino en mi pecho. Porque había depositado todas mis esperanzas en que no podíamos marrar nuestras predicciones. Esos malditos sin patria ni honor no merecían tal prebenda de los cielos.

14. Metralla caliente

Cuando el crepúsculo iniciaba su andadura con extrema suavidad, me encontraba en el alcázar rodeado de todos los oficiales de la mayoría y del bergantín. Parecía como si las luces se entretuvieran demasiado en su juego de encendida para hacernos sufrir un poco más. Podía comprobar los rostros ansiosos de mis hombres, anhelantes y preocupados, con claras muecas de desasosiego e incertidumbre difíciles de enmascarar. Y como alfombra común a todos ellos el catalejo en la mano, dirigido con insistencia hacia las luces que habíamos seguido con la mirada durante toda la noche en inevitable vigilia. El bulto oscuro que se situaba a una milla de distancia por nuestro través de babor comenzaba a tomar forma propia. Como es fácil suponer, y a pesar de no demostrar sentimiento alguno en mi cara, los duendes se movían en corrida general por venas y nervios, clavando picas de cuchillo a su paso. Porque en verdad que mucho arriesgaba en aquella empresa de la que tanto dependía mi primera experiencia como mando de fuerza en la mar. Escuché las palabras de Ignacio Burdich, dictadas con el corazón y lanzadas hacia los cielos.

—Esos cabrones malnacidos van a despertar esta mañana con una desagradable sorpresa, una muy desagradable sorpresa para sus asesinas cabezas.

—Dios te oiga —contesté en voz baja, como si intentara no ser escuchado desde el buque que consideraba enemigo—. Que la Patrona nos ampare bajo su manto.

—No ha de fallarnos en la ocasión, señor.

—Queda certificado que esos malditos no descubrieron nuestra presencia hasta ahora, señor —incidía el teniente de navío Aldana con su habitual optimismo y confianza—. Bueno, doy por hecho que se trata de la fragata *Remedios*. No me cabe ninguna duda.

—Tampoco a mí —declaré con satisfacción—. Es posible que ni siquiera apostaran un mínimo vigiador de guardia en la cofa del trinquete. Ya se sabe que buque sin mando oportuno, madera podrida a las aguas. Y tal condición nos beneficia por largo.

Pocos minutos antes de escuchar estas esperanzadoras palabras, habíamos ocupado a bordo los puestos de combate como si debiéramos entrar a muerte con un buque enemigo. Se tomaron todas y cada una de las necesarias medidas que tal condición previene, en absoluto silencio, sin dejar ningún detalle por fuera de las costeras. Dedicamos especial atención a la artillería. Los cañones de ambas bandas se mostraban entrados en batería, cargadas las ocho piezas de a 8 y las ocho carroñadas con saquetes de metralla fina, esos cortadillos de vuelo que muerden bien hondo allá donde se alcanzan. Dos de las piezas sueltas habían sido mudadas a la banda de estribor, en acuerdo con los planes embastados en la reunión mantenida con Burdich y Aldana. En principio y si la situación no se cargaba a lutos, no quería dañar la estructura del buque sino amedrentar espíritus y matar hombres. Precisamente, aquellos que enfundarían las armas contra sus mandos naturales. Caerían inocentes, desde luego, pero esa condición es imposible de evitar cuando se entra en juegos de pólvora.

La silueta se fue haciendo más y más visible, con una lentitud capaz de desesperar al dios de la paciencia y su numeroso séquito. En primer lugar, comprobamos los detalles de la estructura del buque, que se acoplaban al ciento con los de la fragata perseguida, eliminando las dudas principales. Y cuando ya la definición de los perfiles nos hacía botar gritos de victoria en el vientre, comenzamos a escuchar llamadas de urgencia y ruidosas carreras a bordo de nuestra presa. Por fin debían de haber caído en la cuenta de que una masa gris aparecía junto a ellos por su banda de estribor y a una milla escasa de distancia.

La identificación de la fragata *Remedios* se hizo firme en escasos minutos más. No cabía ya duda alguna de nuestro éxito cuando, de acuerdo con los planes trazados y tras comprobar la señal en asentimiento de mi cabeza, el teniente de navío Burdich, por medio de la bocina dorada, gritaba a pulmón la necesaria orden en dirección a la unidad desertora.

—¡Fragata *Remedios*! ¡En facha! ¡Póngase en facha! ¡En facha inmediatamente!

El viento continuaba entablado del oeste-sudoeste y fresco de fuerza, con lo que la proa de ambos buques se mantenía al límite de la bolina de la fragata. No obstante, al *Potrillo* le restaban todavía un par de cuartas a

barlovento, esas que podrían suponer la diferencia entre el triunfo y el fracaso, entre la vida y la muerte, llegado el momento. Y si habíamos discutido sobre las posibles reacciones de los desertores, no me cabía duda de que opondrían una feroz resistencia. En principio, se trataba de una lucha programada en mi cerebro sin límite ni cuartel. Al menos, hasta que la sangre corriera por su cubierta en suficiente cantidad y los comprometidos percibieran con claridad que no se les ofrecía más camino que la muerte sobre las tablas o un severo juicio posterior. De nuevo escuché la voz en trueno de mi mayor general tras haber esperado un par de minutos sin que la fragata acatara las órdenes.

—¡Fragata *Remedios*! ¡Póngase en facha de forma inmediata! ¡Si no obedece la orden, abriremos fuego sin contemplaciones!

Las luces se alzaban al galope. Por fin, la visibilidad era suficiente como para identificar las figuras de los que se movían en el alcázar con aparente dominio, una pandilla de rostros cercanos al presidio. Y, como era de esperar, ninguno pertenecía al personal que podíamos considerar como profesional o de confianza. No aparecían entre ellos el capitán, piloto y maestre de la fragata. Pero tampoco los oficiales, tanto los dos de guerra embarcados al mando de una sección de soldados de Marina para mantener el orden y la disciplina, como los propios del Ejército, dos tenientes responsables de la tropa embarcada.

Si alguna duda albergábamos sobre la posible reacción de los desertores, se disiparon con extrema rapidez. Una docena de hombres se parapetaban en la borda y comenzaban a disparar con sus fusiles como si entraran en una clásica batalla de trincheras. No se trataba más que de una absurda estupidez, si se tiene en cuenta la distancia a la que nos encontrábamos. Sin embargo, más me preocupó observar que, poco después, se elevaban dos de las portas de artillería de su banda de estribor, aunque todavía no aparecieran en el exterior las bocas negras de las piezas. Supuse que deberían de encontrarse en el proceso de carga. Y, muy posiblemente, obligando a sus sirvientes para dicha faena. No lo dudé un segundo más y lancé la señal a Burdich, que volvía a tomar la bocina entre sus manos.

—¡*Remedios*, en facha inmediata! ¡En un minuto abriremos fuego!

Barbate me había entregado el sable, acoplado al biricú con rapidez, y mi querida pistola de la mejor arcabucería vasca, que enfajé en conveniencia. Estaba convencido de que mi estampa se asemejaba más a la de un joven oficial dispuesto a la faena de abordaje que a un verdadero jefe de escuadra con mando de formación naval. Todo se encontraba dispuesto para la acción,

y a ella me dispuse con decisión. En la reunión mantenida con los oficiales tres horas antes, había expuesto con detalle las acciones que seguiríamos si, como aparecía ahora con claridad, la reacción de la fragata era desobedecer nuestras órdenes. Y la primera era que estimaran nuestro ataque inicial por su banda de estribor, tal y como nos encontrábamos en aquellos momentos.

Aunque habría sido considerado como acción normal, incluso necesaria, cualquier tipo de maniobra evasiva por parte de la *Remedios*, la fragata no modificaba una onza de su trapo ni una sola cuarta en su rumbo, como si la presencia del *Potrillo* y sus amenazas no le afectaran en absoluto. Y se trataba de una condición que, de momento, nos beneficiaba por alto. Todavía les costaría creer, extrañados al límite, que el bergantín *Potrillo* hubiese aparecido de repente a su lado sin haberlo avistado, cuando ya se creían libres de todo mando. Era llegado el momento de demostrar nuestra determinación, mientras algunos hombres más aparecían por la cubierta enemiga con fusiles en la mano.

—¡Aldana! A babor con la maniobra prevista. Artilleros preparados.

—Quedo enterado, señor.

Aldana tomaba la bocina corta entre sus manos para elevar en grito las órdenes preparadas.

—¡Caña de fuerza a babor! ¡Arribada hasta aproar a la jardinera^[61] de estribor de la fragata! Lascando lo que pida, don Mauricio —ahora se dirigía a su contramaestre primero—. ¡Piezas de estribor listas para abrir fuego a la orden!

El *Potrillo* caía a babor con extrema facilidad cuando los marineros entraban a la rueda como si se tratara de una pequeña goleta. Y ajustaba su proa hacia la jardinera de la fragata con un margen suficiente hacia su popa. De esta forma, se acortaban las distancias a ritmo de estrago. Aldana, cambiando con rapidez su posición a la banda contraria, mantenía su sable en la mano con espléndida altivez.

—¡Caña a la contra! ¡Mantengan esa proa! ¡Quiero pasar por su coronamiento a rascar maderas!

Los hombres que continuaban disparando desde la fragata se corrían hacia popa conforme el bergantín desfilaba hacia ella. Y ahora se ordenaba al personal de cubierta a bordo del *Potrillo* guarecerse de los fuegos en lo posible. Porque pronto comenzaron a escucharse algunos impactos de balas mosqueteras en la estructura, esos plomos calientes que suelen encontrar carne blanda, buena o mala, tarde o temprano.

Nos separaban unas cien varas de distancia solamente, momento en el que el *Potrillo* abría su proa unas dos cuartas a babor, siguiendo las órdenes de su comandante. Y cuando el bauprés alcanzaba una posición en la que parecía entrar como lanza de caballero contra su odiado enemigo, Aldana ordenaba caña fuerte a estribor. Disfrutaba al comprobar el dominio con el que el comandante maniobraba, un hombre de mar hecho a las costuras de su nave como calzas de gamuza. Al rematar la maniobra, con la *Remedios* en absurdo mantenimiento de rumbo, comenzábamos a desfilar por su banda de babor a distancia propia de combate a tocapiñoles, la meta perseguida. Ahora podíamos comprobar a la vista hasta las muecas de espanto en algunos hombres, el comienzo de la duda. Al mismo tiempo, comenzaban a abrir las portas de la artillería de dicha banda para preparar las piezas en nuestra contra, lo que no habían tenido en cuenta en un ejercicio de bisoñez guerrera llamativo y esperado. Pero no dispusieron de tiempo suficiente. Porque cuando comenzaban una tímida caída de rumbo a estribor para intentar abrir distancias, absurda maniobra que los dejaría desventados en pocos segundos, asentí con la cabeza en dirección al comandante. Aldana, sin dudarlo, elevaba el sable hasta los cielos para dejarlo caer a tachón.

—¡Batería de estribor! ¡Fuego!

Tronaron cuatro cañones y seis carroñadas, por haber pasado dos de ellas a la banda contraria. Se produjo un estruendo fantástico, capaz de taponar ojos y oídos. El humo y la nube de cortadillos abarcaban gran parte de la estructura de la fragata como panal de abejas en estampida de muerte. De forma instantánea pudimos comprobar como la vela mayor quedaba cuajada de pequeños lunares en sus faldas, al tiempo que bastantes hombres eran despedidos hacia el interior del buque con rostros cubiertos de sangre y espanto.

Con el *Potrillo* en ceñida máxima y la fragata en intento tardío de virada por avante, la peor de las decisiones posibles en su mando, si es que tal posición existía, la avanteamos con rapidez. A continuación, el bergantín, una vez separado dos esloras hacia proa, viraba en redondo con rapidez hasta quedar cuadrado con su proa hacia el bauprés de la fragata. En esta ocasión pensaba entrarle a besar babor con babor, amurados a dicha banda, sin haber perdido más de tres cuartas de viento. Y ya comenzábamos a desfilar con la batería dispuesta para efectuar fuego nuevamente cuando a bordo de la *Remedios* se largaban escotas al viento y casi todos los hombres en cubierta movían los brazos en llamativos movimientos, que entendimos como de rendición y aceptación de la orden inicial. Mientras observábamos

discusiones de muerte en su alcázar, viramos de nuevo en redondo hasta quedar prácticamente abarloados a la fragata, al tiempo que también nosotros facheábamos en libre. Pero, con las debidas precauciones, unos cuarenta hombres de Marina y del Ejército apuntaban con sus fusiles hacia la cubierta enemiga con orden de disparar hacia cualquier arma que se dirigiera hacia nosotros.

Aunque parezca de mucha enjundia, el ataque y las maniobras se llevaron a cabo en escasos minutos. Tal y como esperaba, se produjo un triunfo rápido y sin pérdidas humanas a bordo del *Potrillo*. Por fin, nos atracamos a su bordo con los arpeos^[62] de fuerza, mientras en la *Remedios* muchos hombres salían de estampida hacia las cubiertas bajas como si allí pudieran encontrar la salvación definitiva y el perdón de sus acciones. Por el contrario, otros arrojaban sus armas sobre las tablas para elevar los brazos a continuación con el terror marcado en sus rostros. No podíamos perder un solo segundo.

—¡Ignacio! Toma el mando de unos veinte hombres y pasa inmediatamente a la fragata. Que te acompañen Horcajada, Sánchez y el caballero Butrón. Ojos abiertos al palmo y ninguna concesión a las estrellas. Pistolas cargadas a la mano. Disparo a la barriga sin contemplaciones si salta la menor gota de vinagre.

—Quedo enterado, señor.

—Aldana, que se mantengan los fusileros con el arma apuntada. Disparo ante cualquier movimiento inesperado o peligro para nuestros hombres.

—Se mantienen en orden, señor.

Con los dos buques amadrinados en facha como felices amantes, mi mayor general pasaba a bordo de la *Remedios* con los hombres preparados. En su alcázar se enfrentaba de entrada a tres marineros que parecían ejercer cierto control sobre el buque. Y no lo dudaba mi mayor general. Porque el primero con quien se encaraba en grito debió de elevar alguna palabra demasiado alta, por lo que recibía un disparo del joven oficial a reventar sangre en plena cara. Una buena medida, sin duda. Porque un rostro embadurnado en rojo es de los mejores remedios contra la desobediencia. Poco después y en respuesta a una señal de su mano, pasaban más hombres del *Potrillo*, tanto de su dotación como de los soldados embarcados, con dos oficiales del Ejército bien aleccionados y sargentos de confianza. Sin descanso, buenos y malos comenzaron a salir desde las cavernas a cubierta, convenientemente encañonados al palmo en los costillares por nuestros soldados. Fue el momento en el que los oficiales comenzaron a interrogarlos.

Las noticias se sucedieron con rapidez. El amotinamiento había sido dirigido en principio, como habíamos supuesto, por un grupo de marineros de la fragata *Remedios*. Pero al movimiento sedicioso se había unido desde el primer momento y con extrema voluntariedad un grupo de dos sargentos y una docena de soldados del Ejército. Y era precisamente uno de los sargentos envenenados, llamado Rodrigo Martín, quien había acabado por tomar el mando del buque, convenciendo a todos de que la única posibilidad era aproar al Río de la Plata, donde recibirían todo tipo de honores, tierras y prebendas. No habían considerado la posibilidad de que se destacara ningún buque de la fuerza en su búsqueda. Y como sabían a la *Remedios* más velera que los otros dos mercantes restantes, no dudaban del éxito de la empresa una vez separados a suficiente distancia de la formación.

Entre las nuevas más dolorosas debíamos contar las pérdidas propias habidas tras el amotinamiento, que no eran pocas. El sargento Rodrigo Martín en persona había ajusticiado a los dos tenientes del Ejército embarcados, tras una pantomima de degradación y vergonzoso escarnio. Un martirio innmercido.

Pero a continuación también eran asesinados y lanzados al agua de forma inmisericorde, sin una mínima atención funeraria, el capitán de la fragata y sus más directos colaboradores, así como los oficiales de la Armada embarcados para el control del buque. No quedaron en ese nivel las acciones de sangre. Porque al grupo de ajusticiados se unieron algunos marineros y soldados de Marina que entendían muy adictos a sus mandos. Siete de ellos en total.

Los interrogatorios llevados a cabo por los oficiales de la mayoría general y del *Potrillo*, dirigidos por Ignacio Burdich, se extendieron a lo largo de todo el día. Muy a la brava, de acuerdo con mis instrucciones, rebenque en mano y sin contemplaciones, los malditos acabaron por declarar hasta el más venial de sus pecados. De esta forma, llegamos a la conclusión de que dos sargentos, cinco marineros, dos grumetes y seis soldados eran los cabecillas culpables del amotinamiento y posteriores asesinatos, mientras otros dieciocho habían colaborado de forma más o menos voluntaria.

Aquella misma noche, una vez establecido personal de entera confianza a bordo de la fragata *Remedios* y todos los amotinados mantenidos en jareta con grillos en manos y pies, celebraba consejo de guerra extraordinario a bordo del *Potrillo*. Me facultaban para ello las Reales Ordenanzas, en vista de la situación de extrema gravedad y urgencia sufrida en la mar. Y tampoco dudaba una mota por mi parte al actuar como presidente. Porque todos los

oficiales de la Armada y el Ejército, nombrados como miembros del consejo, asentían con la cabeza cuando proponía pena de muerte en la horca para los cabecillas del amotinamiento, y doce años de presidio para el resto de los implicados. Además, cien latigazos con rebenque de mojel fino para cada uno de los enlistados en el segundo grupo, pena que recibirían en la primera ceremonia sabatina particular a bordo de su buque. Unos pocos más, como algunos artilleros forzados a alistar las piezas, serían condenados a penas menores, que podrían ser cumplidas a bordo, incluidos cañón y racionamiento.

Por segunda vez a lo largo de mi carrera, debería presidir el ajusticiamiento a bordo de algún hombre, una puchera espesa que, sin embargo, no podemos rechazar en cumplimiento de nuestro deber. Pocos años atrás, al mando de la fragata *Proserpina*, había debido aplicar la misma pena al cabecilla de una pandilla de presidiarios que promovían un amotinamiento a bordo. Atrapados con tiempo y declarados culpables, el jefe del movimiento remató sus días en danza de aquelarre sobre el aire. Para la ocasión presente, en la que el delito había sido consumado y con armas contra el mando, serían quince los hombres a volar aguas adentro. Por medio del contramaestre del *Potrillo*, ordené preparar la fragata *Remedios* para el acto en acuerdo de ordenanza. Porque, a diferencia con el ceremonial de muerte que se sigue en la Marina británica, quien era condenado a la pena capital en la Real Armada debía morir en el buque propio y a la vista de sus compañeros.

Por fortuna, en la fragata mercante se disponía de aparejos casi idénticos a los de nuestra Armada. En la verga mayor de la *Remedios* se había guarnido^[63] en conveniencia el motón de quijada^[64], armado en el anillo de carga, sistema empleado normalmente para izar pesos ligeros desde la cubierta. Se conseguía forzar su uso en la banda de estribor, de forma que el cabo de labor rindiera a media distancia entre el palo mayor y la borda. Una vez pasado el cabo por el motón, el contramaestre debía preparar en su extremo o chicote un nudo escurridizo parecido al ahorcaperros pero con ocho vueltas, sistema que en tierra recibía el nombre de nudo del ahorcado, de forma que al cobrar por su extremo se corriera hasta cerrarse con fuerza al tope. El chicote libre laboreaba por derecho y en caída hasta cubierta, para pasar por una pasteca de retorno que facilitaba su laboreo en la línea proa-popa. Establecidas estas condiciones, y al no proveer disminución del peso por el aparejo, se conseguía que fuese necesario aplicar un gran esfuerzo inicial para cobrar del penado e izarlo, lo que propiciaba su muerte con la mayor rapidez.

Por fortuna, las condiciones de viento y mar se presentaron de excelente cariz en la siguiente mañana. Ordené que el *Potrillo* se abarloara de nuevo a la fragata *Remedios*, ahora sin armas en amenaza, de forma que las dos dotaciones al completo y las tropas embarcadas pudieran presenciar con suficiente detalle la ceremonia de castigo. Y no se trataba de una decisión libre por mi parte, sino obligada en normas. Llegado el momento, todos formaban desde el alcázar hacia proa en absoluto silencio. Porque en verdad que la visión de la cercana muerte achica los corazones de los ánimos más templados. Los oficiales, por su parte, formaban en línea con uniforme grande y armas propias en sentido de babor a estribor, en sus buques respectivos. Por último y para rematar el cuadro, los quince penados a muerte quedaban encarados contra la borda de babor. En su mayor parte, los muy cobardes, mostraban rostros de pánico y verdadero terror.

Una vez recibida la novedad por medio del teniente de navío Burdich, en el sentido de que todo se encontraba preparado de acuerdo con las normas de ordenanza, me presenté en el alcázar de la fragata *Remedios* para presidir la ceremonia en su crujía^[65]. Mi mayor general pasó a leer las condenas, mientras los que pronto pasarían a las llamas del infierno se movían de forma nerviosa. Dos de ellos se dejaban caer en cubierta entre sollozos y petición de clemencia, siendo necesario el uso de las culatas de los soldados de Marina para reponerlos en orden. Burdich se volvió hacia mí en muda petición de permiso. Asentí con la cabeza, sin mover un solo pelo de las pestañas. A la orden de mi mayor general, un soldado de la guarnición desengrilló los pies del primer reo, el sargento Martín, de forma que pudiera caminar. A continuación y tomado por los brazos, fue obligado a moverse, no sin su oposición, para ser transportado hasta el nudo que le esperaba sin posible enmienda. Y como si se tratara de una escena repetida una y mil veces, el contramaestre del *Potrillo*, en funciones de verdugo, se acercaba a él para encastrar la gaza del nudo perrero a través de su cabeza. Una vez alcanzado el cuello, cerró la corredera hacia abajo para que se mantuviera ajustada.

Al sentir el cabo sobre su cuello, el sargento Rodrigo Martín, desvestido de uniforme y enramado con sayón, cesó de repente en sus frenéticos movimientos e intentos de patear a los soldados que lo forzaban, al tiempo que disminuía el voceo apagado. Fueron unos pocos segundos solamente, porque de inmediato reanudaba los mismos de forma enloquecida, ahora sin poder moverse demasiado por la presión del cabo sobre su garganta. Ocho marineros se mantenían preparados hacia proa en la línea con el cabo de labor en la mano, listos para cobrar del mismo con todas sus fuerzas a la orden. Era

el momento más esperado por todos. Se respiraba la tensión en el ambiente con el silencio prendido en forros, mientras los buques se balanceaban en facha sobre las olas. Burdich se volvió de nuevo, respondiendo por mi parte con el mismo asentimiento de cabeza al tiempo que desenvainaba mi sable y lo elevaba hacia los cielos, como si de esa forma demostrara a todos quién era el dueño y señor de las vidas a bordo de las naves.

Siguiendo las instrucciones previstas, uno de los soldados desató la pañoleta de la boca del penado al tiempo que le cubría los ojos con una cinta de tafetán negro. Rodrigo Martín pidió clemencia por primera vez, con sollozos entrecortados. Pero, al no escuchar respuesta a sus peticiones, comenzó a largar por su asquerosa boca insultos y blasfemias de todo tipo, algunas de tal orden y calibre que jamás pensé pudieran ser pronunciadas por boca humana. Despotricaba del mundo entero, desde el Altísimo en los cielos hasta el último de los oficiales. Al mismo tiempo, intentaba con el movimiento de su cara apartar el velo negro fuertemente apretado, sin conseguirlo. Ahora empleaba una fuerte y ronca voz, aunque se le amadrinara un tono trémulo en los picos.

Tras una ligera señal de mi mayor general, el tambor comenzó a tronar en tiemblo de justicia y duelo de muerte. Algunos marineros y soldados dieron un pronunciado respingo, sorprendidos al escuchar de repente aquel sonido que rompía el silencio como disparo de cañón. El contramaestre, pito en mano, no separaba su vista de mi persona. El momento era llegado y debía cumplir con mi obligación, por dura que fuese. Bajé el sable con decisión, como si quisiera partir la cabeza de cualquier enemigo. El nostramo no esperó un segundo para echar sus pulmones en el chifle, pitando la conocida señal de «cobrar». Tampoco lo dudaron los ocho marineros asignados, que cobraron del cabo con fuerza extrema, momento en el que el reo fue elevado con rapidez sobre cubierta.

Una vez en el aire y prendido por el cuello, a pesar del fuerte tirón no se consiguió el objetivo porque el antiguo sargento continuó moviendo sus piernas como poseído durante alargados segundos, al tiempo que sus palabras se cerraban en ahogado sonido. Por fin quedó inmóvil, con el cuello doblado en percha. De todas formas y siguiendo las normas, se le mantuvo así durante cinco minutos que se hicieron interminables, tiempo máximo en el que, según los expertos, ha de producirse la muerte. Una vez consumida la espera, Burdich ordenó descender el cuerpo hasta cubierta, momento en el que el cirujano se acercó a él para comprobar su fallecimiento. Por último, el capellán le formaba la señal de la cruz sobre el pecho.

Siguiendo el programa previsto, entraba el maestro velero de la *Remedios* en escena, llegado con sus pequeños pasos a la ligera. Transportaba dos coys ajustados en costura que depositó junto al fallecido para embucharlo con la ayuda de dos marineros. A continuación procedió a coserlo con rapidez una vez incrustada en su interior una bala rasa de a 8 libras. Y sin mayor protocolo o misericordia, el cuerpo de aquel maldito era lanzado al envite por encima de la borda para entrar poco después en las aguas que quedarían contaminadas con su inmunda presencia.

A continuación y como una repetición sin posible cambio, se repitió la escena con los catorce hombres que debían seguir el mismo camino. En cada ocasión se diferenciaba solamente la postura o respuesta de los penados, que variaban desde los lamentos, lloros, petición de clemencia y súplicas temblorosas, hasta el insulto, la blasfemia y todo tipo de maldiciones bastardas. El tiempo se alargaba sin fin en una mañana de intenso calor. Por tal razón, sentía correr el sudor por mi espalda a chorro de manta cuando el último cuerpo era lanzado hacia las aguas. Una ceremonia alargada como jamás volví a presenciar para el bien de mi alma. Y una vez rematada la escena, todavía se mantenía el profundo silencio en los dos buques, con algunos rostros impresionados a la vista. Pero era de obligación actuar así sin dudar. Todos debían comprender que la disciplina a bordo de un buque de la Real Armada no puede ser traspasada jamás, ya sea por imposición humana o divina.

Una vez regresados a bordo del *Potrillo* y con los buques en libre movimiento, dedicamos el tiempo necesario para remediar los desperfectos sufridos en la *Remedios* durante el rápido combate. Tan sólo en las velas mayores, cuyos numerosos lunares debían ser enlonados, fue necesario que los maestros veleros del bergantín echaran una mano para aligerar la faena. De esta forma, en la anochecida del mismo día, ambos buques quedaban listos para continuar la comisión. Ordené aproximarnos a la costa hasta alcanzar las diez millas de distancia, frente al río de Contas. En dicho momento, adoptamos un rumbo nordeste, con la fragata *Remedios* por mi popa a medio cable de distancia y órdenes extremas.

Como habíamos galopado a bordo del *Potrillo* hacia el sur con espuma en las barbas durante bastantes días, necesitamos poco más de dos jornadas para avistar al resto de la fuerza. Y recibí una sensación de extremo alivio, porque en verdad que mucho dudaba ya de lo que podía atravesar en aquella comisión.

Por fortuna, el capitán de fragata Mondragón había actuado de acuerdo a mis prevenciones y sin contratiempos a la vista. Bien es cierto, que había encontrado una fantástica colaboración en el viento y la mar reinantes.

Una vez repuesta la fuerza naval bajo mi mando al completo, decidí en firme mantener la insignia a bordo del bergantín *Potrillo*, sin más mudanza. Para ello llevamos a cabo el transbordo del material, así como de mis pertenencias personales. El espacio a disposición sería menor, el arranchamiento de la mayoría general más limitado y la cámara del general con menos ostentación, sin duda. Pero compensaba de sobra con saberme capaz de gobernar al gusto y acceder a cualquier puesto de la formación en escaso tiempo. También influía el ambiente que se respiraba a bordo, mucho más profesional y agraciable que en la fragata *María Cecilia*.

Para mantener la tranquilidad de mi alma, ordené adoptar una formación de marcha más cerrada y con escasa independencia en las unidades mercantes, así como una distancia menor entre ellos y los buques de guerra. Por fin, tras diversos momentos de titubeo y alguna maniobra particular digna de olvido, en este caso de la corbeta *Sebastiana*, reanudamos la derrota prevista hacia las aguas frías del sur. Pero tal y como había programado en un principio, abrimos camino ligeramente a babor, condición a la que colaboraba el viento, entablado ahora del sudoeste puro y fresco de fuerza. Se trataba de un compromiso entre dos aspectos importantes. Por una parte, no deseaba navegar a escasa distancia del Río de la Plata y poner en peligro la misión. Pero no debía olvidar que, de acuerdo con los derroteros y tratados de navegación, los vientos reinantes en el cabo de Hornos suelen ser de componente oeste y contrarios al paso, por lo que cada cuarta navegada a levante significaba una pérdida de barlovento que podría costar recuperar. Sin olvidar que deberíamos atravesar los cuarenta rugientes^[66], una zona en la que mar y viento nos podían aderezar la derrota con vinagre en los ojos.

Todavía nos movíamos sobre los 14 grados de latitud y disfrutábamos de excelentes condiciones de viento y mar. Pero ya saben quienes hayan leído alguno de estos cuadernillos, o hayan surcado las aguas a levante o poniente, que en cualquier momento puede cambiar el manto de la gran señora y sin aviso previo. Porque nos restaban muchas millas a proa y no por senderos marcados para carruajes de corte.

15. Proa a las aguas frías

Obligados por un soplo del sudoeste, navegamos de bolina durante más de cinco jornadas. El viento oscilaba en su fuerza de fresco a frescachón, pero sin levantar vientos de ronza en ningún momento. Y abrigando el rumbo de los buques mercantes, avanzábamos sobre las cien a ciento cuarenta millas en cada singladura, modesta cantidad aunque no fuera de despreciar. No sufrimos sobresaltos salvo alguna rifada de trapo, lo que tuvo lugar en la corbeta *Sebastiana* y fragata *Remedios*, que se solucionaron con rapidez. Por fortuna, todas las unidades se movían con suficientes velas de respeto a bordo, una condición de extrema importancia pensando en futuros. En el siguiente día, el piloto marcaba una buena situación con el sextante, cortando el paralelo de los 23 grados a unas sesenta millas de la costa, precisamente en la latitud del cabo Frío, que concede puerta de entrada a la inolvidable bahía de Río de Janeiro, uno de los parajes más maravillosos que jamás pude observar.

Nos habíamos abierto de la costa una distancia mayor de la prevista, pero no daban los buques mercantes más de sí en la ronda de bolina, especialmente la fragata *Soledad*. Porque, para extrañeza general, el paquebote *San Andrés* parecía haber cobrado vida nueva y marcaba una cuarta más de ceñida que la fragata. Pero en esa mañana se nos alegraron las pestañas al comprobar un bendito role del viento al noroeste. Y aunque se asegure como poco habitual en aquellas latitudes, bien recordaba yo el temporal sufrido a bordo de la fragata *Proserpina* por dichas aguas con viento de esa misma dirección. El nuevo soplo nos permitió enmendar el rumbo a estribor, condición muy positiva porque, a partir del cabo Frío, la costa brasileña se tendía de forma pronunciada hacia el sudoeste. En caso contrario, habría sido necesario entrar en una larga bordada.

Debemos recordar, para los no habituados a la serpenteante costa del continente sudamericano, la especial configuración de su perfil. Porque si el

Risco brasileño era cruzado por el meridiano de los 29 grados, el cabo Frío lo hacía en el de 35 grados. Y continuando la deriva al sudoeste, el Río de la Plata se veía abocado a los 50 grados. Pero esa tendencia de la costa hacia el sudoeste se rompía a partir de la entrada al estrecho de Magallanes, con una pronunciada lanzada hacia el sudeste, de forma que el cabo San Diego, espigón oriental de la Tierra del Fuego, se veía cruzado por el meridiano de los 59 grados. De acuerdo con la decisión inicial para la derrota, no deseaba navegar cerca de la costa, pero tampoco entrar en navegación de altura permanente con los mercantes a mi cargo.

Evoqué en mis pensamientos la bahía de Río de Janeiro y sentí navegar a tanta distancia de sus aguas. Porque, en caso contrario y como decidí en la anterior ocasión a bordo de la fragata *Proserpina*, la habría surcado para que pudiera ser contemplada en admiración por mis hombres. Pero la manta estaba corrida sin vuelta, y ya, observando la carta, solamente pensaba en la siguiente etapa, que para mis propios pensamientos finalizaba en los 35 grados de latitud. Se trataba del límite superior de la rada del Plata, ese maravilloso escenario que habíamos perdido ante los rebeldes bonaerenses de forma absurda por la absoluta falta de visión de nuestros gobernantes.

Si la sorpresa en el role del viento al noroeste había sido grande, más lo fue al comprobar, dos o tres jornadas después, que el dios Eolo nos concedía una merced de puño al entablarse el viento del norte puro y frescachón de fuerza. Sin dudar, ordené una proa que dejara nuestra derrota a unas cincuenta millas del cabo Santa María y la punta del Este, pórtico del Río de la Plata, a escasas millas de Montevideo. Para mis adentros esperaba que, de un momento a otro, la gran señora de los mares nos mostrara su rostro más amargo. Pero continuábamos cortando paralelos hacia el sur sin que ninguna ola bastarda volara sobre nuestra cubierta. Por tal razón, conseguí que se llevaran a cabo con puntualidad los ejercicios doctrinales de mar y guerra, que nunca se sabe por dónde aparecerá la siguiente moscarda. Y como bajo aquel viento frescachón los mercantes perdían mayor número de millas en comparación con los de guerra, incluso me permití algún ejercicio de fuego real y maniobras avante para recuperar la formación con rapidez.

Un detalle que me preocupaba era el hecho de tomar las latitudes australes en pleno invierno, cuando, según los derroteros, la mar se ve envuelta en un frío impenetrable, acariciada por ventiscas de corte con aguanieve, granizo o nieve pura de goterón. Sin olvidar la posible aparición de las bancas de hielo^[67] que, en las noches, pueden abrir la barriga de cualquier buque. La mar sería más dura, sin duda, aunque esos detalles vuelen a favor y gusto de

los dioses llegado el momento. Pero no cabía duda de que, a partir de la latitud correspondiente al Río de la Plata, la temperatura comenzaría a bajar sin freno hasta alcanzar la formación de carámbanos en las narices. Ya lo había tenido en cuenta antes de la salida de La Habana en cuanto al vestuario de las dotaciones. Porque a lo largo de la última década se había mejorado mucho en cuanto al entregado a cargo de la Real Hacienda, desde luego, pero todavía un elevado porcentaje de marineros y grumetes andaba con prendas tomadas al quite. Y si entrados en calores el remedio es sencillo, con los hombres en movimiento a bordo casi desnudos, cuando los cuerpos se ven azotados por los fríos de corte puede producirse un elevado número de bajas con enfermedades del pecho, que pocos bienes suelen aparejar. Por tal razón, había solicitado en el arsenal la mayor cantidad posible de casacones de desecho en tiras, tabardos de esteras, sacos de hule y cualquier prenda que pudiera ayudar a los que, de forma especial, deberían trabajar en cubierta.

Entramos en la última semana del mes de mayo sin cambios apreciables, momento en el que cortábamos el paralelo de la punta del Este a unas setenta millas de distancia. Continuamos nuestra derrota, forzando ahora la proa ligeramente a poniente, con viento del norte. Y sin más contratiempo que la aparición de una marea^[68] larga del sur, que no levantaba astillas pero nos hacía hocicar a la brava como jaco percherón, el último día del mes el piloto marcaba el punto tanto avante con el cabo de las Vírgenes, punta oriental de la embocadura al estrecho de Magallanes. Pero a demasiada distancia como para reconocer algún punto de la costa. Al mismo tiempo, dejábamos las islas Malvinas a unas doscientas millas a levante, ese archipiélago abandonado por nuestras fuerzas para reforzar el Río de la Plata en los primeros momentos de la rebelión. Y como el viento se mantenía firme del Septentrión, enmendé el rumbo a babor, proa directa al estrecho de Maire, que separa la isla de los Estados y el cabo San Diego, puerta de entrada a las aguas del cabo de Hornos. En el alcázar del *Potrillo*, el alférez de navío Horcajada, un joven rubianco y patilargo de mi mayoría general, miraba con insistencia a través de su antejo. Estaba seguro de lo que bullía en su cabeza.

—Nada descubriré a través del largomira, Horcajada. La costa se encuentra a demasiada distancia.

—Así parece, señor —el joven parecía defraudado.

—¿Quería descubrir el cabo de las Vírgenes? Bueno, debe saber que se trata de una acepción comprimida. En realidad, don Fernando de Magallanes lo bautizó como el cabo de las Once Mil Vírgenes.

—¿Ha dicho once mil, señor? —el joven mostraba rasgos de extrañeza e incredulidad, como si estimara imposible la existencia de tan elevado número de vírgenes en el mundo entero.

—Así es.

—He escuchado tantas apasionantes historias sobre el estrecho de Magallanes, señor —el joven movía la cabeza hacia ambos lados con evidente pesar—. Mantenía la esperanza de que, al menos, pudiera observar los perfiles de su entrada.

—Bueno, no debe preocuparse demasiado. Tendrá más oportunidades a lo largo de su carrera. Además, podrá comprobar a la vista por dónde salieron Magallanes y Elcano hacia el mar del Sur tras su memorable hazaña. Me refiero al cabo Pilar.

—También llamado cabo Pilares, señor —apuntó el piloto, atento siempre a rellenar mis exposiciones cartográficas.

—En efecto, don Faustino, que así aparece en los documentos de don Juan Sebastián de Elcano. Estoy seguro, Horcajada, de que le habría gustado tomar el famoso estrecho, en lugar de bajar latitud hasta doblar el cabo de Hornos.

—Pues así es, señor, si me permite emplear la sinceridad absoluta. Bueno, también deseo observar el cabo de Hornos, navegar por sus aguas y, de esa forma, marcar en hrme una de las muescas del hombre de mar. Pero eso también habría sido posible en el tornaviaje.

—¡Buena idea! —Me hizo reír su salida—. En ese feliz caso, habría podido alcanzar dos codornices de generosa pechuga con una sola perdigonada. La existencia de ese estrecho y sus especiales derroteros suponían un importante secreto al considerarse como el único paso posible hacia el mar del Sur. Bueno, esa era precisamente la misión encomendada a la expedición comandada por Magallanes, encontrar el buscado y deseado paso hacia las Indias orientales. Sin embargo, la navegación por los canales patagónicos se tuerce muy peligrosa y un elevado porcentaje de buques acaba varado entre sus piedras. Los vientos saltan del cero a los cincuenta nudos en pocos minutos, sin tiempo suficiente para largar los ferros con garantía. Me comentaba el general don Cayetano Valdés, que palpó a fondo esas aguas en expedición hidrográfica, que parecía imposible creer que Magallanes, con aquellos buques como la nao *Victoria*, pudiera haber sacado cabeza entre tanta piedra. No olvide que hablamos del año 1520. Porque de las mil salidas que se abren en el camino, conforme se progresa hacia el mar del Sur, solamente una es válida, mientras el resto remata en bajos de sangre.

—Pues sí que parece difícil, señor. Y no digo imposible, porque lo conseguí.

—Debemos rendir homenaje a aquellos navegantes que se batían el alma de continuo sobre las aguas en puro descubrimiento. Se jugaban los bigotes día y noche sin saber a ciencia cierta lo que encontrarían tras la siguiente restinga.

—¿Cuánto tiempo necesitó Magallanes para cruzar todo el estrecho, señor?

—Magallanes descubrió el cabo de las Vírgenes un 18 de octubre y salió al mar del Sur el 27 de noviembre. Muchas semanas de desasosiego, penurias, amotinamientos y trances negros de todo tipo. No obstante, al desembocar definitivamente en el mar Austral encontró unas aguas tan tranquilas, que lo bautizó como mar Pacífico. Una efímera ilusión que hizo levantar risas a muchos navegantes posteriores. Más de un mes luchando entre pasos falsos, estrechos con salida equivocada y piedras sin vigía. No solo bautizó los dos cabos de salida, sino que llamó como Tierra del Fuego a la que corría hacia el sur, a causa de la gran cantidad de hogueras que se avistaban en las noches.

—Supongo, señor, que bastantes años más tarde se descubriría el cabo de Hornos, extremo meridional de esa Tierra del Fuego.

—En efecto. Pero ya verá que no se trata de tierra unida al continente, sino el extremo de una pequeña isla, llamada también de Hornos. En 1578, el pirata inglés Drake, bucanero malparido en lupanar aunque los britanos lo eleven a la categoría de almirante, fue el primer navegante no español en atravesar el estrecho de Magallanes. Como pueden suponer, con un derrotero español afanado con malas artes. Una vez en el mar del Sur, costaneó a poniente de la Tierra del Fuego hacia el sur. Según parece, intentaba descubrir lo que se denominaba, y aún se conoce, como Gran Tierra del Sur, que otros llaman como la Tierra Helada. Algunos geógrafos entendían que dichas tierras se encontraban unidas al continente americano. Drake observó el cabo de Hornos, pero no llegó a doblarlo. No obstante, descubrió la posibilidad de atravesar aguas desde el mar del Norte al mar del Sur a través de un paso muy amplio sin necesidad de sufrir por el estrecho de Magallanes.

—¿Son muchas las millas de anchura que concede ese paso, señor? —insistía el joven oficial.

—No someta a interrogatorio al general, Horca jada —intervino Ignacio Burdich, que había aparecido en el alcázar.

—Déjalo, Ignacio, que no es malo preguntar. Ya sabes que me gusta el tema —me volví hacia el joven oficial para continuar—. Se supone que desde

el cabo de Hornos hasta las tierras heladas se abren más de quinientas millas. Claro que dicha cifra debe depender de la estación del año, porque las aguas se hielan, con la evidente reducción del paso. En los derroteros se recomienda considerar como navegables solamente unas doscientas millas desde el cabo de Hornos hacia el sur. Pero no existe conciencia cierta sobre las masas de tierra helada, y se trata de suposiciones sin comprobación cartográfica.

—En ese caso, señor, ¿por qué se denomina como cabo de Hornos a ese famoso accidente? Sería más correcto llamarlo cabo de Drake, si el pirata britano fue el primero en avistarlo.

—En honor del malparido bucanero quedó nombrado el estrecho o paso entre los dos mares. Por el contrario, los que en verdad doblaron por primera vez el famoso cabo fueron los holandeses Jacobo Lemaire y Guillermo Cornelio Schouten, en 1616. También la causa fue intentar evitar el estrecho de Magallanes en su navegación hacia las Molucas. El hecho de bautizarlo con esa apelación se debe a la ciudad natal de Schouten, Hoorn, que los españoles traducimos como Hornos. Tres años después, en 1619, el cabo fue reconocido y doblado en dirección oeste por nuestros compatriotas Bartolomé García y Gonzalo Nodal, que lo bautizaron como cabo de San Ildefonso. Y con ambos nombres puede comprobar que aparece en nuestras cartas náuticas, aunque estoy seguro de que prevalecerá la primera en solitario. Pero no se preocupe, Horcajada, que también disfrutará al observar dicho cabo. Bueno, si la mar nos permite entrar en alguna ensoñación.

—Muchas gracias, señor general.

Continuamos con nuestra navegación, aunque la placidez se perdía poco a poco. El viento rolaba al golpe hacia el sudoeste, al tiempo que la mar de leva aumentaba en profundos senos desde el sur. Todavía nos beneficiaba la dirección para mantener una proa cercana al sudeste, aunque se hizo necesario arriar juanetes y todo trapo elevado en necesaria prevención. Bien entrados en el mes de junio, avistamos por nuestra amura de estribor el cabo de San Diego. Debíamos atravesar el estrecho de Maire, amplio con quince millas de resguardo y sin especiales peligros. Y, con buen andar, barajamos a la vista la costa entre San Diego y el cabo del Buen Suceso, con la isla de los Estados en la distancia, que nos permitía entrar de nuevo en mares libres.

Llegaba el momento de la decisión. Como el viento volvía a rolar al noroeste en su caprichoso vaivén de los últimos días, aproé en principio al sudoeste cuarta al oeste, para ceñirme al cabo de Hornos y ganar cuerdas si el sople acababa por mostrarse de poniente, como suele ser habitual. Debíamos navegar poco más de noventa millas, y en mis adentros elevaba rezos para

que se mantuviera el soplo de aquella dirección el mayor tiempo posible. Así lo comenté con Burdich y el piloto.

—Señores, ¿acabará por rolar el viento alguna vez a poniente, como suele ser habitual en estas aguas? Bien sabe Dios que no lo deseo, pero lo espero a cada momento.

—Es lo más probable, señor —apuntaba don Faustino desde la timonera—. He cruzado el cabo en más de ocho ocasiones y casi siempre se mostró con vientos del oeste puro y mar alzada. Sin embargo, recuerdo haberlo atravesado en un lejano mes de abril con viento puro de levante y agua de rosas. Una condición que no éramos capaces de creer. Pero juro por Dios que no se trata de estrofa de piloto.

—¿Con viento de levante? En ese caso, más que el cabo de Hornos, se aparecerían las aguas como las del río Aranjuez.

—Pues no crea, señor. Porque en aquella ocasión navegábamos hacia levante y debimos alargar la bordada cincuenta millas al sur.

—Pues ya es mala suerte, para una vez que se presenta la rosca de tan extraordinario cariz. En cuanto a nosotros, por ahora continuaremos proa a la isla de Hornos. Sería una bendición extrema que se mantuviera el noroeste hasta doblar el cabo.

—Una extraña y poco habitual bendición.

—¿No le preocupa quedar sin campo a estribor, señor? —preguntaba Burdich.

—Ese viento de levante del que habla el piloto es extraordinario, pero que aparezca de componente sur podemos considerarlo como imposible.

—Desde luego —enfaticó don Faustino.

Ya saben que la mar es una golfa caprichosa que sacude las faldas a su gusto y con la energía de sus piernas dependiendo del último goce. Por mucho que se expongan teorías y posibilidades seguras en tratados y derroteros, la señora acaba por mostrar sus encantos cuando así lo estima oportuno, y no siempre en conjunción con el dios Eolo, con quien mantiene relaciones de concubinato y desencuentro al mismo tiempo. Digo esto porque mantuvimos la proa al sudoeste el tiempo necesario, con el viento tontoneando fuerte pero centrado alrededor del cuadrante postrero. Sin embargo, aumentaba en su fuerza hasta entrar en un cascarrón de madejas que nos hizo tomar el primer rizo a las gavias. Pero los buques navegaban bien y solamente la corbeta *Sebastiana* balanceaba en exceso, aunque dentro de los límites de seguridad. Y por si acaso los duendes se alzaban en demanda, ordené preparar los aparejos de capa en todos los buques.

Alcanzamos la isla de Hornos bajo un viento cascarrón del noroeste, por lo que de nuevo elevé algunos rezos perdidos. Nos separamos lo suficiente para no sufrir la extrema cercanía de las piedras y sus posibles rebufos. De esta forma, pudimos observar la isla de Hornos, en forma de media luna, que se extiende en unas cinco millas de tierra y cuyo cuerno al sudeste es el propio y famoso cabo. Era fácil comprender las historias sobre su malignidad y desprecio al observar el aspecto imponente de sus rocas sombrías, que parecen dirigirse en grito hacia los navegantes con orden de cuartel. Todos a bordo querían comprobar a la vista aquel fenómeno y marcar la muesca en el alma, aunque en verdad llegáramos a su altura sin haber sufrido en exceso por nuestras maderas.

Para bien o para mal, todo nos llega en esta vida, ya sean suspiros de bonanza u otros más propios del Maligno. Cuando palmeaba las piernas al gusto por haber montado el cabo sin problema alguno, desde el noroeste aparecieron en un abrir y cerrar de ojos un conjunto de nubes tan negras como las bocas del infierno. Al mismo tiempo, una mar de leva nos atacaba desde poniente con impresionante mordida. Y pronto, nada más avanzar el cabo, sufríamos los embates con cáncamos^[69] de orden superior, que nos hacían caer en precipicios más propios de Sierra Morena. Con rapidez, ordené quedar con mayores y trinqueta de fuerza a verlas venir.

Habíamos avanzado la isla de Hornos unas pocas millas, cuando el ventarrón se afirmaba sin vuelta del noroeste, para pasar a temporal de barbas en una hora escasa. Y no hay nada comparable por malas en la mar a que te acometan de forma divergente y a un mismo tiempo temporal de olas blancas y mar de leva en direcciones distintas. De esta forma y sin necesidad de orden por mi parte, cada oveja del rebaño entraba a la capa al gusto de la ocasión. La suerte estaba echada, y no quedaban mayores opciones que el rezo y la vista clavada en la espuma, que nos barría a su placer. Aunque todavía nos encontrábamos en las primeras horas de la tarde, se hizo la negrura más absoluta en los cielos, con la espesa rumazón sobre nuestras cabezas.

Aquella primera noche de temporal la sufrimos minuto a minuto con roderas de sangre. Porque de forma repetida, al tiempo que entrábamos en un seno pronunciado, una ola de espuma nos batía por la amura de estribor. El *Potrillo* crujía de banda a banda en protesta y sacaba el bauprés del agua con gallardía, para entrar a besar de nuevo la superficie y morder bajo ella. Debíamos encontrarnos cercanos a los 57 grados de latitud y comenzamos a derivar con claridad hacia el sur, al tiempo que el viento, en inesperado role, cuadraba al norte puro. ¿Dónde se encontraba ese famoso viento del oeste, me

preguntaba tripas adentro? Y si ya los males se amontonaban en la cesta, una mezcla de lluvia fina y aguanieve comenzó a cortarnos la cara como tajada de cuchillo. En cuestión de minutos, el frío se transformaba en tiempo helado, con necesidad de cubrir hasta las rendijas del alma.

En la siguiente jornada, disminuyó en muchos enteros la mar de leva, para fortuna propia, aunque la nortada de furioso temporal se mantenía a tuerca de raspón. Al tiempo que el viento aullaba enloquecido entre las jarcias, comenzaban a formarse carámbanos en cualquier punto de la estructura y del aparejo. Y para mal del cuerpo, no era posible ofrecer un poco de mazamorra caliente a los hombres, al haberse ordenado apagar los fogones, como es norma obligada en situación de temporal corrido. Tan sólo queso, galleta y cecina se distribuían por los pajes como era posible, aunque algunos hombres lo desecharan por no poder sostener las piezas en sus manos congeladas. En cuanto a la navegación pura, tan sólo me temía la posibilidad de derivar hacia los islotes de Diego Ramírez, a unas sesenta millas al sudoeste de Hornos, un temor que me evitó el piloto.

—No se preocupe, señor, que los dejaremos a bastante distancia con esta deriva.

—Pues ya veremos cuándo nos será posible progresar hacia el norte. El temporal apareció tan de repente, que ni siquiera dispuse de ocasión para observar la isla Ermita con sus pechos en alto.

—Con estas olas entrando a barrer, ni los recuerdo, señor —el piloto jamás perdía el buen humor y la seguridad—. Y quiera Dios que no necesitemos maniobra de brazas porque, con las manos heladas, la fuerza de los hombres sobre los cabos disminuirá en muchos enteros.

—Ya lo he comprobado a la vista.

Por desgracia, necesitamos labor de brazas pocas horas después, como si don Faustino hubiera despertado a la bicha mosquetera. El trinquete que manteníamos en calzones se rifó a media tinta del gratil de babor, comenzando a ofrecer latigazos más propios de galeras. Se jugó el pellejo el gaviero Lantaca, que trepó por la jarcia con enorme esfuerzo de manos y pies. Y como los gualdrapazos de los restos mordían en cueros vivos, no le cupo más remedio, a la orden del nostramo, de entrar a degüello del trapo y engrapar los restos en mandil. Poco me preocupaba en aquellos momentos perder esa vela, y menos pensando en futuros, con dos repuestos de la misma en el pañol. Otros buques, como la *Remedios* o la *Sebastiana*, sufrieron penalidades similares en sus aparejos. Y el mayor problema no se presentaba

por las pérdidas posibles en la capa, sino por la terrible tarea a llevar a cabo en situación tan extrema.

Todo el día sufrimos la misma situación, sin que se nos concediera desde los cielos prebenda alguna. La única nota positiva se presentó al comprobar que la mar de leva había desaparecido como por encanto, lo que también puede ser considerado como un detalle excepcional y jamás visto por mi persona. Porque si en algo destaca ese tipo de marea larga es por su aparición y retirada de forma progresiva y a ritmo de lenta graduación. Pero tales disquisiciones volaban a popa sin dejar una mínima huella. Porque a la capa sin remisión, las olas nos barrían a muerte y sin descanso.

Atrincherado contra un perno de barlovento, sentía el casacón sobre mis hombros como si se hubiera convertido en madera, debido a su estado cercano a la congelación. Por tal razón, exigimos a todos los hombres, por medio de las vocineras, que se mantuvieran en movimiento y no permanecieran aquietados, algo fácil de declarar y difícil de cumplir. También se obligó al uso de la barloa de mal tiempo para la circulación en cubierta por la banda de barlovento. Y en cuanto al vestuario, al menos los hombres de brega que debían manejarse al aire aparecían cubiertos en lanas de mil tipos y colores, como disfrazados en monigotes de feria. Pero poco importa tal apariencia si quien porta el disfraz se siente caliente.

Entramos en la segunda noche sin que el viento pareciera disminuir una mota. Viento helado, agua helada y alma encastrada en carámbanos. Y para aligerar la escena, tras bastantes horas sin sufrir precipitaciones, comenzó a caer sobre nuestras cabezas una nieve muy fina de forma continua. Nos encontrábamos cercanos a entrar en el invierno austral y la demostración de los dioses se hacía evidente. No obstante, el *Potrillo* demostraba su raza al tomar la mar con extremo orgullo y seguridad. Recuperaba la posición tras los envites de las olas montañosas con extrema facilidad. Del resto de la fuerza, solamente me preocupaba la corbeta *Sebastiana*. Es cierto que esos buques reciben tal denominación por sus movimientos violentos al tomar la mar, en pura cabalgada, pero esta en concreto asemejaba a buque con el lastre desnivelado, aunque pareciera ser su condición habitual al recibir olas desde la amura hacia el través.

Había repicado la campana de a bordo a llamada de la guardia de alba^[70], cuando se produjo la primera alerta de peso. Escuché con claridad el retumbo de un cañonazo por la aleta de babor. Bien es cierto que me refiero a una claridad relativa, dentro del ruido general al que la mar y el viento nos

sometían. Y antes de que pudiera preguntar, escuchaba la voz de Aldana a mi lado.

—He creído escuchar el retumbo de un cañón, señor. Cañón sin bala por la oquedad del disparo.

—También yo. Y en tal caso, el significado no amadrinaría posible duda. Alguno de los buques se encuentra en extremo peligro. ¿Podemos saber de cuál se trata por la dirección del sonido?

En aquel momento se escuchaba un segundo cañonazo. Y entendí que ahora, con bastante seguridad, parecía proceder de nuestra aleta de estribor, con tendencia hacia el través.

—Por nuestra aleta de estribor, señor —comentaba Aldana con voz firme—. Antes de la anochecida, en esa dirección se encontraban las fragatas *Soledad* y *Remedios*. El paquebote *San Andrés* había quedado un tanto rezagado y con mayor deriva.

—Pues alguna de esas gacelas debe de andar con la camisola alzada y vergüenzas al aire. Pero nada podemos hacer en estos momentos. Bajo este temporal es imposible pensar siquiera en una mínima maniobra.

—Desde luego, señor. No queda más que esperar a que amaine lo mínimo. Una vez a la luz del día, si consiguen abrir una pequeña rendija esas nubes negras, podremos conocer la realidad de lo sucedido. Puede haber sido una vía de agua. La mar rompe con mucha fuerza.

—Dios no lo quiera. En tal caso, esos hombres se encontrarían en manos de la Patrona.

—Ya me contaron, señor, que, durante un temporal en el seno mexicano, el navío bajo su mando sufrió una vía de agua a la altura de la cuaderna maestra. Y corrió el temporal de empopada y a palo seco, al tiempo que arrojaba lastre por la borda.

—Algo debía hacer para no perder el buque. Cuando ves que caes hacia los fondos sin remedio, se aviva mucho la imaginación.

—Debieron de ser unas horas terribles.

—Bueno, al menos con final feliz. Pero en verdad que no le deseo tal experiencia al peor de mis enemigos.

Como respuesta a nuestras silenciosas plegarias, cercanos al crepúsculo matutino comenzó a aligerar la presión el viento, aunque todavía nos mantuviéramos a la capa sin vuelta posible. Pero percibía que comenzaba la caída de muros, por mucho que algunas olas pasaran bigotes arriba de los palos. Y cuando las luces lechosas nos ofrecieron cierta visibilidad, se nos apareció un cuadro como jamás había podido imaginar siquiera. Por nuestra

aleta de estribor, casi a popa, se encontraba una fragata, que reconocí como la *Soledad*, varada contra una banca de hielo de monstruoso tamaño. Mostraba la proa alzada, como si hubiese entrado en varadero, ligeramente tendida a la banda de babor. Pero también había rendido los palos bauprés y trinquete, posiblemente a causa del impacto. El resto del aparejo se balanceaba al gusto en un conjunto de reliquias de muerte, como alma marinera que se exhibe en cirios. Pero además de esa banca maldita, otras dos de menor tamaño aparecían hacia el sur, a unas tres millas por nuestro costado de babor. Le había tocado a la *Soledad* la prenda negra en el mortal sorteo, pero podía haberlo sufrido cualquier otro de los buques presentes.

No disponíamos de tiempo para elevar un solo rezo. El viento caía lo suficiente como para intentar el auxilio, aunque debiera jugarse el alma en el empeño. Y si algún buque de la fuerza podía intentarlo, ése era el *Potrillo*. Así que le pregunté al teniente de navío Aldana. Porque nadie conoce mejor las posibilidades de un buque que su propio comandante.

—Aldana, ¿estima que podemos hacer proa por la *Soledad* sin excesivo riesgo?

—Con toda sinceridad, señor, creo que nos encontramos al límite en posibilidad de maniobra. Si fuera un comandante prudente, debería contestarle que, si el viento continúa cayendo, como parece, en un par de horas podremos intentarlo.

Aldana hablaba con desenvoltura, sin apartar la alargada sonrisa de la boca, como si entrara en juegos de chanza. No obstante, tal postura irradiaba seguridad a su alrededor.

—¿Y se considera un comandante prudente?

—Con toda sinceridad, señor, estimo que no es momento adecuado para convocar excesivas templanzas y prudencias. A bordo de la *Soledad* pueden estar sufriendo la gota gorda y prestos a deshacerse entre las aguas.

—Pues, en ese caso, ándele con los cueros bien apretados. No se puede divisar todavía con detalle —dirigía de nuevo mi anteojo hacia la fragata siniestrada—, pero parece que intentan echar lancha y botes al agua. Y no lo contemplo como medida acertada. Deberían aguantar mientras la varada sobre el hielo soporte la estructura del buque, aunque sea en falso retén. El temporal decrece a la vista con claridad. Cuanto más tarde tomen los botes, más posibilidades se les abrirán de que no salgan despedidos por el aire contra el hielo. Además, son muchos los hombres embarcados. ¡Burdich!

—Mande, señor.

—¿Cuántos hombres del Ejército embarcamos en la *Soledad*?

—Trescientos, señor.

—Por Dios bendito, que hemos de transbordarlos como sea al resto de las unidades, si esa fragata, como supongo, se encuentra perdida de vuelos.

—Con su permiso, señor —insistía Aldana—, caeré en redondo y a tientos, a ver si la mar me permite progresar hacia la *Soledad*.

—De acuerdo, Aldana. Maniobre al gusto y que la Patrona reparta suerte a favor.

—Eso espero, señor. Nos hará falta.

Aunque las condiciones habían mejorado, no rebajaba el viento una mota de la estadía de temporal recio. Además, todavía la mar rompía a cuernos blancos contra todo lo que se cerraba a su paso. Mucho nos jugaríamos los que a bordo del *Potrillo* largábamos cruces en silencio, pero comprendíamos que no era posible otra línea a seguir, ni dejar a tantos hombres aviados a su negra suerte. Por fin, el teniente de navío Aldana, sin despegar la sonrisa de su rostro, tras agitar el casacón para desprender nieve y hielo, se dirigió hacia la timonera. Para fortuna de todos, sabía bien lo que debía hacer.

16. Maniobra entre hielos

No debemos olvidar, en ningún momento, que las maniobras las llevaba a cabo un bergantín, buque muy marinero pero de escaso porte. Una pequeña embarcación que volaba sobre las olas como cormorán en ruta de escape. Y, más importante, que todavía la mar nos comía a bocados de angustia, aunque rebajara sus crestas de forma alternativa y a su gusto. Por tal razón, me asombró comprobar la seguridad en las órdenes que impartía el teniente de navío Aldana, como si se tratara de acometer un ejercicio doctrinal sin mayor importancia. Y por todos los cristos crucificados, que el *Potrillo* se jugaba la encomienda al primer rezo.

—¡Media caña a babor! ¡En molde suave y sin romper la pala, muchachos! ¡Rueda a mi voz, conforme llame a la banda! ¡Don Mauricio! — Ahora gritaba en dirección al nostramo, que apenas se separaba media vara de su mando—. ¡Aparejo lascando varas lo que pida y sin apretar una miserable pulgada!

—¡Enterado y al grano, señor! —contestaba el contramaestre en grito, al tiempo que desleía su casacón y apretaba el pito con fuerza contra su boca, para empeñarse en la sinfonía de órdenes.

El *Potrillo* comenzaba a caer lentamente a babor. Y si nos temíamos en los higadillos el primer golpe de mar franco por el través, no necesitó de muchos minutos la gran señora en otorgarnos la prenda. Porque una ola con barbas blancas en pinzas de muerte nos atacaba por la banda de estribor a romper corazones. El bergantín se escoraba hacia babor con una fuerza e inclinación que no parecía rendir al límite, sacando sin duda todas las tracas^[71] fuera del agua y hasta su quilla al viento, como si hubiera decidido montarse a grupas de la espuma y cabalgar en su corona hasta el infierno. Segundos eternos de pasión. Mientras todos a bordo mantenían la respiración en suspenso con el alma encogida, nos apuramos a fuerza contra los pernos como náufragos amarrados al cabo salvavidas. Y aunque atravesamos unos

peligrosos momentos en los que me temí lo peor, el buque recuperaba con rapidez su posición antes de que una pareja de espuma blanca acabara el trabajo iniciado por su putorróna compañera. Sin embargo, los gemidos de sus maderas sonaban ahora en tono alto y a concierto de sotanas fúnebres.

Atravesamos los peores y más peligrosos momentos, alargados en el alma hasta el infinito y más allá, con algunas olas montañosas en la misma hazaña hasta quedar de empopada. Una vez con el viento por la balconada, detuvo Aldana la caída, maniobrando a la contra con cierta dificultad. Pero tampoco se trataba de una proa feliz y con el merecido descanso. Porque una nueva ola alzada como catedral, ahora desde la popa, nos levantaba el coronamiento con fuerza suficiente para meter de morros el *Potrillo* en lanzada hacia los fondos. No obstante y aunque parezca difícil de creer, me mantenía admirado de los movimientos del buque, en feroz lucha contra los elementos bestiales de la Naturaleza. Se trataba de la habitual y diaria lucha a muerte entre el hombre con sal en la sangre y la mar en su más pura extensión. Peligro y belleza amadrinados en una sola costura. Intenté animar el cotarro con burlona sencillez.

—Briosa potranca montamos para navegar, Aldana. Pocos buques aguantarían una acometida de tales lomos por la banda. Aunque suframos de popa, déjese caer hasta quedar a la altura de la *Soledad*.

—Esa es mi intención, señor. El rubicón se nos presentará cuando debamos entrarle de nuevo hacia proa, si los dioses nos lo permiten — mantenía el tono de voz socarrón y una admirable decisión, sin una mota de duda en el semblante—. A ver si la Patrona continúa con las flautas a favor.

—No ha de faltarnos la suerte. Parece que el viento continúa cayendo, aunque la mar tarde demasiado en responder a su llamada.

En efecto, el viento disminuía de fuerza, ahora a la vista y con suficiente tesón, lo que mucho aliviaba mis pensamientos. En estadía de ventarrón fuerte, se cruzaba ahora casi a poniente, aunque dudaba de que los rebufos de la banca de hielo nos atacaran en gracia. Para regusto propio, el *Potrillo* se dejaba mecer con suavidad a babor, para continuar mostrando su popa a las olas. No obstante, todavía la mar se mostraba con la misma fuerza, resistiéndose a las órdenes del dios Eolo, con quien debe cuadrar voluntades tarde o temprano.

Poco a poco, conforme cerrábamos distancias, pude comprobar la terrible situación que se vivía a bordo de la *Soledad*. Aunque parezca labor más propia de Satanás, la fragata se había montado en varada profunda sobre la banca de hielo, con mucha suerte por haberla atacado en su parte más llana,

como si se tratara de playa helada. Toda la apariencia de un buque dando la quilla^[72] sobre el hielo, una operación que solamente en sueños de aquellarre puede presentarse. Aunque se cimbreaba hacia las bandas con fuerza, bufidos de muerte y daños añadidos, todavía mantenía un tercio de la eslora encamada con una pronunciada escora a babor. Con buen sentido marinero, su capitán había trasladado parte de sus hombres a proa, intentando mantenerse sobre el hielo el mayor tiempo posible. Debía de haber avistado las maniobras del *Potrillo* en su auxilio y obraba con acierto en consecuencia.

Habíamos rebasado unas pocas varas la posición de la montaña helada en dirección este-oeste, cuando Aldana comenzaba a caer de rumbo, ahora con toda la pala del timón, hasta quedar aproado al límite de sotavento de la banca. Una nueva ola de cuernos altos nos atacaba de través, pero ya los cuerpos se habían habituado a ese peligro. Aunque imaginaba sus intenciones, recalqué:

—¿Piensa entrarle de través hacia su popa?

—En efecto, señor. Si no quiero que esa banca me desbarate los fondos en raja a mí también, entiendo que la parte más libre en profundidad debe ser su popa. Por tal razón, intentaré abarloarme a ella por mi través de babor, y Dios quiera que no sobresalga el hielo de la banca muy aplacerado. Si aguantamos con los arpeos de abordaje, conseguiremos que transborden el mayor número posible de hombres.

—Dios quiera que la banca corte cuajo a media eslora de la *Soledad*. En caso contrario, arriesgaremos el *Potrillo* al límite.

—Esos son mi esperanza y mi temor, señor.

Con un aplomo digno de ser expuesto en los tratados de navegación, como ejemplo a seguir por todo comandante de un buque en la mar, Aldana maniobró para que el *Potrillo* se encontrara el mínimo tiempo posible de través a la mar. No obstante, todavía recibimos dos montañas blancas a romper el costado, con suspiros y protestas en las maderas del hermoso bergantín. Pero, conforme pasaban los minutos, me admiraba más aquel buque y sus características marineras. Comprendí que poco debían presumir los arsenales europeos en comparación con aquellas modestas carpinterías establecidas en la bahía de Chesapeake o las riberas del río Delaware, capaces de engendrar seres como aquel buque de raza marinera.

Por fin y ya al socaire franco de la banca helada, Aldana consiguió fachear a la contra, conforme entraba nuestra banda de babor a besar las maderas del coronamiento de la fragata *Soledad*. Impresionaba observar tan cerca la montaña de hielo, un monstruoso gigante de reflejos grises y

azulados, que amenazaba con sus fauces blancas en perezoso movimiento. Y con absoluta naturalidad, Aldana ordenaba largar los arpeos para cuadrarse a la popa de la fragata a la altura del combés, como si deseara entrar en abordaje de chuzos. Bien es cierto que, por gracia de los cielos, comprobamos que en dicha situación la banca no arrastraba hielo bajo el agua o, al menos, no en suficiente cantidad como para velar sobre nuestra quilla. Ahora, bocina en mano, grité en dirección al capitán Somontano, a cargo de la *Soledad*, que se situaba en la toldilla a la vista con movimiento de manos.

—¡Capitán! ¿Cuál es la situación actual de su estructura?

—Fragata perdida sin posibilidad alguna de recuperación, señor. Nos mantenemos de milagro sobre la banda. La quilla se encuentra destrozada en el primer tercio, con entrada de agua por libre a través de mil fendas y bujarones. También la arboladura, como se puede observar, anda rendida al copo con excepción del mesana. Poco a poco se va deshaciendo de maderas y nos restan pocos minutos a flote.

—Abandonen el buque inmediatamente. Que transborde toda la dotación y la tropa embarcada al *Potrillo* sin perder un segundo. Con rapidez pero sin tumultos, ni perder el necesario orden. Intentaré que algún otro buque colabore en la empresa.

—Como mande, señor. Una orden recibida con extremo placer.

Comenzó lo que podríamos definir como una verdadera gesta de mar, esas acciones que, tiempo después, se leen en los informes y no elevan el alma a batientes como es debido. Porque una cosa es sufrir la mar en vivo y a la cara, con las olas barriendo cuerpos y almas, y otra bien distinta leer las narraciones meses o años más tarde, sentados al calor del fuego y con una copa de buen vino en la mano. El teniente de navío Aldana ofrecía una verdadera lección de mar en la que se jugaba el buque bajo su mando y, posiblemente, la propia vida. Pensaba con tristeza que aquellas acciones de tan extraordinario valor y destreza marinera solían quedar en el olvido, como tantas otras de semejante pelaje. Porque se cantan en gloria excelsa los descubrimientos, las conquistas y otras hazañas de mayor o menor dificultad. Pero esas acciones que los hombres de mar encaran día a día, enfrentados de continuo a un ser mil veces más poderoso, apenas llaman la atención ni reciben el reconocimiento debido. Y así fue durante siglos la vida de los miembros de la Real Armada, en beneficio de los que en su patria, y como norma habitual, les negaban una mínima consideración y reconocimiento.

El transbordo del personal se llevaba a cabo con la debida diligencia, sin olvidar el peligro amadrinado. Porque, a causa de la mar y el viento, los

buques se mantenían en un inestable equilibrio, con separaciones bruscas e indeseadas, así como no pocas roturas de los cabos de unión en función de andarivel^[73] de fortuna, que eran repuestos con rapidez. Y aunque se amoldaran sacos y petates a la banda en defensa de las maderas del costado, se producían violentos embates de colisión con el coronamiento de la fragata que lastimaban el ánimo más bragado.

Algunos hombres a bordo de la *Soledad*, flojos de brazos o con el corazón rendido, caían entre los buques a las aguas heladas. No todos poseen el valor suficiente, perdiendo luces cuando se sienten atezados por el espanto. No obstante, el tiempo se eternizaba, y a bordo de la siniestrada fragata comenzaban a producirse movimientos que provocaban alarma inmediata. Aunque la misma banca de hielo nos produjera un necesario socaire^[74], se elevaba a veces en inesperado movimiento, como si deseara salir en arrancada avante. En uno de tales revolcones, pareció deshacerse por completo la amura de babor de la fragata, quedando toda la parte del castillo como juguete de maderas sueltas en flote de estanque.

—¡Por los clavos de Cristo, que aceleren el transbordo al máximo! —grité hacia mi mayor general—. Y que comiencen a pasar también los oficiales.

Más que una orden, se trataba de un deseo por mi parte. Porque nada era posible acelerar con sólo observar al apelonamiento de aquellos hombres en la popa de la fragata. De acuerdo con las instrucciones, todos los soldados debían olvidarse de su armamento y pertenencias. Porque, en aquellos momentos, solamente en la vida propia se debía pensar. Sin embargo, me pareció extraordinaria la profesional labor del capitán Somontano al disponer la saca de códigos para que fueran fondeados tal y como se prescribe en las ordenanzas^[75].

Debían de haber transbordado desde la *Soledad* más de trescientos hombres en total, calculando que restaban por pasar poco más de un centenar entre dotación y tropa embarcada, cuando se escuchó un chasquido formidable, como un gruñido salido de la gruta más profunda. El palo de mesana, único en pie todavía, rendía hacia su llamada proel, al tiempo que toda la cubierta desde el combés hacia proa parecía disolverse en el agua como los polvos de azahar. La fragata pasaba a convertirse con rapidez en un conjunto de maderas, cajas, tablones, vergas y palos que flotaban a su gusto. Pero tal condición producía un elevado peligro para el *Potrillo*. Porque podíamos comprobar con facilidad que nos acercábamos peligrosamente hacia la banca de hielo, como si ejerciera una extraordinaria y maligna atracción sobre nosotros. Aldana fue el primero en reaccionar.

—¡Debo alejarme ahora mismo, señor, o también el hielo bajo el agua acabará por morder las maderas del *Potrillo*! Estimo que nos encontrarnos al límite.

—¡Haga lo que estime oportuno, comandante! ¡Tiene mi aprobación por adelantado!

—Gracias, señor.

Todavía esperó Aldana algunos minutos, una demostración de sangre fría digna de ser imitada. Porque se cortaba el alma a cuajos al observar más de cien hombres en la que había sido la toldilla de la *Soledad*, intentando ganar posición hacia popa y tomar alguno de los cabos de salvación. Escuché la voz de Aldana.

—¡Don Mauricio! ¡Que larguen la mayor cantidad de cabos salvavidas al agua para que se puedan asir los que caigan a ella! Que se mantenga la lancha en el agua para recoger el personal posible sin arriesgar su estructura. Y que no se separe del buque más de cien varas. ¡Larguen el foque de fuerza para separar la proa de la banca de hielo de inmediato!

—Quedo enterado, señor —de nuevo tomaba el pito entre sus manos—. ¡Foque de fuerza arriba!

El mundo se vino bajo nuestros pies en escasos segundos. Al tiempo que los restos de la *Soledad* se partían como si fueran atacados por un monstruo marino a dentelladas, el *Potrillo* comenzaba a separar su proa lentamente. Y no se trataba de misión sencilla, con la montaña helada en acción de paretón contra el viento y rebufos de escaso auxilio. Sobre las maderas restantes en la fragata, algunos hombres comenzaban a gritar, en clamorosa petición, un auxilio que no les podíamos prestar aunque nos doliera a fondo. Porque la banca de hielo se venía contra nosotros al no encontrar obstáculo que nos separara. Y por todas las rabizonas del sultán y sus putas crías, que entendí que también nosotros acabaríamos encaramados sobre la banca, cuando el *Potrillo* comenzaba a tomar corrida avante.

Bien sabe Dios que salimos del infierno por escasos pies. Porque todavía, cuando nos separábamos a fuerza de corazón, escuchamos el clásico sonido de la rascada del hielo por la banda de babor.

—Espero que no se trate de hielo en filo de corte, señor, o nos abrirá la barriga.

—No nos puede faltar un pedacito más de suerte a estas horas.

Mientras el resto de los hombres a bordo de la *Soledad* caían a las aguas e intentaban asirse a maderos o cajas sueltas, otros intentaban formar unas jangadas^[76] de urgencia para posibilitar su mantenimiento a flote. Porque la

lancha, una vez al límite de su escasa capacidad, se amarraba al cabo de remolque de su buque. Pero, por fin, el bergantín se separaba unas cincuenta varas de la banca, momento en el que Aldana ordenaba fachear de nuevo, tras comprobar que la rascada del hielo en el casco no había producido daños. Ahora se trataba de una misión conjunta, y a ella se aprestaba de entrada la corbeta *Sebastiana*, que marcaba punto por nuestra aleta de babor a escasa distancia. Pero bien sabía yo que, en el agua helada, el cuerpo humano apenas resiste unos pocos minutos antes de entrar en el sueño de la muerte dulce. Sin embargo, durante tres largas horas continuamos recorriendo los bordes del precipicio y llegamos a izar a bordo unos veinte hombres más, así como una docena por parte de la corbeta *Sebastiana*, botes y lanchas. Y bien que nos abanicaba ahora el favor de la Patrona, porque tanto el viento como la mar entraban a la baja y ya los bandazos de través se soportaban con mayor entereza.

Aquella misma tarde dimos por finalizada la tarea de búsqueda de náufragos. Los últimos cuerpos que encontramos, amarrados a alguna tabla o en flote libre, mostraban los rastros inconfundibles de cadáveres congelados por el frío y la nieve. Y muy triste fue el recuento. De la dotación de la *Soledad* se habían perdido veintidós hombres y sesenta soldados de la tropa embarcada. Asimismo, dos oficiales de la fragata y un teniente del Ejército quedaban para siempre entre las aguas heladas. Y para colmar el vaso a la negra, dimos por perdido al capitán Somontano, mantenido en su puesto hasta que se le hizo demasiado tarde. Otro nombre que no debía quedar en el olvido. Porque, gracias a su pericia marinera, valor y profesionalidad se había podido salvar la mayor parte de los hombres amparados a su bordo. Pero era mi deber entrar en normas, y así lo hice con el comandante del *Potrillo*, que bien lo merecía.

—Le felicito efusivamente, Aldana, por su valor y buen hacer como comandante de un buque en la mar. Gracias a vuestra extraordinaria pericia marinera y riesgo personal asumido, se han salvado más de trescientos hombres en este amargo día. No dude de que informaré en orden y bien alto por vía reglamentaria. Asimismo, tengo el placer de comunicarle que lo propondré para su ascenso al empleo de capitán de fragata.

—Muchas gracias, señor general.

En aquellas mismas aguas donde tanta vida había quedado para siempre, ordené llevar a cabo un ligero responso. Lo dirigió el capellán, don Gaspar Grifoni, con sencillez y emoción. Aprovechamos el momento para lanzar al agua los cadáveres recogidos, con el ceremonial marítimo tradicional.

Como si la mar y el viento desearan recompensarnos tras las pérdidas sufridas, aquella misma tarde roló el soplo frío y cortante al sudoeste, al tiempo que la mar entraba gruesa de la misma dirección pero a molde de fogones. La fuerza naval bajo mi mando no se había disgregado en demasía, y solamente el paquebote *San Andrés* quedaba descolgado a unas cinco millas por el leste. Ordené reagruparse, mientras el *Potrillo* facheaba con gusto. Como la mayor parte de la tropa embarcada en la *Soledad* se encontraba a bordo del bergantín, el teniente de navío Burdich llevó a cabo los cálculos necesarios para distribuirlos entre los demás buques a lo largo del día siguiente. De las unidades entregadas a mi mando para la misión, había perdido una fragata, pero no nos podíamos quejar del resultado final. Y como no era momento de mantenerse con pensamientos de ronza y tristeza, me dirigí hacia el piloto de la mayoría sin perder tiempo.

—¿Disponemos de algún punto de fantasía más o menos válido, don Faustino?

—Calculo, señor, que debemos haber abatido unas sesenta millas o algo más hacia el sur-sudeste del cabo de Hornos. Pero con este benéfico viento, aproando al noroeste cuarta al norte, acabaremos por divisar tierra sin piedras de molestia.

—Pues que se aprobe en esa dirección. Bien merecemos algunas horas de descanso y tomar mazamorra caliente.

—Muestro mi acuerdo, señor —dijo Aldana—. Pero tampoco entraría mal en el cuerpo con estos fríos una taza de aguardiente. Creo que el general Morillo nos...

—Creía que se trataba de un secreto bien guardado. Es peligroso ese líquido a bordo, como tantas veces se ha demostrado. Por tal razón, será bueno aligerarnos en parte de su presencia. Bebamos para que no pueda incendiar este hermoso bergantín. ¡Barbate!

—Mande, señor.

—Ya has oído al comandante.

—Enterado, señor.

Regresados a las chanzas sin pérdida de tiempo, que así se conduce la vida en la mar, invité a unas tazas de aguardiente mientras progresábamos con el rumbo impuesto. Todavía la mar entraba al golpe y el viento se armaba en cascarrón, pero todos comprendían que habíamos doblado la vuelta negra sin remisión.

* * *

Bien entrada la mañana de la siguiente jornada, avistamos unas rocas grises y escarpadas por la amura de estribor en las que rompía la mar con espuma. Tras ciertos titubeos y opiniones en discusión, las reconocimos como pertenecientes al Falso cabo de Hornos, al noroeste del verdadero y unas 35 millas de distancia. Un nombre muy apropiado porque, durante bastantes minutos, llegamos a creer que habíamos retrocedido en deriva muchas más millas de las esperadas y se trataba del famoso cabo en presencia. Corregí la proa a babor un par de cuartas para costanear la Tierra del Fuego a suficiente distancia, de forma que nos permitiera disfrutar del merecido descanso a bordo. Y aunque comenzamos con un rumbo de bolina al máximo del cable, el role posterior del viento al oeste-sudoeste y, pocas horas después, al sudoeste franco, rebajado a frescachón de fuerza, nos permitió andar con menos exigencias.

A mediodía y aunque se tratara de una fugaz ilusión de escasos minutos de duración, observamos el disco solar entre nubes altas. Y por absurdo que pueda parecer, tal visión elevó los ánimos un tanto alicaídos de mis hombres. Al mismo tiempo, Burdich entraba con cantos sobre la necesaria derrota.

—Ahora nos toca trepar hacia el norte una buena cantidad de millas, señor.

—No te falta razón, Ignacio. Si tenemos en cuenta que hemos alcanzado los 56 grados de latitud sur y que El Callao debe de encontrarse cercano a los doce, hemos de subir unos 44 grados nada menos.

—Deben de ser muchas millas a navegar, a la vista del mapa. ¿No es así, señor general? —preguntaba el capellán que, desde el luctuoso ceremonial, parecía haber recobrado vida y presencia a bordo.

—Debe tener en cuenta, páter, que cada grado de latitud supone sesenta millas en distancia. Por tal razón, en total deberemos navegar más de dos mil quinientas millas. En cuanto doblemos el cabo Pilar, donde desagua el estrecho de Magallanes, extremo septentrional de la Tierra del Fuego y comienzo de la Patagonia occidental, aproaremos al norte puro sin vacilaciones. Pero ahora debemos separarnos de la costa con suficiente seguridad. No olviden que en la zona sur del continente el viento es predominante del oeste y con tientos de malas honras. Necesitamos cancha suficiente para no sufrir con las piedras a sotavento. ¿No es así, don Faustino?

—En efecto, señor. Hasta que superemos el archipiélago de la Madre de Dios y dejemos a popa el golfo de Penas, donde tantos buques dejaron su quilla al aire, más vale observar las rocas en la distancia. Posteriormente nos

acariciarán los vientos de componente sur y subiremos en latitud con cierta comodidad.

—Esperemos que Nuestra Señora del Rosario nos conceda vientos favorables y no suframos más temporales, que ya el cuerpo llama a desbarate —volvió a exclamar el clérigo con extrema sinceridad y angustiado rostro.

—Como dice el piloto, todavía podemos sufrir mares y vientos de ronza hasta que alcancemos los 45 grados de latitud. Se trata de una sucesión de tierras altas y barrancosas con numerosas cumbres y promontorios que parecen hermanos de sangre. Y por desgracia, sus cabos se ceban en la mar de forma abrupta. No obstante, ofrecen paisajes de extrema belleza.

—Predominan los vientos del oeste —continuaba don Faustino con autoridad—. En el derrotero se expone que el clima es frío y lluvioso con severa persistencia. Algunas de las islas se mantienen bajo lluvia continua a lo largo de todo el año, que así lo sufrieron los componentes de las comisiones cartográficas.

—Qué horror —se persignaba el capellán con rostro de espanto—. No creo que nadie pueda vivir en esas zonas con tales condiciones.

—Pues viven en ellas algunos indios, y no parecen seres infelices. Pero después se aclararán sus pensamientos con generosas bendiciones, *pater* — como todos conocíamos del miedo padecido por el capellán durante el temporal, entonábamos en chanza.

—Dios lo quiera, señor.

—Así será, no lo dude. A partir del golfo de Penas o quizás más al norte, a la altura de la isla de Chiloé, en la navegación por el mar del Sur hacia el norte podemos quedar tranquilos. Recibiremos vientos y corrientes propicias. Por tal razón, en el siglo XVI y hasta la hazaña llevada a cabo por Juan Fernández, un extraordinario navegante, desde Concepción, Valdivia o Valparaíso hacia El Callao se cubría la derrota a ritmo veloz, mientras las navegaciones hacia el sur se hacían eternas.

—El navegante Juan Fernández —repitió el guardiamarina Butrón en tono bajo, como si hubiera escuchado un dato desconocido.

—Vamos a ver, caballero —me dirigía al guardiamarina de buen humor, al comprobar su ignorancia sobre el tema—. ¿Qué navegante español adquirió renombrada fama por llevar a cabo un extraordinario descubrimiento en cuanto a la navegación por estas aguas del mar del Sur?

El joven y aniñado guardiamarina quedó cohibido y sin palabras, con el rubor alcanzando sus mejillas. Temía fallar en algún concepto que debiera conocer por obligación. No obstante y a pesar de su corta edad, presentaba

descaro suficiente para reponerse y salir avante de las olas. Contestó con voz firme.

—He de reconocer con todo el debido respeto, señor general, que ignoro al ciento el tema por el que me pregunta. Pero estoy dispuesto a aprenderlo, si así se requiere para mi formación.

—No se preocupe, caballero. Me parece que pocos de los oficiales presentes disponen de un mínimo conocimiento sobre el tema del que les hablo —entonaba con falso enfado—. Me refería al insigne navegante Juan Fernández, que dicen natural de Cartagena de Levante^[77]. Este gran hombre de mar fue quien descubrió una nueva y definitiva vía para navegar por el perfil americano meridional desde el puerto del Callao, cercano a Lima, hasta las estaciones del sur como Valparaíso o Concepción. Mientras desde los puertos chilenos, en su navegación hacia el norte, se solía alcanzar la capital del Perú en tres o cuatro semanas, acariciados los buques por los vientos casi de empopada y corrientes a favor que ya les he mencionado, el tornaviaje hacia el sur se traducía en una penosa experiencia, que solía durar tres meses como mínimo, suponiendo el mejor de los casos.

—¿Tres meses desde El Callao hasta Valparaíso, señor? —el alférez de navío Quesada exclamaba en tono de sorpresa—. Parece difícil de creer, a la vista de la distancia a navegar.

—Pues créalo como cierto, y ya le digo que tres meses como mínimo. La navegación hacia el sur solía llevarse a cabo barajando la costa a escasa distancia. Y era tal la lentitud en el avance, que muchos viajeros, desesperados de la interminable travesía, solicitaban ser trasladados a tierra y continuar viaje a pie.

Y no se trataba de acertada medida, porque muchos perdían la vida en el camino a causa de los peligros que el trayecto acechaba.

—Parece un dato asombroso, señor general —musitó el guardiamarina de nuevo, un tanto asombrado de los datos que presentaba.

—Asombroso para los que no suelen leer los episodios principales de nuestra historia naval, caballero —entré al trapo con cierta retranca—. Y para que me crean, entre las anécdotas que muestran la alargada y terrible experiencia que suponía el trayecto marítimo hacia el sur, muy curiosa y aclaratoria resulta la que comenta el obispo fray Reginaldo Lizárraga al respecto en una de sus obras. Les cito la parte principal y de memoria, aunque no creo errar una sola palabra: *Este viaje por mar del Puerto de Callao a Chile, agora veinte años, solía ser muy tardío porque no hacían cada día más que dar un bordo a la mar, otro a la tierra y surgir en la costa, y así están*

toda la noche, a cuya causa tardan un año y más en llegar a Chile, Conocí en aquel reino un español, que embarcándose sus padres para aquel reino, se engendró y nació en la mar, y tornó su madre a se hacer otra vez preñada, y no habían llegado al puerto de Coquimbo —observé rastros de asombro en la cara de los oficiales—. En fin, entiendo que las palabras del obispo conforman una clamorosa aclaración del largo trayecto, así como del ardor guerrero del español en tránsito. No obstante y en su defensa, hemos de reconocer los pocos alicientes que debían de encontrarse a bordo en aquellos años.

Todos rieron, de forma especial el caballero guardiamarina, aunque no estaba seguro de que hubiera comprendido el significado de mis palabras. Continué con voz firme:

—También el gran poeta-guerrero Alonso de Ercilla se hace eco de las dificultades que se presentaban en la mencionada navegación. Aparece en uno de los bellos cantos de *La Araucana*:

*De los vientos el Austro es el que manda
Que deshace los hímidos ñublados
Y por todo aquel mar discurre y anda
Del cual son para siempre desterrados;
Los otros vientos reinan a la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar del Pirú ninguno puede,
Ni por natural orden se concede.*

—Disponéis de excelente memoria, señor general —comentó el capellán, admirado.

—Es cierto, *pater*, y a la bondad de Dios Nuestro Señor se lo debo. Pero regresando al tema principal, esos problemas en la navegación hacían que el reino de Chile permaneciese aislado política y económicamente del resto del virreinato peruano. Tanto así que el virrey Andrés Hurtado de Mendoza llegó a pensar en la posibilidad de utilizar galeras o galeotas, embarcando a los numerosos malhechores que moraban en las cárceles de Lima, aherrojados al banco para formar su chusma^[78] y, de esta forma, cubrir los trayectos norte-sur con cierta regularidad. Según parece, no llegó a ser autorizada su propuesta para construir buques de remo, aunque no parecía una idea descabellada, ni mucho menos.

—¿Por qué presentaba tan gran problema navegar hacia el sur, señor? —preguntó el teniente de fragata Butrón—. No lo puedo comprender.

—La razón principal de que se necesitara tanto tiempo en la navegación de norte a sur se debía a que se utilizaban derrotas trazadas a escasa distancia de tierra. En la práctica, costaneaban toda la ribera austral. De esa forma, sufrían vientos constantes de componente sur, como comenzaremos a disfrutar más adelante. Tal condición negativa se veía aumentada por las corrientes que, partiendo del polo austral, recorren estas costas en dirección norte. Y con más fuerza si navegas pegado a la costa. Por supuesto, tales detalles eran desconocidos por los navegantes de aquellos años. No olviden que hablamos del siglo XVI.

—¿Y qué hazaña consiguió ese tal Juan Fernández, señor, si me permite la pregunta? —entonó el guardiamarina, envalentonado al comprobar que la ignorancia era general y no particular de su parte.

—En las condiciones expuestas se encontraba el piloto Juan Fernández, cuando el 27 de octubre de 1574 debía abandonar el puerto del Callao con dirección a la ciudad de Concepción, al sur del continente. Nuestro piloto era hombre experto en aquellos mares. Había tomado notas en su viaje con Mendaña, así como comentado las posibilidades de navegación con su paisano y buen piloto Hernando Lamero. También, según sus propias palabras, en algunas navegaciones hacia el sur había observado mareas^[79] con respetable tamaño del oeste y del sudoeste, condición que le llevó a imaginar, con excelente criterio mariner, que más afuera se entablarían con suficiente fuerza estos vientos, en condiciones más que favorables para su derrota hacia el sur. Y ese 27 de octubre tomó la decisión que le haría pasar a la historia de la navegación. En lugar de aproar su navío mercante *Nuestra Señora de los Remedios* con rumbo sur y barajar la costa peruana a corta distancia como hacían todos, decidió navegar hacia fuera, con rumbos de componente oeste y ánimo de buscar aquellos vientos que presagiaba.

—¿Y los encontró? —Ahora eran varios los que preguntaban, interesados en la narración.

—Puedo adelantarles que los encontró de forma y manera adecuada. En aquella navegación que rompía la norma habitual, alejándose de tierra hacia poniente, decisión criticada por muchos de los embarcados en su navío durante las primeras singladuras, acabó por recibir vientos favorables a su travesía y con suficiente fuerza. Juan Fernández avistó el día 6 de noviembre unas islas a las que bautiza, como era norma habitual en aquellos tiempos, con el nombre del santo del día, San Félix. Pero debo explicarles que, en realidad, se trataba de las islas Desventuradas, que en la actualidad se denominan como de San Félix y San Ambor, descubiertas por Magallanes en 1520. Eran islas

deshabitadas, como todavía continúan, pequeñas y faltas de agua, aunque con abundante pesca y mencionadas por Pedro Sarmiento de Gamboa en su obra *Viajes al Estrecho de Magallanes*.

Tomé un breve descanso en la parla mientras los oficiales no separaban la vista de mi persona una pulgada. Comprendí, por sus miradas, que urgían a la continuación del relato. Como en otras muchas ocasiones, mi principal interés era demostrar que se trataba de uno más de los mil episodios de nuestra riquísima historia naval dignos de ser conocidos por todos sin quedar en el olvido, como suele acaecer con tantas de las proezas llevadas a cabo por nuestros hombres de mar. Sin olvidar el beneficioso papel de instrucción que representan para todo oficial de la Armada. Continué para aplacar su impaciencia.

—El piloto cartagenero continúa con su derrota, aproando ahora más hacia el sur. Como les decía, alentado por fin con esos vientos de componente oeste que buscaba y presentía. El día 22 avista las islas que, con posterioridad y hasta el día de hoy, se conocen como de Juan Fernández. Calculó su situación a 80 leguas este-oeste de Valparaíso y cerca de siete grados y medio más al sur que las anteriores avistadas. Bautizó las nuevas islas con el nombre santifical de la Iglesia en ese día, Santa Cecilia. No llega a acercarse lo suficiente para reconocerlas y pasa a tres leguas de distancia, que su misión del momento no es otra que llevar su navío mercante al puerto de Concepción, donde da fondo el día 27 del mismo mes. De esta forma consiguió realizar el hasta entonces largo y penoso viaje en poco más de 30 días.

—¿Treinta días? Por las toninas malparidas. Quedarían asombrados en dicho puerto —también Burdich se sumaba a la expectación.

—Desde luego. Como es lógico imaginar, Juan Fernández se apresura a comunicar su hazaña y escribe con rapidez al virrey del Perú, por aquellos días don Francisco de Toledo. En su oficio le aseguraba haber descubierto unas islas en su navegación desde Lima en la que había tardado treinta días solamente, no habiéndose acercado a reconocerlas por hallarse embarcado en navío de mercaderes y poco apercebidos para la faena. Aunque parezca mentira, aquí comenzaron los problemas para nuestro personaje. Porque no le fue fácil hacer creer su descubrimiento y que las autoridades llegasen a comprender que, alejándose de la costa a suficiente distancia hacia poniente, hasta perderla de vista, se encontraban vientos propicios y favorables en la navegación hacia el Sur.

—¿No lo creyeron? Parece difícil de imaginar, señor —insistía el alférez de navío Horcajada.

—Les recuerdo, señores, que tales hechos ocurrían en 1574. Por fortuna, Juan Fernández disponía de las fechas de las cartas que transportaba como correo, exponiéndolas como prueba irrefutable de su hazaña marinera. Sin embargo, en la ciudad comenzó a correr el rumor de que se trataba de un brujo capaz de navegar con artes diabólicas hasta el punto de torcer los vientos y mareas a su voluntad. Fue tan divulgada y extendida esta creencia, que pasó a ser de dominio público el apodo con el que fue reconocido desde entonces hasta su muerte, *El Brujo*. Y para su desgracia, tal información llegó a conocimiento del Tribunal de la Inquisición, que lo llamó a comparecer ante su mesa, acusado de malsana hechicería.

—¿Fue apresado por el Santo Tribunal, señor? —preguntó el capellán con rostro escéptico.

—En efecto. Pero este navegante cartagenero debía de ser persona bragada y valiente como pocas. Según se comenta, presentó sus datos ante el temido Tribunal con arrogante decisión. Juan Fernández expuso con claridad que no había hecho más que lo que todo marino busca en la mar: vientos propicios para sus naves en la derrota a cubrir. Según aseguró, cualquier piloto con suficientes luces, aunque fuese santo reconocido en los altares, se haría tan brujo como él mismo con sólo seguir una derrota similar a la llevada a cabo en su navegación, alejándose de la costa a más de cuatrocientas leguas. Debió explicar los vientos reinantes en una carta de marear por él mismo dibujada, de forma que convenció a los escépticos miembros del Tribunal, que dieron por buenas sus explicaciones, absolviéndolo de la acusación. Y no es moscarda de alas cortas conseguir tal propósito.

—Menos mal que no llegó a ser sometido al potro —enfaticó el guardia— marina.

—No se utiliza por el Santo Tribunal el potro como sistema de... —comenzó el capellán en defensa de su parcela, aunque no le dejó rematar la faena.

—Más vale que no entremos en ese delicado tema —aseguré al clérigo antes de retomar la narración—. A partir de aquel momento, se aceptó de forma oficial, como nombre conjunto del archipiélago descubierto, el de islas de Juan Fernández, formado por las tres principales de Más Atierra, Más Afuera y la pequeña Santa Clara, aparte de numerosos y pequeños islotes^[80]. Según parece, el motivo de tal reconocimiento pudo ser el de un merecido homenaje a su descubridor, o que le hubiesen sido concedidas en propiedad

por el gobernador, asunto muy discutido este último. Y eso es todo, señores. Cuando llevemos a cabo el tornaviaje por estas aguas en dirección a La Habana, espero que podamos avistar y reconocer esas islas de Juan Fernández y recordar esta pequeña exposición.

—Eso quiere decir, señor —insistía Horcajada—, que en esta derrota hacia el norte que hemos emprendido no llegaremos a avistar esas hermosas islas.

—Bueno, debo reconocer que poco conozco de su hermosura, porque jamás las he avistado, ni siquiera en la distancia. Pero muchas voces autorizadas han hablado en tal sentido, entre ellas la de nuestro gran sabio, el jefe de escuadra don Jorge Juan y Santacilia, que las levantó en casi toda su extensión. En esta derrota que encaramos hacia el norte y a partir de la latitud expuesta, a no ser que suceda algún acontecimiento extraordinario e inesperado, podremos barajar las costas chilenas a escasa distancia y sin problemas añadidos, favorecidos con vientos y corrientes sureñas. Y las islas de Juan Fernández quedarán por babor a demasiadas millas. Pero no se preocupe, Horcajada, que todo llega en esta vida. Ya le digo que en el posterior tornaviaje, con la necesidad de ganar barlovento hacia poniente, es posible que podamos disfrutar de su reconocimiento.

—En ese caso, señor, de momento navegaremos a suficiente distancia de la costa, tal y como decidimos al encarar la derrota general —regresaba Burdich al apartado puramente profesional—. Y no solamente por las piedras grises a sotavento, sino por la posible presencia de unidades rebeldes.

—En efecto. Es posible que debamos tomar alguna distancia de precaución en determinados puntos. En principio, debemos estimar como bases con presencia rebelde importante los puertos de Concepción y Valdivia. Incluso es posible que también el de Valparaíso.

—Pero variable en el tiempo, señor —alegaba Aldana—. Todo depende de los envíos de tropas que se lleven a cabo desde Lima, donde se han concentrado los refuerzos. Es posible que tales puertos se encuentren en manos rebeldes, o que hayan sido recuperados para la patria, en ese juego alternativo que sufrimos desde hace algunos años. No obstante, era opinión corrida que, en cuanto se enviaran suficientes fuerzas hacia el sur, se acabaría con esos movimientos desleales.

—Esas mismas palabras se las escuché al general Ruiz de Apodaca. Bueno, ya lo decidiremos llegado el momento. También barajo en la cabeza otra posibilidad. Cuando naveguemos por esas latitudes, la fuerza en su conjunto podría separarse de la costa, mientras el *Potrillo* se acerca a

suficiente distancia para comprobar el estado de rebeldía en que se encuentran.

—Bueno, ahora son dos solamente los buques mercantes a mantener con la debida vigilancia, señor —indicaba el mayor general—. Además, desde que se les dio el escarmiento con la maroma al cuello, no se eleva una sola protesta desde las cubiertas bajas.

—Así ha de ser.

Al día siguiente de mi charla histórica sobre el famoso navegante cartagenero, el viento nos abanicaba del oeste-sudoeste y fresco de fuerza. Por su parte, la mar nos mostraba cabrillas altas, mientras se mantenía una ligera marea de poniente con faldas rebajadas. Incluso las nubes comenzaban a desfilar hacia popa con decisión, y la gran señora nos regalaba una singladura de anticipado placer. De esta forma, comenzamos la ascensión pura en latitud, una vez avistado y doblado el cabo Pilar, por el que saliera a su querido mar Pacífico la expedición de don Fernando de Magallanes. A la vista de tan importante accidente geográfico y tras comprobar la entrada occidental del famoso estrecho, envidié a los que habían podido cursar dichas aguas en toda su longitud. Incluso habría entregado alguna de mis vueltas doradas por que se me concediera el placer de navegar entre sus piedras, pasos estrechos y cachiyuyos.

Ahuyenté las ensoñaciones con rapidez. Debía ajustarme a la realidad y abandonar esos queridos sueños de mar que tantas veces nos acompañan. Nuestro destino final, la plaza fuerte del Callao, se presentaba a proa sin mayores quebrantos, y a esa idea me aferré con fuerza. No obstante y favorecido por las habituales condiciones, pensaba barajar aquella costa chilena con extremo placer y, de esa forma, poder reconocer unas tierras olvidadas en la memoria del tiempo.

17. El mar del sur

Aunque en las primeras singladuras de nuestra trepada hacia el norte los vientos se manejaran de diferente intensidad, tendidos en ocasiones a la baja por más de lo esperado, acabaron por entablarse en un frescachón duro de poniente. Y nos caía alguna cuarta en suspiros de bendición hacia el sur, que en mucho nos aliviaba de la bolina impuesta y el temor a una posible bordada de necesidad. La mar se acoplaba por fin sin fisuras, y como norma recibíamos la marejada gruesa por babor. Pero a forro de casaca continuamos nuestra obligada derrota hacia el norte, a la vista lejana de la costa patagónica occidental. Y no crean que bajaba la guardia una pulgada. Porque aunque don Fernando de Magallanes llamara al mar del Sur como Pacífico, también se engrilleta en rosca con demasiada frecuencia. Y así lo recordaba de aquella lejana época a bordo de la fragata *Clara*, en la que había navegado la misma derrota en sentido inverso.

Una semana después de haber doblado el cabo Pilar, reconocimos el cabo Santiago, extremo meridional del archipiélago de la Madre de Dios. Nos separaban unas seiscientas millas del puerto de Valdivia, primer punto de atención en nuestra derrota, por la posible presencia de unidades rebeldes. Dudaba en acortar o alejarme de la costa, aunque las condiciones de mar y viento condicionaran la proa casi en permanencia.

En cuanto a la vida a bordo del *Potrillo* y de las unidades bajo mi mando, conseguimos que se mantuviera la formación de marcha con escasos vaivenes. Tan sólo la corbeta *Sebastiana* continuaba con sus periódicos y extraños sotaventeos, una condición que costaba comprender a pesar de las explicaciones de su comandante, el teniente de navío Albarrán. Y como siempre ha de saltar la liebre negra más pronto que tarde, el teniente de navío Burdich me trasladaba una noticia que podía tomar cuerpo a la contra con madejas tostadas. Ya nos había comunicado el capitán de la fragata *Remedios* días atrás, las pérdidas ocasionadas durante el temporal en su sistema de

aguada, con toneles y cuarterolas en fisuras de mal cariz. Pero estimaba que habían tomado las medidas adecuadas para evitar un mayor deterioro.

—Parece ser que a bordo de la *Remedios*, señor, no sólo no se solucionan las pérdidas de agua, sino que aumentan al punto de tomar caracteres de peligro.

—¿Para cuántos días estiman sus existencias?

—Con el personal de la *Soledad* embarcado, dudan de que puedan aguantar dos semanas, una vez entrados a ración de cacillo.

¿Y el resto de la fuerza?

—Todos andamos al límite de nuestras posibilidades, desde que se perdió la *Soledad* y debimos repartir sus hombres, señor. Podemos entregarle algunas pipas, pero con cuentagotas. Parece que los problemas de la *Remedios* son más graves de lo estimado en un principio, y las duelas de los toneles se rebajan con cualquier pequeño movimiento, por mucho que se machoten día a día.

—Pues no nos queda más camino que el racionamiento general, aunque mucho me duela tomar tal medida. No hay peor sufrimiento en la mar que la sed. Y parece del todo anormal sufrir tal condición en estas costas. Que se aprovechen las lluvias y se tome en lonas la mayor cantidad de líquido posible.

—Ya lo hacemos, señor. Gracias a ello no debemos acometer acciones más drásticas. Por fortuna, parece que no dejará jamás de remitir este calabobos al que nos someten los cielos en permanencia. Pero necesitamos lluvias fuertes para que la medida sea efectiva.

—¡Don Faustino! ¿Dónde podemos hacer aguada de garantía por estas latitudes?

—Si al hablar de garantía se refiere a la calidad de las aguas, es buena en todas las rinconeras de esta costa, que mucho proliferan, señor. Pero tan al sur podemos encontrar inesperada y grave oposición. Para llevarla a cabo con cierta comodidad en el barqueo, le recomendaría esperar a la isla de Chiloé, a más de cuatrocientas millas al norte.

—No me gustaría esperar tanto.

—En ese caso, señor, por estas piedras de estribor se aparejan balsas naturales con torrenteras, aunque se trate de una costa sucia.

—Podemos destacar a la fragata *María Cecilia*, señor, que dispone de los mejores y más numerosos elementos de almacenaje —afirmaba Burdich—. A prudente distancia, le será posible destacar su lancha y arrimar los hombros con tiempo suficiente para reaccionar si aparece alguna moscarda en sorpresa.

—Señor, al norte del cabo de Santiago y unas doce millas de distancia —volvía a intervenir el piloto—, se abre una pequeña bahía, llamada de las Estrellas, que ofrece bastante seguridad. Y encontrarán aguas estancadas en abundancia por sus piedras interiores.

—Muy bien —afirmé con decisión—. Prefiero entrar al toro cuanto antes y no depender del líquido más adelante, cuando podamos atravesar zonas calientes de rebeldes. No deben sufrir nuestros hombres si se puede encontrar remedio.

Sin esperar una hora más, destacamos a la fragata *María Cecilia* con estrictas instrucciones en cuanto a posibles movimientos y necesaria seguridad. Y como no confiaba en Mondragón al ciento, decidí situar al bergantín *Potrillo* entre la fuerza y la costa, preparado para atacar cualquier eventualidad.

No debieron de gozar una mota los hombres de la *María Cecilia* con la misión impuesta. Porque si ya se trataba de dura tarea rellenar la aguada de un solo buque en costas de cantil, más lo era al establecerse necesario emprender derrota de ida y regreso hacia los buques de la fuerza. De esta forma, sometimos a la fragata a un duro castigo durante dos jornadas completas. Y como suponía, ya las voces cubiertas abajo comenzaban a elevarse de tono en demasía, cuando ordené su relevo por la corbeta *Sebastiana*, que debió continuar la faena una jornada más.

Por fuera de estos problemas que marcan el día a día de todo buque en la mar, debo aclarar que mi situación personal había caído bastantes enteros. Rumazón negra sobre los hombros de forma inesperada. Y no podría explicarlo con razones ciertas porque, sencillamente, nada había cambiado a mi alrededor para sufrir un giro de tantas cuartas. Es posible que me afectaran la lluvia en permanencia, las nubes enlazadas al copo durante las veinticuatro horas del día o la visión de las rocas grises en la distancia. Pero, en su conjunto, comprobé que el alma y los pensamientos se me hundían hasta los fondos del pozo, al tiempo que una brisa de profunda tristeza invadía hasta el último poro de la piel. Dormía poco y a saltos de inquietud, mientras algunas pesadillas comenzaban a instalarse en mi cerebro con lanzas afiladas en doble giro. Y para colmo de males, resurgía en marco dominante la figura de Beatriz con una fuerza arrolladora, un detalle que me desestabilizó a cuartos.

Aunque hubiese estimado como herida a medio cicatrizar la presencia en mis pensamientos de la mujer cuyo amor se había escapado de mis manos como piedra en aceite, mucho me sorprendió el regreso a los peores momentos de dolor. Y para colmar el vaso del desconsuelo, Beatriz aparecía

en mis ensoñaciones envuelta en velos de luto, con el rostro marcado por la angustia y la desesperación, como si solicitara mi inmediata intervención para salvarla del peor de los tormentos. Bien sabe Dios que sufrí una semana de aquelarre mental, en el que desfilaron por mi atormentada cabeza todas las mujeres que habían conformado los momentos más dulces o tormentosos de mi vida. Porque podía observar con tenebroso detalle los rostros de Eugenia, Audrey, María Leonor y la prima Cristina, para rematar el cuadro con Beatriz embutida en su vestido negro y las perlas de las islas Nitinat en mordaza de muerte.

Intenté liberarme de aquel apagón de luces propias con el trabajo diario y la máxima actividad. Y como es fácil suponer, evitaba la cámara como si se tratara del cepo maligno. Pero no se pueden atrancar portillos al cerebro cuando este se mueve en libertad, y el sueño acababa por entrar a varas cortas pero en remate de luces. Por fortuna para la salud de mi alma, los males se evaporaron en diez o quince días como si se hubiera tratado de una experiencia sometida al fuego.

Durante dos largas semanas no fuimos capaces de observar el disco del sol, mientras la lluvia se mantenía persistente y el viento frescachón comenzaba a descender. También ahora acababa por entablarse del oeste-sudoeste, con tendencia hacia mejores cifras del tercer cuadrante. Y se trataba de perla necesaria, porque, con motivo del relleno de la aguada, habíamos sotaventeado en exceso y debíamos ganar barlovento por pura necesidad.

Entrados en la última semana del mes de julio, nos encontrábamos tanto avante con el cabo Guechucucuy, extremo norte de la isla de Chiloé. Había comprobado con placer que en el castillo de San Miguel de Ahui, punto fuerte de dicha isla, ondeaba con orgullo a los vientos el pabellón de don Fernando, lo que tranquilizó mi alma aunque se tratara de fortín inexpugnable. Así me lo corroboró el piloto.

—No podemos extraer conclusiones, señor, por el hecho de que ese castillo se mantenga en nuestras manos. Puede estar seguro de que ni con dos mil hombres entrados en armas y aparatos de guerra podrían conquistarlo las fuerzas rebeldes. Además de sus especiales características de situación y defensa, se encuentra bien armado y mejor guarnecido.

—Pues no es habitual esa condición en nuestras fortificaciones por las Indias. En ese caso y como dice, no podemos tomarlo como índice en cuanto al resto de los puertos del sur.

—Para nada, señor. Valdivia y la misma isla de Chiloé podrían encontrarse en manos rebeldes, mientras ese castillo mantiene izada nuestra

bandera.

Como desde la península de Taytao la costa se tendía ligeramente al nordeste, conseguimos separarnos casi veinte millas de tierra. Pero era llegado el momento de tomar alguna importante decisión al encontrarnos solamente a ciento veinte millas de Valdivia, uno de los puertos calientes en la lucha contra los rebeldes chilenos. El mayor general no esperó mucho para intentar conocer mis planes.

—¿Cómo procederemos, señor? ¿Nos alejamos de la costa y mantenemos el compromiso inicial con el traslado de las fuerzas a El Callao?

—Eso desde luego. No podemos olvidar que se trata de nuestra misión principal. Las fuerzas del Ejército en transporte deben llegar a su destino, al precio que sea necesario pagar. No obstante, me gustaría saber el estado de los principales puertos del sur para informar convenientemente al virrey. Son tantas las millas a recorrer de norte a sur, que posiblemente las noticias le alcancen con demasiado retardo y de dudosa calidad. Pero dudo en decidirme por Valdivia o Concepción. Porque una vez informados de nuestra presencia en el primero que visitemos, podría ser peligroso continuar hacia el norte pegado a las piedras.

—En ese caso, señor —intervenía Aldana—, le recomiendo pasar de largo de Valdivia y acercarnos con el *Potrillo* hacia Concepción, plaza de mucha más categoría. Al menos, el año pasado era uno de los puntos fuertes de los rebeldes y donde apresaron algunos de nuestros mercantes con tropas hacia El Callao.

—Muestro mi acuerdo si no aparecen opiniones a la contra —miré hacia Burdich y el piloto, que asentían en silencio—. En ese caso, aumentemos distancias a la costa y ya arribaremos en orden cuando cortemos el paralelo de los 48 grados de latitud. Debe de ser suficiente.

—En efecto, señor.

A partir de la punta de las Estaquillas, cuando caíamos de nuevo a babor al límite de la ceñida, las condiciones cambiaron a favor. Si el viento, de todas las velas, se tendía hacia el sudoeste con caricias hacia el sur, la mar amainaba a marejada suelta y por fin podíamos observar el disco solar con cierta permanencia. Y por todos los cristos aparejados, que mucho despeja el alma la visión del sol aunque poco caliente los cueros. Porque todavía se dejaba sentir el frío y la humedad en los huesos, aunque ya con límites de cordura y sin excesivas presiones en los garfios.

En previsión de nuestro acercamiento a la bahía de Concepción, me reuní con el piloto, Burdich y Aldana para estudiar el derrotero y las condiciones

que podíamos encontrar. Por fortuna, tanto don Faustino como el teniente de navío Aldana poseían buenos conocimientos de sus costas y perfiles.

—Bien, señores, he de reconocer que apenas conozco algún detalle de la plaza de Concepción y nada de su geografía particular. Sé que fue fundada por Pedro de Valdivia en 1550, en su avance de conquista hacia el sur. Parece ser que, desde su fundación, se transformó poco a poco en la plaza fuerte desde donde se disponían las fuerzas en la permanente guerra contra los bravos y belicosos araucanos.

—Lo que algunos han denominado como Guerra de Arauco. Nunca aceptaron los araucanos nuestro dominio, y muchas vidas debimos dejar en esas tierras.

—Pero la ciudad inicial debió trasladar su ubicación tras el terrible terremoto de 1751, que asoló la ciudad sin dejar piedra sobre piedra. Se escogió un nuevo emplazamiento en el valle de la Mocha, donde permanece en la actualidad —afirmaba don Faustino con seguridad—. Por tal razón, la nueva ciudad es conocida como La Mocha o Nueva Concepción, aunque todos acabarán refiriéndose a ella con el antiguo nombre solamente. Se encuentra situada en la orilla derecha del caudaloso río de Biobío, cercano a su boca y a la bahía de Talcahuano. Hay quien la define como la Reina del Biobío. Y en verdad que se trata de ciudad importante, donde los rebeldes han ejercido mayor presión desde el primer momento. Al sudeste alcanza la ladera del cerro del Caracol, de escasa elevación.

—¿Se encuentra muy defendida hacia la mar? —pregunté con rapidez.

—Aunque parezca extraño, señor —afirmaba Aldana con autoridad—, poco y mal defendida desde tierra hacia las aguas. En verdad que a lo largo de los años no fue objetivo importante de piratas, lo que siempre ha condicionado tal eventualidad. Tan sólo aparece un pequeño fortín en el Caracol y algunas baterías de escasa monta en las crestas de la bahía. Y no creo que en el año transcurrido haya sido reforzada por las fuerzas rebeldes o las propias. Porque la plaza ha cambiado de manos en dos o tres ocasiones.

—Se construyó una hermosa catedral en 1784 —insinuó don Faustino a media voz.

—Afortunadamente, sin cañones a disposición —remató Burdich en sonrisas.

—En ese caso —recalqué en decisión final—, me parece ideal destacarnos con el *Potrillo* hacia Concepción. Comprobaremos a la vista cómo se mueven los negocios en sus aguas.

Atravesamos el paralelo de los 40 grados, altura del puerto de Valdivia, a suficiente distancia de la costa. Todavía mantenía el rumbo norte con un par de cuartas hacia el nordeste. En aquellos momentos nos separaban doscientas cincuenta millas de la bahía de Concepción, nuestro inmediato destino. Dos días después, enmendamos proas tres cuartas a estribor para aproximarnos a tierra. Y aunque no llevaba ningún plan diseñado en la carpeta, algún duende me avisaba en avance sobre posibles peligros, esos rumores a los que tanto crédito he concedido siempre a lo largo de mi carrera.

Tomamos el mes de agosto metidos entre brumas goteronas, con humedad en las calzas y cielos cerrados al copo. Por fortuna, el viento fresco se mantenía del sudoeste y nos hacía progresar con buen andar en todas las unidades. El piloto calculó una corriente a favor superior a los dos nudos, lo que también era condición de agradecer. Sin embargo, no eran pocos los hombres que añoraban los calores de agosto habituales en el hemisferio norte. Como decía Barbate en una de sus habituales guasas, llevábamos la vida cambiada, y tal condición nada bueno podía aparejar para el cuerpo en futuros.

Cuando teníamos la Mocha a treinta millas por la amura de estribor, decidí que la fuerza facheara en cuadro y se mantuviera en tal situación bajo la atenta vigilancia del comandante de la *María Cecilia*. No concedí independencia alguna en mi parla con el capitán de fragata Mondragón. Si en el plazo de tres días no aparecía el bergantín en regreso, debería continuar la navegación hacia el norte con proa firme hacia Valparaíso. Sopesábamos que dicha plaza fuerte debía de encontrarse en manos patriotas, una condición a corroborar sin posible duda y con la necesaria precaución. Por mi parte, ordené al comandante del *Potrillo* caer a estribor para entrar de empopada hacia el próximo destino, la bahía de Concepción.

* * *

Como había decidido atacar la bahía de Concepción desde el sur, cuando las luces se abrían por senderos recalamos sin dudarle en la punta de Lavapié. Poco después, también reconocíamos entre la bruma matinal la isla de Santa María, momento en el que debimos enmendar ligeramente a babor para mantenernos en trance. Nos restaban poco más de cuarenta millas hasta alcanzar la punta de Tumbes. Y era de destacar dicha restinga, prieta de rocas negras que se abre en tenaza de entrada a la ensenada, esa concha cerrada que

marcaba nuestro destino. Como el viento se mantenía fresco del sudoeste, con todo el aparejo largado aproamos en conveniencia.

Abrimos derrota para enfocar la bahía a distancia adecuada, y con aguas suficientes en rondo para maniobrar a la contra con presteza si fuese necesario. Ahora el silencio se mantenía en la cubierta del *Potrillo* a tirón de espuelas, como si cada hombre fuera consciente de que entrábamos en la cueva negra de un posible demonio. Continué con las preguntas que más me interesaban.

—Como la bahía se abre con generosidad de norte a sur, supongo que los buques escogerán fondeaderos aconchados a la falda meridional. De esa forma, quedarán abrigados a los vientos del sur y poniente.

—Así es, señor —contestó Aldana con rapidez—. Bien recostado hacia el sur aparece un fondeadero al que los pescadores denominan como Panza de Ballena. Dispone de cuatro brazas de fondo en la bajamar y de un magnífico tenedero^[81], firme y algoso. Largué los ferros en él en varias ocasiones. Si hay buques mercantes o armados por los rebeldes en la bahía, se encontrarán en dicha situación casi con certeza. La sorpresa nos favorece porque no deben de esperar la presencia de un buque de la Real Armada por estas aguas, en navegación desde el sur. Bueno, damos por hecho que la bahía se encuentra en manos rebeldes y puede tratarse de una consideración incorrecta. Es posible que haya sido tomada por nuestras fuerzas, aunque la prometida y gran operación hacia el sur desde El Callao se haya retrasado demasiado.

—Más nos vale prevenir criterios que entrar en casa ajena con demasiadas confianzas. Aldana, cuando nos encontremos a dos o tres millas de la restinga, que se cubran los puestos de combate. Pero a la callada y sin cornetas, tambores ni alharacas de rumbo. Sin embargo, deseo que se observen en la distancia con claridad las bocas de nuestros cañones saliendo por las troneras y que no arribamos a la bahía con la rama de olivo prendida en los labios.

—Muy bien, señor.

Cuando nos encontrábamos tanto avante con la punta de Tumbes, el bergantín *Potrillo* se movía con el personal alistado y tomadas al punto todas las medidas que reclama la situación de combate. Incluso, como en otras ocasiones, los fusileros del Ejército, convenientemente prevenidos de su tarea, se atrincheraban en conveniencia contra la borda para regar de plomo aquel buque que mostrara rostro de cuadros, una condición que mucho nos beneficiaba. Y como era preceptivo en los buques de la Armada, se acercó hasta mí el capellán. Solicitaba permiso para lanzar unas palabras de consuelo a la dotación y aligerar el alma de los que pudieran caer en combate. Le

contesté que no disponíamos de tiempo a la mano. Además, no era probable que corriera la sangre en cubierta, y con una bendición general por su parte sería suficiente. No pareció gustarle mi respuesta al eclesiástico, que se retiró rumiando tripas adentro con cerrados pensamientos.

Caímos por fin francos a estribor, con lo que, en escasos segundos, pude comprobar la bahía de Concepción en toda su magnífica amplitud. Y quedé profundamente impresionado al observar las posibilidades abiertas que se le ofrecían, con la desembocadura del Biobío y ensenadas adyacentes. Un lugar digno para emplazar en sus aguas un arsenal capaz de albergar más de cincuenta navíos. Pero lo que más nos interesaba quedaba al resguardo hasta el último momento. Por fin aparecieron en el tenedero señalado un elevado número de buques, de características mercantes en su totalidad. Recorrimos con los anteojos en rápido barrido, atentos a todos los detalles.

—Cuatro paquebotes, una fragata y varias unidades menores —anunciaba Ignacio Burdich con rapidez, sin apartar el rostro de su antejo.

—¿Mercantes o armadas? —pregunté sin dudarlo.

—La fragata mercante muestra panza de cardenal, se encuentra armada con escasas piezas y no parece hábil para hacerse a la mar, señor. No supone peligro. De los paquebotes, diría que dos de ellos se encuentran alistados en guerra. El que más se abre hacia el norte debe de disponer de unas catorce o dieciséis piezas, armado en guerra, sin duda. El tercero de norte a sur ofrece unas características parecidas. Los dos restantes, por el contrario, se dedican al comercio, con seguridad. Entre las unidades menores, solamente una goleta puede mostrar cierto peligro. Y lo digo por su maniobrabilidad, porque presenta un porte de seis piezas.

—Parece ser que ninguna muestra pabellón —murmuré, sin apartar la vista—. Bueno, la verdad es que esa condición entra en la más absoluta normalidad, salvo que se trate de unidades extranjeras.

—Pues no les cabrá duda de nuestra pertenencia al observar la bandera envergada en el pico de nuestra cangreja. Hemos izado la de mayor tamaño —confirmaba Aldana.

—¿Baterías de tierra? —continuaba investigando todos los detalles a la mano.

—La situación que ya le expuse, señor —confirmaba Aldana—. Escaso armamento y un tanto desparejado. No se aprecia movimiento de hombres en los fortines y baluartes. Pero no son de fiar.

—Desde luego. Bien, progresems con medio aparejo, Aldana. Mayores y foques solamente. Proa al paquebote que se abre hacia el norte.

—Quedo enterado, señor.

Acabamos por rendir proa a rumbo sur pocos minutos después. Nos separaban unas cinco millas del fondeadero y apenas se mostraban movimientos de personal a bordo de los buques. Pero mucho me sorprendió comprobar que los dos paquebotes considerados como unidades armadas izaban la bandera de la Real Armada con presteza, incluso con extrema diligencia.

—Han mostrado nuestro pabellón sin pérdida de tiempo —exclamaba con cierta retranca—. Banderas casi nuevas. Demasiada rapidez en cumplir la norma y solamente en las dos unidades que consideramos armadas. ¿Habrán comprobado mi insignia?

—No trago una putañera mota de sal, señor —insistía Aldana con su permanente suspicacia—. Hace un par de años atrajeron de esta forma a unos mercantes flojos de carnes, con tropas del Ejército embarcadas, para apresarlos poco después con guante de seda. Como estos rebeldes se encuentran asesorados en todo momento por nuestros fieles aliados los marinos británicos, han debido de tomar lo más innoble de sus conductas.

—Que se carguen todas las piezas, comandante —me dirigía a Aldana—. Cañones con bala rasa y carroñadas al tope de metralla. Y sin camuflajes. Que pueda ser observada la maniobra por todos en la distancia.

—Quedo enterado, señor.

La distancia al fondeadero disminuía poco a poco. Ningún factor debía alertarnos a la contra, aunque por mi parte respirara con fuerza vientos de engaño y traición, al igual que el teniente de navío Aldana. No obstante, fue el alférez de navío Horcajada quien ofreció el primer aviso de guarda.

—La batería de la restinga se encuentra cargando sus dos únicas piezas de pequeño calibre, señor, aunque lo hagan de forma desganada y con paso encubierto. Pero también juraría que el primer paquebote se maneja con las piezas de babor que nos quedan ocultas. Es demasiado su movimiento en cubierta y muy crecido el personal cerca de los montajes altos.

No me cabía duda de que aquellos malditos intentaban que el *Potrillo* entrara en el cepo con las orejas por alto. Por mi parte, me encontraba sereno y resuelto, con esa frialdad de la que siempre he gozado antes de entrar en combate. Sin embargo, no podía olvidar la misión encomendada a la fuerza bajo mi mando. Y expreso estos pensamientos porque el cuerpo me pedía entrar a fuego de muerte y barrer a los enemigos de norte a sur, aunque fuera consciente de que debía limitarme a llevar a cabo acciones seguras y sin aceptar excesivos riesgos.

—Aldana, que se ice con rapidez la señal de reconocimiento. Pero, al mismo tiempo, preparados para abrir fuego de enfilada por estribor contra el paquebote fondeado más hacia fuera.

—Muy bien, señor. Entiendo que viraríamos por avante a escasas varas de distancia.

—En efecto. ¿Dispone de viento suficiente para asegurar el éxito de la virada?

—Por supuesto, señor.

—No podemos fallar en esa maniobra, Aldana.

—No daremos la blanda, señor, quede tranquilo.

Cuando nos separaban dos millas solamente y tras haber izado la señal de reconocimiento a bordo del *Potrillo*, se dejaban caer las caretas de la ignominia. Los dos paquebotes arriaban la enseña de la Real Armada, para izar con rapidez la rebelde.

—Bucaneros del demonio, hijos de zorróna rastrera y maltés tullido —mascullaba mis pensamientos en voz queda—. Esos malparidos merecen entrar en los infiernos con metralla caliente entre las piernas.

Al mismo tiempo, se escuchaba el estampido de un cañón proveniente de la batería de la restinga. No me preocupaba mucho porque les suponía un peligro disparar contra nosotros en una marcación pareja a los buques propios. Pero ya la suerte estaba largada a los vientos y tenía muy clara la maniobra a realizar.

Izamos todo el aparejo a los vientos para cerrar las escasas distancias con rapidez, al tiempo que aseguraba la virada. Y bien saben los dioses de la mar que era peligrosa por alto la maniobra encastrada en mi cabeza. También es cierto que solamente a bordo de un buque tan maniobrero como el *Potrillo* lo habría intentado. Mientras el paquebote situado más al norte intentaba abrir su costado por medio del remolque de la lancha, y avistábamos su batería de babor alistada para el combate, caímos ligeramente a estribor poco antes de comenzar la virada.

La batería de tierra había callado los fuegos ante el evidente peligro de dañar a los buques propios. Y llegó el momento de la verdad cuando Aldana ordenaba virar por avante, una maniobra que no esperaban los dos buques enemigos. El paquebote situado más al sur intentaba levar, una opción tomada demasiado tarde, mientras su compañero abría la banda de barlofuego^[82] con excesiva lentitud. Por su parte, el *Potrillo* viraba con galanura y sin pérdida de una sola cuarta, como si se tratara de una ligera goleta. Confiaba plenamente en Aldana y no me arrepentí en la ocasión. Porque la virada nos dejaba, en el

momento de cruzar el viento, con las piezas de nuestro costado de estribor a poco más de cincuenta varas de distancia del paquebote tomado como objetivo. Alertado el jefe de la batería y los cabos de cañón de la modalidad del tiro a emplear, di la orden esperada, elevando el sable hacia los cielos.

—¡Fuego!

Las primeras piezas en disparar fueron las carroñadas de proa, que barrían a muerte el castillo del buque enemigo. Y poco después eran seguidas por los cañones de a 12, conforme desfilaban a la altura del paquebote. Los fusileros también descargaban a fondo una nutrida lluvia de plomo, al tiempo que los cañones de popa remataban la faena. El paquebote objeto de nuestra furia ni siquiera alcanzó a responder al fuego con su batería de babor. Por el contrario, fueron bastantes las bajas que observamos en su cubierta, así como las maderas al salto por los aires en el castillo y la toldilla. Incluso una de las últimas rasas debió de tocar en raspa contra el cangrejo del mesana, desbaratando el pico que caía a continuación sobre la cubierta. Pero todo se llevó a cabo con tanta rapidez, que ya el *Potrillo* navegaba hacia fuera de la bahía con todo su aparejo y espuma a popa, momento en el que la batería de tierra retomaba el fuego, desparejado y sin sistema artillero conveniente.

—¿Damos una segunda pasada, señor? Podemos chamuscarle las barbas al otro paquebote y rematar la faena con el primero —argumentaba Aldana, con el rostro agitado por el combate.

—Bien que me gustaría, pero no sería apropiado. Si pudiéramos tomarlo en presa, obtendríamos alguna ventaja. Pero se trata de condición imposible al encontrarnos en puerto enemigo y demasiado cerca de tierra. Al menos, a bordo de ese puto paquebote recordarán este día con dolor. Les queda trabajo a bordo, tanto sanitario como de carpinteros.

—Me permite algún disparo contra esa pieza de la restinga, señor.

—Concedido, Aldana.

Cuando salíamos de la bahía y el fortín de Tumbes se encontraba a la menor distancia, disparamos los cañones de la batería de babor contra ella. Y no mostraron demasiado ardor guerrero, porque calló los fuegos al tiempo que sus sirvientes desaparecían a la carrera como perseguidos por las fauces del Maligno.

—Si desembarcáramos las fuerzas que transportamos a bordo de los buques, señor, podríamos tomar Concepción para nuestras armas con extrema facilidad —afirmaba Burdich—. No se observan movimientos de tropas en tierra.

—Estoy seguro de que lo conseguiríamos. Pero no sería fácil mantener la defensa en plaza abierta y a más de mil millas de nuestras líneas. En fin, no pensemos más en posibles empeños, que no se ajustan al plan general establecido.

Salimos a mar abierta con la felicidad en el pecho. No habíamos sufrido un solo impacto y, por el contrario, habíamos ofrecido una lección de decisión, profesionalidad y valor a los que se rebelaban contra su verdadera patria. Y todo ello en un par de horas solamente. También habíamos transmitido a los rebeldes que no se encontrarían en situación segura allá donde fondearan. Sin embargo, al observar los rostros de mis oficiales, estaba convencido de que habrían deseado continuar en la bahía hasta machacar a los malditos. Y por todas las zorronas del harén, que también yo habría disfrutado culebreando entre las unidades fondeadas y largando fuego de muerte a las dos bandas. Pero no podía olvidar que había sido nombrado como jefe de escuadra y comandante de una fuerza naval cuya misión primera y principal era transportar hombres del Ejército hacia El Callao, unas fuerzas que posteriormente llegarían a esa bahía en mayor número para retomarla de forma definitiva para las armas de España.

Entrados en la noche, reconocimos los tarros de luz de la fragata *María Cecilia*, tal y como se le había ordenado. Y ya cuando el crepúsculo comenzaba a soplar a favor, retomamos la formación de marcha para continuar nuestra derrota hacia el norte. Aunque el bello puerto de Valparaíso, nombrado por todo hombre de mar como una de las joyas del mar del Sur, quedaba solamente a doscientas treinta millas hacia el norte, sin más dudas o compromisos decidí aproar hacia la plaza del Callao y rendir la comisión impuesta.

18. Mil quinientas millas

Las condiciones de viento, mar y corrientes demostraron a mis hombres el exacto conocimiento de las teorías expuestas al comentarles el sistema habitual de navegación por las aguas del mar del Sur en la zona meridional del continente americano. Y no les hablo de derrotas de escasa monta, sino de unas mil quinientas millas a trocha serena y con las estrellas arracimadas en cúpula de ángeles. Pero debo declarar que me sonrió la suerte a espuestas, una senda que parecía trazada sin posible enmienda. Porque es bien sabido que todas las normas expuestas en los tratados de navegación se truncan por derecho y revés con bastante asiduidad. No obstante, en esta ocasión el soplo se mantuvo imperturbable entre el sudoeste y el sur puro, esa rabizorra que se mencionaba en los antiguos libros mediterráneos y que todavía se nombra como tal en algunos puntos de las costas españolas del sudeste. La mar nos entraba con extrema galanura por la aleta y con olas de norma, mientras la corriente se mantenía a favor con una intensidad entre dos y tres millas^[83], según los cálculos estimados por el piloto, un profesional como la copa de un pino negral, en el que confiaba cual seña de la Santa y Vera Cruz.

Sobrepasamos el paralelo de los 32 grados, con lo que la famosa plaza de Valparaíso quedaba enramada en aguas sucias^[84] por nuestra aleta de estribor, con evidente tristeza para algunos de mis hombres, especialmente los jóvenes oficiales de sangre ardiente. Deben tener en cuenta que, en extendida creencia de los hombres de mar, las mujeres más hermosas y sensuales que Dios ha creado se encuentran en la isla canaria de La Palma, en el valle del Cauca allá por Tierra Firme, así como en la localidad peruana de Piura y la de Valparaíso, en las costas chilenas. Pero pronto doblaron los cables del deseo al tiento, que siempre hay un esperanzador después para los reveses que la mar ofrece.

Como ya pensaba, sin dudas aparejadas, que entrábamos en zona controlada de firme por nuestras tropas, enmendamos la derrota un par de

cuartas a estribor. De esa forma podríamos barajar la costa a escasa distancia y gozar de su simple visión. Porque también se disfruta al observar riberas nunca surcadas y tierras de nuevo cuño, como si se tratara de uno más de los descubrimientos personales que cada uno ampara en el saco.

Todo se movía a bordo tan a favor de los buques de la fuerza bajo mi mando, que temía la aparición de alguna moscarda negra en cualquier momento. Ya saben que los nostramos^[85] de costras verdes, a los que siempre he concedido crédito sin medida, no estiman como posible rodar por buenas aguas más de siete jornadas seguidas. Sin embargo, cruzábamos singladuras a machamartillo sin que apareciera una mínima rumazón en desdoro, ni pájaros negrillos de agüero maldito. Desde nuestra salida a la mar en La Habana meses atrás, sin contar los hombres perdidos frente al cabo de Hornos a bordo de la fragata *Soledad* en su varada contra la banca de hielo, sólo habíamos sufrido siete bajas. Y se trataba, sin duda, de un número excepcionalmente bajo. Entre ellos, un marinero, cuatro grumetes y dos soldados, la mayor parte por agarres de frío en el pecho a causa de los tiempos helados. Y como si hubiera embarcado a su bordo una sultana con seis dedos en cada pie, cinco de ellas tenían lugar a bordo de la corbeta *Sebastiana*, unidad de la que ya corrían lenguas largas con endoso de laña^[86] malparida.

A la altura de las islas de San Félix y San Ambor^[87], aquellas ínsulas Desventuradas descubiertas por la expedición de Magallanes y rebautizadas por el navegante cartagenero Juan Fernández, asistimos a un fenómeno jamás visto por mi persona. Y parecía un benéfico envío en forma de maná desde los cielos. Porque, precisamente, cuando comentaba a bordo con el teniente de navío Burdich que los víveres comenzaban a escasear por más en cuanto a su calidad, en gran parte debido a las menguas y desaliños sufridos durante el temporal sureño y la pérdida de la *Soledad* nos llegó Aldana con una nueva y sorprendente noticia.

—Por nuestra amura de babor navega una formación de tortugas digna de ser observada, señor.

—¿Una formación de tortugas? ¿Acaso ha perdido definitivamente el juicio, Aldana?

—No lo crea, señor, aunque hayamos pasado a tan escasas millas de Valparaíso, que he llegado a olfatear el aroma de la piel femenina en la distancia —el comandante del *Potrillo* se mantenía en media chanza de forma casi permanente, una confianza concedida por mi parte desde el primer momento—. Resulta que el carpintero de a bordo, un viejo reviejo con mil años de mar en el petate, natural de la bahía de Mejillones, asegura que

podemos pescarlas en elevado monto. En su opinión, tal cualidad se produce cuando un elevado número de machos queda sin posibilidad de aparearse. Una situación parecida a la de muchos de sus hombres en estos días, señor —volvía a sonreír con abierta felicidad—. Y como andamos justitos de víveres, nada mejor que un generoso número de tortugones para alegrar la perola.

—Muestro mi total acuerdo. No hay mejor puchera para los tiempos de hambre que la preparada con el caldo de las tortugas, su carne desmigada, picos de galleta sueltos y un generoso chorro de vinagre. Pero normalmente es difícil agarrarlas, si no andan con problemas en sus movimientos. Son escamonas y toman profundidad con rapidez al verse acosadas.

—Según el carpintero segundo Melquíades Carmona, alias Mejillones, en este caso particular podemos echar mano a más de medio centenar de esos hermosos animales sin mayor esfuerzo, señor. Y parece ser experto en la materia. A pesar de los nudos que exhibe en las piernas, ha trepado a la cofa para confirmar la teoría con sus ojos. En efecto, parece como si las tortugas navegaran en formación de marcha tras el buque insignia.

—Vamos a verificarlo. Si es como dice, parece una extraordinaria situación, digna de contemplación.

Pude comprobar la veracidad en la información facilitada por el tal Mejillones, posiblemente el más viejo de todos los hombres embarcados en la fuerza. Pocos minutos después, desde la cubierta del *Potrillo* pudimos observar, a unas cincuenta varas de distancia, un nutrido grupo de tortugas. Navegaban de forma indolente en superficie hasta formar una mancha verdosa oscura de gran extensión. Sin pensarlo dos veces, dimos la lancha al agua para que nuestros hombres echaran mano a tan apetitoso producto. Y como aseguraba el viejo carpintero, los animales se dejaron apresar con extrema facilidad, como si se tratara del fatídico e irremediable destino al que se veían embocadas. Acabé por convencerme de que también las tortugas sufrían penas de amores y con elevado riesgo para sus vidas. Para felicitarlo y agradecer la información, hice venir al carpintero a mi presencia en el alcázar. Y una vez ante mí, además de comprobar su avanzadísima edad y que en su piel cuarteada no tenía cabida una arruga más, me asombraron los rasgos indios que mostraba, al punto de alcanzar una pureza de raza formidable.

—¿De dónde sois, don Melquíades?

—Si me llamáis por el nombre de pila, señor general, acabaré por creer que os dirigís a otra persona. Aquí a bordo soy Mejillones, aunque se trate del único oficial de mar en toda la Real Armada con apodo público, condición que acepto como un merecido honor.

—Pues adelante, Mejillones.

—Mi vida es larga y la tengo casi olvidada, señor. Nací y me crié en una bahía que se encuentra a poco más de sesenta leguas de mar hacia el norte, llamada Mejillones, donde existe un pequeño poblado de changos^[88]. Vivían, y lo harán todavía si no han desaparecido, de la pesca y el trajineo de las palmas. Pero pasaban los españoles hacia el sur y allí se surtían de esos mejillones, los mejores y más sabrosos que se pueden encontrar, y que nosotros llamamos choros. En las piedras de la costa proliferan a miles de miles. Según contaba mi madre, uno de esos soldados la tuvo con placer en la noche y de esas horas de gozo nació en ocho lunas solamente. Siempre he sido rápido en todas mis tareas —mostraba de buen humor su boca desdentada—. Aunque muchas veces me han preguntado por mi fecha de nacimiento, no puedo asegurarlo con seguridad por desconocerlo. Cuando contaba con unos pocos años solamente, fondeó en las aguas de la bahía una escuadra española en la que se movía el famoso don Jorge Juan y Santacilia, aunque pocos crean en tal detalle. Me dio la ventolera y a nado me dirigí a los barcos para esconderme en una chaza de fortuna y acabar por enrolarme como paje. Por suerte para mi futuro, siempre se me dieron bien los trabajos de la madera. Aprendí el oficio con rapidez y llegué a ser nombrado carpintero segundo en el arsenal de La Habana.

—¿Se pueden comer con seguridad esas tortugas que están apresando nuestros hombres? Espero que no se encuentren enfermas y acaben por provocar epidemias de fiebres pútridas. Se lo digo por esa extraña conducta que muestran en sus movimientos y conducta.

—Las he comido en cantidad durante muchos años, señor general, en esas mismas circunstancias que se han presentado en el día de hoy. Ya le dije al señor comandante que se comportan así por falta de apareamiento, que también a ellas les aprieta la necesidad de jodienda. Con su carne y caldo se prepara la mejor de las pucheras, esa que antiguamente se denominaba en los buques de la Armada como pajera de migas, muy habitual en las aguas del Caribe.

—La he probado y le doy razón.

—Pues verá, señor general —parecía dispuesto a ofrecer una confidencia—. Todavía ofrece mejor sabor si se prepara la caldereta con los choros^[89] de mi bahía.

—¿Con los mejillones? —debí de exponer un rostro de cierta repugnancia, que intenté evitar con rapidez ante el rechazo que propiciaba en el chango.

—No debe hacerle ascos a esos animalillos de concha, señor general. Muchos soldados españoles han sobrevivido gracias a su carne o a la sustancia de sus caldos. Si me ofrece la oportunidad, se lo demostraré, como he hecho con las tortugas.

Pensé que podía tener razón aquel hombre. Siempre he defendido que todo lo que la mar nos ofrece es bueno para la perola, aunque algunos peces o moluscos aparenten un aspecto poco atractivo a la vista. Y como andaba de buen humor y con deseos de conocer más y más detalles de aquellas costas, no lo dudé un segundo.

—De acuerdo, Mejillones. Como nos toma a la mano y no supone excesiva pérdida de tiempo, acercaremos la proa a tu bahía. Por cierto, ¿cuántas tortugas hemos apresado?

—Casi un centenar, señor general. Comida sana y rica para toda la escuadra.

—Que se repartan entre los buques, Burdich. Y ahora proa a esa bahía de Mejillones. Bueno, así podrá visitar a sus parientes —me dirigía de nuevo al vejete.

—No creo que reconozca a ninguno, señor, si es que el poblado de chamizos existe todavía. No son los de mi raza muy apegados a la tierra y pasan de árbol en árbol con facilidad, cuando el jefe de la tribu así lo dispone. No he entrado en esa bahía desde hace más de treinta años. Pero los choros estarán allí en dulce espera para saciar el apetito de nuestros hombres.

Enmendamos la proa una cuarta a estribor para arrumbar hacia la bahía señalada. Y como era de esperar, también conocía de ella algunos detalles el piloto.

—Tiene razón Mejillones, señor. Es conocida esa bahía por la abundancia de tales moluscos, apegados en sus piedras. Se rastrillan con extrema facilidad. Y algunos alcanzan tamaños gigantescos. Yo mismo he probado un caldo preparado solamente con su carne. Le prometo que es de excelente y agradable sabor, especialmente cuando la tocineta y la cecina de a bordo apestan a podrido, como va siendo el caso, si me permite entrar en el tema.

—Se lo permito y le concedo razón sin dudarle. Cuantos más víveres frescos podamos obtener, mejor para la salud de nuestros hombres. ¿A qué altura nos encontramos, don Faustino?

—Estamos cercanos a cruzar los 25 grados de latitud, señor. Aunque no se perciba en la distancia, por nuestro través debe de encontrarse un pequeño poblado llamado Paposa, posiblemente metido tierra adentro, si es que todavía existe. Porque su riqueza es la minería, aunque parece ser que los

yacimientos de plata anunciados no presentaron el éxito apetecido. Unas noventa millas más hacia el norte aparecerá el cabo Herradura, un pequeño risco de casi treinta millas de lanza que forma con su perfil dos bahías, la de San Jorge al sur y la de Mejillones al norte.

—Bien, comprobaremos la bondad de ese producto y, con el mismo tiro, daremos gusto al carpintero. ¿Cuántos años cree que tendrá?

—Es imposible de predecir, señor. Los indios envejecen con distintos parámetros a los miembros de nuestra raza. Pero no creo que estuviera vivo cuando se manejaba don Jorge Juan^[90] por estas aguas.

—Tampoco yo.

Continuamos con nuestra derrota, ahora más pegados todavía a la costa. Desde bastantes millas al sur, presentaba el aspecto de un interminable desierto, como se aparecen las costas africanas del norte, que no todo es selva, manglares y vegetación en las ricas Indias. Como el viento se mantenía del sudoeste y de todas las velas, progresábamos a modo de santo y sin resquemores, porque el soplo duro de poniente se juzgaba condición imposible.

Rendía el mes de agosto sus últimas horas, cuando desde el *Potrillo* divisamos el cabo de la Herradura y las dos bahías que había descrito el piloto. Y sin dudarlo aproamos por derecho al morro Mejillones, que abría restinga a la bahía del mismo nombre. Como nos restaban solamente novecientas millas para alcanzar la latitud del Callao y ninguna condición me urgía a la banda, decidí que la lancha reconociera la bahía para comprobar si aparecía un surgidero de garantía. Porque ninguna información sobre tal detalle aparecía en el derrotero. Un par de horas después, dejábamos caer las anclas en un tenedero de dulce arena y cinco brazas de profundidad, al resguardo de la zona sur de la bahía. El piloto tomaba con detalle las notas, al tiempo que efectuaba dibujo alzado de los perfiles de la costa. Era costumbre obligada para mejorar de forma continua derroteros y cartas de marear. Ignacio Burdich exclamaba con satisfacción.

—Por fin avistamos un poco de vegetación, señor. Lo agradece la vista.

—No todo es riqueza en el virreinato del Perú, o del Birú, como se conocía antes de ser conquistado.

—¿Ha dicho Birú, señor? —preguntó Horcajada, atento siempre a cualquier noticia novedosa.

—Así era conocido un reino con grandes riquezas que propició la inquietud en algunos capitanes de conquista españoles establecidos en la zona de Panamá. También aparece en algunos escritos como Pirú.

—Uno de esos capitanes sería don Francisco Pizarro —recalcó Aldana.

—En efecto. Pero no fue quien intentó la conquista del imperio inca en primer lugar, sino Pascual de Andagoya. Una expedición que fracasó. Dos años después se asoció Pizarro con Diego de Almagro y un cura de Panamá llamado Hernando de Luque para preparar la definitiva expedición. Pizarro la comandaría, Almagro se encargaría de las provisiones e intendencia, y el cura de la financiación. Bueno, una expedición relativamente definitiva, porque en la isla del Gallo lo dejaron casi solo.

—Esa isla se encuentra bastante al norte, señor, en la región de Guayas —comentó el piloto.

—En efecto. En septiembre de 1526, tras dos años de dirigirse hacia el sur, afrontando toda clase de calamidades, la expedición llegó a la famosa isla del Gallo. Sus hombres, hartos de sufrir, querían regresar a Panamá sin dilación. Fue entonces cuando Francisco Pizarro puso los huevos sobre el tapete. Y se la jugó a tientas de honor.

Como ya conocían mis costumbres a fondo, los oficiales presentes se mantuvieron en silencio a mi alrededor, en espera de que continuara la narración.

—Cuando Pizarro tuvo conocimiento de que sus hombres deseaban abandonar la expedición y regresar a Panamá, en la playa se dirigió hacia ellos con la espada desenvainada. Después de trazar una raya en la arena en dirección leste-oeste, les dictó esas inolvidables palabras que han pasado en letras de oro a la historia: *Por este lado se va hacia Panamá a ser pobres. Por este otro hacia el reino del Perú, a ser ricos. Escoja el que fuere buen castellano lo que más bien le estuviere.*

Me mantuve en silencio, en espera de que alguno picara en el cebo. Y como de costumbre, fue Horca jada el primero en caer a la banda.

—¿Atravesaron la raya muchos hombres, señor?

—¡Los Trece de la Fama! Solamente trece hombres, pero con los redingos bien aparejados entre las piernas. Porque esos trece fueron la base de la conquista del Birú o del Perú. Pizarro, acompañado solamente de esos trece hombres, esperó durante cinco meses en la isla del Gallo por los apoyos en socorro que les enviaron Almagro y Luque. El mismo día en que arribaron, zarparon hacia el sur a conquistar un nuevo imperio para España.

—¿Pasaremos cerca de esa isla, señor? —preguntó el guardiamarina Butrón.

—Para nuestra desgracia, esa famosa isla se encuentra al norte del Callao. Solamente en el caso de que el virrey nos encomiende alguna misión por esa

zona del golfo de Guayaquil, lo que mucho dudo —mentía a fondo sin mover una sola pestaña—, sería posible. Pero bueno, señores, se acabó por hoy la lección de historia. A partir de ahora, faena de pesca para todos los buques. Y no solamente hablo de esos famosos mejillones, sino también de pesca con red al cuarto. Dice Mejillones que es abundante y de calidad junto al morro. A ver si durante las diez jornadas que nos deben restar de navegación nuestros hombres comen suficientes alimentos de salud.

Descansamos dos jornadas completas, dedicados a la pesca y, por mi parte, al más puro descanso. Y como siempre mi curiosidad geográfica e histórica ha sido notable, me trasladé a tierra en compañía de Mejillones y algunos de mis hombres. Aunque el carpintero mestizo no mostrara especial interés en buscar sus familiares o ancestros de raza, incluso escasos alicientes en recordar los escenarios de su lejano pasado juvenil, por mi parte deseaba encontrar aquella rama de changos casi puros y comprobar su sistema de vida. Por desgracia, los aborígenes que poblaron la bahía donde tanto abundaban sus queridos choros debían de haber abandonado el asentamiento muchos años atrás. Porque, en verdad, no conseguimos encontrar más que restos podridos de alguna pobre choza,alzada a base de troncos de martos con palmas enrejadas en copa.

Si fracasé en complacer a Mejillones, no lo hice en el aspecto puramente alimenticio, más bien al contrario. Tenía razón sobrada el viejo carpintero porque los moluscos, algunos de tamaño capaz de dejar saciados a un par de hombres, se obtenían a sacos con extrema facilidad por medio de una sencilla rastrilla. Pero también en el cuadro del morro y con el uso de las redes conseguimos una excelente pesquera, especialmente de unos peces de medio tamaño, de un color rojo vivo como la sangre y agudas espinas en defensa, que el viejo carpintero llamada tungas. Pero a pesar de su poco atractivo y peligroso aspecto, rendían con extremo sabor a la brasa y como fondo de caldos. En cuanto a los mejillones, desechados en un principio por gran parte de nuestros hombres, apegados a la superstición y tantas voces de matasuegra que se corren cubiertas abajo, acabaron por aparejarse por corto a la puchera y lamer con cacillo hasta las últimas gotas.

Relajados y con la tripa en orden, abandonamos la bahía de Mejillones en demanda de nuestro final destino, el puerto del Callao, el más importante del virreinato del Perú y de todo el mar del Sur. Nos separaban unas setecientas cincuenta millas solamente a rumbo directo, aunque se alargarían por desear continuar barajando la costa a corta distancia. Porque más hacia el norte, desde el paralelo de los 18 grados y hasta la altura de Lima, el perfil se

forzaba hacia el noroeste. No obstante, esperaba cubrir en pocas jornadas nuestra derrota final, si el viento se mantenía en cuerdas de bendición. Pero como la mar es como norma caprichosa y ofendedora en rifada, cuando así le aprieta en faldas, de entrada, apenas cruzado el paralelo de los 20 grados, la gran señora nos obsequió con una encalmada de velas al suspiro durante tres interminables jornadas. Por fortuna, habíamos entrado en días más propios de la primavera. Nuestros hombres olvidaban con rapidez las jornadas preñadas de escarcha y el frío taladrando huesos sin medida, con lo que se volvían a observar torsos desnudos al sol en las cubiertas y algunos chorros de sudor en recorrida.

Todavía continuamos con nuestra proa hacia el norte, hasta alcanzar la altura de la antigua villa de Arica, famosa por ser el puerto de salida de toda la plata que se obtenía de las famosas minas de Potosí, las más ricas del Nuevo Mundo. Me acerqué hasta poder observar sus edificios más importantes en la distancia, momento en el que Aldana elevó un comentario.

—Mucha plata ha salido de ese puerto, señor. Parece difícil de creer que, con tantos metales preciosos obtenidos de estas tierras, no hayamos dominado el mundo de norte a sur y en permanencia.

—Ya desde la época de nuestro emperador don Carlos se gastaban los caudales conforme entraban en caja, o antes de poder darles mano segura. Las guerras en toda Europa beneficiaron en mucho a los banqueros germanos, que tomaban nuestras riquezas conforme abordaban el puerto de Sevilla. Pero bien sabe Dios que fue importante este puerto y su villa, al punto de que don Felipe el Segundo le otorgara el título de Ciudad Real, pasando a llamarse como Muy Ilustre y Real Ciudad de San Marcos de Arica.

—Debía de merecerlo, sin duda —apostilló el piloto.

—Parece, señor, que se nos acabó la galanura de navegar a un largo o de empopada. Todo lo bueno presenta un término. Deberíamos enmendar el rumbo a babor más pronto que tarde.

—Siento dejar esta proa hacia el norte, que nos ha alentado más de mil millas con el favor de los dioses. Pero nos obliga el relieve que toma la costa desde este importante puerto. Bien, Ignacio, caigamos al oeste-noroeste en demanda del morro Carretas. Que trabajen las brazas de nuevo.

A partir de Arica, la costa se tendía más de cuatro cuartas a poniente durante unas cuatrocientas millas de distancia, para dejar un último trecho hasta Lima con un par de cuartas más en recuperación hacia el norte. Tras la tediosa encalmada regresó el viento, ahora del sur, aunque rebajado a fuerza de fresquito y con los tontoneos habituales que el dios Eolo muestra al cortar

sus sueños. Por fortuna para los rincones del alma, el ánimo se mantenía en alza. Porque poco o nada me acuciaba en el aspecto puramente profesional, lo que me hacía sentirme feliz, mientras los entresijos mentales se mantenían en calma.

Sin embargo, debo reconocer que, en el fondo de las tripas, albergaba algunos temores en cuanto a las posibilidades reales que se me abrirían a partir de la entrega de las fuerzas del Ejército al virrey del Perú. Mis instrucciones exponían con claridad la necesidad de emprender el tornaviaje a La Habana, una vez cumplida la misión. Y solamente se le debía añadir la secreta excepción de esa corrida hacia el norte en imaginaria persecución de buques rebeldes, solicitada por el general Apodaca. Pero era consciente de la autoridad que ejerce un virrey en sus tierras y aguas, capaz de cambiar al gusto órdenes y disposiciones aunque provengan de la mismísima mano de Su Majestad. Porque, como los mismos monarcas declaraban en escritos oficiales de nombramiento, los virreyes eran su *alter ego*, su *otro yo*, y no pocos hacían uso preferente de tales prebendas.

En los higadillos pensaba que el virrey del Perú podría utilizar mi fuerza naval en la bajada hacia el sur, una tarea que podía comprender. Era lógico colaborar en un traslado de fuerzas o armamento. Porque mucho se hablaba de ese convoy de extraordinaria importancia, una campaña que se comentaba en mentideros desde meses atrás y que necesitaría de muchos buques. Pero teniendo en cuenta el enorme número de hombres y artillería que se anunciaban, debía estar prevista la utilización de navíos de mayor porte para tal empresa.

Se abría el crepúsculo del día 12 de septiembre, cuando avistamos la isla de San Lorenzo, frontón que cierra el puerto del Callao hacia poniente a unas tres millas de distancia. Había decidido abrir la derrota a babor con anterioridad, para entrar a la plaza desde el norte, una vez comprobado en el derrotero, y avisado por don Faustino, de que la ronda sur se presentaba más sucia y con bancos de arena en movimiento.

Como el día se había abierto de características inmejorables, con sol radiante y visibilidad extrema, no solamente pudimos divisar la ciudad del Callao en la distancia al detalle, sino también las torres principales de la incomparable ciudad de Lima, unas siete millas tierra adentro hacia levante. Como el viento se mantenía del sur-sudoeste y flojo, ninguno de los buques bajo mi mando tuvo dificultad en caer a rumbo leste para atacar la entrada, una vez doblado el cabo de San Lorenzo. Tan sólo debimos fachear a bordo del *Potrillo* durante una hora para comprobar que todas las unidades seguían

nuestras aguas sin dificultad. Aproveché el momento para ofrecer una de mis últimas lecciones históricas, que ya se habían convertido en una norma insoslayable.

—Vamos a ver, caballero —me dirigía al guardiamarina Rafael Butrón—, ¿qué opina de esta plaza fuerte?

Como el joven ya se encontraba acostumbrado a mis preguntas, no se sentía agitado por los nervios como en las primeras ocasiones.

—Pues la verdad, señor general, que si todos esos fuertes y baluartes que se divisan se encuentran bien artillados, ni toda la escuadra británica podría tomar este emplazamiento.

—Pues le sobra razón. Se trata de una de las plazas fuertes de mayor tamaño, teniendo en cuenta que todo en ella se construyó pensando en su defensa. La fortaleza central es impresionante a la vista, y más todavía cuando se visita. Pero ¿qué le dice el nombre?

—¿Callao? —ahora el caballero parecía más nervioso—. Bueno, señor, en la Armada solemos llamar callao a un guijarro o a una piedra.

—Pero también a una playa con piedras —intervino Aldana.

—En efecto —asentí con la cabeza en dirección al comandante—. De ahí le viene el nombre a esta localidad. No obstante, Diego de Almagro, en la época de la fundación de la ciudad de Lima, llamaba a esta zona como puerto de Pachacamac, aunque no perduró mucho tiempo tal denominación. La verdad es que, a lo largo de los años, ha sido comúnmente conocida como puerto de Lima o El Callao de Lima. Y como les decía, convertido desde los primeros momentos en el más importante puerto español en estos mares, y mejor defendido. Solamente presenta un peligro, y es que la península donde se establece disfruta de una cota sobre el nivel del mar bastante baja, de solamente unos nueve pies. De esta forma, cuando se producen las mareas lunares extremas, lo que gracias a Dios sucede pocas veces en cada siglo, el promontorio queda formado en isla, con el istmo inundado y el puerto separado de tierra. Y lo que nunca pudieron conseguir los ataques de los malparidos piratas como Drake, Cavendish u otros filibusteros holandeses, lo consiguió la misma Naturaleza con su extraordinario poder.

—Supongo que se refiere al famoso terremoto de Lima, señor, que tuvo lugar el 28 de octubre de 1746, a las diez y media de la noche. Nadie que haya vivido en Lima desconoce tal fecha.

—Como de costumbre, don Faustino tiene razón. Pero a la vez que la ciudad de Lima sufría graves daños, reduciendo a piedras sueltas muchos de sus edificios, el terremoto se cebaba a muerte en la villa del Callao,

destruyendo gran parte de las murallas y construcciones. Y lo peor llegaba horas después, cuando también temblaba la mar, que comenzó a lanzar sobre la costa olas de altura jamás vista. A la playa fueron lanzados como corcheras los navíos *San Fermín*, *Socorro* y *San Antonio*, mientras la ciudad quedaba sumergida casi en su totalidad. Murieron más de seis mil habitantes y solamente se salvaron unos 200 encaramados en trozos de la muralla o en el presidio de la isla de San Lorenzo. Como es natural, tras la catástrofe se reedificó la ciudad y se construyeron las fortificaciones con métodos más avanzados, que se muestran con orgullo en la actualidad.

—¿Conoce la ciudad de Lima, señor general? —preguntaba el alférez de navío Quesada.

—La conozco muy bien —sonreí en mis adentros al comprobar el cebo tendido—. Permanecí en ella durante tres largas semanas cuando era alférez de navío a bordo de la fragata *Clara*. Ningún español, y menos un miembro de la Real Armada, debería dejar de visitar la ciudad que fue llamada con entera justicia como perla de nuestro imperio. Y fue fundada en 1535 por don Francisco Pizarro con el nombre de Ciudad de los Reyes, pasando a ser la capital del virreinato del Perú. No obstante, con el paso del tiempo, permaneció el nombre original que, según aseguran los historiadores, procede del idioma aymara, limac o flor amarilla, aunque otros defienden que proviene del quechua, rimaq o hablador, por el caudal ruidoso de su río, el Rimac. En los primeros planos de que se dispone, todavía aparece como Ciudad de los Reyes, pero pronto quedó en Lima como único denominador. No desmerece la belleza de sus alamedas, catedral, iglesias y nobles edificios a cualquier ciudad de la Península. Hasta se asegura que en sus calles se disfruta de un olor especial, único y atrayente, que no sólo nadie olvida, sino que le hace regresar siempre que puede.

—¿Y es tan poderoso el virrey de Lima como el propio monarca, según se comenta en corridos? —preguntaba el contador, Sebastián Sancho, que se había unido al coloquio en aquella ocasión.

—Se trata de una exageración, es evidente, aunque el virrey de Lima no desmerece de ninguna otra autoridad española. Y es famosa la opulencia, magnificencia y boato con los que vive, al punto de crear una pequeña corte a su alrededor. Como un ejemplo más, puedo narrarles que cuando un nuevo virrey hace su entrada en Lima, se adoquinan las calles con barras de plata desde la puerta llamada del virrey en la muralla hasta su palacio. También su soldada es más que generosa, incluso superior a la del virrey de Nueva España.

Quedaron los oficiales en silencio, con la mirada clavada en mi persona. Pero no disponía de tiempo y deseaba cambiar las cartas del juego.

—Nada más les contaré por ahora, señores. Por el contrario, cuando abandonemos este puerto, seré yo quien les achuche con preguntas sobre determinados detalles y monumentos de la capital del virreinato, de irrenunciable visita. No se olviden de la plaza Mayor, donde ya estableció don Francisco Pizarro el centro neurálgico de la ciudad. Allí podrán observar el palacio de los virreyes, la catedral y el palacio arzobispal como edificios de mayor renombre. Espero que no pierdan el tiempo sesteando al cuarto y pensando solamente en otras bellezas más mundanas, aunque tampoco sea tarea de desechar, por supuesto. Ya conocen uno de mis lemas favoritos: siempre disponemos de tiempo suficiente para encarar todos los vientos. Y ahora entremos en puerto, que son muchas las millas enjaretadas en la bolsa y debemos pisar tierra firme.

Poco después entrábamos en el puerto del Callao sin problemas añadidos y con escasa ayuda de la lancha, tras ser saludada mi insignia en honor por los cañones del fuerte. Y la primera de las sorpresas se produjo al comprobar que allí mismo se encontraban fondeados los navíos *Algeciras* y *Asia*, una fragata que no reconocía en la distancia, así como bastantes unidades mercantes de generoso porte. Y por todas las almas benditas, que sentí un rumor cerrado al comprobar la silueta en la distancia, ese querido dos puentes^[91] que debía haber entregado en manos ajenas. Pero también me tranquilizaba tal situación, porque parecía que la anunciada campaña se movía por fin para acallar las voces rebeldes en las costas chilenas.

19. El Callao de Lima

Ya les he comentado que por aquellos días me encontraba en una situación de agradable paz interior, tanto personal como profesional. Y así se movieron los latiguillos por mis entresijos durante las últimas semanas de esa alargada navegación, con lejana salida en el puerto de La Habana y arribo final en la capital del virreinato más importante de España. Pero quienes hayan leído alguno de estos cuadernillos y me conozcan de corrido, serán conscientes de una especial norma muy habitual en mi comportamiento, para bien o para mal del alma. Porque, al igual que actúa la mar caprichosa y sin desearlo, pasaba del seno negro a la cresta blanca en un abrir y cerrar de ojos, bien sea para labor de aguas marineras o de ánimos. De esta forma, nada más comprobar que la fuerza bajo mi mando había fondeado sin novedad frente al fuerte y baluartes del Callao, una marea de olas largas se instaló a comezón de varas en mis venas. Sufrí esa conocida inquietud, un moscardeo interior que me azuzaba al movimiento inmediato, como si debiera aclarar el futuro concreto en un par de segundos.

Tras impartir las órdenes necesarias para encarar las posibles situaciones de viento o mar que pudieran aparecer en el fondeadero, ordené al alférez de navío Horcajada, de mi mayoría, que vistiera su mejor uniforme grande con sable al cinto. El joven oficial debía preparar mente y cuerpo sin pérdida de tiempo para acompañarme como ayudante de jornada en las visitas de protocolo y servicio que debía realizar. Alistado de venas, una hora después tomaba la lancha, con Barbate a la caña, para pasar al muelle. Pensaba visitar en primer lugar a quien se encontraba al mando del fuerte y ejercía como comandante militar de la plaza antes de rendir la necesaria audiencia con la máxima autoridad española en el continente sudamericano.

Fui recibido por un brigadier del Ejército de edad avanzada, un cordobés llano y de sano corazón llamado fosé Patricio Jarque. El buen hombre se esforzaba en intentar remitir los nervios, como si mi aparición tan pocos

minutos después del arribo le hubiera descolocado los planes embastados para la jornada. Lo tranquilicé con tono agradable y de mesura cortesana, incluso solicitando suaves excusas por haber atacado su despacho sin un mínimo aviso. Respondió con evidente demostración de caballerosidad en normas de ceremonia.

—Por favor, señor general, no diga eso. Soy yo quien debería excusarme en molde y a cuerpo largo por no haberle visitado a bordo de su buque insignia como corresponde a su empleo. Pero no esperaba que...

—Que me tomara la vida con tales aprietos y urgencias —le expuse una amigable sonrisa para distender el ambiente—. Dicen que el tiempo es oro, brigadier, aunque para mí, en demasiadas ocasiones, lo estime como brillantes de gran tamaño.

—La verdad es que me extrañó comprobar la insignia de jefe de escuadra en...

Ahora dudaba, al tiempo que masajeaba nervioso sus manos, como si hubiera entrado en descortesía. Intenté echarle una mano.

—Es lógico que estime la división naval y los transportes de escasa monta para mi empleo. Pero no había otro mando en La Habana y así lo decidió el capitán general. Y como en estos días de penurias son escasas las posibilidades de izar insignia en la mar, no lo dudé un momento.

—Es lógico, señor, y lo comprendo. Pero me gustaría saber, si a bien lo tiene, si sus prisas se deben a algún motivo concreto que debiera...

—Nada que pueda preocuparle. Sencillamente, prefiero tomar el toro por los cuernos y recabar información del virrey cuanto antes. Eso es todo.

—Pues tiene suerte, porque el señor marqués de la Concordia se encuentra en su palacio de Lima desde hace un par de semanas. Y no es condición habitual, porque en estos tiempos revueltos se mueve con mucha facilidad de norte a sur. Como debe de saber, se prepara un importante traslado de tropas hacia las costas del reino de Chile, un nuevo intento de aplastar de una vez por todas los restos de la insumisión. Y se encuentra inmerso en los planes para que no le falte una sola pincelada al cuadro.

—Por cierto, brigadier, al nombrar al virrey lo ha nombrado como marqués de la Concordia. Supongo que se trata de un general del Ejército.

—Así es, señor. Don José Fernando de Abascal y Sousa fue nombrado para tan importante cargo por don Carlos el Cuarto, cuando todavía ostentaba el empleo de mariscal de campo, lo que sorprendió a muchos de sus compañeros. En realidad fue nombrado como virrey del Río de la Plata, pero antes de tomar posesión de dicho destino se le mudó en agradable sorpresa a

estas tierras. Por sus muchos merecimientos en cuanto a su trayectoria militar y política, fue ascendido al empleo de teniente general, al tiempo que se le concedía el marquesado por las Cortes de 1812, un título vitalicio y no hereditario de Marqués de la Concordia Española del Perú. Bueno, todos saben que esos títulos no hereditarios acaban por pertenecer a la familia años después.

—¿Y no le ha sido revocada dicha distinción por nuestro Señor don Fernando?

—Aunque se aboliera la Constitución y casi todos los dictados que las Cortes decretaron —el brigadier medía con medida todas sus palabras—, se han mantenido los títulos nobiliarios concedidos.

—¿Conoce bien al virrey? ¿Cómo es? Le hablo a la llana y como compañero de armas, sin segundas intenciones —exhibí una nueva sonrisa, ahora de complicidad—. Me refiero a sus cualidades como persona.

—Bueno, apenas llevo en este destino unos nueve meses. Pero puedo asegurarle que se trata de un gobernante enérgico que, no obstante, ha beneficiado en mucho el territorio bajo su jurisdicción. Inauguró en Lima la primera Escuela de Medicina de América, dotándola de los mismos adelantos en tratados e instrumentos que se utilizan en sus homologas europeas. También creó la Real Escuela de Pintura de Lima y otras muchas instituciones que han concedido un beneficioso prestigio a la capital. En cuanto a su lucha contra los independentistas, ya sabrá que Lima se convirtió en el centro seguro, neurálgico y vital, desde donde se han lanzado las expediciones de castigo contra los rebeldes de norte a sur.

—Eso tengo entendido.

—Al estallar la revolución en Buenos Aires, el marqués de la Concordia incorporó al virreinato del Perú las provincias de Córdoba, Potosí, La Paz y Charcas. Batalló con enorme inteligencia y valor contra los independentistas. Ocupó las tierras del Alto Perú a marcha de fuerza y, tras sofocar la primera insurrección de Chile, que ahora rematará en gloria, también aplastó el levantamiento de Quito, reincorporando su capitanía y audiencia al virreinato del Perú. En conjunto, un ascenso y un título nobiliario bien ganados. Ahora y tras tantos años en el cargo, sin olvidar su avanzada edad, ha declinado ante Su Majestad y expresado su deseo de regresar a España. Será relevado en pocos meses por el teniente general don Joaquín de la Pezuela.

—Me alegro de poder conocer a un virrey ejecutivo e inteligente. Una mano dura e inflexible, muy necesaria en estos momentos que vivimos. Ya he observado la presencia de dos navíos, una fragata y bastantes buques

mercantes de alto porte que, supongo, se emplearán en esa operación contra las costas del sur.

—En efecto, señor. Se comenzará por la plaza de Valparaíso, para peinar sin desmayo de norte a sur todo foco insurgente allá donde se encuentre, aunque se deba alcanzar la Tierra del Fuego si es necesario. Pero los objetivos principales serán Concepción y Valdivia, desde luego.

—Pasé por la bahía de Concepción y entré en fuegos contra dos buques rebeldes que quisieron darme gato de lanas. Informaré al virrey de los detalles.

—Se lo agradecerá a fondo y en sinceros. Por desgracia, las noticias sobre la situación en las tierras del sur llegan tarde a la capital y contradictorias en demasiadas ocasiones.

—Pues, cuando lo disponga, puedo desembarcar las fuerzas del Ejército en transporte. Andamos bastante escasos de víveres, con problemas en la aguada, y deseo que los buques recobren la normalidad cuanto antes.

—No se preocupe por ello. Me encargaré de dicho desembarco hoy mismo. ¿Se trata de elevado número?

—De los más de dos mil hombres que embarqué en La Habana, y tras entregar al general Morillo los indicados por el capitán general Ruiz de Apodaca, restaban 1.060 que debían ser trasladados hasta este puerto y entregados al virrey de Lima para esa operación que se prepara. Por desgracia, sesenta perecieron frente al cabo de Hornos, cuando la fragata *Soledad* varó contra una banca de hielo y se hundió. Después de todo, nos sonrió la fortuna. Porque, con gran riesgo del bergantín *Potrillo*, rescatamos a la mayor parte de la fuerza embarcada en la malhadada fragata. Y como cuatro más perdieron la vida durante la navegación, le haré entrega de 996 hombres solamente, con sus mandos y armamento propio.

—Una desgracia más. Y no me refiero solamente a esos hombres muertos en el mar. El virrey sentirá la pérdida de la fragata *Soledad*. Porque cuenta todos los días los buques a disposición, como usurero las monedas de oro, para que sea posible el traslado de tanta fuerza hacia el sur. Requisa todo vaso flotante que aparece por estas aguas, con gran disgusto de armadores propios y ajenos.

Sentí el primer ramalazo de tensión al comprobar el estado en que se movían los intereses por aquellas aguas, aunque no dejara traslucir una sola gota piel afuera. Como tantas otras veces, el duende negro me había avisado con cordura y acierto.

—Espero encontrarme pocos días en este puerto, aunque mucho me gustaría disfrutar una vez más de la ciudad de Lima y sus bellezas —improvisaba sobre la marcha, para dejar posibles salidas a la mano—. Mis órdenes son las de regresar a La Habana con los buques de la división y transportes en cuanto haya entregado los hombres del Ejército embarcados.

—Conociendo al marqués de la Concordia, estoy seguro de que no le permitirá que se lleve consigo los buques mercantes, señor, puede estar seguro. Ya sabe que las diferentes autoridades se arrebatan buques, caudales y hombres al gusto. Y ya veremos lo que decide sobre esa fragata armada que aparece en su división. Bueno, señor, no sé si entro de puntillas en colmena ajena. Tan sólo intento ponerlos sobre aviso.

—Y lo agradezco como se debe, brigadier. Intentaré defender las órdenes firmadas por el capitán general de La Habana.

—Por favor, señor, sabe muy bien de lo que es capaz un virrey en atribución de sus infinitas funciones. Y si se trata del establecido en Perú, el más poderoso de los poderosos, tales posibilidades se multiplican por diez. El marqués de la Concordia manda en estas tierras como un mismísimo rey, pero con menor oposición. Bueno, no se trata de condición anormal, desde luego. Y cuando alguna orden de la metrópoli no le agrada, exclama esa frase tan manida de «se acata la orden de SM pero no se cumple», condición a la que, aunque sorprenda, está facultado. En fin, es posible que haya hablado demasiado, y luego...

—Le agradezco su sinceridad, brigadier. Ahora debo solicitar su auxilio. Necesito un carruaje para pasar al palacio del virrey y presentarle mis respetos.

—Por supuesto, señor. Le cederé el mío personal. El camino es largo y un tanto desparejado tras las últimas lluvias, especialmente en su parte central, a la altura de La Legua.

—Estamos acostumbrados. No olvide que en Cádiz debemos pasar desde la ciudad hasta La Carraca o el poblado de San Carlos, con distancias elevadas a recorrer, a no ser que se acorte por la mar.

—Recuerde ese antiguo privilegio, concedido en principio a los generales de la Real Armada con mando en la mar, de acceder a la ciudad por la puerta del virrey. Bueno, se trata de una gracia que se extendió posteriormente a los del Ejército con mando de fuerzas tras las pertinentes protestas de mis compañeros —por fin sonreía, relajado—. Y se trata de importante favor, porque le permite acortar un buen trecho.

—Gracias por su información y apoyo, brigadier. Ya le informaré de mi conversación con el virrey.

—Pasaré a su bordo para rendirle la necesaria cortesía, señor.

—Le recibiré con agrado.

Aunque ya las avispas comenzaban a picar nuez adentro, intenté remansar las aguas interiores. Después de todo y aunque se tratara de un sentimiento dormido, era consciente, desde el primer momento, de que las instrucciones recibidas en La Habana podían saltar por los aires en Lima. No tenía más que recordar que el mismo bergantín *Potrillo* había sido un buque afecto al virreinato del Perú y enviado a La Habana con órdenes de regreso. Sin embargo, el general Apodaca se saltaba las instrucciones márgenes arriba, sin dudarlo, al adscribirlo al conjunto de sus fuerzas con la aprobación del virrey de Nueva España. Por esa razón, deseaba entrar en contacto con el marqués de la Concordia cuanto antes y aclarar bastos y copas.

Con Horcajada sentado a mi lado tomamos el carruaje, un magnífico landó-barco de cinco vidrios, así llamado por las cinco ventanillas de cristal con las que estaba dotado. Llamaron mi atención dos hermosos fanales de bronce, parecidos a los utilizados a bordo de los buques como tarros de luz, que brillaban como el oro a banda y banda del pescante. Y una vez instalado en su interior, me dejé reclinar entre mullidos cojines rellenos de miraguano, mientras descansaba los pies en el pesebrón, cubierto con una espesa alfombra azul y el escudo de armas propio de la comandancia. Sin necesidad de ordenar una sola voz al cochero, batía cueros el vejete sobre los animales, que partieron en dirección a poniente, hacia la antigua Ciudad de los Reyes.

* * *

Cuando entramos en la ciudad por la llamada como Puerta del virrey, me sentí invadido por un extraño sentimiento de tristeza, una añoranza difícil de comprender. Como un ramalazo doliente, llegué a imaginar que España podía perder a manos de los independentistas aquel fabuloso reino que tanto había significado para el glorioso devenir de la patria, sin olvidar las muchas vidas cobradas en su conquista. Y si el cerebro intentaba regresar a la normalidad, al embocar la plaza de Armas desde la alameda de Santa Rosa, regresó al golpe ese sufrimiento mental, un dolor que ni siquiera yo mismo podía explicar. Por fortuna, la exclamación de asombro del joven Horcajada me hizo despertar de ese pernicioso letargo.

—Benditos sean los cielos en su excelsa gloria, señor, jamás he observado una plaza de Armas de tan extraordinaria belleza. Ni siquiera en las principales capitales de la Península.

—Concuerdo contigo al ciento, Alberto. Te encuentras ante una plaza de Armas digna de encabezar todo un imperio. Bueno, no se trata más que de la pura realidad. Aunque se haya criticado al insigne conquistador don Francisco Pizarro sobre determinados aspectos de su política, debemos concederle rendida admiración por bastantes otras determinaciones. Él mismo plantó el centro del solar destinado a ser plaza Mayor de la Ciudad de los Reyes, de acuerdo con las precisas instrucciones del emperador.

—¿Del emperador, señor?

—Don Carlos dictó unas ordenanzas en las que se establecían con toda claridad las normas para la fundación de las ciudades en el Nuevo Mundo. Exponía en ellas que, una vez trazado con detalle el plano de la ciudad, esta se repartiera a cordel y regla en forma de cuadrícula desde la locación de la plaza Mayor, de tal forma que la urbe pudiera extenderse de forma permanente. Don Francisco Pizarro fundó la ciudad en 1535. Su primera decisión fue la de plantar el rollo^[92] en el centro de lo que, más tarde, sería esta plaza. Trazaron a mano alzada la cuadrícula de la ciudad, sus calles y manzanas. Y Pizarro, como fundador, se adjudicó la entera manzana situada en el lado norte de esta plaza, entre ella y la ribera del río Rímac. Y como era antigua costumbre española, se cedieron los terrenos más nobles para la Iglesia y el Cabildo. También se destinaron solares para los vecinos más poderosos de la ciudad de Jauja, primera capital de estas tierras, así como algunos conquistadores. Como te decía, actuó tanto la mano de Pizarro en el diseño de la ciudad que, popularmente, acabó por llamarse como Damero de Pizarro.

—Cualquier ser humano quedaría ensimismado ante tanta belleza, señor.

—Es lógica tu admiración. Esa misma expresión, la de encontrar esta plaza como la más hermosa, capaz y mejor formada de España ha sido repetida por famosos poetas y escritores.

—Es que se trata de visión impresionante, señor —Horcajada insistía, sin mudar una pulgada el asombro de su rostro—. Con una sola mirada se puede recoger la fantástica catedral con sus dos espolones dirigidos hacia el cielo, la Casa del Concejo, el Palacio Arzobispal, el Cabildo y, como esplendoroso remate, el incomparable...

—El incomparable Palacio de los virreyes. Pero no te olvides de esa fuente de bronce que aparece en su centro. Creo que data de 1578. En los

ocho caños de la sobretaza se endosaban unos mascarones y encima una bola en representación del orbe. Sobre la bola aparecía una figura humana con un escudo a su lado, que representaba las armas de la ciudad. En la mano lucía una bandera con las armas del virrey Toledo, las de Pizarro y las de España. Fue sustituida por esta actual en 1651, aunque presenta escasas variaciones. La catedral culminó su construcción en 1622, cuando todavía algunas ciudades de España no disponían de Iglesia Mayor.

—Qué grande ha sido España, señor.

—No hable en tiempos pasados como un puro derrotista, Horcajada. Diga, más bien, qué grande es nuestra patria —endurecí ligeramente el tono de mi voz.

—Tiene razón, señor.

—Si nuestros gobernantes emplearan una pequeña porción de su cabeza en el camino correcto, jamás perderíamos ciudades como esta, tan ensamblada con nuestra propia historia. Porque España, sin sus provincias indianas, se sumiría en el más pobre y ruin de los sueños. Y no me refiero solamente a las posibles riquezas que se puedan enviar a la Península, sino al ámbito de la moral y el orgullo propios.

Se hizo el silencio, mientras el carruaje, ahora al trote lento de sus animales sobre el adoquinado, se dirigía hacia la cara norte de la plaza.

—Será un inmenso honor visitar el Palacio de los virreyes del Perú, señor. ¿Acaso es de la época del gran conquistador?

—El que edificó Pizarro en sus primeros días presentaba unas líneas mucho más modestas. Porque el gran conquistador era caballero de costumbres sobrias y poco amante de las excesivas ostentaciones. Una costumbre, por cierto, que no perduró mucho tiempo. Por tal razón, el palacio se fue enriqueciendo con el paso de los años, aunque se comenta que de esa primera época data una higuera que todavía se contempla en uno de los patios. Y parece difícil de creer que aquí mismo, en lo que se denominaba entonces como casa Pizarro, recibiera el gran conquistador la muerte, al ser asesinado cuando asaltaron y saquearon su residencia los caballeros de la Capa. El Perú atravesó cierta época turbulenta, hasta que se asentó con los primeros virreyes.

El cochero chascaba tacos para frenar el carruaje junto a la puerta principal.

Con bastante emoción descendí, para atravesar con todo orgullo el arco adintelado que se adelantaba a los pórticos. Una vez que se pisaba su interior, se percibía con los cinco sentidos la importancia que los virreyes del Perú

habían representado en la historia de España y de nuestras Indias. Debemos recordar que el premio más codiciado por los virreyes de Nueva España era su traslado con el mismo cargo a Lima. Bien es cierto que, en los años de la dinastía Habsburgo, los virreyes de México cobraban una mesada de 27.000 pesos anuales, mientras el de Lima recibía 41.000, sin contar las atribuciones anejas. Posteriormente, con la dinastía Borbón, se fueron modificando las asignaciones, hasta igualar a Nueva España y Perú. Pero siempre el elegido varón aposentado en lo que se denominaba como trono de Lima superaba a cualquier otro en prestigio.

Tal condición se comprendía bien al atravesar el primer salón de recibo y observar sobre el dintel de una puerta el retrato del virrey don Melchor de Navarra y Rocafull, duque de la Palata. En su extensa cartela podía leerse, tras sus títulos personales: Excelentísimo señor Visorrey^[93] del Perú. Lugarteniente de Su Majestad, gobernador y capitán general de los Reinos del Perú, Tierra Firme y Chile, presidente de la Real Audiencia, presidente de la Junta Superior de la Real Hacienda, presidente del Tribunal y Audiencia Real de Cuentas, superintendente del Juzgado de Policía, capitán general de los Distritos y gobernador de las Provincias, visitador de los Castillos y Fortalezas, vicepatrono Eclesiástico, general de la Armada del mar del Sur, responsable de las Audiencias de Panamá, Nueva Granada, Quito, Lima, Charcas, Santiago y Buenos Aires... Pensé, para mis adentros, que tantos títulos podían resumirse en la sola frase: rey sin corona del continente americano.

A pesar del inmenso poder que se concentraba en una sola persona, solamente una norma tendía a constreñir o limitar sus infinitas prerrogativas. Al concluir su periodo de mandato, cada uno de los virreyes debía rendir cuentas ante el Consejo de Indias, a través del denominado como Juicio de Residencia. En tal representación, los súbditos del virreinato podían intervenir y denunciar aquellos delitos, faltas o infracciones que estimaran hubiera cometido el virrey en el uso de sus facultades. Como es fácil suponer, solamente un par de casos obtuvieron resonancia nacional y normalmente debido a compromisos negativos con personajes del Gobierno o la Nobleza en la España peninsular.

Tras atravesar una interminable serie de pasillos y salones, adornados con los más bellos tapices, pinturas, arañas y muebles, alcancé uno más, ahora de mediano tamaño, donde en realidad trabajaba el lugarteniente del virrey Se trataba, como supe más tarde, del mariscal de campo don Bermudo Restregó y Castro. Aunque me encontrara bajo la presión de la historia y pensara rendir

voluntades ante quien tan cerca se situaba del poder, el personaje abandonó su asiento para recibirme en confianza de compañeros, como si se tratara de un buen amigo a quien no se ve desde años atrás.

—Supongo que sois el jefe de escuadra Santiago de Leñanza y Cisneros, duque de Montefrío. Bienvenido seáis a la ciudad de Lima.

—Agradezco vuestras palabras de corazón. Le presento a mi ayudante de jornada, alférez de navío Alberto Horcajada, miembro de mi mayoría general.

Ni siquiera dedicó una mínima atención hacia el joven oficial, que dirigía su mirada en todas direcciones con admiración. Por el contrario, me hizo sentar a su lado en un cómodo butacón corrido y de mullido asiento.

—En primer lugar y como detentamos empleos equivalentes en la carrera de las armas, rebajemos el tratamiento, Leñanza, si os parece oportuno.

—Por supuesto. Y comenzaré entrando en verdades de postillón. Estimaba mi presencia en Lima como una sorpresa. Porque hace escasas horas que he fondeado en el puerto del Callao con los buques bajo mi mando.

—Es obligación del lugarteniente de Su Excelencia encontrarse al corriente de todo lo que sucede en nuestro territorio —sonreía de forma amistosa—. Ha sido un golpe de suerte porque esta misma mañana me enviaron unos informes del Callao y se contemplaba esa noticia. También el virrey conoce su presencia. Pero la verdad es que esperábamos vuestro arribo como agua de mayo, avisados por el virrey de Nueva España, que mucho aprecio os brinda en sus opiniones.

—¿Fue nombrado el general Ruiz de Apodaca por fin para tal cargo?

—En efecto, y tomó posesión hace un par de meses. El marqués de la Concordia, nuestro virrey, recibió abundante información de su parte. Y alguna de ella le compete directamente. Pero de eso le hablará nuestro señor poco después.

Como creí entender cierto tono opaco en sus palabras, que poca confianza me concedían, entré al grano por derecho.

—¿Acaso se menciona alguna noticia sobre el futuro de la división naval bajo mi mando?

—En efecto, entre otras diversas cuestiones. Pero creo que no debo ser yo quien entre en tales detalles particulares, Leñanza, y dejar al virrey esos puntos que, en teoría, desconozco.

Poco o nada me gustó ahora la sonrisa torcida del lugarteniente, que consideré un tanto falsa y adulterada, aunque nada expresara con los gestos de mi rostro. Y como no sabía por dónde continuar el desenredo de la madeja, fue un alivio escuchar el ruido producido al abrirse el noble portón,

enmascarado en una esquina. Poco después salía un caballero de elevada estatura y noble aspecto. Hacia él se dirigió el lugarteniente, tomándolo por el brazo con cierta confianza y dirigiendo sus pasos hacia la salida, sin entrar en presentación alguna con mi persona. Poco después regresaba y, tras hacerme una señal con la mano en sentido de necesaria espera, entró en la que debía ser sala personal del virrey.

Quedé a solas y con los pensamientos al libre camino en un mal momento. Por mi cabeza transitaban mil posibilidades, y puedo asegurar que ninguna de ellas me abanicaba una mota a favor. En realidad, se agolpaba una batahola mental muy confusa, que poco beneficiaba mi espíritu. Por gracia de los cielos, que no hay peor situación que la espera entre alfileres, el mariscal de campo regresaba a los pocos minutos.

—Puede considerarse un privilegiado por haber sufrido tan escasa espera de recibo con el virrey de Lima, Leñanza —de nuevo ofrecía la sonrisa torcida—. El señor marqués de la Concordia le espera.

Siguiendo la norma habitual en mi conducta, nada más atravesar el portón ricamente labrado, se rebajaron los coros de mi cerebro hasta quedar en plácida serenidad. Y no poco imponía la estancia a la que me veía abocado. Porque, sin faltar a la verdad, se trataba de la sala de mayor ostentación que jamás había visitado, tanto por sus proporciones como por cada uno de los preciados objetos que allí se acumulaban, posiblemente en excesiva cantidad. Y para cuadrar la tribuna al completo, apoyado ligeramente con su mano izquierda en el borde de una mesa de taracea oriental, se encontraba la excelsa autoridad. Porque don José Fernando de Abascal, hombre que acababa de superar la empinada cuesta de los setenta años, se mantenía erguido con gallarda figura. Lucía la casaca orlada de los virreyes, en la que no echaba en falta vuelta ni escama de oro en toda su geografía, y donde, por encima del resto, destacaba la banda de la Orden de don Carlos el Tercero. De generosa estatura, magro de carnes y abundante cabello blanco partido en medias con bucles laterales, ofrecía la clásica y antigua estampa del gran señor. Recité con mimbres de fuerza mis palabras.

—Quedo a las rendidas órdenes y deseos del excelentísimo señor virrey del Perú. Se presenta ante vos el jefe de escuadra de la Real Armada Francisco de Leñanza y Cisneros...

—Duque de Montefrío —atajó el virrey, al tiempo que mostraba una alargada sonrisa y me ofrecía su mano con inesperada energía—. Me alegro de conocerle, general. Y no sólo porque hayan llegado a mi conocimiento extraordinarias opiniones sobre su persona, de mi buen amigo el teniente

general Ruiz de Apodaca, virrey de Nueva España. Lo digo porque también conocí a quien estimo, a la vista de su juventud, como su abuelo. Me refiero al duque de Montefrío, que ejercía de secretario particular de Su Majestad don Carlos el Tercero.

—En efecto, señor, se trataba de mi abuelo materno.

—Cómo pasa el tiempo. Casi podéis ser mi nieto. Muy jóvenes ascienden en la Armada.

—Bueno, señor, también en el Ejército, si me permite la entrada. Hace algunas semanas coincidí con el general Morillo en las costas de Tierra Firme, y su carrera es más parecida a la de un cometa.

—Tiene razón. El caso de don Pablo Morillo y otros oficiales durante la guerra al francés ha sido asombroso. Y no le oculto que encuentro inadecuado para el servicio esos ascensos tan rápidos y continuados. No se dejan reposar los conocimientos en el empleo adquirido un mínimo tiempo. Pero, bueno, nada de eso nos interesa ahora. Por favor, Leñanza, tome asiento a mi lado, que debemos charlar sobre algunos temas de mutuo interés.

Me acompañó hasta un ventanal que se abría esplendoroso hacia la plaza de Armas, donde tomamos asiento en sillones enfrentados. Y como el marqués de la Concordia no era de los que perdían el tiempo en pijadas de monja, entró al trapo sin perder un solo segundo. Era consciente de que en aquella conversación se establecerían caminos que afectaban por corto a mi futuro, por lo que apreté las manos, al tiempo que elevaba un silencioso rezo a nuestra Señora del Rosario, que no podía desampararme en hora tan señalada.

—Debo serle sincero y declararle que me siento un poco defraudado. Porque, según tengo entendido, ha fondeado en El Callao con menos buques y menos hombres de los que esperaba.

—Comprendo su pesar, señor, que es el mío. Cuando doblamos el cabo de Hornos y durante la noche, bajo un terrible temporal, una de las fragatas mercantes, la *Soledad*, varó contra una banca de hielo del tamaño de una montaña. Acabó destrozada de casco y arboladura. Milagroso fue que pudiéramos salvar a casi toda la dotación y soldados embarcados. Bueno, más que milagro, gracias al arrojo y buen hacer marinero del teniente de navío Aldana, comandante del bergantín *Potrillo*, donde izo mi insignia. Pienso proponerlo en mi informe para su ascenso al empleo de capitán de fragata.

—Recuerdo bien al bergantín *Potrillo* y su apresamiento en el puerto de Valdivia o Valparaíso. Una unidad, por cierto, que me fue arrebatada por el general Apodaca con malas artes —por fortuna, exhibía una sonrisa de buen humor—. Pero regresando a nuestro negocio, de La Habana salió con tres

buques armados y cinco mercantes, donde embarcaba más de dos mil hombres.

—En efecto, señor. Abandoné la isla de Cuba al mando de una división naval compuesta por la fragata armada *María Cecilia*, el bergantín *Potrillo* y la corbeta *Sebastiana*. Dábamos protección a dos fragatas mercantes de pequeño porte, la *Soledad* y la *Remedios*, así como tres paquebotes de proa llena y bodega redonda, los *San Andrés*, *Barcadio* y *Estrellado*. Todos los mercantes muy escasamente armados. Sin embargo y aunque parezca milagroso, se encuentran bien de maderas y aparejos. Y para colmo de bienes, los mandan capitanes competentes, porque el general Apodaca no permitió a los armadores que cambiaran un solo hombre de sus dotaciones, de grumete a capitán.

—Bien hecho. Y no es tarea fácil conseguirlo. Pero continúe, Leñanza.

—Siguiendo las instrucciones del general Apodaca, entregué al teniente general Morillo en la costa de Cumaná dos de los paquebotes, con sinceridad los menos marineros, y más de mil hombres. De esa forma, y tras la pérdida de la fragata *Soledad*, arribo a El Callao con dos mercantes solamente, la fragata *Remedios* y el paquebote *San Andrés*, con casi mil hombres del Ejército, sus mandos y armamento propio a bordo.

—Bueno, al menos Morillo ha sacado tajada de momento. Porque, según dicen, arrasa con energía a las fuerzas que se oponen en su camino. Y ha sitiado por mar y tierra la plaza fuerte de Cartagena, donde se parapetan los rebeldes del virreinato de Sant Fe. A ver si consigue rendirlos con rapidez y los pasa a cuchillo. Que cunda el pánico y consiga eliminar a los patriotas sin patria, con ese malparido de Simón Bolívar a la cabeza.

—Me alegro de escuchar esas buenas noticias, señor. Sabía que su primera idea era atacar y rendir Cartagena. No le será fácil porque se trata de una plaza muy bien defendida.

—Bueno, dejemos a Morillo con sus ataques y regresemos a lo que me interesa. ¿Qué me dice de esa fragata armada, la *María Cecilia*? ¿Por qué no iza su insignia en ella, más acorde a su empleo?

—Mudé al bergantín *Potrillo* por sus mejores condiciones marineras y superior andar^[94]. Debía perseguir a la fragata *Remedios*, amotinada tras unos días de niebla, para aproar hacia el Río de la Plata. Le di alcance y, tras el pertinente y sumarásimmo Consejo de Guerra celebrado a bordo, condené a morir en la horca a los instigadores del motín. Otros hombres recibieron penas menores, que deberán cumplir en algún presidio bajo su mando. Por cierto, señor, que debo elevar a vucelencia las minutas del consejo para su sanción.

—Estoy convencido de que tomó la medida acertada, que sancionaré a favor. Ordenaré que esos hombres pasen al presidio más duro. No nos podemos permitir en estos días un solo nervio a la baja.

—Después decidí continuar a bordo del *Potrillo*. Se trata de un magnífico bergantín y con una excelente dotación, para lo que se mueve en estos días a bordo de nuestros buques.

—Lo comprendo. En ese caso, la fragata *María Cecilia* podría ser utilizada más como mercante que como unidad armada.

La tromba de nubes negras se amontonó sobre mi cabeza al golpe. Porque la rumazón se encontraba servida y aliñada.

—Puede cumplir ambas misiones, señor. Si me explicara un poco más sus...

—Bien, tiene razón. Dejemos de marear la perdiz. Es hora de levantar las cartas en limpio sobre el tapete y contar los puntos.

El virrey pareció tomarse un ligero respiro, antes de continuar.

—Bueno, Leñanza, le supongo al corriente de la importante y decisiva operación que vamos a llevar a cabo contra las costas chilenas. Es mi intención aplastar de una vez por todas la resistencia que se sufre en aquella zona del virreinato. Y se trata del primer escalón solamente, para pacificar todo el continente.

—Me encuentro al corriente, señor, y aplaudo su iniciativa. He observado dos navíos y una fragata fondeados en El Callao. Un verdadero lujo en estos días.

—Y que lo diga. Creo que dispongo bajo mi mano de un elevado porcentaje de las unidades utilizables de la Real Armada —ahora mostraba una sonrisa de satisfacción—. Aunque se me requiere para que devuelva el navío *Algeciras* de forma inmediata, no cumpliré dicha orden. Al menos hasta que remate esta expedición. También pienso tomar los buques de su división y los mercantes convoyados.

Las aguas comenzaron a moverse bajo mis pies en ritmo de marejada dura, aunque esperaba una decisión parecida, conforme desgranaba sus palabras. Debieron de reflejarse mis pensamientos con claridad en el rostro, porque se apresuró a intervenir.

—Comprendo su desilusión, general Leñanza. Pero también debe comprender la situación que atravieso en estos delicados momentos. Es posible que, hoy en día, sea el único jefe de escuadra de la Real Armada con insignia en la mar, aunque no se trate de una fuerza digna de su empleo, y perdone mi sinceridad.

—Se encuentra en lo cierto, señor. El general Apodaca no disponía de un mando en La Habana y decidió...

—Lo sé todo y con detalle, Leñanza. Pero como el general Apodaca es muy inteligente, era consciente de que le arrebataría las unidades para esta importante operación que vamos a llevar a cabo. No obstante, he prometido que los devolveré, una vez haya acallado las voces rebeldes en el sur. Pero el *Potrillo* regresa a su madre, como puede comprender. No obstante, el virrey de Nueva España me solicitaba un importante favor del que, según tengo entendido, se encuentra al corriente.

—No comprendo por dónde se...

Intentaba mentir con un mínimo de convencimiento, al tiempo que el virrey largaba una ligera carcajada.

—No sabe faltar a la verdad, Leñanza, y eso le honra por alto —volvía a sonreír, mientras señalaba mi rostro—. Creo que ya el general Apodaca le habló de perseguir unidades rebeldes hacia el norte. Estamos hablando con entera sinceridad. Comprendo el problema que se sufre en Nueva España, especialmente en sus costas del mar del Sur. Porque no dispone de ninguna unidad naval de cierto porte en dichas aguas. Y es más que necesario mostrar nuestro pabellón en alguno de sus puertos. Pero no es necesario andar con manejos grises. Nada de persecuciones ficticias, como creo que eran sus instrucciones... más o menos secretas, por llamarlo de alguna forma. Es preferible llevar a cabo una operación limpia. Los virreyes disponemos de facultades suficientes para ello y mucho más. Según me comenta Apodaca, en estos momentos cuatro o cinco unidades rebeldes de escaso porte, supongo que del tipo goleta o paquebote armado, se concentran en Acapulco. Son los reyes de la zona, y salen al corso en contra de nuestros intereses sin oposición alguna. Es necesario dar una lección. Y si en el camino hacia el puerto del galeón^[95] se cruza con alguno de esos putañeros rebeldes, a fuego y muerte con ellos. Y si apresa alguna unidad de porte, benditos sean los cielos azules.

—Quedo enterado, señor virrey.

—Sin embargo, no debemos olvidar que el transporte de tropas hacia Concepción deberá principiar en cuanto disponga de buques suficientes, continuando con la necesaria requisa, y los hombres necesarios.

Se hizo el silencio. En verdad que no sabía si esperaba una respuesta de mi persona, porque no comprendía por donde navegaba el virrey.

—Quiero decir que para esa operación de castigo hacia Acapulco u otros puertos de Nueva España, a la que me he comprometido, solamente puedo conceder una unidad naval. Ya sé que es escaso número y puede llegar a ser

peligroso, si los rebeldes han aumentado de forma notable sus fuerzas, lo que estimo poco probable. Pero no debemos arriesgar a encontrarnos preparados para salir hacia el sur y no hayan regresado. ¿Me comprende? Y ya es más de lo que desearía, porque no me sobra un solo buque.

—Lo comprendo, señor. Si dispusiéramos de una Armada medianamente digna, no sufriríamos estos problemas. No se puede mantener una guerra en todas nuestras provincias americanas sin buques a disposición. Sin olvidar que el Río de la Plata es zona rebelde y desde allí mueven tropas por diferentes escenarios.

—Estoy de acuerdo con todas sus palabras, una a una. Se debía haber recuperado el Plata hace meses. Pero la Armada casi no existe, aunque sea duro escucharlo.

—No puede haber Armada, señor, si no se construye un navío o fragata desde hace más de veinte años, ni se mantienen los que se encontraban a flote. Parece que algo tan sencillo no se comprende.

—Bueno, dejemos de lado los posibles, que de nada nos servirán en esta ocasión. Soy muy práctico y me ciño a la realidad como norma.

—En ese caso, señor, entiendo que debo salir a la mar hacia el norte con el bergantín *Potrillo* para llevar a cabo esa operación de castigo.

—¿No prefiere la fragata *María Cecilia*?

—La verdad, señor, que me ofrece más seguridad el bergantín, aunque le extrañe. Tan sólo la artillería es un dato a favor de la fragata. Además de sus condiciones marineras y buena dotación, sin olvidar sus ocho excelentes carroñadas, la velocidad del bergantín me concedería la oportunidad de entrar a tuego y salir sin que puedan darme alcance.

—No es necesario que un jefe de escuadra comande esa operación en un modesto bergantín, Leñanza. La puede delegar en manos del teniente de navío Aldana. Pero lo dejo a su elección. Comprendo que puede ser su despedida de la mar, por el momento.

—Si a bien lo tiene, señor, me mantendré a bordo del *Potrillo* —no necesité de muchos segundos para responder—. Pero entiendo que, una vez regresado a Lima, desembarcaré de forma definitiva.

—Así es.

—¿Quién mandará la expedición hacia el sur en su aspecto naval? —elevaba la pregunta como si se tratara de una simple curiosidad, aunque en ella volcaba el resto de mis escasas esperanzas.

—Comprendo lo que pretende, Leñanza. Pero también yo le seré absolutamente sincero. No quiero un oficial de la Armada de alta categoría al

mando de esa operación, aunque sea solamente en su aspecto naval, con un empleo superior al de la fuerza del Ejército embarcada. A lo largo de la historia hemos fracasado en algunas operaciones de tipo parecido, por desacuerdos y absurdos resquemores entre los mandos de la Armada y del Ejército. Una situación parecida a la fuerza desplegada bajo el mando del general Morillo, que ya habrá comprobado. Y no lo estime como crítica a sus compañeros, porque en la mitad de los casos fueron los míos los causantes del desastre. El importante transporte de tropas hacia el sur se llevará a cabo sin oposición naval por parte del enemigo. Por tal razón, quiero que el comandante más antiguo de los navíos ordene las operaciones puramente navales. Entiendo que no será una tarea complicada. Solamente le exijo navegar hacia el sur y alcanzar la bahía de Concepción.

—En la mar todo se puede torcer al rojo en un par de minutos, señor.

—Ya lo sé. Pero confío en los comandantes de los navíos. No debe de ser una navegación muy complicada.

—Por cierto, señor, que la bahía de Concepción se encuentra en poder del enemigo.

—¿Está seguro?

Narré al virrey con detalle mi experiencia en dicha bahía, lo que lo dejó pensativo.

—Bien, me alegro de su información. Dos paquebotes armados que, a la vista de nuestra imponente fuerza, saldrán de estampida si disponen de tiempo.

—Por supuesto.

—Bien, Leñanza, espero que comprenda lo que he intentado exponerle. Y, por favor, no lo tome como algo personal, nada más lejos de mis deseos. Sé que sois un excelente profesional, que así me lo ha expuesto el general Apodaca con jugosos detalles. También os favorece ante mí el recuerdo que mantengo de su abuelo. Puede estar seguro de que le habría sucedido lo mismo a cualquier otro jefe de escuadra en su situación.

—Seré sincero como siempre, señor. No estoy de acuerdo con su decisión, pero no me queda más opción que obedecerle. Creo que si algo ha funcionado mal a lo largo de la historia, como esa disfunción entre los mandos de la Armada y el Ejército, la solución no es eliminar posibilidades que deben ser positivas, sino afrontarlas y exigir su adecuado funcionamiento, sancionando a quien se exceda en sus atribuciones.

—Lo que pocas veces se ha hecho, para nuestra desgracia. Y no dispongo de tiempo para comenzar una nueva tarea en ese sentido.

Comprendí que no restaban más cabos al alcance de la mano, por lo que entré en el punto final.

—En ese caso, señor, entiendo que puedo salir a la mar con el *Potrillo* y dirigirme hacia los puertos principales de Nueva España para llevar a cabo una operación de castigo.

—Si lo estima oportuno. ¿Cree que con el *Potrillo* será suficiente?

—Si son ciertas las noticias que me ha dado sobre las unidades rebeldes, desde luego. En caso contrario, no arriesgaré absurdamente el buque. ¿Dispongo de límite en el tiempo?

—Lo dejo a su libre criterio, Leñanza, en el que confío. Pero le pediría, de forma encarecida, que se alargara lo menos posible. Lleve a cabo un duro y rápido castigo contra las unidades rebeldes, posiblemente estacionadas en la bahía de Acapulco. Si cuando regrese a El Callao todavía no hemos encaminado las fuerzas hacia el sur, uniré el *Potrillo* a la división naval, como es fácil comprender.

—Muy bien, señor.

—Anime esa cara, Leñanza. Ha dispuesto de una gran suerte al mandar como jefe de escuadra una división en la mar por escenarios que suelen agradar en mucho a los oficiales de la Armada. Pero todo empieza y acaba. Cuando arribe con el *Potrillo* a Lima, quedará en libre disposición de regresar a la Península. También puede permanecer algunas semanas o meses por estas tierras en merecido descanso. Le concederé la situación que mejor estime a sus deseos.

—Si me permite, señor, ya lo decidiré llegado el momento.

—Como desee.

Abandoné el palacio de los virreyes como gazapo escaldado en perola. Pero no debo exagerar en estas líneas, porque tampoco sufría una gran decepción. Lo sucedido era de esperar, aunque tales consideraciones las hubiera apartado en un escondido rincón del cerebro. Como decía el virrey, era el único jefe de escuadra de la Armada que, en aquellos momentos, lucía insignia en la mar. El general Apodaca me había ofrecido una impagable oportunidad de forma más que generosa. Pero debemos aceptar que siempre nos alcanza el reposo del guerrero. Lo que en verdad me entristecía era el pensamiento de que, con la situación que se vivía la Armada, aquella comisión hacia las costas de Nueva España sería posiblemente mi despedida como mando en la mar. Bueno, al menos podría navegar por esas costas desconocidas y surcadas por mi padre muchos años atrás. La misión se centraba en Acapulco y a ella debía prepararme. Y aunque alguno pudiera

estimar que no se trataba de misión al nivel de un jefe de escuadra, me encontraba encantado de poder encarar aquella despedida marinera.

20. Hacia el norte

Tras la conversación mantenida con el virrey, regresé a El Callao con los pensamientos perdidos en la distancia. Esos momentos en que los recuerdos más dispares recalán en nuestra cabeza, aunque no se les pueda conceder un sentido inmediato y concreto. No obstante y para que comprendan a carta cierta mi estado emocional, me reafirmo en que la decisión del marqués de la Concordia no había entrado a saco y rebato de esteras negras en mi alma, aunque sea difícil de comprender. Por el contrario, me encontraba relajado y sereno. Repetía en mis adentros que se me había concedido una especial prebenda que, como todo en esta vida, llegaba a su inexorable término. Habría concedido una de mis manos por mandar la importante expedición hacia las costas chilenas, sin duda, pero no todo en la vida se abre entre cielos azules. Podía quedar en calma, sin necesidad de analizar una pulgada más allá de tal estima.

Una vez a bordo, reuní a los comandantes de los buques bajo mi mando y oficiales de la mayoría general. Debía explicarles con cierto detalle la nueva situación creada. En pocas palabras, les expuse que tanto la fragata armada *María Cecilia* como la corbeta *Sebastiana* pasaban a depender directamente de la voz del virrey de Lima, hasta que se nombrara como comandante efectivo de la fuerza naval expedicionaria al comandante del navío *Algeciras*, oficial de la Armada más antiguo entre los buques asignados. Por el contrario, el bergantín *Potrillo* mantenía de momento mi insignia izada a su bordo para llevar a cabo una comisión particular de la que, en principio, no ofrecí mayores detalles.

No parecían muy extrañados de las noticias expuestas, aunque algún rostro demostrara cierta tristeza. Y sin permitir una posible tanda de preguntas, también les expuse mi intención de abandonar el fondeadero del Callao, en cuanto rellenáramos la aguada y, de forma especial, nos embarcaran los víveres prometidos por el lugarteniente del virrey. Aunque

mantenía la promesa del general Ruiz de Apodaca, de un posible abastecimiento en puertos de su virreinato, con los pertinentes documentos, debía aprovechar la oportunidad que el marqués de la Concordia me brindaba. Y ya se sabe, que más vale pájaro en la mano firme que una bandada en vuelo.

Una vez finalizada la reunión con los comandantes, efectuaron su formal despedida de mi persona el capitán de fragata Mondragón y el teniente de navío Albarrán. Y en verdad que no sentí tristeza, añoranza ni sinsabor alguno, porque en poco o nada habían destacado dichos oficiales bajo mis órdenes. Como última disposición en mando sobre ambas unidades, decidí el trasvase de tres oficiales de mar, especialmente el carpintero primero de la fragata y un maestro velero de la corbeta, así como de algunos marineros, grumetes, artilleros y soldados de Marina, que remataron la dotación del *Potrillo* en dulce. Aunque parecían desearlo, ninguno de los dos mandos elevó la esperada protesta. Les prometí que, a mi regreso de la ordenada comisión, se los devolvería con la necesaria presteza, una promesa escrita sobre las aguas azules del cielo.

Ese mismo día, por la tarde, reunía a los oficiales del bergantín y de la mayoría general para explicarles, ahora con detalle, tanto la disolución de la división naval como la comisión que debíamos llevar a cabo aguas al norte. En principio se produjo un interminable silencio, como si nadie esperara tan drástica medida. Solamente el teniente de navío Aldana, que ya había corrido derrota bajo la mano del marqués de la Concordia, se atrevió a esbozar su opinión.

—La verdad, señor, que poco o nada me extraña esta medida. Era de esperar. Cuando escuchaba a mis compañeros hablar del futuro tornaviaje hacia La Habana con los buques de la división, estaba seguro de que al menos el *Potrillo* no abandonaría estas aguas. El virrey recupera una presa perdida, condición que también debía suponer el general Ruiz de Apodaca al formar esta fuerza.

—Tiene razón, Aldana. Me dio la impresión de que ya se encontraba todo el trigo molido. Y desde luego, el general Apodaca debía comprender que el virrey de Lima le arrebataría el *Potrillo* en justa compensación. Además, han mantenido abundante correspondencia entre ellos y llegado a un acuerdo.

—¿Qué será de nosotros, señor? —preguntaba con voz queda el teniente de navío Burdich, al frente de una mayoría general que dejaría de existir—. Me refiero a los componentes de su mayoría.

—No crean que les he olvidado, Ignacio. Les aseguro que no he tomado ninguna decisión hasta el momento. Pero quien así lo desee puede acompañarme en esta comisión, en la que todavía izaré mi insignia a bordo del *Potrillo*. No obstante, si quieren pasar directamente a formar parte de la dotación de algún navío o fragata presentes en el fondeadero, lo comprenderé. Se llevaría a cabo sin problemas y con mi sincera aprobación. Cuando regresemos al Callao, arriaré mi insignia y pasaré a tierra. Es posible que disfrute de varias semanas de descanso en Lima, hasta que aparezca algún buque que se dirija a la Península.

El contador y el cirujano solicitaron mi permiso para pasar destinados a alguno de los dos navíos fondeados en El Callao, condición que no me extrañó. Tal y como andaban las dotaciones de los buques, serían aceptados por sus mandos con cohetes de feria en bienvenida. Quedaba claro que ambos oficiales mayores, con familias a la espalda, pensaban en el futuro retorno de dichos buques a La Habana. Por el contrario, tanto Burdich como Horcajada y el piloto decidieron permanecer en el *Potrillo* y encarar la comisión a mi lado. Posteriormente, a nuestro regreso al Callao, decidirían su nuevo camino.

Abandoné el fondeadero del Callao con un viento fresco del sudeste, que nos permitió largar todo el aparejo y separarnos de la costa la distancia suficiente para encarar la derrota al deseo particular. A pesar de los planes embastados sobre la capital del virreinato y sus singulares bellezas, tan sólo habíamos permanecido tres jornadas al amparo de la Ciudad de los Reyes, circunstancia que no me desagradaba. Ya tendría oportunidad de visitar Lima, sus paseos y monumentos más adelante.

Para sorpresa de todos mis hombres, los víveres embarcados destacaban por su cantidad y calidad, una extraordinaria condición que nadie esperaba ni de lejos. Incluso estimé un posible error en los golillas del lugarteniente, y que no hubieran anotado con exactitud el número de hombres a bordo del bergantín. Pero como es fácil de suponer, no debía ser yo quien entrara en posibles correcciones. Para colmo de bienes, aparecía como especial beneficio el vino embarcado, producido en el propio virreinato por tierras al sur de Lima. Como decía Barbate, un caldo garraspón pero con suficiente fuerza.

Reunido con Aldana, Burdich y el piloto, establecí las premisas que debían presidir la comisión a efectuar por aguas de Nueva España. Y pronto comprendí que todos los oficiales a bordo tomaban con gusto aquella tarea impuesta que les permitiría navegar por aguas jamás surcadas. Tal era el caso de todos menos del piloto, experto en derrotas de casi todo el mundo conocido.

—En ese caso, señor —preguntaba Burdich—, ¿cuándo comienza realmente nuestra comisión?

—Pues en verdad que a partir del día de hoy, si he comprendido bien las palabras del virrey. Cualquier buque que consideremos sospechoso de ir armado al corso o con transporte de armamento para los rebeldes, allá donde se encuentren, será inspeccionado chaza a chaza. Y si así lo estimo pertinente, apresado en norma de ley. No obstante, es indudable que la parte principal de la misión dará comienzo cuando navegemos desde el golfo de Panamá hacia el norte. Y, posteriormente, centraremos nuestros esfuerzos en el fondeadero de Acapulco, que parece haber sido tomado como centro de operaciones del corso rebelde.

—Parece extraño, señor, que se mantenga esa condición. Y lo digo por la importancia de dicho emplazamiento. ¿No los atacan por tierra? —preguntó el piloto.

—Pues, si le soy sincero, don Faustino, no lo sé. Pero creo que llegué a escuchar al lugarteniente del virrey que la zona comprendida entre las estaciones de San Blas y Acapulco cae en manos rebeldes con mayor frecuencia. Es muy posible que desde la capital de Nueva España otorguen más importancia a la costa del seno mexicano por su contacto con La Habana.

—En ese caso, señor, parece que debemos centrar nuestras acciones en el departamento marítimo de San Blas —dijo Burdich—. Y la cabecera queda al norte de Acapulco. Tan sólo mantengo vagos conceptos de cuando estudiaba los diferentes departamentos.

—Si no recuerdo mal y a ojo llano, San Blas se encuentra a unas 450 millas de Acapulco hacia el norte, en la extensa bahía que se forma frente a las islas de las Tres Marías. Y, en efecto, se trata de la cabecera del departamento marítimo del mismo nombre. ¿No es así, don Faustino?

—En efecto, señor. Para recalar en San Blas, proa metida de lleno entre el cabo Corrientes y las Tres Marías. Y se trata del departamento marítimo que más litoral tiene asignado. Debemos recordar que le están comisionadas las aguas desde la punta Mariato, al norte del golfo de Panamá, hasta las Altas Californias, allá por las aguas heladas. Bueno, al menos en teoría. Porque después del Tratado de Límites firmado con la Gran Bretaña, con don Carlos el Cuarto recién elevado al trono, solamente se nos reconoce jurisdicción territorial hasta el cabo Mendocino.

—Mi padre desempeñó el cargo de comandante general de dicho departamento marítimo cuando alcanzaba su extensión hacia el norte sin

límite. Navegó por las aguas heladas, en las que perdió una mano, y regresó a Monterey con escorbuto y medio muerto.

—Era muy habitual que la peste de la mar^[96] se cebara con severidad en las dotaciones que emprendían navegaciones hacia las aguas heladas. Según tengo entendido, señor, bajo el mando de su padre tuvo lugar el incidente con los britanos en las islas Nutka.

—Así es. Y como tantas otras veces, los golillas y politicastros de la Corte deshicieron en unos segundos un trabajo que había costado el esfuerzo de muchos años.

—No debe extrañarle tal condición, señor —terció Aldana con sonrisa aparejada—. Se trata del pan nuestro de cada día.

—Razón le sobra. Por cierto, don Faustino, ¿ha entrado en la bahía de Acapulco alguna vez?

—Un par de veces, señor, pero hace muchísimos años, cuando trabajaba de pilotín en la fragata *Santa Elena*. No obstante, consultaré con el derrotero y las cartas que me ha conseguido el piloto del navío *Algeciras*, un excelente profesional a quien tuve bajo mis órdenes.

—Nada sabía de su incursión informativa en la timonera del *Algeciras* —sonreía porque se trataba de una acción habitual entre pilotos.

—Bueno, señor, ya sabe de la extrema confraternización entre pilotos. Cuando me dijo que preparara la información sobre dicha zona, comprobé que no disponía a bordo de la suficiente para navegar con tranquilidad. Fue cuando decidí saludar a mis compañeros surtos en el fondeadero —enhebraba su habitual sonrisa de mercadeo—. Y mucha suerte me concedió la Patrona al encontrar a Saturnino Fuentes como piloto primero del navío *Algeciras*, un magnífico profesional. Como es lógico, señor, este traslado de información quedará por fuera de...

—No se preocupe, que no pienso cacarear la trocha. Ya estudiaremos esa bahía con todo detalle cuando nos encontremos más al norte.

—¿Qué derrota piensa seguir, señor? —preguntaba Aldana—. ¿Barajando la costa?

—No. Después de todo, debo ser considerado con el virrey y no alargar la comisión sin medida de cierta necesidad. Encararé la tarea por derecho hacia Acapulco, dentro de ciertos márgenes. El marqués de la Concordia no me ha impuesto límite exacto de tiempo, pero no debo alentar las brasas y jugar con nobleza. De momento, aproaremos al noroeste, hasta que libremos la punta de la Aguja, una distancia aproximada de... —miré en dirección al piloto.

—Unas quinientas millas, señor.

—Desde ahí, aunque nos separemos de la isla del Gallo y mucho lo sienta el joven Horcajada —sonreí hacia el joven oficial—, arrumbaremos hacia el cabo Blanco, con lo que recortaremos todo el golfo de Panamá. Este trecho debe de ser un poco mayor.

—Novecientas millas, señor —afirmaba el piloto con seguridad—. Y ya deberíamos costear una distancia ligeramente inferior a las mil millas hasta alcanzar la bahía de Acapulco.

—Más millas al petate.

—Por cierto, señor —volvía a intervenir el piloto—, que poco después de avanzar la punta de la Aguja cruzaremos la línea equinoccial hacia el norte.

—Otra muesca que pueden marcar los hombres de mar. Y, por mi parte, solamente me restará la de navegar por las aguas heladas de las Altas Californias. Bien, a partir del cabo Blanco barajaremos la costa a nuestro gusto y conveniencia, porque aumentarán las posibilidades de encontrar algún buque corsario o de transporte en beneficio de los malditos. ¿Alguna duda más?

Se hizo el silencio de forma definitiva. Y, una vez más, llegué al convencimiento de que aquellos hombres pensaban disfrutar a fondo de la navegación por las aguas occidentales de Nueva España. En verdad que tal actitud de amor por la aventura y navegar por aguas jamás surcadas había distinguido, como norma habitual y a lo largo de los siglos, a los oficiales de guerra de la Real Armada.

De nuevo comenzamos a correr millas hacia el norte, lo que parecía una costumbre impuesta al *Potrillo* desde tiempos inmemoriales. No sufrimos contratiempos de viento o mar hasta sobrepasar la punta de la Aguja, extremo occidental del continente sudamericano. Sin embargo, al acercarnos a la línea que separa el norte del sur, el soplo se fue desinflando poco a poco como un pellejo mal obturado. Sufrimos la zona de calmas durante toda una semana, con ventolinas y vagajillos de escasa monta, esos intentos en falso del dios Eolo que acaban por desesperar a tantos marineros. Y, en la parte puramente geográfica, dejábamos las islas Galápagos a demasiada distancia por el oeste, otro de mis objetivos personales.

Aproveché la ocasión para celebrar el paso de la Knea equinoccial como es tradicional en la Armada, para regusto de la dotación. Y como era norma habitual, con el contramaestre a la cabeza en el puesto de maestro de ceremonias. Disfrutamos de una jornada de divertimento en la que corrió el vino por manguera ancha. Pero pronto debimos regresar al tacho. Porque, como divina coincidencia, fue precisamente en aquella misma noche cuando

saltó el viento de nuevo a favor, ese sudeste que parecía clavado con pernos a la rosa.

Navegando casi de empopada y con rumbo cierto hacia el cabo Blanco, perfil norte del istmo americano, nos separamos poco a poco de la costa hasta quedar con la única visión de la mar y las estrellas. Porque también las nubes parecían haber pasado a otra vida. Mientras tanto, el extenso golfo de Panamá se escondía a cuatrocientas millas por nuestro costado de estribor. Y como había sido habitual en la navegación por las costas del virreinato peruano, no divisamos un solo buque en el horizonte durante las cuatro primeras jornadas, lo que me hacía dudar seriamente de aquella información sobre abundancia de transportes y buques corsarios por las aguas de Nueva España. Pero como si los cielos hubieran escuchado mis protestas y deseos, unas ochenta millas antes de recalar en el cabo Blanco o sus proximidades, que nunca se sabe a ciencia cierta cuando se navega con punto de fantasía^[97], saltó la voz del vigiador desde la cofa.

—¡Una vela, tres cuartas a estribor!

—¡Vamos, caballero, arriba!

Sentí una inmensa alegría al escuchar aquella ronca voz que cortaba la alargada rutina al cuajo. Sin pérdida de tiempo, el teniente de navío Aldana ordenaba al guardiamarina Butrón que trepara jarcia arriba con el antejo encastrado en el fajín para ampliar la información. Y pocos minutos necesitaba el caballero para gritar a pulmón.

—¡Goleta de gavias con mesanilla^[98]! ¡Diez o doce cañones de porte! ¡Navega al sudeste con medio aparejo! ¡No muestra pabellón!

—¿Ha dicho con medio aparejo? —exclamé, mientras barría con mi antejo en la dirección señalada—. Parece una condición bastante extraña. Bueno, Aldana, de momento caigamos dos o tres cuartas a estribor para cortarle la proa, hasta que comprobemos la realidad del avistamiento con nuestros ojos.

—Quedo enterado, señor —contestaba Aldana, para impartir las órdenes necesarias a continuación.

Pocos minutos después, comenzamos a avistar detalles de la goleta desde el alcázar. Y no había fallado el caballero guardiamarina en sus datos. Porque, en efecto, se trataba de una goleta de unos cien pies de eslora y las características apuntadas. En cuanto a su aparejo, disponía de mastelero con gavia y juanete solamente en el palo trinquete, mientras el mayor y el palito de mesana calzaban cangreja. Pero comprendí lo que Butrón había querido indicar al exclamar su medio aparejo. Porque no desplegaba todas sus velas al

viento, sino parte de ellas. Y tal condición podía representar un ánimo de navegar a escasa velocidad o, más posiblemente, mermas importantes en el trapo.

—Dos cuartas más a estribor, Aldana.

—Quedo enterado, señor. Parece que la goleta cae a babor, como si quisiera escapar de nosotros.

En efecto, la goleta enmendaba su proa a babor con mucha pala de timón hasta ofrecernos la popa con rapidez. Y si hubiera utilizado todo su aparejo, nos habría dejado millas atrás sin dificultades. Porque una goleta de aquellas líneas y con el aparejo completo a disposición es capaz de volar sobre las aguas. Pero como no largaba una vela más, me convencí de que aquel buque andaba desaparejado de respetos.

—Que se ice nuestro pabellón —ordené—. Esa goleta debe de padecer problemas en su aparejo o cabuyería, por suerte para nosotros. En caso contrario, solamente podríamos ofrecerle deseos de buen viaje.

—En efecto, señor —afirmaba Burdich—. No dispone de gavia ni estay de mayor. Y la mesanilla que acaban de largar aparece con el cangrejo en vuelco. Deben creernos enemigos, sin duda. Pero no parece el buque ideal para transportar armamento, ni para actuar al corso con el aparejo en tales condiciones.

—Ya veremos como se cuele la liebre.

La perseguimos durante tres horas, comprobando que la distancia disminuía a la vista. Porque el *Potrillo*, con todo su aparejo largado y navegando casi de través, salpicaba espuma con su proa. Pero la sorpresa nos alcanzó poco después, cuando el palito de popa de la goleta se tronchaba al tacón, como si hubiera sido alcanzado por una bala rasa. Su comandante o capitán debió de decidir que todo estaba perdido, por lo que facheó con rapidez sin mostrar otro ánimo.

—¡Zafarrancho y prevención para el combate! —grité con fuerza—. No me fío de esas extrañas maniobras.

—Ha debido de sufrir un combate anterior que le dejó el mesana medio rendido y otras velas fuera de cuajo —apuntó Aldana—. No parece que meta los cañones en batería para intentar ofendernos.

Cuando nos encontrábamos a una milla solamente, comprobamos que la goleta no pensaba prepararse para el combate. Por el contrario, era el momento en el que desplegabamos una pequeña bandera de la Real Armada, como si acabara de observar la nuestra. De esta forma, llegamos a su altura. Mantenía las piezas de su artillería sin preparar para abrir fuego, mientras las

nuestras aparecían con las bocas de los cañones en amenaza. Decidí no desconfiar más porque, en efecto, la goleta mostraba cicatrices en toda su estructura y parte de la cabuyería en falta. Siguiendo mis órdenes, Burdich tomó la bocina para dirigirse a su capitán cuando nos encontrábamos por su costado de estribor y a escasas varas de distancia.

—¡Reconocimiento!

—¡Goleta *Estrella* de la Real Armada!

—¡Por los cojones del sultán! —exclamé, sorprendido—. Resulta que es de las nuestros. Ignacio, pregúntale quién es su comandante.

—¿Quién la manda? —bramaba Burdich de nuevo.

—¡Alférez de fragata Melchor Quijano, por sucesión en el mando!

Un joven oficial, con el uniforme correspondiente al empleo señalado, hablaba por medio de una pequeña bocina. Le indiqué a Burdich de nuevo mis intenciones.

—¡Que pase el comandante a nuestro bordo para informar a la insignia!

—¡No disponemos de lancha o bote, señor! ¡Se encuentran fuera de servicio! —quien actuaba como comandante, que ahora observaba a distancia de abordaje, parecía un poco angustiado.

Pocos minutos después y gracias al barqueo con nuestra lancha, se presentaba ante mí en el alcázar quien se había intitulado como comandante de la goleta. El joven alférez de fragata mostraba estatura pareja a la mía y buena planta, así como nervios corridos por toda su geografía. Me pareció un poco apocado y falto de sangre en corrida, pero no dudé de él un segundo más.

—Quedo a las órdenes y respetos del señor general. Alférez de fragata Melchor Quijano, comandante de la goleta *Estrella*. No sabe qué alegría he sentido al comprobar que, en efecto, se trataba de un buque de la Real Armada.

—¿Dónde se encuentra apostado, Quijano? ¿Hacia dónde navega?

—La goleta *Estrella* se encontraba en Manila, señor, asignada como correo bajo el mando del teniente de fragata Jesús Alvarez del Castillo. Fuimos comisionados con documentos oficiales y efectos hacia el puerto de San Blas. Una larga y penosa navegación, por cierto, con vientos muy contrarios. Cuando nos disponíamos a entrar en el mencionado puerto, nos dispararon desde tierra con un par de cañones ligeros de campaña y nutrido fuego de fusilería. El comandante ordenó salir de estrepada. Poco después decidió dirigirse hacia Acapulco. Y en dicha bahía entramos sin excesivos temores, porque dos buques mostraban nuestro pabellón. Sin embargo,

cuando acabábamos de fondear, la balandra y una especie de balahuxe^[99] sacaron las piezas de artillería a través de las portas, arriaron nuestro pabellón e izaron uno desconocido que debe de ser rebelde. Se nos intimidó a rendición inmediata. Mi comandante ordenó picar el cable y largar el aparejo a salto de cabra. Los dos buques abrieron fuego contra nosotros, al tiempo que también disparábamos contra ellos. Para nuestra desgracia y debido a la muy corta distancia, barrieron nuestra cubierta desde la balandra con metralla. El comandante cayó muerto en cubierta con la primera andanada, mientras algunos hombres quedaban heridos de mayor o menor gravedad. El segundo, piloto graduado de alférez de navío Martín Cuesta, se encuentra a bordo herido de astilla en el pecho. Como tercer y único oficial disponible, tomé el mando y abandonamos la bahía a la garguera, como nos fue posible, aunque habrá podido comprobar que hemos sufrido bastantes problemas en el aparejo. Para nuestra desgracia, los dos carpinteros embarcados se encuentran heridos de cierta gravedad, así como el maestro velero. No nos cabía en suerte una desgracia más.

—¿Por qué huía de mi insignia?

—Aunque observé nuestro pabellón izado en su popa, señor, desconfiaba. Después de la anterior experiencia, no podía confiar siquiera en banderas propias. Debe perdonar...

—Nada de perdones. Actuó como debía. También yo he sufrido esa rastrera estratagema en diversas ocasiones. ¿Dispone a bordo de cirujano?

—No, señor —exhibió en su cara rastros de estupefacción, como si hubiera escuchado un imposible—. Tan sólo de un joven sangrador con escasa práctica. Ha sufrido su bautismo en estos días.

—Nuestro cirujano pasará a la goleta para intentar curar a los heridos. ¿Hacia dónde navegaba?

—Ya no fiaba una mota de estas costas, señor. Pensaba pasar a algún puerto del virreinato del Perú como me fuera posible.

—Buena decisión. ¿Cómo andan de víveres y aguada?

—Muy mal, señor. Pero todavía sin restricciones de cazo duro.

Fue muy interesante toda la información recibida del joven comandante, especialmente en cuanto a los detalles de la bahía de Acapulco. Tales condiciones demostraban que no circulaba la paz en Nueva España ni de cerca, al menos en su parte occidental. Y aunque lo dudara en principio, a causa del número de heridos y desperfectos, acabé por incorporar a la goleta bajo mi mando un auxilio que podía sernos de relevante importancia en algunos casos concretos. Mientras los enfermos eran transbordados al

Potrillo, nuestros carpinteros y veleros pasaban a su bordo, donde trabajaron durante más de cinco días. Por desgracia, el piloto graduado de alférez de navío Martín Cuesta moría al día siguiente por las heridas sufridas. Y lo lanzamos al agua en con el debido ritual. No sufrimos más pérdidas. Por el contrario, el resto de los heridos evolucionaban correctamente y no se temía por sus vidas.

Los trabajos a bordo de la goleta se desarrollaron con éxito rotundo. Y destacó la labor de don Eufemiano Alcuba, que tomara de la fragata *María Cecilia*, un profesional extraordinario. De acuerdo con sus consejos y los del contraemaestre del bergantín, decidimos desembarazarnos del pequeño mesana por completo. Pero dejamos alistados mayor y trinquete al ciento, así como su lancha, al tiempo que se repasaron los principales desperfectos en su cubierta.

Para sorpresa de todos, cuando la *Estrella* probó su renovado aparejo, demostró que bebía las aguas por delante del *Potrillo*. Sin duda, las goletas son las dueñas de las aguas, con su escasa manga y esas proas finas en lanza, capaces de morder las olas a dentelladas. Ofrecí el mando de la unidad incorporada a Ignacio Burdich, que me lo agradeció con una interminable sonrisa. Y en la misma línea, nombré a Horcajada como segundo comandante. También el joven oficial mostró alegría y orgullo en su rostro pecoso. De esta forma, la goleta disponía de tres oficiales, mínimo necesario en todo buque. Pero también le concedimos algunos hombres, entre artilleros, marineros y grumetes, momento en el que me felicité por haber trasvasado las mejores piezas de la fragata *María Cecilia* y de la corbeta *Sebastiana*.

Ahora mandaba sobre dos buques, una división en aumento. No podía ser criticado, porque todo se había desarrollado en orden de ley, al acometer decisiones que la insignia desplegada me confería. De la goleta *Estrella* no sólo debíamos tener en cuenta su facilidad de maniobra y velocidad, ideales para cooperar en operaciones de guerra con un bergantín, sino sus doce piezas, todas ellas de a 4. Las moscardas, aunque de boca pequeña, pueden morder en carne con bastante daño en el momento oportuno. Por fin, una semana después del avistamiento, continuamos la navegación para recalar en el cabo Blanco. La goleta seguía aguas por nuestra popa con libertad de movimientos. Pero las noticias sobre Acapulco transitaban por mi cabeza sin descanso. Y por todos los cristos que pensaba dar un escarmiento a esa pandilla de bellacos enfundados en un pabellón sin patria ni legalidad.

* * *

Recalamos en cabo Blanco con escaso error, una norma más que habitual en la conducta profesional de don Faustino. A continuación progresamos por la costa con rumbos del último cuadrante, en busca de otras unidades mercantes o corsarias. Pero de nuevo regresamos a la penosa normalidad de no avistar un solo buque en todo el horizonte, ni un mísero pesquero o falucho de perlas. En tales condiciones, cuando nos encontrábamos a poco más de cien millas de la rada de Acapulco, abrí proa mar afuera para entrar en la bahía sin posibles reconocimientos previos de costa por parte de los rebeldes. Había llegado el momento de aclarar movimientos futuros. Por tal razón, llamé a los oficiales de la *Estrella* a mi bordo para llevar a cabo consejo general, mientras ambos buques facheaban bajo un viento sur de escasa alzada. Una vez todos a mi alrededor en la cámara, les dirigí la palabra confiado en nuestras posibilidades.

—Bien, señores, como ya saben, nos encontramos a unas sesenta millas a poniente de la bahía de Acapulco. Y si no han cambiado mucho las condiciones desde que la goleta *Estrella* fuera atacada en su interior, pretendo entrar en esas aguas con fuego en los ojos. Parece ser que no han de preocuparnos las baterías instaladas en el fuerte de San Diego. Posiblemente, no cuenten los rebeldes con suficiente personal artillero. Estimo que su presencia debe de ser inestable y dependiente de que se sufran ataques por parte de las fuerzas del virrey. Se trata más bien, en mi opinión, de una posesión puramente naval, con escasa presencia de tropas en tierra. Por tal razón, es posible que se encuentren en su interior un número indeterminado de buques rebeldes, así como otros dedicados al comercio. Y acabar con el mayor número de ellos es nuestra específica misión, como nos ha sido solicitado por el virrey de Nueva España. Debemos mostrar nuestro pabellón a la cara y con hechos de armas. Que los corsarios rebeldes comprendan, de una vez por todas y al fuego, que no podrán actuar con impunidad por estas aguas a partir de ahora.

El silencio se palpaba con las manos, al tiempo que, de forma instintiva, las cabezas asentían en muda aprobación. Para no quebrar la norma, continué con algunos apuntes históricos.

—Acapulco ha sido, desde los primeros años de la conquista, la bahía más importante de la costa occidental de Nueva España, bautizada inicialmente por nuestros navegantes como bahía de Santa Lucía. Especialmente, antes de que se comenzara a fondo la conquista de las Californias. Fue el momento en el que San Blas pasó a ser la cabecera del departamento marítimo y centro regulador de hombres y unidades que debían progresar hacia el norte. Pero

esto tuvo lugar bien entrado el siglo XVIII, siguiendo la estela de los jesuítas primero, y de franciscanos y dominicos después, una vez expulsados los hijos de San Ignacio. Con anterioridad, Acapulco había merecido de forma preponderante la atención española. Y no me refiero solamente a que supusiera el enlace con las islas Filipinas. En 1532 partió de esta bahía la expedición de Hurtado de Mendoza con objeto de descubrir las islas del mar del Sur y reconocer la costa occidental de Nueva España. Siete años más tarde se organizó una nueva campaña.

Compuesta por los navíos *Santa Agueda*, *Santo Tomas* y *Trinidad*, bajo el mando de Francisco de Ulloa, debía conquistar Cíbola y Quibiria. En 1540 abandonaron la bahía los buques *San Pedro* y *Santa Catalina*. En esta expedición, bajo el mando de Hernando de Alarcón, navegaba el famoso piloto Domingo del Castillo, a quien debemos la carta geográfica más antigua en la que aparecen las costas occidentales de Nueva España.

—¿No pasó por aquí Urdaneta, señor? —preguntó Horcajada con interés.

—En efecto, aunque tan importante circunstancia tuvo lugar en 1565. Precisamente don Andrés de Urdaneta, hombre de mar y religioso agustino, fue el descubridor de la «vuelta de poniente» y autor de la carta de navegación para conseguir el comercio con las islas Filipinas. En realidad, fue el primero que enseñó a navegar por este mar del Sur infinito, especialmente el tornaviaje desde las Filipinas. A partir de entonces, aquí se centraron las expediciones para continuar con la conquista de la California, infectada de diferentes razas de indios belicosos y guerreros. Y a mediados del siglo XVII, en Acapulco se instalaba la primera aduana de Nueva España para evitar el contrabando que generaba el crecido impuesto que sufrían las mercaderías de China. De esta forma, al mismo tiempo que San Blas tomaba preponderancia militar y se convertía en centro de campañas de descubrimiento hacia el norte, llegando hasta las aguas frías^[100], Acapulco quedaba en un plano puramente comercial, pero de extrema importancia.

—Parece que se convirtió en el puerto de conexión con el comercio filipino, señor —dijo don Faustino.

—No sólo filipino, sino asiático en su conjunto —recalqué con énfasis—. De esta forma y durante dos meses al año, Acapulco se convertía en el puerto comercial más activo y de mayor importancia de toda Nueva España, incluso superando al de Veracruz. La población de la ciudad se triplicaba cuando llegaban los buques cargados de mercancías procedentes de Filipinas, China, Japón y Ceylán. En correspondencia comercial, desde este puerto se enviaban a Manila mercaderías procedentes de España y de Nueva España, pero

especialmente plata en barras o monedas. Deben tener en cuenta que el dólar de plata mexicano se convirtió durante bastantes años en la moneda oficial de la costa china.

Miré a mis hombres. Aunque interesados normalmente en los retazos históricos que les ofrecía, ahora esperaban con mayor impaciencia las noticias sobre la nueva acción de guerra que pensábamos acometer.

—Bien, basta ya de historia por hoy. Nos achuchan otros elementos más importantes. Para facilitar nuestra tarea, el piloto ha preparado con sus manos una carta de la bahía que pueden observar en el trípode para que comprendamos bien sus características. Adelante, don Faustino.

—Con su permiso, señor. La bahía de Acapulco es de muy generosas proporciones, capaz de albergar en sus aguas cientos de buques. Como pueden observar —señalaba con un puntero—, justo en su puerta aparece la isla Roqueta, también llamada Grifo. Esta isla conforma dos posibles entradas. Por el norte aparece la Boca Chica, con un cuarto de milla de anchura en su parte más angosta. Entre la orilla oriental de la Roqueta y Punta Bruja, pinza meridional de la bahía en el continente, se ofrece un generoso canal con milla y media de anchura. Los buques suelen fondear tendidos al sudeste para evitar los vientos predominantes, en fondos de cuatro a ocho brazas de profundidad. Aunque podríamos tomar ambas entradas, estimo como más adecuada la Bocana, si pensamos en la situación de los posibles buques enemigos, expuesta por el alférez de fragata Quijano.

—También aquí podemos hablar de terremotos, porque se sufrió uno de gran importancia en 1799 que puede afectarnos —intervine de nuevo—. Lo digo porque supongo que el fuerte de San Diego quedaría destrozado allí donde se instalaban las baterías de defensa. Y aunque se reedificara la ciudad con rapidez, me cuesta creer que en los últimos años haya sido convenientemente reparado el fuerte. Pero les repito que no me preocupan las baterías de tierra. El punto más importante para abordar la empresa y no sufrir desagradables sorpresas es la necesidad de información.

Callaron todos, como si no hubiesen entendido mis últimas palabras. Intenté explicarme.

—Veamos, Quijano, su goleta fue atacada por una balandra y un balajú, algo que extraña porque esos tipos de buques son más propios del mar de las Antillas. ¿Puede concretar con algún detalle más esa información?

—Bueno, señor, la unidad más importante era la balandra. No me refiero a esas unidades de cabotaje mercante de escaso porte, sino de una balandra parecida a las nuestras de guerra. Calculo que a su bordo disponían de un

centenar de hombres, como mínimo, y de 16 a 20 piezas. Y alguna de ellas debía de ser carroñada de a 12, por el destrozo ocasionado. En cuanto al balajú, y como tal lo certifico porque aparentaba una goleta un poco más panzuda y de escaso calado, aparecía armado con ocho cañones de escaso calibre.

—¿No se encontraban más buques en la bahía?

—Sí, señor. En principio me refería solamente a los que nos atacaron. Del resto, unas ocho o nueve unidades, se trataba de paquebotes, goletas, un místico y un par de tartanas o similares. Solamente dos de ellas mostraban el pabellón de los nuevos estados americanos del norte. Pero todas se mantuvieron en situación de fondeo, sin tomar previsiones de combate. Pudo ser por estimar que con la balandra era suficiente, o porque se dedicaran al comercio sin decantarse por bando alguno.

—Bien. En ese caso, la balandra debe ser nuestro objetivo principal. Pero sería muy beneficioso concretar con seguridad que la situación se mantiene en las mismas cuerdas. Por eso me refería a la necesidad de información para arriesgar lo menos posible.

Quedé en silencio con pensamientos cruzados, aunque ya hubiera trazado un plan inicial en mi cerebro. Y me decidí a exponerlo sin pérdida de tiempo.

—Nos acercaremos hacia la bahía de Acapulco para fachear a suficiente distancia, sin que puedan reconocernos. Cuando oscurezca, daremos al agua la lancha del *Potrillo*, en la que embarcará el alférez de fragata Quijano con algunos hombres de toda confianza. Sois el más indicado para comprobar si han cambiado las condiciones donde nos jugaremos los bigotes —me dirigía en confianza al joven oficial, que volvía a mostrar demasiados nervios—. Daréis la vela y arrumbaréis para entrar en la bahía bien pegado al sur. Podemos establecer con toda seguridad que no aparecerá bote de ronda ni vigilancia especial, dada la situación que en sus aguas se vive. Entre las últimas luces del día y las primeras del alba, tomaréis nota detallada de los buques presentes en la bahía, sin olvidar sus características principales. Y regresará en cuanto estime que dispone en la bolsa de la necesaria información. ¿De acuerdo?

—Por supuesto, señor.

—Si la situación es parecida a la que nos ha expuesto, o con suficientes posibilidades de éxito, con las primeras luces, casi en tinieblas, entraremos *Potrillo* y *Estrella* a la bahía. Nos dirigiremos por derecho hacia la balandra. Como pueden imaginar, fuego de manta y a romper cuernos, seguido de abordaje. Si fuera posible, me gustaría tomarla en presa. Los rebeldes, con

mucho bastardo a sueldo y escaso ardor guerrero, suelen rendir hasta el alma si ven peligrar sus bigotes. Si el balajú decide entrar en solfa también, le daremos la leña merecida, aunque espero haber decidido el combate con la balandra con anterioridad. ¿Alguna duda?

—Si piensa apresar la balandra, en el caso de que se den las circunstancias favorables, señor —intervenía Burdich—, no será fácil marinarla con tan escasos hombres. Deberíamos decidir de antemano la posible dotación de presa.

—En efecto, y le encomiendo dicha tarea en conjunción con el teniente de navío Aldana a la mayor brevedad. No obstante y como las almas cambian de patriotismo cuando se les ofrece un mosquete apuntado al pecho, podremos tomar bastantes de sus hombres de forma voluntaria o un tanto forzosa. Ya conoce la canción marinera: trabajo a bordo o bala en la barriga.

—Muy bien, señor.

—En ese caso, no perdamos tiempo. Aldana, haga proa hacia la bahía de Acapulco con todo el aparejo. Intentemos no perder una jornada más. Podemos llegar con tiempo suficiente para que se prepare la lancha y lleve a cabo su trabajo. Quijano, hable con el comandante del *Potrillo* y escoja los mejores hombres para marinar la lancha. No olvide que su trabajo será imprescindible para el resultado final.

—Quedo enterado, señor general.

—Ignacio.

—Mande, señor.

—Si las condiciones se mantuvieran de forma aproximada a las que nos ha expuesto Quijano, es mi intención que la goleta bajo su mando entre al abordaje de la balandra. Pero cuando ya el *Potrillo* haya disparado las primeras andanadas y tomado posición a su costado. Así les dolerá más a esos cabrones, al estimar que se mueven entre dos fuegos. Si conseguimos que se rinda, dotación de presa al timón y proa hacia fuera con rapidez.

—Quedo enterado, señor. Si no aparecen muchos buques en apoyo, la tomaremos.

—Ya veremos lo que nos cuenta Quijano tras su misión nocturna. Pero no creo que haya variado mucho la situación en tan escasos días.

Aunque en aquellos momentos dudaba de Quijano y su necesario ardor guerrero, no me quedaba más remedio que abordar la operación con las cañas a la mano. Pensé que la responsabilidad le daría fuerzas supletorias para llevar a buen fin su importante misión. Y sin más galanteos, el *Potrillo* hizo proa hacia la bahía de Acapulco con buen andar, seguido a escasas varas por la

goleta *Estrella*. El general Apodaca deseaba una demostración de fuerza en aquellas costas, y Acapulco era su puerto principal. Por tal razón, estaba dispuesto a cumplir la misión impuesta sin dudarlo, aunque corriera la sangre a espuestas.

21. Acapulco

Comenzaban a caer las luces al tiento, con racimo de estratos sonrosados en faja, cuando divisamos la isla Roquetas por nuestra proa en la distancia. Y casi a continuación, a babor y en unión de formas, la línea sinuosa de la costa con la Boca Chica prendida en la imaginación. Se abría poco a poco una nueva empresa en mi carrera, todavía con demasiados interrogantes en su cresta. Por mi cabeza manejaba demasiadas posibilidades, que no podría embalsar en forma hasta conocer más a fondo la situación real que se nos presentaría en la bahía de Acapulco.

La lancha del Potrillo se encontraba alistada para la tarea encomendada desde una hora atrás. Según el viento fresquito del sudoeste, todavía en suspiros de duda y con una mar cuajada en plata, calculamos con el máximo detalle el tiempo que necesitaría la embarcación para alcanzar la bahía. Debía llegar a ella con luz suficiente, pero también con la oscuridad necesaria para conseguir el mejor desarrollo de su misión. Ofrecí al alférez de fragata Quijano las últimas instrucciones, recomendaciones repetidas de última hora sin ningún detalle nuevo. Y quedé mejorado de ánimo al comprobar por primera vez rastros de firme decisión en su aniñada cara.

Por fin, la lancha se desabarloó de nuestro costado para encarar la empresa de la que tanto dependíamos. Siguiendo mis indicaciones, los ocho hombres a bordo vestían ropas aderezadas en tintes de miseria, un intento de simular una dotación de pescadores de falucho, difícil tarea por la falta de elementos propios a bordo. No obstante, se consideraba ideal que no fuesen avistados y preguntados por algún elemento de control en la bahía, en caso de que existiese. Alcanzar la costa, pasear por sus aguas con indolencia y partir a la mayor velocidad con la información en la capota. Una misión fácil de exponer en la que, por desgracia, podían aparecer mil y una novedades negras imposibles de prever.

Cuando la lancha izaba la vela latina y partía hacia su destino, volví a preguntarme si había obrado con acierto. Es indudable que con información precisa sobre buques y situación de fondeos, nuestras acciones podrían ser programadas con mayor precisión y posibilidades de éxito. Sin embargo, debo reconocer que no estaba seguro de cómo reaccionaría el alférez de fragata Quijano ante un momento difícil o arriesgado. Se trataba, sin duda, de la persona adecuada para la peligrosa misión, una vez al tanto del escenario trabado en aquellas aguas pocos días atrás. Pero el duende me runruneaba en el cerebro a la contra, con el consiguiente desasosiego. Intenté apartar las bolas de duelo abiertas en la cabeza. Después de todo, la suerte estaba cortada y servida a la mesa sin posible enmienda. Más valía aferrar los nervios y esperar unas horas que, estaba seguro, se alargaría por mis higadillos como maroma vieja de aconchadero.

Burdich había transbordado al *Potrillo*, mientras Horcajada quedaba a cargo de la goleta *Estrella*, en facha y a escasas varas de distancia. Deseaba que se encontrara a bordo cuando regresara Quijano. Deberíamos concretar con detalle los aspectos principales de la acción que sería necesario acometer pocas horas después. Nos manteníamos en silencio mientras la lancha se alejaba lentamente. Y el viento tontoneaba tanto en fuerza y dirección, que pude observar cómo Quijano ordenaba el auxilio de un remo para mantener la proa. Aldana y Burdich se mantenían a mi lado en el alcázar con la mirada prendida en esos pocos hombres que se arriesgaban en una peligrosa misión. Y como mi mayor general, ahora comandante de la goleta, me conocía a fondo, sus palabras sonaron a concierto.

—No se preocupe, señor, Quijano cumplirá con su deber al punto y sin mayores problemas. Parece demasiado nervioso y apocado, sin duda, pero creo que se trata de un buen oficial y con el valor necesario.

—No puedo alejar de mi cabeza algunos pensamientos demasiado grises. La verdad es que continúo dudando de haber elegido convenientemente. Pero no encontraba una solución mejor.

—En pocas horas se encontrará de regreso a nuestra banda, señor —afirmaba ahora Aldana con seguridad—. Si una condición es habitual en ese mundo rebelde, con mercenarios a bordo y en las filas de tropa, es la falta del necesario rigor y adopción de las medidas que una situación de guerra impone las veinticuatro horas del día. Los hombres de tierra se encontrarán durmiendo a pierna suelta, mientras la vigilancia a bordo de los buques se reducirá a una mínima expresión. No creo que Quijano sufra problemas para

cumplir su misión. Y si conseguimos entrarles a fuego cuando se encuentren con el crepúsculo en subida, podremos machacarlos.

—También pensaba en ese importante detalle. Si la lancha regresa con las primeras luces del alba, deberemos esperar una jornada completa para alcanzar esa situación que expone.

—Estoy de acuerdo al ciento con Aldana, señor —insistía Burdich—. Cuando recojamos la lancha, deberíamos alejarnos algunas millas de la costa. No sería conveniente que podamos ser reconocidos por algún falucho que navegue de regreso a la bahía. Y, por supuesto, entrar con badana de fuego en el crepúsculo matutino de la siguiente jornada. Un día de espera es mala condición para el cuerpo cuando se atisba jornada de sangre, pero necesaria.

—Muestro mi acuerdo con sus opiniones, señores. Ahora solamente debemos esperar el regreso de Quijano y largar unos rezos a la Patrona para que lo ampare en suerte y todo corra por la vereda buena.

—Todo saldrá a pedir de boca, señor.

Aunque lo intenté, no pude conciliar el sueño ni un solo minuto. Con la carta de la bahía de Acapulco sobre la mesa de mi cámara, estudié todas las posibilidades abiertas a la banda, que no eran pocas. Y aunque en el Consejo hubiera aquietado temores, asegurando que los cañones del fuerte de San Diego no llegarían a entrar en función, no las tenía todas a favor. Una vez en el cuerpo a cuerpo, quedaba clara la eliminación del peligro que podían suponer las baterías de tierra. Pero en el momento de la retirada mar adentro y con las siluetas de nuestros buques por libre, podían presentarse los clavos al rojo.

Durante las primeras horas de la noche, nos alejamos millas afuera. Para tranquilidad general, no avistamos, entre las luces que ofrecía una luna al disco gordo, ni una mísera chalupa por el horizonte. Tranquilidad absoluta de cielos y aguas. El *Potrillo* se mecía con gozosa indolencia entre una mar con ligeras cabrillas, mientras el viento, regresado una vez más al sur con pereza, se achantaba al ras. Y cuando ya por levante comenzaban a señalarse colores apagados, progresamos en dirección contraria con demasiada lentitud, para encontrarnos en la situación prevista en el momento del crepúsculo.

Una larga espera llegaba a su fin, o así debería ser. Porque, una vez en la situación calculada para el reencuentro, con cierto retraso por nuestra parte, nada aparecía por el horizonte. Y mientras pensaba que la angustia podría alargarse en demasía, la voz ronca del alférez de navío Quesada, de guardia en cubierta, tranquilizó mi alma.

—El vigiador ha avistado lo que puede ser nuestra lancha, señor. Se le había ordenado que no gritara el avistamiento si...

—Conozco las instrucciones, Quesada. ¿En qué dirección la ha avistado?
—pregunté al tiro.

—Por la amura de estribor, señor.

Con el anteojo en las manos barrí el horizonte en la dirección señalada. Alargados segundos, sin el premio como respuesta. Volví a escuchar la voz del oficial en un apagado susurro.

—Allí aparece, señor —Quesada apuntaba con su mano—. Ahora se encuentra casi por el través.

Por fin, en el círculo del largomira pude observar una vela latina sobre una pequeña embarcación. Se trataba de nuestra lancha, sin duda. Una sensación de alivio recorrió mi cuerpo de cabeza a talón, mientras Aldana también afirmaba:

—Ya le dije, señor, que Quijano regresaría sin novedad.

—Una vez cobrada la perdiz, todos la han disparado. No cante victoria hasta haber recogido la pieza, Aldana. Escuchemos lo que ese joven ha de comunicarnos.

Dos horas después, con el sol en el horizonte, la lancha se amarraba al tangón de estribor del *Potrillo*. Y al observar el rostro de felicidad en Quijano, tuve la certeza de que su misión se remataba con éxito. Una vez a bordo, se dirigió hacia mí con rapidez.

—Sin novedad en la misión encomendada, señor. Dispongo de toda la información necesaria.

Al comprobar que a mi lado se encontraban Aldana y Burdich, le urgí con ansiedad:

—Pues ándele con detalle.

—Antes, señor, desearía presentarle al teniente de artillería del Ejército, Manuel Pomares.

Como salido de la oscuridad en inesperada sorpresa, junto a Quijano se mostraba un mocetón moreno, de elevada estatura y gran fortaleza física. Vestía lo que podríamos denominar como restos maltrechos de un uniforme, aunque algunos distintivos permitieran conjeturar todavía sobre su procedencia.

—Quedo a las órdenes del señor general. Teniente de artillería Manuel Pomares, oficial del fuerte de San Diego hasta hace cinco días.

—Mucho gusto en conocerle, teniente. Pero no comprendo bien. ¿Ha dicho que se encontraba en el fuerte hasta hace cinco días?

—En efecto, señor. Cuando el coronel Dampiesa murió a causa de la fiebre dos meses atrás, tomó el mando el capitán Pastrana. Solamente disponíamos de una treintena de hombres, más de la mitad pertenecientes a las milicias de Monterey. Habíamos sido atacados de forma intermitente durante varias semanas por columnas rebeldes sueltas. Como no empleaban un plan prefijado ni armamento pesado, resultaba fácil repelerlos. Por desgracia, la ponzoña se cebó dentro de nosotros. Un teniente, amigo y compañero, había sido captado a favor de los rebeldes por unas pocas monedas o generosas promesas de futuro. Ese maldito criollo, que había jurado defender nuestro pabellón, entregó el fuerte al enemigo durante la noche. Cuando se dio la alarma, ya se encontraban dentro demasiados hombres. Nada pude hacer sino luchar sable en mano a la desesperada. El capitán Pastrana murió en la refriega tras sufrir una profunda herida en la cabeza. Por fortuna, al verme perdido y con la ayuda de algunos de los soldados más fieles, conseguí clavar hasta el último de los cañones. Al menos, conseguí joderles bien el futuro.

—¿Clavó todos los cañones? —Un sentimiento de plena felicidad se instaló en mi pecho con oleadas de dulces colores—. Benditos sean Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. Precisamente, hace muy pocas horas que todavía pensaba en el peligro que podrían representar esas piezas sobre nosotros.

—Puede rechazar esas preocupaciones de plano, al menos en estos días, señor. No disponen de artillería adecuada para instalar en el fuerte, ni artilleros eficientes. Además, no quedaba en el fortín ni una sola onza de pólvora a disposición. Por desgracia, obligarán a los rendidos a servir en sus filas, siguiendo su habitual costumbre. Pero nuestras fuerzas recuperarán ese baluarte antes de que les sea posible hacerlo efectivo.

—¿Y cómo aparece a bordo de la lancha?

—Por fortuna, señor, pude escapar del fuerte en la noche. Camuflado como pude, deambulé por las afueras de la ciudad. Solicitaba comida y bebida allí donde estimaba presencia de gente de buen corazón. Por fin, me escondí en una choza de redes cerca de la punta Perdiguera. En dicha situación he aguantado dos días eternos, tomando de la mar lo que podía para mi sustento durante el anochecer. Pero me mantenía atento a la presencia de algún buque pesquero. Suelen ser gente honrada. Pensaba pagarles para que me condujeran hacia algún puerto del sur. Cuando observé la lancha, por embarcación pesquera la estimé. Con gran esfuerzo, por la debilidad que nos produce el hambre, a nado me dirigí hacia ella. No puede imaginar la felicidad que supuso saber que se trataba de la lancha de un bergantín de la Real Armada.

Sentí ganas de llorar. Y como ya el alférez de fragata Quijano me ha expuesto sus planes para el ataque, puede contar con mi auxilio, señor, tanto de información como personal para el combate.

—Le agradezco su ofrecimiento, teniente. Y en ese caso, le invito al Consejo que voy a mantener a continuación con los comandantes del bergantín *Potrillo* y de la goleta *Estrella*, así como el piloto de la mayoría. Debemos decidir con rapidez cómo y cuándo hemos de atacar, si lo consideramos misión posible con las informaciones que nos suministre Quijano.

—Lo será, señor —el teniente se excitaba ante la posibilidad de entrar en fuegos, como si deseara una rápida venganza—. Esos malditos son carne de cañón y con escaso valor en la sangre. Bueno, no puedo gritar mucho en tal sentido, porque nos arrebataron el fuerte, aunque fuera con malas e innobles artes. Debe tener en cuenta que las dotaciones de los buques rebeldes son extranjeras en su mayor parte, un ramillete de bucaneros bigardos y sacamantecas que saldrán a la carrera llana al primer disparo.

—Dios le oiga. Vamos, no perdamos tiempo.

Barbate organizó mi cámara con diligencia y rapidez para que los cinco acompañantes pudieran acomodarse con cierto desahogo. Y mientras servían vino, al teniente se le entregaban algunas tajadas de cecina y queso que devoraba por derecho y revés con ansia infinita. Todos lo mirábamos ensimismados al contemplar la expresión del hambre en su más pura realidad. Acabó por comprenderlo e intentó una excusa, atropellado con el alimento en su boca.

—Debe perdonarme, señor, pero...

—No tiene por qué excusarse, teniente. Cinco días sin casi nada que echarse a la boca, dañan el cuerpo tanto como una bala mosquetera al rojo. Coma mientras acabamos de preparar los elementos. Después del consejo podrá tomar otros alimentos, si le resta apetito.

La carta de la bahía de Acapulco se encontraba expuesta sobre la mesa una vez más. Esperaba, un tanto impaciente, que tanto Quijano como Pomares me expusieran la realidad de la situación. Y al comprobar que el joven oficial reaccionaba con excesiva parsimonia, le urgí con decisión:

—Vamos, Quijano, informe sin pérdida de tiempo si, como espero, ha podido observar la situación.

—Lo observé todo y con el máximo detalle, señor —ahora ofrecía rasgos de triunfo en su rostro, como si él solo hubiera arrasado a las unidades enemigas—. Me paseé por la bahía de norte a sur como galán de noche, sin

ser molestado por nadie en ningún momento. Esos malditos debían de dormir como marmotas. Y, en principio, debo exponerle que poco ha variado la situación desde que abandoné esta bahía. Como unidades armadas se mantienen la balandra y esa especie de goleta o balajú un tanto extraño. Se encontraban otros cinco buques en la bahía. Cuatro de ellos mercantes, con toda seguridad, y escasamente artillados. Tan solo el quinto, un lugre^[101] o unidad similar, parece armado en exceso para su cometido particular, aunque no podría asegurarlo.

—No cesa de sorprenderme, Quijano. Si ya la presencia de un balahuxe en estas aguas es anormalmente extraña, la del lugre también suena a sinrazón. No creo que se construyan cascos a tingladillo por estas riberas. Pero, bueno, vayamos por partes. ¿Dónde se sitúa la balandra, como elemento más peligroso? ¿Observó su armamento con algún detalle? ¿Y su dotación?

—Como ya le dije, se trata de una poderosa balandra con pocos años a la espalda, casco y aparejo en dulce, y un porte de 18 cañones. Una unidad de guerra excelente. En cuanto a su armamento, dispone de dos peligrosas carroñadas por banda de mediano calibre, instaladas en la toldilla. El resto de su artillería la componen dos piezas de a 12 emplazadas en caza, mientras el resto las estimo de a 6. Parece andar un poco desparejada de calibres. Debe de haber sido armada con restos de otros buques o compras diversas. Se encuentra fondeada exactamente aquí —señalaba en la carta una posición al sudeste de la bahía, separada de la costa media milla larga—. Es la que se muestra más hacia fuera de la bahía, como si quisiera officiar como buque responsable de la estación.

—Por las barbas de Neptuno, que tal situación se acomoda al ciento a nuestros planes —recité en voz baja, mientras mis pensamientos volaban en diferentes direcciones.

—Eso pensé, señor. Porque el balajú se encuentra fondeado más hacia al centro de la bahía y más pegado a la costa —volvía a señalar con la mano sobre la carta—, con lo que le costará bastante tiempo levar el ancla y acudir en socorro rápido de la capitana, si la balandra officia como tal. Dispone de ocho piezas de a 4. En cuanto al lugre, comprendo su extrañeza que es la mía, pero le juro que está construido a tingladillo. Su porte de diez cañones, también con piezas de a 4, o así lo estimo porque a este no pude acercarme lo suficiente. Y se encuentra a escasas varas del balajú, a poniente.

—¿Sus dotaciones?

—En ese apartado poco puedo aclarar, y mucho lo siento, señor. Pero no se veía una maldita alma en cubierta, salvo algún bulto medio dormido. Pero

ya he hablado con el teniente Pomares sobre el tema y puede informar de ese particular aspecto con mayor precisión.

Todos dirigimos la mirada hacia el artillero, que tragaba con la ayuda del vino en rápido trasiego. Se aclaró la voz antes de comenzar.

—He estado observando esas unidades con mi catalejo durante muchos días, señor. Y con llamas en la barriga, al no poder hacer fuego contra ellos por no disponer de pólvora. La balandra, en efecto, es su unidad más importante. Y demostró acierto en el combate contra la goleta *Estrella*, al que asistí como mudo espectador. No son malos sus artilleros, aunque sí un poco lentos. Su dotación debe ser de cien hombres o poco más. Eso que llaman balajú debe de incorporar poco menos de cincuenta hombres, al igual que ese otro buque extraño de tres palos que denominan lugre. Pero si le entran a la balandra con decisión y el factor sorpresa añadido, no creo que aguanten mucho.

Se hizo el silencio por primera vez, como si cada uno se centrara en sus propios pensamientos. Pero ya la luz se hacía en mi cerebro con rapidez y podía imaginar las futuras escenas en la bahía.

—Bien, señores, creo que el plan se nos ofrece con guindas rojas y las mejores posibilidades que podíamos imaginar. Calcularemos el tiempo necesario para entrar en la bahía con las primeras luces, con lo que esa pandilla de culebrones se encontrará en los brazos de Morfeo. Haremos por la balandra por derecho y sin perder un segundo. Como a causa del borneo se encontrará aproada hacia el norte o nordeste, le entraremos a besar por su popa. Pretendo ofrecer una andanada con las carroñadas a metralla y escasa distancia, seguida por el inmediato abordaje con los huevos en alza. Pocos segundos antes de que comencemos a pasar a la balandra con gritos, fuego en los ojos, pistolas y chuzos en la mano, la goleta disparará su artillería de estribor, cargada de metralla, contra la balandra. Deberá pasar el mayor número de piezas a dicha banda, Burdich, y coordinar bien el momento. Le repito que debe hacer fuego justo antes de que la abordemos, no vaya a joder la ración por ferias.

—Quedo enterado, señor. Entiendo que después de mi andanada entraré también al abordaje.

—Por supuesto. No hay factor más desmoralizador para una dotación que sufrir un nuevo abordaje a la banda contraria cuando ya luchas por una. Como les dije ayer, es mi clara y decidida intención apoderarme de la balandra. Y me reafirmo en dicha idea más todavía al escuchar los detalles de Quijano sobre sus cualidades. De esta forma, quiero los fuegos con respeto máximo a

los palos y aparejo. Metralla contra la cubierta para causar el mayor número posible de bajas con el apoyo de los fusileros a fuego de ritmo máximo.

—¿Y los ocho cañones de a 8, señor?

—A tan corta distancia, podrían dañar en exceso a la balandra y complicar su posterior navegación, aunque se carguen de metralla. No estimen que desee apresarla solamente por el botín que supone, aunque no sea de desestimar una nueva unidad para nuestra depauperada Armada. Recuerden que un apresamiento se traduce en la mayor desmoralización posible para los rebeldes, que mucho habrán invertido en ella. Además, debe de ser su principal unidad en estas aguas. Soy consciente de que arriesgaremos mucho con el abordaje porque enfrentamos a una dotación muy numerosa, pero las condiciones son ideales a nuestro favor. El efecto sorpresa y salir de sueños con disparos junto a la oreja disminuyen en mucho el ardor guerrero, pueden estar seguros. Además, tengo cierta experiencia en la lucha contra los rebeldes. Espero que se repitan los moldes, como cuando atacamos tres buques bonaerenses en el Paraná con escasa fuerza a disposición. Saltaron por la borda en cuanto comenzamos el abordaje de sangre. No olviden que se trata de gentes que, en su mayor parte, combaten por la mesada y sin ideal patrio.

—¿Y las otras dos unidades rebeldes? —preguntó Aldana con rapidez.

—No dispondrán de tiempo suficiente para apoyar a la balandra. Eso espero, al menos. Mientras levantan o pican los cables y hacen por ella, puede haberse resuelto el ataque si, como dice el teniente, esos jenízaros del demonio no ofrecen mucho valor en copas y la situación se decanta a nuestro favor con rapidez. Una vez rematado el problema de la balandra, sobre la marcha decidiremos el rumbo a seguir contra los otros dos. Si se trata de unidades sin demasiadas prendas, y teniendo en cuenta que no disponemos de suficientes hombres para marinar tanto buque, las dejaremos en llamas.

Nuevo silencio. Pero los rostros de aquellos hombres ofrecían la mayor afirmación que podía solicitar a mis planes. Me dirigí a Pomares.

—Teniente, ¿qué oposición podemos esperar desde tierra? ¿Algún cañón de campaña?

—En tierra disponen de algunas secciones. Pero la situación varía día a día. Ahora mismo deben de contar con menos de cincuenta hombres que se encuentran acuartelados en lo que llamaban como edificio de la Sanidad. Y, por suerte para nuestra empresa, se encuentra situado al norte. Les costará tiempo despertar, entrever la situación y llegar. En cuanto a la posible artillería, disponían de dos cañones de pequeño calibre, muy poca cosa. Y si

dispara una carroñada cebada con metralla contra ellos, saldrán de estampida en las cuatro direcciones.

—Por la salud de mi alma, que mucho me alegro de escuchar esas palabras. Bueno, creo que la operación se nos abre con claras opciones de triunfo. Ignacio, atento a mis señales si fuese necesario. Utilizaremos el código reducido que preparamos para la división en La Habana.

—De acuerdo, señor.

—Si puede asignarme cualquier tarea, señor, me ofrezco voluntario — exclamaba el capitán con decisión—. Aunque sea dirigir el fuego de alguna pieza.

—Se lo agradezco. Pero lo prefiero a mi lado, sable en mano para el abordaje.

—Eso me atrae más todavía, señor —se le iluminó el rostro, como si hubiera recibido la mejor de las noticias—. Será una extraordinaria experiencia entrar por primera vez en un combate naval y con abordaje incluido.

—No suele ser prenda de gusto. Es probable que corra mucha sangre en la ocasión.

—Puede estar seguro de que no será la nuestra, señor general.

—¿Alguna indicación, don Faustino?

—Bueno, señor, las zonas peligrosas no se encuentran en la derrota trazada. Pero si nos movemos mucho por la bahía, ya se las indicaré en cada momento. Solamente es de preocupar la costa del sur, cerca de la Perdiguera, donde aparecen algunas piedras de corte. Pero a muy escasa distancia de la ribera.

—De acuerdo, señores. Pues esto es todo. Arrumbaremos hacia la bahía en cuanto expire el día. Prefiero que nos sobre tiempo y fachear a escasa distancia, que no poder encarar la empresa con rebajas de este viento tontón. El *Potrillo* aproará hacia la balandra, con la *Estrella* pegada a nuestra popa, de forma que la haga poco visible a alguna mirada indiscreta. A unas cincuenta varas del objetivo, nos abriremos. Mientras tomo su banda de babor, la goleta forzará hacia la contraria con un poco de retraso. Y ya los cielos decidirán la ronda. Pero nuestra Patrona se encuentra a favor y no podemos salir derrotados. Señores, brindemos en adelante por la victoria.

Elevé mi copa para apurar su contenido, acción imitada por todos. En la cámara se dejaba sentir el rumor de los próximos cañonazos y de los gritos de los que caerían heridos en penoso adelanto, o así los presentía en mi cerebro con detalle. Aquellos hombres sentados a mi alrededor mostraban rostros

exaltados, deseos de enfrentar al enemigo y ansias de triunfo. Con aquellas almas a mi lado, no podrían derrotarnos. Me sentí pleno de felicidad, como si anticipara el éxito de nuestras armas.

* * *

A medianoche, ordené cazar escotas y bracear en conveniencia para arribar lo necesario y comenzar la derrota marcada hacia la bahía de Acapulco, de acuerdo con el punto obtenido por don Faustino. Aunque nos restaban algunas horas hasta alcanzar la situación de combate, Barbate me hizo entrega del sable y de mi querida pistola, aquel inolvidable obsequio de una dama portuguesa por aguas del mar de las Indias. La encastré en el fajín, sintiéndome más seguro al percibir su contacto. Porque, como en otras ocasiones, en mis adentros presentía una jornada con bastante sangre corrida en cubierta. Una vez más, los hombres de la Armada entraban a fuego y con evidente peligro de perder la vida por un ideal, simplemente por el engrandecimiento y el honor de la Patria, unos sentimientos que, para desgracia de España, pocos comprendían en aquellos años de absurda mudanza intelectual.

Entablé conversación con el teniente Pomares, que aparecía a mi costado, también con sable colgado y una de las pistolas reglamentarias de a bordo a la mano. Ofrecía todo el aspecto del hombre valiente y entregado a la causa sin fisuras.

—Dígame, teniente. ¿Cómo se encuentra la situación en estas tierras de Nueva España?

—Dudosa y muy variable en el tiempo, señor. Parece que el nuevo virrey ha comenzado con renovada energía fuertes operaciones de castigo y limpieza de malditos por el sur y el levante, con lo que algunas columnas rebeldes se han replegado hacia esta zona y más hacia el norte. Pero ya les llegará la ocasión a todos porque, según se comenta, las victorias se decantan por nuestra parte con claridad.

—Puedo creerlo si las operaciones llegan de la mano del teniente general Ruiz de Apodaca. No es de los que albergan dudas en sus pensamientos. ¿Se pasan muchos hombres a las filas rebeldes?

—Muy pocos, señor. Normalmente se ven obligados a luchar por la tan cacareada independencia bajo severas amenazas, propias o de sus familias, aunque poco les vaya en el asunto. Una situación muy parecida a las levas habituales llevadas a cabo por los soldados de Marina en las tabernas y

tugurios de puerto años atrás, con la importante diferencia de que a estos enganches entran hombres de bien. Pero si lo dice en concreto por la traición que sufrimos en el fuerte, debo reconocer que a ese criollo malparido debían haberle puesto grillos en manos y pies con tiempo suficiente. Una peligrosa debilidad por parte del mando, que muy cara nos costó. Pero espero poder arreglar cuentas algún día con ese cabrón de garito, aunque sea a título personal.

—Todo nos llega en esta vida.

—Pues en la capital del departamento marítimo, señor, se torció la situación a malas. Atacaron los patriotas, como ellos mismos se denominan, San Blas con todas sus fuerzas y la escasa guarnición del arsenal debió rendirse. Para colmo del deshonor, los rebeldes encerraron en sus instalaciones a todas las familias de españoles fieles. Es bien sabido, en normas de guerra, que no se debe mezclar a mujeres y niños en las campañas de la milicia. Para su desgracia, poco crédito les resta a estos malditos sin patria.

—¿Mujeres y niños, ha dicho? Por las zorras del bajá, que jamás escuché algo parecido.

—En su conjunto, unas cincuenta familias procedentes de Monterey y de otras estaciones todavía más al norte acabaron en San Blas de forma obligada bajo absurdos pretextos una vez esquiladas sus posesiones. Nadie es capaz de creer los motivos de seguridad que alegan. Y según me contó un pilotín de la Armada, escapado de allí, las mantienen casi sin comida y en penosas condiciones de vida. Se trata, en su mayor parte, de padres, hermanos, mujeres e hijos de oficiales. Parece como si quisieran presionar con sus vidas en deshonoroso trueque. Bien sabe Dios que como las tropas del virrey empleen mucho tiempo en llegar hasta ellos, encontrarán un montón de cadáveres o cuerpos sin grasa sobre los huesos.

—Por todas las putorronas del harén, que me hiere la sangre al escuchar tales nuevas. ¿Son muchas las fuerzas enemigas que defienden San Blas?

—Eran importantes cuando atacaron y rindieron las nuestras. Pero ya le digo que se corren por el terreno con mucha facilidad, dependiendo de la oposición que encuentran en cada momento. Es posible que en San Blas hayan dejado un fijo no muy numeroso.

—En ese caso, si Dios lo quiere y triunfamos en la empresa de hoy, rescataremos esas familias y las transportaremos a zona segura, aunque deba arriesgar en la empresa hasta el último de mis hombres.

—Eso sería fantástico, señor. ¿Tienen cabida cincuenta familias a bordo de los dos buques?

—Y si no la hay, se buscará. Los buques son de cabida imprevisible.

Al tiempo que una cólera y una rabia difíciles de contener me consumían por el interior, al conocer la conducta de los rebeldes, el *Potrillo* se acercaba poco a poco hacia su inexorable destino. Todavía en noche cerrada, la luna nos permitió observar en la distancia la mancha gris de la isla Roquetas. Ordené rebajar trapo para ralentizar la marcha, al tiempo que el viento, siempre del sur hasta entonces, se elevaba a fresco de fuerza mientras rolaba en ligero al sudoeste.

Una hora después comenzaba a clarear el crepúsculo, con lo que poco a poco conseguíamos distinguir formas y perfiles. Aumenté el trapo a disposición, arrumbando al leste-sudeste, proa a donde debía encontrarse fondeada la balandra de nombre desconocido. Consideré llegado el momento de las últimas comprobaciones.

—¿Preparados de cabeza a pies, Aldana?

—Hasta la última campanilla de seguridad, señor. Todos los hombres se encuentran en sus puestos de combate y con las instrucciones impartidas en necesaria repetición. Se han tomado las medidas oportunas en aparejo, cabuyería y redes. Las carroñadas preparadas con doble carga de metralla. El resto de las piezas cargadas con metralla de corte grueso, por si la rosca se muele al vivo. Ahora mismo se reparte una generosa ración de vino avivado al fuego^[102] para elevar los ánimos de nuestros hombres.

—Muy bien. La primera andanada, que puede ser la única, ha de ser rápida y efectiva. Considero fundamental la puntería, porque abriremos fuego a muy escasa distancia y dispondremos de escaso tiempo antes de lanzar los arpeos^[103] de abordaje. Quiero descargas cerradas, apuntando a grupos de hombres que se muevan por su cubierta. Y los soldados disparando con sus fusiles hacia los mandos y su zona de actuación. Aunque no porten casaca distintiva, suelen significarse en el alcázar.

—Todas las órdenes se han explicado una y cien veces, señor. Les daremos baqueta dura hasta en los ojos y el paladar.

—Con este viento, la balandra se encontrará en su borneo^[104] aproada al nordeste, si no aparecen corrientes extrañas. Y en ese caso, le entraremos claramente desde su popa, como les expuse en la reunión. Espero que la primera noticia de nuestra presencia en sus proximidades sea la descarga de las carroñadas. A continuación y sin esperar un segundo, lanzamiento de arpeos con fuerza y entrada a muerte. Especial atención a las escotillas.

Porque esos jodidos saldrán por ellas medio dormidos desde la cubierta baja. Si es posible, tajo con el chuzo al pecho o a la cabeza cuando se queden sin munición a la mano. La visión de la sangre en chorros de torrentera también disminuye el ánimo de resistencia. Y hemos de acogotarlos en fuste, porque en su conjunto nos superan en bastantes hombres.

—Quedo enterado, señor —Aldana soportaba con una sonrisa en su boca mis órdenes repetidas—. Mantenemos controlado hasta al perro del pastor.

Por fin, mientras la luna se apagaba y los destellos del crepúsculo ofrecían luminosidad en rápido aumento, creí observar el perfil de la balandra por nuestra proa, dos cuartas a estribor, a una milla de distancia. Y como esperaba, nos ofrecía su aleta de babor. Ordené caer dos cuartas a estribor para cuadrar la corrida de sangre, una vez confirmado por don Faustino que dispondríamos de agua suficiente bajo la quilla. La goleta *Estrella* seguía nuestras aguas con facilidad.

Reinaba el silencio a noche de vigilia, como si la vida se hubiera detenido para facilitar nuestras acciones de muerte. Ni siquiera los primeros graznidos de mar azuzaban los oídos. Ahora observaba el coronamiento de la balandra con cierta claridad. Y esperaba escuchar alguna voz de alarma o un toque de corneta a su bordo en cualquier momento. Pero sabía que cada minuto, cada segundo de retraso, nos ofrecería una muesca más para asegurar el éxito de nuestras armas.

Cuando solamente nos separaban doscientas varas, comprobé a la vista que todo se encontraba al placer propio a bordo del *Potrillo*, al tiempo que la goleta se abría hacia estribor para tomar el objetivo por la banda contraria. Fue el momento en el que un reducido grupo de hombres a popa del buque rebelde comenzaban a agitar las manos en nuestra dirección. No comprendí lo que intentaban comunicar. Posiblemente confundían al *Potrillo* con una de sus unidades, o así deseaban creerlo. Porque ni siquiera daban la obligada voz de alarma y zafarrancho.

Cuando por fin comencé a caer ligeramente a babor para rendir cuadras y alcanzar la posición de disparo, escuché la voz de Aldana dirigida a sus hombres:

—¡Arpeos a la mano! ¡A quien falle el lanzamiento, le cortaré los huevos con mi sable sin dudar!

La iluminación era suficiente para no dejar dudas sobre nuestra actitud. Porque un buque preparado para entrar en combate se distingue con bastante claridad en la distancia. Son muchos los detalles establecidos a bordo que tal situación declaran. Fue el momento, al tiempo que aumentaba el ritmo de

nuestra caída y ordenaba cargar algunas de las velas, cuando se dejó oír el toque a llamada de una corneta en la balandra. Pero se habían retrasado demasiados minutos. Mientras la *Estrella* comenzaba a bordear la popa enemiga, alcanzábamos con el *Potrillo* la situación de través a través y casi a besar maderas. Poco antes habíamos cargado todo el aparejo. En la balandra comenzaban a correr hombres por su cubierta y se escuchó el primer disparo de fusil. Consideré llegado el momento definitivo. Elevé el sable hacia los cielos en petición de sangre enemiga. Y lo bajé a sajar el corazón más duro de aquellos bastardos.

—¡Fuego!

El retumbo de las piezas, al vomitar fuego y cortadillos de metralla con extraordinario fragor, parecieron devolver la vida a toda la bahía de Acapulco. Un grupo de hombres situados en el castillo, que parecían intentar tímidamente la leva del ancla, caían sobre cubierta por un disparo muy acertado de la carroñada de proa. Pero al mismo tiempo se lanzaban los arpeos, que en su mayor parte mordían madera enemiga. Se paraba en seco el avance del *Potrillo*, momento en el que nuestros hombres cobraban de las tiras con extrema fuerza. Los buques se acercaban con rapidez hasta atocharse sus costados. Todavía algunos hombres en la balandra parecían intentar meter en batería algún cañón, acción que era impedida por nuestros fusileros, avisados con precisión de tal detalle. Llegaba el momento de la verdad, de la vida o la muerte, de la gloria o la derrota. Y mientras elevaba mi sable y tomaba la pistola en la otra mano, se escuchaba el disparo de las piezas de la goleta por la banda contraria. Una perfecta sincronización por parte de Burdich. No podía esperar más.

—¡Por España y don Fernando! —Agitaba el sable con energía, mientras gritaba con toda la fuerza de mis pulmones—. ¡Abordaje! ¡Abordaje y muerte a los enemigos de España!

Tal y como estaba previsto, además de las habituales exclamaciones de ¡abordaje! y ¡por España!, que se corrían de proa a popa, se elevaba un clamor generalizado de gritos desgarrados hacia el cielo, más propios de dementes. Porque nuestros hombres, al saltar la borda hacia el buque enemigo, aullaban como enloquecidos mientras blandían fusiles o chuzos en las manos, y sus ojos despedían fuego de muerte. Era la norma habitual para el caso de entrar en abordaje, una treta que comenzaran a utilizar los bucaneros del mar Caribe dos siglos atrás. Porque un griterío desaforado encoge el alma de quien recibe el ataque, sintiendo la muerte más cerca del cuerpo.

Con el paso del tiempo, los rebeldes comenzaban a aflorar por cubierta en número muy elevado y preocupante. Y como era previsible, se iniciaba la corrida de sangre a borbotones sin posible freno. Aunque sea difícil de creer, el líquido rojo acaba barriendo la cubierta como el agua de mar en temporal corrido. Algunas escenas que aparecían ante mí habrían demudado el rostro del más fuerte de los hombres. Comprobé cómo un soldado pelirrojo del *Potrillo* se movía en rondo con rostro incrédulo al observar que le faltaba su brazo derecho desde el hombro tras recibir un tajo acertado. Por mi parte, no podría explicarlo, pero me vi situado en el alcázar del buque enemigo como si me hubieran transportado en vuelo los ángeles negros. Y el primer rostro que aprecié a escasa distancia se presentó moreno y agitanado, con melena larga y sucia, y su cuerpo embutido en una casaca azul desabotonada. Llevaba sable en la mano derecha y una pistola ya descargada en la otra. No lo dudé un momento. Mientras comprobaba su mirada de terror sobre mi cara, le disparé a reventar los ojos en sangre. Y así cayó en redondo sobre la cubierta, con el rostro embadurnado en rojo.

A partir de ahí es difícil cuadrar recuerdos con una mínima precisión. Barría con mi sable en molinete por donde podía, mordiendo carne en diversas ocasiones. Conseguí un tajo contra un cuello y comprobé unas manos que intentaban taponar sin posibilidad la salida de sangre. Sin embargo, me preocupó observar que continuaban sacando cabeza hombres de la balandra a través de la escotilla. Aunque el comienzo del combate se había decantado claramente a nuestro favor, el efecto sorpresa había desaparecido, y comenzaban a achucharnos en demasía. Sentí una profunda pena al observar al guardiamarina Butrón, un niño que, a grito desgarrado, empleaba su sable como un hombre. Porque lo vi caer sobre cubierta, herido de chuzo en un costado por un marinero rebelde que podía ser su abuelo. Así es la vida para bien o para mal, que confunde los diferentes niveles a un mismo tiempo, sin ofrecer una mínima explicación.

Dudaba seriamente sobre la posibilidad de continuar con la masacre o retroceder poco a poco hacia el *Potrillo*. Porque muchos hombres propios caían sobre la cubierta con peticiones de socorro que nadie les podía otorgar. No obstante, apareció el momento divino cuando, de la mano de la Santa Patrona, se abrieron los cielos en rosas azules. De pronto, se escuchó un toque de corneta a rebato de carga por la banda contraria, momento en el que los hombres de la goleta *Estrella* se sumaban al sarao de muerte con el mismo nivel de vocerío. Y aunque fueran solamente unos cuarenta en su conjunto, se trataba de la pesa capaz de desnivelar la balanza de forma definitiva. Ya les

había comentado a mis hombres ese importante detalle. No hay peor condición en un ataque cara a cara que escuchar la entrada de hombres por la banda contraria y entrever que quedas tomado entre dos fuegos, sin protección a la espalda. La acción de Burdich, que saltaba la borda con el rostro desencajado entre alaridos y sable en mandobles al viento, fue decisiva. Porque un par de minutos después, los rebeldes comenzaban a arrojar sus armas sobre la cubierta. Se retranqueaban con rapidez hacia la borda, al tiempo que elevaban y gesticulaban con sus manos en señal de inconfundible rendición.

Mi primera medida, mientras Aldana y Burdich intentaban ordenar la situación en la cubierta de la balandra *Carmen*, que así se marcaba su nombre en letras doradas sobre el coronamiento, fue dirigir la mirada hacia los otros dos buques que sospechábamos enemigos. Comprobé que el balajú, correctamente identificado por Quijano, estibaba su ancla a bordo y procedía a largar el aparejo. No podía perder un solo segundo. Responsabilicé a Burdich de establecer normas a bordo de la *Carmen*, auxiliado por los soldados de Marina del *Potrillo*, mientras largábamos arpeos para quedar libres.

Atento a mis órdenes, Aldana debió de dejarse caer hacia popa para tomar el viento suficiente que nos concediera la necesaria arrancada. Y sin dudarlo, aproamos hacia el malparido balajú, que también metía proa larga hacia nosotros.

—¡Aldana! ¡Preparadas las piezas de estribor!

—Lo están para abrir fuego a su orden, señor.

No fue necesario continuar con la presión muchos minutos. Supuse que la visión del pabellón de la Real Armada izado en la balandra —una correcta y oportuna medida tomada por Burdich—, más la figura del bergantín *Potrillo* en situación de combate, fueron motivos suficientes. Porque el balajú *Pájaro* arriaba pabellón y quedaba en facha con extrema rapidez y docilidad. Lo apresamos sin mayores problemas.

Para rematar las sorpresas de aquella acelerada mañana, el lugre no movió un solo dedo a la mala. Por el contrario, se limitó a izar pabellón británico. Aunque podía dudar sobre la veracidad de aquella bandera y pasar a una rigurosa inspección, de momento era suficiente el trabajo acopiado. Tan sólo me restaba comprobar que no se movían tropas en la ribera hacia nuestra posición. Y por razones que nunca llegué a conocer, no apareció ni un solo soldado. Bien es cierto que en escaso tiempo el balajú ardía en llamas,

mientras *Potrillo*, *Estrella* y *Carmen* navegaban con sus aparejos alzados al cielo en demanda de aguas libres por fuera de la bahía.

El éxito de la empresa había sido rápido, limpio y absoluto. Conseguimos una excelente presa, incendiarnos un balajú y repartimos los hombres de las unidades rebeldes de forma conveniente entre las tres unidades. Más de la mitad de las dotaciones enemigas se declararon verdaderos patriotas españoles, obligados a servir bajo pabellón rebelde con amenazas. Como es fácil suponer, pasaron a engrosar nuestras dotaciones, con la necesaria prevención. Pero faltaba por recibir la peor de las noticias. Porque, como había podido comprobar, debían de ser elevadas nuestras bajas en el abordaje. Y así me lo narró Aldana.

—Siete muertos y dieciocho heridos, señor, además de un elevado número de contusionados que se mantienen en servicio. Tres de los heridos en trance de muerte. En la goleta *Estrella*, seis heridos solamente y de escasa monta. Claro que llegó cuando la manteca estaba servida sobre el fuego.

—Pero fue decisiva su presencia, como esperaba.

—Desde luego, señor. En aquel momento andaba la moneda volando por los aires. En la balandra *Carmen*, veinticuatro muertos y más de treinta heridos.

—Fue efectiva la andanada de nuestras carroñadas. ¿Algún oficial caído?

—Ha muerto el segundo piloto del *Potrillo*, señor, don Jerónimo Romero, de un disparo en la cara. Un joven recién casado en La Habana. Una viuda más que no podrá arrimar flores a la tumba de su esposo. El guardiamarina Butrón sufre un tajo en su costado. Ha perdido bastante sangre, pero a esa edad todo es posible y se recuperará. Por gracia de los cielos y aunque sea egoísta mencionarlo, entre los caídos se cuentan pocos de los buenos marineros.

—Bien, debemos felicitarnos. Todos sus hombres han actuado con valor y profesionalidad, Aldana. Y lo hago extensivo a la goleta *Estrella*. Así lo mostraré en el parte correspondiente.

—Muchas gracias, señor. Por cierto, que hemos engrilletado a demasiados hombres, señor. No tienen cabida en el calabozo. ¿Qué piensa hacer con ellos?

—Los que, tras las pertinentes indagaciones, aparezcan como mandos del buque rebelde serán sometidos a Consejo de Guerra extraordinario en la mar. Es mi deseo considerarlos como piratas, al no reconocer su bandera. Serán colgados hasta morir. Es necesario que los rebeldes comprendan que no pensamos utilizar mano blanda en ocasión alguna, ni mucho menos a aquellos

que se encuentren a medio camino en su responsabilidad les daremos grillos y muchos años de madera. Los que componen el resto serán obligados a servir a bordo de los tres buques. Pero, por todos los santos, que no nos vayan a dar la baza quebrada y revienten por la espalda.

—No se preocupe, señor. Alertaré a los soldados para que los vigilen por corto, especialmente a los que mantenemos en duda.

—Por fortuna, parece que la balandra *Carmen* ha sufrido escaso daño.

—Se encuentra lista para navegar, sin problema alguno en su aparejo, señor. Se trata de una unidad excelente, con escasos años y bien armada. Si continuamos incrementando la división bajo su mando, acabará por formar escuadra de fuste.

—La escuadra del mar Océano.

—Todo se andará, señor. Me falta por ofrecerle una noticia más y de las buenas. En la balandra se almacenan víveres para tres meses. Y de buenos olores. Solamente me falta por comprobar la calidad de su vino y de ese aguardiente moreno que almacena en toneletes.

—Siento comunicarle que esa cata debe ser misión indeclinable del general, comandante —fingí voz dura entre sonrisas—. Entregaré su mando al teniente de navío Burdich, que bien lo merece, con ese piloto de la balandra que se ofrece para el servicio. Parece hombre honrado y se pasó a nuestro bando desde el primer momento. Se les unirá para formar el cupo el guardiamarina Butrón, cuando se restablezca. Horcajada quedará en la goleta como comandante. Debe traspasarle su piloto práctico para rellenar el cupo de oficiales. A bordo del *Potrillo* será suficiente con el concurso de don Faustino.

—Por supuesto, señor.

—Bueno, ahora a rematar el cuadro.

—¿A qué se refiere, señor?

—En primer lugar, una vez a suficiente distancia de la bahía, ajustaremos las dotaciones en número y calidad. Y mientras celebramos los consejos de guerra extraordinarios, aproaremos hacia San Blas.

—¿Hacia San Blas, señor? —Aldana mostraba extrañeza en su rostro.

—Debemos rescatar a cincuenta familias, tomadas como rehenes por los rebeldes, aunque nieguen tal condición. Hemos de sacarlas de aquel infierno y transportarlas a lugar seguro. Ya concretaremos los detalles cuando nos resten escasas millas.

—Quedo enterado, señor.

Con la felicidad instalada de nuevo en mi pecho, una mezcla de alargado placer y satisfacción personal por haber cumplido con mi deber hasta la raya, quedé a solas en el alcázar del bergantín *Potrillo*. Imaginaba la complacencia del general Ruiz de Apodaca, virrey de Nueva España, cuando conociera los detalles de la sangrienta y triunfal velada gozada en la bahía de Acapulco. Pero, al mismo tiempo, me ilusionaba la idea de entrar en el apostadero de San Blas al mando de fuerza naval, cabecera del departamento marítimo que había mandado mi padre más de veinte años atrás. Navegaría entre aguas por él surcadas. Y quién sabe si encontraría alguna huella de sus pasos. Mientras sentía una profunda emoción en el pecho y su corrida hacia los ojos, suspiré de nuevo, completamente feliz.

22. San Blas

Una vez con las ideas instaladas en cuadros de precepto por mi cerebro, ordené navegar a la división bajo mi mando, compuesta ahora por tres unidades, en el primer orden de marcha: *posición de los buques en cualquiera de las líneas de bolina, haciendo otra derrota*. Gozaba como niño entre caballetes al comprobar que los tres buques mostraban líneas marineras de raza y capacidad de bolinear a la cuarta. Porque la *Carmen* demostró en pocas horas su gallardía y tono en la mar al moverse sobre las aguas como una balandra de piel salada, hábil para maniobrar contra el viento cual pequeña goleta de puerto. Se trataba, sin duda, de una presa de una calidad inesperada y formidable, fabricada con primor en la bahía de Chesapeake. Y con un poder artillero, de procedencia británica, nada despreciable.

Intentaba abrir la proa y ganar barlovento por necesidad del perfil de la costa. Así continuamos hasta que, por el curso de la derrota y viento calzado de nuevo al sudoeste, pudimos tomarlo con más de nueve cuartas a favor. En dicho momento, pasamos a cumplir el orden de columna natural, con mayor independencia y proa fija hacia el cabo Corrientes. Como entendía que, posiblemente, se trataba de la última ocasión en la que mostraría mi insignia sobre una fuerza en la mar, pretendía que mis oficiales recordaran las enseñanzas expuestas por don José de Mazarredo en su inigualable obra: *Rudimentos de Táctica Naval para Instrucción de los Oficiales Subalternos de Marina*, aunque debo aclarar que aparecían algo más que rudimentos en sus 216 páginas y 142 figuras. No era más que un ejercicio de abanicar la mente con lejanos y hermosos recuerdos, aquellos momentos en los que la Real Armada era capaz de formar poderosa escuadra de orden, una serie de conocimientos que, en los próximos años, serían difíciles de aplicar.

En el segundo día de navegación tras el combate que, a partir de entonces, conoceríamos con orgullo como «de Acapulco», celebramos a bordo del bergantín *Potrillo* el necesario Consejo de Guerra, al que fueron conminados

diez hombres. Tras las pertinentes averiguaciones, con muchas voces deseosas de declarar en su contra, especialmente las de aquellos que se habían considerado forzados a servir bajo un pabellón que no reconocían, decidí condenar de forma sumaria a la pena de horca a cinco de los enjuiciados. Y no me crean entrado en dureza, que podía haber elevado aquel número muy por alto.

La primera de las sentencias fue adjudicada para quien actuaba de capitán de la balandra *Carmen*, un americano de Boston y ascendencia británica, que todavía se jactaba en ejercicio de prepotencia altanera cuando fue conducido a mi presencia. Como era de esperar, aquel culebrón arrogante dejó de alardear en tonos de orgullosa superioridad cuando acabó por bailar la danza final al son del tambor en tiemblo de justicia con la soga anudada al cuello y los pies jaleando en el aire.

Otros tres hombres que actuaban a bordo de la balandra con el rango de oficiales seguían sus pasos en la ceremonia a la que asistieron las dotaciones de las tres unidades al completo. Porque no debemos olvidar que pretendía dar una lección a aquellos que dudaran de nuestra determinación. Fueron considerados por los miembros del Consejo como mandos de un buque pirata sin posible enmienda.

Por último, también condenamos a la pena definitiva de horca a quien parecía trabajar como oficial reclutador de la causa rebelde, así acusado por muchos testigos. Se trataba del maldito balandrón que enrolaba en el buque como voluntarios a quienes no tenían más remedio que aceptar ese papel. Acabó por declarar que había forzado a un elevado número de hombres para luchar contra el orden español, bien en tierra o a bordo de los escasos buques disponibles por los rebeldes. También disfruté al observar aquella carroña humana colgando de la verga mayor. Por último, se constataba que uno de los oficiales había muerto en combate. Y por la descripción recibida, comprobé que se trataba del hombre fornido y ramplón a quien había dado muerte con mi pistola a corta distancia.

Condenamos al resto de los enjuiciados a diversas penas, con bastantes años de presidio marcados en su futuro. Y aunque en general comenzamos las sesiones del Consejo con los diez malditos en coro alzado de grillos, acabó la tropilla amilanada y sumisa, con voz blandengue y peticiones de clemencia que jamás les alcanzaría. No obstante, tales penas de presidio deberían ser refrendadas en su día por el virrey de Lima si, como suponía, en sus aguas rendíamos la comisión.

Olvidando las sesiones del Consejo de Guerra, declaro a voz en grito que aquella navegación de Acapulco a San Blas me produjo una de las mayores sensaciones de felicidad jamás gozadas en la mar. Por una parte, había combatido a los enemigos de España con éxito absoluto. Porque no hay mejor condición en la guerra que sumar a favor y restar al contrario. Pero también era importante considerar que me movía con los buques bajo mi mando hacia la cabecera del departamento marítimo de San Blas, allí donde mi padre había gozado y sufrido una de las más importantes experiencias de su carrera.

Cuando nos restaban poco menos de cien millas para alcanzar el paralelo del cabo Corrientes, decidí celebrar consejo de oficiales a bordo del *Potrillo*. Pretendía discutir todos los detalles y embastar al punto las posibles acciones que deberíamos o podríamos llevar a cabo en esa misión que se anunciaba incierta por toda la rosa. Y como la suerte calaba a favor sin contra, ante la escasa información disponible del puerto de San Blas, nos sonrió la fortuna en cruces una vez más. Porque el teniente de fragata graduado^[105] don José Butrón, no sólo era un magnífico piloto, sino que había permanecido cinco largos años destinado en dicha estación.

Tras ordenar que la fuerza facheara, reuní en la cámara del bergantín a los comandantes de los tres buques, así como a todos los oficiales francos de guardia. La operación que deseaba acometer podía sobrepasar mis posibilidades por largo, y deseaba escuchar el mayor número de opiniones. De esta forma, tomé la palabra:

—Señores comandantes y oficiales, ya deben de saber que intento abordar una misión complicada y, posiblemente, peligrosa, dependiendo de las fuerzas enemigas que entren en oposición, circunstancia que desconocemos. En el arsenal de San Blas se encuentran retenidas de forma vergonzosa y contra su voluntad cincuenta familias de oficiales españoles. Según parece, sufren unas condiciones que deberían abochornar a cualquier hombre de armas. Es mi decidida intención atacar el arsenal y embarcar a dichas familias a bordo de nuestros buques para trasladarlas a puerto seguro. En primer lugar, me gustaría escuchar al alférez de fragata Quijano sobre los detalles que sufrió en San Blas al ser atacado en dicho puerto cuando mandaba la goleta *Estrella*.

—Como ya le expuse, señor general —el joven oficial parecía haber cobrado aplomo y entereza, tras las acciones de Acapulco, en las que con tanto valor había colaborado—, entrábamos en San Blas creyendo que se trataba de apostadero amigo. Cuando nos encontrábamos en la dársena a unas doscientas varas de lo que parecían restos de un pequeño dique de carenar, aparecieron dos columnas de soldados rebeldes que comenzaron a disparar

contra nosotros con nutrido fuego de fusilería. También observé como montaban un cañón ligero de campaña que dispararon a continuación contra la goleta cuando ya virábamos en escapada. Debo aclarar que no sufrimos impacto alguno de dicha pieza, que llevó a cabo un fuego errático y mal elaborado.

—¿Cuántos hombres estima que formaban esas columnas rebeldes? — pregunté con rapidez.

—Sería difícil de aclarar con precisión, señor, pero debían de superar los setenta. Y es posible que otros se aprestaran a la acción posteriormente, si les hubiéramos concedido oportunidad. No tuve tiempo de calibrarlo al detalle, porque ya salíamos de la situación con espuma a popa.

—Vamos a ver, Pomares —ahora me dirigía al teniente de Artillería del Ejército—. ¿Qué fuerza estima que podemos encontrar en San Blas como oposición?

—Pues creo, señor, que será variable en el tiempo. Una situación muy parecida a la de Acapulco, aunque los rebeldes concedan mayor importancia a este puerto por su tráfico mercante. El día en el que la goleta *Estrella* fue atacada, en San Blas podían encontrarse fácilmente más de cien hombres. Pero un mes después, es posible que solamente reste un pequeño retén o, en el peor de los casos, una fuerza numerosa. Es imposible de predecir. Ya le digo que las columnas rebeldes se mueven de forma permanente por todo el noroeste.

—Poco se nos aclara la situación, señores —mascullaba a la baja—. Butrón, expónganos los detalles de la estación de San Blas. ¿Acabó por dibujar el portulano?

—Así es, señor.

El antiguo piloto, hábil en sus dibujos a mano alzada como todos los de su clase, mostraba en trípode un plano donde se mostraban los relieves de San Blas desde las Tres Marías, con la isla de María Cleofás como la más meridional y puerta de entrada. También se podían observar los detalles de la dársena del arsenal o, según sus palabras, los restos de lo que conformó años atrás un recogido pero eficiente arsenal, con su población civil retranqueada hacia el interior.

—Podemos considerar los alrededores del arsenal como de aguas limpias, por encima de las tres brazas de profundidad, excepto en su ataque desde el sudoeste. Porque, alrededor de la punta de la escollera, que defiende la entrada al puerto con la Puntilla en su cierre sudoeste —señalaba con un puntero—, suelen acumularse arenas de aluvi6n que ciegan esa parte de la

mar. Y no creo que haya sido dragado en los últimos tiempos. No obstante, los bancos de arena se mueven al gusto, y debemos mantenernos alerta de un posible rascado de quilla, especialmente dentro de la dársena. De esa forma, una vez recalados entre el cabo Corrientes y las Tres Marías, acoderados por babor a la isla más al sur, deberemos entrar a rumbo, pero ligeramente caídos al nordeste hacia la dársena. Con buenos anteojos, podremos estimar la situación que se vive en tierra a cierta distancia. Las fuerzas rebeldes, en el número que sea, se habrán acuartelado en el almacén general con toda seguridad. Si pretenden utilizar piezas de campaña, necesitarán de unos veinte o treinta minutos para instalarlas.

—¿Dónde pueden encontrarse retenidas las familias? —volví a preguntar.

—Estoy convencido, señor, de que las habrán instalado en el edificio de la Jefatura, aunque se encuentren con escaso espacio disponible para tanto cuerpo.

—Malditos hijos de zorrón británica y mamón bucanero —hablaba con el mayor de los desprecios—. Me gustaría tomarlos al cañón con metralla caliente.

Dejé que reinara el silencio durante bastantes segundos. Por mi cabeza se abrían escasas posibilidades, porque entendía que una sola era la dirección posible. Y así les entré por derecho.

—Bueno, señores, estimo que no es difícil decidir en este caso. Porque solamente veo posible acercarnos al muelle por las bravas y observar la oposición que se nos puede presentar a la contra. Prepararemos carroñadas y cañones para disparo a corta distancia y metralla en carga doble. Dispararemos contra todo el que aparezca con armas en la mano, sin elevar pregunta previa. Y prestaremos especial atención a las posibles piezas de campaña, desde luego. Una vez que comprobemos la presencia de una fuerza enemiga aceptable en número, ordenaré el desembarco. Pasarán a tierra los veintiocho soldados de Marina de que disponemos, arropados por otra veintena seleccionada de marineros y grumetes. Tomará el mando de dicha fuerza el teniente de navío Burdich, auxiliado por el teniente Pomares y el alférez de fragata Quijano.

Nuevo silencio, que fue cortado con rapidez por el teniente de fragata graduado Butrón.

—Señor, no intento sobresalir en valor. Pero entiendo que debería incorporarme a esa fuerza que intenta desembarcar. Conozco bien el apostadero y, si hemos de buscar a las familias, puedo ser de especial ayuda.

—Tiene toda la razón, Butrón. Se incorporará a la fuerza a desembarcar, quedando Quijano a bordo. Su misión específica será la de encontrar a esas familias, si es que todavía las mantienen retenidas. Una vez eliminadas total o parcialmente las fuerzas de defensa, esa búsqueda será la misión primordial, la razón por la que hemos acudido a San Blas. Las lanchas de los tres buques se dirigirán hacia la escala real que aparece dibujada en el plano para su rápido embarque. Pero nunca bajo oposición de fuego enemigo. Quiero decir que no podemos exponer a mujeres y niños a un fuego cruzado de fusilería o duelo artillero. ¿Me comprenden?

Todos asintieron en silencio a mi pregunta. Me sentí reconfortado al comprobar que los ánimos se encontraban en alza. Porque aquellos rostros mostraban determinación en acometer la empresa, por peligrosa que se presentara. Y como la información de lo que podíamos esperar en esa estación tan importante para mí era escasa o nula, decidí no pensar en ello y atacar la bolsa de monedas cuando la mantuviera a seguro en la mano. Nuestro valor y la suerte largada por la Patrona deberían rematar la faena.

* * *

Con el viento mantenido fresco del sudoeste, mar en cabrillas sueltas y un sol de justicia, recalamos con la proa a rumbo entre el cabo Corrientes y las Tres Marías. El teniente de fragata Butrón se había incorporado al alcázar en funciones de piloto práctico. Y no estimen que don Faustino sufría de escozores profesionales. Más bien al contrario, asistía con una sonrisa en la boca al ejercicio de profesionalidad de su compañero. Escuché las palabras de Butrón tras barrer el horizonte con el anteojo.

—Creo que nos encontramos en buena situación para tomar el paso, señor general. El viento nos favorece. Si lo desea, podemos progresar avante.

—Claro que lo deseo y sin pérdida de tiempo. Al toro por los cuernos y sin desmayar una mota. Dé las órdenes al timón directamente. Supongo que dejará abierta una cuarta a babor la isla de María Cleofás.

—En efecto, señor.

Por primera vez reconocí con detalle la costa californiana. Como, de acuerdo con las instrucciones de Butrón, habíamos entrado un poco caídos al norte, dejamos la mencionada isla, la más al sur de las Tres Marías, bien pareja a babor. De esta forma, entramos casi a rumbo con el puerto de San Blas. Los dos avezados pilotos se miraban entre sí con cierta complicidad. La verdad es que ambos parecían disfrutar con su trabajo.

Aunque les cueste creerlo, el simple hecho de barajar aquella costa tan alejada de España, encontrar nombres geográficos jamás escuchados, navegar por aguas claras y transparentes y el imborrable recuerdo de mi padre, abrieron un rayo de profunda esperanza e ilusión en mi pecho. Con estos pensamientos que elevaban los párpados en fantasía, doblamos la punta de la escollera que guarnecía el puerto de San Blas. Y de frente me encontré con el destino, que así podía asegurarlo.

Cuando te aseguran por vía y razón, de forma reiterada y a lo largo del tiempo, que una montaña es alta y esbelta, con sus laderas cubiertas de verde pasto, cuesta trabajo llegar al convencimiento de que la realidad es bien distinta, que tan sólo se trata de un montículo vulgar con chaparras secas en sus vertientes. Y digo esto para explicarles a la contra mis primeros sentimientos al observar con suficiente amplitud la estación de San Blas. Tras las exposiciones del teniente de fragata Butrón sobre las insalubres condiciones de vida y miserable funcionamiento del arsenal de San Blas, lo que mis ojos comprobaron en una primera lámina llenaron el cántaro de abrigo con dulzura y esperanza. Y no me crean excesivamente propenso a la falsa alabanza o sujeto a emociones aventureras tan propias de la agitación espiritual, que les hablo en verdad.

Por fin nos encontramos tanto avante con el extremo de la Puntilla, fina escollera que apuntaba desde el cierre norte de la dársena en dirección sudeste.

Todos los oficiales en el alcázar dirigían sus anteojos hacia los paseos y edificios del arsenal en busca de posibles fuerzas enemigas. Y no entrábamos por falso, que bien lucían las tres unidades con orgullo el pabellón de la Real Armada a popa. No obstante, dispuse de tiempo suficiente para recrear la vista en aquel inolvidable escenario. Porque la localidad de San Blas me pareció similar a un recogido pueblecito de ese querido mar Mediterráneo, perdido en la espalda de mi vida a miles de millas de distancia. Y no exagero una onza, pueden certificarlo. Lo que presumía como población civil se retranqueaba en las alturas, como si buscara en ellas la necesaria defensa contra periódicos ataques berberiscos, mientras las viviendas mostraban ese conjunto de luces blancas tan particular. Y para amoldar el cuadro al ciento, sufríamos el clásico calor veraniego, agobiante y espeso hasta los cerros. No obstante, la humedad conformaba el peor accidente, porque sobrepasaba cualquier posible estimación, hasta forzar la incomodidad de todo indumento.

Mientras se llevaba a cabo la maniobra para forzar la entrada y posterior fondeo, si las condiciones lo aconsejaban, comprobé la permanente atención

que los pilotos prestaban a los fondos. La intención no era otra que evitar el rascado de la quilla en alguno de los caprichosos bancos de arena que el curso del río modificaba a capricho en sus periódicas avenidas. Pero al golpe dejamos de pensar en nubes y riberas. Porque el teniente de navío Aldana clamaba con voz fuerte:

—¡Atención, señor! Despliegue de columnas enemigas desde el edificio más a babor, que debe de ser el mencionado almacén general.

En efecto, salían del edificio a la carrera, en desordenada fila, unos treinta o cuarenta hombres fusil en mano. Se dirigían al muelle largo, que se apuntaba por nuestra proa. Pero ya respondía a cuento.

—Aldana, orden a las otras dos unidades. Abrirse en marcación como habíamos planeado. Y abrir fuego a discreción cuando lo estimen aconsejable.

Ya los soldados rebeldes comenzaban a disparar sus fusiles de forma absurda, porque se encontraban fuera de distancia. Por el contrario, maniobré ligeramente a babor, al tiempo que cargábamos el aparejo menos los foques. Y como ya la distancia a los primeros grupos se acercaba a las cien varas, di la esperada orden.

—¡Fuego!

Asistí a un espectáculo memorable. La andanada completa del *Potrillo*, seguida pocos segundos después por otra cerrada de la balandra, barría la columna enemiga como si se tratara de un conjunto de soldados de plomo tras sufrir un severo manotazo. Pero continuaban apareciendo más soldados, así como dos cañones de campaña que eran empujados a fuerza de manos en nuestra dirección. Comprendí, alborozado, que si no aumentaban notablemente en número, nuestra artillería sería muy superior.

—¡Aldana! Una vez cargados, quiero especial puntería contra los artilleros que sirven esas piezas enemigas.

—Ya lo había ordenado, señor.

La siguiente andanada fue todavía más precisa, disparada a tan escasa distancia, que podíamos observar con detalle los rostros de dolor de aquellos que caían a tierra, con sangre en diversas partes de su cuerpo. Sin embargo, debo reconocer que aguantaron el chaparrón de fuego con más entereza de la esperada. Porque hasta la cuarta andanada, cuando ya debían de haber abandonado el barracón todos sus componentes y las dos piezas de campaña quedaban sin servidores, no daban la voz de retirada. Fue el momento en el que, como esperábamos, los soldados salían de estampida tierra adentro. Y muchos de ellos abandonaban sus fusiles de forma cobarde para acelerar su

marcha. Un oficial intentaba poner orden en aquella innoble desbandada, una misión imposible a la vista.

Llegaba el momento señalado y no podíamos perder un segundo. Porque nada sabíamos de otras posibles fuerzas en apoyo, o lo que podría suceder minutos después. Ordené que la fuerza prevista pasara a tierra a cumplir la misión impuesta. Y con extrema diligencia, dos lanchas de bulto y lo que más parecía un pequeño esquife^[106] se separaban de los buques a base de boga dura. Poco tiempo después, las tres embarcaciones alcanzaban la escala real y sus hombres trepaban por los escalones con el armamento a la mano. El teniente de navío Burdich gritaba diversas órdenes, mientras blandía el sable en la mano y dirigía los pasos a la cabeza de la fuerza. Aunque observaba todo a su alrededor, no aparecía soldado enemigo a la vista. Tan sólo se mantenían algunos tendidos sobre la gravilla que, con desesperación en sus voces, solicitaban ayuda y clemencia, un auxilio que no se les podía prestar de momento.

Burdich estableció dos líneas de defensa en el muelle a nuestra altura, mientras los buques largaban una de sus anclas para mantenerse al suspiro en la dársena. Por fortuna, el viento había caído de fuerza y apenas nos dificultaba la maniobra. Con diez hombres a su cargo, Burdich destacó al teniente de fragata Butrón. El piloto tomaba el camino hacia lo que parecía el edificio más noble del antiguo arsenal, un inmueble desconchado de piedra y pintura que debía de haber vivido momentos de mayor gloria. Los perdí de vista cuando penetraron a través de su puerta principal. Pero no dejábamos de observar en todas las direcciones un solo momento. En verdad que me temía un desaguisado si aparecía fuerza numerosa con artillería de orden. Porque nos encontrábamos fondeados, con ángulos de tiro parciales y necesidad de bastantes minutos para abandonar la dársena.

El tiempo pareció detenerse de forma caprichosa durante muchos minutos. Unos veinte hombres se mantenían apostados en el muelle y otros diez con Butrón, desaparecidos en el edificio de jefatura. Pero no debimos esperar mucho más, para tranquilidad del alma. Poco después, del citado edificio comenzaban a salir mujeres y niños a la carrera, azuzados por los marineros y soldados. Se trataba de un espectáculo doloroso como pocos he sufrido en mi alargada vida. Algunas madres portaban niños de cuna en sus brazos, mientras otras daban la mano a jovencitos de cuatro a diez años. Ahora corrían en nuestra dirección, aunque alguna mujer debía parar para retomar fuerzas y no perder a sus criaturas.

Por fin, la alargada columna de basquiñas y sayas de colores oscuros, como si predominara el luto por encima de cualquier otra consideración, comenzaban a alcanzar la escala real. En dicho momento, eran ayudadas por nuestros hombres para embarcar en las lanchas, mientras otras todavía abandonaban el edificio principal. Calculé, a ojo largo, que podían superar las setenta personas si se contaban los niños, al tiempo que el sentimiento de vergüenza profesional se ampliaba en mi pecho.

Dimos comienzo al barqueo, misión en la que nuestros marineros y grumetes se vaciaron con boga más propia de esclavos. La visión de espanto se mantenía en mis ojos. Pero ya las primeras familias comenzaban a llegar a los dos buques seleccionados, *Potrillo* y *Carmen*, mientras las embarcaciones regresaban a tierra para continuar con su trabajo. El triste espectáculo parecía dar fuerzas supletorias a mis hombres. Y cuando llevaban a cabo la tercera y última de las rondas de embarque, se escuchó en la distancia un vigoroso toque de corneta. Aunque nada se veía, deduje que fuerzas enemigas se aprestaban a defender el arsenal y atacar a la fuerza bajo mi mando. Sin dudarle un segundo, ofrecí en grito la orden de cobrar las anclas, al tiempo que con la bocina reclamaba a Burdich el embarco de sus hombres.

Acabaron por aparecer, a través de lo que debía de ser el acceso norte del arsenal, cuatro columnas que parecían desfilar a marcha de dolor. Y lo digo porque no parecían apresurar su paso en carrera hacia nosotros. Arrastraban cuatro cañones de pequeño calibre ante ellos, como si pudieran servirles de escudo protector. Como habíamos fondeado a la mínima, cuando nuestras tropas desplegadas en tierra alcanzaban en la lancha los costados de sus buques respetivos y comenzaban a trepar por la escalas de gato, todavía el enemigo se encontraba a más de doscientas varas de distancia. No obstante, pensaba recibirlos con golosinas y gollerías de metralla.

Cuando ya los buques podían maniobrar a la mínima con las velas de proa, ordené abrir fuego conforme las piezas quedaran en sector de tiro. Y aunque no se trataba de andanadas cerradas, el efecto de nuestros disparos detuvo en seco la marcha de los soldados rebeldes que, rodilla en tierra o directamente tumbados en el suelo, intentaban protegerse de los cortadillos que les llegaban en nube de muerte. Pero ya nuestra misión se encontraba cumplida, por lo que decidí abandonar aquellas aguas peligrosas. Porque el *Potrillo* y la *Carmen* habían rascado arena en dos ocasiones, por fortuna con la necesaria suavidad para no quedar varados.

Un nuevo sentimiento de alivio y bendita complacencia, una embriaguez semejante a la producida por el mejor aguardiente, se instaló en mi pecho.

Habíamos abandonado la dársena y avanteado la isla de María Cleofás, cuando llegaba el momento de ordenar y distribuir las familias embarcadas.

—Aldana. ¿Cuánto personal hemos embarcado en su conjunto?

—Pues si las cuentas del carpintero en funciones de revisor son ciertas, señor, treinta y cinco mujeres y cuarenta y ocho niños. Le nombro como niños a todos los que se encuentran entre la edad de mamancia hasta los que han cruzado los diez años. Pero anda demasiado descompensado el embarque. No sé por qué, pero bastante más de la mitad ha embarcado en la balandra. Debe perdonar el error, señor, pero las prisas imponían...

—Lo comprendo. La seguridad es lo primero. Cuando hayamos navegado un par de millas más, que se acerque la balandra a nuestro costado. Llevaremos a cabo el adecuado reparto, que aumente la comodidad de las señoras, dentro de los límites que podemos ofrecer. Y que el cocinero de equipaje prepare una puchera con buenas tajadas de tocino, rajadas de cordero y garbanzos, sin esconder una puñetera aguja.

—Ya se encuentra en la faena por mi orden, señor, con amenazas de látigo. Por cierto, que en la goleta podrían embarcar algunas mujeres, especialmente las que acudieron sin familia a cargo.

—No me gusta mucho esa idea. Porque, en tal caso, las señoras no podrían disfrutar de una mínima intimidad. Veamos cómo quedan, una vez distribuidas con orden entre bergantín y balandra.

Con los buques bajo mi mando separados de las Tres Marías en unas cuatro millas de distancia, la balandra *Carmen* arrumbó con claridad hacia nosotros. Sin embargo, se mantenía la penosa visión de aquellas mujeres enflaquecidas de cuerpo y alma, con los rostros embadurnados de inmensa tristeza. Supuse que muchas de ellas habían entrado en viudedad con escaso tiempo de duelo, por lo que no sólo abandonaban una tierra querida, sino que dejaban atrás sus propias vidas. Fui saludando a las que encontraba en cubierta a mi paso, ofreciéndoles palabras de aliento y consuelo. Muchas de ellas intentaban besar mis manos, como si se encontraran ante su inesperado salvador, acción que impedía con sonrisas. Casi todas eran esposas de oficiales del Ejército o de las Milicias.

Transcurría todo en orden, con el ánimo recobrado a la normalidad, cuando se produjo la mayor explosión jamás sufrida en mi pecho, al dirigir la mirada hacia la balandra, a escasas varas de distancia. Un grupo de mujeres jóvenes se apoyaba de forma indolente y cansada en la borda de babor, a la altura del alcázar. Cuando comprobé la figura de la situada más hacia proa, debí hacer un esfuerzo para no saltar a la carrera hacia ella. Porque allí se

encontraba Beatriz, mi Beatriz, arrebujaada en manto negro a pesar del intenso calor. La miraba una y otra vez, como si se tratara de un sueño o un imposible deseo, mostrado en jugarreta de sentidos. Pero no me equivocaba, no podía marrar en aquella visión. No pude esperar un segundo más y grité con la máxima fuerza de mis pulmones:

—¡Beatriz! ¡Beatriz!

La mujer que tanto había amado y que, en pocos segundos, deseaba a tizonos con pasión recobrada, dirigió la mirada hacia mí. Me sentí contento como un niño entre juegos al entrever un rasgo de felicidad en su sonrisa. Debía de ser el destino que me lanzaba a la cara una jugada inesperada. Me dirigí a Aldana con excesiva prisa en mis palabras.

—Aldana, por favor, que esa mujer —señalaba a Beatriz con la mano—, que esa mujer pase inmediatamente a nuestro bordo. La conozco personalmente.

—Muy bien, señor.

Se retiró Aldana para impartir las órdenes adecuadas. Y creo que ese gran oficial comprendió todo sin necesidad de una sola palabra. Seguí a Beatriz con la mirada conforme embarcaba en la lancha de la balandra *Carmen* y transbordaba con otras mujeres al bergantín *Potrillo*. Los nervios se paseaban a elevada velocidad, clavando ruedas de cera ardiente a su paso, hasta alcanzar el último rincón de mi cuerpo. Pero, al mismo tiempo, el ánimo se elevaba hasta las nubes en vuelo de ángeles. No obstante, pensé, con dolor aparejado, que alguno de los niños podía ser fruto de su vientre. Aunque se tratara de un imposible con el tiempo transcurrido, era incapaz de comprender la realidad en momentos de tanta agitación mental. Por fortuna, quedé tranquilo al comprobar que se separaba de los que habían embarcado con ella y quedaba en solitario.

Dirigí mis pasos hacia la escala por la que subían hacia nuestra cubierta. Y llegó el momento que jamás podré olvidar, aunque hayan transcurrido cien años de mi vida, así me encuentre en los cielos o en los infiernos. Beatriz se detenía ante mí como una niña desvalida y abandonada en el cuarto oscuro durante semanas. Nos mantuvimos en silencio, como si fuéramos las dos únicas personas que flotábamos sobre las aguas. Me acerqué hacia ella, temeroso de las palabras que podían salir de nuestras bocas. Recordaba que se trataba de mujer casada, un recuerdo que taladraba mi alma a machetazos. Porque todos los sueños y recuerdos se acoplaban al tiempo en mi cerebro hasta reventar en el amor que siempre había sentido por ella.

Cuando tenía a Beatriz a escasas pulgadas de distancia, dudé una vez más. Por fin, escuché sus palabras, un tono de voz dulce y melodioso que me hizo regresar a meses atrás, a aquellos momentos de dulce embriaguez, cuando nos declarábamos eterno amor.

—Santiago. ¿Eres tú o se trata de un alocado espejismo? —Apretaba la desgastada toquilla contra su pecho, como si deseara defenderse de un disparo enemigo—. ¿Acaso has llegado para salvarme? No lo puedo creer. Bendito sea Dios.

Llevó las manos a sus ojos, que comenzaban a largar lágrimas por roderas eternas sin consuelo posible. Y en un arrebató inesperado, porque no era yo quien actuaba sino mi alma torturada, la tomé entre los brazos para apretarla contra mi pecho. Sentí el delgado cuerpo y los suspiros entrecortados que producían sus alargados sollozos. Por mi parte, la más pura felicidad me invadía en dulces oleadas. Quería saberlo todo en un solo segundo, conocer los datos de su vida desde que marchara de Veracruz para desposarse. Pero temía tanto las respuestas, que opté por disfrutar de aquel momento y grabarlo bien en la sesera.

* * *

Beatriz comía en silencio. Ajeno a las normas y compromisos que, habitualmente, se siguen a bordo con las damas embarcadas, la había acompañado hasta mi cámara. Pero de momento me dedicaba a la simple observación, una sencilla acción que grababa muescas de extremo placer en mi alma. La joven tomaba los alimentos servidos por Barbate en la mesa de trabajo con extraña lentitud y en trozos muy pequeños, como si se sintiera abotargada por un exceso de comida. A pequeños intervalos me miraba a los ojos y volvía a taladrarlos con facilidad, una experiencia que recordaba con exactitud. A pesar de los nervios, que se mantenían en corrida, pude enhebrar algunas palabras.

—Debes comer más. Estás muy delgada.

—Bueno —elevó los hombros, como si deseara pedir una disculpa—. Durante dos interminables meses, que nunca podré olvidar, hemos dispuesto de muy pocos alimentos y de muy escasa calidad. Como es fácil imaginar, en su mayor parte los destinábamos a los niños y a las madres que daban pecho.

—Por todos los cristos, que me alegro de haber acabado con una gran cantidad de esos malditos. Espero que purguen en las brasas del infierno por toda la eternidad.

—¿Por qué habéis llegado hasta aquí? ¿Habéis arriesgado vuestras vidas por nosotras?

—Nos avisaron de la alarmante situación que sufrían algunas familias en el arsenal de San Blas. Me encontraba en Acapulco y decidí aproar hacia aquí para comprobarlo y, en su caso, intentar libertaros. Desconocíamos la fuerza rebelde que podíamos encontrar. Por suerte para nosotros, no presentaba amenaza dura. El riesgo ha sido mínimo, una vez comprobada la situación y superioridad de los buques bajo mi mando. Nuestra artillería ha sido muy superior. Tan sólo hemos sufrido un herido. Precisamente el capellán, don Gaspar Grifoni, alcanzado por una bala en la pierna cuando se disponía a pasar a tierra para reconfortar a los heridos enemigos. No lo merecían esos bastardos, pero así es la vida. Bueno, come y no hables, que debes de encontrarte muy débil.

—Débil de carnes pero fuerte de espíritu. Quiero hablar, Santiago, deseo hablar sin freno durante horas. Debo hacerlo.

—No tienes ninguna obligación. Has de pensar en recuperarte.

—Me encuentro bien —los gestos de su rostro no certificaban la última afirmación.

—Beatriz. ¿Y tu...? —Las palabras se estancaban en mi garganta, pero no podía esperar un segundo más—. ¿Qué ha sido de tu esposo?

Antes de contestar me miró al fondo de los ojos. Creo que descifró hasta el último de mis más escondidos pensamientos sin necesidad de que mencionara una sola palabra. Escuché sus palabras como si hubieran sido dictadas en la distancia.

—Murió. Tras nuestro desposorio en la capital de Nueva España, partió de nuevo hacia California con su batallón. Yo debía marchar hacia Monterey cuando se aclarara la situación. Y un mes después me dijeron que se habían acallado los movimientos rebeldes en esa ciudad a la que tanto he querido desde niña. Pero cuando llegué a California los rebeldes se habían desplazado desde el sur con notables fuerzas. No llegué a ver a mi esposo, que murió en las primeras refriegas. Ni siquiera sé donde fue enterrado.

Calló sin apartar la vista de mí. Me mantuve en silencio, en espera de que retomara la palabra.

—Aunque no lo quería, sentí su muerte porque se trataba de un hombre honrado y bueno. Me aceptó por esposa en momentos... en momentos difíciles para mí. Después de conocer su pérdida, quedé en la hacienda heredada de mi madre, en las afueras de Monterey, hasta que llegaron los

malditos y nos trasladaron a la fuerza hasta aquí. Me despojaron de todo. En fin, nada más puedo narrar. Se acabó la historia.

Aunque nadie deba alegrarse jamás de la muerte de un ser humano, debo declarar que sentí un inmenso alivio al escuchar aquellas palabras, aunque intentara enmascararlo con todas mis fuerzas.

—Lo siento.

Beatriz me taladró los ojos de nuevo con extrema facilidad, capaz de leer los reflejos de mi alma. Y, como de costumbre, entraba por sinceros y a la cara.

—Nunca has sabido mentir, Santiago —ahora mostraba una sonrisa desmayada—. Puedo leer la felicidad escondida en tu pecho al comprobar que soy una mujer viuda.

—También yo quiero ser sincero contigo como siempre, querida. En efecto, es triste que la muerte de un hombre, que nada malo me ha hecho, pueda producir felicidad en mi pecho, pero no puedo remediarlo —ahora me encontraba lanzado pendiente abajo y sin freno posible—. Soy feliz porque, sencillamente, nunca he dejado de amarte. Mucho sufrí al regresar a Veracruz y saber que habías partido para matrimoniar. La conversación con tu tío Francisco me dejó el alma arruinada en andrajos y sin posible composición. No sabes cómo sufrí.

—No me hables de sufrimientos, por favor —ahora mostraba una sonrisa perdida—. Puedo sentar cátedra en esa terrible especialidad. Bien sabe Dios que deseé morir cuando recibí tu carta desde La Habana. Bueno, aquella terrible línea. Una mañana de sol que entró en nubes negras como las bocas del infierno —elevó la mirada hacia mí—. Me habías prometido...

No dejé que continuara. Tapé su boca con mis dedos, al tiempo que la miraba a los ojos. Sus últimas palabras me hacían sangrar muy dentro.

—No sabes lo que realmente sucedió.

—Lo conozco con detalle. Sé que había muerto tu prima Cristina y esposa cuando regresaste a España, con lo que pasabas a la viudedad, ahora por segunda vez. Me lo contó todo en una interminable carta mi tío Francisco, tras haberse entrevistado contigo en Veracruz. Él te comprendió y perdonó.

—¿Y tú?

—Aquella fue la última carta que recibí de mi adorado tío, a quien quería como un verdadero padre —intentaba evitar la respuesta requerida—. La última antes de que muriera en Campeche.

—¿Ha muerto en tan pocos meses? Mucho lo siento. Se trataba de un hombre bueno, un patriota y todo un caballero.

—Parece que otros no lo consideraron así. Un par de semanas después de vuestra entrevista fue desterrado a la insalubre ciudad de Campeche por sus ideas liberales. Duró muy poco, aunque supongo que el alma le dolía más que el cuerpo. Y mi tía no pudo soportarlo y abandonó este mundo injusto dos semanas después. Más sufrimientos a la triste bolsa de mi vida, que rebosa de dolor —ahora abría las manos, como si deseara demostrar que nada quedaba—. No obstante, recuerda que preferiste salvar el honor de tu familia antes que mantener el amor prometido a esta pobre mujer.

—No digas eso, por favor —sentía un desgarramiento interior que dolía como profundo astillazo en el pecho—. Te juro que no dejé de quererte ni un miserable segundo. También yo sufrí como no puedes imaginar. Porque me vi obligado a actuar como un bastardo con la mujer que amaba, lo reconozco. Pero no se abría otra posibilidad a la mano.

Un nuevo silencio. Beatriz había apartado el resto de la comida, como si no pudiera ingerir una onza más. Bebió de su copa de vino a pequeños sorbos, como un pajarito. No insistí porque comprendía que todo debía ser gradual. Pero mis pensamientos se centraban en otra dirección. Escuche de nuevo sus palabras.

—¿Hacia dónde nos llevaréis?

—Por vuestra seguridad, creo que lo mejor será desembarcar a todas las familias en Lima. Allí estarán seguras.

—¿En el Perú? Eso queda a muchas leguas de lo que consideramos como nuestra tierra. Bueno, lo que estimábamos como nuestra querida tierra. Porque, al menos para mí, nada queda en esta vida que he de afrontar.

—La guerra todo lo distorsiona. Ya llegará el momento de que cada uno regrese a su hogar y disfrute de la merecida paz.

—¿Qué haré yo sola en Lima, Dios mío? —De nuevo mostraba el rostro de una niña desamparada—. Otra negra etapa se abre en mi vida.

—No sufrirás ninguna etapa negra, puedes estar segura. Beatriz, cástate conmigo —la bombardera había saltado por fin al largar unas palabras que me quemaban la boca. Sabía que corría a demasiada velocidad, pero no podía retener las riendas una sola cuarta—. Por favor, Beatriz, la vida nos ofrece una nueva oportunidad y no podemos desaprovecharla. Podemos y debemos ser felices. Te quiero, te he querido siempre desde que te conocí, embutida en aquel traje negro y con las perlas de las islas Nitinat al cuello.

—Todavía las mantengo en su sitio —apartó el collarín para mostrarlas—. Es lo único que no me arrebataron los malditos.

—Pues yo traigo desde España el otro collar. Un obsequio de mi madre para ti, con motivo de nuestro matrimonio. De esa forma, de nuevo las perlas se encontrarán, tantos años después, alrededor de un mismo cuello. Por favor, cástate conmigo, querida.

—Pero ¿no lo comprendes? —Beatriz masajeaba sus manos con nerviosismo—. Nunca dejé de quererte, Santiago, es cierto, porque esos sentimientos no se pueden borrar de un plumazo. También te perdoné, porque me consideraba incapaz de guardar rencor a quien tanto amaba en el fondo de mi corazón. Pero se trata de un imposible. No debes olvidar que... —bajó la vista hacia su regazo, como si se sintiera presa de una vergüenza insoslayable—. Matrimonié y viví con mi esposo durante cinco días. Dormí con él en ese periodo de tiempo. No volví a verlo. Pero ya no soy la mujer que tú esperabas...

—Por favor, Beatriz, no digas lo que entiendo como una barbaridad sin límite. Debes recordar que matrimonié con Eugenia, con la que tuve un hijo. También mantuve amores prohibidos con Audrey, de la que nació una niña. Todo te lo conté meses atrás. Estuve casado con mi prima Cristina, aunque ya sabes que no hubo amor ni contacto decidido por mi parte. Y ahora me uniré a ti.

—Te doy pena —se alzó de su asiento para abandonar la cámara—. Lo haces porque eres un caballero y quieres redimir lo que entiendes como una acción indecorosa. En tales circunstancias, no puedo...

—¡No es cierto! —Con la voz elevada casi en grito, me acerqué hasta ella y la tomé por los brazos—. Nada de lo que dices es cierto. Regresé a Veracruz para buscarte y unirme a ti. Porque te quiero. Me importa un rábano que hayas sido mujer casada. Y ahora te quiero todavía más. Serás mi mujer. Nos casaremos en Lima. Y embarcaremos en el primer buque de porte que salga hacia España y pueda ofrecerte cierta comodidad. Allí seremos felices y recuperaremos el tiempo perdido.

—Santiago, no merezco...

No dejé que acabara la frase porque la besé en la boca con todas las fuerzas de las que me sentía capaz. No era apropiado ni correcto, pero me importaba un bledo el cielo y las estrellas en círculo. Beatriz no protestó sino que, por el contrario, se ofreció todavía más a mí. Viví un momento mágico, tantas veces soñado, mientras aquellos ojos negros y tristes se abrían a una pulgada de los míos. Si en la vida existía la felicidad, se encontraba allí, junto a ella. No había duda. Santiago de Leñanza, jefe de escuadra con mando en la

mar, acababa de encontrar al amor perdido. Una maravillosa e inesperada jugada del destino. ¿Se podía pedir algo más a los cielos?

Luis Delgado Bañón
Cartagena, 23 de julio de 2010

Notas

[1] Se entiende por andar en un buque, a su propio movimiento sobre las aguas. También se utiliza para denominar su velocidad en millas. <<

[2] En los últimos años del siglo XVIII, se ordenó construir seis fragatas de 34 cañones en el arsenal de Mahón. La primera fue bautizada como Mahonesa, razón de que se conocieran las seis en su conjunto, como es norma habitual en nuestra Armada, como las mahonesas. Además de la nombrada, se trataba de las fragatas *Esmeralda*, *Diana*, *Venganza*, *Ninfa* y, por último, en 1797, la *Proserpina*. <<

[3] Se entiende por recalar al avistamiento de algún punto de tierra y a distancia adecuada para reconocerlo. <<

[4] En las navegaciones, intervalo de veinticuatro horas que, ordinariamente, comienzan a contarse al entrar en un nuevo día. <<

[5] Se entiende por calmería, calma chicha, calmazo, caimana, calmía, jacio y calma muerta a la ausencia absoluta de viento y plena tranquilidad de la mar.
<<

[6] Se refiere a la Cartagena colombiana, también llamada de Indias. Debemos tener en cuenta que, por aquellos años, se denominaba Cartagena de Levante a la española. <<

[7] Golfo de México. <<

[8] La faja era distintivo de los generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[9] En inglés, gaviota. <<

[10] Se denominaba como tomar el punto, a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación. Cuando se hacía a partir de los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como punto de estima o de fantasía. <<

[11] Remo. <<

[12] Ascenso al empleo de jefe de escuadra, equivalente en el Ejército a mariscal de campo. <<

[13] Se refiere al capitán general de la Armada don Antonio Valdés y Fernández Bazán, nombrado como secretario de Marina e Indias por Carlos III. <<

[14] Se refiere al seno mexicano o golfo de México. <<

[15] Lo que hoy en día se entendería como Estado Mayor. <<

[16] Anteojo. <<

[17] Un buque se encuentra tanto avante con cualquier objeto o punto determinado en su navegación cuando se halla en la perpendicular dirigida desde éste al rumbo que se sigue. <<

[18] Cuando los guardiamarinas ascendían al empleo de alférez de fragata, comenzaban a utilizar las charreteras en el uniforme como distintivo del grado. Estos lucían una solamente sobre el hombro izquierdo, mientras los alféreces de navío lo hacían en el derecho. <<

[19] Tratamiento que recibían los guardiamarinas y aventureros. Todavía se encuentra en vigor en la Escuela Naval Militar. <<

[20] Las charreteras, también llamadas alamares, componían una divisa militar en forma de pala que se sujetaba al hombro por una presilla de la que pendía un fleco. Las de la Armada debían ser de trencilla de oro, con un fleco ligero de un decímetro de largo. Coloquialmente se las nombraba como *flecos*. <<

[21] Cristóbal Colón, en su primera navegación por la costa septentrional de la isla cubana, llamó como Jardines del Rey al conjunto de cayos que se formaban a escasa distancia de tierra. <<

[22] Expresión utilizada en el mar del Sur, especialmente en las costas del departamento marítimo de San Blas, para indicar un levantamiento repentino del viento, muy peligroso para cualquier embarcación y que acaba por obligar a la capa. <<

[23] Se entiende por bornear al efecto de girar el buque sobre los cables de las anclas una vez fondeado, por efecto del viento, marea o corriente. <<

[24] Se denominaba *combate* a tocapenoles cuando los buques se encontraban a tan corta distancia que los extremos de las vergas (penóles) podían tocarse entre sí. También se utilizaba para expresar, en general, un combate a muy corta distancia. <<

[25] La legua marina, también llamada como «la de 20 al grado» (por equivaler a la vigésima parte de la extensión lineal de un grado del meridiano terrestre), equivale a tres millas náuticas, 6.650 varas castellanas o 5.555,55 metros. <<

[26] La escala de los vientos en esos años corría, de menor a mayor fuerza, por calma muerta o chicha, vagajillo, ventolina o fresquito, fresco (de todas las velas), frescachón (aparejo sin juanetes), cascarrón (rizos a las gavias), ventarrón (sólo mayor y trinquete) y temporal (trinquete y capa). <<

[27] La faja era distintivo de los oficiales generales. En la Real Armada correspondía a los empleos de jefe de escuadra, teniente general y capitán general. <<

[28] Molusco que se introduce en las maderas bañadas por la mar, destruyéndolas. <<

[29] Se refiere a quien había sido magnífico secretario de Marina e Indias, capitán general de la Armada bailío frey don Antonio Valdés y Fernández-Bazán Quirós y Ocio, caballero de la insigne orden del Toisón de Oro y Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<

[30] Se refiere a la distinción de ser nombrado Gentilhombre de Cámara de Su Majestad con ejercicio. <<

[31] El trenzado en las vueltas del brigadier (entorchados) eran plateados, mientras a partir de jefe de escuadra cambiaban a dorados. <<

[32] Los primeros descubridores denominaron como Tierra Firme o Costa Firme a la parte del continente meridional de América bañada por el mar de las Antillas, en oposición a las islas de este mar. Se empleó durante varios siglos, y aún hoy no se halla del todo en desuso, para designar la costa de la Venezuela actual. <<

[33] Proporción entre la eslora (longitud del buque) y la manga (anchura). <<

[34] Se referían al océano Atlántico como mar del Norte y al Pacífico como mar del Sur. <<

[35] Se trata del famoso galeón (también navío) de Manila o Acapulco, que establecía el comercio entre dichas localidades de forma periódica. Se consideraban de gran importancia las mercaderías de la costa china que, desde Manila, alcanzaban el puerto de Acapulco, para ser trasladadas a través de Veracruz y La Habana hasta la Península. <<

[36] Mostrar la bandera. <<

[37] Mostrar los cañones. <<

[38] Por aquellos años, se clasificaba comúnmente a los oficiales de guerra o del cuerpo general en los apartados de braza y científicos o ilustrados. Es decir, entre los que se dedicaban puramente a la parte guerrera y marinera, y los que lo hacían o profundizaban en los aspectos de la ciencia naval. Pero también de forma popular se nombraba tal división entre oficiales de braza y coraza. <<

[39] En el caso de fragatas y corbetas, se denominaba entrepuente al espacio comprendido entre la cubierta del sollado y la de la batería. <<

[40] Denominación de los aspirantes a pilotos, que acabaron por constituir los de tercera clase en su cuerpo. <<

[41] Se denominaba capitán de bandera o capitán de consejo al comandante del buque donde el general izaba su insignia. <<

[42] Todavía en los mapas de 1760 y 1770 aparecía la costa noroeste americana con esa denominación de tierras desconocidas. Las empresas de descubrimiento llevadas a cabo por hombres de la Real Armada desde la costa mexicana hacia el norte y las aguas heladas, lo que hoy es Canadá y Alaska, fueron extraordinarias, aunque mister Cook acaparara gran parte de su gloria. El propio descubridor inglés reconoció, antes de morir, que por aquellos días llevaba en su buque el diario de navegación del gran piloto español Mourelle de la Rúa. <<

[43] Escollo que vela o sobresale de la superficie del agua. También se conoce como «peña ahogada», especialmente cuando aparece en solitario o aislado en grandes golfos. <<

[44] 38 grados y 40 minutos. Debe tenerse en cuenta que, en las cartas de aquellos años, la longitud se medía con referencia al Observatorio de Cádiz.
<<

[45] Se denominaba como tomar el punto, a calcular la posición del buque en la mar. Cuando esta operación se deducía de la observación de astros, se llamaba punto de observación. Cuando se hacía a partir de los rumbos y distancias recorridas, corregidas por vientos y corrientes, se nombraba como punto de estima o de fantasía. <<

[46] Se refiere a una bala rasa. <<

[47] Fortificación exterior que se compone de dos medios baluartes trabados con una cortina. <<

[48] Cañoneras. <<

[49] Paraje marítimo donde hay fondo a propósito para que los buques aguanten con seguridad al ancla. <<

[50] Tratamiento que se concedía a guardiamarinas y aventureros a bordo de los buques de la Armada. En la actualidad se mantiene para los alumnos de la Escuela Naval Militar. <<

[51] Medida de longitud utilizada en la construcción de buques, equivalente a 0,278635 metros. La fragata Perla presentaba una eslora de 41 metros. <<

[52] Garrotín de madera en cuyo extremo se emplazaba la mecha encendida para dar fuego a las piezas, desde cierta distancia. <<

[53] En los buques, los camarotes se formaban con separación de lonas corridas. <<

[54] Barriles grandes para almacenamiento de líquidos. <<

[55] Boquerón o abertura longitudinal que se hace en el casco de un buque, alzando un pedazo de tablón para reemplazarlo si está podrido o para que la embarcación se vaya a pique. <<

[56] Voz utilizada para definir una canoa de mucha eslora, con una vela cuadra al centro, utilizada por los indios americanos en los ríos y costas de la actual Venezuela. Posteriormente, embarcaciones de este tipo llegaron a ser utilizadas al remo como cañoneras, dispuestas con una pieza a bordo. <<

[57] El menos capacitado para ceñir el viento. <<

[58] Debe entenderse como nudos, es decir, millas por hora. <<

[59] Se entiende por fachear a poner la embarcación en facha, a bracear unas velas en contra de otras si se dispone de más de un palo, o largando escotas para disminuir la marcha o hacerla detener. <<

[60] Río Marañón o de las Amazonas, conocido hoy en día como el Amazonas.

<<

[61] Se entendía como jardinera o jardín a la obra exterior y volada que se practicaba a popa en cada costado del buque en forma de garitas, con puertas de comunicación a las cámaras de oficiales y del comandante del buque. Provistas de conductos abiertos hasta el agua, eran utilizadas como retretes por los oficiales y comandante. <<

[62] Se entiende por arpeo a un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. <<

[63] Se entiende por guarnir a vestir o proveer cualquier elemento de lo que necesita para su uso o aplicación. <<

[64] Se entiende por motón una especie de garrucha cuya caja achatada y ovalada cubre la roldana, que gira dentro, y por donde pasa el cabo de labor. El motón de quijada o pasteca presenta abertura para pasar el cabo de labor por seno. <<

[65] Línea tendida de proa a popa, en la mitad de la cubierta, que divide el buque en dos partes iguales. <<

[66] Denominación que se daba, especialmente por los marinos británicos (roaring forties), a la zona de la mar comprendida en los 40 grados de latitud sur, en la parte correspondiente al mar del Norte (océano Atlántico), cercana al cabo de Hornos, y en el mar del Sur (océano Pacífico). Se caracteriza por sus vientos con intensidad tormentosa de poniente que levantan mucha mar.

<<

[67] Así denominaron nuestros navegantes durante tres siglos en cartas y derroteros a lo que posteriormente, en delicadeza española hacia el idioma inglés, conocemos como iceberg. <<

[68] Debe entenderse aquí por marea a la mar de fondo o de leva. <<

[69] Se entiende por cáncamo o cáncamo de mar a las olas de gran tamaño. <<

[70] Las guardias a bordo durante la noche se dividen en prima (20.00 a 24.00), media (00.00 a 04.00) y alba (04.00 a 08.00). <<

[71] Fila de tablas o tablones en los forros o cubiertas del buque, con llamada especial a las que se encastran en la obra viva (parte del costado del buque en contacto con el agua). <<

[72] Operación que normalmente se efectúa en playas arenosas para dejar una banda del buque a la vista y carenarla o repararla. <<

[73] Todo tipo de estacha, maroma o cabo que se tiende en palos, vergas, costados o cubierta para que sirva de sostén o seguridad al personal. Son muchos los fines utilizados, entre los que se distingue el de ser empleado para pasar pesos, fardos u hombres de un buque a otro. <<

[74] Abrigo o resguardo de los efectos de mar, viento y corrientes sobre un buque. <<

[75] Cuando un buque se encontraba en peligro de inminente hundimiento, en una saca de loneta se introducían los códigos y documentos confidenciales para su fondeo con el lastre de una bala. <<

[76] Plataformas o balsas que se forman aparejando masteleros, vergas, botalones y cualquier pieza de madera del buque para salvar como elemento flotante al personal en un naufragio. <<

[77] Se refiere a la Cartagena española y mediterránea, para diferenciarla de la colombiana, denominada como Cartagena de Indias en estos días. <<

[78] Esclavos y forzados que formaban el conjunto de los galeotes de una galera. <<

[79] Además de la clásica acepción de la palabra marea, movimiento periódico de ascenso y descenso en las aguas, se denominaba de esta forma en los siglos XVI al XIX a la que hoy en día catalogamos como mar de fondo, agitación de las aguas en alta mar, que en forma atenuada alcanza la costa. <<

[80] A causa de la experiencia vivida por el marinero escocés Alexander Selkirk y la publicación de sus aventuras por Daniel Defoe en la obra *Robinson Crusoe*, a partir de 1966 y por motivos claramente turísticos, la isla de Más Atierra pasó a denominarse como de Robinson Crusoe y la de Más Afuera como isla Alejandro Selkirk. Tan sólo Santa Clara y el conjunto del archipiélago permanecen con el título original. Para honra del descubridor, muchos chilenos y gran parte de las cartas marinas mantienen sus nombres originales. <<

[81] Paraje marítimo donde hay fondo a propósito para que los buques se aguanten con seguridad al ancla. <<

[82] Al igual que barlovento y sotavento indican las bandas del buque por donde llega el viento y su contraria, por extensión se entiende a bordo como barlofuego y sotafuego las bandas o costados por donde se dispara la artillería y su contraria. <<

[83] Debe entenderse como tres nudos, es decir, tres millas por hora. <<

[84] Se denominaba coloquialmente como aguas limpias a las que aparecían por la proa, y sucias a las largadas a popa. <<

[85] Tratamiento antiguo de los contra maestros. <<

[86] Aunque normalmente a bordo de los buques se entendía por laña a la loncha de tocino revenida y alistada en grietas, también se aplicaba dicha denominación al gafe o mala suerte general acoplada a las maderas de alguna embarcación. <<

[87] Actual isla de San Ambrosio. <<

[88] Individuos de un pueblo amerindio que habitaba en el norte de Chile. <<

[89] Denominación con la que es conocido el mejillón en las costas de Chile y Perú. <<

[90] Se refiere al prestigioso jefe de escuadra don Jorge Juan y Santacilia. En el empleo de guardiamarina fue nombrado, junto a don Antonio de Ulloa, como representantes españoles para participar en el equipo científico que llevó a cabo la medición del arco del meridiano en el Perú, que demostró el achatamiento de los polos. Fue conocido como el gran sabio español de la Ilustración. <<

[91] Un «dos puentes» o «un 74» hacen referencia a un navío de dos puentes, andanas o baterías y con 74 cañones de porte. <<

[92] Se entendía como rollo o picota a un madero de suficiente altura — posteriormente también de piedra— que sirviera como columna para el ajusticiamiento de los condenados, o amarrar en ella aquellos reos culpados a vergüenza pública. <<

[93] Antigua denominación del virrey. <<

[94] Debe entenderse andar a la velocidad. <<

[95] Acapulco era el puerto de Nueva España que unía comercialmente el continente americano con las islas Filipinas. Por tal razón, se llamaba galeón o navío de Acapulco o Manila al buque que, de forma periódica, efectuaba dicha navegación con mercancías de ida o regreso. <<

[96] Se denominaba al escorbuto normalmente como peste de la mar. <<

[97] Navegación de estima. <<

[98] Se entiende por goleta a una embarcación de dos palos, de líneas rasas y finas, aparejadas normalmente con velas cangrejas. Sin embargo, algunas pueden incorporar masteleros para largar gavias y juanetes, incluso un pequeño palo a popa en el que envergar una cangreja o mesanilla. <<

[99] También llamado balahú o balajú, se trata de una embarcación de corte parecido a la goleta y con poco calado, utilizada habitualmente en las Antillas. <<

[100] Se refiere a las costas de la actual Canadá y Alaska. <<

[101] Embarcación de pequeño o medio porte, construida a tingladillo, muy calada a popa, con tres palos y velas tarquinas o al tercio, sobre las que se despliegan unas gavias volantes. <<

[102] Antes de entrar en combate, los pajes distribuían entre los hombres un cacillo de vino, aguardiente o mezcla de ambos, dependiendo de las existencias a bordo. <<

[103] Se entiende por arpeo a un instrumento de hierro con cuatro garfios o ganchos a modo de garabatos, utilizados al extremo de un cabo para aferrarse una embarcación a otra. <<

[104] Se entiende por bornear, al giro que lleva a cabo el buque sobre los cables de las anclas por efecto del viento o las corrientes, una vez fondeado. Normalmente acaba aproado a la dirección del viento o la corriente. También se denomina como virar. <<

[105] Era condición muy habitual en nuestros apostaderos del mar del Sur la presencia de pilotos graduados como oficiales de guerra. Y es de señalar que, en diferentes ocasiones, llevaron el peso del departamento marítimo de San Blas. Bajo su mando se acometieron muchas expediciones de descubrimiento hacia el norte de forma extraordinaria. <<

[106] Pequeña embarcación utilizada en los navíos para pasar a tierra. <<